

LOS
PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

CONFERENCIAS DEL EMINENTÍSIMO ALIMONDA

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN

TRADUCIDAS POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

Y

Director de LA CIVILIZACION.

TOMO SEGUNDO

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ

12, Calle de la Cabeza, 12

1888



LOS PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

B. U. de Soria



61120634
D-1 2257

D-1
2257

1111

LA BIBLIOTECA DEL SIGLO XIX

LOS
PROBLEMAS DEL SIGLO XIX.

1909 7/20

CONFERENCIAS DEL EMINENTÍSIMO ALMONDA

CARDENAL ARZOBISPO DE TURIN

TRADUCIDAS POR

DON JOSÉ MARÍA CARULLA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

Y

Director de LA CIVILIZACION.

TOMO SEGUNDO

MADRID

IMPRESA DE JOSÉ PERALES Y MARTINEZ

12, Calle de la Cabeza, 12

1887



THE HISTORY OF THE UNITED STATES

OF THE

AMERICAN PEOPLE

FROM 1776 TO 1876

BY

JOHN

SMITH

ESQ.

PARTE SEGUNDA



PROBLEMAS «PALEONTOLÓGICOS.»



9
2619

PARTE SEGUNDA

PROBLEMAS «PALEONTOLOGICOS»

CONFERENCIA I.

SI CONVIENE TRATAR DE LA PALEONTOLOGÍA.

Pensé, señores, que para encaminar nuestro discurso sobre los problemas del siglo XIX, debía empezarse por Dios y por su religion; ahora, despues de un año de predicaciones, vuelvo á pensar lo mismo, sintiendo que nace mi alegría de haber obrado así.

Principiando en Dios, no cumplí sólo la ley de la primacía, ó de la *primaldad*, como place á los filósofos más insignes, sino que al mismo tiempo planté, por decirlo así, el eje, sobre que deben dar vueltas y donde deben tomar direccion todos nuestros futuros razonamientos. Libres, libérrimos son los ateos de prescindir de tal eje y de saltar este abismo; mas yo, que me presento con traje de creyente y de filósofo, debía necesariamente ir por el opuesto camino: puesto que me corresponde precisamente la refutacion de los ateos y de los escépticos, sólo se me presentaba la victoria en el campo de los dogmas evangélicos persuadidos á nuestra inteligencia por la misma razon humana, bajo los inmortales auspicios de Dios.

Concluida la parte primera de los problemas religiosos, me dirijo actualmente con dicho traje á las nuevas cuestiones, que se hallan en las ciencias físicas y naturales. Os confieso que, si me propongo resolver tales problemas armado sólo con el poder racionalista, con los únicos auxilios y con los experimentos nada más que me dan las escuelas de los incrédulos, me pierdo; la oscuridad y los contrastes de la creacion me angustian, al paso que, teniendo el hilo de la revelacion divina,



sostenido por la realidad y por la vida del Sumo Sér, al que todas las cosas van y por el que se desarrollan, es seguro mi viaje; no racionalista, sino directamente racional venzo las tinieblas, sintiendo que se calma en mí la tempestad de la naturaleza, saliendo á la orilla desde el piélago encespado.

Por consiguiente, así como fué óptimo mi principio dirigiéndome á Dios, óptimamente me anuncian que debo seguir en la disputa de la paleontología.

El asunto por mí escogido hiere acaso las fibras de no sé cuántos oyentes míos.

Cuando por Moisés fueron enviados los exploradores á la tierra prometida, volvieron con la noticia siguiente: «Tiene unos habitantes muy valerosos, así como ciudades grandes y fortificadas; no podemos salir á encontrar á tal pueblo, que vale más que nosotros.» Añadían con el terror en los ojos y en los labios; «La tierra que hemos recorrido se traga á sus habitantes; el pueblo que hemos visto es de una estatura agigantada. Vimos unos hombres descomunales de raza gigantesca, en cuya comparacion nosotros parecíamos langostas (1).»

Tienen mis oyentes medrosos en la boca un discurso igual.—Quereis enviarnos al reino de las ciencias físicas y cósmicas; quereis conducirnos entre geólogos, físicos, matemáticos, astrónomos y toda clase de naturalistas; no comprendéis que no nos podemos sostener al lado suyo. Allí hay grandes ciudades muradas; ¡qué descubrimientos tan solemnes y qué lujo de ciencia, que nos falta á los católicos ó no nos corresponde! Quereis colocarnos sobre los estratos de la tierra para ocultas investigaciones; pero allí viven los gigantes que devoran á los hombres. ¿Acaso no es evidente que muchedumbres de naturalistas exterminan muchos entendimientos y hacen grandes estragos en las almas?

Es terrible la oposicion que me hacen, por lo cual, antes de que yo entre á deliberar sobre los problemas indicados, nace aquí otro problema, que resuelto en determinado sentido me impediría debatir los demás. ¿Conviene que nosotros tratemos de la paleontología?

Conviene, señores. Verdaderamente no sé cómo teneis enorme temor; empero temblar no es razonar: os juzgais inhábiles en presencia de los gigantes; mas en la historia de los hebreos, como en la de

(1) Números, cap. XIII, v. 23, 29, 33, 34.

los cristianos, los gigantes son derrotados por los niños. ¿No anuncié ya que procedemos bajo la escolta de Dios? ¿Acaso Dios puede ser vencido? *Quis ut Deus?* Tranquilizaos; allí existe el reino de las ciencias naturales y nos corresponde á nosotros, en Cristo creyentes y católicos, entrar en la tierra prometida.

Tal es el cometido de mi conferencia.

Es conveniente que nosotros nos ocupemos en la paleontología, porque por su naturaleza se une á la doctrina de la Iglesia; porque nos hace una guerra deshonesta en su pasion moderna, que preciso es vencer; porque, como necesidad de nuestra época, debe y puede apreciarse con rectitud por todos los inteligentes.

Ante todo es preciso hablar de aquéllos segun los cuales el tema de las ciencias naturales y físicas es asunto profano, inútil quizás, y extraño para el catolicismo.

La paleontología, que por muchos se restringe á la ciencia de los fósiles, tiene una significacion mucho más amplia y noble. Tomada en su propia etimología griega, equivale á esto: *Discurso sobre la antigüedad de los seres*. En tal sentido la empleo yo, por lo cual extiéndese, como veis, á muchísimas cosas diversas entre sí grandes y pequeñas: basta que los seres sean de origen primitivo, y basta que en su esencia se relacionen con la antigüedad, entrando todos de la propia manera en su dominio. Por tal razon objeto de la paleontología es ocuparse, no sólo en los fosiles sino en los vegetales, en los cuadrúpedos, en los animales que vuelan, en el hombre mismo y áun, subiendo más arriba, en los planetas, en los astros, en el sol, en todo finalmente lo que se relaciona con nosotros, con tal que se considere todo en aquel estado primero ó antiquísimo que llamamos creacion. La paleontología por consecuencia es para nosotros el cosmos que se forma, y especialmente nuestro mundo que sale de las manos de Dios.

Dada esta definicion, fácil es conocer que nada se halla extraño y nada repugnante entre la paleontología y la Iglesia católica. Yo, sacerdote que me ocupo en ella, continuó siendo sacerdote sin ser por ello profano.

Ante todo hay que hacer una seria consideracion. Todos hoy se dedican al estudio de las ciencias naturales; á todos place dilucidar los problemas «paleontológicos;» á esta parte los hijos de la Iglesia y á la otra los protestantes, sacando frecuentemente conclusiones de todo punto contrarias. Está bien: nos esperan como naturalistas y doctos; pero si á estos naturalistas se quiere poner un traje religioso, decid: ¿qué re-

ligion tiene más derecho entre nosotros á disputar sobre la paleontología? ¿La Reforma protestante ó la Iglesia?

Los orígenes del universo y de nuestra tierra nos son enseñados con seguridad por la divina revelacion; están descritos de manera sucinta, pero exacta, en el relato de Moisés. Hé aquí la Biblia. Pregunto yo: ¿á quién mayormente corresponde, señores, la Biblia? Pasaron quince siglos de cristianismo desde que vino el Evangelio á cumplir y afirmar la Biblia; en mal día los protestantes salieron gritando así:—La Biblia es cosa nuestra; quitémosla de las manos de la Iglesia.—Se comprende fácilmente que fué como un grito de muchachos, que, habiendo nacido ayer, intentan apoderarse de la casa, lanzando á la vieja y veneranda madre. Dice la Iglesia católica á estos niños impudentes: Mentís; la Biblia me pertenece y no es vuestra; nací con Cristo que me la entregó: durante todos los siglos cristianos ya trascurridos, la expliqué á las gentes, engendrando por decirlo así con ella la edad moderna.

Dejemos por tanto á la Biblia que siga en las manos de la Iglesia; y de aquí sacaremos una prenda de amistad preciosa.

La paleontología habla de los seres primitivos, á saber: del agua, del aire, de los rumiantes, del polvo y de los que saltan libremente. ¿Cómo responde á esto la Iglesia? Abre las páginas del Génesis, y con una voz cuyo sonido llena los mundos, lee el nacimiento de las plantas, el nacimiento de los peces, el nacimiento de los brutos, y en fin, el más solemne del hombre. La paleontología, con el lenguaje de la ciencia, promueve indagaciones siempre mezcladas con la duda sobre la naturaleza del sol, de los astros, de los estratos de la tierra, del agua y del fuego: lee la Iglesia con el acento de la fé, que á la ciencia se ajusta, y que impide la duda en los puntos esenciales, en el santo volumen diciendo: habló Dios y las cosas fueron hechas; su verbo fué creacion; de aquí el sol, el agua, el aire y el fuego: *Fiat*. ¿No teneis en esto, señores, dos hermanas, dos maestras y dos promulgadoras? Suponed que la una supera desmesuradamente á la otra en sabiduría y en el intervalo de tiempo; ¿por ventura despues de todo no tratan del mismo objeto? ¿No llaman los hombres á la misma escuela, que es el órden de las cosas hechas en un principio? ¿No dan la misma leccion?

Iglesia y paleontología son amigas; considerémoslas, pues, unidas entre sí.

Escribe el Padre Juan Bautista Pianzani: «Ocurre á veces que dos rayos de luz, emanados de una misma fuente, ocasionan, uniéndose, oscuridad en un reducido espacio; pero ordinariamente son más las luces que iluminan, viéndose mejor. Mucho más vemos con dos antorchas que con una; si converge su luz en ciertos puntos, éstos quedan más

iluminados, que no vistos al esplendor de una sola (1). Iluminamos así el estudio que nos hemos propuesto hacer sobre los séres primitivos: tomamos la luz de la revelacion que nos viene de Dios, y tomamos la luz de la ciencia que nos viene del hombre. Hay algunos doctos en Inglaterra que, aun trabajando para el acuerdo de la Biblia con la naturaleza, miran con demasiado recelo á la ciencia, pareciendo temer sus abrazos. Tales son el naturalista Hugo Miller y el teólogo Juan Pye Smith: en sus libros la geología casi es llamada una invencion del enemigo de Dios y de los hombres (2).» Yo no pienso así: como dije, creo en la amistad y en el esplendor doble de las dos antorchas: juzgo la revelacion y la ciencia compañeras entre sí, porque son ambas en su origen criaturas de Dios, y las criaturas se corresponden; creo que al revés, tomadas separadamente, no juegan, produciendo contrario efecto, asemejándose á los rayos luminosos, que en el experimento de Fresnel se juntan, se apagan y producen las tinieblas.

Hay otro lado en el cual la paleontología se muestra aliada de la doctrina católica.

Al presentarnos delante la Iglesia los séres que vinieron desde un principio al acto de la vida, nada se propone con más afan que hacer nos reconocer las obras de Dios y alzarnos por estas al obsequio de su mente que las concibió. Realmente, cuando nosotros examinamos en Moisés la produccion de todas las cosas de la nada, y vemos que la nada se ha fecundado porque se colocó sobre ella el espíritu divino; cuando vemos salir las criaturas dos á dos, así como al Señor que las observa cada día cuando concluye de obrar, y, encontrándolas buenas, se complace, nos sentimos poderosamente impulsados á entonar el himno de alabanzas á Dios. Creacion y poesía, Dios y admiracion humana, vienen á ser tan simultáneas, como el tocamiento y la impresion, como el rayo de la luz que hiere mis pupilas y la impresion de la pupila que se alegra. Los creyentes son cantores.

Igual oficio está la paleontología destinada tambien á desempeñar en sus estudios. Llévanos á investigar la formacion de los séres y nos los describe. Cuando nos los describe sencillamente, nos hace contemporáneos de Moisés, el cual es sólo el historiador de las cosas hechas originariamente; cuando nos entra dentro de los séres que se forman y con sus experimentos nos prueba casi haciéndonos sentir la palpacion de la vida que prorumpo, nos hace contemporáneos del Creador mismo, renovando, por decirlo así, á nuestros ojos el trabajo del universo.

(1) G. B. Pianciani, *Cosmogonia natural comparada con el Génesis*. Introduccion.

(2) U. Miller, *Testimony of the rocks*.—I. P. Smith, *The relation*.

Ahora bien; asistir á este trabajo, estar delante de Dios en el comienzo de los dias, ¿no vale tanto como arrancarnos de la boca el acento de las alabanzas? Los «paleontólogos» deben ser cantores tambien. El ilustre Carlos Daubeny, presidente del Congreso de los naturalistas ingleses en Cheltenham, en agosto de 1856, decia: «Se nos enseña que en la vida futura la principal ocupacion de los bienaventurados será enaltecer y adorar al Omnipotente. Empero, ¿no son actos ya de adoracion y de alabanza la contemplacion de las obras del Creador, y la indagacion de las leyes del gran legislador del mundo? ¿No son las ciencias naturales más á propósito para inspirarnos humildad que para infundirnos orgullo?... No pensemos sin embargo bajamente de las ciencias profanas. Todas las partes del campo éste pueden ser cultivadas con fruto, como la tierra de Canaan cuando asignada fué al pueblo escogido. Los Israelitas no debian dejarla inculta, como si hubiera sido manchada siempre por las abominaciones de los prístinos habitantes; sino por el contrario cultivarla, y permanecer en ella para cumplir las leyes divinas y consagrar al Señor Dios los frutos más excelentes de su trabajo (1).»

No niego que para desconocer la amistad que yo exalto entre la ciencia y la religion, se agita en la mente de algunos el pensamiento que sigue: La paleontología, como en nuestros dias es tratada, tiene la manía de las novedades, de las desmesuradísimas novedades: la Iglesia por consiguiente no sabrá ir con ella confiadamente, ni amarla, por ser contraria por su carácter á las novedades.

No es tiempo aún de que me declare sobre las novedades científicas; mas sé y debo decir que la Iglesia católica de ningun modo, hablando en general, hostiliza las novedades de la ciencia.

Probémoslo con un ejemplo.

Objeto de varias y caprichosas enseñanzas eran antiguamente los fósiles. Siempre que rasgando el seno de la tierra encontraban alguna petrificacion, ora tuviese forma de conchita, de animal ú otra cosa, el sábio y el naturalista poníanse con ahinco á proferir su sentencia. Se ponían de acuerdo los más en sostener que existia el fósil por la influencia de los planetas, por un vapor seminal, que en las profundidades de la tierra obraba en algunos puntos con más viveza: era con otras frases la produccion de una fuerza plástica; en suma un juego de la naturaleza. Plot en Inglaterra invocaba precisamente la fuerza plástica, y Lister los juegos de la naturaleza para explicar los fósiles: Agricola en Alemania llamábales una fermentacion telúrica; en Berna más

(1) Carlos Daubeny, véase *Athenaeum*, 1856, pág. 999.

despachadamente Bertrand negaba que los cuerpos marinos y las plantas fósiles fueran lo que aparecen. En 1396 cuando se halló en Burgtonna un esqueleto íntegro de Mammuth, el colegio de los médicos aseguró, interrogado por el duque de Gotha, que aquellos huesos eran un juego de la naturaleza: así en Stuttgart el médico Lentilius en 1709 calificó de juegos de la naturaleza algunas conchitas descubiertas recientemente. Es curioso: en tiempos más inmediatos á nosotros, y de gran progreso científico, el mismo Voltaire cayó en tal simpleza: por temer que los fósiles probaran nuevamente la realidad del diluvio universal, cuantas veces hallaba fósiles, decía: «¿No sabéis lo que son? Juegos de la naturaleza.» En su virtud si se veía constreñido á reputar verdaderas conchitas las encontradas en los Alpes, atribuíasalas al paso de los peregrinos de la Siria que volvían adornados con ellas; si cerca de Etampes se hallaban los huesos de un renjífero y de un hipopótamo, «no era, como algunos pensaban, que el Nilo y la Laponia se hubieran dado cita entre París y Orleans, sino que un amigo de curiosidades había conservado algun tiempo en su gabinete estos esqueletos que despues se habían perdido.» Por tales simplezas volterianas se indignaba más tarde áun Goethe (1). Tenía razon.

Ahora bien: á la Italia y á un italiano le había tocado ya la gloria de poder encaminar en esta parte la ciencia natural. En Verona en 1517 en las excavaciones para fabricar los bastiones, salían testáceos petrificados, cangrejos, conchitas y otros cuerpos fósiles, Fracastoro, interrogado por Torello Saraina para que diese su opinion, aseguraba y hacia ver con firme razonamiento que aquellos fósiles eran restos de animales, que vivieron donde se hallaban actualmente sus despojos (2). Fué una revelacion: los celebrados juegos de la naturaleza se debían disipar en adelante y comparecer finalmente los fósiles según eran por su naturaleza. Y como acaeece que cuando se hace un primer descubrimiento otros se intentan, abundando extraordinariamente las inducciones diversas, surgió un conflicto entre los naturalistas. Unos atribuyeron los fósiles, considerados como restos de seres vivos, al diluvio referido por Moisés: los juzgaron otros anteriores al diluvio, antiquísimos, pertenecientes á épocas ignotas; otros sin esto los reputaron incompatibles con la creacion mosaica, como Mattioli y Falloppio. Entretanto el doctor Saraina, que había recogido el parecer de Fracastoro, lo insertaba en su obra latina del *Origen de Verona*, que dedicó al

(1) W. Goethe, *Aus Meinem Leben*, lib. XI.

(2) El primer observador de los fósiles fué á juicio de algunos. Senofane. Empero los observó y no los interpretó. Senofane además era un italo-griego.

obispo Mateo Giberti. Por otra parte Cesalpino, que participaba de la misma opinión de Fracastoro, publicaba en Roma en 1596 su escrito *De Metallicis*, que dedicó al Pontífice Clemente VIII. ¡A cuántas luchas y á cuántos juicios contrarios dió lugar este primer descubrimiento! Ahora bien; ¿qué hizo la Iglesia? ¿No lo veis? Lejos de disgustarse por la grandísima novedad y de proferir sus anatemas entre las disputas de los doctos, admitía la dedicatoria de los libros que aquel descubrimiento promulgaban. Hay más: por quererlo así el Papa Clemente XI, Lancisi, principal médico pontificio, publicaba y enriquecía con sus comentarios la *Metallototeca Vaticana* de Mercati, donde procuraba con ahinco probar cómo, aun sin recurrir al diluvio de Noé, admitirse podía la realidad de los cuerpos marinos en las tierras más ó ménos distantes del mar.

Luis Büchner, materialista furioso, nota que «cada vez que descubre la ciencia un horizonte nuevo científico ó filosófico del mundo, un terror pánico invade y turba aun las inteligencias escogidas, haciendo que más se desaliente la religion.» Ante los recientes descubrimientos geológicos compara los efectos ruidosos que produjo el sistema de Nicolás Copérnico (1).

Entre los efectos que produjo, señores, el sistema de Copérnico, si os ceñís al orden astronómico, nunca encontrareis el miedo de la Iglesia: tuvo tan poco miedo, que quería el Pontífice á Copérnico enseñando en la universidad romana, y admitía la dedicatoria de su obra *De revolutionibus orbium coelestium*, como antes le confería un canonicato en Koenigsberg.

Del mismo modo la Iglesia no se amedrentó por los nuevos descubrimientos. Han hablado los doctos del movimiento del sol, y sigue: hablan ahora de la vida interior y cósmica del mundo, y seguirá. Id en hora buena muy adelante ardidamente; desgarrad las vísceras de la tierra, interrogad á las semillas, apoderaos de los elementos orgánicos é inorgánicos; quitad los sellos de lo que cerrado está; descubrid lo escondido, y dadnos la novedad. Una de dos: ó la novedad que nos ireis anunciando será extravagante y falsa, debiéndose disipar despues de hacer algun ruido, u apoyada estará en la ciencia sólida, y entonces, resultando verdadera, concordar deberá con la Iglesia sin suscitarle obstáculo, sino reverenciándola. Persuadíos de lo que voy á decir, amigos míos: existe Dios y la Iglesia es de Dios: lo de Dios se sostiene por los descubrimientos de los doctos, y no se amedrenta por las novedades científicas. No es sólo el mundo un globo celeste ni un mapa geológico,

(1) Luis Büchner. *¿De dónde venimos? Introd.*

ni una aritmética química, ni una jerarquía de animal vida: es asimismo, merced al alma nuestra, un albergue, un templo de la espiritualidad donde se juntan todas las armonías de lo creado.

Pláceme referir las amadas frases del inglés Faber. «Para mí la Iglesia es como el estrellado cielo para el astrónomo. Sé yo que en la creación muchas otras cosas existen además de la Iglesia; empero para estas solo tengo un interés secundario y subordinado. Prácticamente para mí el mundo significa la Iglesia; por lo cual el solo interés que me puede inspirar el mundo extraño á la Iglesia, emana del hecho de que la Iglesia debe recibir la influencia de los movimientos del mundo éste. Me complace en todos los progresos de la ciencia, porque son otras tantas adiciones á la ciencia teológica. Es ardiente mi simpatía por todos los progresos sociales, por cuanto son en una hora obstáculos, ó facilidades; pero siempre cuestiones de salvación de almas. Las revelaciones de la estadística forman una especie de manual y de guía para la caridad católica. La psicología ayuda para explicar y entender los sacramentos. Aun los cambios políticos me conmueven, porque se reverberan sobre las portentosas vicisitudes de la Santa Sede, sirviendo generalmente para su carrera. Cualquiera real ampliación de la mente humana mediante la educación, la literatura y las artes, borra preocupaciones contra la Iglesia y facilita la conversión de las almas. El mundo, progresando, responde con casi todas las ramas del saber humano á las objeciones hechas contra la religión, siendo ésta una cosa grata para nosotros y que nos interesa mucho. Todo lo vasto, profundo, audaz, activo, digno de confianza y de crédito, está sumamente conforme con el espíritu de la Iglesia. Aun la gran veterana ciencia de la historia ha entrado en el camino de los descubrimientos, y sus descubrimientos, uno tras otro, resultan otras tantas reparaciones dadas al catolicismo. La Iglesia es mi centro. Considero todo lo demás como moviéndose á su alrededor; el interés que tomo en tales cosas es proporcionado á su acción sobre la misma Iglesia. La Iglesia, por tanto, es mi centro, mi ciencia, mi gusto, mi interés, mi atracción. No me río de las aficiones del astrónomo, el cual tampoco debe reirse de la mía. Toleró al metafísico, el cual debe tolerarme á mí. No tengo temor, ni sospecha, ni celos de su filosofía; él no los debe tener de mi teología (1).»

Hemos hablado claro, y nos hemos entendido, señores: no hay temores de que debatiendo nuestro asunto seamos profanos, ni tampoco de hacer cosa inútil ó al catolicismo extraña. Resulta conveniente que nos

(1) F. G. Faber. *La preciosa Sangre*, cap. VI.

ocupemos en la paleontología, porque ella por su naturaleza se une á la doctrina de la Iglesia.

Llegado á este punto debo seguir, y procurar convencer á los rehacios, que me dicen: ¡Hermosas palabras las vuestras! Aun cuando demostréis en teoría que la ciencia y la Iglesia deben ser amigas, ¡cuán discordes resultan en la práctica! ¡Cuánto poder hay en los cultores de la paleontología, y cuánta contradicción suscitan á la Iglesia católica! En realidad no se les puede resistir. Tendreis razon; pero, si os decidís á intervenir en el concierto, quedaréis derrotados de todas maneras. Para el católico, es mucho mejor continuar metido en sus propias tiendas, dejando que los poderosos disputen con furia entre sí.

Estos tales ven realmente la tierra que á sus habitantes devora; ven venir al encuentro los gigantes. Si yo admito su reto, me tragarán. *Miserere mei.*

Empero si la guerra existe, ¿de qué me sirve negarme á ella? No he promovido yo esta guerra, porque la suscitó el error contra la verdad; me viene buscando, embistiéndome de soslayo y de frente: ¿deberé primero encerrarme, y huir despues? ¿Obran acaso así los secuaces de Dios y de su ley? Es insipiente quien no confía en la verdad, y vil quien huye. Por lo demás, la moral situacion en que nos hallamos, no es, gracias á Dios, tal para nosotros que, hallándonos fuertes por la razon, debamos sucumbir ó padecer vergüenza. Sí: nos han movido guerra, y necesario es aceptarla; pero tal guerra en los que la promueven es una guerra deshonesta y es preciso vencer.

Dejo ahora de ponderar las fuerzas de que pueda disponer la verdad por nuestra parte, y observo por el contrario las fuerzas de los enemigos de la Iglesia. Hé aquí que la ciencia principal de que se sirven los falsos cultores de la paleontología contra la religion, el arma más fiera, y el poder más terrible de que se prevalen en sus acometidas, es la geología; con los descubrimientos geológicos, que nada dicen contrario á nuestros dogmas, tratan precisamente de hacer callar la Biblia y de cerrar las escuelas de los sacerdotes. ¿Cabe pensar que lo conseguirán? No; tres consideraciones os probarán que no tiene la geología el poder que la atribuyen.

Esta es la primera consideracion. Probado está que una ciencia no puede aducir con eficacia sus razones ni conseguir imperio en los ánimos, mientras no esté posiblemente formada é íntegra. En su virtud las ciencias que no pasaron de la infancia, á medio formar aún, y con pocos elementos de su sér, hablaron siempre como charlatanas: engañáronse y

engañaron al mismo tiempo que las quisieron echar de maestras, ofendiendo atrocemente, no sólo la Iglesia de Dios sino el buen sentido, la verdad metafísica y la sociedad civil. De la alquimia y de la astrología procedieron, entre muchas contradicciones la química y la astronomía entre los modernos. Empero mientras la alquimia fué alquimia, esto es, ciencia incipiente y niña, ¡cuántas simplezas profirió, y con cuántas necesidades llenó la cabeza de sus partidarios! Mientras la astrología fué simple astrología, esto es, ciencia infantil igualmente, ó por mejor decir sacada de quicio, ¡cómo hizo loquear con sus horóscopos á los súbditos y á los príncipes! La Iglesia católica debió combatir no poco con estas ciencias arrogantes y desvergonzadas; entonces, cual hoy los hombres del mundo se airaban contra la Iglesia, y solian llamar á las ciencias salvadoras de la tierra.

Vengamos á la geología. ¿Es ciencia formada, ó ciencia incipiente? ¿Es jóven ó adulta? Hace solo medio siglo que se cultiva con ardor y con buen éxito; los pasos que ha dado hasta hoy son pequeños y muy medidos. Mirad el campo en que milita, y donde decís que nos declara la guerra. Sería vastísimo este campo si abarcase toda la corteza de nuestro globo, verificando en él sus indagaciones; pero por el contrario, señeres, ¡á cuán reducido espacio la limita!

Las tres quintas partes de toda la superficie del suelo que habitamos están cubiertas por las aguas, por lo cual las tres se ocultan á nuestros ojos, se sustraen y acaso se deberán sustraer sin cesar á las investigaciones geológicas. Las otras dos quintas partes que nos quedan descubiertas, serian aún algo; pero ¿qué indagaciones han hecho aún en ellas los geólogos, á fin de que se les pueda atribuir un valor máximo? Fueron estudiadas algunas grandes partes de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de Irlanda: concedo que tambien algunas partes de la España, de la Italia y de la Rusia; pero no sabemos casi nada de toda la inmensa extensión del Africa, exceptuando algunas partes de la punta meridional; en el gran continente asiático solo conocemos algunos pequeños trozos de la India, como tambien algunos de los Estados-Unidos de América y del Canadá; nada de la mayor parte de la América del Norte, ni de la más grande aún del Sur. De dónde resulta que, aún con el conocimiento imperfecto que nos es dado adquirir, sólo quedó investigada la diezmilésima parte de las porciones accesibles de la tierra. Además en el sitio más bajo en que los geólogos penetraron, *no consiguieron ir más allá de dos mil piés, ménos de una undécima parte de milla bajo el nivel del mar*, como observa bien Humboldt (1). En su virtud las mi-

(1) A. de Humboldt, *Cosmos*, 1.

nas y las perforaciones más profundas, según el bello dicho de Noeggerath, *sólo son, comparadas con el diámetro del globo terrestre, picaduras de mosquitos*, ó, si os place más, el rasguño de un alfiler sobre el barniz del globo, es, dadas las proporciones, tan profundo como la mina más profunda. Diremos en su virtud con Lyell, que «las conclusiones seguras á que podemos llegar por observacion, no se extienden más allá de una cuatrocentésima parte del interior de la tierra de la superficie al centro (1).»

Ved las miserias á que hasta el presente se reduce la geología. Es una ciencia como ninguna infantil y novicia; tiene un reino desmedido donde dominar, y no sabe apoderarse de su reino, estando sólo aún en su entrada. La geología, pues, principia hoy; los que con ella se refuerzan á fin de combatir la Biblia y el cristianismo, nos la presentan como una ciencia fortalecida y absoluta. Aunque balbucea tal ciencia y tiene los delirios de la infancia, no les importa esto, y gritan:—Los católicos, sois condenados por la geología.—Guerra indecorosa nos hacen; pero es una guerra de tal índole, que resulta fácil la victoria.

Algunos con acrimonia alimentan este pensamiento: Si desde su infancia acomete la geología á la Iglesia, ¿qué será cuando ella se alce adulta y fuerte?

Entonces, señores, será verdaderamente el tiempo de la paz comun y de nuestro triunfo. La ciencia, mientras continúa en su infancia, adolece de muchos defectos, los cuales son para ella otras tantas deficiencias de la verdad. En su virtud, en la verdad incompleta é ignorante, combate la palabra de Dios donde la primera verdad se alberga, no siendo por ella descubierta; cesando los defectos de la cuna y viniendo gallarda á reconocer la verdad, se inclina dócil y la saluda. ¡Oh muchachos, haceos hombres! Dejad de balbucear y hablareis el lenguaje católico. La alquimia se convertirá en la química, y la astrología subirá á la altura de la astronomía.

Aduzco ahora la segunda consideracion para ponerlos de realce que la geología carece de poder real á fin de amenazaros.

Nosotros que creemos en la revelacion divina tenemos en nuestra defensa eternos y luminosos principios. Aun cuando el incrédulo procure repudiar nuestra fé por razonamiento, es fuerza que confiese y admita la necesidad que tiene de oponer principios á nuestros principios. Un principio es una verdad; nosotros, en su virtud, poseemos grandes y amados principios, porque tenemos con nosotros la verdad reverberada de varias maneras en el orden metafísico, moral, físico é histórico. Una

(1) Lyell, *Geology*, 1, 2.

verdad, ó más bien la primera de todas las verdaderas es Dios; una verdad es el Evangelio, y una verdad es la Iglesia católica. Allí subsisten los monumentos de los siglos para justificar nuestra creencia. ¿Qué se debe hacer á fin de aterrarnos? Es necesario que los enemigos opongan principios por sí tan válidos é imperiosos, que destruyan nuestros principios.

Ahora bien; ¿qué hacen los rabiosos y frívolos cultores de la geología? ¿Se presentan con estos principios contrarios á los nuestros? No lo hacen ni lo pueden hacer, porque la geología, como ciencia, cuenta sólo con hipótesis.

Sin disputa, el campo donde hace sus trabajos es cierto: segun dije ya, es la corteza del suelo; mas esta es un hecho y no un principio. Además, puesta en el caso de dar las explicaciones del hecho, constreñida se ve á recurrir á la induccion. Halla un fósil: ¿tendrá diez ó cuarenta siglos? ¿tendrá cien ó más? En tortura pone su cerebro y adivinar procura; es una induccion y una hipótesis. ¿Cuán fácil es que diga una cosa falsa! Debe sacar los fenómenos de trasformacion sólo de los resultados que hoy nos ofrece la tierra; mas las causas y las fuerzas que hoy obran en la corteza y en el interior del suelo ¿han obrado en los tiempos anteriores con la misma regularidad siempre y con la misma intensidad, no con intensidad menor ó mayor? Es cosa que no se puede saber nunca. Hé aquí una hipótesis formidable. No es lícito prescindir de ella, ni de otras hipótesis. Escribe Burmeister: «Aquellas explicaciones, á que llamamos hipótesis, tendrán gran parte de continuo en nuestra historia de la creacion, y tanto más nos encontraremos con probabilidades cuanto más remota sea la época á que ascendamos (1).» Bischof añade: «La geología siempre seguirá en sus partes esenciales hipotética (2).» De aquí á cada momento la falacia de las afirmaciones, el engaño y el error, por lo cual Deutinger se ve forzado á decir: «Los naturalistas más llenos de confianza no negarán que las ciencias naturales aun hoy en muchos casos es el error, no solamente posible, sino hasta cierto punto inevitable (3).» La geología está encadenada á tal método.

Pues bien; tienen hipótesis é hipótesis únicamente, y quieren determinar los estatutos invariables del saber; quieren dictarnos el dogma de la ciencia. La ciencia no merece tal nombre, sino cuando halla un principio fijo. Excelentemente en un pasaje de sus obras, y no sé cómo, el mismo Vogt dice: «Una ciencia que quiere sacar conclusiones que

(1) Burmeister, *Geschichte der Schöpfung*.

(2) G. Bischof, *Lehrb. der chem. v. phys. geol.*

(3) Deutinger, *Renan und das Wunder*.

ninguno pueda repeler, necesita cimientos matemáticamente ciertos (1).» Luis Büchner asegura también: «La hipótesis nunca podrá servir de base á un sistema científico (2).» Señores; no tienen base, áuu en su sistema científico, ni tienen de ningún modo cimientos matemáticamente ciertos; ¿y nos asaltan con tales armas? Teniendo sólo hipótesis, ¿presumen escarnecer los principios divinos y cristianos? Es una guerra deshonesta y una guerra débil para quien la promueve; afrontámosla nosotros intrépidamente, y no la tememos. En la lucha entre las hipótesis y los principios no queda duda sobre á quién debe corresponder la victoria.

Mi tercera consideración se diferencia de las precedentes, debiendo sin embargo conducir á lo mismo. Observé ya el campo donde se mueve la geología, y el método á que hállase ligada; ahora, de la ciencia pasando al grupo de los sábios, noto el traje moral con que muchos caminan.

Así como, señores, respeto y amo la geología, por ser su estudio utilísimo, amo y respeto á los geólogos. Los hay ilustres y excelentes; enriquecen mucho el humano linaje con raros descubrimientos, y lo hacen así en la santa concordia de la tierra con el cielo, considerando los avances de la ciencia y venerando la ley de Dios. Les tiendo mi diestra de sacerdote católico: son mis amigos. Empero entre los geólogos hay muchos que por vías tortuosas y lúbricas se dan á maltratar la ciencia, complaciéndose sobre todo en hacerla comparecer repugnante al dogma de Dios y á las creencias de su Iglesia. Almas frenéticas y convulsas, viven de salidas de tono. Ahora bien: si os fijáis en ellos vereis que son materialistas. Así como de la gleba sacan el arbusto, la piedra y el animal, sacan el hombre también: no existe Dios en las alturas para inspirarle con su hálito espiritual de vida; todo es materia en el universo.

Ved, por ejemplo, uno de los más ruidosos geólogos de nuestros días, ó sea Carlos Vogt; es un ateo disputador. Es cometido del geólogo describir, medir, confrontar y deducir leyes: cómo despues tales leyes pueden armonizarse con las creencias religiosas, no es cosa suya, sino del teólogo y del filósofo: Vogt no se fija en esto de ninguna manera; sino que, compelido por su manía incrédula, hace de continuo escapatórias al órden de la religion, á fin de hallar sectarios para su propio ateismo: es casi más teólogo y casi más misionero que naturalista; pero es misionero detestable. En un principio Vogt se habia puesto á gritar fuertemente contra las teorías de Darwin, queriendo á toda costa la inmutabilidad de las especies: más tarde volvió casaca haciéndose

(1) C. Vogt, *Vorlesungen*, 1, 4.

(2) L. Büchner, *Fuerza y materia*.

«darwiniano.» ¿Por qué? El ateo disputador advirtió que con la nueva teoría del inglés se podía prescindir absolutamente de Dios. Sus admiradores dicen que tiene brillantes ojos vivacísimos y un río de elocuencia en su boca, olvidando manifestarnos que aquellos ojos osan contra la primera de todas las santidades, que es Dios, así como que hay en aquella elocuencia una hiel y un tósigo que envenena el alma humana.

Por consiguiente no pocos geólogos son ateos y naturalistas, conduciendo á la corrupción de la ciencia; tales son nuestros enemigos. Estos geólogos, señores, ¿prueban que son verdaderamente poderosos de modo que deban espantarnos? ¿Qué pensais vosotros? ¿Abatirán los ateos á los creyentes? En otros términos; ¿suprimirá la materia al espíritu? No nos persuadirán de ello. La materia tiene sus leyes, y tiene sus leyes el espíritu; mas éstas en la creacion son soberanas y aquéllas siervas. Aplaudirá, la gente que despues de todo juzga con rectitud, á quien domina por excelencia, conociendo que la luz impresa por Dios sobre la frente del hombre no puede ni debe nunca extinguirse, sino arder de manera que jamás se borre. ¡Oh Canaan! ¡Tú serás el siervo de tus hermanos!

Tienen aire de jactancia demasiado fácil mis frases. Casi supongo yo que los materialistas se sientan todos con los geólogos, lo cual no es así. Los geólogos materialistas tienen parientes comilitones en todas las demas disciplinas ó ciencias, porque hay materialistas en geometría y en matemáticas, materialistas en astronomía, materialistas en fisiología, materialistas en química, materialistas en medicina, materialistas en la misma psicología, y así sucesivamente. A todos estos materialistas se acercan los geólogos, y con ellos procuran fortalecerse, moviendo así un solo ataque contra la divina revelacion. ¿Es acaso esto una inepecia? ¿O es el aspecto de una batalla inminente que, por decirlo así, prorumpe y desalienta? La materia, con los estudios físicos tan adelantados, adquirió un peso inmenso en la sociedad civil: prepondera y ruge. ¡Oh espíritu del hombre! ¿No sientes temblar tus venas y tus pulsos? Nunca ningun guerrero, Alejandro ni Napoleon, debió recelar tanto. como el alma racional hoy, delante de la hora de la prueba.

Aviso que me pusieron en apretura. ¿Y qué? Mi discurso sobre los geólogos extraviados, ¿se deberá convertir en abierta filípica contra todos los ateos del mundo? Si los materialistas de la geología en otras partes apelan á sus propios confederados, ¿por qué yo, católico, no podré igualmente apelar á los confederados que tengo en la escuela espiritualista universal, que por merced del cielo no se han extinguido en

nuestra edad? Mas oid, señores: entrístézcome, y sufro terriblemente; pero no me rindo.

Hagamos una excursión á los collados Euganeos, donde hallamos, no sólo un cielo limpio, hermosuras de la naturaleza y curiosidades artísticas, sino tambien un precioso documento que conviene á nuestro propósito.

Allí, entre sus colinas, por la parte que acércase á Teolo, debemos considerar un viejo y gentil señor. Es paduano: en la universidad de Pádua enseñó filosofía durante cinco lustros, logrando fama entre los más ilustres de aquel ateneo: despues, herido por subitánea desventura, viudo, con un solo infante que le quedó de sus bodas infelices, dejó de ser catedrático, arrinconándose allá en su palacio, entre las melancólicas meditaciones y los estudios. Su hijo, entre tanto, concurrió á la universidad, adelantando en las ciencias: él, solo y taciturno en su gabinete, inquiría y estudiaba. Parecía que la tempestad del duelo algo se calmaba en su corazón; sin embargo, cuando su mente dirigíase á su amada quinta de verano y en Teolo, junto á su casita sentado, pensaba en el ciprés que sombreaba la espesa yerba, á la vez sentía suavidad y afán. ¿Qué habia debajo del ciprés de la campiña? Los últimos restos de la consorte perdida. En su virtud, finalmente disminuidas en él las asperezas y atraído por aquella santa dulzura, tomaba una resolución terminante: el hijo continuaria en Pádua sus estudios, guardado por Gerónimo, el más antiguo de sus criados: él, en Teolo, cerca de las cenizas, como tambien de la perpétua luz de su vida, proseguiría sus estudios y sus amadas meditaciones. Viene á ser, por lo tanto, estable morador de Teolo nuestro catedrático de Pádua.

Es el 1854: han trascurrido tres años desde que sigue apartado y hecho un campesino. A fines de agosto, adelantadas las vacaciones, llega el hijo á su casa. Mas esta vez el hijo, que tiene diez y ocho años, no pone de realce ya en ciertas cosas con su buen padre la misma familiaridad de otro tiempo. En los veranos anteriores, cuando á Teolo iba, su conversacion frecuente y predilecta versaba sobre la universidad, contando las aprendidas cosas: sabia que agradaba esto mucho al viejo, siendo aquellas conversaciones realmente las delicias de ambos. En aquel verano callaba: con todo, habiendo terminado el curso de las ciencias físicas, debería decir sobre la materia, sobre la forma, sobre los fenómenos y sobre los varios instrumentos de la ciencia las cosas más gratas. Con todo, no hay medio de que hable; calla. En su virtud, concibe su padre malas sospechas; por añadidura, habiendo entrado un día en el cuarto de su hijo, se puso á examinar los papeles que tenia sobre la mesa, descubriendo entonces un libro que no conocia, que acaba-

ba de ver la luz. Eran las cartas fisiológicas que Santiago Moleschott dirigió en 1852 á Liebig desde Maguncia, tituladas: «La circulación de la vida.» Entra en ansias de ver; abre la obra, y lee por casualidad en la conclusion de la carta XI las siguientes palabras: «Es el hombre un producto del aire y de la tierra.» Salta luego algunas páginas, y al frente de la carta XVI halla esto: «La materia rige al hombre.» Tira el libro y grita con ira: «He comprendido.»

La casa de campo de nuestro profesor tiene una azotea con un hermoso emparrado á poniente: allí, por la tarde, despues de la comida, procura el padre sorber aquellas auras en compañía de su hijo. Sentados donde más la sombra impide los dardos del sol de setiembre: «Enrique mio, exclama el viejo: eres ya un hombre muy conocedor de la filosofía práctica y positiva; estudiaste todo lo referente á la física, y nada me has dicho aún acerca del particular: dime, pues, algo. ¿Qué has aprendido? La materia, que á juicio de algunos es antagonista del espíritu, ¿no te parece que por el contrario es tambien una escalera que arriba nos muestra con sus movimientos y sus fenómenos al Creador de todas las cosas?»

Se tiñe un poco la faz del jóven, que responde con sequedad: «Verdaderamente, con tantos estudios hechos, á resultado tan noble no me subieron los catedráticos, ni los libros que tuve yo en mis manos.»

«¿Qué aprendiste, pues, tú? replica el viejo filósofo y físico. Dime á lo ménos: ¿rige al hombre la materia? ¿O el hombre con su mente, que no es materia, rige ésta?»

En embarazo angustioso visiblemente ondea el jóven, revelándolo en su faz la terrible contraccion de sus nervios. Despues cobra bríos y añade: «¿Qué puedo yo decir? Creía primero, cuando á estudiar empecé las ciencias físicas, que el hombre en su alma era espíritu, y que por ello tenia el gobierno señorial de la materia; mas otro pensamiento se me presenta, procurando persuadirme. Con mi mente ondeo entre el sí y el no; las creencias de la infancia, los dogmas de la religion, los preceptos que me disteis, quisieran mantenerme aún en la primera opinion; mas los progresos de las ciencias empíricas, los profesores que ahora enseñan en las cátedras, y el sentir de muchos compañeros de mi escuela hacen fuerza contra mí jóven, contra mí tambien hijo y creyente católico, de manera que juzgo deben subyugarme. ¡Qué flamantes descubrimientos! ¡Cuáles y cuántas glorias de los progresos mecánicos! Esto me grita que la materia rige al hombre. Tengo yo un inmenso entusiasmo por el siglo XIX, que va repitiendo con voz creciente que los materialistas llegarán á desmentir á los doctores de la familia espiritualista. Entonces (lo aseguran) superada la eterna lucha con la simple-

demostracion del hecho, tendremos en paz y fraternalmente el gozo de la humanidad.»

«¡Pobre Enrique mio! dijo entónces casi llorando el padre: ¡pobre hijo engañado! ¡Cuán terribles estudios hiciste, deshonorosos para tí, jóvenes, y vergonzosos para mí, viejo! ¡Ojalá te hubiese dejado ser ignorante! Serias más sábio que ahora, porque á lo ménos no tendrías en el corazon pérfidos errores. Me consta que está envenenada la atmósfera de nuestro siglo; pero tú, Enrique mio, ¡caer así con la mente corrupta en un año!...»

Reprimido el dolor grande y recobrada la tranquilidad, siguió diciendo el anciano: «Tú vas en pos de las glorias de los mecánicos avances; exáltaste ahora porque predomina la materia; mas ¿por qué no deploras, por el contrario (y hallarias para ello motivo sólido) la declinacion de los estudios especulativos? ¿En dónde mayor es la grandeza del hombre? ¿En la mecánica ó en la especulacion? La hora en que predomina la materia y en que los derechos de la razon se rebajan, es la edad de los salvajes: es el salvaje con efecto el héroe de la fuerza y de la barbárie. Doblemente invade la materia, entre los bárbaros y los hijos de la degenerada civilizacion; en aquéllos la materia es oscura, tosca, brutal; en éstos tiene forma pulida, brillante y adornada; pero es materia siempre. Así, ¿gozas porque la civilizacion presente, vieja desvergonzada, impelida es á reproducir en sí propia la ironía, ó más bien el color de la barbárie?»

»Me celebras el siglo XIX, y dices que sientes por él inmenso entusiasmo. No te censuro por muchas razones; pero tú haces la crítica de los siglos pasados. No soy de los que lloran siempre por lo pasado; como sabes, no lo hago, por ser vana cosa y una necesidad. Con todo, si en parangon pongo nuestra edad con las que han desaparecido, tengo tambien justos motivos de censura para la de hoy igualmente. Desde aquí, entre Teolo y Torreglia, sobre la punta del escollo ingente que allí surge, veo los restos de la roca, en otro tiempo inexpugable por la naturaleza y el arte. El conde Pagano, uno de los ministros de Barbaroja, encerró allí en 1166, por amores inverecundos, á la virgen Speronella, que habia robado. ¡Cuántas más hórridas prisiones, siendo famosas las de Passafava y de Joaquin de Carrara, me recuerdan aquellas ruinas escabrosas! Feas cosas á la verdad. Empero dirige, hijo mio, dirige aquí ó allá los ojos por los collados Euganeos: encuentras el mal mezclado con el bien. Mira en Accetta el retiro, bendito por los amados recuerdos de San Antonio, que allí terminó su existencia; mira en el monte Gemma el sitio donde Gommola Beatriz de Este, rica, muy bella, despues de huir secretamente de la córte, muerto su padre Azzo, edificó un convento de

Benedictinas, donde murió á los treinta años. Mira cerca de Frassinella, entre aquel escuálido monte Merlo, las ruinas de una solidísima mole; no la erigió un opresor de pueblos, sino el Beato Giordano Forzaté, antes tan ilustre por sus virtudes religiosas en la república de Arezzo. Sube á la colina de Merendole y dirígete á Monselice: temerás casi encontrar aún la sombra sangrienta de Ezzelino, que allí realizó sus mactanzas; pero te alegrarás pronto al ver el castillo del tirano abajo desde las troneras y las clandestinas escaleras abatido. Desde el puente de Rivella dirígete al sitio de Arquá; enseñaránte la casa del Petrarca, algunos escritos suyos, la silla y su gata, cuya piel han conservado. Esto es poco. Verás cómo Francisco Petrarca, despues de haber escrito tantos versos vanos sobre su Laura, allí piamente, vuelto de Roma, se redujo á, por decirlo así, alimentarse de quietud, orar y morir. Nada digo de otras innumerables cosas. ¿Qué significa esto? Significa que habia en los siglos pasados mucho mal y mucho bien; la lucha entre la virtud y el pecado, donde frecuentemente aquélla conseguia la palma. Empero tú te persuades y afirmas que hoy los materialistas llegarán á desmentir á los doctores de la familia espiritualista, con lo cual el gran litigio entre las ideas y los sentidos habrá terminado para final suplicio de las ideas. Por consiguiente, suprimes la lucha, suprimiendo el espíritu: reduces todo el mundo á la voluntad de la materia. Nosotros, nacidos á escoger, que sentimos en nuestro interior la fogosa ánsia de la pugna moral, no deberemos combatir en adelante, sino obedecer. ¡Obedecer á quien extirpa del pecho nuestro el alma espiritual y libre! ¡Ay de mí! Si el siglo décimonono y los venideros deben llevar á tal resultado, yo retrocedo hasta los siglos viejos. Desaparezco en lo pasado, y me complazco en no ver más á la posteridad.»

El amoroso y sábio padre parece gemir otra vez. Empero la necesidad de seguir, y ánsia de convencer, tan poderosa en él como el afecto, le dan bríos, prosiguiendo en su virtud adelante: «Yerras sobre todo al creer que, dominada por los materialistas la eterna lucha, surgiria en el mundo la paz y la fraternidad. Como puedes comprender, seria una fraternidad entre vencedores y esclavos. Mas, Enrique, Enrique mio, ¿no ves á qué terrores, ignominias y estragos nos debe conducir la victoria absoluta de los materialistas? Una grande y triunfal revolucion en nombre de la materia no se hizo aún, porque no la soportó el mundo jamás. Es cosa que sale fuera de todo límite y hasta del pensamiento humano. Enfurecianse los Gracos contra los patricios en Roma; pero combatian en nombre de la plebe: Bruto volvia las armas en contra de Antonio; mas peleaba en nombre de la patria: armaba Spartaco á los esclavos y arrastrábase al campo; pero combatia en nombre de la libertad. Nin-

guno de los antiguos combatia en nombre de la materia. Los Anabaptistas, con el hierro y el fuego, querian atrapar los bienes de los ricos en Alemania, como en Francia quisieron atraparlos los comunistas; mas unos y otros pugnaban en nombre del derecho personal y no en el de la materia. Peleaban los protestantes á nombre del juicio privado; aunque odiados por Cristo, admitian el Evangelio y el alma espiritual. Así los volterianos, áun cuando escarnecian á Dios, peleaban en nombre de la razon. Ninguno de los modernos peleó en nombre de la materia. Supongamos que deban finalmente los materialistas prevalecer de modo absoluto: léjos de ser bastante la simple demostracion del hecho, el cual será de continuo interpretado contrariamente, se necesitará para esto una revolucion no intentada hasta hoy, más cruel que todas las demás, enorme y universal. Ahora bien, ¡Imagínalo! Si las que vemos, áun cuando restringidas y ménos insensatas, fueron ya causa de tanta sangre y de tanto luto, ¿qué no debería producir la revolucion de la materia triunfante? La materia es pesada; viene á ser una peña, y aplasta. Otra vez el Olimpo se derrumbará sobre la cabeza de los gigantes.»

Calla un momento. El sol, corriendo hácia el ocaso, no deja ya ver listas de fuego, ni tampoco hiere ya: el viejo, levantándose, se dirige hácia la punta del terrado, y se pone á mirar la campiña que hay debajo necesitando respirar, mientras el taciturno Enrique queda inmóvil. Repuesto un poco, el anciano se dirige á su hijo, el cual comprende el deseo de supadre, encaminándose allí. «Sí; otra vez fulminará el cielo á los gigantes, exclama el hombre venerable, queriendo terminar su discurso. La revolucion de la materia vendrá; lo infero de las señales precursoras que se dejan ver en todas partes; en los libros, en las enseñanzas y en las pasiones de los modernos: es como cuando en el cuerpo humano se acumulan humores pervertidos necesitándose que la enfermedad estalle. Surgirá pues, la revolucion materialista; pero ¿qué sera de ella? La sociedad civil, diversa del individuo, no muere por enfermedad: sufrirá exhalando gemidos; pero sin morir. Aquélla será empero para la materia la hora de la derrota. Muchos no piensan en el poder extraordinario que tiene el alma espiritual y libre. ¿Quién instruye á los idiotas, dicta las leyes, crea los descubrimientos, explica los enigmas, consuela á los miserables, cumple sus deberes y mueve los mismos cuerpos? ¿Quién? Inferiste de los nuevos avances industriales y mecánicos que la materia rige al hombre. Mas ¿quién hizo tan potente la materia? ¿Quién arrancóla del sitio bajo, prestándole, por decirlo así, la inteligencia? ¿Quién? El alma, no hija de la materia, sino reina de esta. Si el alma se igualase á las fuerzas de la materia, en la sociedad civil

ocurriríalo que pasa en la creacion física: trituracion de moléculas; pero no pensamiento: rumor; pero no palabra: eco sordo é inerte; pero no moral sentimiento.

»Ahora bien; el alma en manos de los impíos sirve un instante para sus fines: ellos mismos pueden algo, por tener un alma libre y espiritual. Empero Enrique mio, cuando se trate de si debe ser ó no ser, de si debe vivir ó morir (créelo en tu conciencia), el alma despertará: el alma, estrangulada entre las mordeduras de la materia dejará oír sus clamores; proferirá gritos tan profundos y espantables, que pondrá sobre aviso á toda la humana generacion, siendo oida desde el Occidente hasta el Oriente y desde la tierra hasta el cielo, haciendo huir con sus gritos fuertes á la cáfila de los fastidiosos materialistas. Tendrá sus Vísperas sicilianas y sus Pascuas de Verona: el pueblo, acampado en la plaza, gritará contra el tirano. Será una catástrofe del mundo viejo, que hará rejuvenecer, simbolizada siendo en el horizonte de la tempestad, que concluye coronada por las chispas eléctricas y por la boreal aurora.»

Luego el padre y el hijo descienden del terrado. Siete dias despues, al volver por la tarde de la majestuosa villa de Luvigliano, donde se deleitaron con los recuerdos que allí dejó Luis Cornaro, Enrique estrecha la mano de su padre, diciéndole: «Sirvase usted subir á mi cuarto.» Cosa extraña vé allí: sobre la mesa aparece el libro de Moloschett, *La circulacion de la vida*, lleno de rayas negras. Enrique dice así: «Este libro, que ignoro si ha sido condenado ya por la Iglesia, está bien condenado por la conciencia humana; medité y me persuadí de que yo, procediendo de usted, unido en libre y amante matrimonio á mi pobre madre, no soy el producto del aire y de la tierra, ni debo ser por consiguiente regido por la materia, sino por el espíritu y el amor.»

Aquí se para esperando el perdon de su padre. «Bendito sea el cielo,» exclama enternecido y lloroso el viejo: «Se ha decidido pues, á maravilla el combate de la duda, indicado por tí, entre el niño y el adulto, el estudiante y el católico. Demos gracias á Dios.» En el fondo de la casa está el oratorio privado, cuyos umbrales sombrea el conocido y melancólico ciprés. Allí se reunen ambos: el uno riega cerca de los huesos de su consorte, y el otro cerca de las cenizas de su madre. Nada más dulce y nada más inefable: para unirlos mejor en espíritu y en Dios, la campana en aquella hora dá los toques del *De profundis*.

De la carrera que acabamos de hacer tan distante, enriquecidos con el precioso documento, que ha venido á corroborar la conferencia, volvamos, señores, á nuestro propósito.

Algunos católicos temen que, aun cuando en teoría la razon esté de

nuestra parte, en realidad saldremos mal si nos aventuramos á entrar en la paleontología: quisieran los aludidos que no tocásemos tales cuestiones. Vano temor seguramente. Mé puse á examinar la ciencia, por la cual los amigos de la paleontología se dan importancia y por la cual más aguzan sus armas; es decir, la geología: observé la geología inquirendo el campo en que se agita, el método que le corresponde y también el traje moral que se ponen sus cultores rabiosos, resultando que, áun admitiendo el conflicto, no puede faltarnos el éxito. Se trata de una ciencia imperfecta y de una escuela hipotética: usada mal, como fácilmente ocurre, es una fragua de materialismo: mas esto no debe de modo alguno aterrorizarnos. Por consiguiente, si me preguntan si conviene que los católicos nos ocupemos en la paleontología, contesto: Sí, nos conviene, porque en su pasión moderna nos hace una guerra indigna, en la cual es preciso combatir, y donde no nos puede faltar la victoria.

Hablamos á los más modestos entre los tímidos, ó á los hermanos nuestros que admiten la conveniencia religiosa y el buen éxito al tratar de la paleontología; pero se desalienta su corazón pensando que no tienen medios á propósito para el asunto. Dicen: somos llamados sobre la cátedra de la verdad religiosa: aquí en el templo oiremos cuestiones abstrusas, no encontrándonos acostumbrados á disputar, y careciendo de lo necesario. Ahora bien; ¿podrá esto ser bastante para que seamos aguerridos? Parece que no. Por otra parte; ¿se deberá el predicador convertir en un amigo de la paleontología? Es duro pensarlo.

Oigo las quejas de los aludidos, que son grandes; de todas maneras sostengo, áun por esta parte, la oportunidad de nuestro tratado; porque la paleontología, como necesidad del presente siglo, debe y puede conseguirse que por todos los inteligentes sea en su rectitud apreciada.

Que la paleontología ha venido á ser una necesidad de nuestra época, se infiere áun de la circunstancia de que muchísimos con ardor infatigable se ocupan en ella. Los efectos de tal ciencia obran poderosamente, y de vario modo, en la sociedad civil. ¿Qué quereis, señores! El hombre compuesto de espíritu y de carne parece que hoy está persuadido de haber hecho bastante relativamente al espíritu: ha envejecido hablando de ontología, psicología, metafísica, antropología, ética y cosas semejantes; siéntese harto, encontrándose seguramente atestadas las bibliotecas de libros filosóficos: al mismo tiempo vió que aún le quedaba demasiado por hacer relativamente á la mecánica y dióse á ella. No habia olvidado del todo estudio tan importante, habiendo escrito ya la

física de Aristóteles; pero, ¿qué cosa es aquella física al lado de nuestros descubrimientos? Había con Empedocles investigado los fenómenos del agua, del aire y de la luz; mas aquel, hombre solitario, no fué el maestro de la plebe. Había con Pitágoras descubierto el cuadrado de la hipotenusa; mas aquella invencion no produjo otras iguales. Había con los angüres consultado las entrañas de las aves y de los animales; pero ahogaba la supersticion en aquellos ritos á la ciencia. Se habia con los orientales adoradores de Mitra metido en las cavernas de la tierra; pero hallábase allí bajo á oscuras con aquellos locos adorando el sol ociosamente. Por consecuencia en el mundo viejo, dijo el hombre gritando, existen sólo vestigios de la mecánica, y sólo, por decirlo así, la primera letra del alfabeto: quiero yo todo el alfabeto y toda la gramática de la física. Afortunadamente, gritando así, fueron á sus manos instrumentos maravillosos: Flavio Gioia habia encontrado la brújula: Galilei habia perfeccionado los lentes; Torricelli habia encontrado el peso del aire; Cristóbal Colon redondeaba el globo; Newton aferrado las fuerzas de la atraccion; Franklin encontraba el pararrayos; Foucault la ley del péndulo; unos descubrian los milagros de la electricidad, otros el vapor, y otros mostraron las cristalizaciones químicas. Resultó un tesoro de ciencia y un ejército de ingredientes; el hombre moderno fué prontamente navegante, astrónomo, hidráulico, botánico, químico y geólogo; en suma, el señor del suelo, que huella con sus piés, faltando poco para que fuera el legislador de los astros y de los planetas que contempla en el cielo. Con tales instrumentos y con tales conocimientos, la paleontología tiene más vigor, puesto que los estudios físicos encuentran más facilidad al inquirir y escudriñar la tierra, que por el'o parece se nos descubre hoy por la vez primera; el palenteólogo viene á ser el primero entre los doctos y el emperador, cuando, para juzgar bien de nosotros y de nuestras cosas, se pone á explorar en los estratos terrestres los séres primitivos.

¡Decid ahora que la paleontología no es una verdadera y grande necesidad de la edad presente!

Empero, probada su necesidad, es preciso que los inteligentes la puedan apreciar en su rectitud. Aquí entra nuestro cometido. Hablemos, señores, de él: veamos qué debe procurar el predicador y qué los oyentes: así resultará claro que, al discurrir de la paleontología, haremos sólo lo que nos corresponde, logrando lo que se requiere para fortalecernos y combatir confiadamente.

Yo, predicador cristiano, no soy «paleontólogo» por profesion: lo confieso. ¿Qué importa? Ya declaré que la Iglesia así para los golpes sin declarar guerra: soy por consiguiente aquí, no agresor, sino defensor

de la verdad católica. Para este cometido no debo seguramente ignorar las artes y el poder del enemigo, ni debo desconocer tampoco su lengua-je, á fin de no sufrir el tormento, advertido por San Pablo (1): «Si yo igno-ro lo que significan las palabras, seré bárbaro para él á quien amo; y el que me habla será bárbaro para mí;» mas esto sentado, necesito so-bre todo conocer la parte defendida por mí, es decir, ser hijo no igno-rante de lo que vale, de las bellezas y de la sabiduría de mi madre, bas-tándome esto. En su virtud, dejó vagar la paleontología por su amplí-simo círculo; dejó que haga conjeturas infinitas; que fabrique grandio-sos nuevos edificios científicos: es dueña de sí: delante de la ciencia mire si le permite aquellas creaciones novísimas: por lo que á mi hace, si aquellas creaciones no denigran el cristianismo; si aquellas noveda-des no reniegan de Dios y de la Iglesia, estoy seguro y tranquilo, como quien desde la cumbre alta del monte, que domina las nubes, vé agru-parse las nieblas del valle, coloreándose á los rayos del sol, viendo tam-bien cómo se forman monumentos aéreos, y cómo despues se apartan unos de otros, disolviéndose. Lo repito en su virtud: es libre la paleon-tología de hacer lo que quiera; pero no toque mi fé, ni tampoco intente ofender mi creencia. Sobre las fronteras de la ciencia, que sería cien-cia invasora y falsa, me hallaría sin retardo ni miedo; hallaríame para refatarla, no estando solo.» Un ingenioso teólogo americano, Walworth, ha escrito relativamente al libro de Moisés, impugnado por ciertos teólogos: «El Exameron no es una cosmogonía, que haga neces-ario al intérprete abandonar la cátedra teológica, para descender á las minas y a las cavernas, ni para subir á los observatorios á disputar con los naturalistas sobre la prioridad de las plantas y de los anima-les, de la tierra y de los astros: es si un grandioso desenvolvimiento y una particularizada explicacion del principal artículo de fé, dado á los hebreos, que tambien figura á la cabeza de nuestro símbolo: el dogma de Dios creador (2).» Hé aquí por que no estoy solo; hé aquí quién me acompaña y me hace valiente contra los insensatos defensores de la paleontología: no desciendo como uno de ellos á las cavernas y á las minas, ni me coloco debajo de la profunda tierra; estoy aquí colocado en las alturas á vista del universo, bajo la irradiacion del cielo: estoy aquí como soldado de Dios, combatiendo por Dios á la sombra de mi bandera eterna, la Biblia, la revelacion divina y cristiana. ¿Podrían arrancarme los agresores de la excelsa pendiente? ¡Oh! Sería preciso que arrojasen de allí á Dios.

(1) *Si nesciero virtutem vocis, ero ei, cui loquor, barbarus; et qui loquitur, mihi barba-rus.* S. Pablo 1.^o á los Corintios, cap. XIV, v. 11.

(2) Walworth en la *Brownson's Quarterly Review*, 1863.

Después, si considero el oficio que me corresponde con vosotros, mis amados señores, tengo muchos motivos para confiar, sin desalentarme. Vosotros me decís: Aquí en el templo no serán entendidas las cuestiones recónditas; no tenemos costumbre, y contra los críticos incrédulos nos faltarán armas que los alcancen.

Ahora bien; es preciso que yo proteste: quitaré gran parte de lo que hace abstruso el lenguaje, usando una forma popular. Recuerdo un buen párrafo del filósofo d'Alembert: «No siendo inventados los términos científicos sino por la necesidad, es claro que no se debe cual por costumbre cargar una ciencia de términos particulares. En su virtud sería deseable que se anularan aquellos términos científicos, ó, por decirlo así, bárbaros, que sólo sirven para deslumbrar: que en geometría, por ejemplo, se dijera simplemente *proposicion* en vez de *teorema*, *consecuencia*, en vez de *corolario*, *observacion* en vez de *escolio*, y así sucesivamente. La mayor parte de las palabras de nuestras ciencias están sacadas de las lenguas doctas que resultaban inteligibles al pueblo mismo, porque frecuentemente sólo eran términos vulgares, ó frases derivadas de tales términos. ¿A qué fin no conservarles tal ventaja? Las palabras nuevas, inútiles, caprichosas y sacadas de muy léjos, son casi ridículas en hecho de ciencia, como en materia de gusto. El lenguaje de una ciencia nunca se puede hacer demasiado sencillo ó demasiado popular: éste no es sólo el medio de facilitar su estudio; es tambien quitar un pretexto para desacreditarla en el pueblo, el cual imagina, ó quisiera persuadirse de que el lenguaje peculiar de una ciencia constituye todo su mérito, siendo un baluarte inventado para impedir los accesos (1).» Es difícil en esta parte hablar mejor que d'Alembert. En su virtud, me atenderé á su consejo, evitando los términos demasíadamente científicos, ó los más verdaderamente *bárbaros*: abunda en ellos la paleontología de tal modo, que dá pruebas de querer hablar en enigma, al que no le deja llegar el vulgo. Entonces alegremente sucederá en mí lo que añadió San Pablo al pasaje que antes recuerdo: «Doy gracias á mi Dios, porque hablo yo la lengua que todos hablan (2).» Si empleo por lo tanto en lo posible vuestro lenguaje, sacareis vosotros la sustancia del argumento: hé aquí, señores, las armas que os servirán en la presente lucha.

Finalmente reduciéndome por completo á vuestra comprension, se aumenta mi confianza y los buenos resultados que de la obra espero.

(1) D'Alembert, *Encyclopédie*, art. *Elements*.

(2) *Gratias ago Deo meo, quod omnium vestrum lingua loquor*.—1.ª á los Corintios, cap. XIV, v. 18.

¿Qué disputas, en sustancia, sereis llamados á presenciar? Lo habeis comprendido: las que atañen supremamente á nuestras creencias. Serán por lo tanto cuestiones fundamentales y máximas, en las que intervin-drá frecuentemente la naturaleza, el buen juicio y el sentido intimo de la conciencia. Así aun el hombre idiota y el pueblo bajo podrán emitir juicio.

Se cuenta un hecho admirable de Manuel Kant, Él, filósofo sutil y trascendente, hallábase un día en su estancia de Koenigsberg meditando sobre su alma y el deber; recurriendo á las abstracciones, quería con imágenes aferrar el espíritu humano en su sér simple inmortal. Sudaba y palidecía el obstinado metafísico, no encontrando una sola razon segura y evidente. ¡Infelicidad de la ciencia! En aquella misma hora el buen criado de Kant, el viejo Lampe, que se hallaba en el jardin cepillando el traje de su señor, deseando que fuese lucido y bello, pensaba que Kant, ya de muy avanzado edad, debía morir un día y en breve acaso. Decía: «¿Qué vendrá despues de su muerte á ser el señor profesor tan docto y tan celebrado? ¿Habrá concluido todo para él cuando esté allí abajo en el cementerio? ¿No es verdad más bien lo que predica el sacerdote los domingos, segun el cual, se muere aquí viviéndose allá? ¡Oh, sí! ¿Qué hará entonces de su ciencia en el otro mundo el señor profesor? ¿Le verá yo nuevamente allí?» Venía despues la hora de preparar el almuerzo, y el buen hombre no pensaba en él. En tanto Kant agitaba fatigosamente los problemas en su estudio, sencillamente agitábalos el viejo Lampe y con más lucidez en el jardin; el humilde servidor venió al gran filósofo. No es maravilla: lo que con mucho trabajo la ciencia halla y dice, revélalo prontamente la simple persuasion de la buena conciencia.

Hablaremos, pues, de la formacion del mundo; procuraremos entender si se formó él solo, ó si por el contrario surgió por voluntad divina: el intimo sentimiento responderá. Hablaremos de la ciencia que impugna ó desmentir quiere la Biblia: veremos si la ciencia, que palabra es del hombre, podrá convencer de algun error la palabra divina: el sentido intimo responderá. Hablaremos del hombre que se dice salido primero del fósil y despues del vientre de una bestia: veremos si conviene más decir que ha salido de las manos de Dios: el intimo sentido responderá. Hablaremos del género humano, á quien hoy se asignan diversos y contrarios centros, rompiendo la unidad de nuestra familia; veremos si no se debe por el contrario admitir como procedente de un centro solo, nuestro padre Adan: el sentido intimo responderá. Veremos esto y más. Yo, como es de aguardar, no haré lo que Kant, sorbiéndome los sesos en el gabinete para investigaciones abstrusas; mas

vosotros, señores que, si puedo decirlo, estareis abajo en el jardin desempeñando vuestro cometido, sereis el buen Lampe que á la simple luz de la conciencia resuelve con seguridad los enigmas más acérrimos y más vitales.

Queda resuelto el problema planteado al frente de la Conferencia. ¿Nos conviene tratar de la paleontología? Sí nos conviene; primero porque la paleontología por su naturaleza se une á la doctrina de la Iglesia; en segundo lugar, porque nos hace una guerra deshonesta que preciso es vencer; en tercer lugar, porque, como necesidad de la edad presente, puede y debe apreciarse por los inteligentes todos en su rectitud.

Después de tal conclusion, antes de abandonar esta cátedra, una súplica debo dirigir á los jóvenes.

Aunque la paleontología, como ciencia ilustrada, debe sin disputa ser conocida por todos, en la sociedad civil existen una porcion de hombres que especialmente se deben enamorar de ella: estos hombres privilegiados sois vosotros, jóvenes. Realmente la paleontología es una ciencia que nace hoy: es la más reciente y por consiguiente vuestra hermana. Amad á la joven, jóvenes míos. Es precisamente la ciencia que más procura inquirir nuestros orígenes, y explicarnos en su formacion los seres primitivos. Ahora bien, hijos: ¿no anhelaís distinguir bien y reconocer á vuestros padres? Además por la situacion moral y fisica en que todos estamos envueltos, mediante la que todo niño que nace necesita educacion, educada no está todavía. Siguiendo hasta hoy no educada y grosera, brama con pasiones intemperantes: quiere la antigüedad del hombre y no la eternidad de Dios: quiere los cuerpos y no el espíritu: quiere la tierra y de ningun modo el cielo. Vosotros, jóvenes, en los cuales no falta el juicio de la cultura y de la religion, no desconociendo tampoco la prepotencia de las pasiones, corregid en su virtud á la desordenada, educándola. Haced una obra que os ilustre.

Así manifiesto á que jóvenes especialmente me dirijo: me refiero á los jóvenes de ardor moral y católico.

Notan los historiadores que César, nacido para las grandes empresas, se detuvo á llorar delante del busto de Alejandro. De Boccaccio y de Sannazzaro se sabe cómo encendia el uno su estro literario; el otro fabricaba su zampona en Nápoles ante la tumba de Virgilio. Prescindo de otras tumbas y de otros poderosos ingenios inflamados al ver un sepulcro.

¡Oh mis amados! La paleontología os abre los sepulcros de la tierra, las catacumbas de la naturaleza. ¿Qué hallareis vosotros? ¡Fósiles, esqueletos mudos, animal vida, y no más? ¡No encontrareis allí mucho mejor vivas y parlantes las huellas de la Omnipotencia de Dios? Sa-

liendo fuera de los animales infusorios, de los fósiles y de los esqueletos, sobre la faz del mundo, en el éxtasis del divino amor infundida, ¿no hallareis el alma racional? ¡Oh! Sabed valuar dignamente las cosas; sabed de la materia pasar al espíritu, y del hombre al Creador; sabed herir los errores que forman un velo contra la verdad; sabed estudiar y combatir por Dios; sabed esparcir algun sudor y soportar alguna vigilia para la salvacion y las glorias del alma humana; sabed ser individuos honrosos de la Iglesia católica, que hace diez y nueve siglos milita. Delante de las catacumbas de la naturaleza, llevad vuestra cítara, y encended el estro del ingenio, preparando la fiesta de la creacion. ¡Loado sea Dios! Teneis mucho entusiasmo, mucho fuego para las artes del bien parecer y deleítar; tanto fuego por la moda, por el canto, por la música, por la esgrima, por el teatro y el baile, ocupación necia. ¿Sereis frios para las cuestiones que más importan á la religion y á humanidad? En el mundo que teneis bajo vuestros piés, se debate un horrendo problema: el de ser bestias ú hombres. ¿No tomareis parte activa en la discusion con todas vuestras fuerzas, con entusiasmo y lágrimas?

Entusiasmo y lágrimas pido á los jóvenes en la combatida afirmacion de la verdad. Esto, jóvenes míos.

Cuando Scipion, despues de la rota de Cannes, penetró en Roma, y con el hierro aguzado en las manos animó el pueblo á la venganza, al ver un buen grupo de niños y de jóvenes que se acercaban á sus flancos, enfureciéndose mucho en su alma combatida, volvióse al Capitolio como para buscar allí los dioses con su mirada, y gritó: «Ha vencido Roma.»

Dirijome yo á la cruz de Jesucristo: yo que á los cristianos jóvenes llamo á las morales luchas del alma y de la verdad; con sólo tener á mi alrededor una corona bella de tales magnánimos, siento que se aumenta mi confianza y mi valor, gritando: «Ha vencido la Roma católica,»

CONFERENCIA II.

SI EL MUNDO SE FORMÓ POR SÍ.

Este suelo que oprimo con mis plantas, este dulce aire que respiro, estos objetos materiales que toco con mis manos, todo, en suma, cuanto está cerca ó lejos, me dice seguramente que el mundo existe. Aquel filósofo griego que reducía los cuerpos á puros fantasmas, fué convencido de loco: no puedo yo negar la realidad del mundo.

Mas si el mundo existe, yo, discípulo de la paleontología é indagador por esto de los séres vetustos ó primitivos, me afano con la mente para poder indagar cómo este mundo, que ahora es mio, surgió tan egregiamente. No lo compuse yo, por cuanto en el principio no existia; ni hubiera podido, aún existiendo: no lo formaron por consiguiente hombres á mí semejantes: acaso no se formó por su virtud propia: tal vez otros le dieron origen y forma. Es un pensamiento mio éste tenaz y no me da vergüenza, señores, por cuanto es sustancialmente un pensamiento grande: podeis verlo, por ser sencillo como el muchacho y sublime como el filósofo. El muchacho realmente es curioso para entender dónde y cómo han sido hechas las cosas; por su parte el filósofo se las ha con el intelecto, cuestionando sobre los mundos y sobre los espíritus, siguiendo aún el árduo pleito despues de tantos siglos. Por consiguiente yo, orador que gustosamente ocupo una situacion intermedia entre la sublimidad del filósofo y la sencillez del niño, por este pensa-

miento que nutro y acaricio en mí, paso al acento exterior y pregunto: ¿cómo adquirió el mundo su propio sér?

Discipulo de la paleontología, segun dije, tengo aquí ó allá, en la escuela de los condiscípulos, pocos amigos: son los de más ardido espíritu y altaneros. Estos, oida mi pregunta, agítanse como si estuvieran inspirados, y se dan á responder mucha prisa.

Se cuenta de Bufon, que ántes de ponerse á escribir se ponía guantes y endosaba vestidos tan nobles como espléndidos. De Fox se sabe que, despues de comer opiparamente y de retirarse á su aposento, envolvía su cabeza con paños empapados en agua y vinagre, con lo cual podia escribir gallardamente hasta diez horas seguidas. No ménos avisado el famoso Sheridan, cuando dedicábase por la tarde á la composicion de sus obras, hacía que sus criados encendieran muchísimas luces, las cuales, como si fueran una bebida espirituosa, hacían hervir su sangre, colocándose en medio de aquellas luces deslumbradoras.

Mis condiscípulos, poco de mí amigos, y que no pueden sufrir la doctrina católica, calientan su cerebro, se iluminan con todos los rayos del sol, y, colocándose luego en lo más vivo de la luz, me dicen: ¿Quiéres tú nuestra opinion? Es la siguiente: Se formó el mundo por sí mismo.

Consignado el principio, lo desarrollan y lo confirman. Existía la materia: hé aquí la base de todo. La materia, inseparable de la fuerza, se conmovió tomando forma, saliendo fuera los mundos distintos, uno de los cuales es el nuestro. Así producida la tierra, la misma fuerza le dió forma, poblándola: de aquí las yerbas, los animales vivientes y el hombre.

La formacion de la tierra, señores, es por lo tanto cosa bien hecha. Es un drama físico y cosmológico que se distingue por tres grandiosos puntos: la preparacion, la salida y la ejecucion. Marcando cada uno separadamente, son estos. Punto primero, es decir, la preparacion: *existencia de la materia*. Segundo, es decir, la salida: *nacimiento de nuestro planeta*. Tercero, es decir, la ejecucion: *organizacion de los séres*. Lo más estupendo sin duda es que trátase de un drama que se desarrolla delante de nosotros sin que se conozca el autor: es como una *Iliada* sin Homero, ó un canto de los bardos repetido en las selvas de la Escandinavia sin el viejo Ossian. Sí; es una produccion de cosas extrañamente autónoma, donde no se descubre mente creadora que ordena, separada de nosotros. El mundo se ha formado por sí.

Mis condiscípulos, que así lo enseñan, ¿viven de veras en lo más vivo de la luz? ¿Están inspirados? ¿Corresponde á la pompa de las palabras el poder del raciocinio?

De la congregacion de la paleontología tambien yo, pero sin deponer mi traje de cristiano y de filósofo, tengo derecho á examinar. Para no ser descortés y no dar la negacion á secas, visto con forma de problema nuestro asunto, preguntando así otra vez: ¿Se formó el mundo por sí mismo?

Me propongo demostrar lo contrario, siguiendo las huellas que me han dejado los mismos enemigos. Así anuncio la conferencia.

Primeramente: La materia, en que demora la preparacion del drama cósmico, no puede subsistir por sí, llevándonos por el contrario al reconocimiento del Sumo Sér.

Segundo. El nacimiento de la tierra, que al drama cósmico hace surgir, no puede brotar por sí, compeliéndonos por el contrario á reconocer y admirar la inteligencia suprema.

Tercera: La organizacion de los séres, en que se contiene la ejecucion del drama cósmico, no puede admitirse por sí, llevándonos por el contrario á reconocer y bendecir el divino Amor.

La primera condicion á fin de que un drama exista, es sin duda establecer la escena, donde puedan entrar y hacer sus pruebas los actores. Todos los escritores dramáticos la dispusieron con exactitud. Esquilo en el *Prometeo* planta la escena en la Scizia, teniendo delante rocas altísimas á vista del mar: Eurípides en su *Hipólito* en Trezenas, y Sófocles en su *Edipo* la coloca en Tebas. Hasta los autores de los dramas de fantasia, los cuales precinden de muchas reglas del arte, van escogiendo algun sitio á fin de hacer adelantar por él sus sombras, escogiendo una isla, ó la márgen de un rio, ó una cueva, ó la luna.

Más venturosos que los referidos son los paleontólogos, que quieren el mundo formado por sí mismo. ¡Cuán vasta es la escena á que se transportan incontinenti! Más vasta es que el Cáucaso, y que Tebas, y que una caverna, y aún que un globo celeste, por ser la masa de la materia universal.

Existía la materia, dicen, existía: transportaos á ella con el pensamiento; haceos habitantes de aquella masa inmensa é informe: de allí, cuando llegue la hora propicia, el mundo, entre los demás cuerpos innumerables, saldrá fuera distinto y hermoso.

Os declaro, señores, que la escena en que nos hallamos, aunque parezca sólida y segura cuando se imagina, resbala bajo nuestros piés y escápase, hasta el punto de que nos encontramos en el aire y no de otra manera. Existía la materia, nos gritan, existía. No es verdad.

Entre los escolásticos no faltó quien sostuviera la opinion referente á la posibilidad de una materia anterior al mundo sin cesar existente; mas en esto se admitia la omnipotencia y la voluntad de Dios. El mismo Santo Tomás pudo adherirse á este pensamiento. Empero fué opinion de pocos, y justamente caida en olvido entre los católicos. Enteramente distintos de tales pocos son en realidad en nuestros dias los paleontólogos de que hablamos: pretenden que la materia existía, y que existia por virtud propia, por absoluta entidad, es decir, sin Dios, el cual á sus ojos es una incógnita, ó un indecente fantasma.

Prescindamos de esta doctrina, que tanto tiene de vanidosa y horrible; la materia por si no puede subsistir, necesitando quien la dé origen y la gobierne.

Verdaderamente, si considerais en sí la materia, os muestra ser indiferente tanto á la quietud como al movimiento. Tomad una piedra, y arrojadla en el suelo; allí está fija é inmoble. Así están inmóviles nuestras casas, las pirámides y los monumentos. Volved á la piedra, que arrojásteis al suelo: si no la tocáis, y de allí no es movida, no solamente está inmóvil una hora, sino todos los siglos; está inmóvil siempre. En su virtud, aunque sólo á este sentido, si bien otro existe más filosófico, se hubieran atendido los académicos toscanos del siglo XVII, hubieran fácilmente explicado aquel pasaje de los libros santos: *Terra autem stat*. Por el contrario tomad nuevamente la piedra, y, en vez de arrojarla al suelo, procurad á través del aire impelerla: la piedra corre; sino hubiera impedimentos al correr, correría siempre. De tal manera, la caída de los cuerpos graves, si no dieran en un término que impidiera su curso, sería continua, con lo cual, para consuelo de los filósofos y los físicos, se vería realizado el movimiento continuo. Si por consiguiente la piedra, pura materia, es igualmente á propósito para estar quieta ó en movimiento, se sigue de aquí que la materia es por su índole indiferente al movimiento y á la quietud: hace lo que queréis, y por decirlo así, no tiene voluntad. Sin embargo, señores, la materia en su mole vastísima está como vemos en movimiento: en movimiento está nuestro globo, que gira en horas veinte y cuatro sobre su propio eje delante del sol; en movimiento está toda la familia de los astros y de los planetas, los cuales á nuestras miradas con incesante turno se mueven del occidente al oriente. ¿Qué significa esto? ¿Cómo se mueve la materia, para la cual no es necesario el movimiento? El hecho es claro. Si la materia muévase sólo porque la mueven, esto significa que un impulso extrínseco ó superior ha llegado á ella para sacarla de su natural inercia. Otra mano más robusta que la mia lanzó la piedra y la piedra vá. Por esto giran los mundos. La materia no puede consi-

derarse por sí misma en movimiento, y sin embargo se mueve; fué por consecuencia movida por otros. Yo con Eulero y con los pensadores más profundos creo en un profundo motor.

Vamos á otra prueba. Como la materia por su naturaleza es indiferente al movimiento y á la quietud, pudiendo perfectamente prestarse al uno como á la otra si es impelida, es indiferente tambien por lo que hace á la forma: puede tenerla ó no. Que puede no tenerla es evidente, bastando mirar la inmensa cantidad de tierra, simple ó tosca. Que asumir puede forma es asimismo evidente. Vosotros cogéis la tierra y la modeláis segun os place, dándome el gladiador de Praxiteles, el Júpiter de Fidias, el Perseo de Cellini, la Torre de Giotto, la mole de Adriano, las termas de Caracalla. Está bien: puede, pues, la materia subsistir con distinta forma ó sin ella. ¡Mas qué observo! Manifiéstase la materia en lo creado si está ligada, por decirlo así, á una forma: las plantas se alzan con su tronco vertical y con largos brazos; los animales tienen miembros con piernas y cabeza; el agua misma se divide en gotas; nuestro mundo es de figura esférica; los astros generalmente son englobados; otros, además, llevan cola y anillos. Esto me induce á pensar: si la materia puede recibir forma y no ser, distinguiéndose con forma peculiar algun tiempo en las grandes obras de la naturaleza, ¿cómo acaece así? La materia no tomó la forma por sí; no la tomó por ser indiferente. ¿Quién por tanto la redujo á ciertas medidas y la modeló? ¿Quién redondeó el mundo y las estrellas? Creo, señores, yo en un primer artífice y en un ordenador primero.

Hé aquí otro argumento máximo en nuestro discurso.

Cuando los paleontólogos dicen *la materia existía*, presumiendo en su virtud establecer la base para levantar el mundo sobre ella, abiertamente adjudican á la materia la dote de la eternidad. Su refugio eterno, su grande iluminacion, y su espada de Aquiles es la siguiente: la materia eterna. No existe por el contrario debilidad, ni ceguera más deplorable.

¡Bella y poderosa eternidad de materia, por sí no capaz de forma ninguna, la cual ni se puede mover por sí, ni negarse al movimiento! ¿Cómo existió, pues, *ab eterno*? Si le quitamos á Dios, negándole al único que puede darle forma, poniéndola en movimiento, ¿á qué se reduce la materia eterna? Es un obstáculo que aplasta mi pensamiento; es un inmenso mónstruo que se sitúa, no sé cómo, en el espacio y que amedrenta la imaginacion mia. Es la nada verdaderamente.

Los antiguos filósofos paganos, tan propensos á reconocer la eternidad de la materia, á lo ménos andaban divididos, sosteniendo muchos su opinion con timidez. Si los unos, por ejemplo, con Aristóteles pre-

dicaban aquella eternidad, los otros, panteistas con Pitágoras, llamaban el mundo una eterna emanacion de Dios: si los unos, sin ninguna intervencion de Dios querian con Epicuro eterna la materia en su propio ser, los otros con Timeo de Locri y con Filolao hacian á Dios intervenir en la materia á fin de que pudiera modelarse. Entre los otros Platon, que á contrarias opiniones se inclina, diciendo que la materia es eterna, y negando que ateo fuese, afirmaba que, al exponer el origen del universo, no pensaba de ningun modo anunciar su doctrina por axioma, como cosa cierta, sino sólo por verosmil; Sócrates, uno de los interlocutores del diálogo, aprobó aquella modestia en la opinion del escolar (1).

Nada modestos, ni vacilantes, y más dogmáticos que los cristianos, á quienes dan sus embestidas escarneciéndolos, los paleontólogos referidos, descartando á Dios de todos los órdenes de lo real, declaran ruidosamente que la materia es eterna. Sin que tengan el mérito de la novedad, vienen á ser en nuestros dias afirmadores absolutos, aunque los devora la falta de la verdad y la sofistería. Veámoslo.

Lo eterno, por ninguno hecho, que vive por sí mismo, excluye por sí toda vicisitud, y toda sucesion de cosas: necesariamente marca un punto inmoble, donde no puede tener lugar el primero, por cuanto no tiene principio lo eterno, ni puede tampoco tener lugar él despues, porque la eternidad no tiene fin. Segun esto, la eterna materia de los paleontólogos, á producir destinada el mundo, es filosóficamente absurda. Para darnos el mundo, debe tener un desarrollo ó un progreso. Ahora bien; no hay cosa que más repugne que los términos estos: progreso y eternidad. Nosotros, en el hecho de admitir un Dios eterno, existente por sí, no lo hacemos progresivo, debiéndolo considerar inmutable; colocamos el progreso fuera de Dios, en sus criaturas ó en el hombre. ¡Quieren los paleontólogos progresiva la materia? Con esto mismo la declaran no eterna. Sin embargo, oid á Rossmassler que dice: *La materia existió y existirá de continuo: es eterna.* Oid por otra parte á Santiago Moleschott, que asume casi un estilo lírico, cantando á guisa de poeta: *¡La metamórfosis de la materia! Esta es una sagrada palabra: con sólo pronunciarla sentimos en el pecho despertarse un sentimiento profundo de veneracion; porque así como el comercio es el alma de las relaciones entre los hombres, la eterna circulacion de la materia es el alma del mundo* (2). Chocan juntos términos contradictorios, desmintiéndose por la propia boca.

(1) Platon en el *Timeo*.

(2) G. Moleschott, *La circulacion de la vida*, lec. III.

Procedamos adelante. Lo eterno, que por sí vive y obra, nunca debe, en el pleno sentido de la palabra, necesitar de nadie. Si de otra manera fuese, no viviria por sí, ni podría pertenecerle la eternidad. Por consecuencia, el sér eterno es el sér singular y único. Los católicos que confesamos la eternidad de Dios, promulgamos precisamente la unidad suya: *Unus dominus* (1); la primera y la más santa de nuestras fatigas fué desterrar de la tierra los dioses gentílicos, fábula y vergüenza humana. Está bien; el sér eterno es el sér único. Señores: ¿os parece que puede ser verdaderamente única la materia de los paleontólogos declarada por ellos eterna? Es precisamente lo contrario; si eternidad dice unidad, la materia dice multiplicidad. ¡Cuán múltiple y varia es! Materia aérea, líquida y sólida; materia mineral, vegetativa y dotada de inteligencia; materia terrestre, cósmica y sideral. ¡Paciencia! La unidad del sér, señores, por nadie es tan renegada como por la multiplicidad de la materia. Los paleontólogos sin fé afirman la materia eterna y afirman en su virtud el sér único; en las escuelas de la paleontología se ha metido ahora dentro, por decirlo así, el viejo politeísmo de los gentiles. Llegan siempre los aludidos á un resultado opuesto á lo que proclaman; quieren en la materia la eternidad y la refutan.

Una observacion más. Lo eterno, que no necesita de nadie, debe poseer en sí todos los demás bienes y atributos, que pertenecen á la eternidad. Hé aquí el argumento incontestable con el cual Tertuliano estrechaba á los dualistas del Africa. Por consiguiente lo eterno, además de ser inmutable y único, debe ser inmenso é infinito. Es necesario que tal sea, si la materia es eterna (2). Ahora bien; ¿es propiamente inmensa la materia? ¿Es infinita? No es inmensa; lo inmenso extiéndose por todas partes, ocupando todos los lugares; es la negacion del vacío. Empero los vacíos existen en la naturaleza; poco es decir que los descubrimos con nuestros ojos, porque haciendo los experimentos tenemos las pruebas. Realmente, todas las sustancias corpóreas que existen ahora, tienen un volúmen determinado. Además la extension de cada cuerpo no es siempre inmutable, sino que, por el contrario, tal extension está sometida continuamente á variaciones. Ahora bien; si un cuerpo puede tener mayor ó menor extension, resulta claro que el espacio queda vacío por el que se restringe, pudiendo ser ocupado por un cuerpo que se dilata, ó por otro que, sin dilatarse viene á él.

(1) San Pablo, á los Efesios, cap. IV, v. 4.

(2) *In aeternitatis consortio collocata, materia necesse est ut conditiones omnes et leges participet aeternitatis.*—Tertul. *Contr. Hermog.*

Sí existe por lo tanto el vacío, la materia no es inmensa. Tampoco es infinita; el infinito no tiene límites ni confines. Sólo que un límite (lo advertimos de nuevo) tiene la tierra en su propia circunferencia; el sol lo tiene también y todos los astros. Si así no fuese; si real limitación entre unos y otros no se realizara, los astros no podrían recíprocamente verse ni reverberarse; no podríamos observar el sol ni tampoco la luna, lo cual no sucede. Por lo tanto hay límites y la materia no es infinita.

Según ellos, el vacío es sólo aparente, hormigueando, por decirlo así, en él una materia líquida ó aérea, que se sustrae á nuestra vista. Aquí Luis Büchner, con el microscopio se abre la vía en el universo de los seres mínimos, y con el telescopio se abre la de los seres máximos, encontrando varias existencias, animaluchos, átomos, moléculas y qué se yo (1). En cuanto á los límites, llaman aparentes hasta los límites de la tierra y de los globos celestes, porque, ligados por la ley de la atracción á distintos centros, hermánanse los astros estando unidos, repitiéndose tales centros en el espacio innumeradas veces sin que se conozca el confin. Así á la materia reivindica la dote del inmenso y del infinito. El materialista Cotta se nos pone de mal humor y grita pertinaz delante de nosotros: *El mundo no tiene límites; es infinito.*

El tono del lenguaje parece de un sabio; pero dentro está el niño. ¿Cómo puede ser inmensa la materia y con ella el planeta que habitamos? El mundo tiene su atmósfera; mas esta casi aureolá luminosa, en movimiento rotante y de traslación lo transporta consigo, teniéndolo relegado en torno; pasado un confin, ya no hay nada. Viajas en el vacío, ó más bien no puedes viajar, porque no existe cosa que te sostenga. Existen ciertamente las fuerzas de atracción y de repulsión, que se derraman peculiarmente, por decirlo así, entre el sol y nuestro globo; empero tales fuerzas marcan sólo en el espacio una corriente, no siendo de ningún modo materiales, sino simples: en torno de ellas hay evacuación y la nada; ciertamente si otras poderosas y mecánicas fuerzas se mezclasen allí por una extensión inmensa, la armonía de nuestro sistema planetario se interrumpiría, quedando rota. Büchner se arma con lentes magníficos, dirigiendo sus ojos al mediodía y al norte para descubrir. ¿Qué cosa? Con el microscopio penetra en el universo de los mínimos: pues bien, dejémosle tal consuelo; descubra por todas partes insectos y animadas moléculas. Empero aquí está fuera de camino. Dejando el microscopio, tome su telescopio, porque nosotros actualmente estamos en el universo de los cuerpos máximos. ¡Alabado

(1) L. Büchner, *Fuerza y materia*, cap. IV.

sea Dios! ¿Dónde están los máximos? ¿Dónde están ocupando el espacio totalmente? Averiguado está que nosotros podríamos viajar por los espacios cien millones de años sin ver una sola estrella en nuestro camino, aun cuando nos trasportara el ímpetu de una bala de cañon. ¡Muchachos! ¿No advertís que si el espacio no existiera y si el vacío no se abriera en él, no podrían existir cuerpos celestes en ordenado movimiento, porque no tendrían donde lanzarse? ¿Quién se mete nunca en carrera rapidísima sin la libertad de correr? Es cosa fácil contestar: Donde los cuerpos celestes no existen, extiéndese la materia líquida; ellos mismos nadan en tal materia líquida. ¿Por dónde lo sabeis? En otros tiempos los cabalistas poblaban los elementos de diversos espíritus: ponían la salamandra que segun ellos habitaba en el fuego, los silfos en el aire, los gnomos en la tierra, las ondinas y las ninfas en el agua. Amados señores de la materia líquida; ¿volvemos nosotros acaso de golpe á tales costumbres poblando la nada? Hay en lo alto por todas partes, en los campos vastísimos, segun decís vosotros, la materia líquida. Probadlo: una hipótesis no es una demostracion. Entretanto esta materia líquida, que, por decirlo así, aletea, es tan poco densa, y reniega tan poco del vacío, que donde se halla nosotros á simple vista nos elevamos á inefables alturas; al sol y á la familia de los planetas ó de los astros; provistos de cristales magníficos entramos en Urano, viniendo á ser habitantes de las estrellas más sublimes. Desde la tierra pasamos á las estrellas de todo punto expeditos y libres: existe por consecuencia el vacío. La materia no es inmensa.

Casi es peor decir que son aparentes los límites de la materia, porque los cuerpos celestes se unen por la ley de la atraccion y forman uno solo. Es un juego de palabras. Se unen y forman uno solo por lo que se refiere al órden y al conceto de los sistemas siderales; mas no por lo que se refiere á la entidad de la cosa: añado que se unen precisamente de una manera armónica, por estar divididos en su propia materia. Realmente si no tuvieran límite; si terminante separacion, no hubiera entre unos y otros, lejos de atraerse y rechazarse con ordenada reciprocidad, se compenetrarian, uniéndose en una sola gran masa ó mejor cayendo del espacio. Aseguramos pues, que se corresponden; pero que no se tocan. Añadir que los cuerpos celestes, ligados á innúmeros centros, se multiplican sucesivamente, y se repiten sin fin, por lo cual nunca se conocerá su número, fuera de que no afirma esto el límite verdaderamente, ni lo explica con mejor éxito, es cosa fuera de lo probable y de lo posible. No es probable, porque la astronomía, si aún no está en el punto de asegurar, entrevé, sin embargo, un centro máximo de la gravitacion universal. No es posible, porque por mucho que á un núme-

ro de centros otro número se añada, se queda en el finito siempre. Estas dos cosas, número é infinito, se contradicen, por lo cual es imposible unirlos: Galilei y Cauchy lo han demostrado en sus teoremas matemáticos. Poneos á numerar; unid cifras á cifras, diciendo: diez mil centros, cien mil centros y así sucesivamente; obtendreis un número «archi-grandísimo,» pero finito y aumentable: al deteneros en el cómputo, estareis casi aún como en el principio, por cuanto el fin se os mostrará igualmente distante. Volved á contar: no llegareis nunca al infinito, porque vuestras fuerzas numéricas no podrán llegar, y porque, si otra cosa no hubiese, os faltaría el tiempo. Tendreis por consecuencia siempre un número determinado y lo contrario al infinito. Hé aquí el límite necesariamente; la materia no es infinita.

¿No es inmensa? ¿No es infinita? Nos basta esto; por consiguiente, señores, la materia no es eterna. Los paleontólogos que promulgan la eternidad de la materia, porque pretenden hacer brotar el mundo de sus átomos y de sus moléculas, padecen, por decirlo así, el vértigo y aseguran lo que no es: el lugar donde nos han introducido, que es la gran *masa* de la materia informe, viene abajo desde sus cimientos.

Si esto es verdad; si la materia por sí no puede subsistir, se debe recoger el fruto que contiene la primera parte de la conferencia. Huye la materia existente por sí misma, y sale nuevamente Aquél que detrás de la sombra de la materia había querido tener el hombre escondido renegando de Él: vuelve á comparecer el sumo Sér.

Realmente la materia indiferente por su naturaleza al movimiento y á la quietud, se mueve entretanto en la creacion; ésto por extrínseco y superior impulso, obrando el sumo Sér como motor primero.

La materia, que del mismo modo es indiferente á la forma, está impresa y se modela con una forma cósmica: es el sumo Sér que obra como ordenador primero ó artífice.

Tomemos la cosa por otro lado, mostrando que la materia no es eterna.

Lo eterno no progresa ni muda: no siendo tal la materia cede á otros el campo y al sumo Sér llama, que sin duda es inmutable.

Lo eterno no se multiplica, ni tiene rivales: la materia, que no es tal, nos induce con el pensamiento al sumo Sér, singular y único.

Lo eterno ocupa todos los lugares y no conoce límites: estas dos dotes que se quieren atribuir á la materia y que no tiene, nos conducen al sumo Sér, el cual es precisamente inmenso é infinito.

Sí; la materia de los paleontólogos incrédulos, la materia autónoma é increada se revela como imaginaria, presentándosenos delante en su lugar Dios con sus inefables y soberanos atributos.

Si es así, ¿qué se debe pensar, señores, de tales doctos, que tienen anuncios magníficos en la boca; pero contra cuyas ideas se rebela el raciocinio? ¡Artistas ampulosos, soberbios y sin gracia! Presumen crear por sí solos, aunque no tienen lo que primera condicion absoluta es de toda fábrica y de toda creacion física: no tienen la materia. Se manifiestan iguales al escudero aquél tan donosamente descrito por el novelista español. Figurábase aquel Sancho loco que tenia una isla que gobernar, y que monarca era; pero no poseía súbditos ni reino, sino únicamente los que se le burlaban. Semejantemente los aludidos artistas desgraciados creen tener á su propio servicio una materia increada y omnipotente: piensan poder disponer, no sabiéndolo Dios, y hasta desmentidos por Él, de los reinos del mundo, hallándose befadados. Los escarnece la lógica que declara locos sus argumentos; los escarnece la realidad de las cosas, que se sustrae visiblemente á su imperio fantástico; los escarnece Dios, abandonándolos á la ironía de los sábios y á la ira de las naciones. ¡Oh Cervantes! Ojalá reviviese tu sátira y tu génio irrisorio entre nosotros, porque los descubrimientos de las *Islas afortunadas* en la paleontología sobreabundan: levanta tu látigo, hiriendo á los pedantes y á los visionarios modernos. Hace mucha falta la risa abundante y festiva.

¡Empero no tanta sátira ó irrisión, amigos míos, como alabanzas al Padre nuestro que está en los cielos! Discurriendo sobre la formacion del mundo, ensalzamos al primer motor, del que salió el tiempo, y al primer ordenador, del cual salió la armonía. Ensalzamos al Dios inmutable, al Dios singular y único, al Dios inmenso é infinito; al único sér eterno.

Os dí la prueba ya. La materia de los paleontólogos, en que se halla la preparacion del drama cosmico, no puede subsistir por sí, llevándonos por el contrario á reconocer el sumo Sér

Los autores dramáticos, colocada en determinado lugar la escena, envían á ella sus personajes. Veis allí comparecer cortesanos, doctores, guerreros, enamorados, con sus émulos y con bufones; acaso tambien concubinas, (¡horrible cosa es decirlo!) gitanos, monopolistas y otros semejantes. Generalmente, la escena es más numerosa de lo debido, habiendo en ella ruido y apreturas. Sobre los demás es distintísimo en esto Alfieri, que pocos personajes emplea, complaciéndose casi en la soledad del proscenio.

Nosotros, señores, hablando de los paleontólogos incrédulos, halla-

mos realmente que su escena plantada sobre la materia informe se divide por el centro y cruje: es más bien oscuridad fantástica que se desvanece por las pruebas del raciocinio. La materia que no puede por sí existir, sólo es por la omnipotencia y la voluntad divina. Empero admitamos la hipótesis; demos por existente de algún modo la materia, en la cual ponemos la escena del drama cósmico; ¿qué personajes introducen aquí los paleontólogos?

Grande asunto insólito: sobre la escena de la materia hacen que nazca y aparezca el mundo.

Expongamos el fenómeno de manera científica. Existía, prosiguen, la materia desde toda la eternidad; mas no estaba sola. Es la materia inseparable de la fuerza. Ahora bien; en virtud de tal conjunción, vino el momento en que la materia, fecundada é impelida por la fuerza... Entiendo: la fuerza debe ser el varón, la materia la mujer, y el mundo su hijo.

Hé aquí por qué meten al mundo en escena. Es un solo personaje; mas no temamos por esto la soledad del Astigiano, temiendo más bien no comprender la utilidad del drama que representarse quiere. ¡Cómo! Desde toda la eternidad existía la materia, inseparable de la fuerza: ¿esperó, pues, tanto la materia á sentir la influencia de la fuerza, á contener fecunda nuestro globo y á parir? Que puede otros globos y otros mundos distintos del nuestro haber producido mucho tiempo antes, y que por esto siempre produjo, es mera hipótesis. No salimos nunca de las hipótesis tratándose de dichos señores. Entretanto para ceñirnos á nuestra tierra, única de que hablamos al presente, resulta razonable esta observación mía: aunque se haga tan viejo como se quiera el mundo éste, endosándole cien siglos, doscientos y aún más, los paleontólogos convienen sin excepción en que no existió siempre, y en que tuvo un principio. Bien: si la materia existe desde toda la eternidad, es preciso que pasase una eternidad antes de que se realizara la formación del mundo éste. Esperó, pues, á surgir una eternidad: ¿os parece una inepticia esto? De la fuerza es inseparable la materia: ¿y qué hacía la fuerza en pró de la materia en aquellos períodos sobre toda ponderación larguísima y sempiterna?

Los desgraciados piensa cogernos la palabra y responden: ¿Por qué Dios, el Dios bíblico y cristiano, esperó, aun Él, tanto tiempo á crear el mundo?

Dios es libre, queridos hermanos: nuestro Dios bíblico y católico es un sér personal, dotado de libérrima voluntad. Están en su eterna mente los modelos de las cosas que resuelve crear: así, nuestro mundo y los otros son por esto en la mente de Dios eternos idealmente. Empe-

ro si Dios ve «ab eterno» todas las cosas, al tiempo toca efectuarlas y cumplirlas, en el punto en que le place: llegado aquel punto, crea. Por otra parte, sin las obras externas de la creacion, Dios es beato en sí mismo, por ser perfectísimo: ¿qué realmente le importan nuestro mundo y los otros, aunque sean innumerables? No aumentan con su cortejo su grandeza, ni la disminuyen con la propia deficiencia. ¡Empero cuán contrario es el caso de la materia eterna, que obra necesariamente y en las externas cosas consiste! ¿Permanece sin creacion? ¿Está inmóvil é informe? Es la muerte. Advertid que está inmóvil, y durante toda una eternidad no produce el mundo, si bien dispone de la íntima prepotente actividad para producirlo. Es un ente inconcebible que tiene la vida en su seno: entretanto, no pudiendo explicarla en toda la extension de una eternidad, no vive. Pensando en esto, decidme, ¿no os ahoga la contradiccion?

Hemos hecho algo de prólogo, que nos sirve para contemplar mejor con los paleontólogos el nacimiento del mundo. Examinémoslo, señores; es la segunda parte del drama: vereis que, al formarse el mundo, no puede obrar por sí, llevándonos por el contrario á reconocer y admirar la inteligencia suprema.

Por consiguiente (tomando de nuevo la explicacion científica del fenómeno) agitada por la fuerza y convertida en fértil la materia, de inorgánica se trasformó en orgánica; modelóse asumiendo forma y yendo á variadísimos puntos: se hizo estrella, planeta y sol; en cuanto á nuestra habitacion, para nosotros los hombrecillos que tantísimo tardamos á nacer, fué mundo.

Admitamos la fuerza que vivifica la *masa* de la materia. Empero es preciso ante todo saber qué cosa es tal fuerza; es preciso ver de qué modo toca la materia y si se une á ella, porque no basta decir: la materia, movida por la fuerza, parió el mundo: probadme cómo de tal connubio, si realmente hubo nupcias, pudo el mundo surgir. Aquí súbitamente los paleontólogos se hacen brúscos.

Un redactor de la *Revista de ambos mundos*, procurando darnos la definicion de la fuerza, se halla embarazado terriblemente: despues de haber charlado mucho, encuentra más á propósito dejar la indagacion que acometerla: desaconsejarla y prohibirla mejor que promoverla y facilitarla. Escribe: «La nocion de fuerza es de las que no han aportado bien alguno á los géometras y que han ofuscado mucho los orígenes de la mecánica. Vemos los fenómenos pudiendo medirlos: por lo que hace á las causas de tales fenómenos, son otros tantos fenómenos. Está bien que se dé á tales causas el nombre de fuerzas, si esto se hace con prudencia y se hace bien lo que se hace; más es de temer cierta tendencia que lléva-

nos á considerar las fuerzas como entes de razon, ó entidades distintas de los cuerpos y capaces de animarlos.» (1) ¡Es curiosa la advertencia y semejante miedo! Se infiere cómo la doctrina sobre la fuerza pudo seguir adelante; no obstante nuestro progreso científico, es retrógada y negativa.

Con todo, el periodista francés tiene razon. ¿Qué nos responden terminante y neto los paleontólogos sobre la fuerza, por más que se ocupen de continuo de ella? Nada. No realzan de ningun modo la esencia; obstinados en gritar que no es separable de la materia, nos dejan á oscuras para conocer si materia y fuerza sólo accidentalmente se unen, siguiendo entre sí diversas, ó si por el contrario, se unen, por ser idénticas. Adoradores como son de la materia, nos dan, sí, á conjeturar que la fuerza, que no puede, á su juicio, disgregarse de la materia, es material á su vez. Ahora bien: nosotros que no somos materialistas, tenemos en la idea suficiente luz para entender cómo se estorban deshonestamente, y afirmamos que la fuerza es otra cosa que no es la materia; se une á ella pero sin identificarse con ella, no siendo por consecuencia el nacimiento del mundo un parto de la materia.

Entramos en la demostracion.

Si tenemos presentes los descubrimientos hechos recientemente, observamos que los físicos y los naturalistas se ponen á explicarnos por via del movimiento la fuerza, intentando dar alguna definicion. Ya Galilei, con sus observaciones sobre la caida de los cuerpos, aprestaba los primeros cimientos para la ciencia del movimiento; aplicábala Newton á los fenómenos celestes, significando el pensamiento de que aun el calor es sólo una especie de movimiento. Los trabajos de los nuevos doctos, Huyghens, Fresnel, Ampére, Molloni, Carnót, Clapeyron, Pianciani, contribuian á reforzar la idea, y extenderla mejor á los demás fenómenos naturales. Ahora bien; despues de los últimos estudios de los sabios Mayer, Joule, Hirn, Waterston, Sequin, Thomson, Grove, Tyndall, Clausius, Dumas, Cantoni, Fusinieri, Zantedeschi, Bixio, Turazza, Graham, Bunsen, Foucault, Dupré, Deville, Kirchhoff y otros, la idea contemplada viene á ser teoría científica, casi aceptada universalmente. A nosotros no nos corresponde aquí juzgar; mas, considerando el hecho sencillamente, advertimos que la ciencia en nuestros dias promulga el principio de que la fuerza es solo movimiento. Sea esto: supongamos que se resuelve la fuerza en el movimiento: hé aquí que no es propiedad inseparable de la materia.

Sin que tengamos nosotros necesidad de repetir lo dicho; invitamos

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1.º Enero 1869.

á que hable un filósofo, sin embargo de ser empírico fastidiosamente; confiesa, empero, en esta parte cual nosotros la verdad. Escribe Roberto Ardigó: «No se puede ya concebir la fuerza como una dependencia esencial de la materia y una cosa con ella, á la manera de la propiedad con la sustancia, ó como dice Faraday del oxígeno. ¿Qué se sabe del movimiento? Sábase que, teniéndolo, un cuerpo comunico á otro mediante un choque, y que precisamente la cantidad que ha pasado al segundo, á consecuencia del choque, es la cantidad perdida por el primero. De movimiento queda siempre la misma suma; pero ése indiferente permanecer en un sitio ó en otro. Además la materia no tiene movimiento por sí, antes de haberlo recibido. Teniéndolo, lo conserva, hasta que choca; no teniéndolo, no lo engendra, ni lo puede tener, si no es, por decirlo así, derramado en ella desde fuera. Una bola no se mueve sobre un billar, si antes no recibe el empuje del taco. El movimiento, en virtud del que la bola investida es así, se debe del todo al choque recibido. Abstracción hecha del rozamiento del plano sobre que corre, subsiste sin alteración, mientras no halla otra que la hiera, comunicándole por tanto su movimiento. Y tanto le comunica cuanto pierde. Si lo comunicase todo, quedaría enteramente sin él, parándose. En su virtud del oxígeno se puede decir, como de la materia en general; hay en él una dada forma y cantidad de fuerza, que constituye su naturaleza especial. Ha recibido esta fuerza que puede perder, dejando en su virtud de ser oxígeno (1).»

Hemos de la materia venido á la fuerza, y de la fuerza al movimiento: parece un grupo de anillos. Empero el anillo segundo hallase mal enlazado al primero, que deja caer en el suelo, porque, aun suponiendo que la fuerza no puede subsistir sin el movimiento, ni éste sin aquélla, la materia puede perfectamente subsistir sin el uno y sin la otra, contrariamente á lo que nuestros contradictores aseguran. Sólo que prescindamos de esto, para mejor volver á la cuestión planteada, á saber, si la fuerza que se dice á la materia necesaria debe ó no considerarse material.

Continúa nuestra demostración de la manera siguiente.

Las fuerzas de la naturaleza inorgánica son dos: una del género de las impulsivas y otra del género de las continuas. La fuerza impulsiva, dicha de otra suerte fuerza instantánea, fuerza «proyectiva» ó «tangencial,» engendra el movimiento uniformemente acelerado: estos dos movimientos, separadamente tomados, son rectilíneos y por ende homogéneos. La fuerza impulsiva, combinada con la fuerza aceleratriz del

(1) Roberto Ardigó. *La psicología como ciencia positiva*, cap. II pár. I.



peso que ángulo forma, engendra el movimiento curvilíneo, el cual supone necesariamente la realidad y el concurso de dos fuerzas heterogéneas: la impulsiva ó «tangencial,» y la central ó aceleratriz.

Tomad estas dos fuerzas, que son las primigenias; tomad cuantas otras podais subalternas de la naturaleza física orgánica, declarándome si la fuerza se os aparece allí de un modo material. No, no; ella, que conduce la materia y de tal modo la domina, no es material: se halla en la materia sin ser materia. La prueba está en que si fuese material de veras no sería absolutamente distinta de la materia: la fuerza sería materia y la materia fuerza. Ahora bien; no tenemos uno, sino dos: no tenemos sólo materia, sino materia y fuerza, entre sí distintísimas y desiguales. Las fuerzas propiamente dichas vienen á ser activas, libres de inercia; en su virtud no son materiales, á pesar de que propia es de la materia la inercia y la «pasividad.» La materia tiene pesadez y subsiste; las fuerzas segregan y vuelan, haciéndola volar también á ella. No llegan á ser espirituales: de ningún modo. Si el espíritu es fuerza, no se sigue que toda fuerza es espíritu. Las fuerzas de la naturaleza son por tanto inmateriales, indivisibles y simples; esto sí. En su virtud, Leibnitz solía llamarlas *mónadas*; no incluyen de todas maneras el valor de las sustancias espirituales. Por consecuencia, según la obra sencilla de la fuerza, no procedo que por completo se aparte de la materia, ni es de ningún modo material; la materia es un hecho; es la fuerza el principio sustancial de las cosas y no existe imagen que pueda representarlo. ¿Es simple la fuerza? ¿Es el principio sustancial de las cosas? El mundo no fué por tanto una producción de la materia.

Demostrada una cosa, preciso es demostrar la otra.

Señores, esta fuerza que vuelve y revuelve nuestro planeta, que no se identifica con la materia, siendo simple, ¿con qué se relaciona? ¿De dónde viene?

Si, recordando un dicho de Jorge Stephenson al geólogo Buckland sobre la locomotora, me respondeis: Esta fuerza viene del sol; sí, para probarme que de actividad inmensa es capaz el sol, me decís con Mayer y con Tyndall, que, á consecuencia de los cuerpos que caen por atracción en él, alimenta de continuo su fuerza mecánica transformándola en luz y en calor, advierto, señores, que no me decís, ni explicais nada de cuanto viene hasta hoy establecido por nosotros, agitándoos en un círculo privado de luz enteramente. En primer lugar aquí no se habla de nuestro planeta solo, ni únicamente del sol, sino en general de la fuerza que se difunde por el universo. El punto que se debe resolver estriba en esto: ¿De dónde brota tal fuerza, que no se identifica con la

materia y es simple, la cual reconocemos existe muy en abundancia en el sol?

Responderé yo. No brota, ni viene de la materia, lo cual es evidente, por cuanto es un dominador de la materia, y no un satélite. No se refiere á la materia, ni confina con ella para ser alimentada en su actividad propia: lo prueba que, fecundada por la fuerza, la materia pare, y continúa estéril, abandonada siendo á sí misma. ¿A dónde, pues acude la fuerza y de dónde saca la vida? La fuerza simple levántase á la fuerza espiritual y divina; es una corriente que obra en sitio bajo, por descender de las alturas. El propio movimiento de la tierra es indicio de lo que afirmamos. Observaba un filósofo y decía: «La vida actual de nuestro globo es un movimiento hácia un punto celeste; la constelación de Hércules, de acuerdo con el sistema solar. La órbita circular y fija de la tierra en el espacio es sólo un movimiento aparente. El movimiento real de la tierra, como el de los graves que caen sobre ella, es una tangente, es decir, una línea recta ó encorvada levemente, ó sea un ramo hiperbólico. La línea recta indica un movimiento hácia el fin, y la hipérbola un movimiento hácia un fin infinito (1).» Dimos en el blanco: la fuerza que sencilla es ó simple, no pudiendo brotar de la materia, siendo más noble y elevada, no pudiendo tampoco producirse, por no tener en sí misma la razon del ser, es necesario que allá se refiera y de allí refluya donde se halla el primer principio y la creacion de todas las cosas. El finito es del infinito á que suspira, y casi retrocediendo corre: el mundo en su virtud tiende á encielarse, para usar la hermosa palabra de Dante. El origen ó la fuente de la fuerza está en Dios.

¡Inexorable lógica de las cosas! Ella por último vá siempre á parar á esto: á descubrir el rostro de la verdad. Los paleontólogos á los cuales fastidia Dios, excluyéndolo de la formacion de la tierra, por necesidad al mismo Dios se levantan. El nacimiento del mundo no surge por el concurso de dos cosas únicamente: la materia y la fuerza. Quedando aquí la obra, no tiene cabeza, ni se vé posible. Surge por el concurso de tres: la materia, la fuerza y el espíritu. Es el espíritu eterno, divino, el cual existe como fuente y complemento de todo. Admirad, señores, la inteligencia suprema.

Descubierto así en general el vacío, donde se sumerge la enseñanza de los paleontólogos incrédulos, examinar debemos las diversas teorías con que la ciencia contemporánea procura con ingenio explicar la formacion de nuestro globo.

Este nuevo trabajo nos corresponde, ya porque dentro de aquellas

(1) V. Gioberti. *De la Protología*, ensayo IV.

teorías fabricadas, en parte grandioso y en parte verosímil, existe un gran prestigio fácilmente peligroso, ya porque, reducidas á la última conclusion, permiten apreciar mejor la inteligencia suprema, que nos manifiestan en la plenitud de su luz.

Ahora bien; ¿en qué consisten y qué nos promulgan tales teorías?

Es una delicia saber cómo estaban antiguamente colocadas una delante de otra las célebres escuelas de la Grecia. Ordinariamente cada una de tales escuelas tenia su propio jardin; los jardines de los filósofos de Atenas extendíanse desde las orillas del Iliso hasta las del Cefiso. Los Epicúreos se habian establecido en el centro; los discípulos de Platon hácia el Norte, y al Sur los de Aristóteles. Nunca se vieron habitantes de algun lugar tan próximos y al mismo tiempo tan divididos, ménos desemejantes y ménos colosos: un sendero sembrado de olivos, un bosquecillo de mirtos, ó un rosál, separaba los sistemas filosóficos, sirviendo de límite al reino de la opinion y de la ciencia. Así el dios Término de la idea era la sombra de un vegetal.

Nosotros los modernos, que de lo pequeño y restringido hemos pasado gustosamente á lo grande y á lo vasto, lejos de buscar las escuelas de los paleontólogos en la Grecia, que se compendia en cinco millas, las buscamos en la extension de nuestra Europa. Buscamos los nuevos rosales, los nuevos bosquecillos de mirto, donde los sistemas filosóficos y las teorías se apartan, abriéndose sin embargo, y corriendo fuera por la sociedad civilizada.

Hé aquí en Koenigsberg el jardin de un filósofo; es el de Manuel Kant, siendo para nosotros conocidísimo, si recordamos que otra vez descubrimos en él al viejo Lampe que limpiaba la ropa de su señor. Desde su jardin, el racionalista Kant nos da una sublime teoría sobre la formacion de la tierra. En un principio, dice, nuestro sistema solar sólo fué una interminable esfera gaseiforme: luego el gas se convirtió en líquido, y en sólido más tarde. Por la condensacion de las sustancias se formó un punto central, desde donde, aumentada la vitalidad y el trabajo, brotaron dos terribles fuerzas; la centrífuga y la centrípeta, contrabalanceándose con reciprocidad ordenada. Fué, por consiguiente, un grande esferóide, ó bien una cantidad de pequeños esferóides ó anillos, dotados de doble movimiento. Empero los anillos, conservando la obediencia al movimiento que les habia impreso, tendian á distinguirse y á dilatarse; vino un dia en el cual se dividieron, saliendo más largamente fuera por el espacio globos celestes, estrellas y planetas. En su compañía, y comprendida en el propio sistema solar, apareció la tierra, designada para ser habitacion del hombre, la cual, en sustancia, es la hija de una nebulosa.

Tal fué la formación de la tierra, apenas bosquejada, según la teoría de Kant, á la cual Laplace procuró añadir el valor de la demostración. Bischof la escarneció, y con él otros, considerándola un pueril juego de la fantasía (1). Empero nosotros decimos:—Se admita enhorabuena el estado gaseiforme del primitivo universo: considérese la tierra procedente de una nebulosa: no existe hasta aquí nada contra la divina revelación, ni contra la razón humana. Lo importante, señores, está en lo siguiente: ¿Se formó la nebulosa por sí misma? ¿De quién viene la doble fuerza que la trabaja y rige, es decir, la centrípeta y la centrifuga? Arago, después de reiterados estudios, escribió: «El movimiento de rotación primitivo de la nebulosidad no depende de atracciones únicamente: este movimiento parece suponer la acción de una fuerza impulsiva primordial» (2). ¿Quién imprimió esta fuerza impulsiva primordial? ¿Quién la puso en relación con el primer cuerpo sólido? ¿Quién hizo salir aquella variada condensación de anillos, ó aquella germinación de planetas y soles, que constituyen la gran armonía de los cielos, maravillando nuestro pensamiento? ¿Ocurrió esto fortuitamente sin que ningún autor pusiera en ello la mano? El físico americano Maury, que redujo la meteorología á verdadera ciencia, fundando sus deducciones en cerca de un millon y trescientas mil observaciones, no sabe darse paz sobre esto: para él, decir «que lo fortuito es la causa directiva de los fenómenos naturales, equivale á pretender que las ruedas y los muelles de un reloj fueron construidos y dispuestos juntos accidentalmente.» Quiere que se admita al Creador.

¡Ah ciertamente! La urdidura de una tela designa un tejedor; el sonido de una cítara supone un citarista; así el orden y el concierto del mundo ponen de realce la existencia de Dios. No me bastan la materia, ni la fuerza natural por sí. La materia impéleme á pensar. ¿Quién la puso aquí? La fuerza me constriñe á decir: ¿Quién la produjo? Además ¿quién la concertó con la materia haciendo brotar los astros y el mundo? Hay en él demasiada arquitectura; hay dentro del mismo un dibujo demasiado bien concebido y realizado, no pudiendo yo resignarme á la idea de un evento fortuito, ni al incógnito, como si no existiera el artífice ni el legislador.

Admirad señores la inteligencia suprema.

¿Llamáis nuestro globo la derivación de una nebulosa? Repito que me place creerlos; mas esta nebulosa, ¿no es acaso la materia *inanis et vacua*, de que habla Moisés? ¿No es la materia *invisibilis et incomposita*?

(1) G. Bischof. *Lehrb. der chem. u. phys. Geologie.*

(2) F. Arago. *Elogio de Laplace.*

¿No es el *inelaboratum et indiscretum*, con que aquel inspirado autor del Génesis nos viene indicando como la materia constitutiva del cielo y de la tierra? ¿No es acaso aquel *quasi nulla*, aquel *nada que es algo*, aquel *sér que no existe*, como dice San Agustín? ¿Aquel vacío tenebroso cuya profundidad por ser inmensa no puede inquirir el humano entendimiento, ni concebir la naturaleza por la informidad, *propter ipsam informitatem*? (1) Sí; ¿qué otra cosa puede ser este *vácio ó nada*, sino precisamente la nebulosidad invisible, ó que sólo se puede alcanzar en parte con los más poderosos telescopios, que pasa de un estado largamente gaseiforme á otro más concreto á fin de obedecer la órden de Dios? Hágase la luz, *fiat lux*. La luz queda hecha, hiriendo nuestras pupilas; saludo yo á Dios.

Puesto que penetrado hemos en Alemania, donde conocimos la cosmogonía de Kant, vayamos aquí mismo á otra escuela y á otro jardín; allí está con la misma lengua, con la propia fisonomía de pensador y de maestro el ingenioso fundador de la ciencia geológica entre los tudescos, Abraham Amadeo Werner. Ahora bien: Werner, sin lanzarse á tal altura que pueda coger nuestro globo, por decirlo así, en el seno de su madre, esto es, entre las irradiaciones de la nebulosa, lo considera separado de allí, venido á ocupar su propia órbita y en estado de formación. Según su teoría por consiguiente, la tierra sólo pudo surgir por una inmensa solución de agua. Toda esta masa cuya corteza hollamos con nuestros piés era primeramente húmeda; pero se fué poco á poco enjugando, asumiendo solamente aquí y allá formas sólidas, que dieron por resultado las cristalinas y todas las demás especies de rocas, haciendo caer por el otro lado y relegando las aguas en álveos y lechos grandes ó pequeños, que dieron por resultado los lagos, los ríos y el mar. Es Werner, por decirlo así, «neptunista;» no es que alejé de la formación de la tierra el fuego del todo; mas quiere que se reduzca éste al segundo órden, asignando el primero al agua.

No frunzamos, señores, las cejas, á la teoría del «neptunismo,» que cuenta en Alemania como primer caudillo al doctor Werner, el cual entre sus compañeros y discípulos tiene á Gustavo Bischof, á Oton Volger, á Nepomuceno Fuchs, á Schafhautl, al famoso Andrés Wagner, y que por poco más arrastra con sí á la mayor parte de los geólogos. Considérese por tanto el agua principal fabricante y nodriza, por decirlo así, del órbe terráqueo. Aquí tambien encontramos un conjunto de materia y de fuerza, repitiendo nosotros la pregunta. ¿De dónde vino el agua? ¿Quién la fecundó con tanta virtud? La acción del agua es doble;

(1) De San Agustín consulta *De Genesi contra Manich.*—*De Genesi ad litteram imperf.*—*De Civitate Dei*, lib. X, 31, lib. XI, 6.

una química y otra mecánica. Pues bien: las materias que en el agua químicamente se disuelven formando sedimentos, como el tufo calcáreo, el espato calcáreo también, las estalácticas, el «travertino» y otros semejantes, ¿cómo adquieren potencia! Está en el agua; pero ¿quién la sembró, señores, en ella? Así por otra parte los sedimentos de materiales sólidos, trasportados del agua, formando grutas, montañas y llanuras, ¿cómo pudieron llegar á establecer este orden del mundo físico que nosotros vemos? Atribúyase al agua el principio del orden, si no se debe hacerla correr ciegame, porque sin duda un ciego no puede haber sido el hacedor del mundo; pero ¿de dónde sacó el agua tal orden? Surge aquí otra advertencia. Incierto es hasta dónde se dilata el volumen de las aguas: es con todo un cálculo muy probable que si nuestro globo tuviera una superficie plana y lisa, derramándose en su virtud las aguas en él por todas partes, lo sumergirían á doscientos metros de altura. Ahora bien. Mirad hasta qué punto el agua fué, por decirlo así, discreta y benévola: siendo, á juicio de los «neptunistas,» la principal factora de nuestro planeta, y siendo tan abundante, pudo fácilmente dominarlo y hacerlo todo enteramente á su gusto. Pero no; el agua fué (permitidme la comparacion), una reina constitucional, que admitió la tierra, para que disfrutara en parte de su propia soberanía; se retiró en peculiares centros, dejando fuera, no tocados por ella, colinas, huertos, jardines, playas y bosques. Más aún, dijo: *Reino y no gobierno*; el gobierno de las cosas se dejó á la tierra. ¡Cuánta tierra hermosa y enjuta por los rayos del sol! En la Edad Media se creía que los mares cubrían sólo la parte séptima de la superficie terrestre: el Cardenal de Ailly, al sostener esta opinion, era considerado respetabilísimo; Cristóbal Colon, que de los libros del Cardenal sacó en gran parte sus conocimientos, descubriendo la América, disminuyó en gran parte el concepto de la pavorosa inmensidad oceánica. Por consiguiente, ¡cuán vasta y graciosa tierra dejada libremente á nosotros, que no somos pajarillos acuáticos, y debemos oprimir el suelo con nuestros pasos! ¡Dad gracias á la generosidad y á la inteligencia del agua!

¡Qué afirmo! La inteligencia debo colocarla, si no quiero ser bobo, á mucha más altura, señores, que el agua. Cuando yo era muchacho recitaba en la escuela este versículo de la Sagrada Escritura: «La tierra estaba informe y vacía: las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» ¡Cuán rectas y justas encuentro yo estas palabras ahora que me debo ocupar en la ciencia! *Spiritus Dei ferebatur super aquas*. Dadme á Dios dominando el agua, fecundándola y dirigiéndola; ya todo me lo explico: explico la doble accion del agua, la química y la mecánica; explico las formas

cristalinas, los sedimentos, las rocas, los estratos y las magníficas divisiones del orbe; entiendo por qué razon el agua, pudiendo inundar toda la corteza y sumergirla, no lo hizo, dejando en paz á los hijos de los hombres orillas enjutas, colinas, jardines y llanuras. Es Dios que así lo quiso: *Spiritus Dei ferebatur super aquas*. El «neptunismo» no es más que un hermoso juego de sistema cosmológico; entendido bien, puede servir á la ciencia y áun alegrar á los creyentes; trasformado en ateo é incrédulo, es una sofocacion. Si los «neptunistas» se me oponen á mí, creyente, queriendo convertir el agua en arquitecto supremo del mundo, les preguntaré yo como el solitario de la Idumea. «¿Dónde estabas tú, hombre, cuando yo envolvía el océano en la oscuridad, como un niño en sus pañales? ¿Quién cerró las puertas al mar cuando se lanzó fuera casi saliendo del álveo maternal?»

Admirad, señores, la inteligencia de Dios.

Otra jardin veo. Se abre bajo un cielo húmedo, en una region apartada que no disfruta de las sonrisas del medio dia ni de nuestro genio y costumbres alegres. Empero no importa: el jardin á que nos acercamos es importantísimo por la enseñanza que nos da el doctor Hutton; es por otra parte la Escocia pais que gustosamente recibe á todos sus visitados. Ahora bien; el doctor Hutton, observando atentamente la corteza terrestre, encontró que no la forman toda estratos, sino que tiene con frecuencia otra estructura: encontró en ella minerales, piedras preciosas y toda clase de metales, que carecen de petrificación; son por consiguiente de origen volcánico, debiendo igualmente ser lavas en general de volcanes los basaltos. ¡Los volcanes! Existe por consiguiente debajo fuego que los alimenta; y el doctor Hutton se hace «plutonista.» El «plutonismo» piensa que las rocas estuvieron primeramente en verdadera fusion ígnea; procediendo adelante, cree poder decir que áun el interior de la tierra continúa en aquel estado: es para el argumento válido, y casi demostracion conocer que el calor continuamente aumenta á medida que penétrase en lo interior de la tierra más. Allá abajo hay el horno inmenso del fuego: con el fuego se formó la tierra, enteramente líquida en un principio; despues, por un lento enfriamiento de la corteza, hecha sólida en las circunferencias: agitada é impelida por el fuego, sacó fuera los montes, como el caracol los cuernos; impregnada por el fuego, á guisa de varon que fecunda, se adornó con verdura. Tampoco esta teoría sobre la formacion de la tierra es del todo exclusiva: el fuego no excluye el agua; pero lo mismo da: venida la oposicion para el dominio supremo, Neptuno no pudo competir con Pluton, y abandonarle debió el cetro del mundo.

Dígase lo que se quiera y parezca lo que parezca, prevalece la teoría

del fuego cósmico: el escocés Hutton, en compañía del gran geólogo tudesco Leopoldo de Buch, tiene muchas razones sobre sus adversarios, y acaso su doctrina reducida á términos discretos, acabará en un himno, no diré al dios terrible de los antiguos, raptor de Proserpina, sino al poder, por él representado. Nada existe, señores, aquí que nos disguste, ó que nos pueda perjudicar; pero si la ciencia del órden natural donde se desarrolla quiere pasar al órden sobrenatural, y echarla de teólogo falso, negando á Dios como autor de la creacion, no le pueden faltar nuestros reproches ni nuestros mentís. En su virtud, decimos de pronto á los «plutonistas» incrédulos: Optimamente: el fuego es el primer elemento y el primer constructor del orbe nuestro; ¿pero quién lo encendió tan válido y tan sapiente? Siempre nos sale la misma interrogacion. ¿Quién le dió eficacia para modelar la tierra, coronarla de montes, regarla con lluvias y embellecerla con flores? ¿Quién? ¿Acaso el fuego, materia y fuerza, es al mismo tiempo espíritu é inteligencia? Si no lo es, ¿por qué un fuego, que tiende por su naturaleza á incendiar y á devorar, al ocupar la tierra y al dominarla, no la incendió ni la devoró? ¿Qué virtud lo hizo, no destructor, sino constructor? ¿Qué dedos contuvieron sus alas abrasadoras, á fin de que no convirtiesen la tierra en vasto incendio y no la redujeran á un astro medio apagado en el espacio? Los «plutonistas» se atienen á las causas segundas; mas yo subo á la causa primera. Subo á ella, porque no quiero sacar mis deducciones en la oscuridad, queriendo ser un razonador ilustrado. ¡Ah! En la temperatura y el magisterio del fuego, ¿no reconocen los paleontólogos á Dios?

El erudito Whiston, hombre de fantasía, al hablar sobre el fuego central de la tierra, escribió, señores, una cosa muy grave. Observando que la tierra, antes del diluvio, estaba mucho más poblada y era mucho más fértil que al presente, como también la vida de aquellos antiguos mucho más larga que la nuestra, reputa que procedía esto de que el calor interno de la tierra, es decir, el fuego central, se hallaba entonces en su actividad más viva. Esto advertido, procede adelante y escribe que este mismo fuego, aumentando las fuerzas del cuerpo, fué desgraciadamente á la cabeza de los hombres: muy pronto los cerebros se calentaron, hirvieron y se perdieron; entonces el engaño de la inocencia empezó á ser considerado un honor y una broma; entonces matar un amigo en duelo se reputó bagatela ó puntillo de honor; los doctos empezaron á no temer á Dios, á sospechar de sus obras, de su providencia, y los ateos á componer maravillosos libros sobre la nada (1).

(1) Wiston: *Teorías de la tierra*.

Es, como veis, un capricho. Mas entretanto, comparando con las cosas antiguas las nuevas, la fusion ignea y fluida, es decir, el fuego, que se supone colocado en el centro de la tierra, ¿no nos pasa aún hoy furiosamente al cerebro? ¿No dan en locuras los cerebros así abrasados y fumigados? ¿No es una verdad que hallan impedimento para conocer lo que al ojo más sencillo del hombre se revela? Fuego, granizo, nieve, hielo, vientos procelosos, forman el lenguaje del Señor, canta David (1): ¿ven el fuego y ven el frio, no descubriendo, sin embargo, la faz del Señor? ¡Ah! No me sepulteis en el agua, ni me consumais con el fuego: dejadme ver la marcha de Aquél que manda delante de sí los elementos, moderándolos. Instruido en la ciencia del Creador, advierto cómo aún del fuego se vale en la cosmogonía de la tierra: veo que el fuego es un lacayo suyo, un nuncio, un acento de su voz, y exclamo tambien. *Ignis, grandis, nix, glacies, spiritus procellarum... faciunt verbum eius.*

Admirad, señores, la suprema inteligencia.

Volviendo á las escuelas y á los jardines de los filósofos atenienses, de que hace poco hablaba, habreis advertido que, demorando tan vecinos pero con diversas opiniones, no podría existir la paz ni la concordia entre aquellas congregaciones científicas: mirábanse mutuamente de mal modo y se condenaban. Los Epicúreos se mofaban de los frequentadores del Peripato y de la Stoa, que á su vez escarnecian á los que se burlaban de ellos: los platónicos refutaban á los aristotélicos, y viceversa. Bien: á un extranjero; pero desmesuradamente más sublime que los filósofos, esperaba la gloria de llevar á los sábios de la Grecia la refutacion más válida que surgió. Recordad al apóstol san Pablo delante del Areópago, que era la más respetable de las escuelas aquéllas. Hallándose Pablo en medio del mismo, exclama: «Ciudadanos atenienses, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religion. Porque al pasar, mirando yo las estátuas de vuestros dioses, he encontrado tambien un altar, con esta inscripcion: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues ese Dios, que vosotros adorais sin conocerle, es el que yo vengo á anunciaros. El Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes bien él mismo está dando á todos la vida, el aliento y todas las cosas (2).»

Hé aqui, mis amados, lo que necesario es predicar á muchos sábios de la edad presente. Yo, secuaz de Pablo; yo que visitado hé las escuelas

(1) Salmo, CXLVIII, v. 8.

(2) Hechos de los Apóstoles, cap. VI, v. 22 y sig.

y los jardines de los paleontólogos de nuestra Europa, encontrando en ellas incrédulos y atcos de todo linaje, grito con voz lamentable: Vosotros, cual los sábios gentiles, alzais un ara al dios ignoto, adorando lo que no conoceis. Realmente, sin la obra del Creador, ¿qué es vuestra teoria de la nebulosa? Un dios ignoto. Sin la obra del Creador, ¿qué son las teorías del «neptunismo» y del «plutonismo?» Un dios ignoto igualmente. Adorais lo que no conoceis; sois casi más religiosos de lo preciso, infelices. Vamos, pues; ¿quereis salir á la luz desde las tinieblas? ¿Quereis que lo ignoto á ser venga conocido? Os lo manifiesto: el principio de todas las cosas, el artífice de la nebulosa, El que preside al «neptunismo» y al «plutonismo;» es decir, al agua y al fuego, es Dios.

Queda probado cuando puse como argumento de nuestra segunda parte. El nacimiento de la tierra, por la que se realiza la aparicion del drama cósmico, no puede venir por sí, llevándonos por el contrario á reconocer y admirar la inteligencia suprema.

Cuando los autores dramáticos han construido la escena y hecho penetrar en ella sus personajes, tropiezan con lo árduo de la cosa, debiendo poner á los personajes en movimiento. Esto pasa inmediatamente; si volveis á mirar, veis acciones tiernas ó atroces, siempre conmovedoras, asistiendo á un espectáculo. Los engañadores aprestan contra los inocentes sus artes malvadas; los guerreros ansían dar la batalla; los enamorados disponen sus pasatiempos de amor, en los cuales no faltan los estoques ni las víctimas. Es la realizacion del drama en tres actos ó cinco.

Por lo que hace á los paleontólogos, que suponen al universo producido por sí propio, el trabajo es siempre superlativo y sobre todo encarecimiento admirable. Colocan la escena sobre la materia eterna, y en tal escena procuran que comparezca el mundo. Ahora bien: evidente resulta que tantas acciones deberán allí verificarse cuantos sean los fenómenos que de tal mundo salgan, ó diversos órdenes de producciones. Estamos en la organizacion de los séres: los actos del drama cósmico enlázanse aquí bellamente. Saldrán en su virtud cinco actos ó seis, y acaso salgan más; pero ¿qué importa el número! Hay que apreciar sobre todo la excelencia de las cosas que se representan, á lo cual tiende nuestra disputa tercera.

Los paleontólogos que hacen existir la materia por sí; que de la materia, sin la intervencion de Dios, sacan la formacion de la tierra, afirman con igual lenguaje que, no bien salió la tierra, empezó á germinar su corteza, produciendo, por virtud propia, no solamente flores y plantas, sino tambien los animales que van por el agua, los que vuelan por

el aire, y los que se arrastran por el suelo ó pasean cual señores. Como esperarse podía. entre aquel enjambre de peces, reptiles, cuadrúpedos y voladores, hacen caminar tambien al hombre, que, si viene más tarde, siendo el último, no se diferencia mucho de aquella animada familia. Pues bien, señores: yo, deduciendo las consecuencias de los principios ya sentados, sostengo aquí lo contrario: digo que la organizacion de los séres, en la cual se contiene la ejecución del drama cósmico, no puede admitirse por sí: la realidad de las cosas, como la ley del raciocinio, lo prohíbe.

Verdaderamente, considerando la tierra en sus producciones, sólo cabe suponer á los séres producto de la misma por uno de los dos modos siguientes: por generacion espontánea ó por gérmenes. La disputa sobre la trasformacion de las especies no nos corresponde aquí; más bien es secundaria que primigenia, y nosotros muy en breve podremos cómodamente ventilarla. Por consiguiente, la materia que de inorgánica se trasforma en orgánica, no se puede imaginar de otra manera, tolerando sólo dos suposiciones. En la una como en la otra nos impele á reconocer y bendecir el divino Amor.

Empecemos por la generacion espontánea, ó, como dicen ahora, la «eterogenia.»

Los antiguos naturalistas se tomaban muchas libertades acerca del particular, admitiendo séres orgánicos, plantas y animales sin salir, por decirlo así, de las envolturas seminales. De Aristóteles se sabe que, haciendo indagaciones sobre la anguila, no hallaba su ovario, llamándola sencillamente una hija del fango. Es famoso el rocío de Plinio, y más célebre aún la harina de Needham. El docto Atanasio Kircher daba intrépidamente recetas para en ocho dias producir gusanos y serpientes. Promulgaban en su virtud aquellos maestros que podían existir animales sin necesidad de semillas: hasta parece que san Agustín inclinábase á esta opinión (1); acaso no repugnaba del todo á santo Tomás, cuando corrigió á Avicena en un parecer suyo referente á ciertos organismos (2). Asevera esto la vieja ciencia. Ahora bien; ¿qué nos dice la ciencia de los nuevos naturalistas?

Estudiado han mucho, descubriéndose que la doctrina de la generacion espontánea sólo goza de probabilidad muy leve ó de ninguna. Así la divina revelacion adquiere más realce con el progreso de los estudios. Nuestro italiano Francisco Redi hacia seguras aclaraciones sobre la necesidad de los huevos y de los gérmenes; demostrábalas con un pedazo

(1) S. Agustín, *De genesi ad lit.* 3, 14.

(2) S. Tomás, I, q. 71, a. 1, q. 72 a. 1.

de carne expuesto al sol con un velo finísimo: no engendrabanse allí gusanos ó insectos, lo cual probaba que los gusanos emanan de insectos externos que van y deponen sus huevos en la carne. David Strauss, uno de los pocos que defienden la generacion espontánea, mete ruido con los infusorios, que supone por sí engendrados. Empero Alejandro de Humboldt se irrita por obstinacion semejante, tachando al doctor de ligereza (1); fuera de que preciso es contestar al doctor con el italiano Spallanzani, el cual daba razones para creer que los infusorios provienen de gérmenes orgánicos envueltos en el aire que caen en las infusiones. De otra manera, es un retorno á la explicacion de Redi, Verdaderamente tal explicacion continúa en la plenitud de su autoridad; relativamente á ella Vallisnieri añadiendo á los antiguos experimentos siempre nuevos, probó que los propios parásitos metidos en los frutos son engendrados por huevos que allí deponen insectos ocultamente. Las últimas conclusiones de la ciencia están, pues, aquí; sin gérmenes ó semillas, no hay seres organizados. El famoso académico parisiense Flourens, escribia en su virtud con autoridad sentida: «Nadie afirma la generacion espontánea de los insectos despues de Redi, ni los gusanos intestinales despues de Van Beneden, ni los infusorios despues de Balbiani, y despues de Pasteur no se afirma generalmente de ningun animal (2).»

Se nos hace observar que si la generacion espontánea no se puede acaso admitir hoy, debe, sin embargo, atribuirse al mundo primitivo, cuando la naturaleza estaba en la plenitud de sus fuerzas. El disgustado Hackel se fortalece con tal razon, atribuyendo la disminuida fecundidad de la tierra al enfriamiento sobrevenido.

Responderemos con Frohschammer: «Puesto que hoy, como lo dice nuestra experiencia, células y gérmenes se forman sin cesar en organismos únicamente, sin pruebas seguras y buen fundamento no tenemos derecho alguno á suponer, que en los tiempos pasados, es decir, en los principios de la naturaleza orgánica, sucedió de otra manera: es un principio éste que ahora se hace valer en todas las demás partes de la ciencia de la naturaleza, por lo cual, aún en nuestro caso, abandonarse no puede sin razones sólidas (3).» Añadiremos despues con el doctor Quenstedt: «Los naturalistas no pueden sacar conclusiones sino de observaciones exactas, debiendo indicar siempre los límites, más allá de los cuales no se pasa. Si Unger tenia razon para decir que la más vil planta pequeña no puede germinar sobre nuestro suelo sin un germen,

(1) A. D'Humboldt, *Correspondencia con Varnhoger von Ense*.

(2) Flourens. *Examen del libro de M. Darwin*.

(3) Frohschammer, *Das Christenthum*.

¿no debería un naturalista desapasionado sostener, que lo que no puede ocurrir sin las actuales leyes de la naturaleza, no pudo ocurrir tampoco en otro tiempo? Precisamente sobre la constancia de aquellas eternas leyes reposa todo el edificio de nuestra ciencia sobre la tierra (1).

Estamos contentos: tenemos motivo para repeler la teoría de la generación espontánea; esto, como una espada fuerte, corta las alas de aquellos paleontólogos ardidados y fantásticos, los cuales, para una fecundidad inagotable propia enteramente, sin necesidad de virtud externa, sin intervencion alguna de Dios, hacen por todas partes y como por juego germinar la tierra. No hay espontaneidad que la socorra: su valor generativo es adquirida potencia.

Mas seamos corteses tal vez más de lo preciso, haciendo concesiones á quien nos combate. ¿Queréis la generación espontánea? Está bien: demostradnos entonces cómo la tierra posee facultad tan estupenda, y cómo produce sin semillas. ¿Lo haceis? De ningun modo, ciñéndoos á decir: es posible que así suceda, y así debió ocurrir: cuando despues razonais más seriamente, reconocéis con Simonin que «la cuestion del origen nuestro que lleve á la aparicion del gérmen primero, es insoluble (2).» ¡Cómo! ¿No se puede resolver la cuestion, en vuestro sentir, y la resolvéis vosotros? ¡Cuánto más justo es pensar con el doctor Enrique Reusch: «Si verdaderamente séres orgánicos emanan de materia inorgánica, es de suponer con San Agustin «que Dios creó ciertas materias capaces de producir, segun las leyes impresas en la naturaleza por Él, algunas clases de plantas y de brutos (3).» Esto me recuerda la enseñanza de otro escritor ilustre, Dante Alighieri, que no sólo fué grande como poeta, sino tambien como teólogo y filósofo, distingue dos órdenes de creaciones: lo que Dios hizo *sin medio* y *en su sér entero*, es decir, *en acto*, como los cielos, los ángeles y el hombre, y las que Dios creó *mediatamente*, ó solo *en potencia*, como los elementos, la tierra, las plantas y la familia de los animales (4). ¿Nos anuncian por consecuencia y repiten que produce la tierra espontáneamente? ¿Que por sí misma, sin gérmenes, ni semillas, se circunda de animales y de árboles? Son las cosas creadas por Dios en potencia, ó aquella virtual accion de generación, que Dios esparció sobre la tierra. ¿Qué significa esto? ¿Que es tal actividad no independiente por cierto de una causa primera, y sin embargo espontánea en sus apariencias? Es, señores, el Amor divino: es aquel Amor que veía Empédocles en lucha con la *Discordia* en el

(1) Quenstedt, *Sonst und Jetzt*.

(2) Simonin, *Historia de la tierra*.

(3) F. E. Reusch, *La Biblia y la naturaleza*, lec. XXVI.

(4) Dante, *Paraiso*, cant. VII.

principio de los días: es aquel Amor, ó aquel soplo de vida esencialmente amoroso, que los platónicos ponían en circulacion por el universo á fin de moverle: en el lenguaje de los cristianos es Dios precisamente, ó el Verbo, *per quem omnia facta sunt*. ¡Qué maravillosa fecundidad! Es omnipotente, inmensa, continua, inefable; es al propio tiempo verdaderamente espontánea, por ser la liberalidad del divino Amor.

Examinemos ahora la generacion por gérmenes.

Admitido, como ahora generalmente los naturalistas admiten, que de un huevo ó semilla emana la formacion de los seres, nace incontinenti la pregunta: ¿cómo fué producido allí este huevo y esta semilla? ¿Por quién fué metido en el germen de la tierra? Los paleontólogos que se atienen á las fuerzas solas de la naturaleza, nos dan explicacion bellísima: «Los gérmenes de cuanto existe, ya predispuestos en especie, fueron y existen desde toda la eternidad: en la masa nebulosa é informe, por quien la tierra se modeló lentamente consolidándose, los gérmenes sólo esperaron la influencia de ciertas circunstancias para manifestarse, ó se debe creer que los gérmenes, los cuales vagaban en el espacio del universo, fueron colocados sobre la tierra despues de su formacion y enfriamiento; ó que solo llegaron á un desenvolvimiento accidental donde aparecieron las condiciones externas necesarias á la vida (1).» Tal es la doctrina de los incrédulos relativamente á los gérmenes: tales maestros, para iluminar mejor su demostracion, nos hablan tambien de antiquísimos ejemplares, ó de *prototipos*, con los que los gérmenes, al salir para el acto de la vida, debieron conformarse.

Alegre como ninguna otra y poética es tal doctrina: veamos si se sostiene con argumentos científicos.

No teniendo valor para sostener que los gérmenes se formaron un día de improviso por sí propios, habiendo salido á la tierra, place á los aludidos llamarlos *predispuestos desde toda la eternidad*. Ahora bien: esto es un atentado contra la lógica. Lo que predispuesto viene, hace suponer necesariamente tiempo en que no existía lo dispuesto; admite una sucesion de cosas, lo cual es la negacion de la teoría que se promulga. Si es realmente preciso un tiempo á fin de predisponer los gérmenes, desde toda la eternidad no existen, y no existían ciertamente cuando debíanse predisponer. Vosotros, que sobre la predisposicion habláis tan recio, ¿los llamáis existentes desde toda la eternidad? Son términos que se chocan sin honor vuestro.

Fuera de que si los gérmenes fueron predispuestos necesitaban una mente que tanto valor les diera: predisponer dice claramente ordena-

(1) Buchner, *Fuerza y materia*.

á un fin. ¿Dónde haceis que nazca esta mente, rica de tanta prevision y sabiduría? ¿Dónde la instalais vosotros? Veo que prescindís de la cosa: teneis un miedo enorme á que se os presente delante otra vez; mas así obrando os contradecís y sois ridículos. De vuestros principios resulta la gran mente que predispone los gérmenes y los dirige á un fin: ¿á qué no decir palabra y dejar de crearlo? ¿A qué fin no creer con vergüenza de la humana razon y de la ciencia?

Nombramos aquí por el contrario las *condiciones externas*, sobrevenidas las cuales los gérmenes, predispuestos desde toda la eternidad, pudieron producir su desarrollo. Aumenta la contradiccion. Los paleontólogos incrédulos meten la vida en el corazon de la materia, diciéndola suficiente por sí: luego, porque la materia, por virtud recóndita, ó verdaderamente por sí, no sirve para poner en movimiento los gérmenes, recurren á las condiciones externas, á fin de que se realice la organizacion de los séres, explicándose la vida de la tierra. Por consiguiente, señores, la materia es bastante tratándose de palabras; mas no tratándose de los hechos. Volviendo á recorrer las huellas de Quenstedt, me conviene referiros esta lamentacion suya: «Hay algunos, á los que la potencia del Creador, que comunica á la muerta gleba de tierra un espíritu viviente, les disgusta tanto, que gustosamente se abandonan á los más absurdos sueños; esto para tener apariencias de vencedores (1).» Hé aquí á nuestros vencedores, vencedores de Dios tambien. Manosean sombras y se alimentan con nécios paralogismos.

Lo mejor de todas maneras es lo que nos dicen relativamente á los prototipos. Los gérmenes (segun ellos) adquirieron al desenvolverse más esta que la otra forma, porque á esto les habia ordenado un tipo primordial. En otros términos: el tipo que predispone á los gérmenes desde toda la eternidad, llegada la hora de animarse y moverse, los modela. Es cosa de todo punto necesaria, porque si los gérmenes no tuviesen modelos y ejemplares, no se vé cómo podrian despues presentarse y obtener un modo propio, y casi una especial fisonomía.

Nos place la doctrina de los tipos: deleitábase con ella tambien Platon, aunque de guisa diversa. Empero, caros míos; si suponeis un tipo, lo cual está bien, con el que se hayan debido los gérmenes conformar en su desenvolvimiento, preciso es que me declareis en qué consiste tal tipo, y de dónde lo habeis sacado. La materia, segun acostumbrais á considerarla, es inorgánica por principio. Ahora bien; no hay en el inorgánico ejemplar alguno; el inorgánico lo es precisamente por estar informe, y donde no hay forma, el tipo es imposible. ¿Cómo, pues, desde

(1) Quenstedt, *Sonst und Jetzt*.

toda la eternidad podían existir y brillar los tipos? ¡Ah! ¿No os parece más bien que, debiendo admitir los prototipos y los modelos, conviene sacar el modelo supremo de donde resplandece Dios en sus manifestaciones externas? Según Link, preexisten los tipos orgánicos en la luz. Pase: mas cuando aún no existía la luz, y las tinieblas invadían (vosotros lo admitís); cuando en suma permanecía inorgánica la materia, ¿qué podía ser de los prototipos luminosos? Digo que para exterminarlos razona muy bien Muller, el cual enseña que «la fuerza que organiza obra según un plan divino:» digo que razona perfectamente bien además el eximio químico Dumas, que reconoce «una esencia misteriosa y divina en la noción de la vida.»

No hay excusa que valga. Para la organización de los seres se necesitan huevos y gérmenes, que no existen por sí; no existiendo por sí, ¿de dónde proceden? Bella es la tradición que nos ha conservado Plutarco: «No se halla escrito que algun huevo naciese de la tierra; mas cantan los poetas que cayó del cielo el de Tindaro (1).» Así sucedió, señores: cayeron de lo alto todos los gérmenes de la tierra, por cuanto la tierra en los días de la creación fué visitada por la fecundidad amorosa de Dios. ¿Qué generación espontánea? ¿Qué gérmenes sempiternos, y qué prototipos de la materia? Fué Dios que gritó así en el éxtasis de su amor: *Germinet terra herbam viventem—Producant aquae reptile animae viventis, et volatile super terram.*—Es Dios que, compuestos los seres inferiores, creó al hombre para corona del mundo: *Faciamus hominem* (2). Tal es el magisterio de la creación: llamemósle un drama, ó el drama del universo: demos además á este drama seis distintos actos, cuantos fueron los días ocupados en la producción de las cosas. Una sola verdad brilla: Dios, único creador de los seres. Un dulce cántico brota del alma: un cántico al divino Amor.

Queda resuelto el problema á nosotros propuesto.

Alzóse un filósofo á visión fantástica. Comprendió que, para conocer bien el planeta que habitamos, preciso era subirnos con nuestro espíritu á las alturas. Dijo pues: Figuraos que os hallais un momento en el sol y que seguis su movimiento no real, de Oriente á Occidente, contemplando la tierra con potentísimos cristales. ¿Qué veis primeramente? Se os presenta el Asia como el centro del globo, siendo tan importante el punto que os marca y ocupa. Volved á mirar, ó más bien seguid en vuestros descubrimientos dilatando el ojo: ¿qué veis? Veis el punto cen-

(1) Plutarco, *Opusc. Disput. cano.* II, 3.

(2) Génesis, cap. I, v. 26.

tral del Asia, que no queda solo, sino que, circundado por apéndices, ó más bien como un gran cuerpo, cuyo busto ó torax es la misma Asia, proyecta en sus extremidades cuatro miembros inmensos, dos de los cuales responden á los miembros superiores ó torácicos, siendo la Europa y el Africa; dos inferiores, casi miembros abdominales, son la Oceanía y la América; de modo que los pies de la tierra descansan en el Pacífico y en el Atlántico la cabeza. Mirad tercera vez, y por la configuración del globo nuestro inferid dónde más se reverbera la vitalidad del centro á las partes. Mayormente se trasfunde sin duda en Europa, que es la derecha del Asia. Es verdad que rival de la Europa es el Africa; mas donde esta se une al Asia por el solo istmo de Suez, la Europa se atiene al continente asiático por aquella larga línea de tierras que va desde los Dardanelos hasta el Océano glacial, costeano el Eusino, el Cáucaso, una parte del Caspio, el Giaico y los Urales. En su virtud, si es angosto el ingreso y escasa la comunicación del Africa, grande por el contrario es la puerta y frecuente la comunicación de la Europa. La exuberancia de la vida cósmica se distribuye sobre la tierra por estos caminos.

De contemplacion más hermosa é íntegra hemos gozado, señores. Contemplamos la tierra, no en medio de los esplendores del sol, sino entre los esplendores más límpidos y penetrantes, así como entre las magníficas revelaciones de la razon humana. Por esto vamos sobre las alturas del sol, viniendo á ser visitantes del espacio, manifestándonos el centro verdadero del cual salió la tierra, la configuración de sus partes, y el ruido de los vivientes que demoran en ella. ¡Mucho más que aquel punto central del Asia! ¡Mucho más que los cuatro miembros, superiores unos y abdominales otros, que nos unen al gran cuerpo asiático! ¡Mucho más que la vitalidad cuya sede principal es nuestra Europa! Descubrimos cosa mejor que rarezas físicas. Fuimos á dar en umbrales, que sólo puede traspasar el hombre, para caer de rodillas delante de Dios. Vimos la disposicion del mundo, es decir, la materia existente: la materia que no puede por sí existir, llevándonos por el contrario á reconocer al sumo Sér. Vimos la presentacion de nuestro planeta, ó sea, su nacimiento, que ocurrir no pudo por sí, llevándonos por el contrario á reconocer y admirar la inteligencia suprema. Vimos la ejecucion que se realizó en el mundo despues, ó sea la organizacion de los séres, siendo una organizacion que tampoco puede admitirse por sí, la cual irresistiblemente llévanos á reconocer y á bendecir al divino Amor.

Razonad, señores; servíos de la lógica y de la filosofía, si os pesa ir acompañados por los argumentos de la fé. El intelecto, en el orden natu-

ral, es el más sublime de los bienes; no permitais que lo maten los nuevos materialistas, y ponadlo libremente á prueba. Vamos; decidme: ¿no es propio de un insensato descartar á Dios de la tierra y del hombre?

Optima conclusion, los paleontólogos incrédulos exclaman: conclusion necesaria y dulcísima para los sacerdotes. Aguardábamos esto: principian los sacerdotes y siempre acaban con Dios.

Sois pesados, queridos hermanos, con vuestras continuas terquedades. ¿No demostré ya que Dios, autor del universo, es el legítimo «pronunciado» de la ciencia? Si por tanto la ciencia decide como los sacerdotes, ¿no es acaso envidiable nuestra gloria?

Escuchad hombres ahora que no son sacerdotes, por los cuales tendreis la explicacion verdadera del universo: Oid, para perfeccion de los individuos, al humano linaje.

Antes, para recorrer los sistemas cosmogónicos puestos en voga en nuestra edad, visité parte por parte, los jardines y las escuelas de los doctos de lá Europa. Acá, para recoger más prontamente nuevos testimonios, lo haremos así. Constituyamos una escuela, llamando para que comparezcan y den su opinion los naturalistas modernos más célebres: vengan á enseñaros, fuertes con los descubrimientos últimos de la ciencia, Ficino, Francisco Bacon, Galilei, Eulero, Newton, Linneo, Bonnet y otros de tal valer. ¿No valen mucho más que vuestros blasfemadores incrédulos?

Han venido los grandes sabios, señores, y hablan:

Marsilio Ficino en su *Teologia platónica* dice: «Los elementos, animados por fuerzas contrarias, no podrían formar un todo sabiamente organizado, si no dependieran de un principio: los límites y los confines necesitan ser dirigidos á un objeto determinado mediante un regulador soberano; si estuvieran abandonados á sí mismos, por necesidad de su naturaleza obrarían en sentido contrario al intento aquel... El intento es conocido por aquella actividad; mas debe existir una sabiduría que á él conduzca, como el flechero dirige la saeta.»

Francisco Bacon de Verulamio, el cual, en su *Novum Organum*, pide á Dios que con su luz lo ayude á fin de que siga siendo creyente, consignó estas palabras hermosas: «Cuando la mente humana considera separadamente las causas segundas, puede alguna vez pararse y no salir del ateísmo; pero si progresa para reconocer su vínculo y su concatenacion constreñida se vé á recurrir á un Dios y á una providencia divina.» A éste corresponde la frase célebre, por la que la naturaleza de la incredulidad es muy bien explicada: «Sólo deja de creer en Dios, aquel al cual conviene que no exista.»

Galileo Galilei, religiosísimo entre los astrónomos, llama frecuentemente al sol, á las estrellas, al aire, al agua y á la tierra *obras de Dios*. En sus *Diálogos*, que dedicó al Gran Duque de Florencia, admite á Dios en el actual gobierno del mundo, y dice que «de tal modo se ocupa Dios en el gobierno de las cosas humanas, que aplicarse no podría más, aunque no tuviese otro cuidado que el del género humano.» Poco antes, en la *Jornada primera*, había confesado esto de la sabiduría divina: «Se puede concluir diciendo que la sabiduría divina es infinitas veces infinita.»

Afirma Isaac Newton, en el tercer libro de su *Optica*: «El origen de todas estas cosas no puede ménos de atribuirse á la sabiduría de un ente potentísimo, existente de continuo y en todas partes presente, que ordenó á su gusto todas las partes del universo, mucho mejor de lo que puede el alma nuestra, con un acto de su voluntad, mover los miembros del cuerpo unido á ella.» Esto aseguró Newton de Dios. En sus *Principios matemáticos* terminó adornando el libro con un grandioso cántico á Dios, como había concluido su *Optica* precisamente: «La armonía y el prodigio de tal orden estupendo, en las tierras, en los mares y en los cielos, no derivan de causas mecánicas, ni de almas mundanas, sino del poder, del consejo, del arbitrio y de la dominacion del sumo imperante Dios, el cual no es el mundo, el espacio y la duracion, sino necesario, eterno, inmenso, infinito, presente donde quiera por virtud y por sustancia, uniforme y semejante solamente á sí, todo intelecto, todo fuerza y todo accion, no á guisa del hombre, sino con sublimidad divina, vedada á toda mirada mortal, manifiesta sólo en los efectos y en las beneficencias, para excitar nuestra adoracion y nuestra virtud.»

Leonardo Eulero, en sus muchas espléndidas obras por él escritas, no sabe nunca pasarse sin Dios. En su libro la *Teoría de los movimientos planetarios*, halla en Dios la solucion del árduo problema. No contento aún, escribe un volumen *ad hoc* titulado: «Defensa de la Revelacion contra las objeciones de los espíritus fuertes.» Para él tales *espíritus fuertes* son muy débiles y añados. Quien á Dios no contempla en el mundo, es ciego de intelecto.

Cárols Linneo, el más célebre naturalista de los tiempos modernos, inclínase ante un Dios eterno é inmenso, y escribe: «He seguido aquí y allá sus huellas entre las cosas de la creacion; en todas estas obras, sin excluir las más pequeñas y las más imperceptibles, ¡qué fuerza! ¡Qué sabiduría! ¡Qué indefinible perfeccion! He observado cómo los séres animados se sobreponen y se concadenan al reino vegetal; los vegetales mismos á los minerales que se hallan en las vísceras de

nuestro globo, mientras este globo gravita con invariable orden en torno del sol, á que debe su vida. He visto por último el sol, todos los astros, todo el sistema sideral inmenso, incalculable en su infinidad, moverse en el espacio, suspendido en el vacío por un primer motor incomprensible, Sér de los séres, Causa de las causas, Guia, Conservador del universo, Señor y Artífice de rodo el mundo.»

Cárlos Bonnet así principia su libro nobilísimo *La Contemplacion de a naturaleza*:—Sér por sí, poder y quererlo todo con una sabiduría infinita, son las perfecciones adorables de la Causa Primera. El universo depende esencialmente de tal causa. En vano buscaremos nosotros en otra parte la razon de cuanto existe: observamos donde quiera orden y fines; mas este orden y estos fines son un efecto: ¿cuál es el Principio? Hacer el universo eterno es admitir una sucesion infinita de séres finitos. Recurrir á la eternidad del movimiento es poner un efecto eterno. Pretender que la inteligencia sea el producto de la materia y del movimiento, es pretender que la Optica de Newton sea el trabajo de un ciego de nacimiento. Decimos, por tanto, que, pues existe el universo, hay fuera del universo una Razon Eterna de su existencia.»

Los sabios de nuestros últimos siglos han, pues, entrado en el jardín científico, y en nuestra ideal escuela, dándonos tal leccion. Pues bien, señores; á los referidos se agregan los sabios del siglo XIX y confiesan á Dios. Oidlos, oidlos.

Agassy, en su *Fisiología comparativa*, halla un designio de toda la creacion perfectamente madurado desde un principio, é invariablemente seguido: obra de un Dios infinitamente sabio, que rige la naturaleza segun las leyes inmutables, impuestas por Él mismo.

Geoffroy Saint Hilaire, en el libro *Los principios de la filosofia zoológica*, al considerar la sucesion de los séres organizados, halla en ella una de las manifestaciones más gloriosas del poder creador y un argumento más para elevarse á la admiracion, á la gratitud y al amor.

Pouchet, individuo del Instituto de Francia, donde habla de ciertas grandiosas esponjas, los *Pechos de Neptuno*, fabricados por «miriadas» de pólipos, exclama: «No veo nunca tales gigantescas esponjas sin inclinarme en presencia de la sabiduría de Dios... Aquella magnífica construccion es el desafio más hermoso que se puede lanzar á la escuela del materialismo.»

Herman Ulrici, poniéndose á considerar los resultados últimos á que van los modernos estudios de la naturaleza, viene á la conclusion de que tales estudios, lejos de ser provechosos al panteismo y al mate-

rialismo, tienden á probar lo contrario, ó sea que Dios es el creador de la naturaleza.

El americano Channing, en su *Cristianismo liberal* y en otros lugares, á Dios hace autor del mundo y del alma humana. Reconoce que el alma tiene una unidad, viendo de dónde procede. Entre otras cosas, dice: «La razon nos fué dada á fin de que fuese Dios su gran objeto.»

El catedrático Juan Franceschi, en el libro *Ciencia y filosofía*, escribe: «Las fuerzas sobre que nosotros estudiamos en física, en química y así sucesivamente, son fuerzas subordinadas; parten de principios, ó de leyes para servir á determinados fines; el principio de los principios y el fin de los fines no se atienen á un sér desconocido, sino que se remontan á un espíritu y á una mente suprema, la cual, infinita por su naturaleza, áun en su eficacia no tiene otro confin que su carácter de inagotable.»

Pablo Liroy, al concluir su estudio de la historia natural, consigna esta confesion espléndida: «El Creador marcó con el sello de su grandeza infinita hasta las cosas más pequeñas y de menores apariencias.»

Mientras estos hablan, otros sabios del siglo XIX acuden en tropel á nuestro jardin científico: entran Quatrefages, Elias de Beaumont, Duvernoy, Brognart, Flourens, Pietet, Picard, Godron, Bertholot, Sorignet, Marcel de Serre, Bronn, Pianciani, Bianconi, Focillon, Secchi, Stoppani y otros innumerables sin fin. Es imposible oír á cada uno; el eco que de su voz emana es un himno á la Divinidad.

Si esto dicen los sabios, ¿qué afirma el género humano? ¿Se ha formado el mundo por sí, ó fué por Dios lanzado en el espacio? ¿Qué dice, señores?

Era el otoño: empezaban las hojas en los árboles á tomar color amarillento, y, compelidas por el viento impetuoso, abandonaban sus ramas volando por la campiña: la niebla blanca ó gris, disolviéndose á eso del mediodía, parecia llorar á los rayos del sol; el pájaro de la melancolía y del amante sollozo templaba sus notas más tiernas.

Ahora bien; en una villa cerca de las aguas del Ticino, á la plaza pequeña de un templo habian acudido algunos jóvenes estudiantes despues de haberse solazado dando vueltas por Boffalora, consumiendo alegremente así el domingo; era para ellos un desahogo reunirse allí en una especie de congreso, agitando ciertas cuestiones científicas. Entraban entonces propiamente en las lecciones de cosmogonía en la universidad de Pavía, hirviendo en su cerebro las cosas más extrañas. Lo bello entretanto era que unos y otros estaban enteramente discordes.

Decía uno: «Yo pienso como Buffon: el mundo nació por haberse roto un cometa.»

«No me place, otro dijo luego; la tierra vino de una nebulosa, su incógnita madre y su nodriza.»

«Si se trata del sistema gaseiforme, añadía otro, admito más gustosamente con Okel la mucosidad primordial, que condensándose produjo nuestro planeta.»

«¡La mucosidad! Fea cosa, dijo entonces un cuarto. La mucosidad me recuerda ciertos fastidios que se van combatiendo soplando. Si debemos asentir á Lorenzo Okel, rico con dos sistemas cosmológicos, hallo mucho más razonadas sus células, ó sea su teoria de los infusorios, segun la cual el mundo orgánico, sin excluir el hombre, resultó de un gran movimiento de infusorios.

«¡Bromas! decía otro; me remito yo á Schafhautl, creyendo con él que nuestro mundo procede del agua.»

«¡Qué agua! añadía la voz sonante de otro. Los últimos experimentos de la geología, ¿no demuestran más bien que se formó el mundo por el fuego?»

Disputando seguian así sin concertarse, teniendo por guia la ciencia moderna escéptica, no sospechando ni remotamente que la divina revelacion podia decirles algo bueno sobre la materia. La divina revelacion es echada de las universidades, por lo cual estas son, en muchas cosas, charlas y equívocos. Volviendo á los jóvenes estudiantes, lo curioso es que la gente, al dirigirse á la iglesia, viendo aquella discusion, se paraba y abria mucho los ojos, contemplando delante aquellos doctores imberbes con actitud arrogante, sintiendo refrigerado su corazon por los golpes que se daban.

De pronto rompió la multitud una vieja mujer, con traje de campesina, que llevaba un niño de la mano.

«¡La viejecita! ¡La devota vieja!» exclamaron los jóvenes, queriendo descargar en ella sus propias iras y que cesare así su disputa! «Buena vieja, dínos; ¿cómo nació el mundo?»

«¿Tan ignorantes sois?» gritó la vieja, deteniendo su paso. «¿Acaso era un niño que debía nacer?» Colocando en medio al infante, que á la doctrina llevaba, le dijo: «Habla, Renzo; ¿quién hizo el mundo?»

«Dios, respondió el parvulito Renzo, Dios. ¿No me haceis cada dia rezar el credo? Segun este, ¿quién lo ignora? es Dios el creador del cielo y de la tierra.»

Se pusieron á reir los jóvenes; mas oyó el pueblo el acento de la verdad, que aborrece la mentira revelada en aquellas discordias; volvió las espaldas á los soberbios, habiéndose oido decir al entrar en la

iglesia: «El niño tiene razón; dice á lo ménos una cosa clara y justa: Creo en Dios padre, criador del cielo y de la tierra.»

Hé aquí la respuesta del humano linaje.

El género humano, señores, y los sabios, hablan, pues, como hablan los sacerdotes. ¿Por qué me acusais! Acusad, incrédulos, al mundo. Yo, recogiendo el sonido de la voz universal, grito: *Creo en Dios creador del universo.*

CONFERENCIA III.

SIR DARWIN ES UN BUEN INVENTOR.

La historia de las invenciones es sobre todas espléndida, porque lleva el sello de la originalidad y de la fuerza creadora del hombre. Sólo con darle una ligera mirada, corres hermanado con los más agudos y superlativos hombres, dando vueltas entre descubrimientos innumerables, pequeños unos y grandísimos otros, los cuales te dicen: «No sabemos nada del viejo mundo, porque venimos hoy al siglo por la vez primera.» Admiranos. Realmente nos vemos compelidos á admirar, porque, llevándonos los inventores, entramos en un nuevo mundo. De Juan Guttenberg tomamos los caracteres de hierro para esculpir en el papel nuestros pensamientos. De Zacarías Jeanson tenemos el microscopio para ver los objetos más ínfimos y más pequeños. Bautista Rota nos ha dado el telescopio á fin de aferrar, desde muy lejos, con nuestros ojos los astros del cielo. Santiago Jacquard nos dió el telar para exactamente tejer nuestras lanas. Benjamin Franklin nos lleva sobre los tejados, á fin de hacernos presenciar el juego del pararrayos. Guencan de Montbeillard nos regala el «paragranizos.» El Marqués de Brantes el paracaidas. Wise nos coloca entre los dedos la pluma metálica. Watt, con la máquina de vapor, nos lleva en nuestros viajes. Fulton nos trasporta sobre los mares con vela de fuego. Montgolfier nos alza con sus globos á las peregrinaciones del aire. Ni nos falta

el ventilador para mudar el aire en algunos de nuestros lugares, porque nos lo dió el famoso Hales: quien quiera expeler la oscuridad dispone del gas, que cambia en mediodía las noches de nuestras ciudades.

Es un mundo nuevo, como he dicho; el mundo artificial creado por el hombre. Admirémoslo.

Sin embargo, por ilustres que sean tales inventores, otro existe que los vence con gran ventaja. Ha encontrado una cosa superior á la imprenta, al pararrayos y al vapor; ha hecho más que iluminar nuestras ciudades para convertir en días las noches, ó refrescar nuestras cámaras con aire nuevo. Quitémonos el sombrero: el inventor que os recomiendo es Cárlos Darwin; el descubrimiento que ha hecho es la trasformacion de la especie. Parece imposible que ninguno de los antiguos la hubiese advertido. Lo más raro es que muchísimos de los presentes continúan pertinaces en no creer en ella. ¡Mas qué importa! El descubrimiento es hermoso y completo; por él nos enseñan que, pues las especies con el trascurso del tiempo toman forma diferente, una rosa puede venir á ser una granada, una amapola puede llegar á ser una bellota, un buho puede llegar á ser un águila, y un gorilla ó una mona puede venir á ser un hombre. ¿No es un descubrimiento magnífico? ¿No hay razon para decir que, habiendo comparecido este Darwin, debéis estar quietecitos vosotros los Guttemberg, los Jacquard, los Fulton y los Watt? ¡Ah! ¡Cómo se achican vuestros génius en presencia del moderno gigante de la ciencia!

Para mí, era la trasformacion de la especie un asunto que debía debatir. Al ventilar el problema sobre la formacion del orbe os hice, señores, contemplar la organizacion de los séres: os demostré que, así como se debe admitir á Dios en la existencia de la materia y en el nacimiento de nuestro planeta, en aquella organizacion de las cosas y de los animales no se podía menos de observar la intervencion de Dios: os expliqué despues así la generacion espontánea y la generacion por gérmenes, no pudiendo en suma ser geólogo sin ser creyente. Ahora bien: es de suponer que, hablando de la organizacion de los séres, alguno de los cultores de la paleontología más empíricos á mi encuentro salga un poco despechado y me diga: «Existe aquí otra cosa que omitiste y que se debe ponderar; además de la generacion espontánea y de la generacion por gérmenes, es preciso pensar en la trasformacion de las especies, ateniéndonos nosotros á éste, que es de los descubrimientos el novísimo. Las especies que nacen de pocos tipos originales, se trasforman por virtud de la naturaleza, dándonos la familia de los séres, sin que Dios entre. Esto es todo.

He comprendido. No vuelvo á preguntar, por ser ahora inútil, cómo sin Dios puede haber existido la naturaleza: suscito, por el contrario, un nuevo problema y pregunto: Cárlos Darwin, que promulga la trasformacion de las especies, ¿es un buen inventor?

Considero á Darwin en el huerto zoológico, donde alrededor de las plantas y de los animales estudia la célebre trasformacion; lo considero en el gabinete fisiológico, donde la doctrina de la trasformacion se viene aplicando al hombre; lo miro, por fin, en la conciencia humana, donde los efectos de aquella trasformacion rebotan, y responden: No; no es un buen inventor.

Ved las razones.

Darwin en el huerto zoológico.—La trasformacion de las especies contradice la marcha de la naturaleza.

Darwin en el gabinete fisiológico.—La trasformacion de las especies, al hombre aplicada, entiende mal el designio de la creacion.

Darwin en la conciencia humana.—La trasformacion de las especies, al hombre aplicada, en cuanto es un ente moral y público, contamina la vida de la sociedad civil.

Al rededor de una casita hay un delicioso pedazo de tierra dividido en pequeñas partes, con senderos que serpentean, y sombreado por densos árboles, de manera que se perciben los olores de toda clase de flores, no faltando laguitos de aguas clarísimas que lo adornan y refrescan. Nos invita hermosamente á verlo; y nosotros, que amantes somos de los jardines, nos decidimos á entrar.

Empero en el jardin, lo que sobre todo atrae nuestras miradas es un hombre que no habíamos descubierto desde léjos; ahora vemos que vive allí solitario y como rey absoluto. Viene á tener hoy sesenta y siete años; está envuelto en una esclavina tosca, de largas caidas y de codos gastados en parte; lleva en la cabeza un gorro marino, que á bordo del *Beagle* llevó en su viaje Oceánico. Es de aspecto severo y tiene alguna línea en las mejillas de la vieja sangre de los Bretones. Señores, nos encontramos en Inglaterra, siendo inglés el hombre que preside aquel jardin.

¡Cuán estudioso es aquel hombre y de ingenio peregrino! A diferencia de los grandes señores, los cuales aman las flores y las bestias encerradas para la ostentacion ó el simple entretenimiento, se sirve de unas y otras con un fin mucho más importante. No hay en el mundo idea semejante á la que se agita en su cerebro. En sus adentros dice:

He sospechado ya cierta cosa, y la he medio visto... Es necesario que prosiga mis estudios: si logro dar la demostración, levantaré mi fama hasta las estrellas desde mi jardín. Se ocupen otros en cambiar los órdenes de la sociedad civil con los tormentos de las guerras, y otros en trasformarla con las córtes constituyentes políticas ó con las leyes agrarias. ¡Muchachos sin juicio! Trabajais en lo viejo, y sólo nos dareis una cosa inservible. Trasformaré yo el mundo: ¿y con qué? Con yerbas, con flores, y con los experimentos en mis bestias. Manos, pues, al estudio.

Estudia el hombre de veras. En su jardín, donde está como reunido el reino de los vegetales, hace las más sutiles indagaciones sobre la semilla de las plantas, sobre la estructura del tronco y de las ramas, indaga la vida del vástago, de la flor y del fruto: une una planta con otra, haciéndolas crecer juntas; despues las separa, intentando nuevos amores y nuevas proles. Ahondando en la botánica, sobre las simpatías, los parentescos y las antipatías de las plantas y de las flores no hay investigación, por mínima que sea, que se le sustraiga.

Cuando se cansa de las indagaciones en las plantas, se dirige á otro reino de la naturaleza, que no falta en su jardín, llamando así á los animales, con lo cual se proporciona una dulce interpolación. ¡Qué delicia contemplarlo! Ardillas, liebres, conejos, topes, asnos, perros, peces, mochuelos, mariposas, ranas, caracoles y mosquitos se someten al escrutinio de sus ojos agudísimos. Entre los volátiles se detiene con cuidado más encendido en los pichones: se procuró de ellos una colección variada y rica, que acaso es la única en el mundo: estudiando él los esqueletos de ellos, encuentra más de ciento cincuenta razas diferentes.

Recorrida la familia de los animales, como por otra parte ha podido recorrer admirablemente la familia de las flores, comparados aquéllos con éstas, deducidas de los principios las consecuencias, viene al fin de sus propias meditaciones. *La he hallado, la he hallado*, grita fogosamente, publicando con algun intervalo de tiempo dos libros: uno en 1859, titulado *el Origen de las especies*; otro en 1868, titulado *Las variaciones de las plantas y de los animales en el estado de domesticidad*. El antiguo Siracusano, que salió del baño conduciendo en la cabeza su flamante descubrimiento geométrico, y tropezó con el soldado de Marcelo, no era más loco que Darwin. En dichos dos libros del inglés se promulga la enseñanza sobre la trasformación de las especies.

Os describí á Cárlos Darwin en el huerto zoológico. Ahora bien; ¿tiene Darwin el mérito de buen inventor? No.

Sigamos en el jardín á la sombra de los plátanos. Abramos en él los

libros que nos ha regalado; á lo ménos tendremos la brisa que place para refrigerarnos: tenemos delante por una parte las plantas y las flores; por otra los canarios, los cervatillos, los dogos y los demás animales. Hagamos nuestras comparaciones entre la realidad de las cosas y las habladurías de los libros. ¡Cómo Darwin pudo llegar á tan solemnísimas afirmaciones?

Llegó á ella por ser, no inventor, sino plagiarlo. Antes que él Benedicto de Maillet, Renato Robinet y sobre todo Lamarck se habian puesto á decir y á gritar que las especies son inestables y se trasforman. Esta doctrina hizo en los naturalistas un poco de ruido, obteniendo sec-tarios, hasta el punto de que, al mismo tiempo que la obra de Darwin, salió otra del americano Hudson Tuttle, donde la especiosa teoría se anunciaba con este título: *Historia y leyes del curso de la creacion*. Hé aquí por qué Darwin, que quiere lo llamen originalísimo, y ser tal, tuvo varios predecesores: lo peor es que, siendo copista, deteriora los modelos, ó frecuentemente no informa bien. D'Archiac escribe así de Carlos Darwin: «El principio sobre que se funda desde un extremo al otro, es una abstracción, que no es de ninguna manera la consecuencia directa de una série de positivas indagaciones y observaciones... El libro del *Origen de las especies*, cuyo pensamiento encierra implícitamente la teoría de Lamarck, nos parece inferior en cuanto al concepto, en cuanto al método y en cuanto á la claridad y seguridad de los puntos de vista á la *Filosofía zoológica*.—Igual juicio sobre Darwin hace De Quatrefages: «Darwin ha confundido en su teoría juntamente las ideas de Lamarck sobre la variabilidad de las especies, y las de Buffon sobre las causas de tales variaciones, haciendo tambien aplicaciones de su teoría, que aluden á las doctrinas de Geoffroy.» No llameis, por consiguiente, señores, inventor al inglés.

No nos ocupemos en esto, y pongámonos á investigar los tomos, que tenemos á la mano.

El punto del cual parte Darwin son las variedades que se manifiestan en las especies del reino vegetativo y animal. Este es un hecho que para él no admite cuestion, procediendo así para demostrarlo. Observad, dice, los organismos de una especie misma: encontrais en ellos diferencias no pocas. Ved los hortelanos, los agricultores y tambien los que crían bestias: acumulan dos razas, produciendo frecuentemente una tercera; en esta tercera se manifiesta la variedad, por la que difiere de las otras dos; y una variedad naciente, bien definida, da una especie nueva. En su virtud, las especies se forman por educacion artificial, al paso que surgen más perfectas aún por educacion natural.

Hay más: ¡quereis conocer mejor, prosigue diciendo Darwin, cómo

las especies por las variedades de continuo explicanse y se componen? Hé aquí una observacion que no falla. Todos los vivientes, sean plantas ó animales, tienden á multiplicarse con una progresion geométrica, de manera que, trascurrido un número no muy grande de años, que no serian iguales para todos, cada especie sería capaz ella sola de llenar todo el mundo. El elefante, entre los animales, es de los que se propagan más lentamente, porque su hembra pare cada treinta años; sin embargo, en el curso de cinco siglos, una pareja da quince millones de elefantes masculinos. ¡Una bagatela! Así engendrando todas las razas segun su propio tenor, los pájaros y los mosquitos no deben hallar espacio en la atmósfera, ni las yerbas y los arbustos sobre la tierra; en cuanto á los hombres, pobres vivientes que se propagan tambien á prisa, ¿dónde hallarian sitio para vivir en el mundo? Deberian tropezar en sus pasos, rechazándose unos á otros con terribles choques.

Empero no lo dudeis, dice avisándonos Darwin, no lo dudeis: existe una seleccion natural como existe otra por arte. La naturaleza previsora dispuso que los séres vivos, para librarse de la multiplicacion excesiva, se combatieran y se mataran en gran parte; de aquí la lucha por la vida. Los unos quedan sometidos, prevaleciendo los otros. ¿Y por qué prevalecen? ¿Por qué sobreviven? Es claro; porque son más fuertes y más á propósito para vivir, estando provistos de más exquisitas variedades. Las variedades, por lo tanto, van produciendo las especies.

Probado esto, Darwin sigue adelante y enlaza sus postulados.

Si de las variedades emanan las especies, que se difunden y aumentan cada vez más, es certísimo que, retrocediendo con nuestras indagaciones y buscando las especies en su origen, sólo pudieron salir de algunos tipos primitivos; cinco quizás ó cuatro, ó más verdaderamente uno solo. Volviendo al amado ejemplo de sus pichones, asegura que, si bien ascienden á ciento cincuenta razas, tuvieron un solo tipo, siendo la madre primera de todos los pichones *la paloma livia*. Tal es la última conclusion á que llega: las especies en un principio no fueron creadas distintas, sino en un acto y en masa; la divina Escritura, que por partes las enumera, colocando separadamente las especies de las plantas, las de los animales y el hombre, consigna un error y no entiende la cosa.

La sintesis de los dos libros por los cuales tanto trabajó Cárlos Darwin, estriba en esto. Ahora bien; nuestro cometido es manifestar, señores, que no es de ningun modo un buen inventor, como lo consideran algunos, puesto que con su trasformacion de las especies contradice la marcha de la naturaleza.

Ante todo, para ser claros, es preciso fijar lo que se comprende por especie. «Especie llaman los naturalistas en general el grupo aquel de seres vivos que de generacion en generacion se propagan con idénticas propiedades, que subsisten las mismas, siempre con cierta constancia en su interior disposicion, y en su externa apariencia.» Esta definicion es de Wirchow (1). Muller dice poco más ó ménos lo mismo: «Es la especie una forma de vida representada por los individuos, la cual vuelve con ciertos caracteres inalienables en la generacion, reproduciéndola constantemente individuos semejantes por herencia (2). Por consecuencia la especie, un poco más restringida que el género, donde se contienen diversas especies, algo más extensa que la raza, la cual dentro de la especie puede ser de varios órdenes, la especie, digo, es sólo una cualidad, una forma, un color, con el cual se distinguen ciertas familias de vivos; por este obrar característico reciben su propio nombre y la vida.

Pues bien: admitamos en las especies las vicisitudes, que ciertamente caben; admitamos que las especies quedan sometidas no raramente á cambios; estos han de ser muy ligeros, no sustanciales y nunca permanentes. ¿Y por qué? Porque si las especies intrínsecamente variaran, no fueran aquéllas, todo quedando en la naturaleza envuelto en la confusion, lo cual no sucede de ningun modo. Varían sí; pero no mudan. El parangon de la educacion artificial, aducido por Darwin, sirve para el argumento que presentamos. La planta selvática, educada y cultivada, retrocede á su tipo primitivo no bien es abandonada nuevamente á su propia índole; en los inertos, tanto naturales como artificiales, el vegetal conserva siempre los caracteres de las dos especies, lo que prueba que la especie, si recibe á veces variaciones, no se trasforma por ellas. En el reino animal acontece lo mismo. Caballos y borricos, por ejemplo, son dos especies del mismo género; pueden unirse y engendrar hijos; mas estos son infecundos, y si llegan á ser fecundos por ser bastardos de diversas especies, la fecundidad extinguese en la segunda ó en la tercera generacion. Así las uniones monstruosas concluyen siempre por ser híbridas, señal nueva de que las especies no se trasforman mientras varían. Con razon, en su virtud, escribe el mismo Hoffmann: «El modo de las variaciones se difunde en amplia medida; pero entretanto está encerrado sólidamente dentro de confines determinados (3).»

(1) Wirchow, *Die Lehre Darwins*; *Deutsche Jahrb.*, VI.

(2) I. Müller, *Physiologie*, II.

(3) Hoffmann, *Untersuchungen*, etc.

Puesto que sobre cosas positivas versa nuestro discurso, compárennos mejor con el hecho la teoría de Darwin.

Segun ésta, las especies se forman solamente porque las variaciones ocurren en ellas aumentándose sucesivamente; por esto los vástagos de una especie, los cuales se diferencian de los individuos de que descienden, reforzando tales diferencias van adelante, constituyendo al fin una especie nueva. La cosa está dicha; pero procuren dichos señores hacerla buena. ¿Cómo de todas maneras no advertís que se trata de afirmacion de que reniegan los acontecimientos? Realmente, si las variaciones engendradoras de las especies ocurren y se manifiestan en todas partes, deberíamos descubrir un todo descompuesto, abigarrado, mezcla de formas en plantas y animales; deberíamos hallar las especies, digámoslo así, mitad cesantes y mitad incipientes, mezclándose las reliquias viejas con los gérmenes de las nuevas; deberíamos tener á la vista las especies simultáneamente agonizantes de continuo y nacientes, lo cual seria tanto como no poder encontrar nunca una especie de condicion perfecta. Esto en la naturaleza no existe; de ningun modo descubrimos la mezcla abigarrada de las formas en las plantas ni en los animales: ni siquiera descubrimos dentro de cada especie el doble trabajo de la que cesa para venir á ser otra distinta. Observad una flor en el desierto; ¿os parece que indica alguna vez que á cambiarse va en rosa? Mirad una zorra: ¿indica que se convertirá en perro? Tenemos, por el contrario, las especies claramente distintas una de otra, como si barrera inseparable las dividiese; las tenemos en su situacion perfecta. La permanencia de la especie es una ley natural absoluta. Los animales trabajan, fabrican, tejen, viajan, pacen, cazan, combaten hoy del mismo modo que en los tiempos de Aristóteles y de Teofrasto, como las esculturas, y sobre todo las momias de los brutos de Tebas en Egipto, ponen en claro que las formas organizadas de los animales eran treinta y cinco ó cuarenta siglos hace las mismas que hoy.

Darwin tiene una escapatoria. A su juicio es imposible advertir en las especies la trasmision y el cruzamiento de las variedades, porque ni treinta y cinco ni cuarenta siglos son bastantes para tal trabajo. Las nuevas variedades se forman mediante el uso y la educacion natural. Se forman, por consiguiente, con mucha lentitud en el trascurso de millones de años y de siglos; fuera de que nos faltan las formas intermedias y los miembros de conjuncion, los cuales, en el gran trascurso del tiempo se han perdido, debiéndose hallar en los descubrimientos de la geología.

Esta razon suya es un rayo que nos aterra, y que nos corta el aliento en los labios. Díganos Darwin; Si en esta hipótesis de tiempo desmesu-

rado son para nosotros imposibles los documentos para negar su doctrina, ¿en dónde toma él los documentos á fin de afirmarla? En las especies nada se ve necesariamente mudable ó confuso. Entonces, buenas noches: dejemos estar las especies como son verdaderamente, y callemos todos.

Sólo que, ¡cuánto hipotético y arbitrario se nos promulga! Yo fantaseo que el mundo se doblegue, corriendo de su forma esférica á la oblonga. Buscáis este mundo nuevo que se trasforma y yo pregono, mas no lo halláis. Empero añado yo: para la forma visiblemente oblonga de nuestro globo, de la cual son fiadoras ciertas prolongadas estrellas del cielo, se necesitan aún setenta millones de siglos. Esperad y lo vereis. La naturaleza, segun bella observacion de Galilei, debe tomarse, no como se quisiera, sino como se nos presenta y es verdaderamente: no quiere someterse á elaborados sistemas, cuando enteramente bien nos la revela el estudio sencillo y exacto de sus leyes. Por esto la doctrina de Darwin, reduciéndose á un sistema embrollado y penoso en extremo, no explica la naturaleza, sino que la fuerza y envilece.

Las variedades se introducen en las razas creando una especie nueva mediante el uso. ¿Ocurre realmente así? De ello sale responsable Darwin, el cual tritura y amasa nuevamente las imaginaciones de Lamarck; en su virtud, para exponérselo fielmente, importa recurrir á su original francés invitándole á que hable. La demostracion de Lamarck es la siguiente: Un pájaro que se halla impelido en el agua por la necesidad de procurarse alimento, desea moverse sobre la superficie de la corriente, para lo cual extiende sus dedos. Muy bien; pero los dedos demasiado sutiles no le sostienen. ¿Qué importa? Siga extendiendo y vibrando los dedos: en virtud del esfuerzo reiterado, la piel que une los dedos á sus raíces se alargará viniendo á ser una membrana muy á propósito para nadar. Los pájaros así y los murciélagos vendrán á ser ánades. Otro pájaro de la orilla, que no quiere nadar, sino acercarse al agua á fin de conseguir alimento en ella, siempre corre peligro de ir al fondo del cieno. Así es desgraciadamente; pero el pájaro al cual desplace esto, procura con todas sus fuerzas que lo sostengan sus piernas, logrando que vengan á ser al fin largas y enjutas, como vemos en las cigüeñas y en otros semejantes. De tal manera, las ocas extendiendo con frecuencia el cuello, vinieron á ser cisnes. Hé aquí los milagros del esfuerzo y de la costumbre. ¡Oh, señores míos! ¿Deseáis vosotros, para mayor dignidad de la figura humana, que vuestra cerviz se lance á mayor altura? Extended el cuello. ¿Deseáis conquistar el vuelo á manera de las águilas? Extended los brazos, agitadlos, remad en el aire sin cansaros; los brazos, sintiendo necesidad, producirán plumas, y enton-

ces, caros oyentes que aquí os reunís, trasportaremos nuestro pulpito á sitio más excelso que esta metropolitana, yendo á predicar sobre el carro profético de Ezequiel... Vuelvo á preguntar: ¿pasa en la naturaleza propiamente así? ¡Ah, Darwin, Darwin! ¡El uso y esfuerzo de los caprichos te deslumbró, sin que para ello se necesitaran doscientos ó trescientos siglos!

En el inmenso trascurso del tiempo, ya que la trasformacion de las especies es lentísima, las formas intermedias y los miembros de conjuncion desaparecen; pero ahora, nos repite Darwin, la geología se ha encargado de hacérnoslas hallar.

Parece, señores, que la geología no asume de ningun modo tal encargo. Es un hecho que en los estratos de los fósiles se encuentran sólo especies enteramente distintas, y no los deseados miembros intermedios: en ninguna parte la teoría de Darwin recibe apoyo, ni de la flora ni de la fauna fósil. Entonces no hace falta observar que nuestro conocimiento de los seres orgánicos que han perecido aún está lleno de lagunas y es imperfecto. Supongámoslo tan perfecto como queráis: de todas maneras el número de las especies fósiles, ya descubiertas al presente, no es baladí, puesto que asciende á 25.558; ni se ven colocadas, como deberían estar, si en los «transformistas» hubiese verdadera enseñanza. ¿Es posible que en un número tan grande no se hallen ni siquiera los vestigios de tales anillos? No; no es posible suponer que accidentalmente hasta hoy sólo resultaron manifiestas las especies puras, permaneciendo ocultos entretanto los grados de transición ó de pasaje.

¿Sabeis más bien por qué la geología se niega á confirmar la hipótesis del zoólogo inglés, mostrándonos por el contrario desde los seres más inferiores hasta los mamíferos más elevados las especies bellas y distintas? Esto pasa porque la trasformacion de las especies es naturalmente imposible. Darwin quisiera hacerlas mudables por causas externas, como el uso y la educacion, concediéndoles para salir adelante larguísimos siglos. En vano: si las especies debieran cambiarse de veras, sucedería por causa muy diferente que la indicada por él: mudarían ante todo en virtud de una causa interna. ¿De qué depende la permanencia de las especies? De la naturaleza inmaterial y simple. El profundo Agassy lo advirtió: «En el germen del huevo hay un principio inmaterial, que ninguna influencia externa tiene valor para modificar; principio que determina el desenvolvimiento del sér que ha de surgir.» Flourens con sus investigaciones y sus experimentos fortalece la sentencia de Agassy. A fin de cambiar las especies seria preciso por consiguiente derribar esta fuerza simple, lo cual no es posible. Siendo así, es inútil inquirir las petrificaciones telúricas para encontrar los anillos

intermedios entre una y otra especie, porque la tierra nunca llevó en el dedo tales anillos. La trasformacion de las especies contradice la marcha de la naturaleza.

Sin embargo, al leer los libros de Cárlos Darwin, se nos manifiesta tanto estudio y al mismo tiempo tanta pericia en las cosas naturales; se nos manifiesta tanta perspicacia para mantener el puesto que ocupa, que maravilla. Imagino yo á Darwin con las manos cruzadas sobre el pecho, que nos añade con aires casi de compasion. ¿No es un hecho, pues, la naturaleza, que trabaja para reproducirnos los fenómenos de la variedad? ¿No veis por consecuencia la diaria lucha de los séres vivos para extinguirse é innovarse?

Tenga usted paciencia, zoólogo sublime: veo los fenómenos de la variedad, y veo la lucha de los séres: mas saco inducciones de todo punto contrarias. Esto, bien comprendido, me dice que vuestra teoría no es verdadera.

Trabaja la naturaleza con el fin de reproducir los fenómenos de la variedad. Lo concedo, y que por esto la variedad proporciona el vestido, digámoslo así, del universo. Mas si de los fenómenos distinguimos las leyes naturales; si hablamos especialmente de la generacion de los séres, ¿habeis pensado nunca qué orden observa la naturaleza ardientemente? Tiende á reproducir hijos semejantes á sus prototipos. La encina nos da la encina, y el cordero nos da el cordero; este es un acontecimiento que se repite en la sucesion de todos los tiempos; para el docto y para el hombre vulgar es igualmente un axioma: las partes de los séres vivos, sea cual sea el grado de su vida, son las imágenes vivientes de los padres, y la fecundidad es sólo el medio ordenado por la naturaleza para la conservacion de los modelos primitivos. Ahora bien: admítase la doctrina de Darwin, y la cosa procede al revés. Para el que introduce de continuo nuevos cambios en el organismo de los vegetales y de los animales, haciendo trasformar las especies, los descendientes se apartan cada vez más de los tipos primitivos, alterando formalmente su imagen, hasta dividirse en los grupos de variedades vivientes y de razas cuya prole resulta enteramente distinta de los padres. Es un aborto: la variedad que sólo existe por causa de adorno, no faltándole nunca, es aquí entidad y sustancia. Acaso no cabe mentir más audazmente contra el orden de la naturaleza.

Existe entre los séres vivos la lucha diaria, en la cual se matan unos á otros, mejorando los que vivos quedan.

Confesamos á nuestra vez tal pugna; pero no nos lleva allí donde nos quiere llevar por fuerza Darwin: no nos da la trasformacion de las especies. Que unos sucumben y otros triunfan al afrontarse recípro-

camente, es un hecho que pone de realce las fuerzas de la naturaleza variamente distribuidas en los individuos vivos; no es un principio que toque la naturaleza haciéndola mudar de aspecto. Tomad ejemplo de los mismos hombres. Los unos son idiotas y los otros sabios; los unos débiles y los otros fuertes; precisamente porque algunos son fuertes y poderosos, los débiles se abaten y aquéllos prevalecen. Ahora bien: por prevalecer y por sobrevivir á los mezquinos, ¿constituyen acaso una especie diversa? ¿Una especie nueva? ¿Es la especie de los nervudos y de los macizos! Asegurar esto, ¿no es una locura?

Más aún: de admitir entre los animales y los seres todos *la lucha para la vida*, no sólo no se logra dar en el blanco querido por Darwin, sino que justamente se recibe fuerza para renegar, por otro motivo, de lo que nos enseña obstinadamente; fácil es advertirlo. En la indicada lucha, en efecto, deben sobrevivir aquellos vegetales y animales que la naturaleza miró con predilección, conformándolos y fortaleciéndolos más que los otros; deben transmitir á sus descendientes las perfecciones propias, las cuales deben recogerse de generacion en generacion. En su virtud, cuantas razas sobrevienen, léjos de ser más viciosas que las anteriores, ó á lo ménos tan perfectas, deben ser indudablemente mejores y más aventajadas. Hé aquí promulgada la teoría del progreso sobre los vegetales y los animales.

El progreso, aún cuando Darwin vacile al oír este nombre, no juzgando necesaria su ley, es generalmente promulgado por su doctrina, realizándose en los seres que sobreviven á la lucha, llegando á ser más perfectos. Ahora bien: Darwin dice una cosa y la naturaleza evidentemente obra de otra. ¿Os parece, señores, que realmente ocurra el progreso en el reino vegetativo y en el animal? No, no; nuestros alisos, nuestros abetos y nuestras hayas, no son más altos ni más robustos que los viejos; las flores de nuestros campos no son más hermosas ni huelen mejor que las que creaban una primavera amenísima á la Sunamitis de Salomon; nuestro laurel no verdea mejor que aquél con que se ceñían Ciro, Alejandro y los romanos; igualmente nuestros corceles no van más veloces que los usados por nuestros ascendientes; nuestros toros no se coronan con cuernos más duros y más gallardos que los toros antiguos; las abejas que se adhieren á nuestras colmenas no dan miel más dulce que la saboreada por los griegos en sus convites; el ruiseñor que hace cuatrocientos años endulzaba las nocturnas y angustiosas veladas del Petrarca, no cantaba de manera más melodiosa que los ruiseñores que deleitaban á las mujeres y á los hombres del mundo «antidiluviano.» Segun la doctrina de Darwin, debería existir progreso entre los vegetales y los animales; mas no existe. ¿Qué su-

pone, pues, adherirse á tal doctrina? Es abrazar el error: equivale á poner en boca de la naturaleza un lenguaje mentido que repudia.

Aquí viene á parar la teoría de Darwin sobre la trasformacion de las especies. Por cualquier lado que se contemple, sean cuales sean los puntales y las especiosas verosimilitudes con que intenta corroborarse, viene de continuo al suelo de todas maneras, mostrándonos la naturaleza disfrazada. En mi sentir moderadamente, y con fuerza triunfal lo juzgó el ilustre naturalista Pictet, placiéndome aducir sus palabras: «Admitiendo Darwin por una parte la posibilidad de variaciones ligeras, y por otra inmensa série de siglos, multiplica el uno por el otro estos dos factores, suponiendo por fin variaciones poderosas y profundas, no sólo en las exteriores formas, sino en los órganos más necesarios. Admite así la modificacion sucesiva de los caracteres específicos y despues genéricos; la de los límites de las familias, de los órdenes y de las clases; compelido por una inflexible lógica, es llevado á deducir todos los animales de hoy, como tambien los de las faunas anteriores, de un pequeñísimo número de tipos primitivos, y tal vez de uno solo. Deducciones tan ardidadas no me parecen justificadas por los hechos, necesitándose para recibirlas una más potente argumentacion. A mis ojos surge inmediatamente una objecion general: nada prueba que variaciones ligeras y superficiales puedan á la larga cambiar la naturaleza, degenerando en modificaciones tan graves. En los ejemplos aducidos por Darwin nada encuentro que me autorice á creer que aquí no se trata sino de más ó de ménos; si me demuestran que despues de algunos millares de generaciones, la estatura, el color, la forma de un rostro puede ser modificada, la proporcion de los miembros algo cambiada, etcétera, no puedo concluir que otros millares de generaciones ó de años cambiaron un bronquio en pulmon, produjeran una ala, crearan un ojo, ó trocaran un ovíparo en vivíparo.

Todos los hechos conocidos demuestran por el contrario que la influencia prolongada de las causas modificadoras produce un efecto encerrado en límites muy restringidos constantemente. En las modificaciones ocasionadas por la domesticidad, las cuales probablemente son no poco mayores que las variaciones naturales, no hallamos ejemplo de una influencia ejercida para modificar los caracteres de sus órganos esenciales. Los perros, cuyo estado propio original aparece cambiado más que en los otros animales domésticos, bajo sus formas externas tan distintas, conservan una maravillosa constancia de caracteres. Ninguna prueba ó ejemplo puede persuadirme de que en el estado salvaje las variaciones no son superficiales ó ligeras, como en los animales domésticos, sino profundas y esenciales. Para recibir las consecuencias

de Darwin sería preciso haber visto en un caso notorio un principio de formación de órgano relevante, ó una modificación de algun valor en sus caracteres constitutivos. En tanto no se pruebe que en el órden de la generacion directa pueden ser regularmente introducidos graves cambios, aténgome á la observacion diaria que me dice lo contrario. Todo en la naturaleza viviente paréceme divulgar tal tendencia á la conservacion de las formas específicas. Mientras veamos que reproduce constantemente una bellota una encina con todos sus caracteres y particularidades, fijándonos en la fuerza potente misteriosa que obra en aquel pequeño grano para obtener un desarrollo tan constante, observandó que se repite un fenómeno semejante en todos los cuerpos organizados, la induccion nos hará decir que la forma permanente es la regla, y la variacion es sólo la excepcion (1).

Parece que ya hemos probado bastante los dos libros de Cárlos Darwin, recorridos de un extremo al otro; cerrémoslos. A grave trabajo me ví obligado; pero al llegar aquí respiro. Vosotros los que declarais buenas las aclamaciones de moda, llamad en buen hora clásico y superlativo inventor á Darwin: yo no puedo tenerle por tal; lejos de admitir las conclusiones de su escuela, debo remitirme á las del universo y de la ciencia. Ahora bien, el mundo físico con sus leyes y sus obras me declara que la teoria de la trasformación sabe á utopia. Si esto es verdad; si es fabuloso el sistema botánico y zoológico ventilado, el naturalista inglés no ha inventado absolutamente nada: las especies son y permanecen de continuo distintas: no pueden, pues, reducirse á un solo tipo primero. Por tanto la Sagrada Escritura, que coloca separadamente la creacion de las vegetales, separadamente la de los animales, y el hombre separadamente, es más científica que Darwin, el cual expresa el error y no la verdad.

No; Darwin no es buen inventor. Diciendo así, siéntome dominado por el gozo: me alzo de la sombra de los plátanos donde sentado estuve algun tiempo con los volúmenes en la mano, retirándome de la contemplacion de las plantas y de las flores, de los pájaros y de los brutos; más antes de que abandone yo el jardin, debo desfogar el deleite que ha entrado en mi seno. Es verdad que nuestro inglés naturalista, que nos llenó de gozo dándonos la teoría del progreso de las especies, ahora intenta contristarnos retrocediendo un paso, y anunciando *que es posible una retrogradacion en la escala de los organismos*, lo cual sucederá cuantas veces muchos de los órganos entre los seres vivos se hagan inútiles. En vano lo dice. Nada de esto, señores: no progreso y ménos retroceso

(1) Pictet, véase Bibl. Univers. Archíve de Génève, t. VII n.º 27. Marzo 1860, pág. 233.

del modo que juzga. La permanencia de las especies, aún admitidas las variedades, no se anula.

No, amadas plantas y amadísimas flores; no temais quedar sin vuestro sér: las variedades que os caracterizan os embellecen sin mataros. Tú, rosa vívida y carmesí, continúa tus amores con la florecilla blanca; recibirás irradiaciones y luces de un afecto inteligente casi, porque así dispuso el Creador las armonías; no verás la fatal copa que te envenene, ni el puñal que te traspase. Tú rosa, seguirás rosa mientras la mano que te construyó en un principio no te deshoje. Tú, candidísima azucena, que tan bien me ofreces la imágen de la inocencia, prosigue blanqueando y despidiendo tu fragancia sin sospechas: procura que mano adúltera no te manche; pero tú, dulce virginidad de los campos, no vendrás á ser cardo que las malezas enlaza, ni ciprés que sombrea las tumbas. Tú, amado símbolo de la humildad, pequeño hisopo, que llenas de olor el valle, no temas: la naturaleza no hará que á ser vengas grana, ni cicuta, ni ortiga. ¡Son bastantes las que hay!

Hé aquí mis alegrías, que difundo alrededor del reino de los vegetales. Mas ¿qué diré yo al subir, del reino hermano de las flores, á la familia de las criaturas animadas y vivas?

Adios, graciosos pájaros; seguid tranquilos vuestra música en el aire y por la campiña; así como no mudais de nota, no mudareis jamás de pluma, ni de color, ni de forma, nunca viniendo á ser monstruos. Adios, melancólicas palomas: vuestro gemido durará mientras subsista el afán en el corazón del hombre; aletead tranquilas sobre el márgen de la quieta y cristalina agua; os espejareis en ésta siempre cándidas y siempre bellas con la figura antiquísima en que visteis nacer el hombre á orillas del Eden, así como morir despues al rededor del arca de Noé entre los abismos del diluvio. Y tú, mansísimo entre los animales, alegre y cariñoso cordero, adios. Electo fuiste por Cristo á fin de que le representaras en su pasión; con los mismos vellones de lana, con el propio balido triste y con la misma mansedumbre, representarás hasta la consumacion de los siglos la pasión y la mansedumbre del cristiano.

A la primera parte del problema he llevado la solución. Consideré á Carlos Darwin en el huerto zoológico: no aparece allí buen inventor, porque su teoría sobre la transformación de las especies contradice la marcha de la naturaleza.

Entremos: hé aquí un gabinete fisiológico dentro del cual nos aguarda un profesor austero.

Me desplace, señores, que á vosotros tal vez os parezca el lugar poco

amable. ¡Cuán diverso es del jardín, de donde nos alejamos! ¡Hasta qué punto se nos presenta el hombre ensimismado y taciturno! Empero es taciturno por otra meditacion que allí se realiza. A lo ménos anímenos esta, olvidando por tal motivo todo espectáculo alegre. Además, si en el gabinete actual no tenemos la sombra deliciosa, ni la límpida agua cristalina que antes gozamos, no nos vemos enteramente sin compañía: gran parte de aquellos cervatillos, de aquellos galgos, dogos y codornices, en los cuales se fijaban nuestros ojos, nos siguen también aquí dentro, pudiendo decirse que pasa el huerto zoológico por varios conceptos al salón de la fisiología.

Fuera de que hay una cosa que á todas las demás domina.

En el jardín tuvimos en cuenta el doble reino vegetativo y animal, olvidándonos de fijar la consideracion además en el humano; en el gabinete, mezclado con las demás criaturas, está el hombre igualmente. No sólo esto, sino que aquí viene á ser el hombre objeto del estudio supremo. El profesor que os he nombrado se ocupa más ansiosamente que nunca en hacer comparaciones; después de haber parangonado entre sí los árboles y las flores, como también recíprocamente los peces, los pájaros y los brutos, parangona estos seres vivos con el hombre y viceversa. Tiene de continuo clavado en la memoria su principio de la trasformacion de las especies, ¡y qué quereis, señores! á fuerza de indagar aquí y allá, de poner en parangon y de asimilar, el profesor ha venido á proferir su sentencia última, según la cual, como en los vegetales y en los brutos, los cuales descienden de pocos ó de un sólo tipo, desciende asimismo el hombre de aquel propio tipo, siendo hijo carnal de la bestia.

Es otra invencion rarísima. Fué infeliz el viejo Arquímedes, que pereció por el hierro romano, sin poder seguir sus descubrimientos: á nuestro profesor, por el contrario, cuya vida sigue próspera y tranquila, no se le negó la felicidad de los repetidos descubrimientos. Hizo también éste, por lo cual, lleno de gozo y festivo, nos dió en 1871 su tercer volumen titulado: *El origen del hombre y la selección en dependencia con el sexo*.

¿Es buen inventor Carlos Darwin en el gabinete fisiológico? Yo digo que no.

Observar pudiera que no es suyo el mérito de la invencion, porque otros antes sacaron neciamente al hombre de las costillas de los animales. De manera que aún en su libro reciente resulta un copista. Añadir pudiera que sí, por lo que hace á los vegetales y á los brutos, la teoría de las trasformaciones específicas es falsa y no se puede sostener, más falsa y vacilante que nunca se nos presenta cuando se quiere compren-

der á los hombres en ella. En su virtud, al gracioso naturalista inglés que me hace derivar de algun molusco, bastaríame dirigir la argumentacion que mantenido hemos hasta el presente contra él. Mas, adelante; no pensemos en lo pasado, entrando en un campo nuevo. ¿Qué razones aduce, con qué silogismo procede, y de cuáles hechos se sirve para enseñarnos que dentro de un órden «animalesco,» el hombre es un sér transformado? Dispongamos las orejas, y procuremos oír, porque la demostracion debe ser gallarda.

El primer hilo, eje más bien de tal demostracion, viene á la mano de Darwin de que gravísimas semejanzas manifiestan el hombre y las bestias. ¡Vean ustedes, señores, qué fatalidad de cosas! Para darnos la doctrina de la trasformacion de las especies, Darwin se apoya en los fenómenos de las *variedades*: para despues darnos en esta trasformacion al hombre bestial, es decir, al hijo de los animales, se apoya en los fenómenos de las *semejanzas*. Considerando ahora estas que manifiestan el hombre y las bestias, brotan por tres partes; en la «embriología,» en la estructura corporal y en los órganos rudimentales. ¿No es todo esto por ventura claro como el sol?

La prueba «embriológica» es que, para conocer á fondo los séres vivos, deben ante todo ser mirados sus huevos ó célula germinativa. Ahora bien; los huevos son en el orgánico reino tan iguales que apenas cabe descubrir en ellos alguna leve diferencia en la forma, en la grandeza ó en el color. En todos los animales vertebrados, sobre todo si son mamíferos, incluso el hombre, vienen á ser idénticos casi. Una vez Agassy, que se habia olvidado de poner la tarjeta encima del embrión, no pudo inferir si aquel era de un mamífero, ó de un pájaro, ó de un reptil. Por consecuencia el hombre, semejante á las bestias en el embrión, procede de un padre comun.

Confirma semejante opinion la estructura del cuerpo. Segun Darwin el hombre es formado sobre la misma estampa ó tipo general de los demás mamíferos. Todos los huesos de su esqueleto admirable pueden ser comparados con los huesos correspondientes de un mono, de un murciélago ó de una foca. Lo mismo se debe decir de sus músculos, de sus nervios, de sus vasos sanguíneos y de sus entrañas. Tiene boca, como los brutos la tienen; tiene cabeza, corazón, ojos, piés, con aquellas mismas funciones que corresponden á la raza bestial. Decid lo demás vosotros. En su virtud, ¿qué duda puede impedirnos manifestarle? Pues en su estructura corporal tiene semejanzas estrechas con los brutos, el hombre brota del mismo tronco.

La tercera prueba sale de los órganos, á los cuales se dá el nombre de rudimentos. Esto quiere decir que tales órganos estaban completa-

mente desarrollados y eran perfectos en los animales antiguos, viniendo sin embargo á ser en sus descendientes atrofiados, imperfectos y no íntegros. Al ver los pelos esparcidos aquí y allá en el cuerpo del hombre, se puede pensar que son los rudimentos de un tegumento uniformemente peludo de los animales. Las cejas humanas representan las cejas vibrantes, que usan á guisa de órganos para el tacto muchos animales inferiores. Por consiguiente, ateniéndonos á los órganos rudimentales, se concluye que, pues los hombres se pueden parangonar con los brutos en todo, pertenecen á su raza.

Epilogué las pruebas con las cuales Darwin demuestra que los hombres y las bestias vienen á ser la misma cosa. Fuí, señores, sincero, sin disminuir nada el propio valor de aquellas pruebas. Habladme ahora vosotros; decidme si es recomendable tal descubrimiento. Por lo que hace á mí, la respuesta está pronta: Carlos Darwin, mirado en el gabinete fisiológico, en el que hace llegar al hombre la trasformacion de las especies, no es buen inventor, porque entiende mal el designio de la creacion.

Quien estudió á fondo la que otros llaman explicacion necesaria de la materia, que yo demostré ya es divina y voluntaria creacion, ¿podría ó querría decirme qué designio en ella se contiene relativamente á nuestro mundo?

Aquí está el designio de la creacion: comunicar mediante los organismos la vida á los séres, y mediante la vida el imperio. ¿A quién corresponderá este imperio? Es indudable: á quien posea la vida comunicada en su más alto grado de perfeccion. Tal es, señores, el hombre. Procede por consecuencia que allí donde termina el reinado de las criaturas terrestres debe principiar el del hombre; debiendo principiar de tal manera que, marchando adelante desde las semejanzas, llegue á la desemejanza más patente, formando un reino aparte, como señor legítimo de la tierra. En su virtud, si en este orden las semejanzas no pueden ménos de hallarse, más fuertes deben ser las disconformidades: si el hombre tiene por aquéllas en su parte inferior no pocas semejanzas con los brutos, por las disconformidades debe alejarse de los mismos desdeñosamente. Pues bien; un sér como el hombre, á quien se ha dado una mision tan diversa de los animales, se niega á tener con ellos una estirpe comun.

Desenvolvamos el primer lado de la argumentacion nuestra.

Para decirnos Darwin y sus sectarios que solamente uno es el tronco de los séres, alegan las semejanzas entre los hombres y las bestias. ¿Quién niega tales semejanzas? Mas ¿por qué los «darwinistas,» tan altaneros por las semejanzas, se olvidan de advertir las numerosas reales

desemejanzas? Dicen en alta voz: «fisiológicamente» se asemeja el hombre á los animales. Yo respondo: «fisiológicamente» no se asemeja el hombre á los animales. ¿Quién tiene razon? Resuelvan esto la anatomía comparada, la patología y la fisiología.

Empezando por la «embriología,» de ninguna fuerza es tal argumento. Todos los animales, incluso el hombre, son semejantes; tienen un padre comun, porque los huevos y los gérmenes de que descienden, no ponen de realce diferencias en su formacion. ¿No muestran las diferencias en aquel sér suyo primero? Es propio de todo artista, cuando comienza su obra, dar á la materia que tiene una conformacion ruda y grosera, que poco á poco desaparecerá, procurando imprimir en ella los caracteres peculiares. Examinad los esbozos que hace un escultor de una estatua de Aristóteles, y de otra de su discípulo, Alejandro Magno: descubriréis allí la más estrecha semejanza: la disconformidad vendrá despues. ¡Sin embargo, si se admiten seres de origen diverso, incluirse deben las diversidades en los propios gérmenes! Concedámoslo; pero una cosa es que las diversidades deban existir, y otra que pueden descubrirse. ¿Por qué no las descubris vosotros? Porque os faltan instrumentos ópticos de gran fuerza. ¿Y os haceis fuertes contra nosotros? No nos perdamos en palabras. ¿Creeis formalmente que son iguales y áun idénticos todos los gérmenes «embriónicos?» Si lo creeis, decidme: ¿Cómo es que de una semilla sale un mono, de otra un chacal y de otra un mastodonte? ¿Nacen de improviso, ó estaban antes estas variedades, que se desenvuelven luego tan terminantes y claras? Estaban: se manifiestan en el acto solamente porque se hallaban contenidas en la semilla. Aun el fanático Hackel lo entiende así. «Las sutiles diferencias de cada huevo, las cuales siendo indirectas y virtuales no pueden ser directamente afirmadas con nuestros medios de exploracion, deben admitirse por natural induccion, reconociéndose que constituyen la causa primera de todas las diferencias en los individuos (1). Bien: las diferencias existen por lo tanto en los gérmenes; he aquí que del gérmen humano, que contiene sus diferencias peculiarísimas, no queriendo de ningun modo identificarse con los otros, sale la figura más magnífica entre los vivientes.

Pongamos ahora delante esta ilustre figura humana. La encuentra semejante Darwin en su estructura corporal á la de los otros animales, y especialmente de los mamíferos. Charlas: es semejante un poco; pero desemejante por muchísimas partes.

Examinad el cerebro: es mucho más grande que los cerebros de las

(1) Hackel, Historia de la creacion.



bestias que se parangonan con él; mientras el cráneo más pequeño de un hombre es de 63 pulgadas cúbicas, el cráneo más grande de un gorilla es de 34,50; cerca de la mitad del humano. Aunque los elefantes, las ballenas, los rinocerontes marinos y otros semejantes lo tienen más voluminoso, por lo que se refiere á la masa de los nervios de la cabeza, el cerebro del hombre, segun el hermoso descubrimiento de Somme-ring, es el mayor de todos los cerebros de los animales. Hay más: no se compone como el cerebro de los monos. En el hombre el primero que se desenvuelve y termina más expeditamente dentro del cerebro es el lóbulo anterior: el último es el lóbulo lateral ó temporal, como lo llaman. Por el contrario, en el mono primeramente se forma el lóbulo temporal y luego el lóbulo anterior. «Es imposible, observa bien Quatrefages, que procedan el uno del otro dos seres que se forman casi al revés (1).» Escribe despues el mismo Huxley: «Las diferencias entre el cráneo de un hombre y el de un gorilla son realmente enormes (2).» Aun Moleschott nos confiesa: «El cerebro del hombre, tanto por la mole como por la forma de los giros en torno de los lóbulos, se distingue de cualquier otro cerebro de mono, y mucho más del de los otros animales (3). Del cerebro las diferencias continúan en todos los miembros. Nuestros brazos son más cortos y ménos robustos que las piernas; por el contrario, los monos tienen las piernas ménos largas y más débiles que los brazos. En los monos los brazos y las piernas van terminando con manos; entre todos los animales provistos de cuatro miembros, es el hombre el único cuyos brazos acaban en manos, y cuyas piernas acaban con pies. Se sigue de aquí que solo él anda derecho, al paso que los monos son animales, que trepan con sus cuatro extremidades.

Uno de los más atrevidos «darwinistas» aseguró sin embargo que «la posición vertical no es en el hombre completamente natural (4).» En su virtud, debemos decir que nosotros caminamos difícilmente rectos sobre las piés. Empero ¿cómo podríamos andar de diverso modo? ¿Quisiérais que camináramos inclinados por tierra? ¡Darnos precisamente al hombre de Moscati, que á gatas iba? ¡Ah degenerados! El hombre no está hecho para que así se mueva. La cabeza caería sin sosten y la sangre se acumularía en el cerebro. La longitud y la fuerza de los brazos no responde á la longitud y á la fuerza de las piernas. El pecho es tan grande que la parte alta del busto se apoya mal sobre las ma-

(1) Quatrefages. «Conferencia popular relativamente al origen del hombre.»

(2) Huxley. *Zoquisse*, etc.

(3) Moleschott. *Der Kreislauf des Lebens*.

(4) Büchner, *Sechs Vorlesungen*, III.

nos. El músculo gran serrato, que en los cuadrumanos y cuadrúpedos es como una cincha que tiene suspendido el tórax, no es en nosotros del mismo vigor. El pié, cómodamente colocado sobre el suelo, se vería precisado á tener encima el talon; y en la altura de los muslos la pelvis se hallaría más alta que el cuello. El hombre moriría.

Oigamos á un ingenioso naturalista, el cual mejor que nosotros, y más extensamente, reivindica para el hombre el honor incomparable de ir derecho. «Aun cuando quisiera el hombre, no podría habitualmente correr á cuatro piés; entre todos los mamíferos es el único cuyos miembros posteriores se conforman de la manera más favorable para servir de sosten al cuerpo; todo en su organismo se halla dispuesto para la postura vertical. Realmente la conformacion de los miembros sería bastante para que fuera sumamente incómoda la posición horizontal; en los cuadrúpedos el tronco está sostenido delante de una especie de cincha carnosa que se fija en las escápulas, formándola los grandes músculos dentados; el pié es al mismo tiempo tan estrecho, que basta una ligera desviacion del cuerpo para que se rompa el equilibrio, cuando el animal alza una de sus piernas anteriores; hasta la extremidad de tales miembros presenta un grado de solidez incompatible con una grande flexibilidad; pero utilísima para la locomocion. En el hombre, por el contrario, el músculo gran serrato es sumamente débil; las espaldas están muy separadas, y no proporcionaría la mano al cuerpo un apoyo sólido; finalmente, la poca flexibilidad del pié sobre la pierna y la longitud del muslo, haría que llevase siempre las rodillas por tierra. La cabeza de los cuadrúpedos se encuentra sostenida por un ligamento llamado cervical, extendido desde el occipucio hasta las vértebras de la base del cuello, y las vértebras están ordenadas de manera que no se pueden plegar delante, pudiendo prestar una fuerza grande á los músculos que sostienen la cabeza. Empero en el hombre no existe ligamento cervical, y las vértebras no presentan semejante disposicion, por más que la cabeza sea proporcionadamente más pesada que en cualquier otro animal; en su virtud, en la posición horizontal, podría mantenerla en la misma línea de la espina dorsal, y, estando entonces sus ojos dirigidos hácia la tierra, no podría ver delante de sí. Por lo demás, esta posición no solamente sería incómoda, sino imposible conservarla mucho tiempo, porque las arterias que van al cerebro del hombre no se subdividen como en muchos cuadrúpedos, y siendo su volúmen muy grande, la sangre allí correría con tanta fuerza, que sería motivo de frecuentes apoplegias. Por el contrario en la posición vertical, y bípedo, todo en el cuerpo humano está maravillosamente dispuesto para que la posición resulte sólida

y fáciles los movimientos. Es muy largo el pié y atemperado de manera que se puede apoyar en el suelo casi con toda la extension de su parte inferior; los diferentes huesos que lo forman están sólidamente unidos entre si; la pierna se apoya en ellos verticalmente; extender cabe la rodilla enteramente, de manera que el peso del cuerpo se transmite del femur directamente á la tibia; los músculos que se extienden por el pié y el muslo son de un notable volúmen y fuerza; el modo de insercion sirve para explicar una gran potencia, por cuanto el talon sobresale muy fuera detrás de la articulacion del pié, de forma que el brazo de la palanca de la fuerza representada por este órgano es mucho más largo que el de la resistencia: la pélvis es mucho más extensa que en los otros animales, por lo que, dividiendo las piernas y los piés, aumenta la extension de la base de sosten; la encorvadura subitánea de las extremidades del femur contribuye á producir el mismo efecto; la cabeza, por último, está casi en equilibrio sobre el tronco, por hallarse su articulacion entonces bajo el centro de su masa, y están delante los ojos en direccion precisamente en la cual deben ser más útiles (1).

No pongamos, pues, el hombre á gatas por tierra si no lo queremos destruir. Es el único bípedo, que tiene dos brazos; es el sér vivo de mayor cerebro; niégase á identificarse con los mamíferos,

A pesar de todo esto, Darwin persiste aún forzándolo en la compañía de los animales, apoyándose para ello en los órganos rudimentales. ¿No veis, grita, no veis los pelos esparcidos por su carne? Son un resto de los espesos ó erizados, con que se cubrian nuestros antiguos antepasados. ¿No veis sus cejas? Son residuos, un rudimento de las cejas vibrantes y de los bigotes acomodados al tacto con que se cubrian las bestias antiguas que nos parieron. Añade una cosa que yo apenas puedo repetir á media voz. ¿No lo sabeis? Ha nacido el hombre hecho para la cola. Observadlo bien; arriba y abajo por los riñones, tiene un rudimento de cola en el coxis; señal evidente de que su progenitor fué animal de grande cola, con un fuerte paño carnosos, hallándose todo el cuerpo vestido con cuero y sombreado por pelos.

¡Qué singulares! Nos recitan la apología de la cola en el siglo XIX. Con paciencia se puede sufrir que hagan descender y bailar sobre nuestras espaldas una guedeja más larga de pelo, y hacer al hombre retrógrado, dejando que los adornos de aquélla se muevan á su gusto; mas meterle dentro de los huesos aquel rudimento, y necesariamente convertirlo en animal de cola, ¿quién de nuestros progresistas lo

(1) Milne Edwards. *Curso de zoología*.

hubiese imaginado nunca? Mas sí: el hombre, se quiera ó no, tiene cola; los animales la llevan desplegada y grande: él la lleva rudimental. ¡Hombres singulares y crueles! No contentos con darnos los pelos y la cola, nos quieren regalar también los dientes caninos. ¿Quién no conoce que, como es recta la marcha del hombre, la espina dorsal no se prolonga en la cola, terminando en el coxis; que su piel es lisa y desnuda; que sus dientes *caninos* difieren mucho, así en la mole como en la estructura, y en la posición de los de los monos y de los perros? ¿Quién no reconoce claramente, al estudiar la noble figura humana, que no tiene bestiales dientes, ni pelos erizados, ni cola, por cuanto el hombre fué formado enteramente de golpe, porque se requería esto para que fuese perfecto en su sér, sin que fuera sacado de un tipo interior no apto á la perfección? Dejando las hipótesis ridículas sobre lo pasado, ateniéndonos á los hechos reales y manifiestos, el hombre se presenta en tal aspecto: no tiene los pelos ni los dientes de las bestias, ni la cola: es único así é incomparable además entre los animales. ¡Refundido, por lo tanto, si teneis valor en su raza!

Establecido esto, voy á la segunda parte del argumento referido.

La «embriología,» la estructura corpórea, y la observación de los llamados órganos rudimentales, tomados como tres elementos de crítica, convencen de que no es de ningún modo el hombre uno de los brutos. Nos pusieron delante de nosotros semejanzas entre los brutos y el hombre, como demostración y prueba de la identificación entre las naturalezas de los animales y la humana: mas fué un pueril juego de fantasía. Las desemejanzas entre los hombres y las bestias exceden no poco á las semejanzas; se diferencia mucho más el hombre del mono y del gorilla, que el gorilla y el mono del ínfimo viviente de su especie: no pocos naturalistas incrédulos lo reconocen. Mantengamos, pues, firmes tales desemejanzas por ser muy justo; advirtamos, señores, de qué modo se presentan: nunca son peores sino que ofrecen de continuo un carácter mejor, por cuanto el hombre, en tanto se diferencia de los brutos, en cuanto viene á ser más excelente que ellos. Así vale lo mismo decir, el hombre no es semejante á los brutos, como que es superior á ellos.

Ahora bien: esto nos basta, porque los designios de la creación se realizan por esto mismo.

Hemos dicho que la creación tiende mediante los organismos, á comunicar á los séres la vida, y mediante la vida comunicar el imperio. En su virtud es claro que el imperio, según los designios creativos, corresponderá, entre los séres organizados, al sér á quien la vida se haya comunicado en su más alto grado de perfección. Tal es el hombre,

siendo útil repetirlo: su cerebro, proporcionadamente de todos es el más grande, y por consecuencia más poderoso, cual su posición vertical única nos lo afirman. Siendo así desdeña tener con las bestias parentesco alguno: las semejanzas surgen por lo que abre camino al hombre para relacionarse con el mundo inferior: empero asciende de las semejanzas, subiendo á la más terminante disparidad, formando un reino aparte dominador de los demás reinos. En su virtud, si esto es exactísimo; si el hombre no puede ser equiparado á los brutos en las partes más esenciales, vano es quererle hacer derivar del mismo tronco. La superioridad del término á que se halla destinado, explica la superioridad del principio de que desciende. La enseñanza sobre la transformación de las especies, falsa relativamente á los demás animales, al hombre aplicada es falsísima.

Conviene dejar de ello persuadido á Darwin. Pongámonos al lado suyo, pues inquiriendo está los seres, sudando mucho en el gabinete fisiológico, diciéndole de buen modo: Usted, Darwin, yerra grandemente: presume que identifica el origen del hombre con el de los brutos, y se apoya en las semejanzas que tienen entre sí. Mas ¿no advierte que se coloca fuera del camino? ¿Dónde deja las desemejanzas, que son mucho más gallardas? ¿No advierte que llevado el hombre precisamente por tales desemejanzas, levántase tan alto, que á ser llega, no compañero de las bestias, ni tampoco igual á ellas, sino su príncipe? Fuera de que, ¿no se ha fijado en la naturaleza de tal principado? ¿Es por ventura un principado procedente de los brutos? ¿Quién puede dar lo que no tiene? ¿Cómo los brutos pueden dar al hombre la superioridad del cerebro, y la posición vertical de los miembros que no tienen? ¿No posee, por el contrario, el hombre, por sí mismo el principado? ¿No lo ejerce contra los brutos según su voluntad? De ahí se manifiesta la diversidad del origen. Vamos, amigo, tenga la certidumbre de que su teoría, que de todo esto prescinde, mal entiende sin duda el designio de la creación.

He hablado largamente: sin embargo he dicho lo ménos y he dejado lo más. Confieso, señores, que si por una parte ya expuse la teoría «darwiniana» en su mayor vigor, por otra, es decir, por mi parte, sólo he aducido las pruebas más leves, omitiendo las poderosas. Declaro que príncipe de los animales es el hombre. Mas ¿por qué lo es? ¿Acaso sólo porque su organismo domina el de aquéllos? Afirmé de igual modo que el designio de la creación es conceder el imperio al ser organizado que posee la vida comunicada en su más alto grado de perfección. Esto es verdad; mas la perfección del hombre ¿consiste toda en la fuerza de sus músculos ó en la configuración de sus miembros? En tal perfección

física y en el imperio sobre todos los animales que sigue, ¿se realizan todos los designios creativos?

No; esto no puede ser y absolutamente no es. El hombre domina de veras á los brutos, y enteramente se aleja de los mismos por la inteligencia. Semejantemente, los designios creativos, de que sólo descubrimos un principio y un resplandor, vienen á ser luminosos é íntegramente se realizan al penetrar el hombre resueltamente en el órden espiritual divino. Debe mandar en el mundo para obedecer á Dios, uniéndose á Él con su alma propia. Hé aquí el sello de todo; de aquí aparece de una manera irrefragable hasta qué punto los designios de la creacion son mal entendidos en la enseñanza de Darwin.

Volvamos á considerar el procedimiento de las cosas.

La doctrina de Santo Tomás y de los buenos filósofos es que todo sér se mueve para las obras segun la calidad de su naturaleza. No podría suceder de otra manera: el corcel que es cuadrúpedo, ¿podría tal vez ponerse á volar? El cuerpo grave, que al centro tiende, ¿podría marcharse por sí á la circunferencia? Es necesario, por consiguiente, que al sér corresponda la operacion: *Operatio sequitur esse*.

Empero es otra doctrina igualmente sólida é igualmente palmaria que la calidad de la naturaleza, de que los séres se hallan provistos, no se adquiere por el trascurso del tiempo, sino que la recibe desde su nacimiento. Aunque parezca lo contrario, en los diversos aspectos que asumen ciertos gusanos, la cosa está, sin embargo, aquí: los nuevos órganos de que ellos se revisten se hallaban debajo de los antiguos, como dentro de otros tantos estuches ó vainas. Cambiando de vestido, el gusano no hace más que sacarlos fuera, habiéndolos sacado porque los primeros estuches eran demasiado angostos. Esto hay que decir de los gusanos de seda: la crisálida, que solo en sustancia es una mariposa con pañales, existe antes en el gusano; no hace más que desarrollarse, siendo el gusano una especie de máquina dispuesta para obrar de lejos esta trasformacion. En cierta manera tiene con la crisálida la propia relacion que tienen los huevos con los pollitos. Por consiguiente, la naturaleza no fabrica despues, ni se consigue por arte, recibiendo del origen de la vida. En su virtud, la planta florece y fructifica, porque la calidad de florecer y fructificar está incluida en su gérmen: el animal, por otra parte, crece, vive y siente, porque la calidad de tales tres actos ha salido de la propia semilla. Esta es general ley de creacion: en el principio está encerrado el todo, y la naturaleza se conjetura por la concepcion.

Declaradme ahora vosotros: ¿Qué índole ó calidad de accion nos muestra el hombre, que debe tambien conducirse segun su naturaleza?

¿Cómo se determina y obra? Para conocer esto, es necesario definir al hombre mismo. Pues bien. El hombre, como escribió Platon, es «una inteligencia servida por órganos.» Admitimos la palabra griega, famosa en todas las esuelas; hé aquí que, si es una inteligencia servida por órganos, el hombre sólo puede obrar de una manera racional. La inteligencia que lo informa con justo título lo caracteriza. ¡Loor á la verdad! El hombre, pues, racionalmente obra, porque se le infunde la razon ó la inteligencia en la propia concepcion, esto es, desde el origen de la vida: posee la razon por haberla recibido. Mas ¿de quién la recibió, señores? No del mineral, cuya nota distintiva es el sér; no de las criaturas vegetativas, que tienen por nota peculiar crecer y vivir; no de los animales caracterizados por el sentir; además del sér, del vivir y del sentir, entiende, no entendiendo como el hombre ninguno de los tres reinos sometidos á él. ¿Dónde por tanto, y de quién recibió la inteligencia?

Cárlos Darwin hace descender al hombre de donde no puede descender; lo saca de las especies inferiores, donde no reside la inteligencia. ¡Desgraciado filósofo que se olvidó de que ser debía filósofo! No brilla debajo de él la luz más bella, por la cual el hombre se ilustra y queda explicado: ¿con qué cara este inglés osa llamarle un sér transformado y proveniente de la parte baja? No comprendo nada, y quedo por las tinieblas dominado. Sólo que se presenta el esplendor, y las tinieblas se desvanecen no bien abandono la enseñanza de Darwin para seguir el de la verdadera filosofía y de la fé divina. Oid y mirad las bellezas que arrebatan y que subliman.

Uno de los antiguos y de los más venerandos Padres de la Iglesia, San Gregorio Magno, escribió: «Toca Dios todos los séres; mas no todos de la misma manera: *Omnia tangit, nec tamen aequaliter omnia tangit.* Tiene contactos que dan el sér únicamente sin la vida, ni el sentimiento; otros que dan el sér, la vida y el sentimiento; otros, en fin, que dan el sér, la vida, el sentimiento y la inteligencia: así es como ha creado al hombre (1).»

No se necesita más. Así como Dios ha creado distintas las especies de los minerales, de las plantas y de los brutos, ha creado al hombre distintamente, habiéndole dado el espíritu para su propiedad singular y definitiva. *Inspiravit in faciem eius spiraculum vitae* (2). Con esta luz que ha llovido sobre su intelecto, que lo ilumina y embellece, se presenta como el sér que se necesita para el perfeccionamiento de la creacion. En la creacion refluian sin tocarse dos grandes órganos: el de la criatu-

(1) San Gregorio Magno. *In Ezech. Hom.* VIII, n. 16.

(2) Génesis, cap. II, v. 7.

ra, que surgía de lo bajo, y era el mundo de la materia; el otro del divino creador, descendiente de lo alto, que era el mundo de la espiritualidad. Faltaba un anillo que uniera estos dos grandes órdenes; el mundo visible de los cuerpos y el mundo invisible de los espíritus. Ahora bien: el hombre, apenas creado y puesto sobre la tierra, llenó el vacío que aún existía en ella, evitando el enorme defecto: criatura estupendísima se agitó entre las barreras materiales y las barreras ideales; provisto de cuerpo y espíritu, pudo sobreponerse á tales barreras, uniendo en sí los dos mundos que necesitaban contacto. Hízolo, y, paraninfo de la union universal, puso el anillo á la creacion.

Hé aquí al hombre colocado en su puesto; y en él finalmente realizados los designios creativos. Se dirige al orden de las cosas inferiores, viendo que las domina de un modo resuelto y hermoso: apoya su reino en él vértice de los otros reinos. Un eximio naturalista lo confiesa: «Por facultades incomparablemente superiores, cuales son las intelectivas y las volitivas, el hombre se levanta sobre el animal, dando lugar á la suprema distincion de la naturaleza, que es el reino humano (1).» Se dirige igualmente al orden más excelso que el suyo, encontrando el espíritu de Dios, sintiéndose dulcemente constreñido á obedecer, admirar y venerar. Su alma se conmueve, reconoce al Padre de los cielos y lo bendice: siente que por él es llamado y se apresura; vé que le han dado una ley religiosa y la sigue. Por tales afectos de adoracion y de amor prorrumpe en el acento de la oracion y grita, como más tarde gritaba el filósofo Juan Jacobo en noble suyo entusiasmo: «Humíllome y digo: sér de los séres; existo por existir Tú; medítarte de continuo es elevarme á tu fuente. El uso más digno de mi razon es aniquilarme yo en tu presencia: el rapto de mi espíritu y las delicias de la debilidad mia son sentirme opreso por tu grandeza (2).»

¿No queréis esta oracion á Dios amorosa? ¿No queréis el hombre ideal, superior grandemente á los brutos y á los vegetales? ¿No queréis este anillo de conjuncion de los dos mundos? ¿Me haceis de continuo engullir al hombre de la trasformacion de las especies? ¡Bárbaros! Anulais los designios de la creacion.

Es verdad que Darwin, para mantener en lo posible el decoro de sus estudios, nos avisa que la inteligencia, la razon, los actos libres y volitivos residen aún en los animales. Esto dice y canta: mas ¡hasta qué punto su canto es desafinado, débil y breve! Mientras en largos capitulos se entretiene mucho en cosas de ninguna ó poquísima importancia, lle-

(1). Geoffroy de Saint Hilaire.

(2) Pensamientos, Máximas, Espíritu de J. J. Rousseau.

gado al punto éste, donde se halla lo vivo del argumento, se ciñe á escribir algunos renglones, con lenguaje tan impropio, que bien adviértese que ni siquiera es un novicio en las materias filosóficas. Puestas en un solo haz, «la conciencia de sí mismo, la individualidad, la abstracción, las ideas generales,» no quiere detenerse ni ocuparse nada en ellas, por que afirma: «Es inútil intentar discutir estas altas facultades, que, según varios escritores recientes, forman la única completa distinción entre los hombres y los brutos, porque apenas hay dos autores que convengan al definir las.»

¡Bravísimo! Dices que se halla en tales facultades la radical distinción entre los brutos y el hombre: ¿y te niegas sin embargo á intervenir en ellas? ¡Bravísimo! ¿Dejas tal exámen á un lado y lo declaras inútil, porque los escritores disputan acerca del particular? ¡Deberemos por consiguiente, declarar inútil el estudio del sol, y abandonarlo porque los físicos cuestionan sobre su naturaleza? Puesto que los geólogos tienen asimismo cuestiones durísimas entre sí, ¿pondremos igualmente la ciencia geológica en el rincón del olvido? Si es así, retrocede primero en tus indagaciones, porque la botánica y la zoología no pasan sin oposiciones ni contrastes. ¿Qué cosa en el mundo hay que á cubierto quede de la disputa? ¿Deberíamos en su virtud prescindir de los estudios y borrar de las profesiones la carrera científica? Esto es querer cerrar todas las escuelas y obligar á los hombres á que sean todos ignorantes. ¿Acaso no sale la verdad del exámen y de la controversia bien dirigida? Tú, Darwin, la defendiste manifestamente: sigue con tus tegumentos y con tus esqueletos, sin osar nunca elevarte al hombre, en la parte por donde toca la cumbre de la metafísica.

Bien que, olvidando esto, ¿admitiríais, señores, que la inteligencia, la razón, las ideas generales, la abstracción y los actos del libre albedrío están en los animales?

Conozco á un jóven, que me conoce á mí. Nacido de familia gentil, adornado con educación excelente y con modales tan elegantes como urbanos, tuvo la triste suerte de darse á estudios sobre los sentidos, sobre todo en la metafísica, de la cual para sí no conservaba ni el nombre, puesto que su maestro hablala titulado: *Física del espíritu*. Así estaba el camino preparado para saltar al nuevo materialismo, y realmente dió el salto.

Lo dió con más furor, impelido por segunda desdicha. Llegó á sus manos la *Filosofía zoológica* de Juan Bautista Pedro Antonio Monet, de la cual se habia hecho una tercera edición. Bastó leer tal apología de las bestias, ó aquella razonada degradación del hombre, para que no tuviese nada el jóven de humano, siendo, por decirlo así, de «animalesca» doctrina hasta los pelos.

Una vez tuve con él un animado coloquio.

«Está en los animales la razon,» me dijo incontinentí principiando; «está en los brutos, precisamente como en el hombre. Leí el libro de Monet. ¡Qué libro tan maravilloso! Los animales y el hombre tienen una estirpe comun, comun el género y comun la vida; sólo se diferencian en la forma y en la fortuna; por lo demás, como el hombre, los animales piensan, los animales recuerdan, los animales quieren y aman; están, por consiguiente, provistos de inteligencia.»

«Amado jóven, le dije; con el hervor que advierto en su persona, en virtud del acento agudo y declamatorio de su palabra, me parece que no le falta del todo la discrecion. Esperaba que, navegando así á velas desplegadas, me repetiría el aforismo de Gerónimo Rosario, escritor del siglo XVI.»

«¿Qué escribió este filósofo?»

«Escribió: *Quod animalia melius quam homines ratione utantur.* Así como Rosario tuvo predecesores en tal opinion, no le faltaron tampoco plagiarios. Empero usted se contuvo; añado que le juzgo discreto.» Al decir esto, me sentí compelido á sonreír.

Despues, reprimiendo la sonrisa, exclamé: «Procure usted, ingenioso jóven, que la pasion por la cual arde así en favor de los animales, no le cubra la mente con un velo. Tal vez, comparando las bestias y el hombre, para dar á las primeras intelecto, confunde usted entre sí estas cosas: instinto é inteligencia; alma sensitiva ó inmaterial, y alma intelectual. Las dos primeras propiedades corresponden á los brutos; ¡pero vea usted! El instinto es ciego y el alma sensitiva no razona de ningun modo; al paso que la inteligencia en el hombre despide, por decirlo así, relámpagos; la razon, de la cual la inteligencia nace, siendo ella misma casi una inteligencia plena y desplegada, tiene ideales concepciones, el raciocinio, el juicio...»

«Cosas viejas, replicó con ímpetu el jóven. Aprendí que el criterio de la filosofía se debe deducir de los hechos, y los hechos ahora están por los animales, reparando una injusticia nuestra secular. A lo más, diremos que la inteligencia en los brutos varía de grado, de cantidad, siendo escasa en estos y en el hombre más abundante; empero existe tanto en el uno cual en los otros.»

Tocada la tecla de los hechos, que tanto placen al siglo presente, sospeché yo que se proponía pasar á las alegaciones, y no padecí error.

«Recuerdo, continuó, un perro durante mucho tiempo aficionadísimo á mí; contrajo una enfermedad asquerosa, habiéndolo mandado lejos de mi villa. No le ví más durante dos años. Habiendo sabido que curado estaba, mandé que lo trajeran nuevamente. Al volverme á ver,

¡qué fiestas y qué alegría! Yo dije: El perro tiene individualidad mental; conserva su sér anterior, de lo que tiene conocimiento, aunque han cambiado varias veces todos los átomos de su cerebro. Así frecuentemente me fijé yo en el pájaro masculino que se une á la hembra á fin de tener prole. ¡Cuánta inteligencia! ¿No le parece á usted? Tengo para mí que los volátiles y los cuadrúpedos tienen razon.»

«Es usted muy dueño de pensar como quiera, le respondí. Yo, entre tanto, de lo que usted cuenta infero lo contrario. Relativamente al pájaro que hace, por decirlo así, sus bodas, ¿cómo puede usted asegurarme que se propone tener hijos? Hace sus bodas por una necesidad; por un impulso instintivo y no más. No digo con De Bonald que la bestia es puramente un instinto servido por órganos, negando así el alma; pero sí digo que en el alma del bruto y del pájaro el instinto es la cosa más prepotente que puede haber. Ahora bien; los fenómenos instintivos que se realizan en los pájaros y en los brutos, son un efecto de la naturaleza, sin que haya allí conciencia ó reflexion activa del individuo; las leyes primitivas que lo rigen están en la formacion de los órganos, y en el desenvolvimiento de la energía y de la potencia orgánica. En cuanto al ejemplo del perro, más especioso, considere usted, mi buen jóven, que aquellas alegrías manifestadas al verle de nuevo, fueron un simple juego de la memoria, la cual de ninguna manera es una facultad cognoscitiva y razonadora. ¿Cómo y de dónde infirió usted la mental individualidad del perro? Porque un perro reconozca, áun despues de larga ausencia, á su amo, ¿acaso es preciso que se juzgue idéntico al que algunos años antes existia? No; una facultad que sienta y recuerda, ¿no es bastante acaso, cuando es sacudida nuevamente, para reproducir las imágenes de los placeres gozados otras veces? Por lo cual el perro de usted, al volverlo á ver, pudo festejarle sin ser razonador. Usted le procuró la repeticion de un placer sensible: debía, pues, sentirlo, lo cual no excede los límites de una facultad inmaterial y simple, de la que se conservan las formas sensibles, sin que esto suponga ninguna plegadura sobre los actos propios.»

Casi como si nada hubiese oído, el jóven volvió á los ejemplos. «En una hermosa mañana de mayo, con mi fusil al hombro, andaba por las cumbres de los montes para cazar. De pronto densas nubes se levantan del mediodía, se oscurece la faz del sol nascente, y soplan vientos impetuosísimos. Me metí en un bosque que habia debajo á fin de librarme. ¡Cuál espectáculo! Los pájaros de la selva iban dando vueltas con sus negras alas y gritando, guareciéndose despues; escondíanse primeramente bajo las robustas ramas de los abetos los más pequeñitos; espantadas las madres los llamaban desde su nido chillando

y profiriendo gritos, ó enviando por la selva inmediatamente su voz de alarma; aquí ó allá por las zarzas y por los fosos del bosque, bestias y ardillas huían juntas, metiéndose incontinenti en cuevas. Toda la familia animal habia desaparecido antes de que los truenos estallaran, y de que los torrentes bramando se hundieran en lo profundo. Acurrucado yo en el gran agujero de un tronco, consideraba el movimiento aquel de los animales, y aquel abrigo logrado tan oportunamente, formando el juicio que sigue: Los brutos presienten y son previsores; cual nosotros tienen su intuición; poseen, por lo tanto, la inteligencia.» Dijo esto, y se detuvo, mirando mi faz.

«¿Qué hace usted? le dije yo. Espera ciertamente mi aprobación. Empero yo no se la puedo dar de ningún modo, porque á lo ya dicho, no añadió nada más apremiante. ¡Que presienten los brutos! También las hojas de plantas en el otoño, cuando viene la brisa fresca y viva, se doblan presintiendo el invierno. ¡Que los brutos prevén! Cosa física; la atmósfera de la tempestad que toca el barómetro preventivamente, toca también los nervios de los animales, que inmediatamente se resguardan; mas en esto son amaestrados por la experiencia: saben muy bien que la tempestad estalla y huyen. ¿Pero la llama usted intuición? ¡Oh! ¡Cuán diversa es de la penetración del hombre, que, sin imágenes inmediatas, infiere la verdad y la belleza; que del fenómeno sube á las causas, y de las causas segundas á la primera; que se espacia por el ideal, aferra los universales y termina en Dios! Convenga usted conmigo, amado jóven: entre el uno y los otros hay más que simple diferencia de grado y de cantidad en el conocer: existe diferencia clarísima de naturaleza.»

Estrechó mi mano, diciendo al irse: «Veo que usted es un hombre *antibestial* á toda prueba.»

«Acepto la frase, le dije. De donde se sigue que si soy, á juicio de usted, *antibestial*, es usted *bestial*.»

Trascurrido un año, ví nuevamente al jóven del extraño coloquio. Habia dejado su primera opinion, no hallándose ya enamorado de los animales. Le pregunté: «¿Cómo sucedió esto? ¿Quién le hizo recobrar el sano juicio? ¿Un gran doctor en filosofía? ¿O la lectura de un libro mucho más sensato que el de Monet?»

«Ni doctor, ni libro, me respondió; me hizo cambiar de opinion una mujer.» Al decir esto, sus ojos se pusieron encarnados, estando extremadamente triste.

«¿Una mujer? pregunté yo. ¿Una mujer le curó la inteligencia? ¿Es posible?»

Entonces me hizo esta relacion lamentable: «Ignoro si alguna vez le

dije algo de mi madre viuda. Era un ángel por sus costumbres y por su religión; si bien entrada en años y con arrugas ya, mi madre angélica, moralmente conservada, tenía la frescura de una joven; pero de una joven siempre serena, siempre amable y siempre pia. Esta pia mujer cayó postrada en el lecho de su enfermedad última. Un día me hizo llamar á la cabecera de su cama, y quiso que me sentase á su diestra, como tambien que le prometiera no interrumpirla mientras hablase. Me dijo, pues:—Federico mío, tengo en el alma una pena por tí; una pena desgarradora. Antes de que me vaya quiero sacarme esta espina: quiero cumplir mi deber, á fin de que al presentarme al eterno Juez no me rechace. Oye: preciso es que cambies de método en tus nuevos estudios: hablas continuamente de la racionalidad de los animales, maldiciendo la injusticia con que son tratados por los hombres, no considerándolos racionales. Caiste, Federico, en error grosero, relativamente al cual nunca te quise oír. Ahora te digo esto. De seguro que las bestias no deben ser inteligentes, porque, desde que te se ha metido esta locura en la cabeza, veo en tí mismo disminuida la inteligencia.»—

»Me sobresalté al oír estas palabras maternas y se me escapó un gemido que no pude contener; retiré mi mano, puesta en la de mi madre, y la llevé al pecho.

—«¿Acaso dije una mentira? continuó hablando mi madre. Antes eras tan ingénuo y amoroso, que me parecías una delicia; benévolo con todos, respetuoso con tus hermanas y docilísimo conmigo; no molestabas á las sirvientas; sabías que se alberga en tí un alma que debe ser embellecida con la virtud, y que se debe salvar con la gracia de Dios. Te tenía en casa laborioso, modesto y humilde, cuidando poco de ataviar tu cuerpo. ¿Dónde está mi Federico ahora? Se lo han comido las bestias, desde que idólatra es. En tí advierto desprecios, rabias y vanidades. ¿Es acaso esto aumentar en la virtud? ¿Acredita su inteligencia el que no adelanta en la virtud, sino que retrocede? Me parece que no. Dí: en años anteriores ¿me hubieras dejado tan en olvido y abandonada como lo haces ahora? Antes sonreías cuando yo sonreía; ¿por qué actualmente al ver mis dolores no sufres igualmente, y no lloras al contemplar mis lágrimas? No; no tienen inteligencia las bestias si hacen que la pierdas tu...»—

Entonces me levanté. Lloraba mi madre, y lloraba yo más aún. Aquella ola de llanto lavó mi mente, me dió luz para conocer, y sobre los brazos de mi madre, casi moribunda ya, hice un juramento irrevocable.

«¡Qué venturoso! exclamé yo entonces tendiéndole los brazos al cuello. Perdió usted á su madre; pero recobró la vista del intelecto, lo cual no es leve compensacion para la sufrida pena. Conserve usted

aquella fé jurada que es santa; conservará en la fé la ciencia y la humana dignidad.»

Nos besamos la frente, y marchó en direccion á las tierras toscanas. Allí, encargado de una escuela pública, es uno de los que refutan la bestialidad de que se apasiona el siglo XIX.

Hagamos punto aquí, señores. Entrados en el gabinete de Darwin, meditados sus prolijos estudios sobre los animales y el hombre, recogimos contra él la solucion legítima que se debe dar á la segunda parte de nuestro problema. No pudo ser el hombre modelado con el tipo de las bestias, ni pudo salir de las mismas, por cuanto entre el uno y las otras son demasiado enormes las diferencias corpóreas: existe por añadidura la cuestion de la inteligencia, siguiéndose que el hombre se aparta de los brutos por inmenso intervalo; es racional y los brutos no. ¿Qué se infiere de aquí por lo tanto?

Hombre, que has caído en las manos descorteses de Darwin, como si tu persona fuera el tejido de una foca ó el pedazo de una ballena, mira á qué te condenan los que no creen en Dios. Ahora bien: no tengas miedo; es tu frente demasiado augusta y venerable; brilla en ella tan bien la sonrisa del cielo, que no podrá el zoólogo inglés grabar en ella la marca del envilecimiento. Compendías en tí mismo las maravillas del universo, por lo cual los filósofos griegos te llamaban *microcosmo*, ó un pequeño mundo. Eres más que un mundo pequeño y concentrado, por poseer la inteligencia, la cual domina la materia y el orden físico del universo. Las mentes cortas que se ciñen al círculo de los cuerpos, sólo tienen en cuenta tu parte carnal, y únicamente las relaciones que conservas con el mundo inferior, que te igualan á los brutos. Empero es vano el esfuerzo, porque tales impenitentes en su voluntaria ceguedad no llegan á su fin. Tú los anatematizas con tu sonrisa desdeñosa: tú los convences de tenebrosos con tu simple luz intelectual; aún cuando te dan á la bestia del bosque por compañera, extiendes tú el imperioso dedo á las bestias, gritando: «Vendreis hasta aquí, y vendreis á mis piés, sin que os volvais á levantar (1); levanta los ojos á las estrellas y dí de nuevo á las bestias á tí sometidas: «Para vosotras la tierra, la pastura del campo, el nido y la cueva; allí arriba está mi patria.»

Cárls Darwin, en el gabinete fisiológico, en el cual á los hombres aplica la trasformacion de las especies, no es un buen inventor, por entender mal los designios de la creacion.

Procaremos introducirnos en otro lugar, á donde con su trasforma-

(1) «Omnia subiecisti sub pedibus eius.» Salmo VIII.

cion de las especies se ha trasladado Darwin. Vosotros, si ya no os hubiera hecho alguna indicacion, no adivinaríais ni remotamente de qué nuevo sitio se habla, ni cómo el naturalista inglés hace necesario que nosotros penetremos allí. Ciertamente no es ya el huerto zoológico este punto de reunión, ni su gabinete fisiológico; es cosa enteramente diversa. Sin embargo, no creais que se trate de un sitio vulgar: es como un punto invisible é indivisible; pero tan conspicuo, tan activo y tan potente, que toda la humanidad palpita en él, sacando de allí la vida. Darwin, que se ha colocado allí dentro, no publica nuevos libros, sino que os infunde los efectos de su doctrina, cogiendo los resultados indispensables. Alégrese al coger la mies, y ensalce de nuevo su rara invencion conseguida: exacérbase mi espíritu, me irrito y lloro. ¿Lo comprendeis, señores? Os designo á Darwin en la conciencia humana; vuelvo á protestar y á decir que no es buen inventor. La trasformacion de las especies, que viene aquí aplicando al hombre en cuanto es un ente moral y público, contamina la existencia de la sociedad civil.

Examinémoslo desde lo alto: con una mirada profunda y sintética consideremos la importancia de su obra; sometámosla hoy á la fuerza de nuestras inducciones.

Señores míos: si se admite como verdadera la teoría de Darwin; si el hombre sólo en sustancia es un descendiente de los brutos, su reino que vemos constituido aparte, se rompe y cesa, volviendo á entrar el hombre en la comunidad «animalesca.» Será el más hermoso y el más afortunado de los animales; pero no saldrá de aquel círculo. Ahora decidme: por lo que hace á los actos y á la práctica de la vida, ¿qué es propio de los animales? Viceversa; ¿qué es propio del hombre, sin duda ente libre y moral? No juguemos con los pequeños discipulos de una filosofía imperceptible; razonemos, señores.

El hombre, que precisamente por estar dotado de libre albedrío, es sumamente moral, puede con libertad elegir el bien ó el mal, la virtud ó el vicio. En realidad, en su interior siente una pugna, puesto que nuestra naturaleza es corrupta; pero el primero y el más profundo impulso que lo mueve, es para el bien, por cuanto nuestra naturaleza, antes de su corrupcion, es inocente. Lucha por consecuencia y se fatiga para vencer. A lo más se encuentra frágil é incierto, dirigiéndose á Dios, á quien llama. Esta es ánsia prepotente, siendo exactísima la opinion del filósofo Joubert: «La moral necesita del cielo, como la pintura necesita del aire.» Así vence realmente.

Manifestadme ahora vosotros en los brutos la eleccion libre entre el bien y el mal: manifestadme sus luchas morales y sus victorias. Necesitan obedecer al sentido que los arrastra: Tienen de continuo el impul-

so ciego y tirano; los más feroces tienen la fiebre de devorar, el aullido, el gruñido... ¡Ay de mí! Arrojado en el grupo de los animales, el hombre no escoge ya entre la virtud y el vicio, dejando de combatir y de triunfar: es un esclavo. Si del hombre y de sus obras viene la sociedad civil, esta es asimismo una reunión de esclavos. ¡Qué nobles empresas, qué preclaros envanecimientos, qué inefables glorias nos proporciona Darwin con su teoría!

Mas el hombre, ¿no tiene también el apetito carnal y sensible? pregunta Darwin y sus seguidores.

Si; tiene á su vez apetito sensible, por cuanto es un espíritu que conserva vivas y estrechas relaciones con el cuerpo. Sólo que el apetito en él no se ciñe al sentido y á la carne; apetito es voz general que significa la inclinación á cualquier cosa en quien puede apetecerla. *Est quaedam inclinatio appetentis in aliquid* (1). Empero el hombre, con el apetito sensible tiene además el intelectual; enciéndese por dos apetitos diversos; el de la carne y el del espíritu, estando este último verdaderamente provisto de libertad: *Solum id quod habet intellectum, potest agere iudicio libero*, añade Santo Tomás (2). ¿No dije ya que hay en él una lucha entre las potencias altas y las potencias bajas, que falta en los brutos? ¿No dije que, combatiendo con las armas de la razón y auxiliado por la divina gracia, se alegra de la victoria? ¡Cómo! ¿Quisiérais no tener en cuenta el apetito intelectual, para refundir el hombre todo en el apetito carnal? Si la cosa es así, dije también esto; dije que, al equiparar el hombre á los animales, lo ensuciáis, ensuciando con el hombre al mundo también.

No lo entienden los amigos de Darwin, los cuales aún cuando aman una sociedad de origen «animalesco,» no la quieren de ningún modo inconveniente ni sucia. Se dividen aquí en dos opiniones opuestas.

Para los unos el hombre, al mismo tiempo que sale del vientre de la bestia, moralmente se aleja de la misma; es un hijo mucho más noble que su madre, de la cual no saca la servidumbre del libre albedrío, ni las vergüenzas.

Son graciosos estos, que tienen la sencillez de la paloma; pero no la malicia de la serpiente. Efectivamente; llamad en hora buena al hombre mucho más noble que su madre, la bestia; hacedlo racional, no siéndolo ella: de todas maneras, si al salir de la bestia, no constituye una especie aparte, quedando siempre atado allí, donde descubrimos el albedrío esclavo y las costumbres naturalmente vergonzosas, nos es im-

(1) Santo Tomás, *Suma teológica*. I, 2, q. VIII, a I.

(2) Ivi, I. p. q. LIX. III.

posible comprender cómo puede apartarse de las obras «animalescas» hasta el punto de no repetir las de ninguna manera en sí.

Concedamos que tendrá dotes más hermosas, y singularidad más resuelta; pero no podrá libertarse de las detestadas abyecciones, si las abyecciones están enteramente fijas y connaturalizadas en su especie bestial. La razón humana, frecuentemente tan enferma en nosotros que no nos computamos entre los brutos, ¿qué hacer podrá donde prevalezca de veras el elemento brutal? ¡El hombre hijo del bruto! Llamadlo rey: es un rey sin trono ni libertad: no tiene corona, sino cadenas. Así como en los animales la degradación no causa horror, observándola impresa en la frente del hombre, aterra y espanta.

Acaso yo promuevo vanamente mi litigio. Otros defensores de Darwin, que profesan opinión opuesta, se apresuran no sólo á increparme á mí, sino á mis cándidos é inocentes disputadores. ¿A qué fin admitir con tanta facilidad las cosas feas y vergonzosas de los brutos? ¡Mentecatos! Estudiad mejor: en los brutos está encerrada la hermosura moral, necesitándose sólo una cosa para que se desenvuelva. ¿Cuál es? La experiencia. A tal propósito, escribe así el doctor Herzen: «Si la experiencia de los brutos no permaneciese aislada, transmitiéndose del uno al otro individuo, de una generación á la otra... llagarían á la noción abstracta de lo útil y de lo dañoso, é irían formulando reglas de conducta, que enseñarían á sus nacidos; llamarían *bien* las acciones útiles al cuerpo social, y *mal* las acciones contrarias á aquél; ó llamarían morales á las primeras é inmorales á las segundas: serían las unas enaltecidas y premiadas; las otras escarnecidas y castigadas. En su virtud tribunales, leyes, gobiernos y hasta religiones (1).»

Alma, si no ries ahora, ¿de qué reirás? Por consecuencia, para realizar este nuevo mundo animal, basta la experiencia; señal certísima de que la moralidad en los brutos existe. ¡Y nosotros nos esforzamos para probar que de ningún modo existe! Somos necios y simples. En su virtud se sirvan los brutos de la experiencia; ¿por qué aguardaron y aguardan tanto? Nosotros, que no vemos nada, afirmamos que aguardan ociosamente, faltándoles la razón para conocer. No es nuestro juicio erróneo, señores, ni una fábula. Por lo dicho cobren alientos los brutos y pongan manos á la obra: establezcan por fin tribunales, leyes, gobiernos y además religiones. Hermoso será ver esto que nos prometen; en nuestros tiempos, cuando los naturalistas, los geólogos y muchos otros que siguen, no quieren oír hablar de sacerdotes ni de religión, será un con-

(1) Herzen. «Lectura relativamente al parentesco del hombre con los monos.» Florencia 1839, 2.^a edición, página 63 y siguientes.

suelo ver á los animales viniendo á suplir á los naturalistas, y cantar acaso el oficio en coro: en nuestros días, cuando ningun rey, ni presidente alguno de república es hábil ya para mandar, será un espectáculo alegre ver á los animales haciendo muy bien sus leyes y dirigir sus propios gobiernos. Empero alguna tristeza deberá producir la mona llevada á los tribunales, siempre que se manche con el delito. ¡Pobreci-
ta! Ella que hasta el presente ha gozado de una cara excepción; que no ha caído nunca en manos de alguaciles; que ha sido declarada reina y madre del hombre, verse conducida delante del juez y arrastrada al tribunal superior... ¡Ah! Si reiste alma mía tan bien, ¿por qué no gimes ahora?

Volviendo á la verdad de las cosas, los mismos partidarios de Darwin advierten que al fin preciso es coger á los animales como son. Más aún: puesto que de aquella vil raza sacan nuestro sér, se inclinan á enseñar que áun el hombre debe conformarse con las costumbres «animalescas.» Admitida es así la infamia, y confesada la inevitable degradación humana, de que hablo actualmente. Citaré un hecho únicamente; pero tal que todos los demás hace inútiles, señores, por residir en el eje de la sociedad civil. Aludo al matrimonio: ¿cuál es la suerte del matrimonio en la escuela de Darwin? Luis Büchner, uno de los discípulos más osados de Darwin, así razona: «Aun cuando el matrimonio sea realizado hasta por ciertas especies de animales, como por ejemplo las cigüeñas, es una institución enteramente humana, no teniendo como tal nada inmutable, inmutable ni establecido previamente por la naturaleza, debiendo cambiarse y progresar.... tanto más que actualmente compendia en sí todos los viejos principios de la opresión y del despotismo, que predominaban un tiempo en el Estado, en la Iglesia y en la sociedad. Nada existe tan eficaz para el mejoramiento del Estado y de la sociedad, como la emancipación del matrimonio de sus límites restringidos, y su transformación en una elección libre de los dos sexos, que dure mientras subsista la estimación recíproca y el amor de la pareja (1).

No se hubiera podido decir la cosa más claramente. El matrimonio, en el acto mismo en que denominase institución de todo punto humana, con lo cual parece que apartarse desea de los matrimonios de los brutos, se reduce á la estampa de los mismos estos; (dan ya dentera á Büchner las uniones de las cigüeñas y otras semejantes); porque se declara que el matrimonio humano nada tiene de inmutable ni de inmutable, por lo cual se hace libre y progresivo, abundar debiendo en repudios, divorcios y cambios continuos. El matrimonio, fuego sagrado de la humanidad, así transformado de un modo animal, me lo explica todo: ¿qué

(1) L. Büchner. El hombre según los resultados de la ciencia. Parte tercera.

mujeres, qué padres y qué hijos saldrían? ¡Horrible cosa es pensarlo! La transformación de las especies, que considerada científicamente es falsa é imposible, resulta verdadera en el orden moral.

Recuerdo el más leal poema de Homero, la *Olisea*: un trozo hay en el poema, que sobre todos es terrible y elocuente. Ulises, vuelto de Troya al hogar paterno, halla en el viaje con sus naves una isla verdaderamente maravillosa. Estaba cansado de los muchos errores y de las tempestades sufridas: aquí, sobre la orilla nueva, entre tantas bellezas y amenidades, determinase á reposar un poco. Es la isla de Circe, señores. Recibido por la dominadora del lugar y festivamente acogido en el palacio real, ve la mitad de sus camaradas convertidos en cerdos. ¡Qué significado tiene aquella transformación, cantada por Homero y por los griegos mitólogos? ¡Qué dolor! Sobre aquella orilla cara, los compañeros de Ulises, apenas han llegado, se dejan en gran número llevar del amor libre y de las prohibidas uniones: con el cuerpo y el alma se dan á revolcarse en el fango, viéndose á ser bestias por la suciedad. ¡Ay! El dolor crece mucho más ante las contemplaciones del historiador: aquella isla tan bella, en que los hombres por la lascivia se transforman en brutos, es colocada bajo el espléndido cielo de Italia.

Hemos llegado, señores, al más ansiado fulgor de la civilización moderna: en cada una de nuestras patrias tenemos más que una isla de Circe para las delicias: oros, flores, músicas, bailes y abrazos recíprocos embriagadores. ¿Qué debe suceder? Los vencedores de Troya, entre las molicias de la carne, se vuelven irracionales: así nosotros, vencedores de la barbárie, venimos á ser brutos entre los carnales goces. Viene la transformación de las especies, á los cuatro vientos del orbe predicada; viene como su fruto el matrimonio progresivo y libre, reanudado y roto según el estímulo que va, corre y retorna, sin ser nunca uniforme. Viene, sí, el brutal matrimonio verdaderamente semejante al de las cigüeñas y al de los cerdos; las hijas fugitivas abandonan el hogar paterno; las mujeres dejan plantado á su marido y el marido á la mujer; el concubinato impera; los hijos crecen en los burdeles, no existen costumbres buenas y la sociedad civil aficionase á los afeites. Aquí está todo. Algunos espíritus frenéticos y ligeros, precisamente frenéticos por ser ligeros, diéronse hace poco á saludar la época de Darwin como una era de alegre renovación social. Supongamos la novedad en la época de Darwin; es una novedad ya prevista en lo antiguo y lamentada en los Libros santos: *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis* (1).

(1) Salmo XLVII, v. 12.

No nos entendemos, y nos acomodamos entre los brutos. Aristóteles en su magnífica *Historia de los animales* no advertía que redactaba entretanto la historia del hombre. En nuestros días Casti, en su pésima novela de los *Animales parlantes*, no sospechaba de ningún modo que mientras hablaba metafóricamente su metáfora era pura y buena realidad. Somos animales con todas sus inclinaciones bajas, con todas sus obscenidades y con todas sus manchas. Hé aquí la novedad.

A las dos partes por nosotros discurridas se une la tercera llevada á su cumplimiento. Son tres rayos que brotan de tres lados; pero que refluén juntos, formando una sola luz. En esta luz nuestro problema moderno es por todas partes ventilado. Nos pusimos á preguntar si Cárlos Darwin, tan elevado hasta el cielo por no pocos contemporáneos, era un buen inventor, y vinimos á dar una contestacion negativa. Vimos á Darwin en el huerto zoológico, quedando ingratamente conmovidos: la trasformacion de las especies contradice la marcha de la naturaleza. Lo vimos en el gabinete fisiológico, y quedamos aterrados: la transformacion de la especie, al hombre aplicada, entiende mal los designios de la creacion. Lo vimos por último, en la conciencia humana, y nos dió asco: la transformacion de las especies al hombre aplicada en cuanto es un ente moral y público, contamina la vida de la sociedad civil.

No debo esperar que al terminar la conferencia se levanten quejas contra mí. Confesé ya el ingenio de Darwin, así como su pericia en la botánica y en la zoología; dejé libre á quien más quiere para reconocer que también prestó servicios excelentes á los naturalistas, impeliéndoles á inquirir mucho más las variedades de las especies: esto hice y esto concedí, lo cual, señores, basta.

Empero se gritará. Hablas de cosa que no entiendes por falta de oportunos estudios; condenas aunque no es competente tu juicio.

¿Cuántas veces deberé declararlo? Lo dije: no soy paleontólogo por instituto, ni geólogo, ni naturalista, repitiéndolo aquí. Mas tengo, amigos míos una razon, que no se sabe resignar con el error, cuando lo encuentra evidente: debo defender una divina Religion, no sabiendo seguir mudo cuando es acometida. ¿Condeno yo donde mi juicio es incompetente? Empero si no soy paleontólogo, ni geólogo, ni naturalista por instituto, leo en tales publicistas, recojo sus conclusiones, aprendo por ellos, y con su ciencia misma infiero también yo, de modo que al inferir, y al condenar, soy, señores, un alumno de los eruditos y el eco, señores, de vuestra voz.

¿Os desplace de todas maneras esto? Pues bien; volveos á otro lugar. Hace pocos meses, Cárlos Darwin dirigíase á la Academia de ciencias

de París para ser nombrado individuo correspondiente. Hizo la noble Academia al candidato honor altísimo, conformándose con estudiar su doctrina sobre la transformación de las especies, que ventiló en cuatro sesiones, donde los mejores ingenios de Francia pusieron de realce su saber. Ahora bien ¿qué sucedió? Habiéndose recurrido á los votos, fué rechazada la tesis que derivar hace al hombre de la mona, y las puertas de la célebre Academia se cerraron ante la faz del zoólogo inglés.

Ateneos á tal ejemplo, si no quereis recibir de mi, sacerdote, la condenacion de Darwin; tomadla de los más doctos entre nuestros vecinos allende los Alpes. Cuando la teoría de Darwin os sea colocada delante á fin de que la reconozcais, cerradle la puerta igualmente.

CONFERENCIA IV.

SI EL HOMBRE DOMINA SIN RIVAL

ENTRE LAS OTRAS ESPECIES.

De los grandes asuntos es propio que no puedan ser completamente desarrollados nunca. Por mucho que se diserte ó escriba relativamente á ellos, obsérvase que aún es más lo que por decir queda. Si se pone la vista en el primer tratado que se hizo, á la mente va una nueva luz; una idea madre principal frecuentemente se revela, que conduce á otro discurso reciente y superior acaso.

Alberigo, fraile de Monte Casino, es arrebatado en éxtasis potente á la trina region del infierno, del purgatorio y del paraíso. La vision del Monje, á las leyendas del siglo XII consignada, más tarde brilla en el intelecto de Dante. Enciéndese, un nuevo pensamiento se levanta en su mente, recurre á la musa, y salen los tres divinos Cánticos. Andreini, otro varon de ingenio hermoso, inventa la maravillosa tragedia el *Adan*, en la que cielo, tierra é infierno intervienen ó toman parte: recitada en Milan, despierta el entusiasmo en los espectadores. La tragedia viene á las manos de Juan Milton: inflámase su estro, intenta una reproduccion y escribe su *Paraíso perdido*. Así un Obispo italiano, Gerónimo Vida, compone la *Cristiada*; leída y estudiada, como algunos piensan, por el alemán Klopstock, enamórase del asunto religioso y publica su poema incomparable: la *Mesiada*. Pasa con los doctos lo mismo que con los poetas. Empedocles, antiguo filósofo de Agrigento, en sus estudios

sobre la naturaleza profiere un simple nombre, ó sea el de atraccion: despues de un largo curso de siglos, el nombre de atraccion viene á los lábios de Isaac Newton, brotando el descubrimiento más solemne de astronomía. Por otra parte escribe Cornelio Nepote entre los Romanos algunas vidas muy breves de los capitanes griegos; despues lee tales vidas Plutarco; se inspira, y, soberano entre los biógrafos, compone las *Vidas paralelas* de los capitanes griegos y latinos.

Es por consiguiente verdad que los asuntos grandes, de suma importancia, vienen á ser inagotables, siendo fecundos en siempre nuevas y más electas demostraciones.

Yo, señores, soy esta vez modelo é imitador de mí propio. Pensando en la última conferencia por mí dada, considerado su asunto gravísimo, con las semejanzas y las disconformidades que descubrimos entre los hombres y los brutos, sentí mi alma invadida con nuevo ardor: fui (perdonadme) como Plutarco delante de Cornelio Nepote, y como Dante Alighieri en frente del Fraile de Monte Casino. Sentí la precision de debatir el ventilado parangon, así como de iluminarlo con otros colores y maneras, decidiéndome á ello sin temor de repeticion inútil. Cosas de altísima importancia, que siguen como consecuencias de los principios sentados, debemos advertir.

Hé aquí por qué hoy digo. Si es un hecho, como la escuela de Darwin nos enseña, que pertenece el hombre á la familia de los animales, bien que sea entre estos el más noble, no podrá ir tan lejos que no muestre los indicios de su original parentesco con los brutos: será cuestion de más ó ménos; nunca de separacion absoluta. En su virtud dominará; pero en los sitios bajos que lo circundan deberán en algun modo aparecer los caracteres que tomó nuevamente del émulo y del pariente. Me parece justo mi pensamiento; no hallo posible que la raza animalesca cuente como consanguíneo, como su parte mejor ó integra, al hombre, y que se aparte del mismo entretanto evidentemente: si hay parentesco entre los brutos y el hombre, las señales del parentesco no deben faltar, y éstas, por aquel vínculo que hay en la creacion, evidentemente se manifiestan en la rivalidad.

Esto sentado, apelo al juicio de otros. ¿Qué os parece? ¿Tiene de veras el hombre, ó no tiene rivales y émulos entre las otras especies? Unos afirman y otros niegan: los de Darwin afirman, y niegan los que de Darwin disienten. Hé aquí un nuevo problema.

Señores, yo que ya rompí mi lanza contra el zoólogo británico, me decido por el no. Hasta el presente, agitando tal tema, comparamos entre si el cráneo de los animales y el cráneo del hombre, los órganos corpóreos de aquéllos y los órganos corpóreos de éste; el alma sensiti-

va de los unos y el alma inteligente del otro. Es preciso concluir nuestras observaciones: es necesario poner en movimiento aquel cerebro, aquellos órganos, aquella estructura diversa de los unos y del otro, el alma sensitiva y el alma intelectual; es preciso mirar sus peculiares acciones, así como sus efectos externos y sociales. No tendremos más á la vista el esqueleto, sino la criatura viva, y nuestro trabajo, de incipiente, no íntegro, á ser vendrá perfecto.

En su virtud, para celebrar las glorias del hombre vencedor de los animales, me dispongo yo á examinarlo en sus cualidades personales minuciosamente.

Contemplo en primer lugar las dotes que á su inteligencia se refieren: de tal manera no tiene rival en los brutos, como no sufre la luz el parangon con las tinieblas.

Contemplo en segundo lugar las dotes, que se relacionan más distintamente con su corazón: domina sin rival entre las otras especies, como el casto amor no permite que lo comparen con las pasiones indignas.

Contemplo en tercer lugar las dotes que mejor se refieren á sus manos y á sus pies: resulta tan rin rivales entre los brutos, como la vida desprecia el contacto de la muerte.

Dentro de la cavidad del cráneo, donde la masa encefálica se reúne, propiamente donde se halla el cerebro, el cerebelo, la protuberancia cerebral y la médula oblongada, vive como en su mismo trono el señor de la casa. Tiene razón para fijar allí de un modo especial su morada, por cuanto esta en nuestro cuerpo es la región más excelsa. El dueño de la casa es el alma del hombre.

Quiérase ó no, en tal alma existe aquel principio espiritual, inteligente y libre, del que ya tuvimos ocasión de hablar. Queriendo aquí su explicación, este principio posee abundancia de actos por completo estupenda: tiene la percepción, la comprensión, la atención, la atracción; tiene la universalidad de las ideas y la asociación entre sí: en su virtud el juicio, el raciocinio, el análisis y la síntesis. De tal principio intelectual que compendia en sí tantas raras dotes, habla un emperador filósofo de semejante manera: «El privilegio tiene de conocer, de recorrer el universo y los vastos espacios, y extenderse en la inmensa duración de los siglos; abraza con el pensamiento la generación periódica de todas las cosas y concibe claramente que en la mutación universal todo vuelve á ser lo que fué; es igualmente un espejo; se mira en sí mismo, y, cuando no quiere engañarse á sí propio descubrirá (puesto en un punto adaptado) qué es y donde algo le falta; además

conocerá la importancia de educarse y de recoger el fruto de su educación (1).»

Os he definido, señores, la mente del hombre.

Ahora bien; para poner de manifiesto si el hombre tiene ó no rival entre las otras especies, pareceme oportuno preguntar. ¿Quién, fuera del hombre, se hace rico entre los seres de la tierra con dotes tan excelentes? Mirando los brutos, veo incontinenti que no cabe el parangon, porque las más altas dotes del hombre arraigan en su mente, y en los brutos no existe. Esta, según visteis, demora sobre todo es el conocer. ¿De dónde viene el conocer? ¿Quién al hombre ha dado el conocimiento? Escribe Séneca: Inquiriendo el origen primero de la mente, es claro que no procede de la terrena y grave vestidura en que habita, sino del espíritu celeste: *Ex illo caelesti spiritu descendit* (2). Sixto, filósofo, añade que la mente nuestra espejo es de Dios: *Mens speculum est Dei* (3). Esto sentado, si la luz intelectual del conocimiento llega de lo alto, según afirman los sabios más célebres; si por otra parte vosotros con los de Darwin haceis únicamente salir los animales de lo bajo, cierto es que de ningún modo nos encontramos, ó bien, al terminar nuestro curso, nos encontramos para renegar unos de otros. Vosotros, cual primera fuente de la vida, teneis el átomo, y yo el Ente; vosotros como primer elemento humano el sentido, y por el contrario yo la idea. Conviene repetirlo: el hombre tiene la inteligencia, que no está en los animales.

El hombre por consecuencia entre todos los seres vivos permanece solo sin competidores ó émulos.

Parece que somos presuntuosos en demasía; con un golpe únicamente queremos cortar el árbol de raíz. Aun cuando tal derecho y tal oficio nos corresponde, seamos más indulgentes, y no abusemos de la facilidad de vencer, para mejor producir en todos la debida persuasión. En su virtud, de las cosas generales dichas pasamos á ciertos puntos determinados. Atengámonos al proceso de las cosas: el hombre entre las demás especies de los seres no tiene competidores por lo que hace á su mente, lo cual resulta evidentísimo áun prácticamente. Yo saco la prueba, señores, de dos lados: de un acto interno del hombre, indeclinable y muy potente, á saber, la tendencia hácia lo infinito; y de un acto externo suyo, hijo de la inteligencia, que de ningún modo puede recusarse: la palabra.

Reunios aquí, filósofos empíricos y materialistas; aplicad al hombr

(1) Marco Antonino.

(2) Séneca, *De consolacione ad Helviam*, cap. 6.

(3) Sixto, filósofo. Sent. 340.

vuestra doctrina; reducidlo casi todo al fenómeno de los sentidos; decid que si hay en él idea ó pensamiento, esto solo acaece por el juego de las señales externas. ¿Creeis sin embargo que permanecerá el hombre sepultado en la materia? Cuando gritaban á Guillermo Leibnitz: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, el ilustre hombre respondia: *Nisi intellectus ipse*. Otro tanto hago yo. Vosotros me decís gritando: *Nada en el entendimiento existe que no haya estado antes en los sentidos; el entendimiento, pues, está sometido y envuelto en los sentidos*: os respondo yo: *No hay nada en él (si lo quereis) fuera del intelecto mismo*. ¿Qué significa esto? Significa que el intelecto vive de vida propia, que á los sentidos no está de ningun modo ligado cual siervo, que sale de ellos y vuela fuera lejanísimo, donde no podrian llegar ellos de ningun modo.

Vuela el intelecto, ¿y por qué? ¿Dónde se halla este ardor suyo, que lo hace inquieto? ¿Cuál objeto superior á los sentidos lo arrebatata?

Llevemos la consideracion á nosotros mismos: los filósofos antiguos en el conocimiento del propio sér hacian estribar la más alta sabiduría del hombre. Nosotros, señores, tenemos de peculiar que, si bien entre los séres de la tierra nos reconocemos mejor constituidos y más perfectos, no permanecemos en la interior satisfaccion; salimos de cuándo en cuándo de la puerta, quiero decir, de nosotros; vamos en busca de grandezas, de glorias, de júbilos y delicias, cuyas cosas, probadas apenas en el mundo y desfloradas, no nos bastan. ¿Y entonces? Entonces sentimos la precision de subir más; ardiente ansia nos impele y queremos, grandísima cosa, siendo nosotros mezquinos. ¡Paciencia! Puesto que ni dentro de nosotros ni fuera por el universo hallamos fuerzas que nos sostengan y nos trasporten de un modo proporcionado al ansia nuestra, recurrimos á la religion. Digamos francamente la frase que prorumpe del pecho: queremos el infinito, del que tenemos una idea general, á la verdad abstracta, pero potentísima. ¿Quién nos dará el infinito? ¿Dónde está el infinito? Brilla la idea de Dios en nuestra mente; nosotros con la fé y la religion corremos á él.

El egregio Max Muller escribe con tal objeto: «Es la fé aquel órgano del conocimiento, por el cual vamos al infinito, es decir, el que trasciende el alcance de nuestros sentidos y de nuestra razon. El infinito ocúltase á los sentidos; pero lo percibe la fé. Lo que por nuestra razon es simplemente negativo, por nuestra fé viene á ser positivo: el infinito. Si nuestros ojos son abiertos una vez, vemos incontinenti casi hasta con nuestros sentidos dentro de aquel todo sempiterno, que por todas partes nos circunda, y sin el cual los transitorios fenómenos de los sen-

tidos y las maravillosas ramificaciones de nuestra razón serían vanidad, nada más que vanidad (1).

Principiamos á estar contentos: nuestra tendencia hácia el infinito no queda para en el vacío consumirse: apoyada en la religión, brilla con la dulce luz de la esperanza, que es como la primera sonrisa del alba de Dios, el cual se aproxima y se difunde. Tanto es verdad que, si no existiese la religión dada por Dios á los hombres, sería preciso inventarla.

Existe así en nosotros, para estímulo de perfección, el ansia de lo infinito: si bien tal ansia no puede nunca quedar satisfecha por completo, porque somos seres finitos, y Dios no se puede medir de ningún modo con el hombre, la fuerza que ejercita en nosotros el infinito no se puede refrenar. Vemos que nos hallamos destinados al amor y á los halagos del infinito, conociendo que de El sólo es la vida: ¿cómo permanecer aquí? Colocados en el mundo, únicamente somos en sustancia los relegados al destierro, ciudadanos de un valle oscuro, que nos ha hecho traición y que apaga su sed con nuestras lágrimas. Huyamos del valle al monte, y del destierro á la patria. Son gratísimas y tristes las siguientes palabras de Agustín Guillermo Schlegel: «El hombre no puede nunca por completo apartarse del infinito, y fugaces memorias de su patria celeste vienen de cuándo en cuándo llamando á su memoria lo que ha perdido. (2)» «¿Ha perdido el derecho á gozar del infinito? Recóbrese por lo tanto el derecho inefable.» ¿Qué haces, Pablo, al determinarte á vivir en el desierto? Me contesta: «Voy á idóneo hacerme para las alegrías del infinito.» ¡Alma grande! Tiene razón. La sociedad romana cambió el cielo con la tierra, cayendo corrupta en el sepulcro de la carne: «¿Qué haces, Simeón, plantado como inmovible sobre la columna del desierto?» Exclama: «Estoy aproximándome al infinito, único que deseo.» Es otro triunfador del siglo depravado, y otro héroe del ansia prepotente. «¿Qué haces tú, Telémaco, en medio del circo de Roma, dirigiéndote á desarmar la mano del verdugo?» Me dice gritando con voz, por decirlo así, de sangre, y entre los tormentos de la agonía: «Combato por las victorias del infinito.»

Dirijámonos á la familia de los animales. ¿Parte de su cabeza igual torrente de fuego, que fuera de sí los trasporte? ¿Sienten ser infelices por estar confinados en el tiempo? ¿Sienten que la tierra es para ellos una proscripción y un valle de lágrimas? ¿Dónde se halla el deseo vehemente del infinito, y además la religión empleada como medio de coimarlo?

(1) Max Muller, *Ciencia del lenguaje*, v. II.

(2) A. G. Schlegel. *Curso de literatura dramática*, lec. 1.^a.

Oid una enorme, señores. Los animales al oír nuestras preguntas siguen estólidos, por decirlo así, nada comprendiendo; mas en su lugar y en su nombre, como diputado de su inmensa asamblea, nos responde Carlos Vogt: «El sentimiento de lo sobrenatural, el gérmen de las ideas religiosas encuéntrase ya desarrollado en alto grado en los animales domésticos más inteligentes, como el perro y el caballo; el hombre no hace más que perfeccionarlo y reducirlo á sistema de creencias (1).»

Yo, áun cuando dí vueltas durante mi vida entre caballos y perros, nunca descubri este sentimiento de lo sobrenatural desarrollado en ellos en tal alto grado: nunca lo ví, ni tuve la simple sospecha de verlo llegar al grado ínfimo: *sus ideas religiosas* me son ahora referidas por la primera vez. Saluda el caballo á su señor, siendo esta su mayor alteza; relincha y corre: el perro me guarda, y fiel de continuo me alegra con sus caricias, consolándome en la soledad: ¡páreceme que dotes muy diferentes se necesitan para seguirme en las elevaciones de la eternidad! Esto es lo mismo que subir á una estrella que toda es y únicamente para mí. ¡Oh! El doctor Vogt trabaje y sude, porque ciertamente permanecerá solo entre los hombres al reducir á *sistema de creencias* la religiosidad de los caballos y de los perros; pónganos delante sus hijos, los cuales por necesidades del infinito vienen á ser héroes en la religion; dénos los perros anacoretas, los perros mártires, los caballos apóstoles... Bien dijo José De Maistre: «No se refuta un loco; basta presentarlo en público y hacerle hablar.»

El hombre, considerando la tendencia al infinito que hay en él, no tiene rivales entre las demás especies.

A este acto del hombre que de la mente surge lanzándose á lo alto, corresponde otro acto, señores, que aspira de la mente á salir fuera por las vías del tiempo, y á esculpirse de un modo sensible. Colocado el hombre en la variada familia de los séres, es, por decirlo así, vivo en el templo externo de Dios, sintiendo la precision de comunicar con ellos; pero ¿de qué manera lo hará? Entre nuestro intelecto y los séres se necesita un mediador, el cual lleve á manifestar al hombre poniéndolo con los séres creados y con Dios en viva perfecta relacion. Ahora bien; el verdadero mediador entre el pensamiento subjetivo y el objetivo es la palabra. El hombre pondera, y busca el vehículo para trasfundirse de sensible manera en otros: halla el vehículo y habla. Así la palabra es la reflexion. No disputemos donde bello es evitarlo: dejemos decir á Leonardo Eulero, como tambien á otros más antiguos y más re-

(1) C. Vogt. Ob. Leccion VIII.

cientes, que «para pensar el hombre necesita la lengua (1);» demos por buena la frase de Platon, que califica al pensamiento de *diálogo del alma*: aseveramos sólo, y nos basta, que así como el hombre piensa interiormente, con lo cual prueba su vida íntima, externamente habla, dando á otros prueba de su vida.

¡La palabra! Es tal dote la que cumple la definición del hombre: *animal razonador y parlante*. ¡A qué no llega él por la palabra? ¡Qué no realiza delicioso, admirable y tremendo? Pitágoras con la fascinación de su elocuencia reforma las Constituciones políticas de la Magna Grecia, abre el *Omachioion*, y á la veneración del silencio liga las sectas filosóficas por él fundadas: ¡ejemplo único! Arenga Demóstenes desde la tribuna y mueve toda la Grecia á las voluntades del Areópago. Escipion en el Senado enciende á los soldados con la fuerza de la palabra en ardor frenético por la guerra. Salva Ciceron á la república con la palabra, y Antonio reanima las adormecidas legiones para vengar la muerte de César. Atracción casi magnética tiene la voz de Rienzi, que sube al Capitolio triunfante; tiene igual poder la voz de Masaniello, que aferra el sumo mando de Nápoles. Mirabeau con el prestigio de su palabra domina las más poderosas inteligencias del Parlamento francés. O'Connell del mismo modo, y con mucho más noble fin, se lleva detrás en Irlanda las muchedumbres de las ciudades y de las orillas del mar. ¡Oh cómo la palabra tiene algo de omnipotente! Las Cruzadas, la Liga lombarda, las repetidas insurrecciones de la Italiaé igualmente las batallas de las Pirámides y de Marengo, más que del valor de los brazos, reciben de la palabra el estímulo gallardo para realizarse.

Pedid á los brutos los milagros de la palabra. ¡Cuánta miseria! Existe en ellos más que el famoso silencio de las escuelas pitagóricas. Ciertamente si la palabra es el medio soberano para patentizar el sér, y del mundo íntimo hacerlo salir al mundo exterior, es preciso concluir que no existe ambición tal en los animales. Aparecen humildes; de manifestarse á otros no se curan, porque, como veis, callan.

Empero hay animales y existen pájaros que articulan voces y hablan.

Cárlas Darwin, que durante muchos años estudió tan sutilmente sus propiedades exquisitas, comparándolos con el hombre, jamás oyó á un cuadrúpedo, ni á un alado expresar esta voz de gratitud: *Gracias*. O son descortesés estos señores animales, ó no tienen aún suelto el frenillo de la lengua. ¿No es verdad? Por lo demás algunos animales relativamente á la voz son imitadores nuestros: nunca originales. Los pájaros, por ejemplo, que pueden imitar al hombre, no imitan con

(1) L. Eulero. Lec. 101 y 102.

íguale facilidad las voces de todas las lenguas por nosotros habladas, sino las de las lenguas que silban, por decirlo así, como la inglesa, ó dulces como la italiana, ó extrañas como ciertos dialectos de las tribus negras (1). Aún es mas rara esta otra. Los monos, que son las bestias que más se nos acercan por algunos lados, no sirven ni aún para balbucear como los niños del hombre. El papagayo, la urraca, el mirlo saben hilvanar algunas palabras nuestras y repetir las físicamente, cual el muro nos repite con el eco nuestros acentos: los infelices monos ni aún esto pueden. Tienen todos los órganos de la voz, y no hay medio: fuera de que no hablan por sí mismos, no repiten siquiera físicamente la palabra humana.

Esta consideración echa resueltamente por el suelo la insensata hipótesis que, reduciendo el hombre á un mono transformado, sostiene que asimismo el lenguaje bestial se ha transformado. Si transformados estuviesen de veras los animales, serian en la voz no imitadores, sino originales, aunque toscos, y nuestros precursores ó antepasados, lo cual no es de ninguna manera. Por lo que hace á la simple imitación, se fatigan, como veis, de modo tan cruel, que las más excelentes bestias ni aún nos dan nuestros murmullos ni nuestros sollozos. Por esto el claro fisiólogo alemán, que recordamos más arriba, Max Müller, sentía la precisión de combatir vigorosamente la teoría de Darwin, como lo hizo en una serie de notables disertaciones publicadas en algunas de las principales *Revistas mensuales* de Londres: á su juicio el análisis de los elementos fundamentales de todas las lenguas conocidas nos abre la puerta para subir á los elementos no reducibles, que parecen idénticos en los idiomas más distintos. Tales raíces, que se pueden llegar á distinguir en millares de transformaciones sucedidas, tienen un general sentido y un valor abstracto, que nunca se hallan en las expresiones fónicas espontáneas, de las que se forma el lenguaje de los brutos, mandando sólo por él lo que produce las interjecciones: sobre todo la palabra del hombre tiene aquel elemento ideal, totalmente suyo que se busca y espera en vano en los gritos de los animales.

Por consecuencia los hombres hablan, y los animales no. Empero si la palabra tiene una conexión tan viva y tan íntima con el pensamiento, ¿qué diremos nosotros? Oigo que los animales son parangonados con el hombre. Ea pues: dadme la palabra en los brutos con sus potentes sonidos y con sus prodigios sociales. Dadme un Pitágoras, que amaestre generaciones enteras de discípulos; dadme un Domóstenes, que impele contra Filipo la Grecia; dadme un Marco Tulio, que á Catilina pros-

(1) C. Liroy. *Sobre la ley de la producción de los sonos*, cap. XXII.

criba: si es para conceder á las bestias la palabra, dadme además un rebelde político, que yo acepto: un Masaniello, un Colás de Rienzi... ¡Bromas, señores! Sólo el hombre piensa, y sólo el hombre habla, no hallando entre todas las demás especies competidores y émulos.

Pues tengo en las manos el argumento de la palabra, no sé concluir de dilucidarlo secamente, y digo: el hombre, único que piensa, y único que habla, es además en el mundo el único que ora.

Noto que profiero una simpleza en los oídos de los incrédulos. Mas ¿quién tiene la culpa de la bobería? Si el hombre se pone á orar, obedece á un suave ímpetu de su alma, en la cual impera. Broussais, que pertenece al grupo materialista y ateo, sin preocuparse poco ni mucho de la religión, considera la oración un instinto de la naturaleza humana, enumerándola «entre las necesidades fisiológicas de nuestro organismo, necesidades que sólo por cuanto existen tienen derecho á existir y por lo tanto á ser satisfechas (1).» Hé aquí ya en parte por qué la humanidad delante de Dios suplica y ora. El hombre, orando, satisface una necesidad suya. ¿Hace mal?

Sólo que Broussais, hablando de una necesidad humana que llama fisiológica, se mantiene muy bajo como él y no nos da explicaciones bastantes. ¿Por qué tal necesidad fisiológica en nosotros existe? ¿Acaso no será que el cuerpo en sus movimientos es arrastrado por el alma, como el alma en sus movimientos es impelida suavemente á obedecer una ley superior que la rige?

El filósofo Sintennis, de poco renombre por cierto, pero de audacia desmedida como los demás filósofos enciclopedistas del Sena, se resuelve á un experimento insólito. Piensa que, á no estar educado el hombre en la creencia religiosa, ningún ímpetu divino experimentaría en sí, pasando sobre la tierra sin que conociere siquiera un supremo creador, lo cual hasta hoy no se vió. Por consiguiente va buscando un niño, á cuyas orejas el párroco, entre la incredulidad invasora de la Francia, no haya podido enseñar el nombre de Dios, y que tampoco de su madre haya tenido el placer de con él ejercitar el oficio del sacerdote. Sintennis consigue su objeto al inquirir: halla un niño apenas destetado, delicadito y bello, de toda educación religiosa vacío, que para el filósofo incrédulo es una belleza. Toma este niño, que con facilidad le dieron sus padres sin amor, y parte.

Mirad allí ahora, hombres sin fé, al filósofo y al niño.

A una casa suya ha llevado Sintennis al amoroso aquél, y le ha puesto como un anacoreta del campo, dándole el palacio, el jardín y las rien-

(1) Broussais, *Higiene moral*.

tes tierras de los alrededores, mas teniendo muchísimo cuidado de que ninguno le hable de Dios, así como de que ni estatuas, ni pinturas, ni vestigios sociales le hagan concebir tal idea. Trasforma propiamente su casa de campo en un desierto. Primer pedagogo del niño es solamente la naturaleza; él despues, intérprete de la naturaleza y filósofo de profesion, es su profesor. Así la deseada institucion se plantea, dura inalterada muchos años, y el niño, que va creciendo muy listo, pero que nada sabe de la religion, es el gozo grande del preceptor. «Dentro de poco, piensa en sus adentros, presentaré yo en la Academia de París un jóven, que nunca ha soñado en la existencia de Dios en el universo.»

Un dia muy temprano, cuando ha comparecido en el cielo la alborada, el filósofo, habiendo entrado en el bosque á pasear solitario, descubre al jovencito que desciende al jardin. Piensa lo siguiente: «¿A dónde va el ardido? ¿Por qué sale á tal hora?» Entre las sombras de los árboles lo sigue con la mirada, viendo que sube á un montecillo á orillas de un pequeño lago, en cuyo suave cristal se retrata el oriente de color de rosa.

Es la hora en la cual los pájaros se despiertan, batan alegremente las alas, y cantan la nueva luz: la hora en que las flores sobre las cuales el rocío ha puesto sus perlas se abren y dirigen al cielo sus perfumes. Entre las flores y los pájaros, bello como los unos y canoro cual los otros, el garzon arrodillado sobre la yerba, dice así al sol que nace. «¡Oh sol! ¡Cuán hermoso eres! ¡Cuán espléndido te hizo el Creador, que ahora te manda al mundo! ¡Oh sol! ¿Ves al Creador de todo? Si lo ves, dile que le quiero mucho; dile que quisiera yo conocerle tambien. Si lo hallas, estampa sobre su eterna frente un beso por mí.» Calla, besa su mano y envia sus ósculos al sol, á fin de que los lleve á Dios, á quien de corazon siente que ama.

Le vió escondido entre las hojas; escuchó Sintennis, corriendo al montecillo á fin de abrazar al muchacho: sobresaltado y conmovido, temblándole las rodillas: «¿Quién te ha dicho, exclamó, que hay en el cielo un Creador?»

«¿Quien me lo ha dicho? responde. Este sol, que usted no echó allí arriba. ¿Acaso no es usted demasiado pequeño para el sol? ¿Quién me lo ha dicho? Estas yerbas, porque no está usted debajo de la tierra con el fin de hacerlas despuntar. Me lo dice además este corazon mio, que ni usted ni yo hacemos palpitar aquí dentro.»

Al oir este lenguaje no esperado y sencillamente sublime, el filósofo llora: el filósofo se golpea la frente y grita, dirigiéndose á la Francia: «¡Ah incrédulos! ¡Estais equivocados!»

Hé aquí verdaderamente, señores, por qué ora el hombre. Existe Dios sumo regulador de todo; la oracion es un instinto, una necesidad de nuestra naturaleza, como es un divino y religioso precepto. Por consecuencia, de nuevo preguntamos. ¿Hace mal el hombre orando?

Languidece, me contestan, y cae pronto en el quietismo, abandonándose á Dios. No importa orar, sino hacer.

¡Desventurados! Vosotros no conoceis aún en qué consiste la oracion. San Ignacio de Loyola, tan escarnecido por muchos y sin embargo grande, dijo: «Ora cual si todo dependiese de Dios; obra cual si todo dependiese de tí.» Realmente, bajo la influencia de la gracia, la actividad humana, además de ser libre y en flor, es más animada. Tal es la oracion católica. ¿Quereis vivir sin orar? ¿No necesitan una guia las acciones del hombre? ¿De dónde procede la guia más bella sino de Dios? Obrar sin oracion es querer los frutos de la planta sin el amor á la raiz, ó las flores de la primavera sin las dulces lluvias y las sonrisas del cielo.

¡Oh! dejadme orar. Está bien que ore. Dejad que pregunten los infantes dónde Dios está, así como que lo invoquen por la mañana y por la tarde al variar el espectáculo sobre los cielos; dejad á los enfermos alzar de su alma herida el lamento y que imploren la divina misericordia; dejad á los peregrinos al acometer su viaje, á los soldados que á la batalla se aproximan, y á los nautas que avanzan entre las olas del océano, murmurar un acento sagrado y dirigirse á Dios, que conserva en su mano los acontecimientos de los siglos; dejad á los pobres viejos que van terminando su jornada invocar al Autor de la vida. Todos los hombres oran: oran aún con más gusto en la desdicha y entre lágrimas porque se sienten consolados. ¿Presumiríais vosotros detenerlos?

¿Cómo se verifica en los brutos, señores, este consuelo, este amado trasporte del alma? Aquí tambien hay una página blanca en el libro de las glorias bestiales. Escribe Aimé Martín: «¡Testimonio de mi debilidad y de mi grandeza! Todas las criaturas que me circundan siguen su instinto y realizan su suerte: yo solamente oro. Los animales no ven nada de lo que yo veo, ni escuchan nada de lo que escucho, y por ser el único que ruega conozeo el fin de mi sér. En su virtud, si el hombre no tuviera un alma para la oracion, el mundo seria como si no existiese, no existiendo cosa ninguna entre la nada y Dios (1).

Tengo conmigo, señores, los testimonios de los amigos y de los enemigos: mi pensamiento está íntegro.

Si fuese verdad que el hombre pertenece á la raza animalesca, no po-

il) Aimé Martín: *De la civilizacion del género humano*, lib. 3, cap. XI.

dria alejarse de ella tanto, señalando una línea de absoluta separacion entre sí propio y los brutos: en las familias inferiores deberian hallarse de algun modo los gérmenes de su majestad; en los seres vivos que tiene más cerca debería descubrir á lo menos la penumbra de su esplendor metafísico y espiritual. Más no, esto de ningun modo sucede; con los animales es noche lo que sin duda es en el hombre la magnificencia del dia; él solo tiene el ansia del infinito; él solo tiene además el don de la palabra, y él solo tiene las alegrías de la oracion. Por las dotes de su mente domina sin rival entre las demás especies, como la luz rechaza la comparacion con las tinieblas.

En el cerebro del hombre enciéndese la luz, porque allí está la sede del intelecto; mas esta luz irradia de allá, y se refleja dentro del hombre mismo, produciendo el calor. ¿Dónde lo produce, señores?

Hay en el cuerpo humano un poco á la izquierda una famosa cavidad, que se llama el pericardio, ó más largamente la cavidad del tórax. Aquí existe un músculo impar, hueco interiormente é irregularmente cónico ó piramidal. Cosa notable: este músculo un poco aplastado de delante atrás, tiene la base vuelta hácia arriba y el vértice hácia abajo. Os describo el corazon. Quien se pone á estudiar la fisiología del corazon por la vez primera, se maravilla de lo siguiente: imagina ver una víscera cabeza abajo. Empero cuando adelante va en sus observaciones y de idiota se hace sabio, su maravilla se trasforma en alabanzas al eterno Artífice. Tiene su base el corazon en alto, porque sus raices, queriéndolas considerar moral y simpáticamente, corresponden al cerebro, donde habita el intelecto. *Ianua cordis mens est*, escribió un Padre de la Iglesia (1): es la mente la puerta del corazon; la puerta estar debe sin duda en la base y de ningun modo en el techo: hé aquí dónde la luz intelectual irradia mayormente y ocasiona el calor en el corazon del hombre.

Ahora bien; entre llamas y esplendores, si vale la expresion, peculiares movimientos se desenvuelven de aquí; por aquí los afectos tienen vida. ¡Cuántos en número y cuán gallardos por su naturaleza! Si el corazon nada podría y nada sería sin la mente, la mente sin el corazon quedaría estéril y desolada, por cuanto el corazon es como el tálamo marital, donde se fecunda ella; es como el muelle que, mediante la sensacion, hace brotar los pensamientos; es como la fragua donde se templan las armaduras de las ideas. En su virtud, bien los filósofos enseñan que los grandes pensamientos brotan del corazon; San Agustin,

(1) V. Beda. *De substantiis*, t. II.

después de advertir que busca el corazón y ve á su vez, lo llama *el íntimo testimonio, el juez, el auxiliador del alma y su remunerador* (1). Está bien: por la recíproca acción de la mente y del corazón el hombre se halla excelente sin duda en su propio ser; no sólo rechaza el parangón con los brutos, sino que resulta imposible.

Hablando de las dotes del corazón, en cuanto siempre acompañado va por el intelecto, las reduzco, señores, á tres: de realce pongo en la presente materia un fenómeno, un entusiasmo y un moral sacrificio. Será bastante probar que domina el hombre tan sin rival entre las otras especies, como de las pasiones vituperables se diferencia el amor virgen.

El fenómeno á que me refiero es la risa. Es un hecho que los hombres rien, siendo las únicas criaturas terrestres que tal hacen en el mundo. Advierte Aristóteles que producto es la risa *de una deformidad sin dolor*. Ciertamente nosotros, al ver cosas extrañas y grotescas, en las que no se halla complicado, por decirlo así, ningún sentimiento afanoso, reimos; aún el ridículo es fuente de la risa. Sin embargo, esto es restringir demasíadamente los confines del fenómeno; es casi ceñirlo á una simple convulsión del cuerpo, sin que de más digna manera entre allí el alma. Nosotros reimos, señores, más noble y profundamente por una ingenua alegría que sentimos de pronto, aún cuando en tal alegría no se mezele ni la sombra de lo deforme ó de lo ridículo. Rie la madre al vislumbrar desde lejos á su dulce hijo, y sonríe sin duda el docto al aferrar una nueva invención científica.

Los materialistas y generalmente todos los hombres que disminuir quieren el valor de la risa para equiparar el hombre más fácilmente á los brutos, nos repiten la sentencia vulgar, según la que abunda la risa en los labios de los necios. Es verdad; pero digánnos: ¿es que nunca se rien, á fin de no parecer necios? Apostamos á que si hay gente que más ría en el mundo, y que precisamente ría de tal modo, son los señores materialistas, á los cuales el orden sobrenatural aparece como cosa caprichosa que merece risa: como lo sobrenatural en todas partes extiéndese y reverbera en todas partes, deben reír con toda la fuerza de sus pulmones. Aun nosotros vemos que verdaderamente *Risus abundat in ore stultorum*. Empero si existe la risa de los necios, en primer lugar existe la risa de los sabios. He dicho que los hombres lindamente rien por la visita del gozo que llega de repente; el gozo de que hablé ya, que suscitan en él la verdad, la belleza y el bien. Inteligente, como es, capaz de conocer y apreciar todo lo que tiene mérito, conocía la conve-

(1) *Cor quaerit, cor inspicit: intus testis est, iudex, adiutor, coronator*. S. Agustín *Su- per psal.* 131.

niencia de que, no bien tuviera el sentimiento de las cosas bellas y santas, pudiera manifestar su complacencia exteriormente, habiéndosele permitido esto. En su virtud, recibida la grata impresion, salta, por decirlo así, en su alma la vena del gozo: el alma, que tiene comercio íntimo con el cuerpo, le comunica el alegre salto: las mejillas se hinchan tiñéndose de color carmesí; los labios se prolongan bellamente, y sintiendo el gozo, lo expresan con acto brillante. Es la risa.

Por lo demás, ni aún la risa insipiente y fea, en el asunto de que tratamos, debe ser desatendida, porque siempre significa que rie un alma inteligente. De un reciente filósofo son las palabras estas: «Por su esencia parécenos la risa la instintiva manifestacion del sentimiento de la individualidad; de aquí nacen las innumerables modificaciones que ofrece segun las modificaciones igualmente innumerables, que puede la individualidad propia experimentar, á impresiones tan variadas sometida (1).» Por lo tanto, si la risa en su esencia expresa la individualidad, expresa precisamente las operaciones racionales y morales del hombre, único de los seres que lo rodean que rie; puesto que el alma humana, provista de libertad, puede ser ilustrada é ignorante, buena ó mala, modelada en suma diversamente como son diversas las extrínsecas impresiones á que hállase sometida, se sigue que, á tenor de aquella condicion interior se debe atemperar la risa en las diversas circunstancias. Diógenes se rie de Platon: es la risa maligna. Erasmo de Rotterdam en su libro la *Locura* se rie de todo: es la risa del que se befa. El Gran Duque de Wurtemberg se rie de Schiller: es la risa del pedante y del prepotente. Leopardi en sus diálogos y en sus versos se rie de la providencia Suprema y de la *infinita vanidad del todo*: es la risa del ateo, ¡Malsimo! De todas maneras detrás de la risa del ateo, del que se befa, del prepotente, del pedante, del maligno, se revela el alma inteligente: alma extraviada, piensa mal en sí propia y recibe mal las impresiones exteriores: hace por lo tanto abuso de la razon; pero es racional. Así, aún considerada en sus maldades, la risa es peculiar del hombre: demuestra que éste, dotado de un modo enteramente característico y único, en tanto rie, en cuanto es de naturaleza intelectual. La risa, en el alma que no yerra, es el gozo exterior de la inteligencia y la flor virginal del corazon. Quería en este momento buscar en los brutos un posible rival del hombre; mas el mismo fenómeno de la risa que os recuerdo, me dice que yo me fatigaría perdiendo el tiempo. Los animales tuercen la boca, fruncen las sobrecejas, encorvan las quijadas y hacen rechinar sus dientes; pero no rien. En su alegría varios agitan

(1) F. De La Mennais.

expeditamente la cola en torno, dan resoplidos ó gritan con voz grata; pero no rien. ¿Cómo podría reirse efectivamente? Para reir se necesitan lúcidos carrillos y labios bien contorneados: ellos son ordinariamente por el contrario ásperos, de pelos espesos, y hocico, hechos de tal manera que no pueden disponerse á la risa. ¡Qué digo! ¿Cómo reirían, si la risa que brota del corazon es hija en su raiz de la inteligencia, y de inteligencia no son capaces los brutos?

Veturia rie, al ver que la patria se ha reconciliado con tu Coriolano; rie Pompeyo, al ver por tus victorias libre de piratas el mar; rie Constantino, al ver la cruz estampada en tu Lábaro; rie Clotilde, al ver humillado á Cristo tu Clodoveo; rie Colon, al ver de lejos la primera orilla trasatlántica; rie Buonarroto, al ver concluida, terrible como un gigante, tu estatua de Moisés; rie Cimarosa, al ver tus músicas seguidas de nobles aplausos; rie Franklin, al ver lanzado al Inglés de América. Vuestra risa llena de amor materno, filial, guerrero, artístico ó patrio, mientras os dice que sois hombres eminentemente racionales, no permite que de las razas de los animales se levanten contra vosotros competidores ó émulos.

Del fenómeno paso á la consideracion del entusiasmo.

Tratándose de los entusiasmos, el corazon hierva todo y se alimenta con ellos. ¿No aseguramos nosotros que el corazon es una fragua? Ahora bien; no concibe nunca el pensamiento una fragua fria ó cerrada: esta, que tiene en el seno el fuego, deja escapar chispas, se agita y produce llamas. Considerad aquí una de las llamas estas inmortales del corazon; la emulacion de la grandeza. Decía Giovio hablando de ciertos jóvenes ansiosos: «¿Quieres inquirir si puedes llegar á ser arquitecto? ¿Quieres averiguar si alguna chispa de tal fuego informa tu mente? Corre, vuela en direccion al Tiber: mira el arco de Jano, de Tito, de Septimio, de Constantino: contempla la tumba de Cestio y el templo de la Paz: ¡Ah! Si no te sofocan casi tus trasportes; si no hierva tu estro y sigues tranquilo, no entres profano en semejante carrera (1).»

Empero el alma no puede permanecer tranquila por el espectáculo de la humana grandeza. Al lado del templo de la emulacion habian los griegos colocado el templo de la gloria, con lo cual enseñaban agudamente que separarse no podian la una de la otra. Es como una chispa que sigue á otra chispa, y como una llama que sigue á otra llama, saliendo todas del propio centro. Este centro es el corazon en el hombre; así como el corazon nos da el entusiasmo de la emulacion, que es su ímpetu incipiente y práctico, nos da el entusiasmo de la gloria, que es su

(1) C. Giovio. Elogio del Paladio,

parte ideal. De nuevo el hombre, flechado su corazón por tales ardores, no está tranquilo. Temístocles por los laureles que cogió Milciades brama: los trofeos de Maratón crean los de Salamina. Al leer Tucídides los libros de Herodoto se hace historiador. Al oír Demóstenes perorar al elocuente Calistrato se siente aún él orador. Julio César se detiene á llorar delante de la imagen de Alejandro, y recibe la revelación de que ha nacido para las grandes empresas. Ariosto se inspira en los cuadros del Ticiano, y recíprocamente Ticiano se inspira en los versos del Ferrarés. Correggio al contemplar la Santa Cecilia de Rafael, despierta como de un profundo sueño y grita: «También yo soy pintor.» Malebranche compone su libro admirable: *La indagación de la verdad*, después de haber palpitado de vivo gozo al leer el *Hombre*, por Descartes escrito. Byron, pensando en Dante en el pinar de Ravena, se siente compelido á sacar del arpa los concientos más altos que había encontrado durante su vida; y el docto Pacciaudi descubre al poeta en Alfieri por el movimiento entusiasta, enteramente febeo, con que le ve arder al recitarle la oda grandiosa de Guidi *A la fortuna*.

Ponedme delante los más férvidos y más superiores entre los vástagos de la generación de los brutos. ¿Sienten ellos la emulación de la grandeza? ¿Sienten la emulación de la gloria? Los buhos y los mochuelos se agitan todos los días en Roma entre las ruinas del Coliseo; las águilas, en su vuelo sublime, pasan por encima del arco de Jano, de Septimio y de Tito; las golondrinas hacen su nido ó vocean en el foro latino, desde cuyos rostros hablaban Ortensio y Cicerón: ¡permaneced un poco atentos y ved si se inflaman por las reminiscencias de la grandeza antigua! ¡Bromas! ¿Sienten la emulación de la gloria? No existe ni una chispa de tales nobles llamas en los organismos aquéllos. Nunca los domadores de los leones ó de los caballos pudieron tocar la tecla de la emulación á fin de conseguir en su arte una victoria: halagos, caricias y principalmente imperioso aire necesitan para conseguir que anden como quieren; quererlos por emulación adiestrar, vencer ó amansar, sería peor que pretender sacar de un manubrio de bronce las armonías de Bellini ó de Verdi. Exaltad, filósofos, el principio de la emulación; en vuestros apéndices de la ética la llamais la que distingue á los generosos y á los magnánimos, habiendo yo también consignado aquellas alabanzas, que repito. Mas poneos en guardia con el fin de no perder el tiempo: no prediqueis la emulación á los hijos, ni á los padres de aquellos seres vivos, aunque algunos los consideran parientes nuestros. ¿No lo advertís? Tienen ojos y no ven; oídos y no oyen; tienen lengua también del mismo modo, y no contestan. Inútil es repetirlo: allí donde se trata de ardor mo-

ral, el hombre queda sin competidor entre las especies restantes.

Habiendo hablado del fenómeno y del entusiasmo, es preciso discurrir de uno de los muchos y bellos sacrificios que produce muy en abundancia el corazón del hombre.

Abro el discurso de la amistad. Nada más usado y nada diré más ilustre que el hecho de los amigos en el consorcio social. El hombre, que tiene un corazón difusivo y que tiende á vivir la vida de otros, busca un alma semejante á la suya; la descubre y á ella se une afectuosamente. Es como una existencia doble, donde hablan sin misterio; los consejos se dan por amor, comunicándose las cosas más queridas y delicadas. Hablo de la dulce amistad, no en cuanto es un concepto abstracto, sino en cuanto en un acontecimiento real é histórico. Leed los anales de las naciones y hallareis siempre abundancia de fidelísimos amigos, como las de Cástor y Polux, Teseo y Piritoo, Alejandro y Efestion: hallareis á Protógenes con Apeles, á Saura con Batraco, á Epicuro con Metrodoro, y á Damon con Pitia.

Empero si la amistad es verdadera, exactísimo es que al sacrificio está inclinada, y que con esplendidez lo consuma. Volviendo á las memorias de los antiguos, recuerdo á Eudamida, ciudadano de Corinto. Tenía dos buenos amigos; Carissenno de Sicione y Areteo de Corinto: era pobre, al paso que tenían riquezas sus amigos. Ahora bien; sintiéndose cercano á la muerte, dictó el testamento que sigue: «Dejo á Areteo la obligación de alimentar á mi madre y de mantenerla en su vejez; doy á Carissenno el encargo de casar á mi hija y de proveerla de la dote mayor que pueda. Supuesto que uno de los dos venga pronto á morir, sustituyo al que sobreviva.» Pareció á los profanos el testamento durísimo y tan extraño, que no lo podían imaginar siquiera; pero los dos amigos lo recibieron gustosamente. Habiendo caído difunto Carissenno pocos días después, Areteo alimentó á la madre del amigo que había perdido; de los cinco talentos que tenía, dió dos y medio á su hija única, como también dos y medio más á la hija de Eudamida, festejando en un mismo día las bodas de ambas.

Mas ¿á qué fin buscar entre los griegos tales heroísmos? Sí: es bella, bellísima la amistad; pero aún es más eminente en palabras que en obras. *Feliz quien halla un amigo*, dice un proverbio, que manifiesta cuán raro es el amigo. ¿Quién no recuerda en efecto las traiciones é infamias de la amistad? ¿Existe con frecuencia desventura más horrible que la que causa un mal amigo? Todos conversan, todos engañan, todos dejan plantados; el mundo de la industria, del comercio, del pasatiempo, hasta el mundo de la ciencia y del arte así lo enseña. No hay amigos en el siglo.

Hablado ha la boca del misántropo; pero yo le conozco bien: rebaja el

misántropo al hombre con el fin de magnificar á los animales. Doloroso es que nuestros hermanos así nos echen el fango á la faz. Si entre los hombres por lo tanto se ha perdido el sentimiento de la amistad, vean un poco de qué manera entre los brutos se les aparece decente, generoso é inimitable. ¿Dónde vieron al leopardo acudir en auxilio del leopardo? ¿Dónde se ha visto que un perro se sacrifique por la vida del perro? Los animales hacen agregacion y jamás congregacion; se juntan y combaten unos á otros. Delante de un caballo que muere con asperos gritos, pasa otro caballo sin que ninguna compasion sienta: el cervatillo pasa delante del cervatillo derribado por los cazadores, sorbe su sangre, y se va. La madre misma, que habia criado á sus pequeños, apenas los ve cubiertos con plumas ó lana, los echa de sí, no tolerándolos más en su nido; ¡qué amistades tan longánimas! ¡Qué sacrificios en su amistad!

Sólo que declaró no es verdad que, en medio de los hombres no haya un amigo, no habiéndose roto el molde de la dulce amistad. Las burlas, las felonías y las traiciones suceden; pero suceden contra los íntimos sentimientos de nuestra naturaleza: precisamente son torpes y detestables, porque contradicen y reniegan de nosotros; mientras los animales en la escala de los seres se hallan tan en lo bajo, que no tienen facultad ni potencia para pervertirse. Somos, pues, incomparables. Ahora bien; ¿á qué fin por la maldad de unos envilecer á los otros, y maldecir á toda nuestra especie? ¡Oh corazón del hombre! Los defensores de las bestias te injurian. Yo siento que mi corazón ama fuertemente, y que vive un amigo en él: á fin de salvar al amigo, no me negaría yo á incomodidades, ni á fatigas, ni á lágrimas. No faltaron los sacrificios de la dulce amistad en el mundo de los antiguos, y florecen aún mejor en la edad moderna.

Antonio Aranda y Felipe Roger son dos jóvenes infortunadísimos sobre todos. Español el primero, es navegante de profesion. El segundo es soldado y francés. Si bien tan diversos por su arte y su país, se aman más que si fuesen hermanos, por unirles los vínculos de la verdadera amistad cristiana; tienen así la única potente dulzura que templaba su inmenso infortunio.

Aranda y Roger, caídos casi al mismo tiempo en poder de los corsarios del mar en otro tiempo ferocísimos, yacen esclavos los dos en las costas de Argel.

Entre aquellos innumerados prisioneros y miserables, nuestros dos jóvenes, que se acompañan siempre todo lo posible, no se distinguen sólo entre los demás por la mayor decencia en el trato y por una fisonomía casi señorial, sino tambien por la paciencia y por la fortaleza de

su ánimo: no profieren rabiosas falsas palabras; no imprecán ni blasfeman; por el contrario, parece que alguna vez pasea la risa sobre ambos. ¡Quién la imprime así en su faz? El gozo que sacan de su amistad. ¡Cuántas veces, sintiendo que su pena es más terrible, la dulcifican con una palabra que brota de su corazón! ¡Cuántas veces, gravados por los pésimos tratamientos de los guardianes ó de los jefes del trabajo, bástales una mirada, una mirada sola en la que brilla el alma, para que se contengan y se conforten! ¡Oh cuán suave cosa validísima es la amistad!

Un día, en que procuraban juntos abrir un sendero sobre alta montaña, Antonio, el joven español, se para, deja caer lánguidamente sus brazos, y se vuelve mirando la parte baja bastante tiempo.

«¿Qué haces?» pregunta el francés.

«Amigo mío, responde con profundo suspiro el otro; si está de Dios que nosotros debemos hallar auxilio, nuestro socorro allí abajo está. ¿No ves tú el mar?»

«Lo veo; mas ¿qué te prometes, di, del Océano?»

«¡Ah! ¡Para mí el mar es elocuente, y es una inspiración! Otros días, impeciente yo en esta estancia, contemplaba la cadena del Atlante, que recorre y ciñe todas estas misérrimas tierras; pensaba que para sustraerme á la presente servidumbre era cosa oportuna echarme, á fin de huir por las golas y las crestas de las montañas. Mas despues decíame á mí propio: ¿Cómo podría atravesar yo la escarpada cadena del Atlante? Los avestruces, los caballos, los búfalos, las gacelas y los jabalíes, pasean por allí libremente; no sería yo libre por consecuencia. Además, áun despues que atravesado hubiese la monstruosa costa, ¿qué clase de personas hallaría? Tal vez hombres iguales á los que aquí tenemos: crueles, avaros, traidores, sucios, peores que las fieras silvestres. Volvía, pues, á la meditacion del mar, resultando para mí cosa mucho más alegre: me da el Atlante las espaldas; el mar, por el contrario, me presenta la faz y me abre su seno. Allí abajo, desde sus lejanas riberas y desde sus orillas Cádiz me manda el acento de las personas amadas y amigas: siento que á mí llegan las voces doloridas de mi mujer y de mis hijos; extiéndenme los brazos y me llaman. ¿No ves este llanto mío? Responde á los gemidos de mis dilectos, que vienen á mí por el mar.»

Esto dicho, despues de enjugarse las acerbas lágrimas, prorumpo con fuerza doble: «Mira otra vez el ancho mar, Roger mío: ¿ves aquella nave que allí abajo va con las velas desplegadas? Pues bien, oye: es mi propósito echarme al mar un día, cuando no me vean; hacerlo contigo, surcar un trecho de las olas y acercarme á los barcos que pasen, pidién-

do favor. Nos escucharán, nos recibirán á bordo y nos conducirán nuevamente á nuestras patrias.»

«¡Audaz pensamiento es el tuyo! exclama Felipe Roger: tú puedes realizarlo, por ser navegante y porque sabes nadar perfectamente; yo no, porque no sé nadar; pide á Dios que te sea propicio en el gran trayecto, y vete. Tú sabes cuánto te quiero, Antonio; lo sabes, pero no importa: quedaré aquí solo, sin tí.»

Deteniéndose un poco, reconcentrándose por un pensamiento afectuoso, sigue así con vehemencia: «Vete; busca tu dulce familia, saludando nuevamente á tu esposa y á tus hijos. Despues piensa tambien un poco en este pobrecito: muchas veces te dije que tengo en Lion á mi padre y á tres hermanos: si todavia vive mi padre, preséntate á él en persona, mejor que dirigirle una carta. Cuéntale mis desventuras: dile que vivo esclavo en país extranjero y brutal; pero que á pesar de mi desdicha no ha muerto el amor filial, ni ha disminuido tampoco por el afecto á la religion que me enseñó. Llorará, y enjugarás tú aquellas lágrimas tuyas: dile que yo vivo en tí, suavísimo amigo. Bésale, pues, por mí, y estréchalo con tus brazos. Pensando en las dulzuras estas que harás gustar á mi familia, pasaré de manera ménos horrible mis últimos dias.»

Dicho esto le abrazó; le dió el abrazo, que debería restituir á su viejo padre, y se puso á llorar todo convulso.

«¿Que lo intente solo? ¿Que me marche yo únicamente? dijo Antonio. ¿Cómo lo podria, Felipe, hacer, siendo tú la mitad de mí mismo? ¿Dejarte yo entre los compañeros asquerosos y entre tan horribles amos?.... No, no. Tú no sabes nadar; ¿qué importa? Tú correrás riesgo; pero lo correremos juntos, amigo. ¿Acaso no es preferible la muerte á una servidumbre bárbara?»

Al cabo de tres semanas, los dos amigos bajo el azote de la canícula de agosto, semi desnudos, llenos de sudor, se ocupaban en poner piedras entre las hendiduras de una roca pendiente sobre la mar. Antonio, que se habia detenido un poco mirando sobre las aguas aferra de pronto á Felipe, le da un empujon, y caen ambos en el mar. Espantoso es el ruido que hacen al caer aquellos dos cuerpos; pero retornando en breve á flor de agua, dice Antonio gritando: «Valor, amigo mio; nos guia la Providencia.» Con la mano derecha y con los pies, agita las olas y nada, sosteniendo á su amigo con aquella otra. Aléjanse así de la maldita playa. Por desdicha, el buque descubierto desde lo alto, creído muy próximo, resulta entonces distante. Al propio tiempo oyen volar, por decirlo así, sobre sus aguas las estrepitosas voces de los guardianes, que desde la orilla, descubrieran la fuga de los dos esclavos ardidísimos. Vuélvese

Antonio, viendo que descienden furiosos en una gran barca. ¡Oh Dios! ¡Ayúdanos! exclaman á la vez los dos amigos. Antonio da vueltas á fin de ocultarse; agita terriblemente manos y piernas, pareciendo devorar las aguas: hasta tal punto es veloz su carrera. Hállase ya en alta mar, Espectáculo terrible. Un hombre que levantada tiene la cabeza de otro en la extension del Océano, ocultándose á los que le siguen sobre la barca, dirigiéndose á una nave que no conocen, y que deben alcanzar. ¿De dónde saca su fuerza este hombre tan extraordinario? ¡Oh amistad! Obras portentosas.

No vamos á prontas alegrías: precisamente las fuerzas gastadas de aquel modo extremo faltan al español: palidece su faz, sus músculos se debilitan, bufa y un sudor friísimo corre por su frente. Lo ve Felipe, y no queriendo que muera el amigo por su culpa, hace un movimiento, sepárase de la mano que le contenía y exclama: «Sálvate tú, Antonio,» desapareciendo por el mar engullido. El espectáculo no sólo es triste, sino desgarrador. Sin embargo, aumenta el elogio de la amistad, puesto que hablo de un amigo que para sí escoge la muerte, á fin de que no perezca el amigo.

El caso nuevamente se hace amargo. Aunque Antonio ha perdido sus fuerzas, cobra nuevos bríos al ver al desaparecido, y recordando aquella exclamacion que ha llegado á su alma, Reune todo el aliento que le queda, se dirige con su mente á la Virgen, ó á la Santa María de su lejano país, é implora su piedad. En aquel momento viene Felipe de lo profundo á flor de agua: lo coge otra vez y lo estrecha, llevándolo nuevamente consigo. Entretanto sobre la extranjera nave los pilotos que descubierto habian el grupo aquél de dos nadadores, considerándoles náufragos, procuran precipitadamente ayudarles: parte un esquife, se dirige á su encuentro y los alcanza. No bien los dos jóvenes son conducidos á la gran nave, Antonio ha extinguido del todo sus fuerzas; pierde los sentidos y parece que agoniza. ¡Mucho más mísero es todavía el francés! Juzgando muerto á su bienhechor, se arroja sobre su cuerpo, brama y se desespera. ¿Se desespera del todo? ¡Ah no! Late aún el corazón de Antonio; su alma enciéndese de nuevo, abre los ojos y dicen sus labios: ¡Oh amigo!

Ambos jóvenes se han salvado. Irá el uno á Cádiz á besar á su esposa y á sus hijos: el otro á Lion, á fin de arrojarle á los pies del anciano padre. Triunfos de la amistad.

Cerramos nuestra segunda parte, confirmando el principio establecido. Si en las razas más elevadas de los brutos hubiera existido algun tiempo el antecesor del hombre, infaliblemente los vestigios de nuestro parentesco original permanecerian en los propios brutos, apare-

ciendo fuera con señales evidentes. Estas no se hallan en ellos de ningún modo. Por otra parte, entre dos seres, sustancialmente distintos, no cabe connubio, ni parentesco, en lo cual convienen los naturalistas. Está bien: una diferencia sustancial, absoluta, innegable hay entre los animales y el hombre. Aun cuando se inquieran sólo las dotes relativas al corazón, es claro que no es el uno el otro y viceversa. El hombre, inteligente y afectivo, se distingue por el singular fenómeno de la risa, siendo el único que en el mundo rie. Se distingue por un gran entusiasmo, por la emulación de la grandeza y por el sentimiento de la gloria, siendo aún en esto el único de los seres. Se distingue finalmente por el moral sacrificio inefable de su amistad, resultando en esto como en lo demás solitario y único. ¿Qué se sigue de aquí, señores?

El hombre no viene de la bestia. Domina tan sin rivales sobre las demás especies, como del vituperio de las pasiones se aparta el immaculado amor.

Verdaderamente á la cabeza y al corazón proceden unidos en el cuerpo del hombre todos los miembros: dos, sin embargo, hay que sobresalen por atributos especiales, tendiendo á sacar al hombre mismo de su vida interior á la externa ó social. Hablo de las manos y de los piés.

Maravillosas son ante todo las manos, señores. Si fuese yo fisiólogo y quisiera emplear un lenguaje científico, podría mostraros cómo nuestra mano, última parte de los miembros superiores, se compone del carpo, metacarpo y dedos con nervios, músculos, venas y pieles ordenadas con armonía tanta que son un portento. Empero, hablándoos de las manos, como antes os hablé del cerebro y del corazón, bástame indicar su estructura para elevarme á la consideración de los efectos que surgen. Ahora bien: ¿de qué aprovechan las manos al hombre y qué gloria le proporcionan?

Siempre los filósofos han atribuido á las manos valor desmedido, é inmensas virtudes. Teneis noticia de Anaxágoras, el cual creía que «por las manos que tienen los hombres han sido dotados de juicio por la naturaleza.» Aristóteles, más discreto, afirmaba que «así como la razón lo es virtualmente todo para conocer, la mano lo es virtualmente todo para obrar (1).» Entre los modernos, decía Montaigne: «Con la mano pedimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, oramos, negamos, mandamos, alentamos, juramos, rendimos testimonio, condenamos, absolvemos, imponemos silencio, desairamos, acariciamos, y nos congratulamos: ¿qué no hacemos con las manos? Compíte la mano

(1) Aristóteles. *De los animales*, libro 4.

con la lengua por sus muchas variaciones (1).» Cual si esto fuese poco, Helvecio no vaciló en escribir «que la superioridad del hombre sobre los demás animales depende de la flexibilidad y de la delicadeza del tacto que tiene su mano.» Dejamos nosotros los excesos y las hipérbolas, que hay en lo dicho: queriendo precisamente poner de realce de qué modo prevalece sobre los brutos el hombre, decimos que las manos lo exaltan de admirable manera, por ser en él ministras fidelísimas de la mente y del corazón. Bástenos referir lo que representan las manos en tal fidelidad: refiérome al progreso de la tierra.

Realmente progresa, señores, el hombre. Progresa en los vestidos: dejó las hojas de Adán y Eva, tomando los tejidos de seda y de lana. Progresa en los edificios: dejó las cabañas, entrando en los palacios y en las ciudades. Progresa en el comercio: dejó el cambio ó la venta de los ganados, para venir á los portentos actuales de la industria, y aún á los prestigios del libre cambio, no queriendo aquí nombrar los juegos de la *Bolsa*. Progresa en el estudio: dejó la estancia y las lecciones del abuelo, entrando en las escuelas públicas y en las universidades. Progresa en las artes de la guerra: desde el padre Abram, combatiente con los reyes de Pentápolis y de Gerara, pasó al primer Napoleón y á los Prusianos. Progresa en los sonidos y en las armonías: desde la cítara de Jubal pasó al violín de Paganini. Progresa en los viajes: desde las carreras penosas de nuestros viejos, pasó á los caminos de hierro y á los buques de vapor. Imposible negar el progreso humano y social: mirad en la historia el mundo antiguo, y mirad con los ojos el mundo presente, haciendo el parangón. ¡Gloria, pues, á las manos del hombre! Siervas é hijas casi de nuestro corazón y de nuestra inteligencia, se cubren con laureles tan soberbios.

Se me gritó y se me grita que pertenecen los hombres á la familia de los brutos. Existirá por consecuencia en tales hermanos nuestros una reverberación histórica de nuestra excelencia; existirá de algún modo en ellos la obra del progreso. Veámoslo.

¡Qué desolación! Otra vez os hice notar que no progresan los animales; mas fué de pasada y á guisa de ensayo. Ahora fijaos en esto. Es hermoso el nido del canario y está entrelazado finamente: mas es tal como lo formaba en los días de Caín y de Abel. Es hermosa la tela de las arañas; mas es tejida por ellas hoy como la tejían sobre la puerta de Sanconiatone, el primer cronista fenicio, y al rededor del tonel de Diógenes. Es hermosa la casita del castor; mas hoy no es diversa, ni está mejor fabricada que la encontrada por Hércules en sus correrías

(1) M. Montaigne. *Essais*, lib. 2, cap. XII.

desde las selvas hasta las orillas del mar. Constantemente los brutos van adelante así, haciendo lo que hicieran; los hijos repiten ciegamente los trabajos de sus padres, sin mejorarlos nunca. De continuo el pato salido del huevo, á vista de las límpidas aguas de un riachuelo, corre á sumergirse allí, á pesar de los gritos de la madre de diversa especie, á la cual se confió el cuidado de la incubacion; de continuo el gusano de seda construye por sí su tumba para salir despues transformado y cambiar sus oficios de gusano por los de la mariposa; de continuo la oruga fórmasela cuna para librarse de la materia sedosa que la estorba; de continuo el faisán, no bien sale á la luz, escoge entre los otros cereales el grano del mijo para nutrirse; de continuo el tigre acomete y mata, sin necesidad de alimentarse. Tales son los brutos. Siempre lo mismo; no peores con el trascurso del tiempo, ni mejores tampoco. Si uno de los del tiempo de Noé; si un contemporáneo de Job ó de Ciro viniese al mundo é indagara entre nosotros las industrias y las obras de los animales, ¿qué vería? Vería que las abejas, hoy como entonces, eligen el espino y el sauce para chupar la miel, edificando sus celditas exágonas; vería los monos, que hoy como entonces dividen con sus dientes la cabeza del coleóptero antes de comerlo; vería el *hamster*, que hoy como entonces se muestra solícito en hacer provisiones sin que tenga necesidad: hoy como entonces vería al *carré* dándose á cazar; á las ardillas abrir las avellanas por su aguda extremidad y separar á conos la corteza del abeto; á las cabras echándose ávidamente hácia el citiso, que por la primera vez hallan; y á los hurones, aunque de índole doméstica, montar en furia no bien al conejo ven, y hartarse con su sangre.

Indicadas así las acciones de los brutos y las acciones humanas, emitid, señores, vuestro juicio. Es el hombre progresivo por su naturaleza, y progresa históricamente: no es ya en muchas cosas aquél mismo que antiguamente fuera. ¿Dónde se halla en los animales el progreso? Si este falta en su raiz, ¿cómo equiparar al uno con los otros, constituyendo un reino solamente con el hombre y las bestias? ¿Es que considerais las obras inmutables y estacionarias como sinónimas de adelantamiento? Me desplace: con vuestro vocabulario, que se apoya en el amor bestial, desviáis el curso de nuestra civilizacion.

Responden que, si los brutos siguen siendo estacionarios, esto es porque les falta educacion. Por otra parte se pueden equiparar muy bien con los hombres bárbaros y con los salvajes, á los cuales veis nuevamente hoy tan toscos, incultos y ásperos como veinte ó treinta siglos atrás.

Supongamos que sea verdad en los salvajes la grosería y la ferocidad

permanentes. No son incurables sin embargo; siguen siendo feroces los salvajes, porque carecen de la educación civil. Empero, señores, presantos á ser educadores de los bárbaros; pedagogos, abundarán los alumnos, y maestros, abundarán los discípulos. Confirma esto Darwin, el cual, después de haber charlado no poco sobre las incultas y crueles tribus de los Fuegos, equiparando estos buenamente á los brutos, cuenta el hecho siguiente: «¡Cuál no fué mi maravilla viendo á bordo de una regia nave tres individuos de la barbarísima tribu, los cuales, por haber permanecido algun tiempo en Inglaterra, llegado habían á perfectamente asemejársenos, á tomar nuestras inclinaciones, á conversar un poco en inglés, y á poseer la mayor parte de nuestras facultades mentales (1)!» Según el trozo este, las facultades mentales se adquieren por partes; no es qué, hallándose todas en el hombre, se desenvuelvan por el ejercicio. Empero adelante: si el bruto tiene la naturaleza del hombre; si, presupuesta la educación, mejora y se perfecciona, como lo hacen precisamente los salvajes, ¿cómo tales señores, interesándose tanto por la felicidad de las bestias, no se disponen á educarlas? ¡Valor, bestiales filántropos: dad alguna lección lingüística al chimpancé ó al gorilla; enseñadles un poco de francés, de inglés, de alemán y de nuestro dulce italiano; disponed que aprendan algo de nuestras costumbres, haciéndolos profesores, periodistas, diputados!... La semejanza entre los unos y los otros es tanta que nos da valor.

Aprende, sin embargo, el hombre muchas cosas de los animales, y aprendería más si estudiase con más solería en ellos.

Esto no dice nada en nuestro asunto. ¿Dice acaso que los hombres, á estudiar en los animales, aprenderían en ellos el arte del progreso? Todo lo contrario: aprenderían más bien á proseguir en el saber inmortales, como lo son aquéllos por instinto en su trabajo. Por lo demás proponed á la moderna generación humana su estudio clásico de los brutos: imitad á los naturalistas aquéllos que hallaron la arquitectónica de Miguel Ángel en los edificios de las termas, y la estrategia de Bonaparte en ciertas grandes hormigas del África. Bonaparte, cuando estaba en Elba, dijo bien, conversando con algun amigo, que cierta disposición de los cañones de Austerlitz, la cual contribuyó no poco á la victoria, habíale ocurrido por leer cuatro versos de Milton, donde pinta el poeta una astucia de Satanás al mover guerra contra el cielo. Justamente sería mucho Edwards de tal fantasía napoleónica (2). Esto es nada: mucho más pueden los brutos tratándose de instruir al hombre, que los

(1) Citado en el libro muy bello de Eugenio Alberi: *El problema del humano destino*.

(2) Edwards, *On Libraries*.

poetas, los oradores y los historiadores. Mano así á la obra santa y pia; haced que la familia del hombre tome su sello en la familia de los animales; que nuestros gobiernos se modelen en aquellos gobiernos, y nuestro trabajo de cada dia en aquel trabajo bestial. Vereis si una era nueva, nunca imaginada, florece para el progreso..... ¡Oh qué deshonroso insulto hecho á la progenie humana! Yo me siento envilecido: llevo las manos á mi faz para no dejarme ver.

Así como la mano constituye la parte última de los miembros superiores, forma el pié la tercera parte de los miembros inferiores. Así como las manos valientemente nos ayudan en los oficios vitales, y en las obras de la cultura y de la civilización, es el pié nuestro sostenedor, nuestro vehículo externo y el ala de la traslación para que poseamos el mundo.

Advirtamos el efecto distinto del pié, y el «cosmopolitismo» como corona de todo progreso nuestro.

El hombre con su mente lánzase á las extremidades de la tierra; mas este pensamiento que prevé la vía y anticipa los modos, no es completo; en nada se resuelve con frecuencia, si el hombre mismo con toda su persona no se dirige á los sitios distantes anhelados. Para en esto satisfacerle dispone del pié. Entonces se hace peregrino, navegante, viajero en suma del uno al otro hemisferio. Habiéndose preguntado á Sócrates una vez sobre su origen, respondió: *Mi patria es el mundo*. El dicho socrático es verdadero, tanto moralmente como físicamente. El hombre adelantase, se sostiene y se connaturaliza con todos los climas, aunque son tan diversos: es ciudadano de los confines del sol y del ocaso: vive ó puede vivir en el Norte y en el Mediodía; así entre los hielos de los polos, como entre los abrasados ardores de los trópicos y del Ecuador. A todas partes instalándose, lleva sus leyes, su religion, sus altares, sus ciencias y sus artes, plantando sus monumentos: en todas partes tiene la tentación del mal y se deshonorra con el vicio, como se ilustra con la virtud ó probidad natural. Dampier, que tres veces seguidas dió al globo la vuelta, observando minuciosamente la índole de la humana familia, encontró en todas partes hombres piadosos y hospitalarios. En una palabra: es el hombre cosmopolita.

Buscad igual dote ó timbre igual en los brutos. Es inútil. Sin embargo muchísimos, no contentos con dos piés, tienen cuatro; muchos otros, además de los piés, llevan alas. Decid, pues, que os repita cada uno el aforismo de Sócrates: *Mi patria es el mundo*. Es completamente inútil. Mirad el mono tan celebrado entre nosotros: el tipo de los monos es de los ménos difundidos. No lo hallais en las zonas frias, ni en la mayor

parte de las templadas, viviendo sólo en las más cálidas. Si no se considera el grupo entero de los monos, sino especialmente las especies que tienen semejanza con el hombre, se ve que los lugares donde se albergan son más restringidos. América no contiene ni una especie de las que se hallan en el Africa y en el Asia. Viniendo á las especies más perfectas, que recibieron el nombre de antropomorfas, asemejándonos más, obsérvase que hállanse relegadas en más angostos confines. El orangutan nace sólo en la isla de Borneo, y tambien quizás en las selvas de Sumatra: el gorilla y el chimpancé sólo se instalan en los bosques occidentales del Africa. ¡Pobrecitos monos! ¡Pobres bestias pequeñas ó grandes! Si tuviesen artes, letras, ciencias, monumentos y glorias civiles, cual nosotros, deberían confinarlas á trozos separados de tierra, siéndoles imposible conducir las á otros: no pueden los brutos alzar una tienda, ni constituir un régimen político ó nacional, ni tiene una Edad Media, ó una nueva creacion social. El hombre los vence de un modo desmedido, teniendo sólo dos piés y sin llevar plumas en la espalda, no cabiendo la comparacion entre los cosmopolitas y las bestias de índole provincial.

Añadid un hecho dulcísimo. Mientras los animales se dividen la tierra ocupándola el hombre y dominándola, él, bajo todos los cielos y en todos los sitios entre los cuales adelanta, encuentra un animal doméstico que lo espera á fin de aliviarle, viniendo á participar de sus trabajos. Encuentra el caballo y el asno en la llanura, la vaca en los montes, la cabra en los riscos, el rengífero en medio de las nieves, el camello entre las arenas, el búfalo en los pantanos, más frecuentemente aún el perro en muchas partes del mundo. Recorre asimismo el universo; halla donde quiera un siervo y conduce un amigo. Donde su temple languidece cediendo á los ardores del sol, la fuerza de los animales, como en las Indias ocurre, modifcase á tenor del clima; la naturaleza, socorriendo al hombre, le da el elefante, como si quisiera proporcionar las fuerzas del siervo á la debilidad y á las necesidades del amo. Volved á las comparaciones ahora, viendo si la cuestion se agita entre semejantes, y no por el contrario entre los séres bajos y el alto, entre los súbditos y el emperador. Aun los piés, que como base figuran en la estructura corpórea del hombre, promulgan su primado.

Nada falta con el fin de resolver todas las partes del problema.

¡Desventura grande! El siglo XIX. que en sus principios estaba lleno de ardor religioso é ideal, retrocedió. Volvió á los amores y á los gritos «sensísticos», que parecian caidos en la tumba con Locke, Cabanis y consortes. El «sensismo» resucitado y embellecido falsamente con los nuevos descubrimientos de la ciencia, probó de nuevo que sólo era

una filosofía de paso, indecentísima, que no se puede sostener por sí propia; el «sensismo,» que se aparta de la metafísica para inclinarse á los sentidos y á las señales exteriores, buscó compañeros en su debilidad y los obtuvo. Así los «sensistas» llamaron á los rígidos materialistas: la *tabla rasa*, que á comparecer volvió en nuestras escuelas, diónos al hombre monesco.

Pues bien: nos conturbó este nuevo mónstruo, peor que aquel de Horacio; habiendo demostrado en teoría la imposibilidad del bruto convertido en criatura racional, nos pusimos á examinar la deshonesta enseñanza con un discurso más accesible y práctico. A nosotros vino este pensamiento: Sí, como nos dicen, el hombre descendiendo de los brutos, sin duda en el orden de los brutos más elevados y ménos innobles, se deben hallar los rudimentos y las prerogativas iniciales de la humana grandeza, porque la lógica no nos permite admitir que nazca el hijo por generacion de un vientre sin tomar en general las cualidades que se manifiestan en él. Nos resolvimos, pues, á ventilarlas; puesto que la verdad salta mejor á nuestros ojos en la rivalidad y en la comparacion, nos pusimos á inquirir entre los animales al émulo y al competidor del hombre, no hallando á tal émulo en parte alguna.

Mirad las dotes que á nuestra mente dicen relacion especialmente. El bruto no es de ningun modo semejante al hombre; no tiene como él aspiracion al infinito, ni el don de la palabra, ni el suspiro de la oración. Dista del hombre tanto como las tinieblas de la luz.

Mirad las dotes que más se refieren al corazon. Igual desemejanza; en el bruto no se nota el hecho de la risa, ni el entusiasmo de la gloria, ni el sacrificio de la amistad. Es al hombre tan contrario como al dolor la alegría y como al odio el amor.

Mirad las dotes que más á nuestras manos y á nuestros piés se reflejan. Es sin cesar el mismo: no hay progreso, ni es tampoco cosmopolita. Va del hombre tan separado como de la muerte la vida.

¡Gran cosa, señores míos! Ninguna de las dotes más grandes que al hombre caracterizan es propia de los animales: ninguna. Nosotros con motivo sacamos de ahí esta confirmación: el hombre no tiene rival en las otras especies.

Si no tiene rival entre los brutos, si mucho los supera en excelencia, resulta claro de dónde saca su origen.

Kepler, al fin de su gran obra de astronomía, dice las palabras siguientes: «Sólo me resta que desde la mesa de los cálculos levante los ojos y las manos al cielo, acudiendo con humildad y devocion al padre de la luz. ¡Oh tú que por la luz de la naturaleza en nosotros despiertas

el deseo de la luz de la gracia, á fin de trasportarnos un dia á la luz de la gloria; yo te doy gracias, Señor y Creador, porque me has alegrado con tu creacion y porque me infundiste gozos, en que me arrebatában las obras de tus manos. He concluido yo una obra conforme á mis naturales disposiciones con toda la fuerza de la mente que me has dado; he revelado la gloria de tus obras á los hombres que leerán estas demostraciones, por cuanto mi espíritu limitado ha podido comprender su inmensa grandeza.»

Al concluir la presente conferencia viene á mis lábios un himno igualmente afectuoso é igualmente excelso.

¡Oh tú, que me has dado la mente, con esta luz intelectual en la cuál espéjase tu esencia y por la que de rayo en rayo subo hasta tú grandeza, recibe la salutación mejor del alma mía! ¡Ay! No permitas que me cubra el error con sus sombras. Sepultado quedaría sin respiración y sin la primavera de un porvenir eterno. Permite que te busque con el ánsia del infinito, hallándote y deteniéndome de continuo en tí; permíteme que con mi palabra razone de tí; permíteme que te invoque con tu oración. Orar equivale á gozarte y á vivir de tu vida.

¡Oh tú, que dentro de mi edificaste un corazón, gozosa vitalidad del intelecto y templo de tu caridad! ¡Hasta qué punto fuiste piadoso! ¡Bendito seas! Alzándome con el corazón á tí, no sólo participo de tu divina vida, sino que con los ardores sobrehumanos que me comunicas, llego á ser potente para inflamar la tierra, atrayendo á tí los corazones más duros y las almas más frías. Nunca me toque ya el hielo de la incredulidad; defiéndeme, oh santísimo Amor, de los malos. Antes se me rompa el corazón en el pecho, que yo concluya de correr á tí, de amarte y enaltecerte.

Bendígote, Padre celestial, que ideaste un cuerpo en mí, provisto de piés y manos, todo en servicio del alma, como el alma mía es instrumento de tu gloria. Haz que mis manos nunca se acerquen para coger el fruto de la planta prohibida: ¡basta las sufridas angustias! Haz que por el contrario se difundan entre mis hermanos tus beneficencias y la limosna espiritual de la caridad. Permite que los piés, á los cuales asignaste tú el dominio del mundo, huyan el consorcio de los pecadores, que sigan los caminos de la paz, de la justicia y de la pureza: apresúrense sin que nunca se cansen en este sendero, que recorrió Cristo, y donde la cruz está enhiesta. Cuando lleguen á la meta, encontraréme yo en el paraíso.

APÉNDICE Á LA CONFERENCIA IV.

LOS DOS JÓVENES SOLDADOS.

Amo tanto á estos dos valientes y á estos dos piadosos, que no puedo aquí omitirlos: si bien por el arte bosquejados, expresan históricamente la verdad. Su idilio se une, por lo demás, perfectamente á la leyenda de los dos *Jóvenes Esclavos*.

Estamos en el fondo del castillo, que se levanta en Port Vendres; á su izquierda tenemos la cárcel militar. Actualmente la ocupan dos jóvenes soldados, que, lejos de mostrar en su semblante la huella del delito, aparecen con serenidad maravillosa; despojados de sus uniformes y acaso en la víspera de fatal sentencia, sienten correr fría la tristeza por sus huesos, triunfando de la misma con la dignidad de la conciencia y el deber de la resignación cristiana. ¿Por qué se hallan encerrados allí dentro?

Es tiempo de peste. Guillermo y Roberto, soldados los dos carísimos, enviados al *cordón militar* á fin de hacer la ronda, faltaron recientemente á su obligación. Fué un caso cruel. Un extranjero, montado en su mula, se presentó á fin de pasar el puente, siendo rechazado. A fin de atraer á los soldados, les echó una bolsa llena de oro; lo rechazaron nuevamente y repelieron las monedas. Poco después oían los lamentos y los gritos prolongados de una pobre mujer, pálida, flaquísima y con los vestidos rotos: estrechaba contra su seno un niño, otros dos llevando envueltos con sus pequeñas manos en su falda. Pidió permiso para pasar. «¡Imposible!» le contestaron Guillermo y Roberto. Entonces ella se mesó los cabellos, gimiendo y suplicando con voz por el dolor debilitada: «Es tarde; no tengo aquí á nadie; mis hijitos se mueren; no vengo de ningún país apestado. ¡Ah! señor sargento; déjeme usted pasar.» Añadió, arrojándose á los pies del más inmediato: una vieja parienta me aguarda, y me ha preparado el refugio. Los dos jóvenes soldados sintieron que se les partía el corazón, y entró la mujer suplicante. ¡Ved qué desgracia! El extranjero de la mula, que se había escendido entre las rocas, observó el hecho y fué solícito para denunciarlo. Halló yesca muy pronta para el fuego: el ayudante Valmore, sobre cuyo corazón pesaba un odio mortal á Roberto, mandó encarce-

lar á los dos jóvenes, reuniéndose pronto el consejo de guerra, del cual á punto está de salir inminente sentencia.

Se ha dictado esta: designe la suerte su nombre, y muera uno de los dos para ejemplo comun. Incontinenti se hace la operacion, correspondiendo á Roberto el punto alto: se ha salvado por consiguiente.

Ahora volved á contemplarlos en la cárcel un momento solos. El semblante de Roberto, si bien salvo, no muestra gozo. Guillermo está pensativo y mudo. Rompe su amigo el silencio y dice: «¿No me miras, Guillermo? ¿Nada tienes que decirme? Aquél, como despertando de un profundo sueño, exclama: «Pocos momentos me restan; mas tú eres dueño de tu libertad. Oye; necesito que la consagres inmediatamente á mi amistad, yendo á ver á mi familia.»

«¡Tu familia!» preguntó asombrado Roberto.

«Sí, caro amigo; tengo una tierna mujer infelicísima: tengo dos niños, que como yo han nacido para las lágrimas y para la desventura.»

«¡Justo cielo! Eres esposo y padre. Dejaste sin embargo que lo ignorara. Me llamabas con todo amigo y único amigo. Quedo de piedra.»

Era inútil manifestártelo; te hubiera amargado mucho más, sin recibir de tí consuelo alguno. Tú me conoces sólo por Guillermo; mas soy el capitán Derville.»

«¿Derville? ¿Cómo? ¿Eres tú aquel valiente, y al propio tiempo manchado con el deshonor, que invirtió los fondos de su regimiento?»

«Tal es mi horrible infortunio, añadió Guillermo; haber sido infamado y creído ladrón en presencia del mundo: Digo en presencia del mundo; pero no delante de Dios, ni en mi conciencia inmaculada y virgen. Un joven pariente de mi mujer, á quien ingénuamente admití para que guardara el dinero, me lo arrebató, llevándose. Considera mi desesperacion. Rompí la espada, alejándome del ejército; no tuve valor para comparecer ante mi familia, viéndola infamada conmigo y por mí. Resolví por tanto abandonar la patria que había defendido ya con mi sangre é ilustrado con las victorias. No me fué posible; me lo vedaron sucesos demasadamente terribles. Entonces, bajo el nombre de Guillermo Larive, incorporado fuí al regimiento donde te hallé á tí, mi tesorero. ¡Ah! ¿No es verdad que revelándote los misterios de mi vida apeño y traspasso la tuya? Por tal razon callé siempre. Mas dejemos esto. Hace ahora cinco años que yo estoy separado de mi esposa y de mis hijos, sin haberlos podido ver una vez, ni una sola durante todo este largo trascurso de tiempo. Ahora bien; piensa si ardentísimo será el deseo de apretar contra mi seno seres tan caros y tan preciosos para mi corazón. Empero las vicisitudes contrarias me privan para siempre del

inmenso consuelo. No, esposa é hijos míos; no podré nunca veros nuevamente.» Al decir esto, vierte un mar de lágrimas.

Roberto le interrumpió diciéndole: «¿Dónde se hallan? ¿Dónde viven actualmente?»

«Asombrate: á pocas millas de aquí; más allá de un pequeño brazo de mar... en la isla de Rosez. Hace pocos dias que por un traficante supe con ventura que allí estan: pedí al coronel licencia para ir, habiéndola obtenido, cuando acaeció el funesto incidente que ha de cortar el hilo de mi vida. ¡Infeliz de mí! ¡Estar mi familia tan inmediata y deber morir sin verla! Pues bien; oye, Roberto: dentro de poco debe partir el barco á Rosez; ve tú en lugar mio. Toma estos papeles; los entregarás á mis parientes abandonados. Dirás á mi consorte que la inícuca fortuna, persiguiéndome hasta lo último... dirás á mis pobres hijos... ¡Oh Roberto! les dirás cuanto dicte tu corazón; les dirás sobre todo que muero inocente...» Y volvió á llorar amargamente. «Lloro, dijo murmurando entre sollozos: lloro, sí; pero estas lágrimas no son de un cobarde. Es verdad que soy un soldado acostumbrado á desafiar la muerte; pero es también verdad que soy hombre: no lloro por mí, sino por mi desventurada familia.»

Sólo pasan algunos otros rápidos instantes y en la cárcel militar de Port Vendres se toma una resolución sublime. Roberto, libre, se ofrece á salir fiador de Guillermo, hasta las siete de la mañana próxima, hora terrible en la que deberá consumarse el sacrificio del amigo: vaya él á Rosez con el fin de ver á su familia, bastando que torne á las siete de la mañana; si no vuelve (aunque la cosa se juzga imposible) Roberto morirá en su lugar. La proposición es magnánima; y aunque parezca raro es admitida por el ayudante Valmore. Dicho y hecho: queda en la prisión el buen Roberto y parte Guillermo.

¡Oh! Valmore, odiador malvado de Roberto, aprovechó la coyuntura oportunamente para que muriera, y realizar sus venganzas. No resulta extraña por lo tanto, la admisión de la propuesta, sino impía. Irá Guillermo á Rosez, no retornando tan pronto. Dará sus órdenes el ayudante para impedir el retorno: sonarán las siete y Roberto sufrirá la pena capital.

Ocurren dos escenas sumamente conmovedoras.

De una parte surge la isleta de Rosez. Hay allí una pequeña morada; la casita de Tomás, en cuyo entresuelo vive una mujer extranjera: la honrada Sofía, de ilustre familia; pero decaída y pobre, que tiene á su alrededor dos hijitos afectuosos y tiernos como ella: Enrique y Adolfo. Se fatiga bordando: cuando tiene concluidos algunos bellos bordados, manda la madre á su Adolfo, el más intrepido, á las casas, con el fin

de que se los compren las señoras. De pronto se presenta el muchacho, que habia salido de casa, y dice: «Mamá, llega un barco de Port Vendres. Aguardas siempre noticias satisfactorias: ¡quién sabe!» Tomás, el amado huésped, toma su sombrero y el baston, saliendo. Despues de haber dado pocos pasos, entra de nuevo y exclama: «Lo he visto; aquí está.»

«¿Quién?» pregunta la mujer maravillada. «¿Quién viene aquí á vernos?»

«¡Tu marido!» grita Guillermo tendiéndole los brazos al cuello. «Es vuestro padre,» dice dirigiéndose á los dos niños que se arrojan á sus rodillas, abrazándole y llorando. «Soy yo; miradme y reconocedme.»

Siguen gritos, sollozos, gemidos, lágrimas dulces y bendiciones á la Providencia: se cuentan reciprocamente las injurias sufridas, los riesgos corridos y las desventuras prolongadas amarguisimas. Al parecer el sol del gozo surge á fin de iluminar por fin aquella tristísima casa: las mejillas de la mujer toman color, y los hijos se vuelven locos de alegría: aquel rayo de sol fugitivo, hiriendo la frente de Guillermo, hace que continúe tétrica y alterada.

Otra ventura se añade alegre. Lllaman á la puerta, entrando Gustavo, un joven aspirante de marina, que desde Port Vendres habia venido en el propio barco que Guillermo. Debe consignar á la señora Derville una cajita, sin poder inquirir su contenido; pregunta si está, y si está ella misma. «Ella misma,» le contestan. Toma Sofía la carta y lee. ¡Cielos! Escríbele un primo suyo de París, diciéndole: «Consuélate, prima; Blinval, aquel indigno pariente vuestro, que huyó con la suma sustraída de la caja militar, fué descubierto por fin y asegurado con cadenas. Confesó su delito, y el Ministro de la guerra mandó que incontinenti se promulgara la inocencia de tu marido delante de toda la guarnicion.»

«¡Oh justicia del cielo!» exclama con gozo la mujer, dejando caer la carta. «¡Viva Papá!» dicen estrepitosamente los niños. Aplauden todos gritando: «¡Viva el capitán inocente!»

Para completar la hermosa fiesta quieren que Guillermo, reconocido ya como el capitán Derville, endose su primitivo uniforme. Envía la madre con Tomás á los pequeños Enrique y Adolfo, para que tomen el uno el uniforme y el otro la espada de su Luis. Vienen los muchachos con las insignias y Guillermo se las pone. ¡Pero qué? No bien ha llegado en sus queridos al colmo la alegría, se nubla su faz de manera extraña, se irrita y llora.

Le pregunta Sofía temblando: «¿Qué tienes? ¿No estamos llenos de gozo? ¿A qué fin tu amargura y tus sollozos?»

«Debo marcharme de aquí nuevamente.»

«¡Marcharte? ¡Dejarnos? Vienes á darnos la vida y tan pronto nos haces morir de nuevo. ¿Cómo? ¿Qué fuerza inexorable te arranca hoy á nosotros?»

«Toma, mi buena Sofía, exclama Guillermo sacando la mano del bolsillo: te consigno una copia del testamento de mi padre (¡pobre padre!) y este nombramiento mío de capitán: con ellos podrás hacer valer tu derecho á la pensión á las viudas de los oficiales debida. Soy soldado y debo pelear: puedo morir en el campo.»

«¡Gran Dios! responde desesperada la mujer. ¿Es tu testamento este? No, cruel, no: cien veces fuiste á la guerra y nunca destrozaste mi corazón, como lo haces ahora, con estas terribles determinaciones. Estás seguro de no volver. Aquí dentro hay un arcano; un arcano infernal que á todos nos destroza. Dime: ¿qué pasa?»

Gustavo, el joven aspirante de marina, habla en medio de las lágrimas aquéllas y de aquellas voces desesperadas, diciendo: «Consuélese usted, señora; no partirá. Si volviese á Port Vendres sería fusilado en el pecho, debiendo pagar con la muerte su acción magnánima. Mas repito que no partirá. Tengo una orden superior para detenerlo aquí: el barco que nos ha traído á Rosez apártase ya de la orilla, y en alta mar está con las velas desplegadas: cálmese usted.»

«¡Bárbaro! le dice Guillermo gritando. ¿Así me haces traicion? ¡No sabes, bárbaro, que quien te mandó que me detuvieras en esta orilla es enemigo implacable de Roberto, y que mi tardanza debe costar al amigo la vida?» Al decir esto tiene las furias en el corazón. «¡Oh Roberto! añade; amigo incomparable; alma rara y quizás única en el mundo: ¡morirás pues, por mí! Empero no morirás.» Aumentando su furia en las venas, echa fuego de los ojos, y arroja el uniforme que se había puesto.

Al verle así Tomás y Gustavo se acercan para detenerle: la mujer con sus dos hijos se tiende á la puerta gritando: «Por aquí, despiadado; por aquí pasarás aplastando nuestros cuerpos.»

«¡Esposa! ¡Hijos! ¡Verdugos míos!» grita furioso Guillermo. «Dejadme; apartaos; temblad... El deber me llama; el Eterno lo quiere... Mis hijos leerán sobre mi sepulcro la victoria del honor y de la amistad.»

Y pasa volando sobre aquel grupo, abandonando á su familia.

Ocurre la otra escena en la cárcel militar de Port Vendres.

Roberto, que se ha constituido en ella para ocupar el puesto del amigo, sin que le manifiesten toda la trama del ayudante Valmore, trasluce á maravilla el intento que tiene de hacerle morir. Se indigna

contra quien pone la vuelta de Guillermo en duda: ofender al amigo vale tanto como lastimarlo á él.

Quando despues el carcelero Valentino se lo revela todo, y sabe que Guillermo, sin culpa, no volverá, un dulce consuelo aún le queda: poder salvar muriendo un amigo inocente. En tales angustias ha pasado la noche y se acercan las siete de la mañana; Valmore, seguido por un piquete considerable, preséntase á Roberto, y dice: «Llegó el barco de Rosez: Guillermo no ha venido en él. Es la hora de la ejecucion de la sentencia.» Mientras el carcelero se pone á referir á voz en grito á los soldados el horrible atentado, el general Conde de Altavilla se descubre y lo reprocha: viene Laurita, la sobrina del carcelero, que se lanza entre los allí reunidos y dice: «Hace ya una hora que desde lo alto del muelle se descubre un hombre que nadando por el mar costea la orilla primero, despues descansó en el escollo vecino, y ahora siempre nadando entra en el canal.»

«¿Quién será?» preguntan algunos. «¿Será verdad que aquel nadador...»

Aquí está, dice la muchacha entonces. Llega de improviso Guillermo todo manando agua, en medio de dos marinos que lo sostienen, teniendo detrás á no pocos militares y paisanos; dice gritando: «¡Oh Roberto! Aquí estoy. ¡Buen Dios! Te doy gracias porque me has dejado llegar á tiempo para la salvacion de mi amigo.»

Corneille, Racine, Metastasio y Alfieri han hecho dramas superiores á este de D'Aubigny; mas oso decir que nunca ninguno de los sumos autores dramáticos hizo más pronto y más tiernamente desde los teatros llorar á los espectadores. ¿Por qué tiene tanta virtud el drama *Los dos sargentos*? Ciertamente porque cuenta los generosos sacrificios de la amistad, y porque tales sacrificios son verdaderos aún en la corrupta edad presente. Esto es bastante y son suficientes vuestras lágrimas, amados lectores: en tal sitio no querré preguntar en adelante: En los grupos de los animales, ora vuelen, ora se deslicen, ora saltan, ora nadan, ¿existe ni de lejos cosa igual ó semejante?

CONFERENCIA V.

SI EL HOMBRE, NACIENDO DE LA BESTIA,

HUBIERA PODIDO VIVIR.

No hay medio, señores. Añadiendo una conferencia creía yo terminar mi tratado contra los que dicen que los hombres han descendido de los brutos, y quedé muy engañado. Más que nunca descubro ahora que los grandes argumentos son inagotables.

Alighieri, queriendo ampliar y conducir á término en un poema la vision de fray Alberigo, no lo consiguió inmediatamente: principió su trabajo en versos latinos, imitando en lo posible las armonías de Virgilio; de aquel trabajo se apartó para dedicarse á la obra de la *Divina Comedia*. Igualmente Juan Milton no pudo incontinenti perfeccionar el concepto de Andreini, del cual hacíase imitador; antes de darnos el *Paraiso perdido*, escribía tambien una tragedia con el sello del drama del italiano; no gustándole, la rasgaba.

No rasgo yo la última conferencia, que oisteis vosotros desde este lugar. No borro mis palabras, diciendo sólo que no son suficientes.

Si se recuerda, nosotros, dejando aparte la investigacion ideal, empleamos un método más vulgar y positivo para poner al hombre delante de los brutos: procuramos compararle con éstos en las dotes que se refieren á su inteligencia, en las dotes relativas á su corazon y asimismo en las que atañen á sus piés lo mismo que á sus manos. Siguiéron dos conclusiones. Primera: que ninguna de las facultades más eminentes que caracterizan al hombre es propia de los animales. Se-

gunda: que, siendo el hombre de los animales sustancialmente distinto, no puede deber á ellos su descendencia.

Ahora, estrechado por el asunto de una manera tan apremiante, siento la necesidad de darle la última mano, haciendo lo que todavía no pasa de ser una simple hipótesis sin que por ley alguna pueda imponerse.

Cosas hay que no es posible sostener y que casi no se pueden imaginar. Debeis vosotros reputar imposible que los graves no quieran tender al centro, y que por esto corra el agua de los rios arriba, volviendo á su fuente: imposible que dos líneas, alejándose del centro por vía diversa, se acerquen entre sí; imposible que entre el vegetal y el bruto se descubra el mineral, más bien que otro ente afín al uno y al otro, cual por ejemplo el pólipo; imposible que sin el aire se difunda el sonido; que un remo echado en el mar deje de parecer curvo; que la cánicula de agosto produzca las yerbecitas y los hielos; que los ojos escuchen en lugar de las orejas y que discernan las segundas en vez de los primeros: imposible que una série de números, añadiendo cifras á cifras, llegue á ser actualmente infinita.

Quien usa de la razon y examina científicamente los hechos, sabe que asimismo es imposible otra cosa: es imposible que sea el hombre una especie trasformada y de raza enteramente animal. Vosotros, señores, estais hoy convencidos de lo que digo: admitir en el hombre tal estirpe resulta tan duro, como es duro precisamente pensar que sea el centro la circunferencia, que no tenga el agua la naturaleza de los cuerpos graves, y así sucesivamente. Empero supongamos esta vez un absurdo: imaginemos aquí como un acontecimiento el solemnísimo error monstruoso, segun el cual ha descendido el hombre de los brutos. Pregunta yo: comparado de tal manera sobre la superficie de la tierra, ¿hubiera podido seguir viviendo?

Propongo un problema que de todos es el más práctico; con igual estilo, sirviéndome del experimento, me dispongo á su solución.

Tres actos, ó tres momentos constituyen la carrera del hombre, determinando sus suertes: la crianza infantil, la educacion y el matrimonio. Finjamos al hombre producido por la bestia: tristes é inexorables cosas, señores, se me revelan de él. Debo contestar al problema con la negacion más terminante.

¡Pobre hijo del animal! Hé aquí las tres deficiencias que lo molestan.

Por lo que hace á la crianza infantil, no tiene la madre que se la proporcione.

Por lo que hace á la educacion, no encuentra el preceptor ó el maestro que lo dirija.

Por lo que hace al matrimonio, no se le presenta delante la esposa que lo contente.

Es un niño aislado, un jóven bárbaro y un hombre solitario. Muere.

¿Quieres conservar al niño, que grita en la cuna, haciendo que su vida prometa mucho y que sea exuberante? No tardes: piensa en la debida nutricion.

Tierno y precioso es el niño que acaba de nacer. Es el hombre apenas incipiente, ó más bien el primer sorriso de la vida; sin embargo, ninguno necesita más las fuerzas constitutivas de la vida. Salido de una cárcel, donde permaneció nueve meses incómodo, ahora que parece libre, de ningun modo es dueño de sí, faltándole poco para que se duela de su libertad. Su cerebro de niño, su corazon blando como la cera en el fuego, sus piés débiles y flojos hacen que su vida sea muy penosa: á ser principia siendo una flor temprana de la existencia humana, y se siente morir. Está sometido á los elementos externos que le hieren y que hasta lo extenuan: ha perdido los vasos sanguíneos, de los cuales sacaba la vida en el claustro materno. Este pobre niño, que aún no habla, grita: *Tengo hambre*.

En su virtud, lo más importante sin duda en la crianza de los niños es la nutricion. Ya no existen los internos vasos sanguíneos para que lo alimenten: es preciso, pues, buscar algo, que á tal nutricion de sangre supla. Hé aquí oportunamente la leche: «La leche, segun nota el profesor Donné, «es casi sangre con forma nueva (1).» A la verdad si la inquiris con el análisis microscópico y con los experimentos fisiológicos, hallais que la leche contiene todos los elementos necesarios para constituir y reparar los órganos corporales, faltándole sólo un grado superior de elaboracion para venir á ser sangre perfecta.

Alegremonos en torno de la cuna: encontramos ya el alimento que necesitase para la vida del infante. Es la leche: para ser distribuida pone Dios al lado del niño los pechos de la madre.

Esto establecido, entramos en la parte primera de nuestras indagaciones.

¿Compareció al principio en el mundo el hombre no salido del útero de la mujer? Escríbese y enséñase así. Empero si de tal suerte se hizo, ¿de qué manera, señores, y por quién fué parido? No podemos con-

(1) Al. Donné, *De l'éducation physique des enfants du premier âge*.

nuestra mente concebir adulto grande y hermoso al primer hombre, no bien á vivir principia; los doctos, áun los más hostiles á nosotros, admiten que no podia el niño nacer de otra manera. En su virtud, volvemos á lo mismo y preguntamos: el hombre recién nacido, necesita un alimento y pide leche; ¿cuál fué, por consiguiente, su madre y su nodriza?

Aquellos naturalistas que no creen ya en Dios, jactándose sin embargo de hacer descubrimientos y de razonar, enuncian aquí opiniones alegres, en abundancia por cierto. Algunos hacen nacer al hombre por infusorios; quien, como Denis, de los fósiles; Oken lo hace salir niño del mar; Demaillet de los peces. Más deliciosamente Ritgen lo ve salir de una flor gigantesca. Algunos, en suma, quieren que se produzca por «heterogénesis» y otros por «homogénesis», con tal que proceda de un vientre, que lo sea todo menos humano. Empero á nosotros cúmpenos debatir nuestro punto, que es considerar al hombre nacido de la bestia del campo. La mayor parte de los naturalistas incrédulos se reúnen aquí, siendo ahora esta la sublime disputa de nuestra generacion. En su virtud, dejando aparte la gigantesca flor, la espuma del mar, los peces y el fósil, buscamos el animal, aplaudido como engendrador del hombre.

Ha escrito Luis Büchner: «Nuestro antepasado, es decir, el hombre mono, ó el mono hombre, hasta hoy no es conocido: vendrá un dia en que lo hallarán, encontrándose en los trópicos, verdadera patria de los grandes «antropoides» vivientes, ó explorando las enormes formaciones terciarias del Asia meridional, ó bien excavando el Africa, ó inquiriendo las islas del Archipiélago «malés;» si nunca se encuentra nada, será preciso conformarse con el destino y lamentar la extraordinaria imperfeccion de los indicios geológicos, así como las lagunas que dejan en la ciencia las tierras sumergidas (1). ¡Ah! ¿Nos predicais que el antepasado del hombre es el bruto, y no conseguís encontrar este bruto? ¿Es necesario para dar con él excavar primero el Africa y el Asia, como tambien acaso enjugar el Océano? Esperad, pues, para dirigirnos vuestro sermón á que el Océano esté ya enjuto, así como excavadas el Africa y el Asia. ¡Una bagatela! Tiempo existe para disponer convenientemente las partes de la oracion. Y sin embargo, parece que ni áun esto debe bastar, porque afirma Jorje Pouchet: «No podemos ni áun adivinar la naturaleza y el número de las especies, que conducian al vertebrado aquel principal, que consideramos como la estirpe del hombre. Acaso no las adivinaremos nunca. La geología en una grandiosa inscripcion; pero al-

(1) L. Büchner. «El hombre considerado segun los resultados de la ciencia», parte II.

terada para siempre (1). ¡Oh! El bruto, que fué padre del hombre, no se halla; el sitio donde hallarse podría, encuéntrase para siempre alterado. ¿No es una desesperacion? Yo queria proveer incontinenti á la nutricion del infante bestial: ¿de dónde puedo sacar la vital nutricion? ¿De dónde la leche, á fin de que no muera? Vamos, vamos; suprimid el púlpito y la predicacion: el panegírico de la gran bestia madre queda impedido para siempre, ya que no se presenta, dejando perecer al infante de inedia. Lo he oido de vuestra boca.

De todas maneras, si bien tan desprovistos de pruebas, los naturalistas incrédulos insisten en que la bestia es la madre del hombre. Si es asi, véase á cuál entre las más elevadas especies «animalescas» por nosotros conocidas pertenece la inmensa gloria. Hé aquí los tres géneros de los monos antropomorfos, que segun la mayoría de los referidos fueron los primeros padres del hombre: estos tres monos son el chimpancé, el gorilla y el orangutan. Señores, ¿teneis buen motivo para decir que alguna de tales bestias pudo ser madre del hombre recién nacido, pudiendo tambien convenientemente lactarlo y nutrirlo? Antes de escoger la nodriza, examinase de un modo sutil y se quiere acomodada al niño: examinemos nosotros tambien.

El chimpancé, que es el troglodita de Linneo, tiene la altura media de 1 metro 50. Es pequenito; pero pase. Lo que más desentona es que anda encorvado; cuando procura con ahinco alzarse para ir derecho, llegan sus brazos á sus rodillas. Está hecho, por consiguiente, para correr á cuatro manos, si quereis llamar con este nombre sus extremidades. Si lo recordais bien, los sitios predilectos por los que corre, son los bosques y las «landas.» Habita en las incultas selvas del Africa y á lo largo de las costas de la Guinea. Dotado está de gran fuerza; con sus cuatro manos aferra como si fuesen cuatro tenazas. Sus costumbres son versátiles y horribles, propias de los sitios donde vive: se infieren de algun individuo jóven metido en nuestras casas de fieras. El chimpancé niño es ya feroz: ¡considerad cuál será la ferocidad del padre!

Amadas madres, que os desvivís tanto por la nutricion del infantilillo, temiendo que no sea de buena calidad la leche, para lo que consultais á los médicos; amadas madres de Italia, las cuales quereis que se dé la leche al niño con amor y en horas convenidas. Decid: ¿Podriais esperar el amor vigilante y la leche óptima dados al primer hombre infante por aquella repugnante y feroz mona? ¿Le confiariais vosotras á vuestro dulce recién nacido? ¡Oh! ¿No temeriais que el chimpancé, viendo un

(1) Jorje Pouchet. «Pluralidad de las razas humanas.»

niño tan diferente, lo estrechara entre las cuatro tenazas de sus extremidades para desgarrarlo? Decidme una palabra, puesto que teneis autoridad en la materia; decidmela, á fin de que yo la oiga, gritando á los incrédulos crueles naturalistas.

El gorilla, que es el segundo mono antropomorfo, se diferencia en algunas cosas del chimpancé, siendo peor aún. Parece que la denominación procede de un general cartaginés, llamado Annon, quinientos años antes de Cristo. Annon mató tres de aquellos monos; trasportadas sus pieles á Cartago, y clavadas en el templo de Juno, allí permanecieron hasta que los de Roma dismantelaron aquella ciudad. Es positivo que entre los modernos el gorilla fué hace poco encontrado, en el 1847, por Savage, misionero americano en la ribera del Congo. Un cirujano de la marina francesa, el doctor Franguet, dió uno en 1852 embalsamado al Museo de Historia natural de París. Es un macho adulto. No bien lo contemplais, sentís que se difunden por los huesos el horror y la repugnancia. Tiene semblante humano el gorilla; pero echado, por decirlo así, en tan hórridos y robustos miembros, que revelan en seguida la índole violenta de la fiera. En cuanto á la estatura, viene á ser la del hombre, porque tiene 1 metro 67, aunque resulta más voluminoso y macizo: resulta sobre todo más terrible, por cuanto es, á diferencia de los hombres, muy espantoso. Cuando en las selvas lo cazan, son grandes y crueles los peligros; si el cazador yerra el golpe está perdido, porque aquellos dientes caninos y largos plantados en fuertes quijadas le dan golpes mortales. Owen refiere que los indígenas del Gabon temen este gigante de los cuadrumanos más que al leon: sólo en sus manos tiene tal nervio, que con un apretón logra estrangular al enemigo.

Vuelvo á vosotras, amadas madres. Concedáse que la leche abunda sana y hermosa en la hembra del gorilla; ¿tendriais sin embargo corazón para llamarla, á fin de que fuera la nodriza de vuestro infantilto? Quiero tambien suponer que se deja el gorilla domeñar, no sustrayéndose á vuestros ojos; pero ¿qué seguridad os prometen aquella mirada suya torcida, aquellos modos violentos, y aquel deshonesto furor de vengarse de las injurias que ha recibido? Imaginad por consecuencia al primer hombre, no vigilado ni defendido por persona benévola, abandonado al pleno arbitrio de la bestia. Cuando el infante se pone de mal humor llora y grita, no dejando reposo alguno durante la noche; ¿creeis que el gorilla sabría sufrirlo de la misma manera que vosotras? ¿No juzgais inevitables aquellas apreturas de manos, cuyo resultado es la estrangulacion? ¡Pobre niño! En la cuna gritas y lloras, de manera que más bien pareces un abandonado: con todo dentro de nuestras ca-

sas te veo siempre asistido y amado con amor ardentísimo por tu madre, que vive por tí. ¡Ah! ¿Qué sucederá si coloco tu cuna en el principio del mundo, poniendo á tu lado al gorilla cruel? Junto á tí no hay una mujer: no está la madre temerosa que te compadezca y te consuele: la bestia se irrita y se lanza sobre tí; en lugar de tus vagidos oigo las lamentaciones de la muerte; no vislumbro ya leche, sino en su lugar sangre. Es la sangre del que debiera ser mi padre. ¡Fiera despiadadísima!

Mudemos de nodriza, dirigiéndonos á otro animal. El tercero que se nos presenta es el orangutan, la *scimia satyrus* de Linneo. Hermano dignísimo del chimpancé y del gorilla, este gran mono causa, cuando se acerca uno á él, no solamente horror, sino repugnancia. Es tal vez más alto que los referidos: Clark Abel describe uno de 1 metro 95; se cita otro de 2'40. Mas aunque el gorilla y el chimpancé se aparta del hombre por la brevedad de sus miembros abdominales, y por la desmesurada largueza de los torácicos, los cuales pasan de las rodillas; cuando procura estar de pié, tocan el suelo. Tiene ignoro qué deforme singular é inefable; mas ya he dicho que al mismo tiempo fastidia y aterrera; posee sus cubiles en las selvas solitarias de Borneo y de Sumatra: cogido á la fuerza cuando aún es jóven y encerrado en la jaula, en ella vive difícilmente, porque necesita desfogarse y hacer sus maldades. De donde se infiere que, adulto y dejado libre, debe ser enteramente brutal.

Lo veo, madres carísimas; tendéis los brazos y apretáis al niño contra vuestro pecho, á fin de que la mala bestia no lo toque; hoy el cuidado de los niños ha venido á ser tan tierno y tan afanoso que se procura evitar espantarlos con los cuentos del coco y del fantasma, lo cual me parece bien. Mas ¡ah! la presencia del monstruo que os bosqueja es una cosa muy diferente del simple cuento ó de la historia de la criada. Sí; cubrid los ojos y tapad las orejas de vuestro infante que palpita, para que ni oiga, ni vea. Se necesita una pía muy amorosa nodriza, y el orangutan tiene un ceño infernal, que casi da convulsiones cuando se mira; ¿cómo hubiera podido el primer viviente de nuestra raza aplicar sus labios á los pechos salvajes de su hembra para buscar en ellos la vida? Mucho más pronto que el primer sorbo de leche, hubiera sacado de allí el sobresalto de la agonía.

Enumeré los tres géneros de animales, que de un modo más conveniente y por consecuencia más probable, entre todos los brutos conocidos, fueron, en sentir de ciertos naturalistas, los padres de nuestro antiquísimo antepasado. ¡Cosa notable! Todos estos tres brutos monescos resultan muy á propósito para matar al hombre, y de ningun modo

para alimentarle: aunque lo hubiesen engendrado, lo matarían inmediatamente.

Añadid más, señores. La crianza de los niños, si principia con la lactancia, en la que hacen consistir la obra más precisa, extiéndese á varias cosas más, las cuales no deben ser olvidadas. Mirad el hombre: él mismo os dice qué cosa desea y necesita. El hombre entre los animales es el que nace más imperfecto: desnudo, con piel delicada, debilísimo, é incapaz de defensa por sí, es la criatura cuya infancia se prolonga más, cuyos dientes despuntan más tarde, y cuyos pies tardan más á caminar. En su virtud, el hombre abandonado á sí mismo debería sucumbir, sin ser apto para perpetuar su especie. Precisamente nace tan pequeño y débil para mejor poner de realce despues su grandeza por el arte y la inteligencia humana; entretanto, actualmente, sin duda es el más necesitado de los animales. ¿Qué se debe hacer?

La crianza infantil, dirigida por madres pródidas, lo sabe. Ved los pañales y los vestiditos que se tejen para el infante: lo libran del aire y de los rigores del invierno. Ved la especie de corsé: le sirve para que no caiga fácilmente. Ved los auxilios de toda clase que le prodigan para defender y reforzar sus miembros; mientras él no sirve á ninguno, todos trabajan en su favor; le dan el aro, las plumas, el lazo, la goma, y hasta los muñecos, para en lo posible librarle de los fastidios y de las enfermedades. Así el infante va creciendo y se salva. Señores míos: el primer hombre no salido del vientre de una mujer, ¿podía encontrarse nunca siendo niño con tales provisiones y con tales caricias? ¿Hubiera podido obtenerlas de las tres madres monescas que os nombré, tan hórridas y crueles?

El doctor Camilo Ierpi hace notar hábilmente con ingenio todos los cuidados que deben emplearse con el niño. Escribe. «La madera de la cuna sea ligera y provista de cortinillas ó de una red, suspendiéndose la navecilla entre dos columnas, de modo que sea manejable fácilmente: póngase primeramente allí el colchoncito, ó el pequeño jergon; cúbrase con un paño ó con una piel; extiéndase luego un pedazo de tela impermeable, y despues una sabanita de algodón; esté la almohada dispuesta de modo que forme un plano inclinado en la direccion de la cabeza á los piés; colocándose allí al parvulito, acuéstese con preferencia sobre la derecha.» El doctor Ierpi va más allá: quiere que durmiendo el niño se tiren las cortinas, á fin de que ni los maléfcos insectos, ni corpúsculos de polvo, ni el aire demasiado vivo le ofendan; quiere además que cuando llora ó grita sea mecido y cosas semejantes (1).

(1) D. C. Ierpi. Comentario al libro de Al. Donné: *Conseils aux mères sur la manière d'élever les enfants.*

Dejad que nuevamente apele á vuestro juicio, madres amadísimas. El primer hombre salido pequeño y llorando del vientre de la fiera, ¿hubiera nunca logrado todas estas provisiones y delicias? ¿Qué cuna de madera especial, qué cortinas y qué colchoncito hubieran dispuesto para su débil cuerpo! ¿Qué defensa contra los corpúsculos de polvo y contra los maléficos insectos! ¿Qué cuna para ser mecido en ella suavemente! Pero qué digo del primer hombre? Despojad á vuestro mismo infante de los cuidados piadosos y abundantes con que lo tratais; tomadlo desnudo y quejumbroso cual le visteis nacer; arrojadlo entre los desiertos, las lluvias, los hielos y las estaciones inclementes. ¿Qué bien protegido queda del viento demasiado fuerte! Está bajo los silbidos de los aquilones y entorpecido por los soplos del gélido Norte. Abandonadlo allí entre las garras de las fieras más hambrientas que él aún y mucho más robustas: ¿qué le pasa entonces al niño? ¿Pobres mujeres! Oigo vuestros gritos desesperados. ¡Horrores y lágrimas!

El problema en su parte primera queda resuelto.

Concedida también la enorme contradicción según la cual el hombre nació de la bestia, no hubiese podido seguir viviendo. Hijo abandonado, sin la madre que le suministre lo necesario para que crezca, para él nacer hubiera sido lo propio que hallar el sepulcro en la cuna.

Si haces lo preciso para las primeras necesidades del infante; si lo alimentas, lo vistes y lo proteges contra las cosas externas que podrían dañarle, haces una obra que contiene todo el germen y la esperanza de la vida humana. Empero, á fin de que á la esperanza siga la realidad, y á fin de que los gérmenes primaverales produzcan en el otoño su fruto, es necesario que siga la obra, y á los primeros cuidados añadir los segundos.

Después de la crianza viene la educación, como después del niño el joven; la educación es un hecho tan relevante é imperioso que principia con la crianza, no pudiendo salir óptima si á su vez no se anticipa entonces. Tú, pues, que te ocupaste ya en criar al infante, procura educar al joven discretamente. Mira que, dejándole sin educación, se perderían los pensamientos, los afectos y las fatigas que á su alrededor empleaste; saldría del niño un joven salvaje y brutal, siendo su brutalidad tanta que lo perderías. ¡Desgraciada flor! Lejos de pasar de la primavera á la estación alegre de la cosecha, sería como echarlo atrás, espirando por las furentes tempestades del invierno.

No, señores; no podemos esperar ver hermoso y vivo delante al hombre niño dado á luz por el animal, porque lo vimos morir en la selva. Empero hagámonos fuerza á nosotros mismos, siguiendo nues-

tras hipótesis con todo ahinco; pongamos en su virtud delante de nuestra vista, saliendo del seno del animal, á nuestro primer antepasado; hé aquí que crece, dejando de ser párvulo para convertirse en un jóven. Ahora necesita educacion; ¿posee el bruto del campo aptitud para proporcionársela? Atendamos á la nueva meditacion.

La educacion consta de tres elementos: el ejemplo, la instruccion y la correccion. El primero informa el corazon para la virtud; la segunda ilumina el entendimiento; enseña la tercera cómo deben ser las acciones, refrenando los vicios y cortándolos desde su raiz.

Hablando del primer elemento de la educacion, que es el buen ejemplo, para el muchacho y para el jóven resulta tan indispensable, que casi basta por sí. Lord Brougham observa que los conocimientos, que logra el hombre en su juventud, y las ideas que nacen entonces en su alma, son de tanta importancia que, si debieran despues imaginarse desvanecidas, sería en el parangon nada todo el saber de un alumno de matemáticas de primera clase en Cambridge, ó de uno de los más distinguidos estudiantes de Oxford, al paso que la ciencia, aprendida en tales escuelas sin la primera, no le dejaría vivir una semana siquiera. Otro inglés, llamado Cowley, hablando de los primeros ejemplos y de las ideas que se forman en la mente infantil, las compara con las letras que se graban en la corteza de un árbol jóven, las cuales con el tiempo crecen y se dilatan. Esto me recuerda el hermoso proverbio de los árabes: «Una higuera, mirando otra higuera, viene á ser fructífera.» ¡Poder del educador! ¡Poder que tiene principalmente la madre al difundir la luz de los ejemplos virtuosos! Ella en el alma del hijo, áun sin hablar, levanta el edificio moral de la virtud. Asi Juan Randolph, hábil estadista americano, dijo: «Yo hubiera llegado á ser ateo sin un recuerdo, es decir, sin la memoria de aquellos dias en los cuales mi difunta madre solía cerrar entre las suyas mis pequeñas manos infantiles, y hacerme arrodillar para que repitiera el Padre nuestro que estás en los cielos.»

Entremos en la selva: pongámonos á considerar de los animales el que más os plazca, cuadrúpedo ó volador: el mono, el rengífero, el chical, el leon, ó bien las cigüeñas, los grajos, los cabrones silvestres, las urracas, las cornejas, las águilas; ¡hay en algunas de tales criaturas del bosque un solo rudimento lejano, ó una sola reverberacion del ejemplo moral para informar en la virtud al hombre jóven? ¡A qué fin me pierdo aquí y gasto el tiempo! Ved á los pájaros y á los brutos silvestres; se combaten, se golpean y se matan á fin de arrancarse la presa; viven por la muerte de sus semejantes; triunfan con el exterminio. ¡Pobres de nosotros si tales educadores hubiera tenido el hom-

bre alguna vez! Hay otro proverbio que dice: «El que vive con el lobo aprende á aullar.»

El segundo elemento de la educacion es la enseñanza y el saber. En su virtud ¡cuántas escuelas en el mundo, cuántos colegios y cuántas universidades! El conde José de Maistre, al censurar á los gobiernos ordenados á la moderna, solía decir: «Casi hay en Europa más gobernadores que gobernados.» Por lo que hace á las escuelas privadas y públicas, nosotros, sin querer que nos tengan por censores, podemos afirmar otro tanto: «Casi hay más discípulos que maestros.»

Entremos nuevamente, señores míos, en la selva. ¿Dónde están en ella vuestros asilos infantiles y vuestras escuelas de día ó nocturnas? ¿Tendríais acaso la ocurrencia de buscar allí las academias lingüísticas, filológicas, literarias, científicas y cosmopolitas? ¿Por qué no buscáis también allí las universidades de Salamanca, de París, de Bolonia y de Pisa? ¿Quién sabe! Aquellas cabecitas de los monos y aquellos cráneos fuertes de los otros mamíferos, de los cuales emana todo el jugo que tenemos en el cerebro, pueden haber construido también otras elegantes y sapientísimas. ¡Qué necedades! En la selva se halla el cubil y no el colegio; está la cueva y no la universidad. Buscábais un Aristóteles, y encontráis un oso. Queríais hallar un Quintiliano, y halláis un tigre.

Hablar quería del tercer elemento para la educacion que es la correccion; pera me siento constreñido á prescindir de él. Digo más bien: el hombre, que tanta educacion necesita, quedaría desesperado del todo si pretendiera lograrla en la selva, porque, no retemplado para la virtud su corazon, no siendo iluminado tampoco su entendimiento, y sin freno para las obras, bien claro resulta cuál hubiera sido su fin. Un antiguo griego decía: «Haz educar un hijo tuyo por tu esclavo; en lugar de uno sólo, hallarás que tienes dos esclavos.» Pues bien; si el hombre hubiera sido educado por la bestia, el mundo tendria una bestia más. Ha escrito Samuel Smiles. «Pon á un filósofo, aunque esté dotado del más noble entendimiento, entre diarias angustias, inmoralidades y bajezas; verás cómo insensiblemente se embrutece (1). Ahora bien; colocado el jóven entre las bajezas, las atrocidades y las fealdades de los animales, forzosamente hubiera sido también brutal. En su virtud hubieran sido miserables sus suertes, siendo causa de muchos estragos y de luto. Un ser brutal, como el hombre corrupto no educado, viene á ser suicida: sus años primeros, transcurridos como salvaje, lo destrozan. Cuando el maldiciente del doctor Wolcot, destruido por los vicios,

(1) Samuel Smiles, *El Carácter*, cap. II.

yacía en su lecho de muerte, un amigo le preguntó si algo hacer podía que le complaciese: «Sí, respondió con calor el moribundo, dado que puedas hacer que me sea restituida la juventud.» Quería decir que, una vez restituida ésta, quedaría arrepentido, procediendo como un hombre de manera muy distinta. Era demasiado tarde. Había vivido como bestia, y como bestia debía morir.

Hé aquí el hombre en su juventud, en la cual, no teniendo maestro, ni pedagogo que lo dirija, muere.

Oigo que me oponen. El hombre, librándose del vientre, y de los primeros cuidados de la bestia, educóse por sí mismo.

¡Si fuérais creídos! Mas vosotros que llamais salvajes á las bestias sólo porque carecen de la educación, ¿con qué pecho y con qué firme razón podeis afirmar que salió el hombre de la barbárie no bien educóse por sí? ¿Por qué motivo entonces las bestias, sus madres y sus nodrizas, no se van educando por sí propias?

Semejante respuesta que me dan no se puede sostener en parte alguna. Educado ningún hombre puede ser sin el tirocinio de su madre ó de persona que la supla. En su virtud, Alejandro Humboldt ha escrito las siguientes palabras: «El hombre hállase ligado tan estrechamente á su especie y al tiempo, que no podríamos concebir un sér que viniese al mundo sin una familia preexistente y sin un pasado (1).» De la propia guisa jamás se dió un hombre culto y educado, sin una madre y sin un instructor. No conocemos, ni fué conocido nunca un literato, que no aprendiese de otro. Hasta los escritores sumos y los genios de la humanidad tuvieron sus preceptores. Pitágoras tuvo por maestro á Ferecides, Sócrates á Arquelaos, Hipócrates á Metrodoro, Cicerón á Arquia, Varrón á Stilone, y así otros de la ilustre compañía.

Sin embargo, me repiten; los hombres precisamente fueron en un principio toscos, ásperos, brutales: despues civilizáronse poco á poco. El estado de la rusticidad está por encima de nuestras condiciones sociales.

Lo niego: afirmándolo vosotros, no sois historiadores, sino novelistas del peor gusto posible. Consultad las tradiciones de los pueblos: ¿qué cosa existe por encima de las condiciones de la humana sociedad? La edad del oro. Existe una situación primitiva, saludada por todos, cual la más bella, llena de luz y de inocencia, visitada por los dioses: el Eden de la Biblia, coloreado con tintas diversas, se halla en todas las antiquísimas memorias nacionales: se halla en su monte *paradisiaco*, en

(1) Citado por el catedrático Pedro Giuria, en su filosófico y fuerte libro: «El hombre en la creación y el materialismo en la ciencia,» parte segunda, cap. I,

el Caf de los Arabes, en el Meru de los Indios, en el Atlante de los Griegos, en el Albordsc de los Persas, en el Kuen-Lun de los Chinos, y en el Asgard de los Germanos. La edad del hierro y del cobre viene despues. Entonces principia la barbárie, que es una corrupcion. En ella véense alteradas las creencias, las leyes y las costumbres: está el hombre que conserva los vestigios de la grandeza; pero aplastado bajo el peso de la ferocidad y de la supersticion.

Hagamos otras consideraciones: ¿Quereis que fueran bárbaras las primitivas gentes? Bueno; mas ¿cómo se civilizaron? No por sí mismas, sino por un personaje, y con frecuencia por un extranjero, que desde la rusticidad hizo que caminaran á la civilizacion. Tales fueron los monarcas y los conquistadores. Acordaos del Egipto; se levantó de su bajeza por Sesostris. Acordaos de la Asiria; sacude su letargo, yendo detrás de Belo, de Nino y de Semíramis. Acordaos de la Grecia; sale de la esterilidad y de la soledad con Lélege, Cecrope y Sisifo. Poneos á considerar el mundo más extensamente: cuando los pueblos llegan á la hora de su decaimiento y se disuelven, salen del Tiber los cónsules romanos para someterlos y retemprarlos con el hierro y con las leyes: cuando más tarde la misma sociedad romana se desmorona y se pudre, salen del Rhin los guerreros germánicos, para herirla y rejuvenecerla con sus costumbres.

Volvamos á nuestro asunto. Escriben que, siendo el hombre hijo de la bestia, y por ende bárbaro desde su principio, educóse, llegando á ser culto no obstante su soledad y ser único. Es afirmacion que repugna mucho á la marcha del hombre, oponiéndose á los testimonios de la historia; nunca el hombre, una vez corrupto, se civilizó por medio del hombre corrompido: digo que no se civilizó por sí sólo, necesitando un civilizador. Si esto es verdad, el primer hombre que dicen nacido bárbaro, y alimentado en la rusticidad, ¿de dónde pudo esperar su propio civilizador? Os pregunto: ¿dónde se halla esta mente capaz, este brazo fuerte, que arrancó de nuestro primer antepasado las pieles de la grosería, civilizando los impetus de las sevicias? Os demando para este ministerio aunque sea un conquistador del Norte, como Atila ó Totila. ¿Acaso el civilizador brotará del seno de la tierra? Ignoro dónde aguardarlo y nada me lo muestra; con todo, si falta el civilizador al primer hombre, inexorablemente está perdido; los animales pueden seguir siendo completamente ferales y hórridos, por ser estó propio de su naturaleza; mas no puede suceder lo mismo con el hombre mucho tiempo, porque su índole no lo permite. Viene un dia en que la nativa barbárie, no templada de ningun modo, le mata con la fiereza ó lo ahoga en la podredumbre.

Con esto el segundo aspecto del problema queda prontamente resuelto.

Fuimos indulgentes hasta el punto de que, despues de haber supuesto al hombre con la vida en salvo sin la debida crianza, nos pusimos á considerarlo en su juventud, en cuanto se refiere de un modo especial á la educacion. Empero aquí, ¡pobrecito! donde tantas cosas necesita, carece de todo: no tiene alrededor quien lo instruya, ni quien moralmente lo informe, ni quien lo corrija; al paso que no puede civilizarse por sí, no tiene tampoco quien lave su faz de la nativa palidez, alegrándole con el sol de la civilizacion. Por esto, ¿no lo veis? privado de maestro y de pedagogo, como está privado de madre y de civilizador externo, se hace tan triste que no puede sostenerse al dar algunos pasos por sí. Me decís que mi primer pariente nació allí en el fondo de la selva; mas yo, que me dirijo á ella con el fin de buscarlo, me contristo por él al ver un muerto.

Creo que quien se resuelve á cuidar del hombre y hacerlo feliz, no debe pararse al obrar en medio del camino, sino ir hasta el fin. No debes cansarte tú, que tomaste medidas para la crianza del niño, así como para la educacion del jóven; del niño y del jóven ha venido el hombre; ¿no es, di, estolo que te pide? Este hombre, cuyo espíritu tiene poderosos afectos y cuya carne tiene impulsos vehementes, procura proporcionarse para ellos una satisfaccion honrada. Está solo este hombre, del cual debe proceder toda la estirpe humana. ¡Qué desdicha! Véase compelido á la compañía y no tiene compañera legítima. Los pájaros, macho y hembra, se unen allá entre las hojas de los árboles, produciendo sus pollitos; se juntan los peces en el agua y tienen hijos; así las fieras entre las sinuosidades de los bosques ó del monte, alegrándose por sus recién nacidos. Este hombre, pues, que ve las uniones y los enlaces de los séres, experimentando en sí el mismo fervor ó trasporte amoroso, grita: ¿Dónde mi compañera está? ¿Por qué me dejan en la soledad?

Poniéndonos á inquirir de nuevo al hombre según los paleontólogos incrédulos nos lo dan, supuesto que sea verdaderamente hijo del animal, habiendo sabido desde las estrechuras de la infancia y de su primera juventud ir adelante, lo cual es imposible, preciso es pensar en concederle lo que aún le falta. Es preciso sacarlo de la situacion solitaria y hacer que se case. ¿Han pensado en esto bien los doctos, que ponen de realce ternuras por las bestias, y que á las bestias atribuyen el origen nuestro? Os confieso, señores, que entre los libros de los indicados que yo leí, no siendo pocos, nunca he visto tratada tal cuestion. Nunca he hallado uno que me dijese: «La bestia, despues de parir al hombre primero, parió incontinenti otra criatura humana, que fué la hembra.» Son estas

superfluidades, curiosidades é indagaciones de necios; ¿á que fin ocuparse en ellas? Yo pienso en ellas, sin embargo; me preocupo de la cosa, puesto que sé y conozco que, si el primer hombre no hubiese tenido una compañera semejante á él, no hubiera sido nunca padre, no habiendo yo nunca por consecuencia nacido.

Allí donde hay una inmensa laguna en los naturalistas adversarios nuestros procuremos llevar nuestras indagaciones: supongamos cosas no extrañas, sino más bien óbvias y conformes en lo posible con la marcha natural. Veremos si nos es permitido colmar aquella laguna.

Nuestra primera suposicion es la siguiente. Suponed al hombre un dia engendrado por un mamífero; añádase á él, despues de muchos años y aún de muchos siglos, engendada por un mamífero tambien, la compañera del hombre. ¿No es del todo probable la suposicion que yo hago aquí? Nuestros mismos opositores confiesan que fué una violencia, un esfuerzo esta generacion y este parto del hombre salido de una especie diversa. Edgardo Quinet, que hace nacer al hombre en toda su original sublimidad, escribe: «A fin de parir al primer viviente se necesitó un esfuerzo de toda la naturaleza; quiero decir, de toda la masa nebulosa, ó más bien del universo.» (1).

Ocurrió, pues, un esfuerzo desmesurado, y, tratándose de un esfuerzo tal, es preciso ir despacio: despues de parir al varon hay que aguardar muchísimo tiempo á que se produzca la hembra. Esto me parece que corresponde mejor á las leyes de la naturaleza: los esfuerzos enormes se han de hacer solo rara vez. Tengo por consiguiente razon: despues de surgir el hombre sobre la tierra, fué preciso esperar mucho para que apareciese la mujer; mas, esto establecido, el hombre cae de nuevo en la soledad. ¿Qué será de él?

Me dicen que la soledad no es para el hombre un daño tan grande como el que supongo. En la soledad se agrandan nuestros pensamientos, á logramos conocer las cosas con mayor profundidad disponiéndonos á la vida social. Notan que los grandes personajes amaron el retiro ardentemente, y que se recogieron en él con frecuencia.

Sé todo esto, señores, y lo admito por mi parte, como en otras ocasiones tuve oportunidad de reconocerlo; mas el elogio que me haceis de la soledad no me persuade ahora.

Aquí se habla de nuestro abuelo antiquísimo, el cual salió segun lo dicho de las costillas de la bestia, no habiendo podido ser educado por esta, resultando en su virtud ignorante, de mal humor, salvaje y sucio; en su virtud sin tradiciones ni recuerdos. Tal viviente, reducido á la

(1) E. Quinet. *La Creacion*, cap. XI.

soledad, resulta demasiado diverso del hombre educado y con las costumbres de la vida civilizada, que se retira del mundo. Catalina Franceschi Ferrucci, mujer de mucho espíritu y que conoce á maravilla el corazón humano, ha escrito estas hermosas palabras: «Así como la soledad dá valor á las almas fuertes y ofrece á las gentiles alimento de melancólicos afectos y de suaves pensamientos, resulta grandemente nociva para los que no acostumbraron á lo hermoso y á lo verdadero la inteligencia y la fantasía» (1). Así sucede. Ahora bien; el hijo de la bestia, estando sin compañeros en el mundo, privado de ciencia y de arte, ¿cómo podía tener el intelecto y la fantasía acostumbrados á lo hermoso y á lo verdadero? En su virtud, ¿qué podía sacar de la soledad sino tinieblas más espesas, amargura más cordial, disgusto y espanto de la vida? Otra mujer literata, la señora Schimmelpenninck, afirma: «No podemos tener compañero peor que nosotros mismos cuando no somos regenerados; viviendo en la soledad, no solamente ignoramos los medios de socorrer á nuestros semejantes, sino que no podemos siquiera percibir qué necesidades tienen más precision de socorro» (2). ¡Ay! Constreñís el primer hombre á la soledad, y vedlo, no está de ningún modo regenerado: en los ojos, en las manos y en el corazón tiene la bestia que fué madre suya. ¿Cómo queréis que piense en otros si está solo, ni que pensando en esto su alma se exalte y se sublime? Enciérrase todo el mundo entre la bestia y él, hijo suyo. Está solo y en sí mismo halla el peor compañero posible. ¡Horror causa imaginarlo!

Empero los ilustres personajes se deleitaron en el retiro y en la vida del aislamiento, aprovechándose del mismo.

¿Sabeis quién se sirvió del vivir disgregado? Os lo muestro.

Allí, relegado en una isla puntiaguda que surge del mar, existe un hombre. Tiene brillante y blanca la frente como el mármol; más blanca es aún su barba que cae sobre su pecho formando varias listas, por ser muy viejo. Si le quitais una paloma, con la cual entretiéndose alguna vez, así como un volumen, en el que tiene fijas con frecuencia las miradas y la mente, este viejo está solo: solo en la yerma orilla, donde las olas que se rompen en los escollos forman el único sonido que hieresus orejas. ¡Cuánto goza con todo en la soledad! Rechazado por el mundo, Juan evangelista en la isla de Patmos levántase para, por decirlo así, comerciar con el mundo sobrenatural y divino. No tiene compañía humana consigo; mas se acompaña con la multitud de los inmortales: abrirse ve los cielos, el Angel eterno radiante junto al trono, los veinte y cuatro ancianos, los

(1) C. F. Ferrucci. «De la educación moral de la mujer italiana,» lib. I.º, cap. 6.

(2) «Autobiography of Mary Schimmelpenninck.»

espíritus celestiales y los querubes, de modo que peregrinando va en las visiones del paraíso. Honremos al contemplador altísimo.

¿Os place descubrir al hombre que se sirve de la vida aislada? Os lo muestro.

Cuando, salidos de sus selvas heladas, los bárbaros sin saberlo se hacen ejecutores y ministros de la cólera de Dios, sentándose un godo sobre el sólio de Augusto, huyendo los senadores amedrentados de la Italia sangrienta y desierta, de las cavernas de Palestina sale una voz que grita muy fuertemente, llorando las desventuras de Roma. Llega su eco al Occidente; aún quejándose y llorando, sostiene con divinas esperanzas el ánimo de los oprimidos. Es Jerónimo, convertido en un solitario en la gruta de los Santos Lugares. Sólo que Jerónimo, separado de los hombres, está unido á Dios. Aun él comercia con el mundo sobrenatural. Aun él tiene un libro en su mano, es decir, la Biblia, conversando con los profetas, con los apóstoles, con los evangelistas y con los santos: habita, si vale la expresión, en el antiguo Testamento y en el nuevo.

¿Debo aún describir un personaje que se conforta viviendo aislado? Os lo muestro.

Entre los collados de la Umbria, en algunas alegres selvas no grandes que les sirven de corona, vive un hombre, cuya vista produce asombro. Delgado, enjuto, de venerable aspecto y con amplia frente, lleva, por decirlo así, en ésta, en los labios y en los ojos, una sonrisa que parece ha llovido de las estrellas; una cuerda ciñe tres veces sus lomos; lleva un hábito de fraile y anda descalzo. Nada, empero necesita, haciéndose superior á todo; es tan intrépido que no lo sería más el soldado en la batalla. Este hombre, sobre las crestas de los Apenninos, meditó las pruebas de amor que nos fueron enseñadas por Cristo, siguiéndole pocos: más tarde, habiendo descendido á la llanura desde los bosques de Alvernia, entrando en las ciudades de Italia que hacíanse la guerra, gritó á las gentes por el odio envenenadas que no es cristiano quien no perdona, ni hombre quien amar no sabe á otro con la voluntad de un hermano. Ahora bien; vuelto á los sitios solitarios está enteramente solo. Me corrijo; no está solo, sino acompañado: para él las encinas agitadas por el viento hablan un amoroso lenguaje; el torrente que baja entre las peñas le habla de amor; las ovejas esparcidas sobre la yerba formando grupos, la tortolilla que gime, la triste paloma y los pajarillos que saltan entre las ramas, cantan acentos de amor en sus oídos, pensando en su interior: «Si tan amables y dulces son estos cantos ¿qué no serán los cantos de los ángeles?» Despues dice: «Los pájaros son mis hermanos menores en el tiempo, y me invitan á ir al Padre celestial.» Va; llama él á la paloma, á la tórtola y á los pajarillos, pre-

dicándoles el sermón del amor. Direis: *es un loco*. No es un loco, sino un enamorado de Dios, por el cual beatíficamente se puebla la soledad. Francisco, el pobrecillo de la Umbria es feliz, por elevarse también á comercio con el mundo sobrenatural. Honremos al amante altísimo.

Así en aquellas épocas antiguas, cuando las carnes de los romanos corruptos caían putrefactas, y el hierro de los perseguidores abría los pulsos de los bautizados, multitud de anacoretas se dirigían á la Tebaida. Los incrédulos, los pensadores mundanos, nuestros progresistas en su compañía y los hombres mecánicos, oyendo hablar de aquella multitud de los eremitas, dicen gritando: ¡Oh, los ociosos; los inútiles y los misántropos, que hacen consistir la vida en la inercia y en el silencio! Os engañáis; hacían y hablaban los anacoretas; practicaban la virtud, manteniendo coloquios ó conversaciones con Dios.

Ahora bien; volviendo al punto de donde partí, decidme, señores: suponiendo al primer hombre salido de la mona, ¿cómo hubiera podido por sí solo poblar su selva y hacer alegres sus soledades? Es preciso imaginarle privado de Dios: precisamente lo desean engendrado por la bestia para quitarle su origen celestial y la paternidad divina. No existe por consecuencia para él sobrenatural comercio, ni relaciones más altas que su frente; el murmullo del agua envíale un rumor monótono; las flores no le dan los matices del paraíso; los cantos de los pajarillos no lo elevan á las armonías de los santos; nada sabe de esto; el círculo en el cual se agita es restringido y cerrado: ¿dónde aguardais que halle refrigerio en su vida solitaria?

¡El predicador se la ha con los monjes, con los santos y con los ángeles! Todas fantasías y entretenimientos de quien conságrase á un mundo místico. No entendemos razonar de cosas tan superlativas: nosotros, profanos, hemos dicho y decimos que los mejores hijos del siglo, los más eximios personajes, deleitáronse con el retiro y con la vida solitaria, de la que se sirvieron: indicio seguro de que aún sin el cielo de los cristianos la soledad no aloja.

Admito que se aprovecharan de ella; mas esto sucedió porque de la vida social salían algún tiempo, despues de haber figurado en ella: en su virtud, al bósque ó al lugar solitario llevaban consigo un mundo. Aunque hacían como profesion de anacoretas, ¡qué compañía tan gloriosa tenían junto á sus personas!

Ved al célebre Anacarsis entre los Escitas, y á Demócrito que voluntariamente se confinaron en Abdera: ved á Eurípides en su gruta: ¿os parecen solos? Atrajeron sobre sus propios pasos toda la sociedad griega que vivía en su alma: se llevaron aquellas escuelas, aquellas disputas de los

filósofos, aquellos discursos de los oradores, aquellos aplausos del pueblo, aquellas valentías de los capitanes y aquellas victorias, cuyo rumor llena el universo. Ved á Scipion, que cada dia secuestra, digámoslo así, una buena parte de la plebe, llevando una vida taciturna y solitaria. Pues bien; Scipion, el grande Scipion, recogido en los penetrales del Capitolio, ¿os parece solo? Tiene consigo el foro, el senado, los destinos de la patria, Cartago vencida y los triunfos de Roma.

Podemos añadir que los célebres hombres se aprovecharon de la soledad principalmente por esto. Mientras parecen apartados comunican á la verdad con el mundo real, no cesando de ser ciudadanos. Nicolás Machiavelli cifra su delicia en retirarse á San Casciano; pero escribe, se agita y obra segun sus astutos intentos para la sociedad civil: volverá desde San Casciano á presentarse delante de los Médicis y del pueblo, metiendo audazmente la mano en los destinos de la República de Florencia. Jorge Washington ocupa la villa de Mount Vernon, donde halla solaz su espíritu, porque los entendimientos sublimes aman el retiro; mas desde aquella villa suya, á la que llevó los laureles de la independencia nacional obtenida por el valor de su brazo, y tal vez más por su prudencia, siguió comunicándose con la jóven patria, la nueva America, que vino á entrar en el número de los grandes pueblos: estudia la marcha de las facciones civiles y con su palabra proscribire sus excesos. Así nuestro Manzoni, que sigue la tradicion de los héroes escondido en su viña de Bruzaglio, ¿creeis que conversa solo allí con los muertos sin pensar en los vivos? ¡Ah! No permanece de continuo en el pequeño eremitorio; no sigue allí recitando los cantos de su *Adelchi*, ni recorre con su mente algunas páginas de los *Prometidos Esposos*, sino que sale de allí con no raros intervalos, asistiendo con el fuego de su alma, no extinguido aún en él, á las vicisitudes tempestuosas de la Europa y á la caída de los imperios, como tambien á la historia de la política y de la literatura moderna.

Lo declaro; esto si que es conspicuamente vivir en la soledad, así como servirse bellamente de su tranquilo albergue y de sus sombras hospitalarias.

Decidme si con el primer hombre procreado por la bestia y puesto solo en el mundo, podia ocurrir lo mismo. ¿Dónde se hallaban las tribunas de los oradores, las escuelas de los filósofos, las proezas de los capitanes, para que, llena su alma con tales grandezas, las trasfiriere á su retiro primordial, viviendo en él alegremente? ¿Dónde la Grecia, Cartago y Roma? ¿Dónde una jóven América, ó alguna otra cosa que se le pareciese? Todo debíase hacer aún. La tierra, considerada en su prin-

cipio, es un inmenso desierto: el hombre allí arrojado de un vientre ignoto y extranjero es el anacoreta universal, estando absolutamente solo. Si no tiene nada en sí mismo, ni reminiscencias, ni herencia de glorias, ni negocios, ni estudios, ¿cómo de la soledad podrá servirse, para entretanto comunicarse con el mundo exterior? ¿He dicho con el mundo exterior? Empero, ¿quién está fuera, señores, sino la nada social? ¿Acaso el hombre del desierto no entra otra vez en el desierto siempre que dirige la mirada en torno y se mueve?

Paréceme que destruido queda el prestigio que los tales atribuyen á la soledad. Ahora bien; ciñéndome á los vestigios de nuestro primer padre, debo insistir relativamente al hecho gallardo sobre todos que me propuse yo incontinenti en mi tercera parte. El primer hombre, segun os anuncié, tiende á la union de una manera en sumo grado poderosa; ama unirse á cosa que aún no conoce, para él superior á la gloria civil, á la política, á la literatura y la misma patria; encontrar quiere compañía, ó tiende á la union de los dos sexos para crear la familia. ¡Ah! Cuando nosotros, dejando las teorías de los incrédulos, nos ceñimos á la divina revelacion y encontramos á Dios, que, una vez creado el hombre, siente las angustias de su corazon y le da por hermana la mujer, aquella Eva castísima, criatura tan hermosa, que, al decir de Milton, inspiró amor y celos al mismo Satanás; cuando lo consideramos y vemos integrada la naturaleza humana, sale de nuestros lábios una dulce alabanza de la celestial providencia gritando: ¡Cuán bien conoce Dios las necesidades del corazon del hombre, y cómo graciosamente las satisfizo! Empero ¿por ventura no trasforma en un sér desesperado al hombre, faltando á nuestro primer padre esta criatura hermosa, esta castísima Eva, ó sólo compareciendo al cabo de algunos siglos? Vosotros lo quereis engendrado por el animal, lanzándole por los bosques á fin de que viva solitario y agreste, cuando no puede vivir solo. Pues bien, crueles, lo matais. En vuestras fantasías adornásteis de flores su cuna, sin pensar que despues de aquellas flores enciéndese la luz prónuba del himeneo: busca la esposa y no encontrándola, siéntase á la sombra de un ciprés puntiagudo. Espira el hombre en la soledad.

Entro en una segunda suposicion.

Quiero admitir (porque hoy me hallo dispuesto á las concesiones) que al propio tiempo que el hombre naciese del animal la mujer: quiero admitir igualmente que se participó al hombre tal acontecimiento grato, es decir, que habia nacido la otra mitad de sí propio. Mas esto, señores, no basta: áun suponiendo á la mujer hija de la bestia, ¿dónde fué parida y creada? Dios, creador del hombre, segun vemos en la Bi-

blia, juzgó necesario formar á la mujer á él tan inmediata que la sacó de su misma persona; no bien fué construida de sus miembros, la tuvo en pié y le inspiró su hálito celestial, llamó al primer hombre á fin de que la contemplase, con lo que la unió á él, siendo carne de su carne y huesos de sus huesos. Los naturalistas incrédulos defensores del amor bestial, no quieren sacar á la mujer tan íntimamente del hombre. Mas á lo menos contesten: ¿fué alumbrada la mujer junto al hombre y criada en lugar conocido por él? No nos dicen nada, ni hacen indicacion acerca del particular. Por consecuencia puede haber nacido en playa distantísima de la del hombre. Más aún; desde que los animales, en toda la faz de la tierra se extienden, ya que la conjuncion de los portentos, de los fenómenos más extraordinarios, no es muy fácil que ocurra en la naturaleza, viene á ser muy probable decir ó imaginar que la mujer en sitio distante del de nuestro primer abuelo fué alumbrada por el bruto, á fin de que principiase á respirar las auras vitales.

Supongamos por lo tanto al hombre en la Mesopotamia y á la mujer en la Cilicia; ¿sabrá él que hay en el mundo esta criatura electa? ¿Cómo lo hará para descubrir sus huellas y dar con ella? Vuelven á ser más grandes que nunca sus tormentos, y más irrefrenables sus trasportes amorosos.

Chateaubriand compuso un tipo humano enteramente á su gusto para significar cosas exactas, haciendo que sufriera las vicisitudes más molestas y desgarradoras: es Renato.

El jóven Renato, despues de haber visto en Europa pasar sobre su frente soles feos, malignas estrellas y espantosas noches, huye como los Hebreos huian de las tierras de la esclavitud: embárcase buscando á la ventura más alegres destinos, llegando el prófugo europeo al país de América.

¡Mas ay! En la region abandonada dejó á la mujer de sus dulces palpitaciones y esperanzas: el rastro larguísimo de las aguas que actualmente le va separando de su compañera, no extingue la llama, sino que por el contrario, la enciende haciéndola más brillante. Renato está furioso bajo el cielo del septentrion americano. Ve nuevas orillas, nuevas leyes y nuevas costumbres; no importa. Descubre nuevas armonías y nuevos idiomas; no importa. El objeto lejano de su amor hace que para él todo sea insípido y frio, cubriéndoselo de tinieblas todo. Visita cual un curioso y cual un peregrino aquellas regiones del Misisipí, donde se detiene; mas esto es inmundicia y fango para él: lo más deforme y hórrido es que le gusta; se complace mucho en ello, porque moralmente lo reverbera y lo colora. Observa un hombre ne-

gro, viejo y esclavo, con el pelo lleno de suciedad y escasa ropa. Renato se para y grita: «Hombre, yo te admiro.» Corre por los montes, riberas y llanuras; encuentra una cabaña donde sólo hay un niño; el padre y la madre, que pertenecen á la raza india, cazan por el bosque; el jóven que solo está y es selvático, entretiénese con una flecha. Renato cruza los brazos sobre su pecho, mira fijamente y exclama: «También yo, amado niño, tuve mis diversiones en la infancia; también viví yo inocente como ahora lo eres tú; mas yo, que no veía la flecha, ni la llevaba entre las manos, debía muy pronto sentirla envenenada en el corazón. El cielo, buen muchacho, te libre de la herida interna.» Habla y llora. Dejada la cabaña y el niño, corre nuevamente, yendo sin ley de lugar en lugar: está propiamente Renato herido en el corazón y no tiene paz. En la aldea de Natchez, á donde llega por fin, acude á la sombra de un árbol, donde se sienta; junta las rodillas, saca del bolsillo un poco de papel y escribe con lápiz. Es una carta desoladora y furiosa, que dirige al ídolo de su amor. ¿Llegará empero á las manos de la persona amada su epístola que debe atravesar tanto Océano, y sufrir tantas vicisitudes? ¿Hará llorar á la mujer amada? Por otra parte, aunque suceda, ¿lo sabrá? ¿Será esto suficiente? ¿Qué desesperación!

Creed, señores, que peores angustias hubiera sufrido el primer hombre si, habiendo tenido noticia de la mujer, la hubiera tenido de sí lejanísima. Renato, que se agita en medio de un mundo de hombres y mujeres, halla el medio de la epístola para comunicarse con la que tanto ama; tiene un barco que lo trasporta, y tiene mil maneras para intentar encontrarse de nuevo con ella. Por el contrario, ¡pobre y desolado nuestro abuelo antiquísimo! No tiene cartas, ni barco, ni conoce nada de geografía, ni de náutica: ¡muy distante aún está de los ferrocarriles! No tiene siquiera sendero trillado y batido para recorrer los bosques inmensos. Hubiera sido mejor que nadie le hubiese dicho: *Te ha nacido la compañera*. La soledad le hubiera destruido, sin traspasarle por añadidura, ni desgarrar su corazón.

Concluyo mis suposiciones, y gustosamente abandono el campo del arte. La doctrina que hace nacer al hombre de la bestia, siendo una suposición fea y repugnante, nos impele á tales pensamientos; en su virtud, hacemos hipótesis mucho más naturales y probables que ella misma. Ahora bien; hipótesis por hipótesis, me atengo á las que pueden ocurrir con más facilidad, y digo: No me acuseis de poeta, ni de inventor, si he seguido un poco las huellas de los que os hallais en la cumbre de las invenciones. Que no lancen los visionarios la piedra contra mí.

Así está enteramente resueito el problema, que de cuantos propusimos viene á resultar en sustancia el más práctico. ¿Hubiera podido

vivir el hombre, suponiéndolo nacido del animal? Le consideré niño, jóven y adulto; resulta que no.

Por lo que hace á la crianza infantil, no tiene la madre que se la proporcione; por lo que hace á la educacion, no tiene maestro y pedagogo que lo dirija; por lo que hace al connubio, no ve comparecer delante la esposa que lo contente. Niño hambriento y desnudo, jóven bárbaro, y hombre solitario, muere.

A esto se reduce la disputa sobre la generacion humana. No pocos naturalistas, rechazado Dios, rechazada su ley, é injuriando á la Iglesia católica, como si fuese una escuela de superstición, se pusieron á buscar en otra parte, fuera de la Biblia, el conocimiento de nuestros orígenes; abandonándonos á sí propios, mal sostenidos por la humana razon, cayeron en las que llamaré ternuras bestiales. ¡Ah! ¡Es propio del que se sustrae á la luz del cielo caer en las profundas tinieblas y en las suciedades de la tierra; es propio del que no cree en Dios ni lo ama, hacerse cruel y despiadado; es propio de quien al dogma eterno quiere sustituir la opinion del hombre, dar de pronto en las necesidades! Perdamos la fé y vendremos á ser estólidos. Ha consignado Francisco Guizot: «Si hoy la fé volviera más viva en Europa, muchas estrepitosas doctrinas, que dan la vuelta al mundo, parecerían necesidades.» Y necesidades son. Nosotros debatimos en tres conferencias el ingrato asunto, viendo que afirmar que proceden los hombres de las bestias es ofender la naturaleza y la ciencia, al propio tiempo que la revelacion divina; desvanece nuestras glorias, anula nuestros sentimientos más dulces y más delicados: hasta extingue en la cuna nuestra especie. Los incrédulos son salvajes.

Es verdad que Cárlos Vogt, alemán, como no avisado de nada, osó escribir: «Es mejor ser un mono perfeccionado que un Adan degenerado (1).» Parecele haber consignado una sentencia esplendísima é invicta, por lo cual goza frotándose las manos.

¡Qué dijo! ¡Mejor un mono perfeccionado que un Adan degenerado?

Mas, señores, este padre nuestro primitivo y degenerado; este Adan bíblico del que se rien los incrédulos naturalistas, es autor del pastoreo, de la agricultura y del tráfico; creó las letras, las ciencias, las filosofías, las poesías nacionales y nuestros poemas clásicos; inventó las bellas artes y produjo la arquitectura, la escultura, la pintura y la música; cubrió el suelo á la sombra de sus empresas y de sus monumentos; este Adan degenerado es Alejandro, Temístocles, César, Cárlo Magno y Napoleon; es Pitágoras, Ciceron, Plutareo, Copérnico,

(1) C. Vogt. *Verlesungen über den Menschea.*

Galilei, Newton y Kepler; es Fidias, Apeles, Miguel Angel y Rafael; este Adan degenerado es por consiguiente la civilizacion del mundo antiguo y la civilizacion del mundo moderno. Es aún más; es el judaismo y el cristianismo, á saber: la promesa y el hecho de la humana regeneracion; es por consecuencia el Adan degenerado que se transforma en Cristo Dios, ó en Jesus salvador. Vosotros, hombres del amor bestial, y de los orígenes bestiales, ¿qué nos habeis dado aún y qué prometeis darnos semejante? Abrid el cerebro del mono; desgarrad aquellas envolturas bestiales, y ved si hierve dentro un mundo que á nuestro mundo histórico se parezca. ¿Vale más un mono perfeccionado que un Adan degenerado?

El hombre, pues, tal como lo vemos sobre la tierra, es un mono perfeccionado, en vuestro sentir. Viene del mono. Fué más bello y potente que él: quiere decir que tal mono, incrédulo cual sois vosotros, es sólo el hombre que carece de fé divina y de religion. Pues bien; este mono perfeccionado, segun se nos aparece á través de los siglos, tiene todos los vicios, todas las culpas y todas las fealdades de nuestro Adan degenerado, ménos sus heroismos religiosos y morales, ménos sus sacrificios magnánimos y sus virtudes; este mono perfeccionado, es decir, el hombre á él semejante é incrédulo, da el veneno á Sócrates, proscribete á Aristides, ensangrienta Roma con Mario y Sila, conjura con Lucio Catilina en daño de la patria, y con las manos de Clodio ensucia la estatua de la libertad; este mono perfeccionado es Mahoma, que pone la cimitarra en lugar de la justicia; es Totila que devasta nuestros campos; es el tirano en el trono; es el demagogo de la plaza que malgasta, por decirlo así, las grandezas civiles: es la revolucion que amenaza sepultar á la Europa; es la *Comune* que, despues de haber asesinado, levanta sobre el túmulo la hoguera, exclamando: *Purifico el mundo*.

Ahora maldecid al Adan degenerado, señores: levantad vuestros himnos con Cárlos Vogt al mono perfeccionado. No participo yo de vuestro gusto.

Diógenes penetró en la Academia un dia: más que nunca tenía el pelo enmarañado, y la frente con arrugas. Tenia en la mano un gallo, que desplumó. Echólo en medio gritando: *Hé aquí el hombre de Platon*.

¡Oh amigos míos! Ante los orgullosos naturalistas de nuestros dias, que no quieren á Dios, sino á la bestia, echadles un átomo de cieno y un poco de sangre, diciéndoles: *Hé aquí al hombre vuestro*.

CONFERENCIA VI.

SI LOS DESCUBRIMIENTOS DE LOS DOCTOS

DESMIENTEN Á MOISÉS.

Altas cuestiones hemos tratado; la materia eterna, el nacimiento de la tierra, la formación de los seres, la transformación de las especies, las bestias, comparadas con el hombre, y el hombre en aquel parangón dominando á las bestias, siendo su vencedor. Aunque pocos las razonamientos, apareció allí compendiado un mundo.

Empero las cosas ventiladas, por lo mismo que asumieron naturaleza de cuestiones, obligáronnos á combates continuos; sintiéndonos provocados, viendo los dogmas divinos escarneidos, ó puestos en tela de juicio, nos dirigimos en nuestro ímpetu al campo de los adversarios, vinimos á ser á nuestra vez agresores, y afrontamos las malas teorías que salían á nuestro encuentro, pareciéndonos que no nos ha faltado el buen éxito.

Ahora oigo que se levanta la queja de la parte contraria. «Fácil cosa es salir fuera y acometer; fácil cosa encontrar faltas y errores, ó á lo menos cosas que parecen error; ¿por qué vosotros, creyentes en la revelación divina y católica, os manteneis encerrados todo lo posible en vuestras posiciones, no amando introducir en ellas los exploradores y los jueces? Bajad un poco vuestras fronteras y admitid la guerra en los campamentos de la fe cristiana; encontraremos nosotros semejantes errores, sueños, locuras y supersticiones, de modo que nuestras derrotas parecerán que dejan de serlo.»

Existe, señores, un libro en el cual, sobre los puntos fundamentales de las creencias y de las obras se contiene la revelación divina en flor:

este libro está en medio de las generaciones humanas, como una de aquellas columnas miliares, que señalan al pasajero el camino que ha hecho, advirtiéndole el que todavía debe hacer; más bien este libro es como un faro de salud que ilumina las tinieblas en todo el mundo; los Hebreos nos han transmitido su primera mitad, y la otra mitad es de los cristianos. Os nombro con esto la Biblia. Todos los pueblos civilizados y creyentes, que no se conforman con doblar su frente á la nada, se sientan á la sombra del volúmen eterno. Tenia y tienen razon grandísima para magnificarlo. Exaltan su mitad los judíos en virtud de la tradicion profética; lo exaltan todo los católicos, en virtud del dogma evangélico de la autoridad; áun los protestantes, con dolorosa contradiccion, exaltan su mayor parte, llevando á su contenido el libre exámen á nombre de la Reforma.

Es preciso que se considere otro hecho. Este gran libro, que casi es la roca de la fé divina, y que temporalmente descansa bajo el escudo de tres distintos pueblos, aunque resulte odioso en general á los incrédulos, cuando se trata de incrédulos paleontólogos y naturalistas no es ridiculizado y mordido con mayor odio sino en sus primeras páginas, donde está descrito el órden de la naturaleza y la composicion de las cosas creadas.

Sale aquí el personaje más ingente, que nunca existió entre los historiadores. Herodoto fué sin duda el primero que refirió la historia de la Grecia; Livio el más maravilloso para contar la de Roma; inepcias y hojarascas, señores. Sólo Moisés, autor del Génesis, es el padre de la historia, por ser antes en tiempo, y porque no refiere la historia de un pequeño país ó de una nacion, sino la del principio de todas las cosas. Es el primero máximamente, por ser un escritor divinamente inspirado.

Esto sentado, dirigir la palabra es forzoso á los aludidos que poco antes nos reprochaban. ¡Cómo! ¿Viven los católicos encerrados en sus propias fronteras, no dejando el acceso á los enemigos? Sois por consecuencia en el ataque tan débiles que os parais al pié de nuestras fronteras; procurad superarlas. Exclamais. ¡Los católicos no quieren que sus doctrinas sean exploradas, ni tampoco inquiridas! Es una vergonzosa falsedad: ¿acaso sustraemos á vuestra indagacion el libro de la Biblia precisamente? Lo tomásteis en el puño; lo hicísteis pasar por el tamiz de la crítica; lo destrozásteis y pretendísteis escarnecerlo: sólo que la mano que lo escribió es un defensor tal de su obra, que no permite desmintais ni una sílaba. Moisés, áun por sí sólo, está cubierto mejor con el escudo de tres distintos pueblos; está cubierto por el escudo de la divina revelacion y tambien por el escudo de la ciencia humana.

Vednos llegados al problema, que resolver debemos este día: ¿desmienten verdaderamente á Moisés los descubrimientos de los doctos? No.

Quisieran que acusase á Moisés la cosmogonía de tener puntos de vista demasiado ambiguos ó demasiado restringidos. Es una tontería.

Quisieran que le acusase la astronomía de contradecir las leyes físicas. Es una mentira.

Quisieran que la cronología lo acusase de errores enormes en los cálculos, ó de un deliquio divino. Es una malignidad.

Quisieran que la geología le acusase de confundir el orden de los seres llamados á la vida. Es una repetición inútil de las dos cosas estas: befa y calumnia.

Con un gran enemigo en la mano, los que á la Biblia inculpan salen incontinenti fuera; tienen más que un ariete y una catapulta para golpear y herir el muro de la revelación divina, porque llevan consigo la constitución de todas las cosas, ó para más exactamente hablar, los nuevos descubrimientos de la cosmogonía.

Tal es su grito: Antes de que vuestro mundo existiese, recibió vida otro ordenamiento de cosas; fué una grandísima creación delante de otra creación, á la que alude Moisés; tenemos los indicios ó más bien los documentos en las plantas y en los animales sepultos en las rocas «estratificadas,» donde se reconoce que no fueron contemporáneos del hombre tales seres, sino anteriores á él por un curso desmedido de tiempo. Pertenecen á una flora y á una fauna, que son de un universo primitivo. La tierra estaba, pues, formada, abriéndose para estancia de criaturas orgánicas, sabe Dios cuántas estaciones antes de que apareciese la creación mosaica. Ciertamente la primera forma de la tierra, como el mundo primero de los vegetales y de los animales cayó destruido por una horrible catástrofe, cuyas consecuencias parecen indicadas en el segundo versículo del «Exameron,» donde muéstrase la tierra inane y vacía, así como la faz del abismo cubierto nuevamente por las tinieblas. Fué tal el descubrimiento de no pocos naturalistas, entre los que sobresalen Chalmes, Kurtz, Wagner, Raumer, Keeri, Scubert y Westermayer; como tal descubrimiento descansa en una primera formación de la tierra, á la cual sucede una nueva creación, adquirió un nombre propio, llamándose *la teoría de restitución*.

Ahora bien; valiéndose de tal teoría, los enemigos de la revelación divina se dan á esputar sus venenos contra Moisés. Moisés, dicen, no escribe palabra de una primitiva formación de la tierra; la reputa no sucedida; principia con una inmensa laguna, ó más bien cambia una

creacion con otra. Es el escritor cosmogónico de los puntos de vista ambiguos y estrechos.

El ruido, señores, es mucho; pero en aura estéril se resuelve. Es una beta.

Supongamos verdadera una parte de la teoría de restitucion, ponderando por otro el ministerio de Moisés. ¿Qué se propuso Moisés al escribir el Génesis? Esto y nada más: escribir la historia de la formacion del mundo actual, como lo contemplamos con nuestros ojos, y en el cual vivimos: no es su cometido hablar de si hubo un mundo más antiguo, ni de si sobre las ruinas de aquel fué modelado el nuestro. Lo que los escritores de cosmogonia, y con ellos los geólogos enseñan, relativamente al origen de la formacion *azóica, paleozóica, mesozóica y cenozóica*, así como relativamente al mundo vegetal y animal, cuyos restos hallan sepultos en ciertos estratos; todo esto no corresponde ni pertenecer debe al relato bíblico, por referirse á un tiempo anterior á los seis dias descritos en el Génesis. Donde concluye la historia «paleontológica,» allí principia la historia bíblica de la tierra, en la cual unicamente ocuparse debía Moisés.

Mirad, más bien, el espacio de tiempo que os concede. ¿Promulgais vosotros la teoría de restitucion? ¿Quereis una tierra primitiva, un mundo antiquísimamente construido y despues devastado, de cuyas cenizas se levanta el nuestro, como el fénix surge de las suyas?

Abrid la Biblia. Antes de que se disponga Moisés á contar la formacion de nuestro mundo, lo cual no hace hasta el versiculo tercero, dice al comenzar que *Dios en el principio creó el cielo y la tierra*. ¿Cuál es la tierra de que habla, en un principio hecha? Podeis entender la nuestra, que despues describirá, y entender podeis otra muy anterior. Existe, pues, un espacio libre aún para imaginar (quien hacerlo quiera), la creacion primitiva de cosas antiquísimas. El doctor Kurtz, que tambien defiende la teoría de restitucion, escribió estas palabras: «Entre el primero y el segundo, como entre el segundo y el tercer versiculo del bíblico relato de la creacion, la revelacion deja dos grandes hojas blancas, sobre las cuales la ciencia humana escribir puede lo que quiera, para llenar las lagunas de historia natural que la revelacion dejó de colmar, no debiéndose ocupar en esto. La revelacion sólo ha puesto á cada una de tales hojas blancas un sobrescrito, como sumaria indicacion del contenido. En el de la primera dice: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*. Cómo sucedió esto, cuánto tiempo duró lo que siguiera, qué revoluciones y evoluciones sucedieron, hasta el estado de cosas descrito en el segundo versiculo, la revelacion lo calla. Llène la

ciencia humana, si puede, la laguna. El segundo papel blanco lleva por sobrescrito: *La tierra estaba desierta y vacía; el espíritu de Dios hallábase suspendido sobre las aguas.* La revelacion no dice qué influencia ejerció sobre las aguas el espíritu de Dios suspendido sobre ellas, ni qué formas y efectos produjo en ellas. El ojo del vidente, segun la interpretacion ideal, no ha descubierto ni comprendido, y por lo tanto ni siquiera descrito lo que ocurría en el pavoroso abismo mientras estuvo cubierto de tinieblas. No bien hubo luz en él, pudo distinguir y ver lo que ocurría, empezando la relacion suya entonces (1). De modo que el sobrescrito de que habla Kurtz, dice igualmente así en las dos hojas blancas: *Todo lo creado en un principio y despues, fué creado por Dios.* Por lo demás, aquel mundo antiquísimo, bajo tal condicion, os lo deja Moisés suponer, aclarándoos y asegurándoos relativamente á nuestro mundo actual.

Supuesta tal explicación, permitida indudablemente al católico intérprete de los libros santos, paréceme que la muy atrevida inculpacion contra Moisés se desvanece. ¿Dónde se halla lo ambiguo en él, si omite aquello que no le corresponde, ó hace una mera indicacion en oportuno tiempo, poniéndose á describir en su lugar lo propio de su incumbencia? ¿Dónde se halla en él lo restringido, si cuenta el primero de manera larguísima todo el orden de lo conocido, prestándose á un á las investigaciones de lo imaginable? Romped en el pecho el afan de morder é inculpar, y os hallareis entre los amigos más ardientes del escritor inspirado.

Mas ya que se le dirige la inculpacion de ambiguo y de restringido, veamos un poco si más bien se puede dirigir á otras personas.

En la hipótesis de restitution, mantenida dentro de templados confines, puede haber un lado tolerable; pero el mal es que semejante hipótesis, manejada como place á la fantasía, y sin un gran respeto á la Biblia, sale de todo lo plausible, viniendo á resultar loca por no pocos conceptos. Tropieza en las dos acusaciones precisamente lanzadas contra Moisés de un modo superficial.

El doctor Keerl, hablando de los primeros períodos «paleontológicos» escribe: «Es como si toda la naturaleza, en aquel tiempo primitivo, se hallara envuelta en continuos dolores de parto, hasta descubrir el punto central donde poder reposar. Nada de lo que produce le puede satisfacer; rompe todas las formas que una tras otra se componen, escondiéndolas en una tumba de piedra hasta el dia en que halle la forma que alcanzar quiere (2).» Estos continuos dolores de parto; estos incesan-

(1) Kurtz, *Bibel und Astronomie*.

(2) Keerl, *Schöpfungsgesch.*

tes creaciones y estos deliquios incesantes asimismo, parecen un sueño de mente delirante. Aquí en medio se ve un Creador, que centenares de veces y más trasforma la tierra con sus organismos, y que, no contento aún, la coloca por fin en un sepulcro de piedra, donde aguarda el día de la resurrección. ¿Y quereis que los creyentes de la Biblia se satisfagan con esto? ¿Quereis que los incrédulos, que se burlan de Dios con gusto, no se rían de un Dios que hace y deshace de continuo sus obras? Han arrojado á la faz de Moisés la inculpacion da ambiguo y restringido. Descubríos ante mí, audacísimos, porque sobre vuestra frente leo yo las dos palabras insipientes. ¿Qué cosa más ambigua que un Dios que, falto de inteligencia, no logra conocer los modos de la buena creacion? ¿Qué hay al mismo tiempo más restringido que este Dios, puesto que, por falta de omnipotencia, vése reducido á intentar y á volver á intentar mil veces, para despues esperar como sentado al rededor de un sepulcro? Empero contengamos la crítica: hemos caido en las insipideces.

Otros dos sectarios de la hipótesis de restitucion, Delitzsch y Westermayer, enseñan que en el seno de aquel viejo y primitivo mundo que precedió al nuestro, ocurrió la creacion y la caída de los ángeles; en su virtud piensan que, con permiso del Creador, fuerzas demoniacas se mezclaron en su operacion, no ciertamente como potencias creadoras, sino como perturbadoras poderosas, produciendo y haciendo reinar entre las especies de animales creados por Dios, *monstruosos nacimientos, uniones contra la naturaleza, reciproca destruccion, enfermedad y muerte*. En su virtud, se formaron los horribles y sanguinarios monstruos, verdaderas caricaturas de la creacion (1). Feo modo, señores, de comprender y explicar las nociones de Dios; Dios, pues, si bien creador unico, está en lucha, en el acto mismo de crear, con las potencias malignas; aqui no existe sólo un Adán ó la simple criatura que lucha con el infierno, sino el mismo Dios. ¿No es una especie de nuevo dualismo, que, contra el sentir de la Biblia y sin ningun apoyo de la ciencia, se viene publicando entre la gente? ¿No se arroja lo ambiguo en la teodicea divina, asociando Satanás á Dios en el trabajo de la creacion? ¿No echan además en ella lo restringido, obligando á Dios á batallar con las potencias del mal?

De esto nada más. Se recurrió á la cosmogonia con el fin de oponerla al relato de Moisés; se promulgó el reciente descubrimiento de un mundo antiquísimo y primitivo; se dijo murmurando que Moisés no advirtió el mundo aquél; que calló por impericia, por lo cual resulta

(1) Westermayer, *Das Alte Test I.*

muy ambiguo en sus puntos de vista cosmogónicos, confuso é incompleto. En breves palabras se quiso hacer de él un ignorante. Ahora bien; ¿encontrais por ventura el reproche fundado? Es una befa.

Abandonemos los campos donde corren como soberanas las hipótesis y las fantasías, reduciéndonos, por decirlo así, de un modo más estable al mundo designado para estancia del hombre: hay que inquirir si, haciéndose otros descubrimientos hoy, Moisés es ó no dejado en paz por los críticos.

¡Ojalá no hubiese consignado la palabra paz! Nos encontramos ahora en nuestro mundo que es positivo y real; es más duro por otra parte el golpe que dan al divino historiador; no es que surjan descubrimientos cosmogónicos enteramente nuevos, sino nuevas confirmaciones de las antes hechas, las cuales nos gritan: *Vae victis*. Oigamos.

Quien trata de la cosmogonía como incrédulo despreciando la Biblia ó teniéndola en poco, exclama fácilmente contra los cristianos: ¡Vea usted qué despropósito dice inmediatamente vuestro inspirado! Os representa el mundo como la parte más relevante de la creación; á parte nombra sólo el sol y la luna; para tantos otros astros más magníficos tiene sólo la estéril y general palabra: *estrellas*. Pues bien; hasta el muchacho sabe y repite hoy que nuestro mundo, lejos de ser el centro del universo, es sólo un pequeño y convulso planeta que hace su órbita en torno del sol: sabe y repite que el sol mismo es una de las muchas estrellas fijas, que acaso giran á su vez, como nuestros planetas relativamente al sol, en torno de un gran sol central. ¿Qué cosa es enseñar tal despropósito, como Moisés lo enseña de veras? Contentémonos con decir que es el hombre cosmogónico de los puntos de vista ambiguos y limitados.

Podemos jurar verdaderamente que tambien da vueltas el cerebro de tales censores, porque privado de un centro posible va suelto y al acaso. ¿Qué personaje os figurais en Moisés? ¿Acaso un Plinio, que fraza la *Física del globo*? ¿Un Newton, que diserta sobre la gravitación? ¡Muchachos! Hallo que son chiquillos, y muy poco inteligentes, David Strauss, escritor que debe ser simpático á los profanos, advierte la objecion movida contra Moisés, y responde: «Todo esto es verdad; para los físicos la tierra no es el centro del universo; lo admito vacilando, como manifesté mi sincera convicción de que, si Moisés hubiese sabido tanta astronomía como el más docto astrónomo de nuestro siglo, lo cual no me parece verosímil, hubiera con todo hablado cual hizo (1).» Otro naturalista, extraño á nosotros, confiesa juiciosamente:

(1) David Strauss, *Doctrinas del Cristianismo*.

«Aun supuesto que un fundador de religion, como Moisés, hubiese quedado enriquecido con todos los más recientes conocimientos astronómicos y geológicos, hubiera resultado para él más nocivo que útil hablar la lengua de Copérnico, de Newton, de Laplace, de Werner, de Bueh y de Sir Cárlos Liell. Ciertamente hubiera sido durante dos mil años mal comprendido y desestimado; todo esto para dar una especial satisfaccion al siglo décimonono, por cuanto el vigésimo no se hubiera ya mostrado tan contento como el décimonono (1).» No hay que dudar, señores. Moisés no tenia intencion, ni mandato alguno de instruirnos en cosmogonía, por lo cual con sus puntos de vista no se pone donde se suelen poner los doctos. Quiere comunicar verdadera religion á sus contemporáneos y á su posteridad; menciona en su virtud sólo lo que tiene religiosa importancia, manifestándolo de una manera para todos inteligible, esto es, no con el lenguaje de la ciencia, sino con el de los hombres vulgares é idiotas. No nos dá en suma, ni entiende darnos, una cosmogonía, dándonos á lo más una «geogonía.» Mejor dicho; tras haber sentado una verdad primera, es decir, que Dios creó cuanto vemos, establece la segunda verdad de que Dios preparó al hombre su morada en el mundo, produciendo para él y formando cuanto á su alrededor existe útil y delicioso. Ahora bien; en tal «geogonía» no necesitaba que de astros ó de cosas distantes se hablara, necesitándose decir sólo lo referente al hombre mismo. Esto hizo Moisés: se propuso contar las grandes cosas de Dios en la tierra, *gesta Dei inter homines*; contándolas sin vagar por los espacios, y sin perderse tampoco en las nubes. No veo, si el buen juicio no me engaña, cómo la acusacion de tener puntos de vista ambiguos ó demasiado estrechos pueda lanzarse nuevamente sobre la cabeza santa de Moisés.

Sí: pero entretanto subsiste un despropósito en su obra; la tierra es colocada como centro del universo.

¿No es acaso el centro del universo para el hombre? ¿No se halla con tal fin ordenada, si penetramos en los propósitos de Moisés? El hombre, en esta tierra donde habita, y á la cual fué mandado por el Creador, debe conocer á Dios, amarle y servirle; precisamente por estar en la tierra, es preciso que de la tierra se valga con el fin de cumplir su vocacion religiosa y moral. Segun esto, decidme: ¿debe hacer más caso el hombre de la tierra, que es su domicilio ó su experimento, ó de los sistemas siderales ó estelíferos que se desarrollan sobre su cabeza? ¿Cuál es el centro, señores, para él, puesto aquí como de pasaje para la eternidad? ¿Está en el sol ó en el mundo? ¿Está sobre la tierra presen-

(1) Ausland, 1861.

te, ó en un sol central, en torno del que se mueven los otros soles que ni áun hoy exactamente conoce?

¡Resta un despropósito en las páginas de Moisés!

El despropósito resta fijo en el pensamiento de quien no quiere comprender el órden de las cosas. Al lado del universo, la tierra es pequeña; pero es grandísima para el hombre: es el todo. Angosta geográficamente y muy pequeña es la Palestina: pocos valles, pocos montes y pocos ríos la determinan por cada parte; sin embargo, para la religion el país aquél es vasto y sublime hasta tal punto, que viene á ser inmenso casi: es la sede del patriarcado, la tribuna del oráculo y de la profecía, el santuario de la ley; allí dentro enciérrase todo el pasado, y en su seno se crea el porvenir de los pueblos. En su virtud, á los ojos de la fé, la Palestina es más que América; y Belen, ciudad mínima, más que Lóndres.

Conforme con el hombre creyente es el social; la grandeza se forma por la importancia que á las cosas se concede. Dicta Tucídides la *Historia de la guerra del Peloponeso*: habla de milagros de la historia antigua, de las estirpes divinas y heróicas; pero lo hace brevísimamente: en cambio alarga su relacion describiendo Atenas y las aventuras griegas: tiene de continuo bajo su mirada el espectáculo de las pequeñas poblaciones que disputan, se dañan grandemente y se saquean. Por consecuencia es su discurso para la Grecia, y apenas hace una indicacion relativamente al mundo. ¿Qué cosa es sin embargo la Grecia delante del mundo? Nada. Ved á Maquiavelo en sus *Historias*. Tiene un libro primero sobre las invasiones de los bárbaros, sobre la caida del imperio romano, y sobre la recomposicion de la Eureka y de la moderna civilizacion: en los otros siete libros que siguen pónese á razonar sobre Florencia, para la cual es toda su obra histórica, apenas destinando un pequeño proemio para las demás gentes. Sin embargo, ¿qué es Florencia delante de la Europa? Nada.

Prescindid de la sátira á que acudísteis contra Moisés. Aun él al comenzar tiene un poco de proemio sobre las cosas grandes, el cielo y las estrellas, ciñendo su relacion á hablar de nuestro mundo. ¿No descubris por qué? Porque éste sobre todo le interesa, por ser el mundo su centro moral; por ser para él de un modo más noble lo que para Maquiavelo fué Florencia y lo que para Tucídides Atenas. Vosotros, para ridiculizar en Moisés su historia y atribuirle hasta el error, salisteis fuera con vuestros descubrimientos y con las nuevas confirmaciones de las invenciones «cosmogónicas;» me mostrásteis el mapa celeste, y el centro de nuestro sol, así como los soles que danzan en torno del central. Bellísimas son estas cosas: ámolas yo tambien y con ellas me de-

leito; mas tened presente que no hacen á mi propósito. Impeler la cosmogonía hasta desmentir á Moisés con los recientes descubrimientos es cosa insostenible: querer apoyarse en esto y hacer de sátiro contra el historiador más antiguo y más venerando que se conozca, llamándole hombre de los puntos de vista ambiguos y estrechos, es cosa, que sin procurar honor á la ciencia, aflige á la religion. El sátiro se presenta segun él es: un cerebro de borracho y una figura grotesca. Su mueca es una burla.

A un segundo asalto se aprestan los enemigos de los libros Santos ¡y con qué aparato de fuerzas! ¡Y cuán majestuosamente al verlos! Antiguamente los Partos se dirigian al ataque con las flechas, los Persas con el asta, los Romanos con los dardos, los Turcos con sus alabardas, y los caballeros andantes de la Edad Media con las lanzas en ristre, como los venidos más tarde con las armas de fuego prorumpen y se lanzan. Más intrépidos y magníficos que todos, los enemigos de los Libros Santos que menciono se dirigen al nuevo ataque contra Moisés coronados de astros, soles y estrellas.

Aun cuando la cuestion ya dilucidada tuvo un fondo astronómico, y visteis que la astronomía de cuándo en cuándo asomaba la cabeza, esta, entre las teorías cosmogónicas, no pudo manifestarse tan libre y tan imperiosamente que dueña quedase del campo; ahora, por el contrario, habiendo cesado aquellas teorías, se nos representa con toda su luz y con todo su aspecto.

Se quiere, pues, considerar ésta. Los adversarios de la Biblia, apoyándose en los últimos descubrimientos astronómicos, presumen demostrarnos que Moisés, relativamente á las cosas del cielo, y sobre todo de los astros, contradice con su relato las leyes físicas. ¿De veras? Comparemos las aseveraciones de Moisés y los descubrimientos astronómicos: creo descubriremos que la ingrata acusacion dirigida al divino historiador se resuelve en pura mentira.

¡Pobre Moisés! ¿Qué afirmaste tú, tosco y desmedido, para que puedan ensoberbecerse los señores astrónomos, y para que toda su familia, bramando, se ponga en movimiento? El, señores, enumerando las obras del cuarto dia, dice que Dios hizo en el mismo los luminares del cielo, los planetas y las estrellas. Pues bien; esto no pudo ser absolutamente, porque la naturaleza se opone á ello con sus leyes físicas.

Aquí los astrónomos se dan la pena grande de contarnos la formacion de los astros; su origen es una condensacion ó contraccion de una primitiva materia gaseiforme, donde todos no llegan á la misma densidad de la propia manera. Si Júpiter es cuatro veces ménos denso que

nuestro globo, y Saturno es el más dúctil de todos los planetas, Mercurio, por el contrario, es más denso que la tierra. Empero, sea cual sea la densidad á que llegan, es cierto que la contraccion se hace muy lentamente: para que se realice se necesitan millones de años y de siglos. ¿Cómo, pues, las estrellas pudieron ser hechas en el cuarto dia de golpe?

Hay otra objecion, al decir de los astrónomos desdeñosos. Moisés dice que fueron creados en el cuarto dia los luminares para el mundo, como tambien las estrellas que debian alegrar las miradas de Adan. Ahora bien. Supuesta la velocidad de la luna, segun los más recientes cálculos, de cerca 42.000 millas geográficas por segundo, las estrellas fijas más inmediatas á nosotros no podian ser visibles en la tierra sino al cabo de diez ó doce años: las estrellas de duodécima magnitud sino despues de cuatro mil años cumplidos; así las estrellas de la vía láctea y las nebulosas debieron ser creadas muchas «miriadas» ó millones de años antes, á fin de que su luz pudiese llegar á nuestra tierra en el dia indicado por la Biblia. Sin embargo Moisés, no dándose por entendido de nada, al hablar de las estrellas las dice creadas é iluminadoras del mundo al mismo tiempo. ¡Qué destrozó de las leyes físicas!

Tengo, señores, pronta una primera contestacion para los sabios cultores astronómicos. Hablamos del mundo realizado por el divino Artífice: no somos, por consecuencia, incrédulos, sino creyentes. Esme permitido, pues, apelar á vuestra fé, sin que os conduzca por esto á renegar de cuanto tiene la ciencia de cierto. Respondedme: ¿Por qué no pudo Dios crear las estrellas de modo que desde el primer instante de su existencia tuvieran vigor á fin de bien desempeñar sus propios oficios? El que adulto creó al primer hombre, ¿no pudo, por decirlo así, crear adultas las estrellas y los astros del cielo? ¿Hallaba Dios acaso impedimento para conseguir que sus rayos llegaran en un instante á las más remotas distancias, y que su esplendor, por ellas enviado á nosotros, se moviera desde entonces en la vía marcada por el primer rayo salido al mismo tiempo con la estrella de la mano del Creador? Quien cree en un Hacedor supremo y omnipotente, no negará cuando ménos la posibilidad de lo que yo discurre.

Mas no; no tengo precision en este punto de remitirme á la fé; he declarado en otro sitio licita la teoría del primitivo gas y de la nebulosa, no renegando aquí de ella; admitid tambien que lentísima es la formacion de los astros, y lentísima la trasmision de su luz; no es cosa opuesta ciertamente al relato bíblico. Dice Moisés que fueron hechas las estrellas en el cuarto dia, y que la tierra fué visitada en aquel dia con su brillo: ¿qué quiere con esto enseñarnos? Enseña que las estrellas

en el cuarto día fueron colocadas en relación con la tierra por la primera vez. Así podían existir muchos años antes, porque habían precedido tres días según la narración mosaica; y aquellos días de la creación, como veremos después, pueden sin duda extenderse á un período de tiempo indeterminado. Por consecuencia, del mismo modo que Moisés, mencionando el sol y la luna, los llama luminarias grandes, no porque sean los astros más grandes, sino porque tales resultan en sus relaciones con nuestro mundo, asevera que las estrellas se hicieron en el cuarto día, queriendo dar á entender precisamente que ellas en tal día entraron en relación con el mundo. Esto sentado, ¿dónde está en el libro del Génesis la contradicción escarnecida de las leyes físicas? ¿No pueden ir muy bien de acuerdo los descubrimientos astronómicos y el relato bíblico?

Las estrellas creadas en el tercer día y en él hechas visibles al hombre: ¡cuál escándalo para la incrédula astronomía!

Es costumbre, ó más bien necesidad de los artistas, que al erigir algún monumento y al decorarlo, dispongan aparte y con algún intervalo cada una de las piezas, cuya unión produce la obra total. Encima del arco de Constantino, que levantaron el senado y el pueblo romano al vencedor de Magencio y de Licinio, deberá figurar un carro triunfal tirado por cuatro caballos de bronce, en que irá el emperador. Está bien; empero, antes de que aquel carro triunfal llegue á la cumbre del arco ¡cuánto tiempo deberá emplear el artista en bosquejarlo y componerlo! Empleará en su obra más días que los empleados por Fidias en disponer su Júpiter olímpico y Praxiteles su Sátiro ó su Cupido. ¿Cuándo se podrá llamar el carro hermoso y concluido? Propiamente será el día en que sea elevado sobre el frontispicio del arco. ¿Veis? Una cosa puede hallarse muy adelantada sin por esto merecer la denominación de concluida: viene á ser tal cuando se une y ensambla con la otra parte, á que tiende como á su término último.

Os he contentado, señores. Existían las estrellas, según me dijisteis, desde muchísimos años atrás, y lo supongo. Dios, en aquellos años, las estaba componiendo y preparando; mas permanecían disgregadas de nuestro mundo. Vino el momento en que Dios las colocó en contacto con el mundo, é inclinólas á formar el orden presente que vemos. Esto pasó en el día cuarto, que nos describe Moisés, en que fueron hechas y creadas para nosotros. Entonces, el carro triunfal en que iba el verdadero Emperador, subió á la cumbre del arco del universo. Es verdadera la opinión del filósofo Descartes, que dice: «La creación del universo es descrita en el Génesis con estilo tal, que parece que el hombre ó lo al hombre relativo, es su principal y único sujeto: esto

depende de que la historia de la creacion fué de veras escrita para el hombre: la inspiracion quiso, sobre todo, especificar las cosas relativas al hombre y á su habitacion, no hablando de las demás sino en cuanto al hombre se refieren (1).» Aquí esta la clave para el templo abrir de los secretos divinos. Moisés tuvo esta clave en la mano, saliendo un fielísimo expositor de la verdad.

Quedais, señores, iluminados así: cuando el Génesis os anuncia que las estrellas se formaron en el cuarto dia, en el cual fueron hechas visibles al hombre, no salgais de vuestras casillas como si oyérais una extrañeza ó un error; no acudais á los descubrimientos astronómicos para impugnar la Biblia, y presentarla en oposicion á las leyes físicas. Queriendo sostener tal cosa, proferireis una mentira.

¡Ay! Oigo que atruenan mis orejas con un novísimo estruendo. Me dirijo á vosotros, amigos míos: aumentado ha el furor en los astrónomos incrédulos al atacarme. ¡Pobre Moisés! (Es preciso que siga yo hablando de la queja). ¡Salió realmente de tus labios esta cosa verdaderamente fastidiosa y enorme? Espero que renegado quedará todo el orden de la naturaleza.

¡No lo sabeis? añaden. Para Moisés, la luz precede al sol: en su fatalísimo *dia cuarto* lo dice creado por Dios, ó á lo ménos puesto á brillar sobre la tierra. Ahora bien; mucho antes, en el dia primero terminantemente, habia hecho que Dios crease la luz y saliese fuera. Por lo tanto, la luz precede al sol. La astronomía no se sabe tranquilizar por esto, contra lo cual se rebelan todas sus indagaciones. ¡La luz antes que el sol! ¡Qué trastorno!

Vayan despacio los furiosos. Estos, que se vanaglorian de los descubrimientos de la ciencia, preciso es sepan que uno de los más hermosos descubrimientos físicos es precisamente que sin el sol cabe la luz, por lo cual se pudo mencionar en la creacion antes que aquél. Hoy está probado que toda molécula de la materia posee una cantidad de luz, de calórico y electricidad propia, debiendo ser, por consecuencia, independiente de los rayos solares. En su virtud, Moisés tuvo razon para distinguir la luz primitiva de la que vino despues como procedente del sol.

Vamos adelante. De los trabajos é indagaciones de Young, Fresnel y Arago, resulta que la luz es puesta en movimiento por la vibracion de un fluido difundido por el universo, extraordinariamente sutil, que recorre el espacio, que penetra y pasa al interior de todos los cuerpos,

(1) Descartes. *Pensamientos*, cap. XVIII. *¿En qué sentido es verdad que todo el universo fué hecho para el hombre?*

al que se dió el nombre de éter. Mientras está en reposo, la oscuridad es completa; mas cuando se ha puesto en vibración, la luz se produce y sentimos su accion. Tal vibración puede ser excitada por diferentes causas; por el sol, por las estrellas, por la electricidad, por la combustion, y hasta por las acciones químicas, sean las que sean. Así, en ausencia del sol ó en profundidades grandísimas donde no es posible suponer el efecto de sus rayos, la luz se manifiesta y resplandece de mil diversos modos. Cuando más se descende hácia el centro de la tierra, tanto más la impresion del calor anuncia la realidad del fluido, haciendo creer que la temperatura y la luz primitiva de que hallábase dotada la tierra en la edad de su formacion, eran bastante considerables para que pudiese obrar sin la que actualmente le manda el sol. Sólo cuando por causa de la difusion radiante aquel exceso fué disipado á través de los espacios celestes, el sol recibió una atmósfera luminosa á propósito para alegrar la tierra, compensándola de la luz y del calórico, que habia perdido la superficie suya despues de su propia consolidacion. En su virtud, ateniéndonos á los resultados más positivos de las ciencias físicas, la luz propiamente dicha, no sólo pudo, sino que debió preceder al sol, que sólo es uno de sus máximos motores.

¡Qué alegría! Opusiéronse los descubrimientos á Moisés para confundirlo; pero los descubrimientos científicos lo absuelven y subliman. ¡Qué alegría, señores! La luz precede al sol verdaderamente: se armonizan, pues, el primer y el cuarto dia de la Biblia: la luz es puesta en movimiento por la vibracion de un fluido, pareciendo que se siente la vibracion en la frase mosaica; *sea la luz*. Egregiamente, á tal propósito escribe Marcel de Serres: «La Escritura, por consiguiente, adivinó el resultado de los más recientes descubrimientos, afirmando que la luz fué puesta en accion y en movimiento en su época primera. Ella, lejos de oponerse al progreso de los conocimientos físicos, presta su autoridad y su apoyo á la ciencia (1).»

Así en la astronomía cesa el loco ardor, por el que hácenla desatinar algunos de sus incrédulos sectarios. Quisieran que acusase á Moisés de contradecir las leyes físicas de la naturaleza; pero no puede tal cosa: sino es una rama de la moral, es ciencia verdadera y no se une á la mentira.

(1) Marcel de Serres. «De la Cosmogonia de Moisés comparada con los hechos geológicos,» tomo I.

Los detractores de la Biblia no dejan de intentar nuevamente la prueba. Ya de dos ataques fueron rechazados; ved el tercero.

El arma nueva de que se valen, si no es tan pesada como la cosmogonía, ni tan brillante como la astronomía, aparece de todas maneras formidable, por ser como una espada extraordinariamente larga que va tan lejos como, entre lo antiguo y lo nuevo, está la medida del tiempo, que comprende la creación. Aludo, señores, á la cronología.

Armados en su virtud con ella, los incrédulos increpan á Moisés del siguiente modo: Moisés dice que las cosas fueron creadas en seis días, y cuando emplea esta palabra quiere indicar un periodo de tiempo encerrado en veinte y cuatro horas. En su virtud, á su juicio, la creación del universo quedó hecha en ciento cuarenta y cuatro horas, y no más. ¡Cuál error de muchacho! Nosotros, estudiando la formación, no ya de los cielos y de los astros, sino de las montañas, de los valles, de las cavernas y de las rocas de que llena está la tierra, encontramos evidentemente que, para poder llegar al desenvolvimiento que tiene, fué necesaria una sucesión indeterminada de siglos. Y Moisés se contenta con ciento cuarenta y cuatro horas. ¡Remitíos al Inspirado!

Hablando de tal modo, nos miran y se burlan. Después, creciendo la risa sardónica, siguen: «A dura prueba por cierto, entre dos estrechuras de las cuales no se sale, os reduce á vosotros creyentes la ciencia. O decís que seis días naturales bastaron para la creación, y nuestra cronología deducida de los hechos, resultando mucho más larga, os desmiente, ó cambiáis de opinión conformándoos con nuestros cálculos, y con esto sale mal vuestro Dios de la Escritura: en la lentitud del acto creador, en los millones de años requeridos para la formación de las cosas desaparece su querer imperioso, su omnipotencia y su majestad. ¿No es verdad que esos nuevos descubrimientos cronológicos os arruinan?»

No es verdad. Presumir que la cronología viene con los nuevos descubrimientos de la ciencia á condenar á Moisés, poniéndonos á los creyentes entre dos estrechuras de las cuales no se huye, no es afirmación de discretos: al sostenerla obstinadamente y al repetirla se percibe, por decirlo así, un olor de malignidad.

Expongamos el primer lado del presente litigio.

No hay duda que los días mencionados en el Génesis, queriendo estar al sentido literal, encerraríanse cada uno en veinte y cuatro horas; pero no hay ley alguna para los creyentes en virtud de la cual se deban entender así. La hermenéutica sagrada nos da esta regla: el sentido literal se debe seguir cuando no resulta contradicción de ninguna especie, y abandonarse cuando resulta. Mientras los descubrimientos de la ciencia nada debieron decir sobre los días de veinte y cuatro horas en

el relato de Moisés, los expositores bíblicos podían á su placer seguir, y siguieron realmente la mayoría, el sentido literal: ahora que las ciencias físicas se rebelan contra el sentido estrecho, se debe acudir al más amplio: los seis días pues, de la creación, se deben tomar por épocas, ó periodos indeterminados de tiempo.

Advertid, señores, que hacen esto los creyentes sin alterar en general la literatura, ni forzar el texto de la Biblia. En el idioma de los Latinos, la palabra *dies* no es la rigurosa significacion de un día de veinte y cuatro horas; la sociedad, las artes, la poesía, la jurisprudencia y la política le atribuyen con frecuencia un sentido más extenso; nosotros en nuestra exacta y cándida lengua italiana decimos con frecuencia: *giorni*, y *jornada terrena* para indicar años y la propia *vida humana*. Por lo que hace á la Biblia, estilo ordinario de los orientales, y por consiguiente también de los escritores inspirados, es que, cuando se nombra *dia*, se quiere fácilmente expresar, no un día de los naturales, sino un curso más ó ménos largo de tiempo, ó una época verdaderamente. *Observarás este rito en el tiempo señalado de día en día, es decir, de año en año*; esto está escrito en el Exodo (1). Jacob habla de los días de su mortal peregrinacion, y estos *días* son años (2). Los Paralipómenos se llaman en hebreo *verba dierum*: la historia de los *días*. Se dice también en aquellos días, *in diebus illis*, para decir en aquellos tiempos. Así entre los Profetas con frecuencia se pone delante la gran amenaza del día del Señor; *dies Domini*. ¿Qué significa esto? Claramente se ve; la época, ó el momento histórico en que Dios manifiesta su poder y su gloria, ó manifestarla querrá con los acontecimientos posteriores. En su virtud *dia del Señor* es el castigo que á su pueblo da por ir en pos de sus amadas culpas é infidelidad: *dia del Señor* es el retorno á la patria y la liberacion de Israel de los incircuncisos; igualmente *dia del Señor* es la llegada de Jesucristo á la tierra, el *Buen Anuncio* predicado á las gentes y la constitucion del reino de gracia. ¡Se trata pues de cosa muy diferente que de simples días de veinte y cuatro horas cada uno! Aquí se trata de largos periodos de tiempos, siglos y eras nuevas.

Apliquemos esta interpretacion á los seis días del Génesis. ¿Acaso no tenemos el derecho de hacerlo? Más aún, ¡qué digo! parece que tal es nuestro deber. Aun cuando la mayor parte de los expositores bíblicos no se cuidaban de abandonar el sentido literal en la mosaica enumeracion de los días, tal sentido no vendrá á favorecerles mucho. Moisés dice que en el cuarto día fué creado el sol, el cual para nosotros es el

(1) Exodo, cap. XIII, v. 10.

(2) Génesis, cap. XLVII, v. 29.

medidor del día: por lo tanto en los tres días anteriores el sol existía, no pudiendo aquellos días ser medidos por el sol y marcados en veinte y cuatro horas. Venían á ser por consiguiente libres espacios de tiempos y épocas. De igual modo Moisés afirma que Dios en el sétimo día descansó; pero el descanso de Dios no quedó interrumpido, continuando: dura por consecuencia, prosiguiendo aún el día séptimo; ¡hasta qué punto este día se ha ido alargando y extendiendo! Va tan lejos como el mundo.

Aquí llegados, donde el sentido literal de los seis días creativos no es aceptado por vosotros, ved qué amplísimo campo se nos ofrece para recorrerlo. Hay, completamente diversas de la literal, dos interpretaciones referentes á los seis días de Moisés. Según la primera, los seis días designan seis grandes épocas precisamente; seis grandes períodos que se suceden unos á otros en la historia de la creación, por lo cual cada una de tales divisiones se puede poner en paralelo con un día del *exameron* mosaico. Esta interpretación entre los exegetas se llama *concordística*. Existe una segunda, según la cual los seis días corresponden como un todo á toda la serie de los períodos desde el primer principio de las cosas hasta la creación del hombre; así, en vez de seis períodos distintos entre sí, resultarían seis momentos ó fases de la actividad creadora de Dios; seis principales puntos de contemplación, bajo los que pueden estar ordenados los actos divinos en la formación del mundo, como en la historia de la tierra se nos presenta. Esta interpretación se llama *ideal*. ¿Quereis, señores, la primera ó la segunda de tales interpretaciones? Sois libres, libérrimos en la elección. Ateniéndoos á la primera, que es la de las épocas, direis con Benigno Bossuet: «Dios quiso hacer el mundo con seis diferentes progresos, que se complació en llamar seis días (1).» Ateniéndoos á la segunda, que reduce toda la creación á un punto de vista único, direis con el Eclesiástico: «El que vive eternamente crió todas las cosas sin excepcion (2).

Oigo la voz de los críticos. Para el creyente no son posibles interpretaciones tan amplias. No; ni la *concordística* ni la *ideal*. Moisés, contando los seis días creativos, los compone de mañana y de tarde, escribiendo «de la tarde y de la mañana resultó el primer día.» Así habla de los demás. Hé aquí por qué los circunscribe en seis naturales días ordinarios.

Algunos observaron que el primer capítulo del Génesis se escribió en lenguaje figurado y brioso, dejando de todas maneras sostener

(1) Bossuet. *Elevacion* V.

(2) Eclesiástico, cap. XVIII, v. 1.



que aquel lenguaje debió correr rimado. Dios habla y hace oír su voz á criaturas insensibles; éstos la oyen y obedecen. Dios ve la luz y sus otras obras jóvenes, complaciéndose como artífice satisfecho de su misma obra. Parece casi un cántico ó himno tradicional puesto por Moisés al frente de sus libros. La poesía desde su nacimiento fué esencialmente religiosa; el himno, canto de las tradiciones, procedente por metáforas, es el más vetusto sonido poético que nunca existió; el himno contenía en gérmen los dos elementos de poesía que más tarde se apartaron; la épica y la lírica. Sea lo que sea, es un hecho que el estilo del Génesis, sin ser empero de ningún modo alegórico, no tiene la sencillez que tienen las demás relaciones históricas de los Libros Santos, verbi gracia, el Pentateuco. Siendo así diremos nosotros con un escritor moderno: «Las palabras *tarde* y *mañana* empleadas por Moisés tienen otro sentido muy diverso del que presentan literalmente: *tarde* significa mezcla, confusión y desorden; *mañana* significa orden, disposición regular y concierto (1).» Suponed así ahora en los seis días mosaicos la mañana y la tarde: poned á esta parte las cosas que se mezclan y se confunden; de la otra parte ponedlas de manera que, saliendo de la confusión, asciendan al orden y á la armonía, explicándose así todo. Es horrible aquella tarde del Génesis por ser el caos; bella y luminosísima aquella mañana, por ser la joven creación del Universo. Cabe, pues, igualmente la interpretación *concordística* y la *ideal*.

¿Dónde se encuentran ahora los cronólogos incrédulos? ¿Qué hacen? ¿Les parece todavía que la cronología con los recientes descubrimientos de la ciencia pone á los creyentes en tan mal estado que debamos someterlos á una refutación inexorable é indecente? Aseverarlo, sería propio de malignos.

Sin embargo; subsisten las dos estrechuras entre las que fuimos acorralados, en sentir de los incrédulos. Bien: vosotros (dicen), marcháis por camino diverso del de vuestros predecesores; vosotros, lo mismo que los doctos, concedéis amplísimo tiempo al mundo que se formó; mas huyendo de una estrechura, dais en otra. En aquella creación lenta, y en aquellos siglos larguísimos necesarios para el desarrollo del universo, ¿cómo vuestro Dios se empequeñece y viene á ser nulo! No se vé ya en él ni pizca de omnipotencia. Os mata la nueva cronología que aceptais.

Entre las bellas costas de Irlanda, que florecen por las sonrisas del cielo, llenas de todas las amenidades de la tierra y del mar, bellísima es la de Dublin, metrópoli de la Isla. Quien ha visitado en su parte

(1) *Archivo general de la religión*, Agosto 1832.

antigua y moderna tan noble ciudad; quien ha visto sus edificios, unos de gótico estilo breton, y otros de novísimo estilo inglés, sus iglesias, sus calles, sus plazas de Rueland, de Merion y de San Estéban, rodeadas de huertos y de verdura; aquellas aguas límpidas de Liffey, que corta la ciudad en dos zonas iguales casi teniendo bellas orillas flanqueadas por palacios, y coronadas por nueve puentes de piedra ó de hierro, convirtiéndola casi en una Florencia trasladada al seno del mar; quien entrando en el puente de Carlisle se detuvo mirando en torno para contemplar tanta magnificencia de naturales y artificiales espectáculos, dirá si exagero al decir que se juzga de golpe trasportado á una de las más bellas capitales de la Europa.

Mas dejemos esto, porque otra cosa nos urge considerar.

Ya que ahora estamos en Dublin, tomemos la vía que desde la parte occidental de la ciudad conduce al gran parque del *Fénix*, cuya circunferencia llena siete millas, y en cuyo recinto, delante de la sumptuosa villa del Virey, se levanta el obelisco gigante á la memoria del Duque de Wellington. Cerca del parque, y como á la sombra del obelisco, se abren los jardines de la sociedad zoológica.

Ahora bien: sobre los amplios sitios de mármol donde descansa la gente, gozando el fresco de las plantas, entre otros, se distinguen un señor y una señora, jóvenes aún, con un infantil que pisa sus falones, los cuales no aparecen atentos á gozar del fresco de las plantas al sol de agosto, ni á contemplar aquellos varios jardines peregrinos. Tienen un libro en la mano, sobre que versan sus pláticas. Es la Biblia. Tanto en su razonamiento se encienden que ni en el niño se fijan, dejando que corra libremente aquí ó allá, ocupándose en escoger entre las arenas las piedrecitas lucidas, y formar con ellas montoncitos.

Nos atrae la actitud del señor y de la señora, que se dan por marido y mujer; aproximados á ellos, oímos perfectamente su coloquio, cual si fuéramos admitidos á él.

Exclama el marido: «Ahora bien: ¿Quién hace cincuenta años hubiera dicho que de estos jardines zoológicos, como de las más altas estrellas del cielo, se suscitarían objeciones contra el libro de Moisés? Sin embargo, no hay medio: hoy la ciencia no quiere los seis dias de la creación; quiere grandes épocas, y hasta un curso indeterminado de cosas sin intervalos.

—«Yo no la puedo engullir, dijo la mujer, porque la considero demasiado deshonesta. La Biblia no habla de ningún modo entre dientes; nombra la noche y el día: ¿cómo admitir un día que no concluya nunca, y una noche que jamás concluyó en día? Moisés, sin duda, es más expe-

pitivo; la ciencia da frecuentemente rodeos muy largos y no la amo.»

«Aun yo creo que la ciencia peca hoy por dar largas á las cosas, respondió el hombre: los períodos grandes han venido á ser de moda en la geología, en la cosmogonía y en ciencias semejantes. Nos cuesta tanto hacer cosas potentes y duraderas, que no queremos hecha pronto una creacion que dura siempre. Ya Herodoto escuchaba de los sacerdotes egipcios que el lodo del Nilo debajo de Menfis aumentaba un brazo cada cien años: nuevas indagaciones redujeron la medida á sólo tres ó cuatro pulgadas. Empero, Hilaria mía, podrá ser por el contrario, que sobre la nebulosa parturienta con cuyo limo se quiere plasmado el mundo en el curso de cien millones de siglos, se comprende en un hermoso día que lo debió haber hecho más precipitadamente, y que así más pronto por voluntad de los doctos se libre al fin de las angustias del parto. Dicen que se necesitan cientos de años y de siglos para que se forme una conchita. Conviene reflexionar que las bases sobre que descansan estos cálculos están tomadas de nuestro clima, y que en una vegetacion exuberante de ordinario, como debía dominar en la época carbonífera, la produccion de la materia del carbon por el ácido carbónico difundido en el aire abundantemente, debía ser muy fuerte y considerable. Sin embargo, de todas maneras, es preciso actualmente tener paciencia y esperar. Lo prediqué yo en el presbiterio de Waterford; lo prediqué más tarde en el de Limerick, cuando allí nos desposamos: ahora lo predico en Dublin, entre mis camaradas. ¡Paciencia! Aun las ciencias mudarán de tono, y, si no tenemos los seis días mosaicos de veinticuatro horas cada uno, no los tendremos tampoco por épocas determinadas.»

«Ni áun esto me place, añadió la mujer otra vez, abriendo la primera página de la Biblia: ó todo, segun debe aquí entenderse, ó nada, enteramente nada, para despachar antes. ¿No ves que si áun una lentitud de sólo diez años damos al Creador del mundo, su omnipotencia desaparece? ¿Por qué, siendo Dios omnipotente, debe sufrir en sus obras dilaciones? El dice y las cosas fueron: *Dixit et facta sunt*; y la palabra de Dios va rápidamente como el rayo.»

Al llegar á este punto se oyó un grito. El infante que seguia recorriendo piedras lúcidas, tropezó en la falda de su propio vestido demasiado largo, cayendo á los piés de un señor forastero, sentado allí á la sombra de los plátanos. *No se ha hecho mal*, exclamó aquél señor levantando al niño, y entregándolo á sus padres. Conmovidos estos por el acto, dijeron: «Mil gracias, mil gracias por su gentileza. Perdone usted nuestro descuido.»

«¡Oh nada! contestó el forastero, volviéndose á sentar. El descuido

de ustedes es muy excusable, porque se ocupan en cosas de altísima importancia.»

«¿Es que tiene usted, sin embargo de ser forastero, noticia de nuestras conversaciones? preguntó el padre del niño. ¿Le parecen importantes nuestras pláticas? ¿Le placen asimismo los descubrimientos científicos y la Biblia?»

»¡Sí me placen! añadió aquel; por amor y por deber á un tiempo. Yo, extranjero, y con traje de seglar, soy un hombre muy distinto del que ustedes imaginan: soy sacerdote católico. Interésame, pues, la ciencia, é interésame la Biblia, como debe interesar á usted que, si no padezco error, es ministro protestante, que tiene á su lado á su mujer y á su hijo. Pues bien; si yo debiera dar mi opinion sobre la disputa en que se ocupan, me parece que tanto el uno como la otra deberian correr con mayor generosidad.

»¿De qué manera? preguntaron ansiosamente los dos que disputaban.

»Voy á decirlo, contestó el sacerdote católico. En cuanto á usted, señor mio, que lamenta el capricho de la lentitud, que pone de realce la ciencia, no me tomaria tantos afanes, concediendo á la ciencia toda la lentitud que ansia. Los seis dias del Génesis pueden ser considerados épocas sin escrúpulo, siendo lo mismo que una época abarque diez años, como que abarque mil ó más. Quisiera, pues, ser más generoso con la ciencia. Si quisiera restringir aquella lentitud por usted ansiada, y dar á la formacion del mundo un curso más expedito, lo haria á manera de pasatiempo, sin miedo ni dolor; no disputaria con la ciencia, refundiéndola en una portentosa virtud natural, que solo es de Dios en su origen. Como semejanza, tomaria el fenómeno fotográfico, razonando de la siguiente manera: Si á un hombre, no informado de las modernas invenciones, enseñan una fotografía que presenta gran número de figuras y le preguntan: ¿cuánto tiempo cree que habrá trabajado el artista en este cuadro, que á pesar de su pequeñez, es tan perfectamente semejante? juzgará ciertamente precisas algunas semanas ó meses, habiéndose hecho sin embargo en breves segundos. Otro tanto se puede decir á quien de la primitiva creacion de las cosas no está plenamente informado: usted cree que se formaron quizás en millones de siglos, y sin embargo la naturaleza, que recibió entonces del Creador virtud prodigiosa, las formó en algunos segundos ó en ciento cuarenta y cuatro horas. Empero decia que no se necesita esto: dejemos andar á la ciencia como quiere; conserve sus lentitudes famosas; si ella es verdadera ciencia, no podrá contradecir la palabra de Dios.»

Por lo que hace á usted, señora, que en las lentitudes cosmológicas ve la divina omnipotencia sufrir extremo detrimento, paréceme que,

lejos de exaltar á Dios, lo rebaja. ¿Acaso al construir el mundo solamente tenia un modo á que atenerse, á saber, el de obrar á manera de un rayo? ¿Sea usted más generosa con Dios! Le place concederle al crear seis dias de veinte y cuatro horas y no más. Empero, si se le quiere convertir en un sér que obra precipitadamente, ¿por qué más bien seis dias que seis minutos? Por otra parte en Dios la lentitud no está mal, por cuanto Él es eterno. El Salmista canta: «Mil años, señor, son á vuestros ojos como el dia de ayer que pasó (1). ¿Qué importa que Dios haya terminado la creacion en seis dias, ó en seis millones de años? ¿No se prestan igualmente el espacio y el tiempo á sus mandatos? Aquellos escritores que encierran la expresion de Moisés en uno de nuestros dias, pretendiendo que al Altísimo convenia realizar su pensamiento estrictamente de aquel modo, no advierten que parangonan el supremo arquitecto del orbe á un obrero, que debe terminar en un dia su tarea. Es una idea mezquina asignar como propia del Creador una semana para su trabajo. Procuremos ser por nuestra parte más generosos.»

Replió la gentil señora diciendo: «Es que si la divina omnipotencia no procede con prontitud, queda limitada.»

«Es inexacto, respondió el sacerdote. ¿Acaso el poder del Eterno está más circunscrito por los siglos que por los días? Un poder ilimitado no cesa de ser tal, porque límite su modo de obrar segun un designio que escogió. Tampoco su omnipotencia procediendo despacio padece detrimento. Un gigante no deja de poseer la fuerza de un gigante, porque á veces se mueve con lentitud, y porque no se sirve á cada momento de todas sus fuerzas formidables, tomando por ejemplo delicadamente una mariposa que ha hecho prisionera. Señora: al obrar á manera de un rayo; al dar de pronto la vida á un mundo completo con sus habitantes, se pone ciertamente de realce la omnipotencia divina: empero al obrar más despacio, al permitir que las leyes naturales se desenvuelvan gradualmente y produzcan sus efectos en razon creciente de la causa que poco á poco exteriormente se manifiesta, sobresale de un modo especial la divina sabiduría; en la misma lentitud que emplea, al hacer que jueguen las causas segundas conforme á sus propias voluntades, deja mejor abierto el campo para considerar, aún á los últimos que aparezcan sobre la tierra, su profundísimo magisterio. Ahora bien; esté usted cierta: si Dios, negándose á obrar instantáneamente, no quiere hacer una pomposa ostentacion del poder de su brazo, se complace en manifestarnos con la continuidad los milagros de su sabiduría. De todas maneras Dios existe siempre en la creacion.»

(1) Salmo LXXXIX, v. 4.

Después de detenerse un momento, continuó el sacerdote: «Hay que hacer, señora, otra consideración. Todas las obras divinas tienen un color tal que se asemejan, mostrando una la otra: la creación se enlaza con la redención y viceversa. ¡Hé aquí por qué consideré la redención del humano linaje! ¡Qué lentitud! ¡Cuatro mil años de trabajo y expectación! Y después el Mesías. Mirad la Iglesia católica: usted no cree en ella; pero vive y subsiste. «¡Qué lentitud nueva inefable! Y en tal lentitud, ¡qué urdimbre de omnipotencia y sabiduría!»

Esto dicho, el sacerdote católico calló; pero la mujer del ministro protestante, y su marido con ella, haciendo un acto de cortesía, aprobaron aquel razonamiento.

Saludemos también nosotros al sacerdote, señores, con el propio consentimiento. El omnipotente Dios no se achica, ni se desvanece delante de nosotros, si se cambian en épocas los días mosaicos, dándose á la creación un curso á muchas edades continuado y amplísimo. Teméis por la omnipotencia divina; empero sin que falte, ó pierda, por decirlo así, su color, más y más resalta la sabiduría; porque, presupuesta la lentitud en el crear, Dios, por decirlo así, se familiariza mejor con la misma creación; mucho más se interna en la misma, viniendo á ser objeto de más recóndito estudio, haciéndose más admirable.

Las dos estrechuras entre los que los incrédulos pretendieron haberlos encerrado, quedan por consiguiente rotas. Presumir que la cronología, con los nuevos descubrimientos de los doctos, acusa á Moisés de errores enormes de cálculos ó de un deliquio divino, esperar eso, ó intentar lo imposible; ni lo uno ni lo otro: insistir en esto, hiede á malignidad.

No ha concluido la lucha. Veo á los enemigos de la Biblia aún enfurecidos contra nosotros, desdeñosos y dispuestos al ataque; abandonadas las armas que vieron rotas en su mano, dejando, en su virtud, aparte las pruebas cosmogónicas, como también las astronómicas y las cronológicas, se acogen al último de los argumentos que aún les queda. «Yo hateré la tierra con mis pies,» decía Pompeyo, indicando que se aproximaba César, «y saldrán de la misma soldados.» Semejantemente gritan los aludidos: «Hiramos la tierra con nuestros pies, y saldremos triunfantes. ¿Acaso no está en favor nuestro la geología?» A la geología recurren, por tanto. En las indicaciones de los estratos telúricos y en las producciones que hay en ellos hallan, ó les parece hallar, que la geología enseñó diversamente de cuanto la Biblia cuenta. Acusan, en su virtud, á Moisés de haber groseramente confundido el orden de los seres llamados á la vida por la vez primera.

Los acusadores hicieron salir de la tierra sus legiones: sacaron, no soles ni estrellas, sino reptiles, cuadrúpedos, peces y aves: ¿qué será? Es una repetición de lo que aseguraron y dijeron en otra parte: es niñería y calumnia.

Ya que sale á relucir el órden observado en la formación de los séres, yo, para completar mi obra, siéntome tentado á principiar verdaderamente donde comienza la Biblia, y razonar á los doctos de la siguiente manera: «La Biblia pone ante todo la creación del cielo y de la tierra, es decir, de la materia primera; ¿tiene algo la ciencia que oponer á esto? ¿Puede hallar en esto confusión? Hablando la Biblia del día primero, asevera que fué creada en él la luz: fuerte la ciencia con sus últimos descubrimientos ¿lo aprueba ó lo proscribire? Segun el sistema de Laplace, todos los naturalistas de hoy convienen en que el fenómeno primero, despues de la creación de la materia, fué el de la luz precisamente. Al enumerar la Biblia inmediatamente las demás divinas acciones dice creado el firmamento en el segundo día: ¿qué piensa de ello la ciencia? ¿Tiene algo en esto que lamentar?

Empero estoy atado actualmente al discurso sobre la geología, y no puedo favorecerme con un proemio que sería magnífico. Los últimos opositores que me combaten se hallan en sitio más bajo, y es forzoso que allí los tome. Hé aquí que se refieren á las obras y á las producciones de la tierra.

Aquí de pronto, meten gran estruendo.

Moisés pone en el día tercero la producción de los vegetales y hace que llenen la tierra salida de las aguas; pone, por el contrario, á los animales marinos y á los volátiles en el día quinto, así como en el sexto los terrestres y los domésticos. ¡Qué confusión de cosas! Excavando la tierra, en virtud de los descubrimientos geológicos, resulta que en la creación de los animales precedieron los vegetales: hállanse animales en los terrenos, que preceden mucho al terreno carbonífero. En los primeros estratos de sedimento se hallan «equinodermos,» moluscos, gusanos, «crostáceos» y otros semejantes: en el terreno «devoniano,» que corre inmediatamente delante del carbonífero, se hallan peces y aun reptiles. Estos, por consecuencia, en la formación de las cosas piden la prioridad, queriendo campear en el tercer período preferentemente al quinto ó al sexto. Ahora bien: Moisés, no ajustándose de ningun modo en esto á la verdad, supone á los animales creados despues de las yerbas y despues de todas las plantas: semejante traslación indica que el narrador es un idiota. A la verdad los descubrimientos de la geología quitan al Génesis crédito.

¿Son verdaderos y están demostrados los descubrimientos que se men-

cionan? ¿De qué geólogos nos hablan? ¿De los mejores y más celebrados? Niego todo esto, señores.

Repito aquí, como hice ya en otro lugar, que Moisés no se nos presenta con traje de sabio. Es el narrador de las glorias divinas en la creacion: no el geólogo que amaestra relativamente á los estratos de la tierra, á las plantas, á los animales y á los fósiles. Exalta las operaciones de su Señor, y al hombre revela los prodigios de su diestra, queriendo que por el hombre sea enaltecido y amado. En su virtud, hace su relacion mediante rasgos luminosos y difusos: hace una síntesis y no un análisis: canta la epopeya divina con la brevedad de un himno: los espíritus superficiales y los incrédulos, que sufren tanto por su estrechamente, siendo siempre más analíticos que sintéticos, no comprenden la imagen grandiosa que representa Moisés; se acogen á cualquier último borde de su vestido y se pierden pronto en pequenezes, escandalizándose: hallan, por ejemplo, que aún despues del tercer día, pudieran acaso ocurrir levantamientos de tierras, como tambien que acaso se formaron nuevas plantas más perfectas; que despues del cuarto día del Génesis aparecieron quizá nuevos astros, así como nuevos peces y animales despues del quinto: no llegan á vislumbrar que Moisés con una palabra determina la obra principal, en virtud de la que cada día ó período de la creacion se distingue, no diciendo nada en contrario la circunstancia de poderse hallar alguna menuda formacion de seres promiscuamente aquí ó allá en los seis días. Ellos se apoyan en las cosas parciales y en las minuciosidades, al paso que Moisés bosqueja, con profundo concepto, ampliamente. En el primer día (como ya notamos), la luz; en el segundo las aguas, así en estado líquido como en el de vapor; en el tercero la elevacion de los terrenos sobre las aguas, así como la germinacion de las yerbas y de las plantas; en el cuarto la rarefaccion de la atmósfera, á fin de que desde la tierra se pudieran ver el sol, la luna y las estrellas; en el quinto los peces y los volátiles: en el sexto los animales todos más excelentes y perfectos; por último el hombre. Así, cada día, cada período de la Biblia tiene su distincion específica por la presentacion de nuevos acontecimientos.

¿Dónde en tal lugar está la contradicción entre la geología y la Biblia? Hé aquí por qué no admito por relevantes y verdaderos los descubrimientos geológicos, que presentan sólo algun pequeño punto de contrariedad aparente á lo dicho en el Génesis: hé aquí por qué no encuentro en los adversarios del historiador divino los doctos grandes y celebrados.

Realmente, ¿por qué me hablan de confusion en Moisés? ¿Con qué autoridad y con qué ley en la mano intentan probarme que el mundo

animal fué creado antes que el mundo de los vegetales? La geología no sólo no os asiste para darne semejante demostracion, sino que os condena; leed á quien mejor que vosotros se dedicó á la geología sacando de ella espléndidas conclusiones. Leed á Cuvier en su *Discurso sobre las revoluciones del globo*; leed á Adolfo Brongnuart, amigo de Cuvier y continuador de su obra; leed á Dumas en su gran libro la *Estadística de los cuerpos organizados*; leed á Marcel de Serres; leed á Ampère: estos ilustres físicos y muchos otros con ellos, sin pensar sin embargo en que así resultan defensores de Moisés, os aducen observaciones y hechos para persuadiros de que el mundo animal no fué creado antes que los vegetales, sino despues. ¡Mas qué afirmo! Ha venido á ser la cosa tan clara que quien contra lo de Moisés se obstinara en comprenderla, sería escarnecido por los sabios. No sólo el mundo animal no existió antes que los vegetales, considerado como hecho, sino que no pudo existir por la ley misma de existencia. Juan Müller advierte con sentido práctico: «Los alimentos de los animales son materias ya compuestas orgánicamente de animales ó plantas. Para los animales las plantas vienen á ser precisas, porque tienen el poder de producir combinaciones orgánicas de las inorgánicas; así por las plantas son aportados en la gran economía de la naturaleza los nuevos materiales, que despues desde las plantas van á los animales herbívoros, y desde éstos otra vez á los carnívoros (1). Con igual vigoroso discurso escribe hasta el doctor Bischof, alegando una objecion de Burmeister: «El nacimiento de los animales antes de toda vegetacion es imposible ya sólo porque los animales tienen necesidad de los vegetales para vivir. Muchos animales se comen á otros animales; pero éstos tambien últimamente comen plantas de continuo: el animal en general nada recibe en su sustancia que no hayan existido en alguna forma de materia orgánica. De donde se sigue que aún en el más antiguo periodo de la creacion ningun organismo animal puede haber vivido antes que los vegetales, si bien cabe pensar que han seguido en su nacimiento con breve intervalo y que vivieron juntos en tiempo remotísimo (2).»

Sea lo que sea, ¿os desplace el orden y la sucesion de los seres, segun están indicados en el Génesis? Entonces vosotros que en beneficio nuestro cambiáis aquella disposicion enteramente, trazad otra.

Lo han intentado, señores, aunque inútilmente. Hace poco afirmaba que no podia yo admitir entre los mejores doctos á los que se burlan de Moisés: hé aquí el sitio donde tal afirmacion debe ser mejor demos-

(1) G. Müller. *Handbuch der Physiologie*, I.

(2) G. Bischof, *Lehrb.* 1.^a edic.

trada por los hechos. Sí; contrariamente al Génesis trazaron una nueva sucesion de los vegetales y de los animales; escribieron la historia de los antiguos períodos de la tierra, y construyeron ingeniosos sistemas de los séres orgánicos. Mas no consiguieron nada; el mentís que dar quisieron al Génesis no se sostuvo y erujó: tales sistemas ingeniosos se manifestaron, como eran en efecto, indicaciones hipotéticas extrañamente fantásticas; la historia de la tierra que habian redactado, y los papeles escritos relativamente á tan vetustos períodos, quedaron siempre sometidos á tantas y tan espesas borraduras, que más adelante no los pudieron leer ni sus mismos autores.

Hace poco tiempo se creia incontrastable que los animales y los vegetales terrestres se hallan por la vez primera en la formacion carbonífera: ahora se hallan asimismo en la «devoniana.» Por ejemplo, el *terpeton* Elginense, reptil semejante al lagarto, fué creido animal terrestre; mas recentísimamente se vió que las arenas donde se halla ni aun corresponden á la formacion «devoniana,» sino á otra posterior. Equivale á decir que anteriormente al año 1844 muchos geólogos sostenian con tenacidad que los reptiles no habian conseguido hábito de vida antes de la época *permiana*; empero en los diez años siguientes se aseguró su realidad antes del período carbonífero, y despues aún anteriormente.

Añadamos hechos á hechos. Antes de 1818 se creia generalmente que los más antiguos restos de los cuadrúpedos de sangre caliente en los estratos *cenozoicos* se hallaron por la vez primera: despues se hallaron en abundancia en el Jura y aún en el Trias, los cuales forman parte del período *mesozoico*. Murchison, que estudió con sumo cuidado los más viejos estratos *paleozoicos*, juzgaba haber demostrado que la formacion *silúrica* contenia los restos de los más antiguos organismos que habian vivido en nuestro suelo; mas en los últimos años se halló en el Canadá un zoófito, el *ozoön* Canadense, metido en los estratos *laurenzianos*, los cuales por antigüedad no ceden á las formaciones del período *azóico* de la Europa, si no la tienen mayor.

Todo es oscuridad en la historia paleontológica de la tierra; todo es confusion y desórden.

Liell manifiesta, en su virtud, con justicia el convencimiento de que, relativamente al órden en que las varias familias de los organismos aparecen en los estratos telúricos, la ciencia en varios puntos agítase aún en el límite de sus propios estudios, por lo cual, tanto en la primera como en la segunda mitad de nuestro siglo, deberá cambiar las precedente opiniones (1).

(1) Liell, en el *Athenaeum*, 1864.

Caen los sistemas geológicos. Las páginas de la historia «paleontológica» se rompen; el mapa de la primitiva tierra hecho por los incrédulos naturalistas es como nuestras *cartas políticas*: ¡juego y trabajo de niños! Empero la inmaculada vestidura de Moisés no se rasga, prosiguiendo él de continuo en pie.

En efecto, si entre los cambios y las contradicciones de sus infamadores hay una cosa que resulte comprobada y espléndida, ¿no descubrirís cuál es? La diré. Cuando se parangonan entre sí las flores y las faunas de muchos períodos diferentes, según por los fósiles las conocemos, se halla siempre que las más antiguas son las más diversas de las que hoy existen, al paso que las más recientes vienen á ser ante las nuestras las más parecidas. En su virtud, la mayor parte de los geólogos inferen que un desenvolvimiento del mundo vegetal y animal se realizó, el cual del estado ménos perfecto corrió con orden bello al más perfecto. Su argumentación es válida, porque las formaciones más antiguas contienen casi sólo restos de séres, cuyo organismo era muy sencillo: plantas sin flores, corales, moluscos, animales no vertebrados, sólo algunas huellas de peces y de reptiles, y, por lo que hasta hoy se sabe, ningún vestigio de volátiles y de mamíferos. En los estratos siguientes, por el contrario, se representan plantas y animales de una más alta organización: en el período carbonífero, algunas «coníferas,» muchos peces y algunos reptiles; en el período *trásico* muchos reptiles y varios volátiles y mamíferos; en el período *jurásico* algunas plantas dicotiledóneas y varios mamíferos además; en el período terciario plantas dicotiledóneas y muchos mamíferos. De cada una de las grandes divisiones del reino vegetal y del animal se ofrecen en general primero los más bajos, y despues los superiores grados de organización. Así, entre los animales «ragiados,» vienen primero los *crinóideos* fijos en el suelo; de los peces los *ganóideos* y los *placóideos*, cuyas formas son poco simétricas; de los reptiles los *sáuros*; de los volátiles los habitantes de las lagunas y los «*estruzionideos*;» de los mamíferos, finalmente, los «*marsupiales*» y los *cetáceos*. La diferencia de las formas orgánicas de los más antiguos estratos de las nuestras actuales es por consiguiente la mayor, pareciendo de continuo más pequeña en los más recientes.

Alegrémonos por el triunfo de la verdad. Esta demostración que la ciencia nos da, única cierta entre mil, ¿á qué conduce, en sustancia, sino á comentar y poner el sello á la doctrina bíblica sobre la creación? Es la primera que, sin necesidad de investigaciones geológicas, describe el desenvolvimiento de la tierra en tal orden, que del estado ménos perfecto elévase al más perfecto; la primera que va de los organismos bajos y simples á los más sublimes y á los compuestos;

principia por el vástago y por el reptil para concluir en el hombre. Moisés firmemente continúa en pié: dirigiéndose á sus difamadores, parece que dice: —¿Apelásteis á la geología? Pues bien; llevaos la decision. Para vosotros la confusion y las ruinas; para mí el órden y el testimonio de la verdad. —

En mal hora, pues, los enemigos de Dios se lanzaron debajo de la tierra para sacar allí novísimos mentís á la Biblia; en mal hora con sus propios pies hollaron el suelo, imitando, por decirlo así, la palabra de Pompeyo; más bien cumplieron la fábula de Cadmo: los dientes de la bestia sembrados en el suelo, llegaron á ser hombres armados y feroces; aquellos hombres pelearon entre sí, matándose. No hay error ni disfraz en la narracion del Génesis; presumir que los descubrimientos geológicos acusen á Moisés de haber en el órden propio confundido los seres llamados á la vida, no tiene apoyo en la ciencia, sino que halla en ella el repudio. De forma que tal acusacion no se diferencia de las otras; es una cosa repetida que se resuelve en niñería y calumnia.

¡Es bella y venerable la frente de Moisés, como augusta su boca! Evidentemente Dios le colmó de su luz, haciéndole inspirado y vidente, al propio tiempo que lo hizo historiador: le dió la enseñanza de la fé, y además el predominio que debia ejercer en el reino de la doctrina. Es el teólogo que precede al filósofo.

Inclínome á este gigante hebreo, que camina entre los esplendores de la divina revelacion y las sombras de la sabiduría humana; que como patriarca y revelador gobierna el primero y el más singular de todos los pueblos; que, comparado con las gentes paganas, las precede en sus anales y pasa sobre ellas: potente y celebrísimo antes de que la civilizacion griega principie, es cien años anterior á la fundacion de Atenas, la cual, si quiere más tarde conferir el grande honor á Platon, se llamará *Moisés ático*, como sabemos por Natal Alejandro: en su virtud es doscientos años anterior á la presentacion de Baco en las Indias; trescientos á las proezas de Marte, Apolo y Hércules; cuatrocientos á la toma de Troya, y quinientos á la Iliada de Homero; tal vez contemporáneo de aquel Atlante, que los poetas figuraron sosteniendo el mundo con sus propias espaldas; como él fué mandado verdaderamente por Dios para sostener con su autoridad y con la palabra el mundo antiguo y el moderno. Inclínome yo á Moisés, que no sólo al pueblo judío, sino á todos los pueblos de la gentilidad sobrevive, durando más que sus banderas, que sus códigos y que sus monumentos, llamado por Cristo para reinar en los restos de los israelitas dispersos, como en medio de las naciones creyentes y civilizadas; inclínome á Moisés, el legislador

universal de la tierra; á Moisés el padre de la historia; á Moisés saludado por todos los santos y por todos los sábios; inclínome á él y exclamo con el conde Las Cases: «Si, Moisés se levanta sobre las generaciones y los siglos como columna eterna de la verdad. Herodoto, Maneton, los mármoles de Paros, los historiadores chinos, el sanscrito y todas las otras más antiguas fuentes resultan quinientos ó mil años posteriores á él; ninguno de aquellos antiguos testimonios puede llegar á él, contradecirlo ó debilitarlo: por el contrario la naturaleza y los hombres en todas partes se hallan en armonía perfecta con cuanto dice. Hé aquí por qué razon, en virtud del maravilloso acuerdo, la fé religiosa triunfa, y, conmovida por tal resultado, la filosofía incrédula vacila; vencida por sus propias luces, constreñida vése á confesar que hay en todo esto algo sobrenatural que no comprende; pero que no es lícito impugnar (1).»

Empero no se paran aquí los sucesos alegres. Justificado Moisés, queda justificada la Biblia, por lo que se refiere á la enseñanza de la creacion. La incredulidad novísima bien puede cubrirse con el manto de la ciencia á fin de acometerla; más la ciencia verdadera desmiente la falsa; poniéndola á sus piés, disparando contra ella los dardos luminosos de la verdad, le da un castigo magnífico. Ahora, señores, no soy yo el que hablo: os placará oír á otros. Os recuerdo los doscientos diez entre los más ilustres británicos, quienes en otoño del 1866 publicaron una declaracion á fin de rendir testimonio á la bella concordia entre la Biblia y la ciencia moderna. Allí se leen los nombres de T. Anderson, de T. Bell, de G. Glaischer, de Richardson, de Enrique D. Rogers, de Alfredo Smee, de Juan Stenhouse y de David Brewster: si algunos sábios ingleses negáronse á figurar en la lista, no fué que se apartasen de la doctrina, sino únicamente porque les disgustó la forma de la declaracion: entre otros sir John Herschel, negándose, solícitamente advirtió que no admitia contradiccion alguna entre la Biblia y la naturaleza. Hé aquí el famoso escrito: «Nosotros los infrascritos, dados al estudio de las ciencias naturales, manifestamos con el presente acto nuestra sincera queja de que abusen hoy varios de los conocimientos naturales, para impugnar la verdad y la autenticidad de la Sagrada Escritura. Juzgamos imposible que la palabra de Dios escrita en el libro de la naturaleza, y la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura puedan contradecirse, áun cuando parezcan reciprocamente distintas. No olvidamos que la ciencia natural no ha llegado de ningun modo á sus últimas conclusiones, sino que por el

(1) Las Cases. Extracto de la primera carta histórica de Le Sage.

contrario va progresando, sin que al presente nuestra limitada inteligencia pueda ver, sino oscuramente, como por un espejo (1). Creemos firmemente que llegará un tiempo, en el cual las dos relaciones serán reconocidas concordes en todos sus detalles. No podemos abstenernos de lamentar que la ciencia natural sea mirada con desconfianza por muchos que no la estudiaron, y esto sólo por la manera inconsiderada con que por algunos es puesta en contradicción con la Sagrada Escritura. Creemos que todo naturalista está obligado á estudiar la naturaleza con el único fin de aclarar la verdad; si encuentra que algunos de sus resultados parecen estar en contradicción con la Biblia, ó más bien con el sentido que dió á la Biblia, el cual podría ser erróneo, no debería afirmar con certidumbre que su conclusion es justa, y falsa la enseñanza de la Biblia: debería más bien dejarlos estar el uno al lado del otro, hasta que Dios se digne hacernos conocer cómo se pueden conciliar. Entretanto en vez de anunciar con calor las aparentes contradicciones entre la ciencia y la Biblia, sería mejor apoyar nuestra fé sobre los puntos en los cuales están de acuerdo.»

Señores; los paleontólogos incrédulos fueron introducidos por nosotros en los campamentos católicos: se puso en la mano la Biblia, volumen monumento de nuestra fé, sin sello y abierto; vosotros sabeis lo que sacaron. ¿Desmienten acaso á Moisés los recientes descubrimientos de los doctos? En nombre de la cosmogonía, de la astronomía y de la geología, debo resolver negativamente el problema, y contestar: No.

Es una victoria nuestra, hermosa y tan segura como cabe imaginar; pero que todavía no somete á una befa.

Aparece la befa en los labios de los contradictores. Pues bien; Moisés no resulta opuesto á la ciencia. Los católicos, que á la sombra de Moisés se recogen en las grandes disputas de la creacion, se libran de nuestros ataques; pero ¿de qué manera se libran ó vencen? Cediendo el campo siempre. La ciencia opone á Moisés un nuevo descubrimiento; y ellos, que se atribuyen la infalible interpretacion de la Biblia, alargan la significacion del texto sagrado, aceptando aquel descubrimiento. La ciencia descubre nuevas cosas y tiene otras invenciones que oponer á Moisés: ellos hacen otro tanto; se rinden y aceptan. Es fácil vencer así. Estiran los dogmas para no ir perdiendo ni quedar desechos. ¿Por qué los amigos de la Biblia, y especialmente los católicos, que se juzgan más inmaculados, no permanecen firmes é inmoviles en la inteligencia de la palabra de Dios?

Fué, más que burla, tormenta. Ahora que ha pasado, levanto la fren-

(1) 1.ª á los Corintios cap. XIII, v. 12.

te, miro á las alturas, y exclamo: ¡La tempestad me dejó el cielo más puro y más hermoso!

¿Por qué los católicos no permanecen firmes é inmóviles en la inteligencia de la palabra de Dios? Nos han preguntado esto los adversarios.

Señores; en la inteligencia de la palabra de Dios, los católicos están precisamente inmóviles, cuando expresa con claridad un principio ó supone un precepto. Ahora bien; ¿qué cosas enseña claramente la Biblia á los católicos sobre la creacion? Enseña cuatro verdades. Primera; que todo fué creado por Dios de la nada. Segunda; que Dios lo creó todo para su gloria. Tercera; que los seres organizados fueron producidos en orden progresivo. Cuarta; que cuantos hombres existieron ó existen, descienden de una pareja. Perfectamente: por lo que hace á estas cuatro verdades la inteligencia de la Biblia es firme é inmóvil para los católicos; su interpretación no varía; su fé no se mueve ni oscila; nosotros por estas cuatro verdades combatimos y sostenemos las iras de cuantos nos combaten, dando, si es preciso, la vida. Decidnos si nunca en alguna parte se llegó á cambiar ó interrumpir nuestro credo.

Empero, señores, cuanto los católicos están firmes relativamente á los principios y á los preceptos bíblicos, tanto están prontos á variar, cuando haya razon para ello, relativamente á entender la manera usada por Dios en la creacion. Entremos aquí en las leyes y en los fenómenos naturales, cesando de ser dogmáticos. Pedro Lombardo, uno de los mejores teólogos antiguos, escribió: «El hombre no perdió por el pecado el conocimiento de las cosas naturales, ni el que necesita para satisfacer sus naturales necesidades: en su virtud el hombre no está amaestrado sobre tales cosas en la santa Escritura, sino en la ciencia del alma, perdida por el pecado (1).» Un ilustre teólogo de nuestros dias, el inglés Newman, corresponde al antiguo exactamente, y afirma: «La teología y la ciencia de la naturaleza se mueven en dos campos distintos; cada una puede en su campo enseñar sin temer la intervencion de la otra. Podia ciertamente gustar á Dios hacer inútil el estudio de la naturaleza revelando las verdades que forman su objeto; pero Dios no lo ha hecho (2).» Segun esto, se manifiesta claramente por qué nosotros, cuando se habla de los modos empleados por el Creador, es decir, de la accion divina que reverbera en las leyes y en los fenómenos naturales, somos siempre de fácil temple y dóciles: con tal que la ciencia no salga de sus confines y no escarnezca nuestra fé, dejamos que enseñe á su

(1) Pedro Lombardo, 11. *Sent. Dist.* 23.

(2) Newman, *Conf. y Disc.*

gusto. Más aún; cuantas veces consigue llegar á seguros y benéficos resultados, los admitimos. ¿Por qué reprocharnos con este motivo? ¿Por qué no enaltecer por el contrario nuestra docilidad? Despues nos tachan de hombres aferrados á las tinieblas y testarudos. ¡Cómo obrar! Si mantenemos firmes nuestros principios, somos testarudos: si, donde no se trata de principios, admitimos los descubrimientos científicos, somos hombres que se mueven como la caña al viento, versátiles y estóolidos. ¿No es una injusticia?

Nuestros críticos, que no tenemos ahora ante los ojos, sino detrás de las espaldas, exclaman: ¡Bella figura hacen entretanto los amigos de la Biblia, y especialmente los católicos! Se llaman portadores de la luz divina, y al mismo tiempo se ven obligados á recibir la ciencia de nosotros los profanos. ¿Qué debe pensar de ello el mundo? Sea ó no sea, admitiendo los descubrimientos científicos y acomodando á ellos el texto sagrado, mostrarán siempre que modifican sus dogmas. Se dirá: ¿Por qué los expositores bíblicos enseñan en un tiempo una cosa, y en otro enseñan otra? ¡Oh! nunca jamás se jacten de preceder á los descubrimientos: siguen mal atados á la cola de los doctos.

Un libro, señores, se publicó recientemente, escrito por un Genovés. En él se mezcla aquí y allá lo propio que decimos, diciéndose más aún; se dice que nosotros nos asustamos de los descubrimientos científicos, puesto que cuando ocurren «se oye pedir socorro á los pretendidos guardianes del templo contra la amenazada destrucción del sagrado depósito.» Se confiesa al fin con una sonrisa que «adaptamos al progreso de la ciencia continuamente los dogmas,» no pudiendo hacer lo contrario; y que los adaptamos tan bien que «uno de los más célebres astrónomos vivientes es un sacerdote, un Jesuita, en cuyas obras no hay página que tres siglos atrás no hubiera sido bastante para enviar al caballete de Campanella ó á la hoguera de Bruno] á quien hubiera osado escribirla.» El libro promulga esto, siendo claro que titulándose «Sermones de un seglar,» el seglar predica esta vez al sacerdote.

Me importa poner en su sitio las afirmaciones precedentes.

Nosotros los católicos, nosotros los sacerdotes, en cuanto nos atenemos á la Biblia, ¿somos acaso por instituto maestros de astronomía, de matemáticas, de geología, de química y de ciencias semejantes? Otra vez no. Empero, si como católicos y sacerdotes no somos sabios, ¿tenemos miedo á la ciencia, y admitimos tan difícilmente sus progresos, que no merecemos siquiera ir con los doctos y ser compadecidos? Aquí está para los profanos lo vivo de la lucha; pero es fácil resolver.

Observad, señores, las concesiones que en este dia hemos hecho á los detractores de Moisés.

Llevada la lite sobre la hipótesis de una creacion antiquísima, anterior á la del mundo presente, sin defenderla ó rechazarla, hemos declarado que el libro del Génesis no la condena, pudiéndose admitir dentro de ciertos confines, porque Moisés dice en el primer versículo que «en un principio creó Dios el cielo y la tierra,» poniéndose solamente en el tercero á referir la creacion de nuestro mundo; así entre aquel *principio* y esta *creacion* se deja suponer un espacio tan amplísimo como plazca. Está bien; pero ¿es acaso nueva tal concesion que aquí se hace á la ciencia cosmogónica? ¿Se ha hecho por la primera vez en el siglo XIX propiamente? Es vieja, señores, muy vieja, hasta el punto de resentirse de su mucha edad. Pedro Lombardo la hizo comentando el texto de Moisés, reconociendo el tiempo precedente al día primero (1); la hicieron san Basilio, Teodoreto, san Buenaventura y muchos otros teólogos. Entre estos Petavio, también Jesuita, así razona del intervalo que se quiere admitir entre el principio y el primer día: *Quod intervallum quantum fuerit nulla divinatio potest assequi* (2).

Sigamos adelante. Venida la disputa sobre la interpretacion de los seis dias mosaicos, hemos dicho que tales dias pueden entenderse por períodos de tiempo y por épocas. Fué otra concesion hecha á la ciencia cosmológica y cronológica: ¿acaso nosotros vivientes la hicimos por la primera vez? ¡Si ya la hicieron y la divulgaron en sus libros, Orígenes, san Ireneo, san Agustín y Alberto Magno, con una lista de otros Padres é intérpretes, que sería para mí demasiado árduo referir! ¡Quién ignora aún que en el siglo pasado la Sorbona, por bella solicitud de uno de sus antiguos decanos, el abate Diéche, permitía interpretar por edades los seis dias de Moisés?

Si es así, me gritan ¿por qué los expositores bíblicos y todo el pueblo cristiano no profesaban inmediatamente unánimes la creencia referente á las seis épocas del Génesis, como también sobre la posibilidad plausible de una creacion antiquísima anterior á la de nuestro mundo?

Se me pregunta la razon. Vedla aquí: porque vosotros, profanos, lo mismo que los doctos, nos negásteis vuestra cooperacion. Los Padres de la Iglesia, interpretando de aquel modo el relato del Génesis, abrieron un camino á los descubrimientos científicos, y os diéron el primer estímulo á fin de que siguiérais adelante; pero vosotros no vinistéis, no habiendo nacido aún con vuestras indagaciones de la nebulosa en lo alto y de los fósiles en lo bajo. A los Padres de la Iglesia no correspondía gastar en esto su existencia, porque no era cuestion de salud eterna:

(1) Pedro Lombardo, 11, *Sent. Dist.* 12.

(2) Petavio, «Theol. Dogm. De opific. sex. dier.» 1. I, c. 10, pár. 6.

fué bastante dar aquel aviso y echar, por decirlo así, aquella semilla que debían fecundar vuestros estudios y vuestras indagaciones; la ciencia tardó á responder y la mayor parte de los expositores bíblicos, no sostenidos por los doctos, debieron explicar la Biblia, enseñando de la manera que más se ajustaba á la capacidad de las escuelas de entonces y al sentido del pueblo. Cuando despues vino la ciencia, como ha realmente venido, á sostener con sus invenciones aquellos sublimes adivinadores, la enseñanza católica sobre la Biblia tendió la mano á los doctos, como diciéndoles: «¡Hace tanto tiempo que os aguardaba!» y los recibió. Estamos en la era contemporánea, donde se encuentra la luz de los dogmas y la de los descubrimientos; la interpretacion de la Biblia, sobre los fenómenos naturales, nos pone en armonía con la ciencia.

Hecho hé inducciones severamente históricas. Ahora bien; juzgadlas vosotros, amigos. ¿Sofisticamos nosotros vuestros dogmas? Si los expositores bíblicos variaron algunas cosas, donde no entraba el principio ó la doctrina moral, ¿de quién es la culpa? ¿No es acaso de los eruditos del siglo, más que de los escritores sagrados y de los teólogos? Mientras los Padres de la Iglesia se adelantaron á los descubrimientos científicos y quedaron solos, nosotros, ministros del Señor, ¿no merecemos siquiera los honores de ir en compañía con los doctos? ¿Es de temer que el Jesuita, uno de los más célebres astrónomos entre los actuales, hubiera sufrido la hoguera de Bruno ó el caballete de Campanella, á enseñar en las edades pasadas lo que enseña hoy? ¿Por qué entonces, Origenes, Pedro Lombardo, san Agustín, Petavio y varios otros, con sus afirmaciones ardidadas fueron dejados en paz? Supongamos de todas maneras el caballete y la hoguera; ¿quién los hubiera más fácilmente preparado? ¿Acaso no los hubiera preparado más la ignorancia de los hombres, es decir, la deficiencia del saber que existía en aquellos físicos, y en aquellos naturalistas que andaban de mala manera?

De las preguntas venid, señores, á las conclusiones. El sacerdote restituye el sermón al seglar.

CONFERENCIA VII.

SI EN LA CREACION PRUEBA LO MONSTRUOSO

CONTRA DIOS.

Los enemigos de la Biblia siguen gallardos: nuestras victorias no conducen para ellos á nada.

Por tales enemigos fué Moisés citado ante las ciencias: fué compelido para que dijese sus razones ante la cosmogonía, donde le suponían puntos de vista estrechos ó ambiguos; ante la astronomía, donde le acusaban de contradecir las leyes físicas; ante la cronología, donde le increpaban por enormes errores de cómputo, ó de un deliquio divino; ante la geología, donde le reprendían por confundir el orden de los seres llamados á la vida. Habló Moisés, disculpándose: demostró que su lenguaje, sin duda el de la fé, marcha de acuerdo con el de la razon y de la naturaleza, embotando así todas las armas de los acusadores. De aquel juicio de las ciencias salió tan espléndido y bello cuanto luminoso era en el resplandor del Sinaí con las tablas de la ley en la mano: cuatro rayos le adornaron, porque la cosmogonía, la astronomía, la cronología y la geología, hechas amigas suyas, habian besado su frente.

Pues bien; como si nada siniestro les hubiese pasado, los enemigos de la Biblia no tardaron á llenar el aire con cantos desmedidos ni á engañar. Abriendo otra vez el libro del Génesis, que tenian en su mano, dijeron: Ved si es de buena pasta Moisés, si es ingénuo, y si tiene el candor de una paloma: habiéndose puesto á bosquejar á Dios en la creacion de las cosas, hace que cada una de ellas le satisfaga. De mane-

ra que Dios crea las obras del dia primero, y las halla buenas; crea las obras del dia segundo, y las halla buenas igualmente; crea las obras del dia tercero y del cuarto, sucediendo lo mismo; crea las del quinto y las del sexto, pasando lo propio. Llegado el dia séptimo, Dios descansa, se goza y bendice, porque todo va maravillosamente bien. Esto significa que nada malo hay en lo creado en un principio, ó en lo que alberga en su seno la naturaleza y el mundo: á cada cosa criada sonríe, por decirlo así, la complacencia divina, que excluye el desórden y el mal. Así afirma Moisés del mundo. ¡Pobre viejo, que viene á caer en la simplicidad del niño! Habla del mundo, como si entre nosotros ninguno lo conociera. ¿Acaso no descubrimos nosotros los caprichos y los desentonos de la naturaleza? No nos dan en los ojos y no nos molestan las criaturas feas mezcladas con las hermosas y las inocentes? ¿No nos hace acaso el dolor de varias maneras arrugar nuestra frente? ¡Empero todo es óptimo y todo fué bendecido por Dios! Creed al historiador Moisés.

Suprema es la audacia de los murmuradores. Bajo el velo del personaje histórico, levántanse á fin de acusar y escarnecer al Sumo Artífice, Ordenador divino de las cosas: hacen como en los gobiernos representativos acostumbra ciertos periodistas ó ciertos diputados, los cuales, no pudiendo vituperar directamente al rey, se lanzan con todas sus iras contra quien segun voz pública redactó el *discurso de la Corona*. Entre los príncipes de Leon y de Castilla hubo uno, el cual, no se sabe si en broma ó de veras, osó decir que, á formar parte del consejo de Dios en la época de la creacion, le hubiese dado óptimas advertencias relativamente al movimiento de los astros. Prontos estos á repetir la insolencia de Alfonso X cuantas veces se hable de cosmogonía, dirigen los ojos arriba y abajo á la creacion, considerándola segun es, y sacando de ella la sátira más desdeñosa: sus sombras, sus frivolidades, sus impotencias, sus monstruosidades, y sus lamentaciones son tantas, que nos hacen juzgar el mundo muy mal construido, más merecedor de censura que de alabanza para los que viven en él. Empero nosotros estamos con el historiador inspirado, con él repetimos el panegírico de la creacion, y afirmamos altamente que Dios hizo bien todas las cosas. ¿No somos simples? ¿No merecemos el nombre de mentirosos?

Los enemigos de la Biblia formularon sus acusaciones: respondamos, señores.

Admítanse las inconveniencias, que muchos con ligereza van juntando: admítase lo extraño y lo deforme, que no escasea en la creacion; ¡protesta esto acaso contra la bondad y la belleza de las operaciones

divinas? Es un problema que debe ser llevado á un campo vastísimo, por ser dilatadísimas las partes que abarca. Observo lo monstruoso en los fenómenos de la naturaleza; obsérvalo en los animales, que llenan el orbe; obsérvalo en el mal físico y moral, que repercute, digámoslo así, en el hombre, diciendo: el elemento de lo monstruoso, introducido en los séres, lejos de ofender la sabiduría de Dios, viene á iluminarla; lejos de poner de realce la argucia de sus censores, patentiza su ligereza y su necedad.

A la verdad, si se mira lo monstruoso relativamente á Dios, en los fenómenos de la naturaleza prueba la sabiduría del Eterno artista; en los animales prueba la sabiduría del Eterno repartidor de la vida; en el mal físico y moral del hombre prueba la sabiduría del Eterno médico y corrector.

Por el contrario, querer fundar la crítica en lo monstruoso pone de manifiesto la ignorancia humana.

Relativamente á los fenómenos demuestra la ignorancia de los naturalistas; relativamente á los animales demuestra la ignorancia de los zoólogos; relativamente al mal físico y moral del hombre demuestra la ignorancia de los moralistas.

Quien se ocupa en composiciones artísticas no tiene dificultad en aco-ger alguna vez lo deforme y hórrido. En el arte principalmente se manifiesta lo bello, y lo bello, que tiene vida por sí, en cuanto representa una idea clara y lúcida, siendo una armonía, aumenta con todo y resalta por su contrario, es decir, lo feo. Moisés Mendelssohn define lo bello *una mezcla de aritmética y geometría* (1). Por lo que con la aritmética se mezcla, es fácil; se deja luego comprender, porque todas las diferencias se hallan iguales allí: es lo bello que tiene vida por sí. Empero, por lo que resulta geométrico, es mucho más difícil de concebir, teniendo á la vez mucho más de lo complicado y de lo profundo: es lo bello que á muchas líneas y á muchas extensiones se alarga: en estas líneas encuentra su opuesto, lo atrae á sí, lo subyuga y se refuerza. Es engullida la antítesis por la síntesis.

En su virtud, todos los solemnes maestros de arte aplicáronse á cualquier sujeto feo para dar mayor lustre á las demostraciones estéticas y á los tipos originales de lo bello, no habiéndose de ningún modo equivocado. Ved á los pintores. ¡Cuánta elegancia el muchacho obeso de boca desgarrada añade á los otros personajes del cuadro de la *Trasfiguración*! El Iscariote torvo, cetrino, y con la bolsa en la

(1) M. Mendelssohn. «Principios generales sobre las bellas letras y las artes.»

mano, ¡cómo hace aparecer más venerables á los otros apóstoles en la *Cena* de Leonardo! Ved los poetas: tienen rasgos bellísimos, mientras ponen en medio figuras feísimas. Tal es el Tersites de Homero, el Cíclope de Virgilio, el Lucifer de Alighieri, el Satanás de Milton, el Adamastor de Camoens, los Gigantes de Boyardo, la Discordia de Ariosto y las Magas de Shakspeare. Así de lo deforme los artistas se aprovechan y consiguen alabanza.

Hé aquí otra composición más excelente que una pintura y un poema: me refiero á la naturaleza y al mundo. Hablando Voltaire de la naturaleza, escribe que es un *arte* (1). ¡Ingenioso pensamiento! Empero si la naturaleza es un arte, Dios, que la hizo, es, señores, el artista. Ahora bien; al sumo Artífice de las cosas, ¿podría negarse lo que á nuestros artífices se otorga tan gustosamente? No me parece. Veo extraños fenómenos á mi alrededor; veo en este mundo, que sin embargo es tan hermoso, improvisas y diarias perturbaciones; ¿exclamar deberé que Dios es un creador malo, porque no hizo todas las cosas bien? Observando las perturbaciones de la tierra, tempestades, tierras que se abren, abismos, salidas violentas de agua y cosas semejantes, ¿no deberé creer que tales monstruosidades en la mano de Dios sirven de claro-oscuro, de antítesis, de un gran medio en suma para que resalte más la belleza, y transmitir la propia vida en la armonía de todo lo creado? Aquí está la cuestión, y no conozco una manera distinta de resolverla de la que os anuncié: el elemento de lo deforme y hórrido en los fenómenos de la naturaleza convence de la sabiduría del Eterno artista: acusar á Dios en tal parte de inhábil y de no bueno, es indicio en los naturalistas de abyecta ignorancia.

Hagámonos contempladores del mundo y busquemos las cosas hórridas que se albergan en él: ¿qué opinión sosteneis vosotros?

Surge la tempestad: ¡cuán espantosa es! El aire, que incesantemente fluye desde el Ecuador hácia los polos, y desde el hemisferio boreal hácia el austral de donde retorna, se agita en su curso igual, se rompe, por decirlo así, se junta y silba en todo el tiempo que dura la tormenta: en su virtud las negras nubes, las lluvias torrenciales y los rayos. ¿Qué suplicio es este? ¿A qué fin interrumpida tan bruscamente así la armonía y la tranquilidad del mundo?

No maldigais, señores, la tempestad. El turbion, mientras rompe los arbustos y les árboles, proporciona grandes compensaciones al daño; él, que pasando ruge, se lleva los miasmas y los hedores, que no dispersos os matarían. No maldigais la tempestad, por ser sublime y bené-

(1) Voltaire, *Diccionario filosófico*.

fica. Aquellos vientos que con su propio ímpetu os dejan atónitos, y que con las nubes os arrebatan el sol, tienen un encargo grande para consuelo del hombre; ordenados están para tomar las aguas del mar y convertirlas en vapores, atravesando cargadas de nubes el cielo para derramarlas y regar vuestras campiñas. Los vientos miden el agua para todos los climas y para todos los campos: una ley suprema les hace conocer los lugares que aguardan su socorro. En su virtud nunca conducen una nube á los desiertos arenosos del Africa, porque ni una gota de agua se debe perder. Sólo sobre las vegetaciones y las flores van á caer las lluvias que las recrean. No maldigais la tempestad. Es una observacion nueva, la cual tiene buen fundamento, que influyen las corrientes eléctricas y magnéticas en la formacion y direccion de las masas montuosas y de los flones minerales ó metálicos; dejando esto, lo positivo es que algunos pueblos que viven bajo cielos nebulosos, saludan el turbion con amoroso trasporte. ¡Oh venerable Ossian, selvático bardo! ¿Qué haces aquí sentado sobre la piedra de los sepulcros, con la cabeza cañida por una aureola de nubes? Modula su arpa trémula por el rumor de la tempestad: Malvina está junto á él, llorando á su perdido Oscar; unas veces van los héroes combatiendo entre las nubes, y otras es noche oscura; un poco más tarde, disipando aquellas tinieblas, el sol brillará sobre la tierra, y el viejo poeta cantará las alegrías de los vencedores.

¿No advierten nada de esto los naturalistas? ¿Persisten en proferir gritos terribles contra la Providencia? Hé aquí una cosa peor que la tormenta; el alma ciega y frenética. ¡Ah! Sólo Dios es grande, padre clemente y benigno; vosotros que gritais, sois ignorantes.

Oigo una explosion y un estruendo. Vuélvome, y descubro un monte que humea; se abre un cráter, vomitando la montaña humo y llamas. Acaso nosotros, habitantes de la tierra, caminamos sobre un astro de aire y de fuego, revestido con una corteza de polvo y de cal; acaso el seno del presente mundo está en fusion líquida, siendo un horno. Ahorra bien; allí donde las puntas de la corteza son más sutiles, el fuego interior que hierve y centellea se abre paso, y desde dentro sale afuera. Por esto los volcanes son como las válvulas del globo, que se abren numerosas donde más conveniente cosa es que existan. La cadena de los volcanes extiéndese sobre dos zonas paralelas al Ecuador, prolongándose hácia las regiones glaciales de uno y otro polo. Más de quinientas montañas, segun lo que sabemos, son volcánicas: ¿acaso son bastantes para que los volcanes resulten verdaderas válvulas de seguridad? Lo ignoro: es indisputable de todas maneras que los volcanes grandemente nos aprovechan.

Sin el fuego que dentro alimentan y echan por sus bocas, el Océano quizás sería una inmensa cloaca infecta. Fuera de que debemos á los volcanes la mayor parte de los elementos que conservan firme y bella la vegetacion de los campos. Los vegetales no crecen á expensas de la materia terrestre, sino del agua y del aire que descómponen: el hidrógeno, el ázoe, el gas ácido carbónico, todos estos fluidos invisibles forman la masa vegetal de la tierra; sobre todo el carbon se puede llamar su base sólida. Es el aire como la vivandera que nutre todo este gran reino de las yerbas, de las plantas y de las flores. Ahora bien: el ácido carbónico que nos ha proporcionado la atmósfera ó la respiracion de todos los vivos, quedaría consumido presto, si fuente inagotable de tal gas no preparase la naturaleza para todas nuestras necesidades. Estas fuentes son los quinientos volcanes que arden de continuo en la superficie de nuestro pequeño planeta, los cuales incesantemente hacen correr por la atmósfera torrentes de gas ácido carbónico. Los vientos distribuyen este gas por todas las partes del mundo, á donde aportan la fecundidad; son elementos invisibles de nuestros jardines, de nuestros prados y de nuestros bosques.

Los naturalistas incrédulos son ciegos de entendimiento para tales beneficios: cuando se trata de la Providencia, ven el fuego que consume, y no el gas que vivifica; ven á Dios inexorable, y no fecundada la tierra. ¡Son ignorantes!

Empero la tierra ondea y vacila: es el terremoto. El horror se pinta en todos los semblantes; las mujeres y los niños sollozan y huyen. ¡Qué será? Te arrepientes de tener á la tierra por madre. Los doctos incrédulos mofadores me dicen gritando: ¡Ensalzaría usted, ministro de Dios, áun los terremotos?

Lloremos, señores, los espantos crueles y las ruinas que á veces ocasionan los terremotos. Tiemblo aún por tí, Lisboa infeliz, agitada en el dia de Todos los Santos por el furibundo terremoto del 1755; tú, Calabria, tierra de los audaces y generosos espíritus, con tus hórridas sacudidas, con tus desventuras y con las víctimas del 1783, me haces aún llorar cuando lo pienso. Aunque sean verdaderos tales suplicios, no hay que inerepar al Creador. Los terremotos causan daños parciales; pero su realizacion en todo el orbe se puede juzgar tan precisa, como el que vive bajo el sol debe indispensablemente participar de las condiciones de la vida. Es el agua la natural enemiga de la tierra, que asalta de continuo, corroyendo sus playas; lo que acaso es peor aún intenta dominarla con sus lluvias, y hacer que desaparezca su íntima trabazon ó sus entrañas. La tierra resiste, y se rebela contra el predominio del agua; despidе por todos sus poros el fluido eléctrico, del

cual es inmenso algibe; se agita, intenta elevar su corteza, retumba y muge: es el terremoto. Así entre las fuerzas del agua y las de la tierra se restablece la euritmia ó el equilibrio. El terremoto por otra parte relativamente á nuestro mundo, es una de las leyes más oportunas y más útiles para el desenvolvimiento de la vida cósmica. Quien hoy estudia los libros de Cárlos Liell, de Rodrigo Murchison, de Juan Lubbock, de Bernardo Cotta y de otros semejantes, viene á esta conclusion: que si no hubieran ocurrido terremotos en los tiempos antiguos, el hombre no viviría hoy sobre la superficie de la tierra; y que si los terremotos no surgieran en lo sucesivo, el término de la existencia del hombre quedaría restringido á un espacio mucho menor del que le han destinado Dios y la naturaleza.

¿Qué importan tales razones á los incrédulos? Por el trastorno de la tierra no se entretienen en esto; para ellos el terremoto no es más que un maleficio, dentro del cual está un Dios maléfico y odioso: chillan y blasfeman. Son ignorantes.

Indicados los tres principales aspectos del hórrido y reprimidas las feas murmuraciones que los insipientes se permiten, parece que estos, al mirar el mundo, deberían aparecer con los ojos tranquilos y la frente serena. Sin embargo no es así: son tétricos, uraños siempre y misántropos; encuentran en todas partes fealdades, irritándose contra Dios por haber hecho mal las cosas. ¿Por qué allí aquellas montañas de hielo? ¿Por qué aquellos saltos de agua? ¿Por qué esto y lo otro? Murmuran casi de todo y de todos, reservándose el derecho de no murmurar de sí mismos.

¡Necios! ¿Por qué allí las montañas cubiertas de nieve? Aun cuando sólo fuese por la razon estética, los montes del hielo levantados delante de los montes de fuego, ó las nieves enfrente de los volcanes, ¿no os parece que constituyen con el fenómeno de la variedad la belleza de la armonía? ¿A qué fin los hielos? Dad gracias al Creador: aquellos montes con sus embrocaciones y con sus efuvios en la estacion del sol bañan las tierras secas, haciendo así fértiles vuestras posesiones. Algunos pueblos boreales colocan en las regiones de hielo el palacio de los dioses; es mejor colocar en ellas el palacio de la abundancia y de la alegría. ¡Necios! Vosotros maldecís, y yo bendigo: yo, con el *Cantor de las armonías*, levanto mi oracion á Dios, y saludo al rey de lo creado: «He visto los montes próximos al cielo, donde tú resides; esta nieve en la cual la aurora se complace en sembrar sus rosas, y los tesoros del invierno, donde por mil trastornos cien masas de cristal que con medida vas disolviendo, multiplicando su curso en nuestros campos áridos, vienen á regar la moribunda vegetacion. Estos rios que llueven de tales

peñascos de hielo suspendido, y estos torrentes que mueven estrépito en los granitos hendidos, sobre los cuales el tiempo nada puede... y toda la naturaleza es un himno á tu gloria.»

¿Censuráis que las aguas se precipiten desde los vértices de las rocas? Decís. ¿A qué fin estas cascadas?

Pues bien; ¿no sois necios? Dejo de advertir la utilidad á ellas unida; observémoslas sólo bajo el punto de vista lírico y moral. ¿De dónde le viene á la Suiza su especial hermosura? De aquí precisamente; que nunca faltan en aquel país las nieves eternas, ni el verde vivo sin cesar, ni el fragor de las «avalanchas,» ni el eco lejano de las cataratas. Por esto es tan hermoso Obelwald, que tiene la riqueza de siete cascadas, y bellísimo es Grindelap, que tiene veinte. Las cascadas placen exquisitamente, porque su furia contrasta con la excelsa inmovilidad de los montes, por lo cual se ven reunidos los dos extremos del movimiento y de la quietud. La misma uniformidad del fragor que tienen las cascadas, unida á las formas colosales de las montañas, representa al vivo una idea sublime que acaso no conocéis; pero que todos los nobles espíritus aprecian: la idea de la vida continua é inmortal.

¿Preguntáis á qué fin las iras del Océano, las mareas y las corrientes, entre las cuales peligran los navegantes?

Para uno que sucumba y llore, mil aplauden por el beneficio que reciben. El Salmista exclamaba: «¡Cuántas maravillas en las intumescencias del mar!» Cuéntase que, atónito por tales maravillas, é inepto para explicarlas, Aristóteles se arrojó al Océano. A vosotros solamente os gusta maldecir. Con todo, mirando las mareas, no solía maldecir, sino que estudiaba con ánsia ardiente Timeo de Loeri, el cual pensaba que el río de las montañas célticas descendiendo al Océano, rechazaba las aguas del mar, produciendo el flujo; no solía maldecir, sino que animosamente estudiaba Kepler, el cual decía con hermosa imaginación que la tierra era una especie de animal vivo, así como su respiración el flujo y el reflujo; no solía maldecir, sino que estudiaba también Bernardino de Saint-Pierre, para quien la causa del inmenso flujo era la cotidiana licuación del hielo en las regiones polares. ¿Cómo podreis gravar con vuestros impropérios las corrientes oceánicas? Los antiguos creían que las aguas del mar no tenían curso alguno, poniéndose sólo en movimiento al hincharse las mareas, y al venir las tempestades. Empero ya Leonardo de Vinci habia anunciado teóricamente que el calor ecuatorial debe hinchar las aguas é impelerlas hácia los polos; semejantemente Cristobal Colon, el agudo observador de las olas, como fué Galilei el observador agudo de los astros, exclamaba: «Tengo por cosa cierta que las aguas del mar se mueven, como el mismo cielo, del Este

al Oeste.» Así es, habiéndonos demostrado los modernos que el mar tiene corrientes de tres clases, de las que los mayores beneficios son para el hombre: las unas llevan las aguas calientes hácia las latitudes polares; las otras conducen las aguas frías hácia el Ecuador; la última, que es la corriente ecuatorial, ó de rotacion, desenuélvase del Oriente al Occidente, trayéndonos los perfumes de aquel mundo lejano. ¡Qué mezcla de dones! Básteos esto. El mar se mueve, por lo cual se refuerza: en el movimiento consiste gran parte de su vida. ¡Y vosotros maldecís!

¿A qué fin las interminables llanuras en un sitio, y en otro un grupo enmarañado de montañas? preguntais vosotros.

¡Hasta qué punto el hombre se hace tosco al murmurar de la division del suelo, imprecando las llanuras y las montañas!

Tended la mirada por la llanura, procurando ver las amplias extensiones de tierra, como en el Africa existen, vastas como tres Meditarráneos, donde el ojo corre sin encontrar punto donde pararse, caminando con vosotros el horizonte. Sin embargo, aquellas llanuras no carecen de objeto: la llanura llama, por decirlo así, los montes bajos, los valles, las colinas, las montañas y las profundas honduras, viniendo así nuestro globo á ordenarse bajo una sabia ley jerárquica con verdadera línea de proporción.

Observada sola en sí, la llanura tiene una significacion elocuente: ella, lo mismo que el Océano, hace sentir al hombre, por decirlo así, la sensacion del infinito, aumentando en el alma sentimientos de maravilla y adoracion. Es preciso no despojar al desierto de este gran símbolo que se ajusta naturalmente á él.

Un geólogo, que se hizo poeta, cantó sobre la llanura la siguiente cancion:

«Un inmenso cielo, un horizonte infinito, arena y atmósfera, polvo y luz, espejo y misterio, esplendor de sol y brillo sofocante enjuto de la naturaleza estéril; hé aqui el desierto.»

El hombre camina en él como en la «landa» de la vida, en el desierto de la existencia. Rara vez encuentra un surtidor de agua, una sombra de árbol ó de hojas. Camina sobre un suelo que quema, y bajo un calor que oprime.

Sigue, hombre, tu viaje. No te falte la voluntad, ni al correr te venza el cansancio. Las arenas te envolverían en sus vorágines fatales. El sueño seria tu muerte. Cerrarías los ojos á la tierra y al cielo, al presente y al porvenir.

Fija tus ojos en el azul del firmamento, descansando en la esperanza y en el amor. No mires la tierra que deslumbra y ciega. Recorre el desierto; pero dirígete á Dios. Oprime la arena; pero vuela, por decirlo

así, sobre las nubes. Oasis pasajeros, que nacen de la tierra árida, que un golpe de viento destruye, que una ilusion de los sentidos crea en lontananza, y que un desengaño desvanece, surgiendo sobre la nada y desvaneciéndose como niebla bellamente dorada por el sol naciente, perdiéndose por el sol que muere, encanto y hechizo, no se apoderan de tu corazon. Deten allí tus pasos; haz que reposen tus miembros abatidos. Despues sigue tu viaje. Camina, camina.

Tú, mísera criatura y sublime creacion, animada por el soplo de Dios y modelada con fango, estás en lucha con la naturaleza, con el infinito.

El horizonte que ves y que persigues, se aleja, extendiéndose detrás de tus pasos. ¿Lo alcanzarás? Nunca.

La amplia bóveda que te cubre se sustrae con sus misterios á tu fantasia. Allí la mirada no penetra y el pensamiento se confunde. El infinito te abraza y tú lo sientes. El desierto te rodea, y lo sabes. Inclina la cabeza, arrójate al suelo; pasa el «simoun», que trastorna la vida y la naturaleza. Levántate. ¿Qué descubrirés? Nada. Apresura el paso, acercándote á la palmera aquélla ó al rumor aquél de las aguas que caen. ¿Qué hallas? Nada. Camina, camina. Recíprocamente pasos y pensamientos llevándote más lejos, penetra aún más adentro. ¿Muda la escena? No. El desierto continúa. El desierto, como la vida, no se supera, sino que se pasa. La vida, como el desierto, se atraviesa de la nada al todo, del finito al infinito, entre la tierra y el cielo.

Hombre, que atraviesas el desierto, no establezcas en él tus mansiones. La arena no las sostiene, y el viento no las respeta. Planta en él tus tiendas móviles y pasa. En otro sitio están los consuelos, las esperanzas y la fé» (1).

Poesía más magnífica se necesitaría para describir los montes. Empero ya los poetas de todos los tiempos y de todos los lugares los han cantado con dulce musa. Diremos que, así como en la historia los montañeses fueron los primeros hombres cultos, los fundadores de la civilizacion, los montes debieron venir á ser el teatro de las maravillas religiosas y sociales. El monte, que es la parte mas noble de la tierra, sube á las alturas con su cúspide, y viene á ser la sede de las nubes, pareciendo que se pone en comunicacion con el cielo. El cielo parece que se manifiesta con más gusto sobre la cumbre de la montaña. El Eden era un monte, puesto que cuatro rios brotaban de allí; sobre un monte se detuvo el arca; sobre un monte Moisés recibió las tablas de la ley; sobre un monte murió Jesucristo; en un monte se trasfiguró irradiando con

(1) El geólogo Beudant.

su gloria; y desde el vértice de un monte volvió á su Padre. Así á la parte física corresponde la parte moral del mundo. Hé aquí que con la epopeya enlázase la historia. ¡Que sublimidad!

«¡Oh las montañas! exclama el docto Stoppani. ¿Qué cosa más sencilla y al mismo tiempo más atractiva que aquella línea que sube y sube, perdiéndose allí en las nubes y dibujándose sobre el cielo? Ella se eleva, escribe Rambert, é invita al espíritu á seguirla, pareciendo dictarle un intento superior á la vida comun y á las mezquinas realidades. Elévasse: quiere, pues, lo que quiere el génio; lo que piden el amor, la religion y la poesía: es la negacion de la pesadez. ¡Pobres de vosotros si no percibís el lenguaje de los montes, tan elocuente y fecundo! Es un lenguaje que se comprende; pero que no se interpreta ni se traduce (1).»

Sólo que lo sublime y lo poético, ¿qué fuerza pueden ejercer en los incrédulos materialistas, los cuales, como herencia suya, tienen sólo la bafa? La tierra es como un templo, donde los misterios divinos y las divinas glorias se recogen; en el cual todos los seres con diverso idioma dirigen himnos á Dios: solamente los incrédulos hablan como bufones. ¡Insipientes!

Quando hay el deseo de malignar y de morder, ¿qué cosa, áun siendo excelente ó de las más selectas, puede quedar libre de censura?

Los incrédulos han maldecido á Dios, porque nos han puesto en lo alto un sombrero de tinieblas, hablando de la noche en períodos determinados.

¡Ignorantes! ¿Quisieran inmoibles los astros y la tierra? ¡Por qué es más bella la luz del dia, sino porque vuelve á comparecer detrás de las sombras de la noche? Las tinieblas precedieron á la luz, porque la luz, bajo algun aspecto, es el movimiento de las tinieblas. En su virtud los egipcios, segun Plutarco, adoraban el topo ciego, creyendo que las tinieblas eran más antiguas que la luz (2); los Germanos se pusieron á contar las noches y no los días, porque, como Tácito nota (3), es la noche guía de los dioses. Querer por lo tanto la luz sin las tinieblas, sería querer el éxtasis y la «palingenesia» de la vida sin la incubacion y la cuna; sería querer la abstraccion del entendimiento sin la concentracion del espíritu. Si realmente la luz en los trabajos de expansion ayuda el ingénio, en los de intension le ayuda la noche. ¡Oh! Yo creyente no maldigo las tinieblas; las amo porque con las tinieblas me dispongo á gozar mejor del dia; soy fiel secuaz de Cristo, que nace de noche resu-

(1) Stoppani. «Paseo sobre los montes.»

(2) Plutarco, *Disputas*, etc.

(3) C. Tácito, *Historia*.

citando al amanecer; en la noche me afeiono á la meditacion; sigo las nocturnas salmodias de los frailes, y me alzo con las sagradas vírgenes á cantar maitines al Esposo. No; yo, filósofo y literato, no maldigo las tinieblas, sino que las acaricio. Cierro con Malebranche las ventanas á fin de filosofar; me place Homero y me place Milton, que componen ciegos sus poesías; admiro á Numa y á Pitágoras cuando se internan y estudian dentro de sus cavernas, á fin de asumir el aspecto de inspirados legisladores.

Fuera de que, si la noche no existiese, ¿cómo se realizaría la tranquila contemplacion de los cielos, la ciencia de los astros? ¿Dónde os hallaríais vosotros, Copérnico y Galileo, con vuestros lentes investigadores y con vuestros descubrimientos? ¿Dónde sucesivamente se nos manifestarian las maravillas, en que tan fecunda es, de la luna compañera del sol?

En mal hora la he nombrado: abundan entre los incrédulos los rabiosos contra la luna. Escrito ha el Conde de Szapary que «la luna tiene una influencia eléctrica destructora, cuyo efecto principal es la putrefaccion (1);» Víctor Hennequin grita que «no puede nutrir bien el sol la luz, porque no puede hacer que desaparezca del espacio el cadáverapestado de la luna (2).»

¡Son locos! ¡Por añadidura los señores incrédulos son ingratos! Este astro benigno, solitario, aéreo, tranquilo, irradiado de plata, que navega por los cielos á guisa de cándido velo, siguiendo fiel por costumbre antigua el globo del mundo, entra como elemento de armonía y de vitalidad en nuestro órden sidéreo. ¡Y lo llaman *apestado cadáver!* ¡Qué pestilencia! La luna pende sobre nuestra cabeza fantásticamente bella, como el ángel custodio de la noche. Las almas amantes la desean y los poetas la invocan; la tierra, cuando se aproxima, la siente y levanta su marina, como gentil correspondencia de afecto. Si bien cincuenta veces menor que la tierra, toma parte la luna en no pocos de nuestros asuntos terrestres; las creencias populares sobre todo la suponen influyente mucho en la vegetacion de las plantas, en el crecimiento de los cabellos, en el alternar de las vicisitudes atmosféricas y hasta en los pensamientos de los hombres. Ciertamente desarraigar del cielo la luna, equivaldría para nosotros á negar el brote de una de las más dulces fuentes de la vida cósmica.

Los fuegos de la línea y los hielos que cubren los polos, han sido y son aún argumento para los naturalistas de muchas atrevidas dispu-

(1) Szapary, Magnetismo y «Magnetoterapia.»

(2) V. Hennequin, «Cartas á N. Wolowsky, en 17 agosto 1853.»

tas... osaron algunos inculpar á la Providencia, como si ella destruyese sus propias hechuras, condenando la mitad de la tierra á la esterilidad y al horror.

¡Siempre locos é insipientes de continuo! Todo por el contrario parecería debajo de las estrellas, si la misma Providencia no hubiera hecho las cosas como las hizo.

Enfriando los polos el aire y la zona tórrida calentándolo, son la causa de las corrientes atmosféricas, que conservan la pureza del aire mismo, difundiendo la dulce frescura por todas las playas. Realmente ningun viento nos traerian las nubes, que como vemos, hacen pingües nuestros campos; ningun céfiro haría que se abriesen nuestras flores, ni alimentaría nuestras mieses, si la fuente de los vientos y de las tempestades no hubiera sido puesta en las dos extremidades del mundo. Propiamente hácia los polos y debajo de la línea de la zona torrida se disponen las templadas temperaturas de nuestros climas, como en medio de los abismos del Océano saca la naturaleza los rocíos y las lluvias que fecundan lo restante del universo.

Las objeciones más especiosas se desvanecen así por las más sencillas reflexiones, como al soplar la tramontana se desvanece la niebla. Basta fijar la pupila en la creacion para convencerse de que una divina armonía y una celeste prevision presiden las operaciones de la naturaleza. El aparente desórden es un órden sublime desconocido para nosotros, del que cada día nos es dado inquirir alguna huella. En todas las acusaciones contra el Autor de la naturaleza, el tiempo y la experiencia hacen siempre descubrir un acto de ignorancia.

Fijaos en una observacion última.

El año bajo los polos se compone solamente de un día y una noche. El sol se levanta en el equinoccio de la primavera sin interrumpir su curso en los cielos; durante seis meses continuos se contempla en el horizonte. Pasado aquel tiempo, desaparece, siendo reemplazado por la noche. Ahora bien, se ha dicho:—¡Una noche de seis meses! ¡Qué cosa tan terrífica é infesta! Se puede la noche tolerar entre nosotros, porque siempre está entremezclada con el día; pero allí debe ser insoportable, así como dar la muerte con su imperio demasiado extendido.—Os engañais: una espantosa noche, aunque tan larga, no entra bajo los polos á sepultar la naturaleza: un dulce crepúsculo, despues de cesar el día, ilumínala mucho tiempo aún: el cielo á cada instante ofrece algun espectáculo luminoso: lucecitas, globos brillantes, fajas de luz llenan de vez en cuándo aquel firmamento tan vasto, del que ha huido el sol. Tales meteoros silenciosamente recorren el espacio; alguna vez admirablemente se reunen en el cénit, donde forman hermosas figuras

de pórticos, arcos y arroyos de fuego; un incendio parece entonces que á consumir va el cielo, llenando, por decirlo así, el fuego de púrpura toda la atmósfera, de la cual se enseñorea, desplegando entonces la aurora boreal la plena magnificencia de su poder. Así la noche larga no da la muerte, dejando que los seres vivan, y ayudándolos en la vida.

Hemos descubierto un buen número de fenómenos de la naturaleza. Ha sido una tela amplísima, abigarrada y de varios colores, en la cual mezclado con lo bello y lo solemne ha hecho impresion en nuestros ojos lo caprichoso, lo extraño, lo deforme y lo terrible. Cosa peor aún; habiéndonos puesto á mirar la tela en compañía de los incrédulos, vimos en un instante aparecer en ella tantas manchas negras, cuantas, para herir nuestros oídos, eran las quejas lanzadas por los enemigos del Creador.

¡Pero qué! Empleado el discurso de la mente, hechas las debidas comparaciones, y del análisis venidos á la síntesis de los fenómenos, las manchas negras se desvanecieron; lo extravagante y lo monstruoso perdieron lo feo, porque se presentaron puestos al servicio de la armonía y de la perfeccion de la naturaleza. Optimamente santo Tomás de Aquino escribe: «Quien juzgar quiera del mérito de una cosa, no debe mirar uno de sus aspectos particulares, sino que debe considerarla en sus relaciones con todo el mundo, porque todo ser tiene su sitio en el universo (1).» Tal hicimos nosotros. Los hombres incrédulos y mal satisfechos de la creacion miran separadamente las cosas, que critican acerbamente haciéndose sofisticos; nosotros, por el contrario, miramos las cosas en el vínculo que tienen: mientras las anomalías, las irregularidades y las extrañezas naturales contradicen esta ley peculiar, dejan de ser tales tomándolas unidas al gran todo, con el que forman un conjunto y un concento. Hé aquí, por último, qué verídica explicación admite lo monstruoso. Heráclito decia que «Júpiter se divierte al formar el mundo.» Es el juego de la Biblia y de los poetas indios; este juego, esta diversion, este parcial desentono vienen á ser sólo un expediente y un partido muy hermoso del Ordenador sumo. Así la tela del mundo resulta un cuadro maravillosamente historiado, y una obra maestra de arte divino.

¡Oh Dios! Yo te siento en la tierra que tiembla, como te gusto en la tierra que permanece firme; te reconozco de la misma manera en el monte que dirige verdosa y florida su pendiente hácia el cielo, y en el monte privado de yerba y sembrado de ceniza, dentro del que el vol-

(1) Santo Tomás. *Summ. theol.* I, q. 49, a. 3.

can se agita, humea y arde. ¡Dios! Yo te celebro en las tinieblas y en la luz, en el invierno y en la primavera, en el huracán y en la calma; todo es hechura tuya; la diversidad de los fenómenos con que adórnase la naturaleza, me revela la variedad y abundancia de tus dotes eternas. Entretanto la obra del universo resulta una como uno eres tú. Por esto no solamente te admiro y te celebro, sino que te amo y ensalzo, arrodillándome en medio de la tierra en actitud suplicante. Cuando por la mañana despunta la aurora y la imágen de la creacion se me aparece, así exclamo: «¡Oh Creador y Señor mio!» Cuando llega la tarde y me coloco en el seno de las sombras, me domina este pensamiento: «¡Cuán pequeño soy, hombre pobrecito! ¡Empero, tú, Señor, cuán grande y luminoso eres!» Cuando la tempestad muge, dígame á mí propio. «¡Es Dios que pasa con el estrépito de su poder!» Cuando más bien el cielo rie de nuevo y el sol brilla hiriendo mis pupilas, junto las manos, diríjome al firmamento con alegría, y exclamo: «¡Cuán hermoso eres!» Los impíos son los genios siniestros de la creacion; murmuran y maldicen. Yo soy el hijo de la luz, y vivo para bendecir.

Nada más debo añadir: lo mismo que el historiador Cleante, el cual, para poner en evidencia la Divinidad, alegaba los terremotos, los volcanes, los turbiones y los cometas (1), yo, cristiano y sacerdote, de tales argumentos y de otros parecidos sirvome para concluir mi parte primera. El elemento del monstruoso, si se miran bien los fenómenos de la naturaleza, pone en claro la sabiduría del sumo y divino artífice: querer por él censurar y poner en ridículo á Dios, sólo demuestra la ignorancia de los naturalistas.

Desmesuradamente más alto que un sencillo artista es Dios. Bosqueja el artista campiñas y ciudades; en ellas pone habitantes de varias clases con hermosos semblantes de criaturas que parecen vivas, siendo todo inerte sin embargo é inmoble en su obra. Las figuras aquéllas tienen ojos y no ven; pies y no andan; lengua y no hablan; les falta el hálito de la vida que los agite, haciéndoles correr por la tierra desde el mármol ó desde el lienzo. A Pigmaleon correspondía ver cómo se animaba su estátua, palpitando y tendiéndole amorosamente la mano, hasta el punto de que por entusiasmo ardentísimo se casó con ella. ¡Sueños y fábulas! El mármol, por notable que sea el escultor, no se transforma en carne, ni se ablanda: sigue siendo mármol.

(1) Véase Ciceron. *De natura Deorum*, lib. 11.

Obra Dios de otra suerte. Él, creador de las tinieblas y de la luz, creador de los montes, creador de los volcanes, de las aguas y de la tempestad, es además el hacedor de las cosas verdaderamente vivas: habla, es decir, quiere, y entre aquellos montes, entre aquellas aguas y entre aquellos volcanes, bajo la sonrisa del sol, como bajo el estruendo de la tempestad, se deslizan los peces, aletean las aves, se arrastran los reptiles, y pasan los cuadrúpedos de todas clases. Del mundo de los fósiles y de los vegetales, vamos al mundo animado, porque, señores, la creación es más que un arte, habiendo en él una familia.

A tal familia miran los hombres que no aman á Dios, llenando su boca de agrios reproches. Preguntan: ¿Por qué, en medio de tantas criaturas bellas, robustas ó suaves, ha de haber muchísimas sucias, abyectas, inútiles, infectas ó á lo ménos ridículas? ¿Qué cosa hacen? ¿Con qué fin en el número de los organismos vivientes son fealdades que ofenden, ó caprichos que no se comprenden? ¿Por qué en suma aún al reino de la vida animal se ha trasplantado el elemento de lo monstruoso? Nos manifiestan pues un creador sometido á la ignorancia.

Atengámonos firmemente á lo enseñado en los libros santos; recordemos que el orden de los animales se puso para que se sometiese al hombre y le ayudase: bastará esto para devanar la madeja que á los ojos de los ateos sigue tan enmarañada; resultará claro por una parte, que la introducción de lo monstruoso en el reino animal pone de realce la sabiduría del Eterno distribuidor de la vida; y por otra que desconocer esto, lamentándolo, acredita la insipiente de los zoólogos.

A fin de bien encaminar el discurso, repitamos la acusación escuchada: ¿Por qué entre tantas criaturas bellas figuran muchísimas feas, indecentes ó frívolas? ¿Qué cometido les está asignado?

Un médico italiano que tiene la manía de publicar incesantemente libros, escribe como proemio de una obrilla el siguiente trozo (ciertamente uno de los suyos mejores) de autobiografía.

«Cuando yo era muchacho, mi madre, mujer activísima en toda clase de actividades intelectuales, me decía siempre: «Hijo mío, trabaja; en el trabajo está la primera bendición de la vida.» Yo empero era calavera y bribon; mi razón estaba aún, por decirlo así, en sus primeros crepúsculos, y el estudio me parecía una fatiga insoportable.

»Adolescente ya, la juventud me saltaba en el corazón con aquel tumulto que al mismo tiempo es calor, gozo y vida. En un día de abril, los sueños tempestuosos de la noche, me habían contra mi costumbre despertado al amanecer. Llevaba en el rostro y en el alma las huellas de la borrasca nocturna, como por la mañana en el suelo movido, en las yerbas violentamente dobladas, y en las flores tronchadas encuentras

los rastros del temporal que pasó. Empero la naturaleza no había sido turbada por visiones de amor, continuando límpida y serena.

»Salí al jardín, donde aspiré á mi sabor el perfume de las flores, así como el aroma confundido de las yerbas y de los árboles; corrí entre las alamedas, ora acelerando el paso por la interna inquietud, ora deteniéndome delante de una flor más bella que las otras, ora oliendo una hoja ó acariciando un ramito elegante. ¡Cuán llenos estaban de criaturas vivas aquellas flores y aquellos arbustos! ¡Cuántos seres vivos se habían desvelado antes que yo! Todos estaban trabajando.

Las abejas intranquilas y muy vivaces pasaban de una flor á otra, reuniendo, por decirlo así, botín de pólen y néctar; las avispas iban cortando con sus instrumentos de carpintero la madera para fabricar su habitación; los avispones negros roían las corolas, á fin de sacar estambres y pistilos. Multitud de pequeños coleópteros comían alegremente los pétalos; cada uno había escogido su flor predilecta.

Me detuve delante de un rosal poblado de rosas, y me detuve no poco tiempo. Muchos gusanos verdes bonitos roían el borde de las hojas, al paso que las yemas tiernecitas estaban todas cubiertas de insectillos que sacaban su jugo. Entretanto, una hormiga corría velozmente del uno al otro lado de aquellos animalitos, excitándoles á escoger aquel humor, que tanto place á las hormigas. A un cuadro de narcisos en flor iban y volvían mariposas de todos los colores, que muy ligeramente recorrían las corolas, chupando su miel. ¡Cuánto zumbido, cuánto movimiento y actividad en aquel mundo populoso de lepidópteros, de coleópteros, de hemípteros, etcétera!

Me senté sobre un banco de madera que á la sombra estaba de un emparrado: apoyada mi cabeza en mis manos, y plantando los codos sobre mis rodillas, miré con mucha fijeza el suelo, sumergido del todo en un pensamiento único. Trabajaban todos aquellos mil insectos de formas varias; todos buscaban alimento para sí y para su familia; unos preparaban la miel para los que habían de nacer, y otros recogían materiales para fabricarse su habitación: todos trabajaban. En aquel momento las palabras de mi madre sonaban en mi oído con más fuerza que nunca: *Hijo mío, trabaja.*

Seguí mirando el suelo con fijeza; solamente despues de algunos momentos advertí que á pocos pasos de distancia una doble procesion de hormigas iban y volvían en larga hilera. Las unas llevaban entre las mandíbulas pajitas, hojas pequeñas, semillas ó fragmentos de flores, é iban muy lentamente: las otras, sin peso, marchaban más aprisa en busca de botín. Aun las hormigas trabajaban. No perdiendo de vista yo aquella procesion microscópica, la seguí hasta el tronco de una vid,

donde sobre la desnuda tierra ví el pequeño cadáver de un topo, que había muerto el jardinero recientemente. Yacía supino: la piel arrugada y la cara lívida indicaban que ya se pudría. Me sorprendió ver cómo el cadáver se movía, cual si una fuerza subterránea tendiese á levantarlo. Fijé atentamente la mirada: el topo se movía, unas veces alzándose y otras bajándose, sin ver yo la fuerza motriz. Un momento despues asomó la cabeza, saliendo pronto de la parte inferior de aquel animal difunto, un lindo insecto de grandes antenas, en cuyo cuerpo se veían cuadritos amarillos y negros; era un «necróforo;» detrás del primero salió un segundo, luego un tercero y un cuarto. Era toda una familia de coleópteros dedicados á sepultar aquel topo para deponer allí los huevos. Aun allí se trabajaba.

Salí del jardín al campo abierto: debía pasar por un viejo pórtico donde sentí un vivo rumor de golondrinas, que debajo de la bóveda estaban construyendo su nido. Aun allí se trabajaba, y áun allí el grito de mi madre resonaba en mis orejas más fuerte: *Hijo mío, trabaja.*

Caminé por calles y senderos, hasta que rendido me tendí sobre una peña toda cubierta de líquenes y de musgos aterciopelados; me tendí sobre aquel tapete, como si quisiera oler la tierra y abrazarla, avicinándome todo lo posible á una naturaleza tan llena de actividad y de vida. Despues de haber contemplado mucho rato aquellas cortezas caprichosas de líquenes y aquellos sotos liliputienses de esmeralda, levanté una piedra, y hallé debajo muchos séres vivos; una turba amarilla y activa de «onicóceros» trabajaba sus galerías, mientras una grande araña de faz horrible tejía en una cavidad de la piedra una densa tela para coger dentro á los insectos. Aun bajo aquella piedra se trabajaba muy activamente; hasta los «onicóceros» y las arañas se ganaban la vida con la fatiga.

El médico sigue adelante, corroborando lo que dice con otros ejemplos: (1) yo corto y salto, porque la leccion es ya muy fecunda. ¿Por qué los hay de formas variadísimas en la familia de los animales? ¿De lindos y de feos? ¿De gratos y de repugnantes? ¿Para qué sirven todos ellos? ¿Qué hacen?

¿Para qué sirven? Sirven, hombre, para tí. Sirven para decirte, jóven, que la palidez de tu rostro y la delicadeza de tus miembros no te permiten no hacer nada, y estar ocioso continuamente. Aun la mariposa trabaja; ¿eres acaso más débil que una mariposa? Lleva el peso que puedas: si no grave, á lo ménos leve y proporcionado; pero lleva el peso de la fatiga. Trabaja, pues, jóven. Sirven para decirte, mujer, que ni las debilidades del marido, ni los halagos de la gente, te permi-

(1) Pablo Mantegazza. «Las glorias y las alegrías del trabajo.»

ten ser vana: la reina de las abejas es más brillante que tú, y está en su orden propio más cortejada, trabajando empero; no se muestra vanidosa, ni amiga de afeites; da sus órdenes y activamente preside. ¡Querrás tú gastarlo todo en un encaje, por algun aplauso, ó por algun renombre vano? ¡No pensarás en cosas serias, ni registrarás tampoco la casa? Trabaja, pues, mujer. Sirven para deciros á vosotros, miserables y á vosotros, pequeños, que formais la plebe ó el vulgo, que se vive bien aún en la miseria con el trabajo; que trabajando juntos se forma la union, y que la union es la fuerza. ¿Sois por ventura ménos que los reptiles y que los insectos? ¿Ménos que las arañas? Sin embargo, estos animalitos, trabajando, valientemente se ayudan, y pasan alegremente su dia. Trabajad, pues, débiles.

Es una prédica que no me place. Los incrédulos se rebelan contra ella y me dicen gritando. Que todas las cosas sin excluir las más despreciables, pueden servir al hombre de utilidad moral, lo sabíamos; mas no disputamos relativamente á esto. Nosotros, predicador, te pedimos cuenta de un Creador divino, que físicamente produce obras futilísimas, como las ínfimas y las mínimas, ó extrañas y enemigas, como las que pelean entre sí, ó directamente funestas para el hombre, como las venenosas y las mortíferas. ¿Por qué, por ejemplo, tu Dios, á quien place crear la paloma y el águila, nos da el sapo y la víbora?

Me han rechazado el sermon, y el sermon vuelve á salir: aún aquí tiene dos partes: un himno de gloria para la sabiduría de Dios, y un acento de impropio para la necesidad de los zoólogos.

¡Las criaturas ínfimas, los animales mínimos é invisibles, objeto de risa para los incrédulos! Existen ciertamente tales animalitos: en una pulgada cúbica de agua viven con frecuencia, segun el cómputo de Chrenberg, millones de animalillos infusorios: ¡considerad cuántos contendrán los pantanos, los estanques y los fosos! Empero por lo mismo que viven y existen, tienen, aunque mínimos, su importancia. Los seres fueron ordenados por el Creador gradualmente y en jerarquía: si en el vértice de la escala habitan los más robustos y los más grandes, quiere la razon que en el grado primero vivan los mínimos. Así los seres vivos se relacionan, y hasta cierto punto se comunican las propias cualidades. ¿Quisierais vosotros en esta inmensa escala poseer el vértice y destruir la base? Sois insipientes.

¡Escarnecidos por los adversarios de Dios los animalitos, los seres pequeños y los humildes! Innumerables «miriadas» de tales infusorios, despues de vivir, murieron á fin de dar la materia precisa para la formacion del tripol y de los ópalos; las conchitas fluviales y las marinas han producido el mármol para nuestros templos y para nuestros pala-

cios, así como innúmeras yerbas y árboles fueron cambiados en tierra vegetal ó en sustancia mineral para servir de combustible á las futuras generaciones; entre los animales los pólipos fueron convertidos en otros elementos, y dieron el calizo, con el cual se construyen nuestros edificios. Los incrédulos, que en nuestras fábricas urbanas procuran estar bien acomodados y muy á sus anchas, se rien á mandíbulas batientes de los pólipos, de los animalitos y de la infinita muchedumbre de los infusorios. Necios y ridículos.

Hablando de los infusorios el doctor Mantell, así escribe: «¿Debemos contentarnos nosotros con admitir que todas estas maravillosas pruebas de la sabiduría del Creador están sólo destinadas á satisfacer nuestras necesidades físicas y á servir á nuestro placer?» Así contesta él. «Debemos creer que tal manifestacion de sabiduría, de poder y de bondad tiende más bien á llenar nuestras almas de altos y santos pensamientos, á despertar en nosotros la sed y el deseo de la verdad, á proporcionarnos conocimientos que levantan el espíritu sobre los bajos y mezquinos intereses de la vida, haciéndonos gustar anticipadamente aquel excelso destino que debemos esperar conseguir (1).» Hé aquí que el infusorio no nos lleva solamente al leon y al águila, conduciéndonos igualmente á Dios.

Los zoólogos sin fé religiosa son aún más fáciles para la burla y la sátira con los séres roedores enemigos y con los animales soldados, por decirlo así, grandes y pequeños, que dañan nuestras posesiones, batallando unos contra otros. Reconozcamos, señores, el daño; mas, ¿por qué no recordar el bien, de que son artífices? ¿A qué fin omitir las compensaciones que nos dan?

Saquemos á relucir un poco de historia zoológica.

Infestan odiosísimos los topos, los gusanos y otros semejantes. Empero al trabajo incansable de los topos de los campos y de los insectos se debe sin duda el principio de la fecundacion de todas las tierras incultas; dividiendo, triturando, ablandando el suelo, tales animalitos hacen fácil la germinacion de las yerbas y de los arbustos, los cuales, con el auxilio del trabajo del hombre, se cambian en fértiles campos. Vienen á ser por tanto como los lacayos que van delante, y los pequeños precursores de la civilizacion campestre.

Hórrido es el cuervo :vestido de negro, como el negro. endosan todas las aves de rapiña, causa pavor. Sin embargo, el cuervo, con ser una horrible bestia, tiene un encargo útil, que otros no tomarían; limpia los lugares malos de las inmundicias.

(1) G. Mantell. *Phénomens*, e. 11.

Las hormigas roban y devastan, recibiendo daño la vegetacion. Ahora bien; para vigilar á las hormigas está el «hormigon;» cuando se creen más seguras de lo que hacen y más dañan, las acomete y extermina, no haciendo él por su parte daño alguno á la vegetacion.

Algunos habitantes de las colonias inglesas de América, viendo que las urracas hacían daño á la simiente, intentaron destruir la raza. Continuaba la obra y los aldeanos parecían ser los vencedores; pero, á la par que disminuía el número de los pájaros perseguidos, daba pena el suplicio que hacía sufrir, digámoslo así, al grano una multitud no vista de gusanos, orugas y avispones. Abandonaron entonces los villanos la loca empresa de lanzar á los pájaros aquéllos, no enemigos, sino amigos, que, volviendo á multiplicarse, pusieron fin á la deplorada pérdida del trigo.

En Suecia concibieron algunos el designio de proscribir las cornejas; fué preciso desistir, por haberse advertido que tales volátiles no se apacientan sólo con los granos y las plantas, sino tambien con los gusanos y con las orugas roedoras de las hojas y de las raices de los vegetales.

En la América septentrional fueron blanco de las iras ignoro cuántos gorriones, á los cuales se hizo una guerra implacable; sólo que desapareciendo los pájaros aumentaron de tal manera en los terrenos pantanosos los mosquitos, que fué preciso interrumpir la cultura de muchas tierras.

El mismo pájaro se vió cruelmente proscrito aún en Prusia, por reputarse una peste para la agricultura. A cada campesino se impuso la obligacion de consignar anualmente doce gorriones. Cazaron á los infelices gorriones con bastones y piedras; como precismente hoy, en aquel orgulloso imperio, lanzan á los Jesuitas y atormentan á los sacerdotes católicos. ¿Qué quereis? Al año segundo ó al tercero notaron que las mieses por los insectos eran devoradas y destruidas, por lo cual debieron hacer venir gorriones de los vecinos lugares, á fin de poblar el reino nuevamente.

Del mismo modo en otra época, un rey de Nápoles, apasionado de la caza de los faisanes, abundantísimos en la isla de Prócida, prohibió á sus habitantes tener gatos en sus casas: al cabo de algunos años fué preciso anular aquella ley, por ser inmensos los daños que los topes ocasionaban.

Os dije, señores, que Dios dispone los séres vivos á guisa de pirámide y de jerarquía. Ahora bien: no penseis que con tal hecho el Creador se propuso hacer ostentacion solamente de un órden aritmético ó de una arquitectura pomposa, porque, sin duda, fué mucho más adelante.

En la aglomeracion de los séres puso un movimiento tan eficaz, un enlace tan pródigo, que donde los unos vienen un momento á dañar, los otros vienen á reparar el daño; donde los unos aniquilan corresponde á los otros reconstruir y cooperar con el hombre á la terminacion de las labores terrestres. De tal guisa la variedad y la riqueza de la familia animal, como tambien la sabiduría de la gran mente ordenadora de todo, se manifiesta mejor. ¡Y los incrédulos se permiten la crítica ó el sarcasmo! ¡Ah! ¡El eterno distribuidor de la vida tolera mal las censuras de los hombres. ¡Sólo Dios es sabio: los murmuradores de sus obras son ignorantes!

Las quejas más terribles se guardan para cuando se mencionan los animales venenosos y mortíferos, que directamente combaten al hombre. ¿No hubiera podido el Creador pasar sin ellos? Aquí la cólera de los zoólogos incrédulos se vierte á manos llenas.

Tengan un poco de calma tales rabiosos. Toda la tierra, como el reino animal especialmente, fué creada por Dios para la prosperidad del hombre: tal es la enseñanza bíblica y católica. Conforme con tal principio, ved, señores, lo que pasa en la realidad. En los climas frios no crecen, ni se hallan generalmente venenos; no se arraigan allí los insectos mortíferos; las mismas plantas venenosas pierden sus mortíferas cualidades, si de las regiones cálidas son conducidas al clima helado. El ilustre Haller observa que los acónitos, cuyo jugo servia á los Galos para envenenar sus flechas, cesaron de ser homicidas á medida que fueron entrando en los países del Norte: advierte por añadidura que los acónitos en Suecia se comen, como entre nosotros ciertas yerbas aromáticas, para despertar el hambre. Por el contrario, en las regiones cálidas, abrasadas por los rayos del sol, los venenos crecen y se reproducen: en tales tierras la naturaleza echa en las orillas de los pantanos, en los valles y en los bosques, árboles y animales que arrojan veneno.

¡Esto por qué? ¿Por qué bajo los cielos abrasados se encuentran venenos, y entre los hielos escasean ó faltan?

La explicacion está en lo siguiente: los países frios son más saludables; el hombre lleva en ellos más robusta y más larga vida: en los países calientes, por el contrario, donde la descomposicion de los cuerpos se realiza más pronto, el aire se corrompe tambien más en breve y los principios maléficos abundan. En tales países, los venenos, por la misma razon que hallan allí su origen propio, allí crecen y allí se producen para ejercer allí su influencia propia en beneficio del hombre. La naturaleza, donde quiera que difunde la corrupcion, siembra pronto flores para ocultarla y destruirla, criando multitud de insectos efí-

meros para devolver al aire su limpieza y elasticidad. De manera que los venenos sirven, donde más necesarios son, para purificar el universo; por esto, la naturaleza reúne casi en un mismo punto solamente todos los venenos que hubieran podido cubrir la tierra y manchar los cielos; pero los reúne para producir el bien. Así el mosquito venenoso del Africa, el cruel «upas» de Java, entre las plantas, y la serpiente de cascabel entre los reptiles están por la Providencia destinados á la conservacion del mundo y de nosotros los mortales.

Haced otra consideracion. Entre las plantas hay algunas que pueden juzgarse vivientes, aisladas y solitarias, como tambien otras que se acompañan y crecen en sociedad. Lo mismo sucede con los animales: unos se alejan y otros se acompañan gustosamente. Ahora bien; causá maravilla saber que tanto las plantas como las bestias que tienden á la soledad, son las feroces y las venenosas; por el contrario, las que aman la sociedad, son las inocentes, destinadas á prestarse á los usos domésticos y á los placeres del hombre. ¡Gran cosa, señores! Si los animales, por ejemplo, que tienden á la soledad, como el tigre, la hiena, la víbora y otros de la misma raza se asociasen, inmensos daños nos causarían. Sucede lo mismo con las plantas mortíferas. ¡No descubris en esto el cuidado amoroso de Dios! ¡No descubris que Dios ha ordenado los tósigos, no para perdernos, sino para darnos la vida?

Cerca de Pisa, en una aldea que se compone de unos veinticinco techos diseminados, colocados todos en sitio escabroso, vive una mujer, que pasó días tristísimos. Hace mucho tiempo es viuda, porque su marido murió en el ejército formado y recogido apresuradamente por Joaquin Murat; sólo tuvo un hijo, que vive aún. ¡Un hijo único! Hubiera podido vivir contenta; pero su terrible dolor era que su hijo yacia tres años clavado, por decirlo así, en la cama. ¡Cómo sucedió la cosa? Preguntémosle.

La mujer nos dijo: «Era mi Alfredo el más brioso y nervudo joven del lugar, siendo á la vez tan gentil, decente y hermoso, que parecía un gran señor: no crea usted, con todo, que fuese ruín, afeminado ó corrompido. De ningun modo; por el contrario, le vino el mal por ser bueno y cristiano. Una vez allí, en el camino más largo del lugar, encendiése una disputa entre dos borrachos; se golpeaban con los puños, hiriéndose con los dientes, y gritando como demonios. Oído habiendo Alfredo aquellos gritos, y visto aquel choque horrible, se precipitó en medio de los furiosos para separarlos. ¡Sí, haced el bien y lograreis recompensa! Sacó una herida en una costilla de la derecha, habiendo estado á punto de morir; habiendo salido con vida, le quedó una llaga que

sigue aún, como en aquel primer día. Nunca, por cuidados que le prodigase, se pudo cerrar. ¿Quiere usted ver á mi Alfredo?»

Nos metió en un cuarto, descorriendo una cortina blanquizca, pero muy echada á perder: allí estaba el jóven.

«Pobre jóven; ¿sufres siempre?»

»Siempre.

»¿Necesitas algo?»

»Nada, fuera de una cosa que no puede usted darme; que no me ha podido dar nadie, ni aún esta buena madre mia, y que sólo puede darme Dios: la salud. Como usted ve, no pido nada, porque, si debiese pedir, pediría demasiado.

»¿Qué harías, despues de tres años, á recobrar las fuerzas perdidas?»

»¡Qué haría! Ante todo enjugar las lágrimas de mi madre amorosísima; cultivaría despues inmediatamente de nuevo el campo abandonado; enjugaría luego tambien las lágrimas de otra bella alma.

»He dicho mal. Ante todo yo, con mi costilla enjuta y sana, caería de rodillas en tierra, dando gracias á Dios por haber tenido misericordia de mí.

»Excelente jóven; ¿esperas en esta misericordia divina?»

»Ciertamente. ¿No es acaso la esperanza la última que nos abandona? Fuera de que, si puedo aún y debo esperar, ¿quién me oirá con más benevolencia? ¿No es acaso el cielo?»

»Adios, excelente jóven; ojalá que se cumplan tus deseos, que son tambien los míos.»

Inclinó la cabeza y cruzó las manos sobre su pecho, despidiéndome con un suspiro.

Ahora bien. Hé aquí otra novedad.

Un día llamó un pobre á la puerta de la viuda. Era un viejo lleno de arrugas y de harapos; asomando la cabeza, extendiendo la mano descarnada y trémula, dijo: «una limosna.»

«¿Y qué puedo darte yo?» dijo la mujer, viendo aquella figura desagradable del pordiosero. Soy una pobre tambien, y ciertamente más desgraciada que tú. Pero en fin, siento la necesidad de compadecerte. «Toma.» Le dió un pedazo de pan negro. «Es duro, añadió ella; pero es el que como yo: sólo que yo lo baño con mis lágrimas, y tú, buen hombre, lo podrás comer sin ellas.»

Le preguntó el pobre, «¿Cual es la causa de tu gran pena?» Habiendo oido el triste caso, le dió este consejo: «Buena mujer, ve al país de Calci: allí donde se levanta la Cartuja, vive un cartujo lego que tiene el secreto de curar todas las heridas. Las cura tan bien que cuando se cierran las llagas, no enferma el cuerpo, sino que restablece el buen orden

de sus humores, floreciendo la salud del todo. Busca, pues, al lego Jerónimo, y pídele á nombre de la Virgen María. Digo esto, por esconderse y no querer mostrarse; de lo contrario, los farmacéuticos como sabuesos darían en él para maltratarlo.»

La Cartuja de Pisa dista del país de nuestra viuda poco más de dos millas. Una mañana, ya tarde, despues de haber hecho las cosas de la casa, la viuda se fué, dirigiéndose por la vía de Calci, diciendo el rosario. De vez en cuándo, al decir la plegaria, levantaba la mente al cielo y pensaba, dejando escapar algun sollozo: «¡Oh, si la Virgen de los cartujos me hiciese la gracia!» Marchaba con paso ligero y espíritu franco, no queriendo abandonar su querida esperanza.

En aquella mañana en que la madre viuda hizo el viaje, una jóven, que había salido poco antes del mismo país, se había dirigido á la Cartuja; completamente sola, se puso en el templo delante del altar de la Virgen celeste. Allí oraba de rodillas y oraba inmoble, con un fuego en el alma que la consumía, diciendo así en sus coloquios afanosos: «Dulce María, si oyes mis súplicas, y no desdeñas mis lágrimas, mira que hoy las vierto más amargas que de costumbre. Hace tres años que te pido su curacion; tres años de esperanzas, gemidos y martirios, sin que llegue nunca el dia deseado. ¡Oh santa Virgen! Muéstrate benigna y muévete á piedad. Me has destinado á él, de lo cual es indicio este corazon que, viviendo por él, mejora desahogándose más ardentemente contigo. Mira tú al pobre jóven que allí está; siempre con sus espasmos y siempre bueno. Cúrale; de lo contrario, en mi pobre país y en mi parroquia habrá pronto dos víctimas, porque le seguiré yo en la fosa. No serán dos esposos, sino dos muertos en su lugar. ¡Pobres familias las nuestras! ¡Ah! le curarás; ¡No es verdad!» Miró entonces el semblante de la Virgen, y con la orilla del velo enjugó en sus ojos las ardientes lágrimas que le proporcionaban en aquel momento un consuelo no experimentado.

Llegada la viuda á la Cartuja, entrando en la iglesia, vió á la jóven postrada junto á la verja de la Virgen, contemplándola atentamente casi en éxtasis, como imaginamos al ángel delante de Dios, y dijo para sus adentros: «Hé aquí una bella alma que ora á la Madre bendita. ¡Ojalá tuviese yo su ardiente devocion!» Empero poco despues, habiéndose detenido ella también á orar, oyó los suspiros de la jóven, así como algunas de sus palabras sueltas, reconociéndola por su acento suave. «Es ella, dijo en su corazon. ¡Qué buena es Alisa!» Sin ser descubierta por la jóven, procurando no hacer ruido alguno, no bien procuró ganar las indulgencias, salió del templo.

Fray Jerónimo, á quien buscó la viuda, despues de oír su fervorosa súplica, se mostró dispuesto á complacerla. Espera un poco, dijo; tras-

currido poco tiempo volvió á la puerta del sagrado templo, con una botellita en la mano y una cajita llena de unguento. «De esta botellita harás beber cuatro veces al jóven enfermo: con el unguento untarás la herida durante una semana. Empero procura que de ninguna manera se mezcle el unguento con la comida, y que no llegue tampoco á la boca, por ser esencia de tres venenos. Que Dios te acompañe y consuele á tu hijo. Yo lo doy por curado del todo en un mes.»

Dejemos que trascurra un año y volvamos cerca de Pisa al país y á la casa que ya conocemos.

No hay dolores en la casa, ni lágrimas, ni herida tampoco en la costilla del jóven. Habiendo empleado el unguento del fraile humilde, vió cómo realmente se cicatrizaba en un mes; ahora que ha trascurrido aquel tiempo, es un hombre fresco, robusto y fuerte, pareciendo que ha mudado de cara. ¡Qué alegría en el jóven y en la madre! A mayor abundamiento, para que sea cumplido el gozo del uno y de la otra, una amada criatura se introdujo con vínculos domésticos en el hogar. Se celebró el matrimonio, por el cual Alfredo y Alisa estarán unidos para siempre.

¿Veis de qué medio se sirvió Dios para devolver á los tristes la felicidad? Se valió del lego, y se sirvió de la esencia de los tres venenos siendo bastante. ¿Y os mostráis crueles á consecuencia de los venenos? ¿E increpáis por ellos al Criador? ¿Qué sería si hubiera encerrado los venenos en el seno de la tierra?

Estrechemos los hilos del razonamiento.

Los zoólogos que perdieron la fé religiosa, acogiendo en su pecho la rabia contra Dios, lo escarnecen por haber incluido en el universo el elemento de lo monstruoso: relativamente á la raza de los brutos lo quieren increpar por haber producido, mezclados con los buenos, animales venenosos y mortíferos. ¡Oh Dios creador! ¡Cuán pródigo eres! ¡Y los ciegos no te comprenden! ¡Y vosotros, zoólogos, sin fé, cuán necios sois igualmente! El sapo lo mismo que el águila, la víbora lo mismo que la paloma, todos en suma los habitantes del aire, del agua y del bosque, predicán la gloria de Dios y su bondad con el hombre.

Dios es artista, y tal se demuestra, disponiendo el mundo y adornándolo con fenómenos: es distribuidor de la vida, y logra su intento produciendo seres animados que alientan, así como difundiendo sobre la tierra la familia de los brutos. ¡Grandes cosas á la verdad! Dios sin embargo no se detiene aquí creando, y parece que no debía. Hablo de fenómenos; pero ¿por quién serán vistos bajo el sol y gozados? Hablo también de vida; pero ¿es acaso vida plena y verdadera la privada de

inteligencia, que no tiene el conocimiento de sí misma, ni de lo creado, ni del Creador divino?

Es preciso, pues, dar á las cosas de que hablamos el debido cumplimiento; si afirmé que fué creado el mundo para estancia del hombre, necesario es que se presente delante y comparezca. Tendremos el correspondiente contemplador de los fenómenos, y el natural monarca de los animales, pudiendo alegrarse Dios de haber colocado en la tierra la corona de sus obras.

Sólo que, apenas hablamos del hombre, los llantos y los gritos furibundos de los enemigos de Dios y de la Biblia se hacen más acerbos. Es verdad (piensan ellos) que Dios, según los celebrados testimonios de Moisés, es más que simple artista, y más que simple distribuidor de la vida animal: creando al hombre, tocó el ápice de su poder é hizo el mayor prodigio de todos. Mas, ¡cuánta razón tiene el hombre mismo para dolerse de su Hacedor supremo! Nace llorando, y vive para arrepentirse de sus días. Le oprimen dolores del alma y dolores del cuerpo: pasa segado por el mal, y con frecuencia deshonrado por el vicio. ¡Mejor sería que no naciera! ¡Más venturoso si se le impidiese vivir! Cerca de su cama tended el lecho fúnebre y enterrad al infante. Sed píos vosotros, ya que no hay en el Criador piedad bastante.

Vayan despacio los quejumbrosos y los melancólicos que blasfeman. No niego que las angustias profundas, las heridas y las agonías inundan el mundo ahogando al hombre; pero ellas, que parecen ser el pan cotidiano de nuestra boca, no entraban en el orden primitivo de la creación. Ahora existen y antes no existían. Desplegaba Dios los cielos hermosos y tranquilos sobre nuestra cabeza; creaba inocente y feliz al hombre; le sonreía la tierra cual á su esposo y á su rey; no existía el mal entre las obras de sus días, que Dios enumeraba y con las cuales se complacía. Este orden quedó trastornado. ¿Quién lo rompió, señores? Poned la mano sobre la conciencia. ¿Quién produjo el mal? ¿Quién abrió al dolor la puerta? ¿Quién hizo al hombre infeliz? ¿No fué acaso el hombre mismo? ¿No fué su crimen? Dejad pues, de acusar á Dios, si los culpables sois vosotros.

¡Vanamente! No tenemos palabras que calmen á los quejumbrosos que murmuran, ó á los melancólicos que blasfeman. Para estos, el suplicio existía sobre la tierra, aún antes de que pecara el hombre. Se hicieron alumnos de la geología; pusieronse á inquirir en los estratos telúricos, donde hallaron esqueletos de animales; de los grandes saurios, por ejemplo, que vivían de rapiña, difundiendo á su alrededor el daño y la matanza. Además de esto, en los animales pertenecientes al primitivo mundo, descubrieron evidentes huellas de enfer-

medad. «Tenemos luminosas pruebas, dice Ocrsted, de que el mal corporal, la pérdida, la enfermedad y la muerte son más antiguas que el pecado.» Carlos Vogt, el hombre siempre de los orgullos subitáneos, hace aquí el fanfarron y grita: «No sirve ningun puntal de la fé, ni tampoco un pío salto mortal, para pasar sobre la piedra de vuestro jardín; la muerte fué cosa real desde un principio (1).» Detrás, otros que tienen genio satírico, nos presentan esta cuestion. ¿Decís que por el pecado vino la muerte? Está bien: Consintió Dios por consecuencia en nuestro dolor y en nuestra muerte. ¿Acaso no previó que cayendo en culpa había de ser miserable? ¿A qué fin crearlo, conociéndolo?

Nos han puestó la piedra entre los pies para que tropecemos, aunque se dice del jardín del Eden: veamos si es posible pasar sobre ella.

Hallan en los restos de los animales antiguos huellas de la enfermedad, del dolor y de la pelea. ¿Pero de qué mundo hablan? ¿De un mundo anterior al que Moisés nos describe? Entonces no hay cuestion que nos corresponda.

No; hablan de nuestro mundo: hallan en este la muerte anterior á la culpa de Adan. Ninguna maravilla y ningun escándalo, si vemos donde la encuentran: hallan las antiguas huellas de la muerte, no en el hombre, sino en los animales. Ahora bien; es lícito pensar, y la divina revelacion no lo prohíbe, que el dolor y la muerte pudieron entre aquellos animales; ¿pero qué tiene que ver con esto el hombre? ¿No disputamos, señores, nosotros acerca de él? ¿No nos han impelido á ello los propios incrédulos? Estos, sin embargo, para probarnos que la muerte es anterior al pecado del hombre, nos alegan no sé cuántos rastros de enfermedad descubiertos en algunos animales. Guardaos tales huellas, porque no lo impido; pero vosotros salís fuera de camino. Me llevais á la cuestion del hombre, y luego os deteneis en la de los animales. ¡Oh Vogt! Tranquilízate. Nos han bastado dos palabras, y se ha saltado la gran piedra, sin que fuese necesario el puntal de la fé.

¿Es que no hay dolor, ni pena en el mundo antiguo suprimida la culpa de Adan? ¿Tendrá en esto el Creador limpias las manos?

Distingamos, señores. Existe un dolor, que nace de causa física, siendo sólo externo: hay otro dolor, que nace de causa moral, siendo primeramente interno, para después derramar en el cuerpo todo motivo de males y tormentos, así como la muerte con ellos. Ahora bien; no admitiéndose la culpa de Adan, esta multitud de penas y maleficios no se debe suponer sobre la tierra. ¡Así es! Os restituyo por lo tanto la frase baja: el Creador tiene limpias las manos.

(1) Véase á Delitzsch. *Génesis*.

¡El Creador! ¡No se debe creer que es un promovedor voluntario del dolor humano, y como el origen del mismo, puesto que, previendo que el hombre sería culpable y mísero, sin embargo lo creó?

Señores; vosotros preveis que, uniéndoos á la mujer, podreis tener hijos desobedientes y discolos; proponiendo sin embargo tener buena y discreta prole, no os deteneis y ultimais vuestro matrimonio. Teneis otra prevision, no bella; veis casi seguro que, abriendo escuela y juntando discípulos, deberán salir algunos pésimos que abusarán de la ciencia. Sin embargo, vuestra obra es santa, y no dejais por eso la enseñanza.

¡Quereis de todas maneras que Dios entre en los sufrimientos y hasta en la muerte del hombre? Os contento y hago que, despues de deteriorada por el pecado nuestra naturaleza, interviene de veras; pero aquí, donde los incrédulos le increpan, resplandece su mente altísima, su magisterio de providencia y caridad; hiere al hombre culpable, demostrando así la sabiduría del médico y del corrector eterno; quien no sabe darse paz por esto y lo quisiera de otra manera, es moralista ignorante.

Inquirámonos nosotros mismos, considerándonos, no como quisiéramos ser, sino cual somos. Nosotros, señores, nos encontramos débiles. No hablo tanto del cuerpo como de nuestra alma; tenemos una voluntad debilísima que nos postra; vemos el bien, lo aprobamos por añadidura, y nos abandonamos al mal. Se necesita un estímulo robusto para sacarnos de tal inercia y de tal letargo; ¡quién lo dará? El sufrimiento. Somos como los degenerados y afeminados Romanos, los cuales, para no perecer del todo, para resucitar más bien á nueva vida y ser hombres otra vez, necesitaban el hierro y el fuego de los bárbaros. Escribe el doctor Helps: «¿Qué es lo que suscita en la mente humana los pensamientos más grandes y profundos? No es la doctrina, ni el manejo de los asuntos, ni aún el impulso de los afectos: es el sufrir; probablemente por esto se sufre tanto en el mundo. El ángel que descendió á turbar las aguas, haciéndolas saludables, no proporcionó acaso un don mayor que aquel otro que infligia benévolamente á los enfermos los males, por los cuales somos atormentados (1).» No es un sacerdote ni un devoto que nos amoneste; es un naturalista filósofo.

Basta por tanto: el dolor nos retempla y hace que sea el alma nuevamente varonil; es, por consiguiente, la escuela de los valientes, debiendo ser amado y no maldito.

(1) Helps, *Brevia*.

¿Cómo crecieron realmente los santos del cristianismo? Con la cruz. Nosotros, parece que responden, plegamos la cabeza á la segur del verdugo; nosotros nos retiramos á vivir al desierto; nosotros sufrimos las contumelias de los pecadores; nosotros fuimos con el ayuno demarcados, consumidos por las vigillas, encanecidos en la oracion y en el estudio, sometidos á incesantes riesgos en el apostolado de nuestros hermanos, bañados con nuestras lágrimas, sometidos á tentaciones é insidiados siempre; comenzamos en la cruz y sobre la cruz concluimos nuestra peregrinacion terrenal. ¿Oís la voz de los santos? Estos santos, cuyo elogio han debido tejer, aún en nuestros dias, Victor Alfieri y Ernesto Renan, nos gritan: «Fuimos héroes por el dolor.» ¡Y vosotros maldecís el dolor, incrédulos?

Miraos en el espejo de los profanos, y aprended en ellos. ¿Cómo seformaron y consiguen aún grandeza los filósofos, los literatos, los artistas y los políticos? Entre los asaltos de la desventura.

Habiendo Dumas preguntado á Reboul: «¿Quién os ha hecho poeta?» respondió «El dolor.» El ingenioso Shelley, hablando de los poetas dice: «Muchos desventurados fueron hechos poetas por la injusticia sufrida: Aprendieron sufriendo cuanto enseñan cantando.» Aun Hood, que da muestras de gayo y festivo, confiesa que su alegría nace de un corazon dolorido, y escribe: «Toda cuerda que suene alegre tiene su correspondiente nota en la tristeza.» De una manera semejante dice así Jeremías Taylor: «No hay hombre más infeliz que aquel que no conoce la infelicidad. No ha dado pruebas de su bondad ni de su malicia; Dios no corona las virtudes aquéllas, que sólo son facultad y disposiciones; solamente los actos virtuosos son dignos de premio (1).» ¿Oís las voces de los artistas y de los sábios? Os hacen el panegírico del dolor, porque por él se subliman á la excelencia del arte. ¡Y vosotros maldecís el dolor, incrédulos?

Dicta Mozart sus mayores obras, escribiendo el *Requiem* cuando está molestado por deudas y opreso por enfermedades. Bethoven crea sus composiciones más estupendas cuando está dominado por tristeza profunda, por haber venido á ser casi enteramente sordo. El célebre Handel nunca fué tan grande como cuando, avisado de que por la parálisis tenia cerca la muerte, vislumbra que se agiganta su génio, por el cual saca de sí aquellas caras notas musicales que le hacen inmortal. Schiller compone sus mejores tragedias infestado por males gravísimos.

¿Veis las obras de los famosos? Son las hijas del gemido: salen vestidas de luto; pero embellecéense luego por el gozo. Alma y pulso de las

(1) G. Tayllor, Holy. Living. and Dying, cap. III. sec. 6.

mismas es el dolor, por ser éste una inspiracion. ¿Y vosotros maldecís el dolor, incrédulos?

Maldecir el dolor es querer parar y extinguir aquel impulso que al alma toca, haciendo brotar la chispa de la inteligencia, de la actividad, de la gloria: es por lo tanto querer romper la pluma en manos de los doctos, el pincel en manos del pintor, el plectro en manos del músico, la espada en manos del soldado, el código de las leyes en manos del legislador, y en las del pueblo la varia carga de la fatiga; es por lo tanto querer impedir el perfeccionamiento de los individuos humanos, detener el curso de la cultura y de la civilizacion, renegar de las bellas tradiciones de los antepasados, y extinguir en suma la vida del hombre. No tolerar el dolor, ni la fatiga vale, pues, tanto como perder cuanto poseemos de grande y venturoso: ¿os place? ¡Oh enemigos de Dios, censores de la creacion! Cambiad este orden en el cual nació y creció el hombre; sólo educadlo en el gozo y en las caricias: decidle que no es el trabajo cosa soportable, que la cruz de Cristo es un escándalo, y la disciplina del ánimo una albarda de siervos: moralistas de mujeres, que os hallaríais bien adornados con caperuzas y con abanico en la mano para enseñar vuestra leccion al hombre, ¿cuál éxito y qué beneficio en su favor esperais? La misma boca que dirá al pueblo: «no más fatigas ni más dolores,» siendo por el pueblo oída con aplauso, leerá el decreto de muerte para la progenie humana.

Un giro muy vasto ha tomado el problema por nosotros establecido, puesto que abrazó todo el mundo: recojámoslo ya que hay tiempo, terminando nuestra disertacion.

El problema, señores, está bellamente resuelto.

Algunos, observando el elemento de lo hórrido y de lo monstruoso que en la creacion se encuentra, tuvieron el atrevimiento insigne de burlarse de Moisés, porque, al describir las obras de los *Seis Días*, hace oír la voz de Dios que las aprueba y se complace. En su viriud escarnecieron al propio divino Creador, gritando que Dios, al mismo tiempo que el bien, produce el mal, siendo un Creador que no entiende las cosas. Ahora bien; ¿quién es el culpable? ¿Quién tiene la razon? El discurso por nosotros hecho lo pone en claro.

El monstruoso, considerado por parte de Dios, prueba estas tres cosas: En los fenómenos de la naturaleza prueba la sabiduría del Eterno artífice; en el reino animal prueba la sabiduría del Eterno distribuidor de la vida; en el mal físico y moral del hombre prueba la sabiduría del Eterno médico y corrector.

Por el contrario, la crítica de lo monstruoso, segun es hecha por los incrédulos, demuestra estas tres cosas: en los fenómenos la ignorancia

de los naturalistas; en los animales la ignorancia de los zoólogos; en el mal físico y moral la ignorancia de los moralistas.

Luis Büchner con estilo irónico preguntó á los cristianos: ¿Por qué la fuerza creadora no escribió su nombre en una lengua de fuego dispuesta en el cielo (1)?

¡Oh loco! Yo cristiano, creo que Dios, para ser conocido, no necesita esculpir en ningún sitio su nombre materialmente, no habiéndosele ocurrido hacer para entretenerse de calígrafo con una pluma de fuego; yo, cristiano, creo que Dios ha hecho bastante revelándose en mi conciencia, donde lo siento y hasta lo escucho. ¿No es esto suficiente para los incrédulos? ¿Piden que Dios les manifieste las plumas de fuego?

Pues bien; miren los fenómenos de la naturaleza: las tempestades, las corrientes eléctricas y magnéticas, los cambios de las estaciones, aquellos picos de hielo y aquellas montañas surcadas con llamas vivas, donde tantas maravillas chocan, por decirlo así, y se armonizan con lengua de fuego, gritando: «Aquí está el dedo de Dios.» Miren la familia de los brutos, de los insectos, de los cuadrúpedos y de los volátiles, sin excluir aquellos animales infectos de veneno, que dan sin embargo la vida, envenenan y salvan: con lengua de fuego gritan á su vez: «Aquí está la mano de Dios.» Miren al hombre, que está portentosamente preparado para el dolor, que llora y enjuga sus lágrimas, que impelido es á lo bajo y se levanta, que sufre y saca del dolor el gozo: grita también con lengua de fuego. «Aquí está Dios; yo soy el hijo de Dios.»

¡Admiremos y exaltemos la sabiduría del Creador! El universo y más aún el hombre es un libro que nos la refiere.

Empero vosotros, incrédulos, que os constituís acusadores de Dios, colocándoos á mayor altura que El y que sus obras, ¿con qué pluma os ponéis á escribir vuestros fastos? ¿Con qué cifra expresáis vuestro nombre? Llevais la cifra esculpida en vuestra frente, no siendo de fuego, ni de luz, sino de tinieblas. Esta cifra dice: *Yo soy la ignorancia.*

(1) L. Büchner. *Fuerza y materia.*

CONFERENCIA VIII.

SI EL HOMBRE ESTÁ HECHO Á IMÁGEN DE DIOS.

Los hombres buenos y honrados leen la Biblia, edificándose su espíritu: de un modo semejante los extraviados toman la Biblia y leen, prorumpiendo en impropiedades. Abrese así la Biblia en el mundo á manera de una flor; si bien contiene un solo alimento, no viene á ser igual para todos: allí acuden las abejas y sacan la miel; pero allí acuden las serpientes y sacan el veneno.

Hoy otro impropiedad, y otro escándalo causan los censores de Moisés.

Llegados con sus estudios paleontológicos al hombre, deteniéndose para observar su aparición, hallan esto verdaderamente solemne; hallan que Dios en el libro de Moisés, antes de hacer su obra final más grande, dice: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Es cosa inmensamente más fuerte que la repetida frase, puesta siempre despues de la contemplacion de las criaturas hechas: «Y vió Dios que la cosa era buena.» Aquí la apología viene á ser anticipada, y máxima. Mas precisamente por esto, ¿no es una ridiculez? ¿No es una afirmacion de loco? ¡Hecho el hombre semejante al Dios de la tierra y del cielo! ¡Semejante al Dios de la Biblia! Mueven de manera extraña los ojos, se revuelven airados y silban. Es la serpiente. ¿No veis cómo arroja el veneno?

Lo alcanzo. Los críticos en que nos ocupamos son completamente incrédulos: además no admiten culto de ninguna especie, ni creen en los dogmas de la religion, ni admiten el gobierno de la Providencia en el

mundo, siendo para ellos Dios un nombre vacío. Ahora bien; si Dios no existe, ¿cómo poder promulgar en el hombre la semejanza divina? Es preciso rechazarla y escarnecerla: son lógicos.

Sin embargo, señores míos; si este Dios que niegan en la embriaguez de la pasión, no pudiendo negarlo con razonamiento sólido, fuese cosa real y viva; si este Dios, contra el cual sueltan la lengua existe, no pudiendo impedir sin embargo el sentimiento de su existencia, la doctrina de la divina imagen impresa en el hombre adquiere á sus ojos tres veces más credibilidad y respeto, quedando rota la lógica de sus negaciones y de sus risas.

Hay que advertir otra cosa. Nuestros censores en tanto se llaman incrédulos, en cuanto se declaran escépticos: tal es la costumbre presente. Empero ¿qué cosa es el escepticismo? Es la duda absoluta y metódica difundida por todas partes. Por lo tanto los escépticos deben también dudar de su propia escuela, puesto que forman parte del todo (si no quieren reputarse absolutamente nada). ¡Gracias sean dadas al cielo! Dudan de sí mismos; ¿con qué seguridad y con qué atrevimiento, mirándonos, se dan á los golpes y al veneno? Lo más que pueden hacer, mirándonos, es repetir cada uno aquel grito en que prorrumpe el Innominado de Manzoni. «¡Dios! ¡Dios! ¡Si lo viese! ¡Si lo sintiese! ¿Dónde está este Dios?» Nosotros, no incrédulos, y que no dudamos, lo marcamos con la Biblia que reverbera en el hombre.

Hé aquí en qué se resuelve pronto la befa del incrédulo.

Empero no basta redargüir, necesitándose una demostración de la manera más acomodada á las necesidades de nuestra edad. En su virtud establecemos científicamente un problema y preguntamos: ¿Está hecho el hombre á imagen y semejanza de Dios?

Urge ventilar las objeciones que nos presentan. Así podremos tener limpia la respuesta é invicta la solución del problema.

Dicen, pues, primeramente: ¿Por qué y cómo en la creación entra Dios á dar la forma del hombre? El hombre se configuró por sí mismo.

Nosotros probaremos que no entienden esto que enseñan, porque los tipos de todas las cosas se resúmen en Dios.

Dicen además: Aunque se considere á Dios un sér ejemplar y creador, ¿cómo lo representa el hombre en sí mismo? Es una copia que se aparta demasiado del tipo divino.

Probaremos nosotros que no ven lo claro, porque el más hermoso esplendor del tipo divino se realiza en el hombre.

Dicen por fin: Aun admitiendo de alguna manera en el hombre la divina semejanza, ¿cómo creer en el Génesis que la expone? Es un relato lleno de fábulas.

Nosotros probaremos que no hieren lo que por decirlo así golpean, al paso que la historia más verdadera de este tipo y de esta copia está escrita en el principio de la Biblia.

No saben primeramente comprender los incrédulos por qué se hace intervenir á Dios en la creacion á fin de formar al hombre dándole una peculiar semejanza; la que nosotros afirmamos brilla en él. Es fácil que cese tal maravilla.

Nada de cuanto está en el universo, ni el universo mismo podía principiar á existir, si un tipo del universo y de cuanto contiene no se hubiera formado primero. Porque señores; ¿qué cosa es cada ente? Respondemos en general: es una cosa hecha. Mas, á fin de que la cosa se hiciese de veras, necesitábase pensarla en un principio; se necesitaba la idea, á fin de que siguiera el hecho. Necesitábase pues, el tipo, que es el ejemplar precisamente, ó el modelo de la cosa, ó simplemente la idea.

Defengámonos en la consideracion del hombre para poner en claro esta teoría.

El hombre obra incesantemente; por su accion personal se distingue y vive. Empero yo pregunto: ¿es posible que el hombre obre sin que con la mente prevenga su accion? No, porque la operacion en él es siempre hija de la idea. El docto compone un libro; pero primeramente lo piensa, escribiéndolo despues: el legislador hace una ley; pero, antes de dictarla y hacerla pública, la piensa: el escultor modela una estatua; pero primeramente en su alma hace su dibujo: el traficante ultima un negocio; pero antes lo medita pensando en sus frutos. Ahora bien; el pensamiento anterior á la obra, que la crea é indaga en su razon íntima, es el tipo. Así no hay verdaderamente nada en la sociedad civil, ni comercio, ni paz, ni guerra, ni empresas, ni monumentos, ni descubrimientos científicos ó físicos, ni gloria nacional que no brote de algun tipo. Antes de que la operacion brote para iluminarse á los sensibles rayos del sol, se ha iluminado ya en los rayos de otro más noble y más sereno; el sol de la inteligencia humana: así el primero que vea la obra, será el primero que la realice. Juan Guttemberg, antes de descubrir la imprenta, la vió: Cristobal Colon vió América antes de lanzarse á encontrarla. Estos hombres ilustres, que yo llamo gustosamente los ciudadanos del Oriente intelectual, ven, buscan, encuentran y con sus descubrimientos enriquecen el mundo. Cada cosa es la produccion de un tipo, y el tipo es una luz, ó una vision del espíritu.

Desde el reino humano alcémonos al reino de la naturaleza.

En lo alto, existen el sol, las estrellas, el firmamento; aquí en lo bajo, entre nuestros pies, está el agua, está la tierra, están las conchas, están los fósiles, están las plantas, están las flores, están los animales de todas clases. Hé aquí multitud de cosas, y hé aquí otras tantas ideas, es decir, tipos que preceden á las cosas. Si me decís que las cosas viniéronse formando por sí, configurándose por su virtud propia, no lo creo, señores, porque todas estas cosas, como la concha, el agua, la flor, el pájaro, me representan evidentemente una idea, que no puede salir del hecho como brotando del mismo, siendo forzoso que al hecho preceda; el hecho lo manifiesta sólo al exterior de un modo fiel. Existe por lo tanto en algun lugar el tipo del sol, de las estrellas y de otros seres semejantes; existe un más sublime Guttemberg, el cual encontró la imprenta; existe un más poderoso Colon, el cual encontró un nuevo mundo. Si me decís gritando con otras palabras: el tipo de los entes multiformes, el cual no puede venir despues del hecho, preventivamente se halla en el seno de la naturaleza, aún os puedo creer ménos, y sólo sé compadeceros, porque la contradiccion es á mis ojos inmensa. ¡Presumís que admita que el tipo ó la idea de las cosas debe consistir en la naturaleza! Luego la naturaleza es inteligente, pensadora, providente, ordenadora y artífice, poseyendo todas las dotes de un sér perfectísimo. Apartémonos de tal confusion, donde, á una con mi fé, se ahogan el raciocinio y el buen sentido.

¿Deseais, señores, aferrar pronto y seguramente la fuerza del presente razonamiento? Llevad vuestra mente á mayor altura que el hombre y que la creacion, dándoos á buscar los tipos unversales de las cosas. Platon estableció este teorema, que se saca de varios pasajes de sus obras: «Es necesaria la preexistencia de los arquetipos á la produccion del universo.» Nunca la filosofia de los gentiles habia hecho un descubrimiento más noble; la doctrina de los ejemplares, anteriores á la existencia del mundo es de tal importancia que, á juicio de san Agustín, quien la ignora, no puede reputarse sabio. Por esto se comprende que cuanto existe sólo es un efecto y un enlace de seres contingentes; se alcanza que la fuente de la vida demora en sitio muy distinto del hombre y del universo: *Tanta in eis vis constituitur, ut nisi his intellectis sapiens esse nemo possit* (1).

Está bien: los arquetipos de las cosas están fuera de las cosas creadas. ¿Empero en quién propiamente se adunan? ¿Dónde se halla la fuente de la vida?

Platon, el cual enseñó un primer principio espléndido, consignó un

(1) S. Agustín. *De diversis quaestionibus*, LXXXIII quaestio XLVI.

segundo falso, que dice así: «Lo sustancial de los arquetipos, que son formas separadas, en ellos mismos consiste.» Ahora bien; dos ingenios sumos, gentil el uno y cristiano el otro, aceptando el primer principio platónico, condenaron el segundo, menospreciándolo.

El sumo ingenio pagano es Aristóteles. El, que durante más de veinte años oyó las lecciones de Platon, su amado amigo y alumno, habiendo podido investigar sutilmente su filosofía, se apartó con horror de la proposición, según la cual los arquetipos tienen en sí propios la vida, reduciéndose á formas separadas.» ¡Cómo, escribió el Estagirita, puede ser esto! Si tal doctrina de Platon fuese verdadera, nuestra ciencia no giraría sobre las cosas existentes en el mundo visible, sino sobre otros seres de naturaleza enteramente distinta, como las ideas estarían privadas de materia corporal. Surgiría, entre Dios y las cosas hechas, un ser tercero, es decir, los tipos ó las formas separadas; existencia que no se conoce y repugna. Más aún; si las ideas tuvieran la vida por sí mismas y en sí, formas existentes deberían ser también abstractamente las negaciones y las privaciones, porque, aun en estas, se asemejan los individuos concretos (1).

El sumo ingenio cristiano es santo Tomás de Aquino. Conforme con Platon en admitir la preexistencia de los ejemplares, es aristotélico al combatir que puedan separarse, ó su independencia, pues sólo los encuentra posibles en Dios. Distingue dos seres en Dios: el ser *real*, y así Dios es considerado en sí mismo: el ser *ideal*, viniendo á ser así considerado como idea «arquetipa,» es decir, ejemplar de todas las cosas. Establecido esto, afirma santo Tomás: «Tiene Dios la concepción previa de sus obras, y como artífice sapientísimo sobre ella las modela cuando las produce para su existencia. Por esto es sempiterno é inmutable; estos tipos ideales se hallan en el *ab eterno*, independientemente de todo acto de libre y externa creación» (2).

Es manifiesto, pues, dónde debemos poner los arquetipos eternos de todas las cosas: su fuente y su lugar de consistencia está en Dios.

No nos objeten: si los tipos de las cosas se adunan en Dios, sufre la divina simplicidad: Dios, idea pura, viene á ser una multitud interminable de ideas. Fuera de que, comunicando las ideas, ó bien poniendo el sello de sí propio en los seres, se mezcla en ellos, por lo cual la teoría de los eternos ejemplares huele á panteísmo.

Nada de todo esto.

Si; una idea pura es Dios, por ser una la divina esencia; pero cuando

(1) Aristóteles. *Metafísica*.

(2) Santo Tomás. *Symm theol*, l. p. q. 15, art. I.

se dice que se hallan en Dios los arquetipos eternos, ó las ideas de las cosas creadas y creables, no se entiende por estas ideas el principio intrínseco determinativo del conocimiento divino, ni el acto intrínseco ó medio ideal, en qué y por el qué divisa el objeto el Artífice sumo: entiéndese por idea entonces la razon que concibe de cada cosa como ejemplar determinado; así como la razon del futuro edificio preexiste en la mente del arquitecto. En fin, la idea esencial y una que es Dios, subsiste independientemente de tales tipos ó conceptos, que concibe la mente infinita, los cuales ponen de realce su riqueza, siendo para Dios libres y no necesarios.

Ahora bien: ¿cómo cabe pensar que los arquetipos eternos se oponen á la simplicidad divina?

Dios, con acto único, en virtud de su esencia, se conoce adecuadamente á si mismo: sólo que, pues asimismo se comprende, debe conocer la propia naturaleza bajo aspecto, no sólo absoluto, sino tambien relativo. Esto es: se debe conocer no sólo en su propia y real subsistencia, sino en su extrínseca «imitabilidad,» en cuanto pueden participar de él, por vía de semejanza, innumerables subsistencias llamadas por él á vivir y á reflejarlo de alguna manera. En su virtud, forma Dios el concepto de varias cosas posibles fuera de sí, imitadoras más ó ménos y representativas de su esencia, cuyo tipo ideal por consiguiente sólo es su esencia misma, concebida como imitable, bajo este ó aquel respecto determinado y peculiar. Tal es la enseñanza de santo Tomás.

Si en esto la divina simplicidad no queda lastimada, sino más bien embellecida por las imágenes exteriores ¿cómo acusarse podría de panteísmo?

Hablamos no de real participacion, ni de compenetracion alguna, sino de simple imitacion espontánea y extrínseca. Dios, cuando crea, no produce fuera de sí los propios arquetipos de su mente. Debe notarse que lo traído á la existencia, que primero se concebía solamente como posible, es la copia, por decirlo así, de aquel tipo divino. En otros términos; es el «ejemplado,» y no el ejemplar; es el «ejemplado,» que viene idealmente concebido y expresado como término de la imitacion.

Parecía que brotaban dudas ó amargas disputas contra el teorema del «ejemplarismo» divino: empleado sólo algun discurso de la mente, las sombras se desvanecen, cesan las dudas y no hay cuestion. Nosotros con lengua de seres racionales, ó de católicos, saludamos á Dios, padre y supremo modelo de todas las cosas.

Yendo delante esta demostracion, hay que responder á los que nos

preguntaban: ¿Porqué y como hacer intervenir á Dios en la creacion á fin de que haga y modele al hombre á su semejanza? El hombre se configuró por sí mismo.

Nuestros censores incrédulos lo han dicho así solemnemente. No entienden cuanto enseñan.

¿Por qué en la creacion se hace intervenir á Dios á fin de que ponga, por decirlo así, su sello en el hombre? ¿Nos dirigen de veras tal pregunta sublime? Nosotros respondemos: Se hace intervenir á Dios é interviene de veras, á fin de dar sitio en el mundo á su grandeza y crear la grandeza humana.

Vuelvo á santo Tomás, y os doy para cumplimiento el trozo quizás más bello de su doctrina. Esta es que, siendo todas las criaturas efectos producidos por Dios, deben de algun modo expresarlo é imitarlo, ó bien ser semejanzas del mismo Dios, si bien deben ser semejanzas muy defectuosas é imperfectas, las cuales, separada y unidamente no pueden retratar su perfeccion infinita. Sin embargo, siendo verdaderas semejanzas, necesario es que no sea erróneo el conocimiento que de Dios se recibe mediante aquéllas. La razon es que las perfecciones de las cosas creadas se asemejan precisamente á Dios, como su esencia única y simple. Nuestro intelecto, el cual obtiene el conocimiento de las cosas creadas, viene informado por la semejanza de las perfecciones que en las criaturas fueron encontradas: como de la sabiduría, de la virtud, de la bondad y otras tantas. Por esto, así como las cosas creadas por sus perfecciones se asemejan á Dios de algun modo, nuestro intelecto se asemeja tambien á Dios, siendo informado por la especie de tales perfecciones. Ahora bien; cada vez que el intelecto con su forma inteligible se parece á una cosa, lo que concibe y enuncia en virtud de la misma especie, se realiza de la cosa, á la cual se ha hecho semejante por causa de la especie, puesto que la ciencia es la asimilacion del intelecto á la cosa que se conoce. Viene de aquí que cuanto el intelecto, informado por la especie de las perfecciones de las cosas, piensa de Dios ó enuncia, verdaderamente se realiza en Dios, el cual responde á las perfecciones representadas por las especies, porque tales perfecciones son á él semejantes. A ser la especie, por la cual entiende nuestro intelecto, adecuada á la divina esencia en razon de imagen, comprendería el intelecto á Dios y la concepcion del intelecto sería la perfecta nocion de Dios, conseguida por el hombre. Mas aquella especie no es tan adecuada que baste para un acto tan alto y profundo. Sin embargo, por esta necesaria y continua ocupacion del intelecto, relativamente á las semejanzas de Dios, saca un bien grandísimo; así como quien contempla siempre el retrato de una persona, puede decir

que siempre la contempla, puesto que aquél analógicamente la representa, el intelecto entiende de continuo á Dios en sus imágenes y semejanzas, si bien de una manera indistinta é indeterminada (1).

¡Grandeza de Dios! ¡Grandeza del hombre! Por la divina semejanza puesta en las cosas creadas y notabilísima en nosotros, espéjase Dios en el universo, así como el universo y el hombre, como en su fuente propia, se espejan en Dios.

Llamé yo á la preexistencia de los arquetipos «el descubrimiento más noble hecho por la filosofía antigua;» ahora, despojada de los errores paganos y dilucidada por la enseñanza católica, contiene tal doctrina el ápice de la filosofía universal. Hallo exactísimas las siguientes palabras de Jaime Balmes:

«Cuando el sagrado texto nos dice que el hombre es criado á imagen y semejanza de Dios, nos enseña una verdad sumamente luminosa, no sólo bajo el aspecto sobrenatural, sino también bajo el puramente filosófico. En nuestra alma, en esa imagen de la inteligencia infinita, hallamos, no sólo un caudal de ideas generales para traspasar los límites de la sensibilidad, sino también una representación admirable, en la cual contemplamos como en un espejo lo que pasa en aquel píedago infinito, que mientras estamos en esta vida no podemos conocer con intuición inmediata. Esta representación es imperfecta, es enigmática, pero es una verdadera representación: en sus pequeñas dimensiones, agrandadas infinitamente, podemos contemplar lo infinito: en sus endebles resplandores, se nos refleja el resplandor infinito. La leve centella que salta del pedernal puede conducirnos á la imaginación del océano de fuego que descubren los astrónomos en el astro del día (2).»

¿Por qué, pues, se hace intervenir á Dios creador é interviene de veras poniendo su sello en el hombre? Lo he demostrado. ¿Pero cómo interviene? ¿Qué camino toma, y qué método sigue? ¿Nos hacen también esta pregunta los incrédulos, entre mil burlas y negaciones pueriles?

No entienden cuanto enseñan. Nosotros les decimos. El modo divino de estampar la propia imagen en sus obras, está en el obrar divino. Cual, obrando, nosotros imprimimos en nuestras acciones á nosotros mismos, así Dios y mucho mejor. Obra él y se reproduce por imágenes. Os causa esto estupefacción, y hasta os escandalizais de que el hombre

(1) Santo Tomás. *De potentia*, 7, art. 5-1. Dist. III, 4, 5. Relativamente al *ejemplaris mo divino* véase la demostración filosófica llena de conceptos profundos en el Padre Mateo Liberatore de la Compañía de Jesús. *Tratado del conocimiento intelectual*. Parte segunda, capítulo VIII.

(2) Jaime Balmes, *Filosofía fundamental*, libro IV, capítulo XXII, párrafo 143.

en la creación ostente la divina semejanza; pero no podía ocurrir de otra manera. Las mismas cosas que hay en el universo vienen á ser otros tantos conceptos; son conceptos divinos que irradian de una luz divina; si irradia más entre los otros la frente del hombre, surge de ahí que entre las criaturas terrestres es príncipe, acercándose más á Dios por excelencia. ¿Tenía su frente para ser anulada y oscurecida por la divina imagen? No. El hombre es una idea magnífica sin parangón. ¿Quién encontró esta idea? ¿Quién la expresó? ¿No fué acaso Dios, el cual se resolvió á ser creador del mundo?

He oído la última voz de la necesidad; ¡la he oído, señores! El hombre se configuró por sí mismo, es decir que resaltó tal como lo vemos, por virtud de la naturaleza.

Hemos ya desvanecido y arrojado este grosero error, repitiendo aquí: No entienden cuanto enseñan. ¿Sacó el hombre su idea específica de hombre de la naturaleza, descartando á Dios? ¡Caprichosa salida! O la naturaleza es cosa puramente abstracta, siendo la nada; pero en la nada no anida la idea, ó es el físico complejo de los cuerpos y de los fenómenos, viniendo á ser sólo la materia; pero en la materia, la cual para comenzar á ser necesitó de la idea, ésta no está por sí; de la materia no nace como parto legítimo la «mentalidad.» Scelling egregiamente observa que «partiendo de la materia, no llegamos á la isla del espíritu.» De consiguiente por naturaleza se entiende lo que se relaciona con el hombre, del cual deriva: entonces el hombre, llamado un efecto de la naturaleza, viene á ser el autor de la naturaleza misma; el efecto produce la causa.

¿Cuántas boberías, cuántas necesidades, cuántas contradicciones deben los incrédulos tragar para no admitir en el hombre la imagen y la semejanza de su Creador! ¿Por qué se irritan contra Moisés, que al hombre llama una imagen de Dios? Airáos con vuestra necesidad. La disputa en que os metísteis á tal conclusión nos lleva.

Por sí mismo no se configuró el hombre de ninguna manera, siendo un ser derivado; en cuanto existe por sí, le faltaba una idea preexistente. Ni lo que de diverso modo se llama *natura*, podía modelarlo. En la creación necesitábase que, para hacer al hombre, interviniera Dios, porque los tipos universales de las cosas, y el nuestro especialmente, se resumen en Él.

Por otra parte, domina un estupor no ménos grave á nuestros críticos, y se afanan con un nuevo escándalo, no siendo el sufrimiento tanto en ellos que tengan paz.

En su virtud se dirigen á nosotros clamando así: Vosotros quereis á

todo trance que Dios sea un sér ejemplar y al propio tiempo un sér «ejemplante:» se os concede. ¿No descubris, empero, cómo practicamente falla vuestra leccion? Para vosotros, cristianos y católicos, cuenta Dios atributos que no son comunicables; es trino y uno, inmenso, infinito, santísimo y perfectísimo: para vosotros es padre de la creacion, autor del hombre mismo, de las plantas y de los animales, como es autor del sol, de los astros y de los cielos; para vosotros, en fin, es Dios y hombre en una persona, regenerador de nuestra estirpe. Ahora bien, ¿cómo estas dotes magnificas se repiten y se hallan en el hombre? Convenid en que, reputando al hombre hecho á la divina semejanza, enormemente desbarrásteis: se trata de una copia que apártase demasiado del original.

A tres puntos, si bien discerno, llevan los críticos la denegacion: no divisan en el hombre la reverberacion de la naturaleza y de la perfeccion de Dios, ni la reverberacion de la creacion de las cosas, ni la reverberacion de la redencion humana. Tomemos la palabra, señores, y respondamos.

La primera cuestion que se nos presenta es mirar si en el hombre brilla Dios con su esencia, y con los más altos atributos de su santidad y perfeccion.

Los Santos Padres, grandes como teólogos y grandes como filósofos, indagaron atentamente si allá donde en la Biblia el hombre se dice creado á imagen y semejanza de Dios, tal imagen y semejanza tenían un sentido diverso, ó indicaban por el contrario no más una cosa idéntica. Si bien fué vario el parecer en algunos, los más antiguos y los más autorizados enseñaron que aquellas dos palabras no deben considerarse sinónimas. En su virtud san Agustin escribió: «Una cosa es la imagen y otra la semejanza, porque, donde está la imagen, allí está ordinariamente la semejanza; pero no así inmediatamente donde está la semejanza, está la imagen asimismo (1).» Realmente la imagen supone la semejanza; al paso que no es necesario que tenga la semejanza á la imagen por compañera. La idea de semejanza es más universal; parangonada con la idea de imagen, vale tanto como el género parangonado con la especie. Dos estrellas en el cielo brillan semejantes entre sí: ¿podríais llamar á la una imagen de la otra? No. Siguiendo esta doctrina, san Gregorio Niceno viene á dar esta explicacion: Cuando se dice el hombre creado á imagen de Dios, entiéndese que Dios por la creacion se ha esculpido en él con su esencia: cuando se dice creado á la divina semejanza, entiéndese que Dios por eleccion se imprimió

(1) San Agustin, *Libro de las LXXXIII cuestiones*, 74.

por santidad. Así la imagen depende sólo de Dios; pero depende la semejanza en gran parte también de nosotros, si correspondemos á la gracia que se nos proporciona: por la primera Dios nos hace hombres de razón; por la segunda nos quiere probos y santos: *Imagini adscribere debeo, quod ratione praeditus sim; similitudinem adipiscar, si bonus sum* (1).

Aquí, señores, debo contaros multitud de cosas. Nuestros censores incrédulos niegan la reverberación celestial que manda Dios al hombre, así como que se espeje por amor en él, llamando al hombre una copia que se aparta demasiado del gran modelo. ¡Ah! No ven lo que es claro. El más hermoso esplendor del tipo divino se realiza en el hombre.

Se realiza en él la imagen.

Dios se nos revela con su unidad y trinidad. El Padre eterno, conociéndose á sí mismo, engendra el Hijo: el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que se aman con mutuo amor. Son tres personas distintas; ya que tienen la misma naturaleza y suponen tres actos necesarios de la misma esencia, constituyen la divinidad, sin que puedan ser divididas en tres. Por esto Dios es el Padre, Dios el Verbo, y Dios el Espíritu: tres divinas personas, y sustancialmente un solo Dios.

Con esta imagen sublime brilla el hombre. El hombre se conoce á sí mismo, teniendo la inteligencia: quiere y ama, poseyendo la voluntad: recuerda los actos de la inteligencia y de la voluntad, teniendo memoria. Son tres potencias las suyas; pero, si bien tienen la misma naturaleza y suponen tres movimientos necesarios de la misma esencia, constituyen el alma humana sin que logren separarla. En su virtud alma es el intelecto, alma la voluntad y alma la memoria: tres potencias distintas, como son en Dios distintas las tres personas; pero sustancialmente un alma sola precisamente como es uno Dios. Tenemos así en nosotros la reverberación de la unidad divina y de la trinidad.

Dios no está circunscrito, ni tiene medida: no hay para el lugar alto, ni medio, ni bajo, ni profundo; no hay sitio exterior, ni tampoco íntimo, á que no llegue con su inmensidad.

El hombre, señores, participa también del inmenso. Habita ciertamente su alma en el cuerpo á que hállase vinculada; pero es una prisionera tan poderosa y tan feliz, que se ríe de sus propios vínculos, dominándolos y traspasándolos; desde la estancia que ocupa, vuela por el universo hasta las últimas extremidades. El pensamiento del hombre, admirable argonauta, gira en torno de nuestro mundo, y gira por los otros mundos: desde aquí desciende á lo bajo, penetrando en

(1) S. Gregorio Niceno, *Opere; Oratio prima.*

los abismos: desde allá levántase al sol, y del sol á las nebulosas, desde las que busca otros cuerpos y otros séres, viajando por el espacio: no hay lugar conocido ó imaginable á que no llegue. Es la imágen más viva del inmenso.

Dios tiene un dominio absoluto sobre todas las cosas. ¿Cuál entre estas podría resistirle? ¿Dónde está un rival que se le oponga?

El hombre tambien muestra el título de señor escrito en su frente. La tierra se ha hecho para hospedarle, y los animales están para servirle; se vale de la tierra, como se vale de su palacio el monarca, mandando á los animales más que un monarca en los súbditos. ¿Quién le podría disputar el primado del mundo? Surja el émulo á quien no conozco, alegando sus razones. El hombre es un príncipe tan absoluto, que no reparte su soberanía con ningun otro. Dios en el cielo y el hombre sobre la tierra: hé aquí la idea lúcida y eminente de la soberanía.

Dios es libre, libérrimo, en su sér propio. A excepcion del mal que no puede obrar, por ser el mal un defecto, todo para él es posible, y todo lo realiza sólo con que lo quiera: su voluntad es ley y hecho á la par. No podeis vosotros concebir cosa que la voluntad divina detenga ó mude, lo cual pasa porque Dios es de igual modo libre y omnipotente.

Esta dote preciosa se refleja en el hombre. Aun cuando tenga fama de pobre y tenga no pocas enfermedades, la libertad del espíritu le hace un sér privilegiado, avalorándole. Naturalmente está construido de tal manera, que puede sin cesar escoger entre el bien y el mal: puede decir siempre con eficacia *quiero, ó no quiero*; no hay fuerza material, ni amenazas, ni fuego, ni hierro, que consigan dominar el poder de su libre albedrío. Es libre, gritando á los satélites de la tiranía del monarca ó del pueblo, cuando intentan constreñirle al mal: «Obedecer no quiero vuestros decretos.» Es libre, gritando á los maestros del error, sea pagano, sea herético, cuando intentan seducirle: «Quiero á Cristo y quiero á la Iglesia.» El hombre así viene á ser un héroe, y de tal manera viene á ser un mártir. Podreis matar su cuerpo; pero no su alma. Bellísima imitacion de Dios. El hombre en su propio espíritu es libre y omnipotente.

Es asimismo incorruptible Dios é inmortal. Fuente de la vida, tiene de tal modo su plenitud que esta no puede disminuir nunca en un punto solo, por-lo que se conserva igual. Así como no tuvo principio, no tendrá fin.

Dirigíos al hombre y observadlo bien. Su alma cuenta igualmente los dos rayos de luz que contemplamos en Dios: en su esencia no se

corrompe y no muere nunca; cuanto se corrompe y muere consta de partes sometidas á la disolucion, y el alma del hombre, á la naturaleza del espíritu proporcionada, no tiene partes, ni se disuelve. Los materialistas que limitan el hombre á la envoltura de los sentidos, quieren que se sumerja su cuerpo y su alma, cesando, por lo cual sólo debe quedar de él una débil reminiscencia. ¡Cuánto más noble y más benigno es Dios, llamándonos á la inmortalidad! Siento que debo sobrevivir más allá de la tumba, y que debo ser eternamente, siendo forzoso que se realice tal sentimiento impreso en mi naturaleza. Mi carne misma, que en el sepulcro se disuelve, será un dia llamada por Dios á otra vida, se plasmará nuevamente, volviendo á ser hermana del alma y digna de ella. Es tal el ordenamiento divino. El hombre, fiel copia del original eterno, es incorruptible é inmortal.

A la manera que Dios nos imprime por la creacion estas dotes esenciales indelebles, así esculpiendo en nosotros su imágen en el órden de la gracia, nos fecunda con otra propiedad, y nos adorna con otras bellezas, por las cuales viene á constituirse la semejanza divina en las almas electas.

Realmente Dios es virtud, santidad y perfeccion: es luz relativamente á la verdad y fuego relativamente al amor. No existe ninguna razon de bien, cuyo gérmen no contenga y á cuyo desarrollo no ayude.

Desde Dios óptimo y máximo dirigid al hombre la mirada. Este hombre, en el cual refluye la gracia santificante, tiene asimismo un tesoro de dones supernos: lleva el íntimo conocimiento de la verdad: tiende al bien, enardécese por la virtud, y posee la costumbre de lo sobrenatural, hasta el punto de que su más amada conversacion es con Dios y con las almas habitantes del cielo. Nada más excelso y nada más hermoso que tal viviente que, colocado en la doble region de los cuerpos y de los espíritus, del tiempo y de la eternidad, pasa todos los confines y por la mística senda de la gracia ciérrase con amor en su principio vital de donde partió. San Pedro dice que es «participante de la naturaleza divina (1).» Es tal en el hombre la divina semejanza.

¶ Me dicen que aquí se describe una criatura ideal y fantástica, más que real, porque vemos al hombre muy distinto: es inducido al mal, reniega de la verdad, ofende, pierde la razon, se mancha y se deshonra. Concluyen befándose con el siguiente apóstrofe: ¡Oh qué divina semejanza es esta!

Concedo que fácilmente se mancha y se deshonra: concedo que, cuando entra el pecado en el alma, la divina semejanza se desvanece. Enton-

(1) 2.º San Pedro, cap. I, v. 4.

ces Dios es el primero que repudia la malhadada copia, condenándola y maldiciéndola. Empero ¿por qué la maldice, señores? ¿Pensásteis en esto bien?

Cuando yo visité á Venecia, introducido en el salon del Gran Consejo, miraba con alegría los retratos de los dux ordenados en larga hilera en las paredes de la estancia; llegado con los ojos á cierto punto, ví que faltaba uno de los retratos, pendiendo en su lugar un velo negro. Me asaltó un sentimiento de horror. ¿Qué significa esto? me dije; bajé los ojos, leyendo una lúgubre inscripcion. Lo que yo miraba, señores, viéndolo vacío, era el lugar del dux Marino Faliero, decapitado en el 1355 por haber infamado á la patria.

Pues bien: en los lugares que ocupa la familia de Dios, hay igualmente puestos vacíos, de los cuales penden velos negros. ¡Ah, faltan los retratos de muchos católicos! Estos cristianos debian hacer tesoro de los bienes «suprasensibles,» siendo virtuosos, modestos, verecundos, magnánimos y altos; en su lugar se dieron torpemente al vicio, armaron asechanzas á sus hermanos, oprimieron al pobre y mancharon sus pechos con fango, así como sus manos de sangre. Fué demasiado, siendo la cosa insufrible al cielo y á la tierra; Dios agravó sobre sus almas su propia ira, rechazándolos por haberlos encontrado infamadores de su ley, é infamadores de la patria celeste.

Tanto es verdad que es preciso resplandezca en el hombre la divina semejanza. Esta, diferente de la imágen, puesto que la imágen está esculpida en nuestra naturaleza, no se destruye ya: segun os he dicho, en gran parte depende de nuestra eleccion; al paso que de Dios emana gratuitamente, pide la humana cooperacion para realizarse, siendo tan preciosa é indispensable que condenado es quien no la lleva en su alma. El dux quedó siempre con la figura de tal, sin embargo de haber sido infamador é infame, perdiendo con todo el esplendor que tenia y su dignidad. Del mismo modo los pecadores siempre conservan la divina imágen; mas, por hallarse privados de la divina semejanza, caen ofuscados, deprimidos y misérrimos.

Quedan cubiertos con el velo negro.

Por lo demás, almas mias, no os desalentéis: no faltan las divinas semejanzas en los bautizados. Creó Dios así á nuestro primer padre; como por la creacion imprimió en él su propia imágen, por la gracia decoróle con su propia semejanza; desde aquellos tiempos hasta los posteriores y los actuales, ¡cuántas nobles inteligencias, cuántos férvidos corazones, cuántas criaturas bellas aparecieron brillando con la semejanza y con el parentesco de Dios! Congregáronse legisladores, capitanes, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, vírgenes, cre-

yentes de todas clases; fué una generacion de santos nunca discontinua, sino creciente; los libros por ellos redactados, las verdades por ellos predicadas, las cadenas santificadas por su padecimiento, los yermos por ellos habitados, las virtudes por ellos promovidas, y la humanidad vigorizada con sus ejemplos nos dicen: son los imitadores de Dios, habita Dios en ellos. Vive, pues, y florece con los siglos la divina semejanza en el hombre, como se imprime de una manera sustancial en ellos la divina imágen. Los impíos contemplan estas copias de la Divinidad, y experimentan anticipadamente la desesperacion de los réprobos.

A la primera cuestion por nosotros tratada, sigue una segunda. Dios, no sólo con su esencia, sino con los dones de su santidad y de su perfeccion se refleja en nosotros; mas se refleja no ménos como creador.

Hemos oido gritar: Enseñad que el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios: por los testimonios de la Biblia resulta que Dios crea los séres de la nada, como crea el mundo con cuanto se pasea por él, ó permanece fuera. ¿Dónde hay en el hombre obras semejantes? ¿Dónde para él está la creacion?

Suntuoso tema, señores, se nos abre: desenvolvámoslo.

Escribió ya Vico «que nace el mundo civilizado de la mente del hombre.» Sin duda, porque, si bien los elementos esenciales de las cosas nos vienen suministrados por Dios, y todo en su origen es suyo, el edificio que se levanta sobre tales elementos entre los pueblos, produciendo y hermooseando su consorcio, es obra humana. Nosotros que tenemos el intelecto para conocer y la voluntad para resolver, estamos, con todo, provistos de instrumentos sensibles, ejecutores de los decretos de la mente nuestra; en su virtud, la que luz es y voluntad dentro de nosotros, hacemos que se convierta en accion en el exterior; es la accion externa y social, logrando nosotros el mérito de creadores. Así Dios crea la sustancia y la forma, mientras el hombre crea solamente las formas de las cosas; saca Dios de la nada el universo físico, mientras el hombre del universo físico y de sí propio saca el universo moral: el trabajo de los dos no es verdaderamente igual, ni es idéntico, pero es conforme; lo cual es bastante para que al original se asemeje la copia.

Esto que yo en breves palabras expongo, á maravilla explícate y se ilumina observando los hechos, los cuales nos prueban esto precisamente: Dios es padre del mundo natural, y engendrador el hombre del mundo artificial.

En el espacio ved innúmeros astros, grandes y pequeños, que corren ó circulan, así como lucecitas y pequeñas llamas, que nos perpe-

túan un día celeste. ¿Qué son? Son rayos allí llovidos de la faz de Dios.

Ved aquí en el mundo academias y escuelas: ved teorías, doctrinas, filosofías, poemas, varias pruebas de ciencia y de literatura, con que se ilustra la vida de las naciones. ¿Qué son? Son rayos allí dentro caídos de la mente del hombre.

Mirad las plantas y la verdura, con que se cubre y se sombrea el suelo; considerad las selvas intactas, los prados, los montes vestidos de yerbas y de flores, que resuenan por la dulce armonía de los cantores del aire. ¿Qué os manifiestan? Os dan reflejada, por decirlo así, la sonrisa de la belleza de Dios.

Mirad igualmente los palacios, los arcos, las agujas y los monumentos, que dominan en la sociedad civilizada; el esplendor de las artes gentiles y los concientos de nuestras músicas. ¿Qué os expresan? Os dan reflejada también ellos una sonrisa de la belleza moral y física, como también de la alegría del hombre.

Existe otra vista en el mundo de Dios, que no se debe omitir. Estalla la tempestad, encapótanse los cielos, brama el viento, se pone á temblar la tierra y parece que va todo á perecer. ¿Qué significa esto? Una señal de la cólera del Eterno.

Existen la ruina y la destrucción aún en el mundo del hombre. Estalla la guerra, un pueblo viene á las manos con otro pueblo, chocan las armas, relinchan los caballos, retumba el cañon y se vierte la sangre. ¿Qué cosa es? Una señal, ó una horrible prueba de la cólera humana.

Por consiguiente, los creadores son dos: el creador divino y el creador terreno, lo cual maravilla. La semejanza del último con el primero es tan estrecha que allí donde Aquél obra ó se manifiesta con alguna señal, éste no deja de intentar una obra nueva. A la creación de Dios sigue, tarde ó temprano, una creación del hombre. Dios crea el mar; el hombre crea el esquife y el buque para correr por él. Crea Dios las estrellas, y el hombre crea los telescopios, para, por decirlo así, apoderarse de ellas. Crea Dios los cuerpos; crea el hombre la química para descomponerlos y rehacerlos. Crea Dios el agua y el fuego; crea el hombre con el agua y el fuego el vapor. Crea Dios la luz para iluminarnos, y el hombre crea el espejo para reflejarnos en él. Manda Dios las exhalaciones y el hombre crea el pararrayos. ¿Veis? Son dos creaciones que se hallan siempre acompañándose: dos creadores casi puestos en contacto, casi levantados en férvida competencia y émulos, aún cuando es el uno en todo primero é iniciador, por ser el ejemplar; el otro, reciente é imitador por ser la copia. ¡Los incrédulos nos han

opuesto, y oponen que, en el orden de la creación, el hombre no es la imagen y la semejanza de Dios! Son ciegos y no advierten lo que claro es.

Me place, continuando en tan hermoso argumento, poner alguna vez entre sí en parangón la geografía y la historia. ¿Quién hizo la geografía, no en cuanto es estudio ó ciencia, sino en cuanto es objeto? ¿Quién hizo las cadenas de los montes, los valles, las riberas, los océanos, los hemisferios y los polos? Dios. ¿Quién hizo la historia? ¿Quién hizo las ciudades, los acontecimientos, las empresas, las naciones, las culturas de las estirpes racionales y el progreso de la tierra? El hombre. Optimamente: geografía é historia son dos hijas hermanas entre sí, puesto que descienden, aunque de un modo diverso, de dos padres, entre sí amigos y creadores.

Esto no basta. ¿Qué viene á ser la geografía sin la historia? Responde Daniel Bartoli. Es una muda. «Si la historia no le da para que hable, por sí es muda, y como tal sólo indica con el dedo el seco nombre de los lugares, que forma el cuanto y el todo de su saber.» Viceversa la historia sin la geografía, ¿á qué se reduce? Nuevamente responde Bartoli, diciendo: «La historia sin la geografía, es como ciega: así toda en la oscuridad no sabe á qué punto de la tierra dirigirse para encontrar el sitio de los hechos que, según su obligación, debe hacer manifiestos al mundo (1).» Tanto es verdad por consiguiente que Dios y el hombre son padres y creadores, de la geografía el uno y de la historia el otro, que si son divididas y enviadas aparte las dos hijas, la obra deja de ser íntegra. La una sin la otra es ciega, y la otra sin su compañera es muda. Preciso es unir las: es necesario que los dos creadores caminen juntos. Apresta Dios la base con la geografía, y el hombre le da el cumplimiento con la historia. Hé aquí terminada la gran tela del trabajo cósmico y social.

Asimismo en este lugar los hechos vienen á robustecer la teoría.

Dirigid los ojos al Lacio. Considerado geográficamente es como el centro de nuestra península: explica, por decirlo así, toda la Italia, como la Italia explica todo el mundo. El Lacio es un trozo de tierra regado por diversas aguas de torrentes y de ríos, sembrado de grandiosas colinas, desde las que se contempla una gran extensión del cielo. Bajo éste y entre aquellos poyos, ábrese cual una faja de blanca niebla, después alargándose como un mar el cerco de una campiña espesa, esculpida y melancólica, resto tal vez de volcanes apagados, donde los prados se representan sin sombra, los pocos árboles están inmóviles lo

(1) P. Daniel Bartoli. *La geografía transportada á lo moral*. Introducción.

mismo que las ruinas, y los mismos riachuelos socavan bajo el terreno, hasta el punto de que con sus sauces escóndense allí. Decid tan sublime como queráis esta campiña; llamad á los naturalistas y á los geólogos, á fin de acometer sus estudios. ¿Os sentís, por ventura, contentos aquí? ¿Os sentís alegres delante de las colinas gayas que mencioné; pero teniendo entre los pies el cementerio este que visitamos?

Haced ahora que al creador del mundo, autor de la geografia, siga y se una el artífice de la historia. Aquí en el medio y en todo alrededor extiéndase la civilizacion etrusca; despues, sobre uno de aquellos collados, se fije la colonia de Alba; luego, incontinenti, en el fondo de la inmensa llanura fabríquese Roma, surgiendo el Capitolio, la roca Tarpeya, el templo de la Justicia: plántense los rostros, se abra el foro romano y el senado; destáquense delante de nosotros el teatro de Pompeyo, el palacio de los Césares, el Coliseo, el Panteon y la hilera de los arcos de los vencedores. Por ser esto poco, pasados siglos, caiga Roma gentil, á fin de dar lugar a la Roma cristiana. Aquella ceniza dispóngase de nuevo para constituir nuevas formas, y conviértanse aquellas ruinas en monumentos: levántese Juan de Letran, el palacio de los Papas, la cúpula de san Pedro, la basilica de san Pablo, y suba la cruz sobre las agujas de los edificios, como domina en los corazones. ¡Ah! ¡Cuánto mudó la escena que poco antes os bosquejaba! Ha venido la historia á unirse con la geografia, y despues de Dios apareció el hombre; la soledad es poblada; ha pasado la vida á estas llanuras y á estas colinas; donde en un principio solamente saltaban las cabras selváticas, se reune la familia de los santos; hay en todas partes renovacion, poder y gloria; en el gran movimiento moral parece que hasta el mundo físico se transforma, como tambien que hasta las piedras adquieren lengua y hablan, porque todo viene á ser histórico y la historia impera. ¡Grandeza de Dios que para tanto nos avaloró! ¡Grandeza del hombre, que recorre tan gallardamente las huellas de su Creador!

Señores: mirando al hombre en el órden creador de las cosas, no desmiente la palabra bíblica, sino que la confirma. Casi hasta los ciegos lo ven: está hecho á imágen y semejanza de Dios.

Vengo á la tercera cuestion que es la última.

Segun la Biblia y la teología, Dios, además de los títulos mencionados antes, tiene otro magnífico, siendo Redentor: se une á nuestra carne, evangeliza, sufre y muere, ofreciéndose hostia de expiacion por nosotros á la divina justicia, con lo cual amista la tierra con el cielo. Es imposible, piensan nuestros censores, ver algo parecido realizado en el hombre, por lo cual quien lo llama imágen ó semejanza de Dios, yerra groseramente. Moisés, que nada sabia de la Encarnacion, no

imaginó al escribir aquellas palabras que vendría Cristo á desvanecerlas.

Escribía Moisés como le dictaba el espíritu divino: fuera de que, iluminado precisamente con luz profética, podía consignar mucho más resueltamente y con mayor gozo la sentencia memorable: «el hombre está hecho á imagen y semejanza de Dios.»

Realmente, si hay lugar ó parte, donde más arcana y sensiblemente á la vez aparezca en el hombre la divina semejanza, es esta, señores, de reverberar en si el prodigio de Dios redentor, porque nos demuestra cómo expresa la Divinidad de manera íntegra. En los razonamientos alegados hasta el presente, observamos el tipo de Dios reflejado en el alma humana, y callamos relativamente al cuerpo, si bien aún de este podíamos hablar: no es que se debía entender que la imagen de Dios fué impresa en el cuerpo del hombre, sino que, como santo Tomás advierte, la figura de este cuerpo, el cual entre todos los cuerpos de los seres es el más perfecto, á modo de vestigio representa la divina imagen que está en el alma (1). Ahora bien; dánonos el sujeto de la redención, el cuerpo, que allí estaba desatendido y olvidado, se adelanta con razón, adquiriendo por nosotros derechos y representaciones esenciales. No descubriendo los incrédulos lo que es claro, con objeción nueva quisieron reducirnos á la nada; vednos aquí, por el contrario, con más valer que nunca, con fuerzas superabundantes y elocuentísimas.

Póngase á Jesús regenerador en una parte, y en otra póngase al hombre. Aun cuando viva en medio de las edades, considérese á Jesús preexistente y primitivo, por estar establecido previamente desde el origen de las cosas; el hombre, aún cuando hecho en un principio, considérese copia, por estar sometido al Redentor en los designios eternos. Hágase tal trabajo y se verá que el más bello esplendor del tipo divino se realiza en este hombre.

Aduzcamos, señores, las pruebas.

¿En qué situación de cosas apareció Jesús? En una completamente difícil y formidable. A la verdad, antes de su venida estaban en el universo Dios y el hombre. Empero estas dos naturalezas, apartadas una de otra por la distancia sin límites que separa el infinito del finito, van apartadas mucho peor por la distancia que divide la santidad del pecado, siendo sólo el hombre dentro de la idolatría universal suciedad y culpa. Ahora bien; cuando parecía cosa desesperada unir á Dios con el hombre, porque el mal más que la misma nada se encuentra lejano de Dios, llega el Redentor del mundo. Jesucristo, asumida nuestra huma-

(1) S. Tomás. *Summa theol.* I part., pag. 93, art. 6, ad.

nidad en semblante de pecador, pero libre de pecado realmente, obra lo que no era de aguardar. Ya el arcángel de la Encarnacion lo anunció diciendo: *Non est impossibile apud Deum omne verbum* (1); y Cristo presenta la demostracion en sí propio. Es Dios y hombre al mismo tiempo; por lo tanto la union entre la divinidad y la humanidad se reanuda: los dos extremos se aproximan y se tocan, cesando por fin la separacion amarga entre el infinito y el finito. Cantamos la gloria á Dios en las alturas de los cielos, y en la tierra la paz á los hombres de buena voluntad.

Si nos dirigimos al hombre y hacemos objeto de nuestros estudios la creacion, se nos presenta delante otro prodigio igualmente recóndito é igualmente bello. ¿En qué situacion de cosas es creado el hombre? En una tambien difícil y formidable. Antes de que Dios se ponga á formarle, están en el universo los espíritus, es decir, los ángeles; están los cuerpos, esto es, todos los séres físicos. Empero el espíritu y el cuerpo son dos sustancias tan terminantemente opuestas la una á la otra, que recíprocamente se rechazan y se alejan: unir las parece imposible, por una imposibilidad natural. No importa; puesto que en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, no hay cosa imposible para Dios: *Non est impossibile apud Deum omne verbum*; deteneos á considerar lo que ocurra. Mientras los espíritus y los cuerpos subsistan entre sí opuestos, hace que viva el hombre y que aparezca en el sexto día de la creacion, como en la sexta edad del mundo debia comparecer y realmente compareció el Dios redentor. Igualmente aproxima los extremos el hombre compuesto de carne y de alma, y une los opuestos: siendo materia y espíritu, como Cristo es divinidad y humanidad, viene cesando el pleito entre los séres por cuanto en sí los enlaza. ¡Admiremos, señores, con gozo en el hombre tanta fúlgida semejanza de Cristo Dios!

Volvamos al Redentor: ¿Que es en sustancia Jesucristo? Es la segunda persona de la Trinidad, el Verbo divino encarnado.

¿Y qué cosa es el hombre? Una imágen precisamente de éste; es una inteligencia encarnada.

Empero Jesucristo, el divino Verbo que tomó la carne nuestra, encierra un tesoro de maravillas; es profundísimo arcano. Provisto de dos naturalezas, la divina y la humana, no multiplica su sér con perjuicio de la unidad: es uno y no dos, por consistir en la unidad de persona. En su virtud, Cristo es Dios, y Cristo es hombre; por la comunicacion de los idiomas podeis decir de él: Dios padece, Dios espira; como podeis

(1) San Lucas, cap. II.

afirmar que la sangre de Cristo hombre es de un mérito infinito, divino. La union hipostática en la cual subsiste, explica el valor de tales palabras.

Hay en el hombre una irradiacion de tan estupendo arcano. Provisto á su vez de dos sustancias, la materia y el espíritu, no dobla su ser: firmemente una cosa es el espíritu y otra cosa es la materia; pero desde que se hallan en él unidas con nudo hipostático, esto es personal, no es dos, sino uno; no tiene dos naturalezas, sino una naturaleza única, por subsistir en la unidad del compuesto. Por esta misma razon puede decirse, y pasa en el hombre, que cuando el alma sufre, padece la carne, é igualmente cuando enferma la carne, el alma se duele. Aun en él se realiza la comunicacion de los idiomas.

¡Qué trabazon de luces! Quería llamarla un paralelo sublime; mas reniego de esta palabra, por ser falsa; no se trata de iguales, sino de un primero absoluto, y de un segundo contingente. Exclamaré así por el contrario: ¡Qué trabazon variada y diversa de luces! Luz original en Cristo, y luz trasmitada en el hombre. ¿No la descubris?

Puesto que no la descubrais, porque muchos hombres permanecen cerrados en la region de los sentidos, no debe desalentarse vuestro corazon; la luz con la cual Cristo nos ha iluminado brillantemente, no es del todo teológica, ni del todo moral; es además luz externa y pública. Fijaos en esta, incrédulos. Yo prosigo poniendo de realce la semejanza que hay entre el hijo de Dios y el hijo del hombre.

¿Cómo surgieron y en qué consisten los frutos sociales de Jesús regenerador?

Así como Jesucristo, con la vitalidad de sus méritos, aplaca la justicia eterna y borra la maldicion de las almas, haciendo que redunden sus propios méritos en beneficio del orden externo y sensible, llama á los pueblos á nuevos afectos é ideas; hace huir la obscena turba de los dioses, anula los sacrificios de sangre, enseña el amor, da ejemplo para el perdon, rompe las varas de los tiranos, libra los esclavos, bendice la infancia, santifica el matrimonio, amaestra los pobres de espíritu y los ignorantes, hermana las estirpes civiles, mejora las costumbres, purifica y realza el principio de la autoridad, y hace que las leyes sean respetadas: á sus espaldas se cierra un mundo tétrico, sucio, tumultuoso, que viene á las manos con facilidad, abriéndose por el contrario, delante de sus pasos, un mundo bellissimo y jóven.

Sentís que ha sonado la hora de la Buena Nueva.

Os doy, señores, la razon; pero si somos felices, por tener en la tierra el sumo regenerador de las miserias humanas, ¿por ventura no nos encontramos al propio tiempo privilegiados y gloriosos, por cuanto

el hombre mismo en el reino de Jesús está llamado á ser redentor? ¡Gracias á Dios! ¿Por quién vinieron el bien inmenso que os he descrito, y los fastos de la *Buena Nueva*? Cristo echó la semilla, estableció los principios, y prometió la fuerza para realizar la obra, marchándose despues; ¿quién por lo tanto rompió las vergas tiránicas? ¿Quién llamó las gentes á la reforma moral? ¿Quién desbastó los corazones, distribuyó el pan de la instruccion, embelleció las costumbres, santificó los matrimonios, y crió en los pueblos el prodigio de la fraternidad? ¿Quién? ¿Quién hizo retroceder el mundo gentilico y surgir el cristiano? ¿Quién? ¡No es acaso el hombre, señores, enviado por Cristo para que hiciera sus veces? ¿No son los Papas, los obispos, los sacerdotes y los seglares, los individuos en suma de la familia bautizada? Si el hombre realiza lo que Jesús intimó é inició, es una fiel copia suya; el hombre tiene el carácter de redentor.

Los incrédulos, más cínicos que lógicos, más renegadores que historiadores, no saben ver la imágen de Jesús impresa en el hombre: las antiguas grandezas del Cristianismo, en las cuales el hombre creyente es actor, son para ellos un esfuerzo de fanatismo. ¡Pobres ciegos!

Dura el fanatismo de los cristianos, y adelante va con los siglos. ¡Esto es muy extraño! Aumenta cuando crecen las necesidades de la fé, de modo que la imágen de Jesús no perece nunca en la Iglesia. Mas aún; cuando dudas y dices: «la imágen de Jesús se descompone y se deshace,» porque ya no vislumbras hervor religioso, el que tú llamas fanatismo cristiano se aviva y hace que pulule nuevamente la semilla de los redentores.

No tengo amor á la leyenda y á la crónica: si lo tuviese, debería prescindir de él, porque la severa historia con personajes verdaderos é inúmeros me atrae á sí.

Veo dos copias de Jesús; dos redentores de la sociedad religiosa.

Es terrible el siglo XIII: si los pueblos lloran, la Iglesia católica no rie. Las herejías empuñan el hierro asaltándola; los príncipes insultan al Cristo del Señor; la corruptela hace víctimas entre los sacerdotes y los seglares; es el desesperado choque de la potencia del mal contra la potencia del bien, temblando por tal choque los cimientos de la casa de Dios. Empero un hombre, salido de Castilla la Vieja, entra en la milicia de los creyentes y se hace su candillo; otro hombre, salido de la Umbria, arrójase á la empresa y rige las compañías de los buenos combatientes. Es poco aún; éstos dos hombres insignes, Domingo y Francisco, crean los dos un ejército que nunca se vió igual; uno que prorumpo desde España, y otro que se mueve desde Italia, corriendo como her-

manos á la salvacion religiosa de la Europa, formando casi dos naciones electivas del cristianismo. Estupendas son sus armas: con la virtud, con la pureza de las costumbres, con la oracion, con la humildad y con el amor, se ponen á combatir la batalla del Crucificado, y aquella batalla es victoria. El Papa Inocencio III vió en sueños á los dos generosos, á los dos jefes de la milicia santa, que sostenian con sus brazos las columnas vacilantes de san Juan de Letran, y los bendijo. Dante Alighieri los contempló más tarde en su inmortal *Paraiso*, aclamándolos como mantenedores de la barca de Pedro. Postrémonos nosotros, no poetas ni Papas, sino hijos libertados del naufragio del siglo XIII, bendiciendo á los dos redentores: la sociedad religiosa se ha salvado.

Veo otra copia de Jesús; veo un redentor de la sociedad bárbara.

Hay tierras infelices y hórridas, que distan mucho de la senda del sol ó de hallarse quemadas por él; tierras de actos brutales, en las que parece que no cayó ni una gota de la sangre del Nazareno. Piensa en estas misérrimas regiones un hombre, que á Cristo se consagró por apóstol; monta en una nave y sale de Portugal. Llega él á Goa, á la costa de Comorino, á Malacca, á las Molucas, al Japon, renovando en el siglo XVI los milagros del cristianismo primero: establece la fé en cincuenta y dos reinos más ó menos grandes; enarbola el estandarte de la cruz en tres mil leguas de país; bautiza con su mano casi un millon de sarracenos y de idólatras, procurando á la Iglesia más súbditos que apóstatas hacen Lutero y Calvino. Nunca un conquistador rápido le igualó: en diez años y medio convierte á la religion las Indias: sólo vive cuarenta y seis años; á llenar la medida comun de la vida humana, el mundo entero hubiera resultado angosto para su carrera. Venéremos á Javier, señores. En él mostró Cristo cuánto puede con su virtud incesante y restauradora. La sociedad bárbara es bendecida.

Veo otra copia de Jesús: veo un redentor de la sociedad degenerada.

Hánla siete guerras civiles lacerado. Ligas santas y ligas malditas se han acercado á su seno manando sangre; los príncipes han dado escándalo horrible mudando de bandera, siendo ahora católicos y ahora hugonotes; los asesinos han vibrado el hierro traidor en el pecho de los príncipes. No puede más la Francia, cuando por los excesos que nombro y por los que omito, tal ola de infamia se precipita por la parte baja y donde quiera, en la plebe, en las cárceles, en los palacios y en la corte, que la nacion se ahoga. ¡Oh niños hambrientos y sin madre! ¡Oh mujeres vergonzantes! ¡Oh pobres abandonados! ¡No es verdad que llorais? Alzad la frente, y alegraos mucho: hé aquí á Vicente de Paul. Los enciclopedistas pusieron en el Panteon su busto entre los hombres insignes: ya estaba colocado á mayor altura delante de la pa-

tria, porque vivía en los corazones y en las públicas instituciones más bellas. Es el redentor de la civilización degenerada.

Aún veo, señores, otro copia de Cristo; un redentor de la sociedad amenazada.

Nuestros tiempos por muchas razones son clásicos, desviviéndose por las novedades, el progreso y la libertad: somos ricos, fuertes y adoc-trinados; somos hombres que gozan, y nadan, por decirlo así, en la abundancia de los bienes. Miro, sin embargo, despuntar un peligro que nos amenaza. Viene del exceso, por cuanto la demasía en medio de nosotros no está templada. Somos demasiado ricos, demasiado fuertes y demasiado amigos de gozar, abusando de tales dotes; poseemos tanta luz de la tierra que nos fastidia la del cielo; queremos ser tan libres de los sentidos y de la carne que, sin advertirlo, tenemos las almas esclavas. Gritamos: libertad de pensamiento, libertad de opinión, libertad de conciencia, sometiéndonos á la moral tiranía de la culpa: somos realmente culpables, porque no queriendo vínculo ninguno nos hacemos traidores delante de Dios, el cual marcó con fortísimas obligaciones y con la natural ley religiosa sometió á sus criaturas. Ahora bien; el exceso falla en la prueba y se suicida. De las entrañas putrefactas de los modernos germinan los gusanos que salen fuera para roer la sociedad (permitidme la frase abyecta); brotan los gusanos de los independien-tes del ánimo que, así como no quieren la ley de Cristo, no sufren tampoco el yugo de los gobiernos; brotan los gusanos de los libre pen-sadores, los cuales, para conseguir su libertad de pensamiento, recurren al fusil y sostienen con dinero las rebeliones; brotan los gusanos de los comunistas, que se apoderan de los bienes de los ricos, á fin de poder gozar abundantemente; brotan los gusanos de los apartados de sus mujeres y de los públicos corruptores, los cuales, despues de esparcir al viento nuestro patrimonio y nuestras cenizas, ensucian hasta el hogar y la tumba.

¡Oh glorias nuestras, cuán fecundas sois en lágrimas! Tiemblan mis contemporáneos los ricos, los fuertes, los adoc-trinados, los libres y los que gozan. Si; la potentísima Europa tiene miedo y tiembla. ¿Cómo calmar nuestros desalientos y curar nuestras llagas?

El redentor de la sociedad amenazada, imagen viviente del Crucifi-cado, allí está. Seguid atentos, señores. Nuestra libertad es redimida por un Prisionero agosto, á quien importa sobre todo la libertad espiri-tual. Nuestras riquezas son redimidas por un sublime Pobre, que vive de la limosna espontánea de sus hijos, mientras les distribuye tesoros de celestiales beneficencias. Nuestra fortaleza es redimida por un Débil venerando, á quien todo se quitó; pero por quien se ejercita entretanto

el único poder que sobre los ánimos impera, es decir, la autoridad moral. Nuestra manía de diversiones y goces es redimida por un Atribulado, que de la cruz se vale para crucificar santamente la carne y ennoblecir su espíritu. Nuestra ciencia orgullosa y mundana es redimida por el Siervo de los siervos, el cual es doctor infalible de la fé, y asegura con la sustancia del dogma los principios del saber universal. En suma, nuestra enfermedad de niños desenfrenados es redimido por un Viejo, que sobre la cátedra apostólica pasa de los años de Pedro.

En el principio de la era vulgar, Jesucristo en Jerusalem y encima del Calvario, realizaba la redencion del mundo: esta figura espléndida del Nazareno, que es su Vicario, repite la redencion á favor nuestro en Roma y desde el Vaticano.

Un protestante ilustre, el señor De Gerlach, en el dia 20 marzo de 1873, hablaba del hombre extraordinario en el Parlamento de Berlin, y decia: «Si quereis recordar, señores, hasta qué punto el Papa es débil, sólo teneis que mirarme á mí mismo, que soy el más viejo de vosotros, teniendo tres años más que yo... Fué primeramente despojado de su país y despues de su metrópoli. No tiene ejército, ni hacienda, ni capital... Se ve colmado de insultos por hombres apóstatas é impíos; es abandonado por todas las Potencias católicas á pesar de las promesas que le hicieron anteriormente. Vive de limosna, si bien es verdad que las recibe en abundancia... Sus comunicaciones nos han hecho ver la profundidad de los sacrificios, que tiene la Iglesia católica. Existe en Alemania, y sobre todo en la diócesis arzobispal de Colonia. Comparad con esto la abundancia de bendiciones, de piedad y de buen sentido moral, que se une á estas importantes sumas de dinero. Creo más bien que pecuniariamente estos dones al Sumo Pontífice atraen gracias especiales, si bien esto parezca importar ménos; pero creo finalmente que la prosperidad material emana á los dadores de tales regalos. Este débil Anciano reina, pues, sobre sus 200 millones de católicos con mayor eficacia, que ninguno de sus predecesores de hace siglos. El los mantiene, casi sin excepcion, en la unidad; él halla el respeto y la obediencia en este mismo nuevo Imperio germánico, desde Metz hasta la frontera rusa, y desde el lago de Constancia hasta el Báltico.... ¿Quereis burlaros de mi debilidad? Yo estoy abandonado á vuestros escarnios... quería mostraros la obediencia de que goza el Papa Pío IX en medio de sus enemigos; ciertamente puedo expresarme así, puesto que el Canciller del Imperio le ha declarado la guerra... Sí; lo que es más, el Papa reconquista en medio de sus dolores los corazones de muchos protestantes; sólo citaré el

mío entre muchos otros. Os ruego que me oigais: os diré la razón. Es el único soberano que mantiene alta y firme la bandera de la Cruz delante del mundo, y que opone á sus enemigos el Crucificado. ¡Le pudiera yo negar el afecto de mi corazón? ¡Es acaso éste un poder político? El Canciller del Imperio lo afirma. Si el poder del Papa es un poder político, y es tal de un modo particular, el Canciller hubiera debido meditar profundamente este género de poder (1).»

Tal es la arena del Prusiano y tal es el Pontífice. Vosotros hombres, que disistis de mi fé, lo cubristis de improperios y de agravios; yo con el doctor protestante le ofrezco una corona de flores; vosotros haceis guiños contra el Viejo, y baño yo sus pies con mis lágrimas. ¡Crueles! Dejad que yo venero al Padre mío, sostenedor de mi alma.

¡Oh Pío IX, milagro viviente de Papa! Los ejemplos de tus virtudes, tus propias virtudes reproducidas en los corazones, tu debilidad, tu pobreza, tu fé, tu confianza en Dios, tu humildad, tu pasión, tu cárcel y tu llanto prolongado servirán para vencer los males, que amenazan á la sociedad civil.

A mí modo de ver, pueden quedar satisfechos los incrédulos, porque la demostración es superabundante. No sabían persuadirse de que Moisés dijo de modo verídico que «el hombre fué hecho á imagen y semejanza de Dios,» oponiéndonos la naturaleza y la perfección divina, la creación y la redención, considerándolas imposibles del todo para producir semejanzas. Pues bien: es hoy muy evidente; están ciegos porque no descubren lo claro. La esencia y la santidad de Dios llevan por decirlo así su noble comparación; tienen su propia comparación la creación y la redención: el más hermoso esplendor del tipo divino se realiza en el hombre.

—

Todavía los censores de la Biblia siguen delante de nosotros escandalizados y hostiles. ¿Qué pensamiento los molesta? Demostramos que á Dios correspondía modelar al hombre en la creación, por ser el centro universal de los arquetipos: demostramos también que colocó en él verdaderamente su propio retrato....

Para los incrédulos, señores, no es bastante. Aun cuando deben admitir la realidad de los arquetipos en Dios, y la semejanza divina en el hombre, sienten, por decirlo así, en los ojos una mota leyendo el relato de Moisés. ¡Cuán grosero! dicen. ¡Cuántas afirmaciones necias salen de su boca! Describe á Dios venido expresamente al paraíso de la tierra á fin

(1) De Gerlach, presidente del Tribunal de Apelación de Magdeburgo, y luterano de religión.

de crear al hombre; Dios tiene pies, manos y boca. Plasma el fango y sopla luego en él. No podemos creer: es una narracion atestada de fábulas.

¿A quién quereis creer por consiguiente? Si la creacion divinamente obrada es verdadera; si el hombre está hecho á semejanza de Dios, ¿en qué libro ireis á encontrar tales creencias fuera de la Biblia, y á qué historiador antiguo recurriréis, no siendo á Moisés?

¿Creereis en Brama? Es Brama un dios creador que forma un huevo, en el cual él mismo se mete, flotando sobre las aguas; despues lo divide en dos partes, edificando con él cielo y tierra. ¿Creereis en Zoroastro? Os habla de Ormuz, extravagante creador, que produce un toro, del cual salen las bestias, los vegetales y los hombres. ¿Una bagatela? ¿Creereis en Confucio? Hallareis en él que Tag-ki engendra dos efigies, que las dos efigies engendran cuatro imágenes, y que las cuatro imágenes engendran los ocho «trigramas,» que componen el universo. Ahora bien; Tag-ki significa la gran cúspide; las efigies, las imágenes y los «trigramas» significan las diversas partes del edificio. Así entra el hombre á manera de clavo ó de traviesa. ¿Creereis en Osiris? Os enseñarán que el creador de todas las cosas es el sol, y que la luna es su madre. Por consecuencia, desde la luna y el sol bajó á la tierra el hombre, con mucha humedad y con mucho calor. ¿Creereis en Orfeo? Os dirán que el alma universal se arrojó por sí en el océano de la materia, agitando todo el universo, saliendo el hombre á luz en aquel sacudimiento. ¿Creereis en Odin? Aprenderéis que los hijos de Bore, el gigante de hielo, paseando un dia por la orilla, habiendo visto dos pedazos de madera que flotaban en el agua, los arrastraron á sí, formando con ellos un hombre y una mujer.

¡Ah! mis amados: abundan mucho las teogonías y cosmogonías; en todas se cuenta la creacion divina del primer hombre, señal indudable de que esta, en sustancia, es una verdad; mas, mientras vosotros huís de las groseras formas del discurso, quedais, por decirlo así, sumergidos en él. ¿Y por qué? ¿Por qué al lado de las cosmogonías paganas reluce y florece la racionalidad del sagrado Génesis? Es manifesto: por ser el Génesis volumen divino, original, primitivo, con relacion verídica, al paso que las cosmogonías paganas sólo son una falsificacion desvergonzada del mismo.

Sin embargo, Moisés, que tambien usa un estilo tosco, ¿no nos parece una paradoja? ¿No nos hiere?

Kepler escribió estas palabras memorables: «Nosotros los astrónomos no perfeccionamos la astronomía con el designio de mudar el modo usual de hablar; queremos abrir la puerta, sin tocarlo, á la verdad. Decimos como el pueblo dice: Los planetas se paran ó retornan; el sol

se levanta ó baja; sube hácia el centro del empíreo, etcétera. Así lo decimos con el pueblo, aunque los astrónomos estamos conformes todos en que no hay en esto una palabra de verdad. (1)»

Permitan los incrédulos que cuanto Kepler ha hecho en edad civilizadísima, y cuanto hacemos nosotros diariamente, sea concedido á Moisés, Quiere mostrarnos á Dios, que de maneras especiales se pone á crear al hombre, y hacerlo á su imágen; á fin de que esta verdad y doctrina se impriman con fuerza en la mente de los pueblos, emplea frases vivas y metáforas que sienten todos: dice que Dios tomó barro de la tierra y que con él hizo el cuerpo humano, como precisamente los astrónomos dicen que los planetas se detienen y retornan, y que el sol se alza ó descende. ¿Hay culpa en este modo de hablar? ¿Hay fábulas?

¿Cómo, pues, deben ser entendidas y explicadas las afirmaciones bíblicas? ¿Qué sentido estableceremos en ellas, á fin de que las fábulas queden descartadas del todo, tomando los fieles el texto sagrado en espíritu y en verdad?

Asunto viejo, señores: á los católicos la inteligencia de la Biblia no les falta. Lo nuevo puede ser sólo para los incrédulos, que abandonaron la religion y ahora la ignoran. ¡Es un insulto tal insipiencia y una cosa que desgarrar el corazón! Iluminémoslos, demostrando con razones más internas y altas cómo está en el Génesis la historia sobre todas racional y verídica del tipo divino, puesto para irradiar en nosotros.

Corre marzo de 1871, y es París el lugar á donde nos dirigimos.

Vosotros, señores, comprendéis incontinenti qué mezcla de cosas, qué alternativas desordenadas y terríficas ocurrieron entonces en la grande ciudad, cuando fuera los Prusianos la estrecharon con fuerte sitio, y dentro los artilleros de Montmartre empezaron sus descargas homicidas. Todos corren, se agitan y chocan unos con otros, no pudiéndose referir ahora los incidentes particulares.

En aquella confusion universal debemos seguir la marcha diferente de un hombre, con lo cual aprenderemos mucho. Hablo de un joven sacerdote, que huye del arrabal de París, de los barrios de Belleville, de la Vilette, de Montmartre, de Charonne y de Montrouge, lugares de la insurreccion, donde al servicio estaba de una iglesia, por haber determinado buscar refugio lejos de allí bajo el techo paternal.

Entre fatigas, peligros y acerbans ansias, ha llegado á la casa del viejo padre. Aquí, á lo menos por el instante, no hay tanta confusion y vive sin peligro; pero, donde no molestan los enemigos de la plaza, encuentra disputas domésticas y amarguras.

(1) Kepler, *Epítome astronomiæ Copernicanae*.

Dos hermanos suyos, no vistos hacia mucho, habian ido tambien á buscar refugio allí dentro. ¡Extraña cosa! Pertenecen á la guardia nacional de París, y son apasionados de las novedades políticas, queriendo bien aún á la *Commune*, ya en la lengua de todos; sin embargo, no saben resolverse. Servir al gobierno de Versalles, no; su duda es si se deben dar en alma y cuerpo á los insurgentes, sirviendo á Cluseret, á Gambon, á Magot, á Lyaz y á Grousset. Ahora bien; hallándose con ellos entonces su hermano, desocupados y enfurecidos como están, encuentran que lo mejor es desahogarse con el sacerdote, angustiándolo y probando su paciencia.

Su primer saludo fué: «Hiciste bien dejando tu capilla de Montrouge: ya lo ves; la hora de los curas concluye, porque principia la del pueblo.» En los dias siguientes, cuando los incidentes de los ciudadanos son cada vez más tristes, entristecen más aún ellos; parece que las calamidades patrias les auxilian para decir frases agresivas y sátiras más deshonestas. El buen hermano no es de estuco y en su espíritu gime; pero, á fin de no poner al fuego yesca, no añade la menor cosa, y calla. Su sola lamentacion es esta: «¡Por qué, mientras hierve la guerra en el exterior, quereis la guerra tambien aqui? No contristemos al padre.»

Resista, sin embargo, el que pueda.

Los dos incrédulos y los dos mal hablados, le dicen: «¡No eres tú propiamente un necio? ¿A quién sirves? ¿A quién adoras? Tu Dios católico es un contrasentido.»

«Callad, blasfemos. Os creia engañados y errados; pero no tan infelices. ¡Insultar aún á Dios! Callad.»

«¿Cómo callar? ¿Dónde está nuestra blasfemia? Abre la Biblia, donde verás pronto á tu Dios, que tiene piés, manos y boca. Si tiene boca, tiene lengua; si tiene lengua, no le falta el estómago. Tiene pies, y me dirás si camina con los pies desnudos ó calzados. Entre tanto sus manos se manchan con nuestro fango, porque con el fango quiere construir la carne del hombre, que hará se mueva y aliente cuando le dé su inmortal soplo en la nariz. ¡Vergüenza, vergüenza! En tiempos de civilizacion como los nuestros, de tanto amor á lo ideal y á la sublime filosofia, venirnos aún á contar de nuevo las patrañas de los papás y de los santurrrones... no es cosa que pueda sufrirse.»

«¿Quereis, pues, que yo hable? dijo el sacerdote. Empero, ¿estais dispuestos á oirme, vosotros que de tal manera me tentais?»

El viejo padre, que vino despues á fin de parte tomar en la nueva cuestion, llora, queriendo hacerla cesar con frases gratas. Es demasiado bueno, y aún demasiado fácil en perdonar á los díscolos; al ver al

sacerdote animado más que de costumbre, y al oír á los otros que cólericos le piden una respuesta, exclama: «Callad ahora vosotros, si quereis que hable; y tú José (dijo, dirigiéndose al sacerdote), habla, contentándonos á todos. Te prometemos callar.»

Entonces dijo el sacerdote: «Si debo hablaros, reclamo aquella libertad precisa para defender mi fé. Os afirmo, hermanos, desde luego, que os domina un gran error; empleais una malignidad conmigo, cristiano y sacerdote, que nada os honra. ¿Me habláis con escarnio de la boca, de la lengua, de las manos y de los pies de mi Dios? ¿Creeis de veras que nosotros le adjudicamos tales cosas, haciéndole verdaderamente membrudo? (1). Oid. Cuando decimos: «Habló Dios,» no queremos de ningun modo significar que articulo voces y acentos como el hombre. No es preciso esto. Aun en nosotros existe una palabra interna, un verbo, que proferimos en el alma nuestra, sin que la lengua tomé parte y la exprese; es el acto de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad que se forma, pareciendo que circula por el espíritu. ¡Pensad ahora de Dios, ser infinito y perfectísimo! Tiene su verbo y su palabra interna, es decir, el acto de su inteligencia y el acto de su voluntad, que manifiesta cuándo y como le place; á la voluntad divina manifestada se une inmediatamente la obra, ó el hecho exterior. Hé aquí todo, y cual deben ser comprendidas aquellas aseveraciones. «Habló Dios; el Señor nos ha revelado,» etcétera. Aquí, como veis, no es necesario emplear la boca, ni la lengua; lo que vosotros añadisteis del estómago es una necesidad. De la propia manera decimos que Dios se sirve de las manos, ó que anda con sus pies por los cielos y el mundo; las manos indican la divina actividad, como el andar con sus piés indica la presencia suya simultánea en los lugares, donde aparece de algun modo. Podeis ahora explicaros la relacion del Génesis sobre la creacion del hombre. Dios toma barro. No se debe comprender que lo tomó de un modo mecánico; entiéndase que por un acto del divino poder salió el hombre del fango de la tierra, y en el mismo momento en que asumió el fango

(1) Al alma debe hablarse inteligente
Que mediante el sentido, entiende todo
Lo que digna despues hace la mente.

Así, dice la Biblia, me acomodo
A vuestras facultades, pies y mano
Atribuyendo á Dios de humano modo.
Nuestra Iglesia tambien con rostro humano
A Gabriel y á Miguel os representa,
Y al Angel que á Tobias dejó sano.

(Dante. Paraiso. Canto IV.)

forma humana por la omnipotencia creadora, fué penetrado por el divino soplo de vida, y hecho una criatura viviente, no pudiéndose con todo inferir que ya con vitalidad propia precedió al alma el cuerpo. Entonces Dios sopló en los labios del hombre: tal descripción pone de manifiesto el fenómeno de la vida ó el respirar; fuera de que aun el hálito mismo, que tiene algo de incorpóreo, indica la simplicidad y la espiritualidad del alma hermosa. Por parte de Dios resulta claro que sólo El con su divino soplo produjo y unió con el cuerpo aquel principio vital, que vino á ser fuente de toda la vida del hombre, cuyo movimiento se manifiesta con el hálito que entra y sale fuera de los labios. ¿Quedais satisfechos? Me preguntais á quién adoro y á quién sirvo: sirvo y adoro á Dios, puro espíritu y verdad. Os acogisteis como mofadores á las maneras de la expresión, y á las formas empleadas por Moisés á fin de que le comprendiera el pueblo, dejando aparte la íntima significación. ¡Gran desdicha para decirlo aquí de paso! Estas cosas que digo y creo en buena conciencia, ¿os parecen desgraciados embustes de santurrones y badulaques? Mas éstos, no mostraron una mente infantil, puesto que representan en sí propios hombres ilustres, legisladores, guerreros, sabios y artistas excelentísimos.»

El sacerdote terminó su discurso no combatiéndolo los hermanos, que oían muy atentamente. Continuaron mudos sin aprobar ni proferir tampoco improperios. En los labios del padre se notaba en su virtud, una dulce sonrisa.

Pensando el sacerdote en las cosas dichas, si bien advirtió que había respondido á muchas insolencias, pensó en otras que pasaron no redargüidas. Con gusto no se hubiera ocupado de nuevo en ellas, por ser de índole benigna y no irritable; mas los sucesos de París que horriblemente apremian, llegando por fin á desalentar á todos los de su familia, hacen oportuna la respuesta del buen sacerdote.

Los de Versalles acometen á los comunistas, y éstos arrojan balas en el campo de los compatriotas republicanos. La multitud borracha, indecente y loca, hace de las suyas en la ciudad. Llega la criada, y dice: «Ahora derriban y quieren raer del suelo el palacio del señor Thiers.» Más tarde llega un niño, y añade: «Han puesto cuerdas á la gran columna de la plaza Vendôme, y quedará pronto derribada.» Los dos hermanos se miran horrorizados, contemplando al sacerdote y al padre, sin decir palabra. Cuando en la tarde del 16 de mayo la gran columna viene abajo, y hasta nuestros hombres oyen el estruendo de la caída, gritan los dos hermanos: «Son salvajes.» El sacerdote añade. ¡No lo veis, hermanos? Esta es la idealidad y la filosofía de que me hablasteis, que nos traen nuestros tiempos civilizadísimos.

«Los casos de París son cada vez más horribles. Un día los comunistas matan á los rehenes; otro apuntan las *ametralladoras* contra la habitacion de los ciudadanos que se niegan á combatir. El populacho entretanto camina más loco que nunca; toca músicas estrepitosas y canta la *Marsellesa*. ¡Buena mescolanza la de las bombas que silban y el canto ronco de la plebe!» ¡Lo veis, hermanos? exclama el sacerdote. La hora de los sacerdotes concluye y la del pueblo comienza: vosotros lo dijisteis. Mas el pueblo, que no quiere ya sacerdotes, ni tampoco Iglesia, ni Dios ¿á dónde va?

Como si no bastase la presente ruina, levántase la llama de los que incendian; hombres perdidos derraman petróleo, y muchachos asquerosos arrojan en él tizones encendidos. Caen incendiadas las Tullerías, el Louvre, el palacio de Luxemburgo y los más hermosos monumentos de la patria: en torno circula la voz de que todo París se convertirá en hoguera y cenizas. En la casa de nuestros huéspedes, el viejo padre, sintiéndose morir de angustia y espanto, reúne á la familia, y dice:—¿En quién podemos esperar fuera de Dios? ¿Quién nos puede librar de los canes estos sino Nuestro Señor Jesucristo? Pidámosle que nos salve.—Se arrodillan en el suelo: tiende las manos que tiemblan sobre la cabeza de los hijos, y el sacerdote comienza la invocacion divina.

El problema, no bien caen desvanecidas las dificultades propias de los ateos en él encerradas, queda evidentemente resuelto en pró de los creyentes: el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios.

Digamos aquí el epílogo de nuestras argumentaciones.

La primera objecion fué: ¿Por qué y cómo en la creacion entra Dios á darnos la idea del hombre? Se configuró á sí mismo.—Nosotros demostramos que los incrédulos no entienden cuanto enseñan, porque los arquetipos de todas las cosas se resumen en Dios.

La segunda objecion fué la siguiente: Aun cuando se considere á Dios cosa ejemplar y creadora, ¿cómo el hombre lo copia en sí mismo? Es una copia que se aparta excesivamente del tipo divino.—Nosotros probamos que los incrédulos no ven lo claro, por cuanto el esplendor más hermoso del ejemplar divino se realiza en el hombre.

La tercera objecion fué: Aun concediendo que lleva el hombre la divina semejanza, ¿cómo creer en el Génesis que la expone? Es una relacion atestada de fábulas.—Ahora bien; nosotros probamos que no hacen daño los incrédulos á lo que sin embargo hieren, porque la historia más verídica de tal tipo y copia está escrita en el principio de la Biblia.

Alegrémonos de nuestra suerte, señores.

Nosotros llevamos la marca original de Dios. Ninguno por tanto escriba en adelante ó afirme que ha venido el hombre al mundo como

una incógnita de los matemáticos, siendo un ente desconocido en su origen, así como desconocedor de sus orígenes y de sus destinos. Esto no. Nuestra derivación es de lo alto; no somos criaturas perdidas en el universo, ni somos seres desconocidos ó despreciados. Basta que miremos la bella y solemne imágen que brilla en nosotros. Contemplamos los lineamientos de un padre, reconociéndonos individuos de una familia destinada á una gran patria. Es Dios nuestro padre; la familia de que formamos parte es la de los racionales y creyentes; la verdadera patria que nos aguarda es la de los inmortales.

Llevamos la marca original de Dios. Nadie por lo tanto entre nosotros, para ser feliz y grande, se dé á las cosas caducas y corruptibles; á nadie le produzcan repugnancia las flores y los frutos del paraíso para comer las bellotas de la tierra. La imágen de Dios brilla en el alma principalmente; apreciemos el alma pues, tratémosla respetuosamente y ennoblezcámosla. La ennoblecemos odiando el vicio y el crimen que la manchan, asemejándola al padre de la mentira; la ennoblecemos dándonos á las obras buenas que la embellecen. Seamos justos, piadosos, magnánimos y fuertes: Dios se alegrará de reflejarse, por decirlo así, en nuestras costumbres.

Es un razonamiento el mío que tiene sabor místico y que á no pocos repugna. Empero, ¿por qué repugna, señores? Porque nosotros hemos decaído ya demasiado de nuestra original grandeza. El mundo de hoy, por una insigne contradicción, queda sometido á las malas acusaciones que lanza contra nosotros creyentes y católicos; es mecánico todo y materialista, por lo cual nos aborrece.

A la verdad, ¿por qué tan venenoso es contra Moisés? ¿Por qué no quiere leer en su libro que el hombre está hecho á la divina semejanza?

Moisés tiene una culpa suprema para los contemporáneos; no sabe fisiología, ni frenología, ni «craniología;» es un ciego: no frecuentó nuestras universidades; no conoce las teorías de Lavater, de Porta y de Gall; se pierde, por el contrario, en cosas de poca importancia; parece que se consume de ternura cuando nos cuenta la efigie de Dios, impresa dentro del alma; escapásele lo que todos conocen como real, lo sólido, lo que aparece, lo que se halla en abierta conexión con el mundo sensible y civilizado. Tal es su lado débil. ¿No es justo, por consecuencia, que los indignados censores se apeguen á su persona, le muerdan y le tornen á morder?

Tal es la escuela, que más ruido mete en el siglo XIX: se cuida de la mecánica y desprecia la metafísica; ama los fenómenos, y tiene muy en poco las ideas; échase á los buques de vapor que dan la vuelta de los mares, y á los caminos de hierro que surcan el globo, haciendo bien;

pero no se cura de las vías invisibles, que al Padre celeste alaban, y en esto hace mal.

¿Cuáles son, tratándose de la personal representacion humana, las cosas más importantes de la escuela ésta?

Julio César tuvo una nariz aguileña; Platon ocupó un cuerpo de gigante; Aníbal y Sertorio tuvieron lagañas en uno de sus ojos; Filopemenes fué deforme; Ciceron fué un poco balbuciente; Esopo llevó giba; Maximino tuvo los miembros muy abultados; Alejandro, Agesilao y Aristóteles tuvieron estatura pequeña; Pipino fué un enano; Marsilio Ficino nació tan minúsculo, que su cuerpecito hubiera podido caber en un zapato femenino; Pomponazio nació enano, y poco más que enano quedó; Romagnosi salió con un cuerpecito tal, que, mirado contra la luz, era diáfano como un cristal; Dante fué de moreno color; Alfieri fué seco y blanquísimo; Poliziano tuvo la nariz informe y fué tuerto del ojo izquierdo, así como de cuello mal conformado, siendo con todo su voz de ruiñeñor; Leon X brillaba por su semblante greco-latino; Talleyrand cojeaba lo mismo que Byron, y áun Walter Scott tenia uno de los pies torcidos; Pope fué protuberante por una y otra parte; Mallesherbes salió de vista corta, y Scarron con giba, como fué igualmente giboso Leopardi. Hé aquí los hechos dignísimos de su estudio para los modernos.

Segun esto, ¿quereis que se les hable de los hijos de Dios? ¿Quereis que en pleno siglo XIX salga Moisés viendo en nosotros la divina semejanza? ¿Que trivial pérdida de tiempo! ¿Qué escándalo!

A tal situacion llegamos, señores, y á otra peor llegaremos. Rechazada la teología y la metafísica, establecido el imperio de la materia, el campo se dispone para una degradacion completa. De la mecánica que no quiere á Dios, á la mecánica más grosera que trasforma en bestias, sólo hay un paso. El hombre no puede vivir sin retratar en sí mismo un modelo. Ahora bien; mientras vosotros borrais en él las reverberaciones del modelo divino, toma los lineamientos del bruto. Así de la nariz aguileña de César, de la joroba de Esopo, del pié torcido de Walter Scott, que convertimos en objeto de nuestras idolatrías, caemos con impetu en las garras del hombre chimpancé y en el hocico del hombre gorilla. Tales las consecuencias son de pararse en la corteza del hombre, olvidando su alma. Pensadlo. Moisés huye de nosotros, con nuestra divina semejanza, y el hombre bestia hace su entrada en el mundo. ¡Oh costumbres odiables! ¡Oh tiempos decaídos!

Blas Pascal fué profeta. Escribió: «El hombre no es ángel, ni demonio en sustancia; mas siempre ocurre que los que no lo quieren ángel lo hacen demonio.»

CONFERENCIA IX.

SI EXISTE EL HOMBRE PREHISTÓRICO.

Hemos creído en Moisés; nos hemos puesto á ilustrar su palabra con pruebas filosóficas é históricas, viendo alzado en la tierra un magnífico monumento lleno de la omnipotencia de Dios: es el hombre hecho á la divina imágen y semejanza.

Mas este monumento, á que se unen nuestros honores más hermosos, es el orgasmo intelectual, la maldicion y el demonio de los incrédulos: al paso que conturba todas sus ideas, se levanta delante de los ojos de tales poseidos como una barrera infausta, que detiene los pasos del humano espíritu é impide encontrar los verdaderos orígenes del mundo. Es preciso que se quite tal documento y que desaparezca: es necesario que se retire Moisés, y su divino creador, así como el hombre hecho á la divina semejanza.

¿Y esto por qué, señores? Os lo diré.

Moisés, Dios creador y hombre bíblico, hacen sombra grande á los paleontólogos extravagantes y sin fé religiosa, enseñando estos que, por virtud de la naturaleza y en edad mucho más antigua que la que indica la Sagrada Escritura, hubo criaturas humanas y racionales que habitaron la tierra. De modo que el hombre de Moisés fué precedido por otros hombres, sin haberlo él de ninguna manera imaginado al describirle; nosotros que con él nos detuvimos á saludar la divina imágen esculpida en Adan como si hubiera sido el primero de los vivientes, nos debemos reputar engañados fastidiosamente.

¡Paciencia! Cúmplenos, por consiguiente, á lo menos por el instante, renunciar á nuestras glorias más caras, y á nuestras relaciones ó parentescos celestiales: debemos suponer como no hecha la creación del hombre, según la reflere Moisés, viéndonos obligados á esto para seguir á los incrédulos en sus naturales y remotísimas excursiones.

Sea: interrumpamos la contemplación del hombre bíblico. ¿Existe verdaderamente, por virtud de la naturaleza, un hombre más antiguo? ¿El hombre prehistórico? Muchísimos de mis hermanos piensan esto incontinenti. ¿Quién puede fijar los ojos para discernirlo en aquellas dejafías interminables y tan oscuras? Muchachos, muchachos; comenzais dudando de vuestros profesores, lo cual no está bien.

En los pueblos surgen algunas veces individuos dotados de vista tan excelente que asombra. Humboldt, andando por América, cerca de Quito, pudo ver, como afirma él mismo á su amigo Bouffard á diez y siete millas de distancia; el estudioso Lieberkiin, tuvo ojos tan agudos y penetrantes que, sin necesidad de telescopio, observaba los satélites de Júpiter.

Hay que juzgar á nuestros paleontólogos provistos de vista tan gallarda. Con tal que para descubrirlos no se les ponga delante Dios creador, Adán creado en determinada época, y Moisés que cuenta, ¿qué bien vislumbran á sus amigos en lontananza! ¡Cómo aferran con sus ojos aquéllos mucho más eminentes satélites de Júpiter! Es una revelación humana superior á la revelación divina: lanzados en aquellos tiempos lejanísimos é ignotos que no tienen historia, os hilvanan la descripción histórica de los hombres primitivos; os dicen sus usos, sus costumbres, sus afectos, sus pasiones y sus empresas; os hacen casi oír su voz y escuchar su saludo, su embriaguez, su grito de guerra...

Aún yo soy un muchacho. Dudo, señores, á mi vez, y planteo el problema siguiente: ¿El hombre prehistórico existe?

En las fantasías de los paleontólogos incrédulos, sí; pero es una escuela que debe rechazarse.

En las conclusiones ciertas de la paleontología, no; y esta es una escuela á la cual es forzoso atenerse.

Potencia inventora, y no creadora, es la fantasía.

No es potencia creadora. Tal palabra, según su íntima significación, indica hacer las cosas de golpe, y suscitarlas de la nada. A esto no llega la fantasía, la cual, siendo una cosa intermedia entre lo sensible y lo ínteligible, necesita el sacudimiento exterior para excitarse, y el auxilio interno de la mente para ser iluminada. Aristóteles, que la llamó *facultad conocedora y cognoscitiva*, pecó por exceso.

Empero, si no es creadora, es inventora, como ya os dije: inventa, encontrando los modos, las formas, los colores, las vestiduras artísticas y los movimientos; los sonidos, en suma, y las fisonomías de las cosas. Cuando se rige con gobierno equitativo entre los sentidos y el

espíritu, siendo hija del orden, presta estupendo auxilio á los literatos, á los poetas, á los cantores, á los artistas, á todos los cultores de la afectuosidad y de la belleza. Empero, cuando está enferma y se aparta del orden, es el suplicio de los inteligentes, como tambien de los idiotas: trastorna las imágenes externas que se le suministran; no alegra el alma con vision pura, mezcla los objetos y los duplica. ¡Es una inventora deplorable! ¡Es Oronte, que se precipita en el mar, mirando por encima de sus pupilas al revés dos soles y dos firmamentos!

Lo digo y me duele. En los paleontólogos incrédulos, con los que disputamos, la fantasía está de tal modo deteriorada y enferma. Propósito de su escuela es el descubrimiento mediante la observacion positiva y cuidadosa, lo cual significa que, como eje de los experimentos físicos, debe hallarse la agudeza en la indagacion, y no el entusiasmo. Ahora bien; si os dirigís á ellos, encontráis que precisamente los domina el entusiasmo; ven, por costumbre, objetos mínimos y los agrandan, haciéndolos enormes y doblándolos; ven sombras y las encarnan en miembros extendidos; reciben las apariencias de lo verosímil por verdades matemáticas; consideran un fragmento monumento íntegro; con pocas piedras y con poca tierra, reconstruyen amplísimos mundos.

Abandonados de tal suerte á la fantasía y á sus hechos, de que se han enamorado, es notorio que no pueden hacer nada relevante, ni crear una ciencia nueva, porque la fantasía radicalmente no crea: mucho ménos pueden fundar ni hacer que progrese la paleontología, que se opone á las leyes fantásticas, yendo al revés de éstas. Inventan solamente; ¡y qué cosa? Caprichos, vestiduras, y ampollas, lo cual es extraño á sus estudios. Aplauden, sin embargo, sus puntos de vista, que llaman edificaciones: hacen resonar el aire con los «hosannas» de su alegría; lanzan, siendo como son altivos y locos, sus instrumentos pesados á lo alto, mucho más que Cellini lo hizo, despues de terminada su magnífica estatua de Perseo.

Antes de bosquejarlos bien, se necesita exponer completa la doctrina de la fantasía.

Gassendi, hablando de los universales, sostiene que á recibirlos no es apta la fantasía. Nos parece juicio exacto; ciertamente, para formar la idea metafísica de lo universal, del género y de la especie, para lo que se requiere una aptitud y una profundidad inmensa, es necesario el vigor y el oficio del intelecto. Mas la fantasía, si no es á propósito para los universales, nos parece nacida para recibir las cosas singulares, cuyo fantasma se le representa vivísimo, en cuanto precisamente aislado es ó distinto; maneja y vibra, por decirlo así, muy robustamente las cosas que discierne en el fantasma; lo que procura patrocinar el filósofo de

Chantersier. Ahora bien; sucede que cuando la fantasía está alterada del modo dicho, los fantasmas, no sólo causan una impresion que es tumultuosa, sino que hacen peor, porque hay alguno que fácilmente la tiraniza y atrae á extraños puntos de vista. Entonces el hombre sufre rarezas y cae sobre algún punto determinado en manías; además de mirar doblado el objeto verdadero, compone otros no reales; entonces Scaligero, Cecco de Ascoli y Cardano tienen junto á sí, como Sócrates, sus espíritus familiares; Pascal ve la voráGINE, y Descartes hace salir un nuevo mundo de sus remolinos borrascosos.

Señores: el capricho de los paleontólogos incrédulos es el pensamiento de la antigüedad. Si les preguntais: «¿Hay un mundo más antiguo de lo que nosotros creemos; un mundo que precedió á la creacion de Dios contada por Moisés?» os responden: sí; hay este mundo antiquísimo y primitivo, siendo un tonto y un necio quien no lo ve. Si vosotros les añadís: «¿Qué pruebas irrefragables nos dais de él?» Nuevamente responden: ¿Qué pruebas? Todo nos atestigua y demuestra que aquel mundo antiquísimo, y aquel hombre, hasta hoy desconocido por nosotros, existió. Sigámosles, pues, en la gran demostracion, y resultará que sin duda existe el hombre prehistórico en las fantasías de los paleontólogos incrédulos; mas esta es una escuela que debe repudiarse.

Segun tales fanáticos, el mundo primitivo, el hombre viejo y prehistórico, es anunciado por las cronologías, por los monumentos astronómicos y aún por los históricos de los pueblos paganos del Oriente. ¿No conocéis, nos dicen, los anales de la China? ¿Ni los de la Caldea? ¿Nada sabeis de las tablas indias de Tirvalcoor? ¿Nada de los zodiacos de Denderah y de Hesné? ¿Nada de los Pourana? Pues bien; mientras los cómputos mosaicos se ciñen á pocos miles de años, las cronologías paganas nos llevan mucho más allá; algunas, como la China y la India, alejan de nosotros el primitivo mundo por innúmeros años y siglos. Vosotros cristianos y católicos, no quereis semejante antigüedad, y no lanzais tan distante la creacion del universo, ni la de Adan; existe, por consecuencia, un mundo que precede al vuestro; hay un hombre, que no es vuestro Adan y que le precede. Tal es el hombre prehistórico.

¿No dije que tienen sin duda en el cuerpo la manía de lo antiguo? Hé aquí por qué somos ignorantes nosotros que desconocemos sus pruebas. Sin embargo, aunque ignorantes, sabemos que las alegadas cronologías, al querer demostrar, no tanto la vejez de la creacion del mundo como la de cada una de las naciones, no sostienen las objeciones de la crítica, por estar falsificadas ó ser enteramente falsas. ¿Lo ignoran tales sapientísimos?

Aprendimos á conocer que el libro de Confucio, autor de los anales

de la China, fué quemado dos siglos despues por órden imperial, no habiendo sido rehecho sino al dictarlo un viejo, que se vanagloriaba de poseerlo enteramente. Otro libro empero, y de los más antiguos entre aquella gente, el Tsu-cu, encontrado en la tumba de un príncipe, dice que Hoang-tí, el primer soberano de los Chinos, precedió solamente dos mil cuatrocientos cincuenta y cinco años á los tiempos modernos; lo que concuerda más con cuanto afirman otros analistas de la China, segun los cuales su nacion principió tres mil doscientos sesenta y seis años antes de Cristo. Así, la antigüedad del Imperio Celeste baja mucho. ¡Es bello mandarnos á estudiar aquella célebre historia! ¡Es bello remitirnos á su escuela astronómica! Lassen, que la estudió durante muchos años, sacando consecuencias de la misma aprobadas por los doctos, concluyó diciendo que los chinos no tienen verdadera historia, sino desde el octavo siglo anterior á la era vulgar; piensa que su primera dinastía, la de Hia, reinó hace cuatro mil setenta y cinco años. Relativamente á los conocimientos astronómicos, los Chinos hicieron tan hermoso progreso, que cuando en 1629 sus doctores disputaban con los Jesuitas sobre las sombras, y no sabian aún calcularlas, por lo cual confiábase á los *Padres de la Compañía* la direccion de los Observatorios—¿Quereis, pues, sacar algo en limpio de la cronología y astronomía de los Chinos? Acudid á los Jesuitas.

Por lo que hace á los Caldeos, aprendimos á conocer que los ciento veinte períodos de Beroso, que se denominan *sari*, en los cuales se quiere comprendida la cronología del mundo, tienen una doble significacion: una significacion más restringida de tiempo para uso civil, y una significacion más extensa para uso científico. Notamos que aquellos períodos, así por la edad que al diluvio precede, como por la que sigue, deben ser comprendidos conforme al uso civil, esto es, en la indicacion de tiempo ménos extensa, para no hacer aquella cronología demasiado fabulosa y ridícula. Haciéndolo así, Beroso va de acuerdo con Moisés: en el uno y en el otro están bien colocadas las diez generaciones «anti-diluvianas»; la diferencia de los años es sólo de veintidos, si tomamos la Biblia segun los *Setenta*. Lo mismo sucede poco más ó ménos en cuanto á la edad que sigue al diluvio. Enrique Rawlinson, Gudschmid y Brandis unánimes declaran que tal período del pueblo caldaico sólo precede dos mil cuatrocientos cincuenta y ocho años al reino de Jesucristo. Fuera de que Beroso y los Caldeos quieren el mundo sacado del caos por obra de Belo, que es su Señor supremo; quieren que todos los hombres procedan solamente de Aloor, que es su Adán; los quieren despues corrompidos y castigados por Dios, anegados grandes y pequeños en las aguas del diluvio, á excepcion de Xisutro, su Noé, preserva-

do milagrosamente con su familia y enviado despues á poblar nuevamente la tierra. Una repeticion de la enseñanza bíblica. ¿Pedis vosotros esto? Vosotros, paleontólogos incrédulos, ¿os conformais con el Dios de Beroso, que donde quiera interviene al crear, al herir y al renovar el mundo? ¡Oh! No seais tan furentes contra nosotros: ¿por qué os escapais de Dios?

Nosotros, pobres ignorantes, aprendimos á conocer lo que cabe afirmar bien sobre otros pueblos antiguos y sobre otras cronologías anti-
quísimas.

Nos alegásteis la inmensa antigüedad de los Pourana. Empero, ¿no sabeis que el célebre Paravey, haciendo apreciacion de los equinoccios allí mismo indicados, no pudo impelerlos á época más remota del 1200, antes de la era cristiana?

Nos alegásteis los zodiacos de Denderah y Hesné. ¿No sabeis que tales zodiacos, descubiertos en 1799, en los dos precedentes lugares por el general Desaix, hicieron perder con mucha vergüenza el cerebro y el tiempo á Dupuis, que hizo relativamente á ellos su *Memoria*, como habia hecho ya su impío poema de los *Cultos*? ¿No sabeis que Champollion y Ennio Quirino Visconti demostraron que pertenecia uno de los dos zodiacos al primer siglo del imperio romano, demostrándose que el otro, es decir, el de Hesné, aún pertenecia á época más reciente?

Nos alegásteis, pareciéndoos dignas de gran estrépito, las tablas indias de Tirvaloour. Empero, amigos míos, ¿cómo teneis valor para sacar períodos de veinte millones de años, por estas tablas, ó por los libros Surya Siddhanta? Las primeras, profundamente estudiadas y descifradas por Bentlev, se remontan á la época de Dante Alighieri: los segundos, ó los libros Surya Siddhanta, resultan tres siglos apenas más remotos que aquéllos. ¿Acaso haríais nacer vuestro hombre prehistórico en el 1250 de la era vulgar, ó en el 900?

El hombre prehistórico, señores, se halla en la fantasía de los paleontólogos incrédulos. Esto sí; mas tal escuela debe repudiarse.

Verdad es que los referidos sacan la mayor fuerza de los argumentos, más que de las cronologías de los pueblos paganos, de los descubrimientos de la arqueología física y de la antropología.

Se dan á inquirir todo agujero, á interrogar los estratos de la tierra, y á remover las ruinas: excavan, buscan y se quieren reputar felices, porque, investigando, encuentran. Hallan armas y otros humanos instrumentos de piedra ó pedernales, ó de hueso y de cuerno, sin que traza ninguna de metales los acompañe. En otras partes, mezclados con tales objetos de piedra, ó solos, encuentran instrumentos de bronce; en otros igualmente hallan cosas de hierro, solos ó mezclados con los demás.

¡Oh maravilla! Tal encuentro nos abre un mundo desconocido, no imaginado siquiera por los modernos. ¿Existe piedra trabajada por el hombre? Luego existió la época de la piedra, cuando el hombre hallábase apenas en la infancia, resultando así la edad primera. ¿Existe bronce que redujo el hombre á arte? Existió por consiguiente la época del bronce, cuando el hombre se domesticó más, trabajando mejor, siendo esta la segunda edad. ¿Hay hierro empleado por el hombre, así para las obras de la paz, como para las de la guerra? Luego existió la época del hierro, en la cual el hombre, dejando el uso de las piedras y pasando más allá del periodo del bronce, obtuvo con el hierro su propia perfeccion; hé aquí la tercera edad. Ahora bien; tales edades, cada una de las que supone muchos miles de años, hacen retroceder á un tiempo remotísimo, al que Moisés y la Biblia no pudieron arribar ni con mucho; hé aquí demostrado el hombre prehistórico.

Señores míos, estas son locuras, y furores de imaginacion: ¿no descubris aquí nuevamente fanáticos?

Concedo las armas de piedra y los instrumentos de bronce, como tambien los de hierro; esto, que va por sus pasos contados, no nos enseña nada que sea motivo de disputa. La locura está en querer desunir una edad enteramente de la otra, y hacerlo con millares de años, á fin de poder dar con las dos primeras en el viejo absolutamente y en el «antistórico.» El detenido exámen de los hechos desvanece tales caprichos, porque las tres indicadas edades se compenetrán y se juntan. En el Exodo está escrito que Séfora, la esposa de Moisés, tomó una piedra muy aguda, *acutissimam petram*, circuncidando á su hijo con ella (1); ¿quién tendría el atrevimiento de sostener que, cuando Séfora empleó la piedra, no usaban los Hebreos el bronce y el hierro? De igual manera los héroes de Homero, que se conocen por el bronce y el hierro, no dejan de lanzarse á la cabeza guijarros grandísimos, siendo de notar que la honda hasta tiempo no muy distante fué arma legítima de guerra. Así pues, juzgando segun los diferentes instrumentos hallados por la ciencia, ¿cómo poder separar entre sí las tres anheladas edades, cuando los propios instrumentos que deberian determinarlas se confunden entre sí? Es una pueril fantasía.

Fantástico resulta Morlot, lo propio que Vogt, cuando el primero de las antiguas barcas descubiertas en Escocia, y el segundo de los palos de las empalizadas descubiertas en Suiza infieren que las de más tosco trabajo pueden ser reliquias de la edad de piedra, las menos bastas de la de bronce, y las de trabajo enteramente regular de la del hierro. ¿No

(1) Exodo, cap. IV, v. 25.

vislumbraís lo arbitrario y lo fantástico? ¿Quién querrá probar que aquellas barcas y aquellos palos no son trabajos del propio siglo, aunque de operarios expertos ó no, y contruidos con mejores ó peores instrumentos? ¿Acaso porque se fabrican en el siglo XIX buques de vapor, nuestras barcas toscas, que no faltan, deberán pertenecer á una época precedente y muy vieja?

Permitidme, señores, que me ria de la distincion establecida entre las edades de la piedra, del bronce y del hierro: ríome de los fanáticos, que, por el prurito de negar la divina revelacion, no se curan de si nuestro siglo se burla de ellos. Pallmann, que tiene poquísimo de clerical y devoto, escribió á tal fin con sábia ironía: «Tipo de la piedra, tipo del bronce y tipo del hierro, son expresiones que otro valor no tienen y que solo sirven para la comodidad de los directores de los museos de antigüedades; pueden poner de manifiesto las antiguallas segun su materia, como si quisieran imitar á un bibliotecario ruin, que coloca los libros en los estantes segun sus dimensiones (fólio cuarto ú octavo), mas para la cronología con aquel tipo nada se ha ganado (1).» Poniéndose á considerar aparte la edad de la piedra, á que se refiere sobre todo el hombre prehistórico, se reia tambien de ella en una carta Nicolás Tommaseo, escritor no arqueólogo de barcos y empalizadas, sino universalmente docto. Decía: «¿Qué quiere? A la incredulidad mia parecele difícil creer que ciertas piedras, que se hallan en la isla de Elba, las cuales se parecen á ciertas armas, utensilios é instrumentos, puedan oprimir con su peso la autoridad de Moisés, apedreado por conjeturas: más mitológica que la vieja edad del oro me parece á mí su edad de piedra. Es una novela mucho más dura para la digestion que todas las tradiciones, no sólo mosáicas sino griegas, las cuales á lo menos se me representan como velo de religiosas y poéticas verdades. Su piedra, caro señor, no es bien guijarro, ni utensilio, ni redonda, ni aguda; procurando correr sobre ella la ola del pensamiento y del afecto halla obstáculos, y no produce armonía (2).»

Existe sí el hombre prehistórico en las fantasías de los paleontólogos incrédulos; mas esta es una escuela que se debe rechazar.

Ahora bien; no abandonando la arqueologica física ni la antropología, nuestros impugnadores se trasforman en geólogos apasionadamente. Tal es su refugio último; mas viene á ser de tal naturaleza que les sirve de roca y de ciudadela inexpugnable.

(1) Pallmann, *Die Pfahlbauten*.

(2) Nicolás Tommaseo. *Lo sério en lo grato*; parte primera: *Las tradiciones bíblicas y la ciencia moderna*.

Firmes, por tanto, en inquirir, y alegres ya en parte por hallar, toman mucho mayor atrevimiento y resueltamente penetran en el seno de la tierra: van más bajos que Orfeo cuando buscaba la esposa, y más bajos que Alighieri cuando realizaba el tenebroso viaje, haciéndose peregrinos subterráneos y exploradores porque buscan al padre; por lo que hace á los lugares donde lo buscan, estos son más hórridos y más intrincados que los mismos lugares dantescos.

Figuraos con el pensamiento, allí abajo, entre aquellas sombras fastidiosas, los ardidísimos viajeros.

Entran en las tumbas, en las hornagueras, en terrenos inmediatos al mar; pasan á las cavernas y á los deltas, descienden á las habitaciones lacustres; no hay sitio donde no huelan; no hay profundidad telúrica donde no intenten penetrar; visitan los «kjokkenmoddings» los «packwerhbauten,» los «pfahlbauten,» los contrafosos, las pocilgas, las cisternas, los abismos de uno y de otro país. Quiere decir que subterráneamente dan vueltas por la Suiza, por la Francia, por la Dinamarca, por la Inglaterra, por la Prusia y por la España; tú Italia mía, que por Bruno fuiste llamada *cabeza y diestra del globo*; pero que en realidad fuiste además una célebre sepultura de vivos, sientes cómo se pasean y trabajan los obreros infatigables de la geología en tus grutas, en tus pozos, en tus cementerios, es decir, dentro de tus entrañas. ¡Gracias sean dadas al cielo! No queda frustrada la fatiga cruel. ¡Mucho más que armas de piedra! ¡Mucho más que armas é instrumentos de bronce ó de hierro! Encuentran huesos y residuos de vetustísimos esqueletos. Se levanta uno con la cara tiznada y las manos llenas de fango, diciendo á voz en grito: «Aquí está; la he hallado; es una canilla *prehistórica*. Otro vibra los dedos, como si agitase una lanza delante del enemigo, exclamando: «No la veis. La he hallado yo; es una quijada *prehistórica*.» Está bien; quijadas, narices y canillas *prehistóricas*; pero ¿de quién son estos restos del esqueleto? ¿De un pájaro, de un pez, de un animal, en suma, ó de otro viviente más exquisito y perfecto?

En una ocasion tué presentado á Gian Gaspero Lavater, el fisonomista infalible, un retrato para que lo adivinase: Lavater miró el retrato y se fijó mucho en él gritando: *Veo al famoso Herder*. Se confundió el fisonomista infalible, porque aquel retrato era de un facineroso ignorante, que por burla le había enviado Jorge Zimmerman.

Con frecuencia el juego se repite tratándose de estos señores, con la diferencia de que la equivocacion resulta al revés; no se trata de lo más noble á lo menos noble, sino de lo contrario. Citaré un hecho conocido por los geólogos. Juan Sheuchzer, llamado en 1725 á decidir sobre un esqueleto incrustado en una piedra que se había encontrado en-

tonces cerca de la aldea de Eningen, lo examinó declarando lo siguiente:—El esqueleto de un hombre muerto en las aguas del diluvio de Noé. Alegre con tal descubrimiento, publicó opúsculos ó libros á fin de anunciarlo, y de asegurar al mundo lo que decía. Accedieron los doctos, dando á aquel raro «exquisto» el nombre científico de «Andrias Sheuchzeri.» Más no pocos, habiéndose puesto á examinar detenidamente á su vez y á estudiar bien el esqueleto, acabaron diciendo que aquel hombre fósil no podía haber sido víctima ni testigo del diluvio, por haber vivido y muerto mucho tiempo antes que Adán; en su virtud les pareció bien mudarle el nombre, y le llamaron preadamita.

Ahora bien; ¿no sabeis, señores que, habiendo vuelto á examinarlo otros doctos, se hizo un último descubrimiento, respecto del cual no pudo quedar duda, por las pruebas de Pedro Camper de Leida? Aquel pobre preadamita no era en realidad sino una salamandra.

¡Con cuánta vergüenza, aun en nuestros días, la geología se ve obligada á engullir cosas semejantes! Nos dicen: es una canilla prehistórica, ó una quijada prehistórica, añadiéndonos: «aquella canilla ó aquella quijada, no es de animal, sino de hombre.» Acuden los doctos y observan, afirmando los unos y negando los otros; vuelven á estudiar, y observan mejor otros sabios, concluyéndose como en un principio... con la salamandra.

Por consiguiente, negais la existencia del hombre fósil, me preguntan los paleontólogos con la frente arrugada. Yo no niego la existencia del hombre fósil, ni lo admito ahora: los secuaces de Cuvier se empeñan en no reconocerlo; pero yo no. Conservadlo si os place. Digo sí, y sostengo que sois curiosos y divertidos, teniendo además una vista hiperbólica, cuando, poniéndome en medio á vuestro hombre fósil, me lo quereis suponer de muy vieja estampa, hasta el punto de considerarle preadamita.

Mis razones son estas:

No estais de acuerdo; aunque geólogos no católicos, ni cristianos, sino incrédulos, os dividís en dos, en tres ó en cuatro sistemas y escuelas: disputais sobre la cualidad de los terrenos, tomando, por ejemplo, los terciarios por los cuaternarios; disputais sobre la realidad del estado fosilífero, en los objetos encontrados; los unos quereis el tiempo prehistórico sin los fósiles; los otros predicais los fósiles sin hacer necesario el tiempo prehistórico. No os comprendo; pero entiendo perfectamente la Sagrada Escritura, la cual me habla claramente, de una manera franca, terminante, sin disputas y sin interés, diciendo:—Dios creó el hombre en el sexto día de la creación—entendiéndose que el

hombre creado por Dios es el primero de todos los hombres: su palabra es religiosamente dogmática y filosóficamente axiomática. ¿A quién debo creer? ¿A quien me habla con el pleito pendiente, ó á quien enseña con un afirmacion? Hay más; si en mis indagaciones no me ciño á vosotros, y miro á todos los teólogos, encuentro que la mayor parte se ponen de acuerdo en los puntos fundamentales con la Biblia: los hallo, pues, creyentes; estos creyentes, que por estudio y por ingenio tienen tanto como vosotros podeis poseer, dándome la razon, os condenan á vosotros. Por añadidura, la Biblia goza las aprobaciones, no sólo de los simples geólogos, sino del inmenso número de los sabios; goza las aprobaciones de los pueblos, tanto católicos como protestantes. Pregunto nuevamente: ¿A quién creer? ¿A los pocos ó á los muchos? ¿Al individuo ó al género humano?

En favor mío aumenta el argumento.

Al darme al hombre prehistórico, y sobre todo al dármele preadamita, vosotros caeis en las burlas, en las extrañezas y en las salsas dignísimas de la comedia. No son pocas vuestras burlas de que yo hablo, entre las cuales no se debe omitir aquélla, segun la cual vuestro hombre preadamita y fósil era de muy pequeña estatura. ¡Cosa increíble! Cuando la naturaleza en aquellos tiempos remotísimos se sentia jóven y gozaba de la efervescencia de sus fuerzas; cuando, como habitantes del mundo incipiente, aleaban, segun vosotros decís, lagartos grandes como ballenas, y pájaros, cuya huella dejada en algun sitio, es doble que la del caballo y del camello, encontrándose los reptiles grandísimos y los *pareseux* colosales; ¡os parece óbvio y conforme con todo lo demás el hombre pequeño y enano! Si; aquellos primitivos hombrécillos, muy hermosos contemporáneos del gran oso, del «dinoterio» y del «iguanodonte,» bestias gigantes; aquellos hombrécillos que actualmente serian descartados de todas nuestras quintas militares, y creidos no á propósito *para hacer la Italia*, tuvieron entonces por la naturaleza el honor altísimo de ser progenitores é hicieron el mundo. ¡Ah! ¡Si no hay una befa que mate, propongo yo el premio para otra mejor! Empero vosotros, generosos, para comprobar vuestro descubrimiento, me mostrais con el dedo ignoro qué esqueletos entre los más antiguos que tienen pequeña dimension y cráneo «dolicocéfalo,» es decir, prolongado y estrecho, como es propio de los seres toscos é idiotas; me mostrais igualmente las armas de piedra cortadas y cortas, lo cual revela que las manejaron manos pequeñas. ¡Cosa creible á la verdad! Quien enterrados en el suelo encontrase nuestros pequeños cuchillos, los corta-plumas, los puñalitos y las pequeñas tijeras de nuestras damas, ¿diría acaso con razon que somos pequeños y que con pequeños dedos estre-

chamos, puesto que pequeños resultan tales instrumentos? Y el cerebro pequeño con las suturas fundidas, como el del célebre Lord Biron, ¿es indicio cierto de pequeña estatura? ¿Y qué decir del cráneo de forma «dolicocefala?» ¿Es prueba de persona idiota? Pobres romanos, napolitanos, sicilianos y sardos, entre los cuales abundan tales formas de cerebro. Formais cuatro generaciones de almas listas y poéticas; pero nuestros doctores os envian con desenfado como si fuérais groseras. Desapareced de las orillas italianas, y refundíos nuevamente en aquellos grandes antepasados que precedieron poco á la edad del diluvio, cuando los gigantes paseaban sobre la faz de la tierra; os empastarán nuevamente, haciéndoos renacer menos enanos y menos «dolicocefalos,» acomodados á la alteza de los tiempos modernos.

En las prosas florentinas está escrito que «el sonido de la tibia cura al entusiasmo.» Permitidme que lo diga: Nosotros, señores, hemos tocado la tibia; hemos procurado que por sí se oyera el son del raciocinio de la observacion exacta y de la advertencia fraternal; es de creer que los paleontólogos incrédulos hayan quedado curados de su locura. Lo ignoro; por otra parte, el demente de Horacio se quejaba del que le habia devuelto la salud, por ver que le habian quitado el continuo gusto de los fantasmas de su estado anterior. Siguiendo, pues, el furor de la imaginacion desordenada y déspota, los caprichos, las patrañas y las necesidades no pueden menos de abundar en la paleontología; sintiendo nosotros que nos atruenan las orejas con el grito del hombre prehistórico, damos al problema esta primera solucion: ¿Existe el hombre prehistórico? En las fantasias de los incrédulos paleontólogos sí; mas esta se una escuela que se debe rechazar.

Pongámonos ahora á razonar sériamente.

Aun cuando la paleontología dé vueltas por el terreno removido, debiendo ser por su naturaleza un hervidero de hipótesis ó de opiniones, y un semillero de disputas, estudiando ella mucho, y poniendo los medios, puede de vez en cuándo inquirir algo firme y mandar á sus apasionados no siempre burlados ó desmentidos. A esto llega cuando abandona los hervores de muchacha, y las rabias de incrédula, considerando el hecho simple hecho, sin componer con él una teoría, y sin fabricar sobre él un mundo de conjeturas y caprichos. Entonces sus juicios tienen peso y son dignos de crédito, porque todos ven que tienen tal carácter que se ajustan á la verdad. Hé aquí por qué dejamos las ligerezas de los paleontólogos, continuando más tranquilamente con la paleontología: examinémosla en lo que posee de admitido y establecido; preguntémosle, en cuanto es ciencia, y no en cuanto es pasion;

preguntémosle, relativamente á nuestro asunto, si el hombre prehistórico ó bien preadamita se encuentra. ¿Se encuentra en las conclusiones ciertas de la paleontología? No, siendo esta escuela á la cual es preciso atenerse.

Primera conclusion cierta, absoluta, que la paleontología ha podido sacar es ésta; el hombre prehistórico es falso en su concepto «genesíaco» y tradicional.

Enseñan los locos que los primeros vivientes ó aquellos hombrecillos de que hablamos más arriba, eran devoradores y caníbales; se comían el uno al otro perdidamente; el padre y la madre se manducaban á los niños; los hijos, cuando llegaban á ser grandes, se tragaban y digerían á los padres. Sin embargo, con alimento tan pingüe y tan delicioso, seguían siendo hombrecillos durante mucho tiempo. Comenzamos, pues, de tal manera. Empero, ¿cómo es que nosotros, pensando en la antropofagia, sentimos que nos conturbamos y que nuestra alma se irrita? Para que comprendamos esto, los locos nos enseñan nuevamente que los hombres devoradores y caníbales, cesaron de ser tales, en virtud de un progreso lentísimo. ¡Quién sabe cuántos millones de siglos se necesitaron! Con todo, finalmente, progresando despacio, pero con movimiento uniforme y continuo, el hombre, no siendo ya antropófago, odió aquel uso salvaje, mirándolo con horror.

Pues bien; para desmentir esta doble enseñanza, la paleontología dispone de la antropofagia antigua y del progreso de los pueblos, uniforme y continuo.

La desmiente la antropofagia. ¿Qué pruebas nos aducís? Algunos huesos humanos descubiertos en antiguos escondrijos con arañazos ó aplastados, y frecuentemente confundidos con huesos de animales; Capellini, Regnolli, Pigorini, Lombroso y Vogt no nos presentan demostraciones que valgan más. Empero esto no dice nada: ¿acaso muestran los huesos arañados ó rotos por la mano del hombre que realizase tal injuria? ¡No indican más bien cuál es su origen aquellos huesos frecuentemente mezclados con huesos de animales?

Aun cuando hubiera sido verdaderamente la injuria del hombre, pudo ser el matador un hombre cruel y vengativo, pero no antropófago. Más aún; admitido que tuviérais indicios evidentes (y no los teneis) de antropofagia, autores de esta podían ser hombres ó pueblos particulares, sin que fuese antropófaga toda la progénie humana. ¿Acaso somos todos antropófagos los hombres del siglo XIX, porque aún hoy existen tribus antropófagas en los países bárbaros del Africa, de América y de Oceanía? Lombroso, en algunas pocas etimologías de las lenguas oceánicas, y más en el sanscrito *gur*, parecía haber encontrado que una

misma cosa para las gentes aquellas significaba *el vencer que el comer* (1). Optimamente: los vencedores comen, dando un banquete abundante y pomposo; pero, ¿se ha dicho acaso y habeis encontrado, que aquellas gentes victoriosas comian hombres?

Entre tanto hé aquí lo que de cierto encontró la verdadera y sabia paleontología. Entre los monumentos que se nos presentan para inferir la realidad del tiempo prehistórico, dos se destacan sobre los demás y sobresalen, complaciéndonos mencionarlos aquí, habiéndolos omitido en otro lugar: las inscripciones cuneiformes de Ninive y la gran pirámide de Sopha, maravilla del Egipto. Segun estos dos monumentos, nos transportamos á las edades antiquísimas anheladas por los locos y por los incrédulos: con la pirámide de Sopha, llegamos, segun William Osburn, á dos mil años antes de Cristo, ó bien á cinco mil si nos atenemos á Lesueur, á Renan y á Mariette; con las inscripciones cuneiformes de Ninive vamos tan allá, que no lo sé decir, ni lo saben bien los demás. Baste afirmar que nosotros encontramos cerca á los primitivos enanos: ahora bien; son caníbales. Son devoradores brutales enteramente salvajes.

La inscripciones cuneiformes de Ninive, conservadas en el Museo Británico é interpretadas por los eruditos, tienen un tesoro de sabiduría colocadas con su íntima significacion; dan fé de la profunda sagacidad del que las compuso, así como de la cultura del pueblo, entre las que poníase á leer y á meditar. En cuanto á la gran pirámide de Sopha, Sophis ó Cope, además de ser estupenda por sus dimensiones, por su volúmen, por la solidez incomparable de su estructura, resulta aún más rara, y casi prodigiosa, por los misterios que nos revela, hasta el punto de que el célebre astrónomo Piazzí Smyth enfáticamente la dota con el carácter de *intelectualidad*, hallando en ella una obra eminentemente científica, que compendia sus grandes secretos geométricos y astronómicos, que descubrieron con pasos tan tardos y con tanta fatiga las generaciones posteriores, olvidadas del primitivo saber. ¡Creed ahora en los antiguos caníbales todos devoradores! ¡Repetid con seguridad las chanzas de los incrédulos! La misma antigüedad que invocan los condena.

Desmiente la paleontología con igual fuerza la otra parte de la enseñanza de los locos, referente al progreso. Quieren estos que el hombre, principiando en el estado salvaje, transforme sus costumbres y sus modales, progresando lentísimamente sin pararse nunca, de modo que, tanto bajo una zona como lanzado al opuesto polo, va adelante llegando

(1) Lombroso, *El hombre blanco*.

á la más conspicua cultura: para probarlo nos hablan de las artes primeramente toscas ó pesadas; pero por fin refinadísimas. En su virtud para ellos progresar es una ley no interrumpida é inexorable de la humanidad. Especiosas palabras que se resuelven igualmente en chanzas y en utopía. La paleontología toma por compañera á la historia, opone los hechos y asegura lo contrario.

Válgannos los ejemplos de las edades más conocidas.

Cuando Cornelio Tácito escribe los libros de sus anales, una gran oposicion existe entre los Romanos y los Germanos; Roma ha llegado al ápice de la cultura. Los Germanos por el contrario viven casi aún como nuestros aborígenes en el tiempo de la piedra; nada saben de agricultura, ni viven en ciudades, sino en casas y tugurios aislados; no ponen mesa, sino que se alimentan con frutas silvestres, apacentándose con salvajina. Por consecuencia el progreso no es en todas partes uniforme, ni camina en los pueblos con paso igual. Esto es poco. Los habitantes de las cábilas proceden de los Romanos ó de los Moros que huyeron de la España, como se infiere de los monumentos encontrados cerca de ellos; sin embargo, actualmente nada tienen de la cultura romana ni áun de la árabe, con la cual enriquecíanse los turcos en la península ibérica. Los habitantes del Dahomey proceden del Egipto, como resulta de su lengua, de la religion y de otras costumbres públicas; nada sin embargo conservan hoy de aquella cultura que existía en su vieja patria cuando la dejaron. Por consecuencia el progreso no se trasmite por ley necesaria de un país á otro; mucho ménos tiene título absoluto de herencia. Esto es poco todavía; volviendo á los tiempos grandiosos de Roma, vemos dos cosas relevantísimas. La Grecia, á medida que Roma se levanta, decae: decaen sus letras, decae su filosofia, decaen sus artes y decaen sus triunfos marciales. Esparta pierde sus Agidas, los Leonidas y los Agesilaos; Atenas sus Temístocles y sus Trásibulos, viniendo á ser sierva de Roma. Por otra parte, Roma que subyuga á la Grecia, no puede conservarse á sí misma, y decae también. Decae antes de que los bárbaros la hieran, como se puede ver en el periodo que trasecurrió desde Augusto hasta Diocleciano. Por consecuencia el progreso no es continuo. Quedan desmentidos los paleontólogos dementes y sin fe religiosa, que defienden la opinion contraria: el hombre prehistórico es falso en su concepto «genesíaco» y tradicional.

Segunda conclusion cierta que ya se sacó de la paleontología es que el bendito y trillado hombre «antehistórico» no se puede determinar de ningun modo en cuanto á las pruebas que nos dan los trompeteros del mismo.

No se podrían sacar mejor de otro sitio que de los experimentos geológicos las pruebas directas y más gallardas de su veracidad; empero nosotros descubrimos que los tales atormentan á la geología á fin de que hable y descubra sus recónditos secretos; los descubrimos probando terrenos é inquiriendo los fósiles y las petrificaciones, de donde es forzoso que salga fuera bello y seguro el hombre prehistórico. Empero no sale hermoso ni feo, cuando se procura poseerle de una manera determinada. Os afanais vanamente, dice la paleontología, para darme la certidumbre de su existencia: tenéis varias y muchas suposiciones; pero no pruebas apodicticas.

A la verdad, los terrenos donde se encuentran huesos humanos son tales por su naturaleza, que no nos permiten recoger deducciones seguras. Tales terrenos presentan la huella de grandes trastornos, por los cuales quedaron fuera de su sitio y confundidos entre sí: su suelo quedó enaltecido ó rebajado, no habiendo quedado aún concluida la operación en todas partes; lo cual es visible en los presentes dias, para nada decir de estos lugares, en la Grcelandia meridional, que va bajando continuamente, y en la Suecia del Norte, que va subiendo cerca de un metro cada siglo. Siendo, por consiguiente, tal la mezcla de los terrenos, los cuales son tumbas para los huesos del hombre, sucede que los huesos mismos debieron ir mezclados y confundidos, quedando trasportados aquí ó allá sin orden fijo: ¿con qué certidumbre se puede decir que los huesos ahora encontrados en un terreno donde hay indicios de época antigua, estaban allí primitivamente colocados? ¿Puede nadie librarne de la duda de que en la confusión larga y universal no fueron trasladados á tal parte? Fuera de que Babinet, con limpidísima teoría, demostró que la mutacion de los ríos, que tienden todos lentamente á dirigirse á la derecha en el hemisferio boreal, trastorna todas las teorías sobre la coexistencia de los séres sepultados en la misma arena.

Mas ¿y las petrificaciones? ¿No vale tanto hallar huesos petrificados, que tener la prueba de antiquísima obra?

De ningun modo. Advertimos ya, entre burlas y bromas, en nuestra parte primera, que los fósiles no corresponden á la expectacion; ahora es preciso fortalecer el discurso. Las petrificaciones dicen cosa antigua, no siempre antiquísima. Cuando, en tiempo de Francisco I, se encontró el tronco de un árbol enteramente petrificado, el Emperador ansió saber cuánto tiempo un árbol de aquella clase debía continuar en el suelo antes de que se trasformara en masa de piedra. Recordaron entonces los naturalistas de Viena que Trajano el Emperador había mandado echar, cerca de Belgrado, un puente sobre el Danubio, del cual aún se conservaban visibles en el agua pedazos de madera. Con permiso del

gobierno turco, fué sacada una de aquellas pilastras y conducida á Viena. En medio se encontró incólume, y exteriormente, alrededor, por la grosura de media pulgada, petrificada y convertida en ágata. Ahora bien; puesto que hacia 1.700 años que aquel tronco de árbol estaba en el Danubio, fué manifiesto el tiempo necesario para la petrificación aquélla. Aún existen otras petrificaciones que se realizan en más breve tiempo. En la América se hallaron troncos de árboles cambiados en fósiles; evidentemente aquellos árboles habían sido tocados primero por las hachas europeas, habiendo pasado así, en pocos centenares de años, por todo el proceso de la petrificación. Coyunturas diversas, pertenecientes al aire y al suelo, apresuran ó retardan las petrificaciones; no hay en esto nada seguro. El tiempo recorre con ala versátil el mundo; unas veces pide muchos siglos para impedir sus huellas, y otras le bastan pocos. Una corriente de lava, que en tiempo de Tucídides salió del Etna, permanece aún hoy desnuda y estéril, casi sin rastros de tierra donde puedan brotar las yerbas y los árboles. Los geólogos, mirando esto, podrían decir: se necesitan, pues, á lo menos, unos veinte siglos, á fin de que una corriente de lava quede cubierta de tierra fértil y de verdura; en su virtud, si se encontrasen diez de tales corrientes en su superficie de tierra vegetal, sobrepuestas las unas á las otras, deducirían que el volcan había estado en actividad veinte mil años. Quedarían burlados; porque el cálculo, si bien es muy sencillo, es falso. Ved lo que pasa en Herculano; sólo hace diez y ocho siglos que está sepultado, y aparece ya cubierto otra vez por seis de tales estratos, los cuales son en parte de lava, y en parte de terreno vegetal, así como varias materias salidas del Vesubio, y aún del Etna, según recuerdan los hombres, resultan muy á propósito para el cultivo.

Siendo así, si en las petrificaciones falta la certeza para deducir la antigüedad extraordinaria; ¿cómo se explica que Liell, el grande y celebradísimo Liell, maestro en este asunto, nos diga que el hombre debe estar en la tierra hace cerca de cien mil años?

Señores; los antiguos sábios habían intentado fijar la edad de nuestra raza por la vía geológica. Liell, en una obra suya primera, *Los principios*, considera enteramente una temeridad la circunstancia de haberse dedicado aquellos doctos á la solución de un problema tan intrincado, sin haber recogido numerosos hechos; él mismo además dudó no poco tiempo antes de publicar el conocido volumen sobre la materia, y no quiso desconocer la dificultad de un cómputo geológico sobre la edad del género humano. Ahora bien; mientras esperaba para escribir su libro, habiendo llegado á él Morlot, le manifestó el cómputo inmenso que sacaba de la edad de las empalizadas, habiendo contestado Liell al

amigo: «Alguno debe tener el valor caballeresco de principiar (1).» ¿Oís? Considera el cometido de reducir á cifras un período geológico empresa tan difícil, y por consiguiente con tan poca esperanza de éxito, que se requiere no sólo doctrina, sagacidad y circunspeccion, sino tambien valor caballeresco para dar el primer paso en este lúbrico y peligroso sendero. Básteos esto. Cuando Liell hace de caballero andante, nada determinado nos ofrece, ni quiere ser considerado rigurosamente docto.

Tercera conclusion cierta de la paleontología es ésta; que el hombre prehistórico no puede llamarse prehistórico verdaderamente, si consideramos los resultados conseguidos hasta hoy.

Confesamos que hay terrenos en los cuales se hallaron antiguos huesos humanos. Ahora bien; es preciso ver á qué edad pertenecen tales terrenos; ¿son acaso del período azóico, es decir, terrenos como los llaman de *transicion*? No. ¿Son acaso del período paleozóico, esto es, terrenos de *sedimento*? No. ¿Acaso del período mesozóico, que abraza los terrenos de conchas y de formacion de creta? No. ¿Es que los antiguos huesos humanos encontrados se refieren al período cenozóico, el cual se resuelve con diversos nombres en los terrenos terciarios? Aquí hierve la cuestion. Collomb, Desnoyers, Bourgeois, Delaunay, Dupont, Mortillet, sostienen la existencia del hombre terciario; por el contrario Pictet, Marcel de Serres, Stoppani, Favre y con ellos hasta Liell y el mismo Vogt no lo admiten. Sobre lo cual Luis Figuiet escribe resueltamente: «Solamente opondremos un argumento á la conjetura de la existencia del hombre durante la época terciaria. Es verdad que fueron encontrados restos de humana industria dentro de los terrenos pliocénicos; pero aún no fué encontrado un sólo hueso humano. Sólo cuando se descubra en los depósitos terciarios algun residuo de esqueleto humano, aunque únicamente sea una falange, podráse afirmar con certidumbre la existencia del hombre durante los períodos terciarios (2).» El mencionado abate Stoppani, el más ilustre geólogo de la Italia, demuestra que «si en Francia y en otras partes de Europa el hombre es cuaternario, en Italia seguramente la aparicion del hombre primitivo, además de ser pos-terciaria, es posterior á la retirada de los antiguos hielos (3).» El profesor Gastaldi, cuya autoridad tendrán en mucho nuestros adversarios, afirma lo siguiente: «Hasta hoy y no obstante los esfuerzos de algunos doctos para demostrar lo contrario, no parece probado que haya el hombre preexistido en la época en que se formaron los de-

(1) *Bibliothèque universelle, Genève, 1862, arch. XIII, 313.*

(2) L. Figuiet, *L'homme primitif, Introduction.*

(3) A. Stoppani, *Corso di geologia, Milan, 1871-72.*

pósitos diluvianos, que precedieron y acompañaron la grande extension de los hielos. Existen sin embargo algunos escritores que, fundándose en observaciones que no corresponden á la importancia del asunto, pretenden hacer subir la existencia de la raza humana hasta la época *pliocénica ó miocénica* (subdivisiones de la terciaria)... Ninguno de los descubrimientos, ninguno de los hechos hasta hoy divulgados nos autorizan para tal suposicion. Es preciso, pues, aseverar con el doctor Husson que «el hombre es de una época mucho más reciente que los antiguos paquidermos.»

Hay más aún, á fin de que cuanto asentamos más adelante permanezca firme. ¿Quereis conocer el hombre prehistórico y acreditaros ateniéndoos á los resultados que ya se obtuvieron? De ninguna manera os está permitido esto, porque los resultados quedan envueltos en discusion grande y penden á lo peor: por consecuencia lo que hay de cierto es que el hombre, que vosotros calificais de prehistórico, no tiene verdadero derecho á tal denominacion.

La cuarta conclusion cierta, certísima á que llegó la paleontología es que el hombre prehistórico, además de ser falso en su concepto, no determinable por las pruebas, ni asegurado por los resultados, es repellido por la conciencia humana en atencion á las impresiones psicológicas y sociales que lleva consigo.

Me opondreis que la paleontología, en cuanto es ciencia, no se debe ocupar en esto. Mas yo digo: si es ciencia precisamente y doctrina sumamente apreciable; si es un entretenimiento digno del hombre, preciso es que no ultraje al hombre en lo que posee de más precioso, de más íntimo y de más vital. Algunas ciencias, como son las físicas especialmente, no tienen por inmediato intento la cultura de la inteligencia, ni la educacion del corazon; con todo, deben ser tales que iluminen el entendimiento en lugar de ofuscarlo, y que alegren el corazon en lugar de en tristecerlo. En faltando á esta mision, las corte como hojas parásitas, ó como bastardas raices del árbol genealógico de las ciencias. En los tiempos de Robespierre, el director de la guillotina de París, cortó las cabezas de los ciudadanos; ¿es un filósofo! ¿Ennoblecere yo su profesion con el nombre de ciencia? Ahora los *comunistas* (raza tambien de filósofos!) tienen la manía de incendiar nuestras ciudades. ¿Los llamaré sabios y doctos? Por lo tanto, es evidente que la ciencia, sea cual sea, no me debe corromper. Pues bien; la paleontología, en cuanto es ciencia, con el hombre prehistórico se irrita, lo niega y lo daña, porque halla con certeza este hombre, relativamente á las impresiones psicológicas y sociales, muy homicida. Es un verdugo (perdonadme), un *incendiador* del alma humana.

Recibí un día una carta escrita con papel de luto: abrí y tenía debajo el nombre de un viejo amigo mío; temí la muerte de alguno de su familia; pero á otra cosa tendía el luto de aquella carta muy extensa, que decía lo siguiente:

«Leí en cuatro diversos idiomas, inglés, francés, alemán é italiano, diez ó doce escritores prehistóricos: sentía charlar tanto de ellos que me vino un deseo loco de su lectura. Aun cuando creyente y católico, esperaba yo encontrar cosas nuevas, grandes y aun deliciosas, en las novelas que ahora se hacen del mundo primitivo. ¡Cuán engañado quedé! Deje que para desfogue del alma derrame yo en este papel para usted las impresiones morales sacadas de la lectura.

»Debo principiar con el segundo verso de Dante, sin omitir el que sigue: «Me encontré en una selva oscura.» A la verdad, habiéndome puesto á inquirir los primeros hombres comparecidos sobre la tierra, los aludidos escritores me hacen entrar en una gran selva, completamente áspera y selvática; allí hay una profunda gruta, acá una espantosa caverna, llanuras incrustadas de hielo y montes que vomitan fuego; por una parte el grito del gran oso, y por otra el ronquido del mam-mout. La fauna y la flora de los tiempos cuaternarios que para los autores «prehistóricos» es ya una época muy libre de nieblas y casi la primavera del hombre, no nos llena ménos de tristeza y de horrores. Paciencia, si me trasportasen á un j6ven mundo risueño por sus yerbas y sus flores, en el cual se oyen hermosos pajarillos, precisamente en una de nuestras primaveras limpidísimas y bellas, donde se enciende el estro y la poesía es el lenguaje que se habla. Empero tener que ser arrojado allí, donde tengo el terremoto bajo los piés, el silbido en las orejas, el coco á la vista y un cielo maldito sobre la frente, cosa es que no se puede sufrir. ¿Y qué hacen los hombres primitivos? Luchan; desesperadamente luchan con todos los elementos que furiosos están, con los animales que se desencadenan para devorarlos, y consigo propios: no se aman de ningun modo, sino que se hostilizan y se detestan: semejantes á las bestias de Horacio, trepan por los barrancos: mudo y s6rdido rebaño de vivos, se disputan las bellotas y el cubil, primeramente con las uñas y los puños, despues con los bastones, y finalmente con las armas que la experiencia enséñales á fabricar.

»*Oh poca nobleza de la sangre nuestra!* Retorno así á los versos de Alighieri: esto les gritaba desde su paraíso mirando á la tierra. Los poderosos personajes del paganismo se hacían dioses, y recuerdo haber leído, ignoro dónde, aquel pasaje de Varron: «Es útil á la ciudad y á los amigos grandes reputarse engendrados por los dioses y sus hijos:» los autores prehistóricos, por el contrario, aunque nacidos en la

Cristiandad, quieren haber sido educados por las bestias y reputarse partos suyos. ¡Cuán diversamente la antigüedad es comprendida por los unos y por los otros! Empero, ¿quién la entiende mejor? Endiósome, si vengo á ser pariente de Dios: si equipárome á las bestias, me «bestializo.» ¡Oh progenie rústica! ¿Te place esto?

»Segun dicen, el Eden ó el paraíso terrenal de Moisés, es una insípida leyenda; una fábula.

»Si me asomo yo al umbral del Eden, hallo la familia de los animales obediente al hombre; y el hombre, señor del mundo, es feliz: gusta días de inocencia y de paz. Entonces se peca, ya que fué creado libre el hombre, y no queda el pecado impune. Tiene divinos reproches, y el hombre se arrepiente; á su dolor acude la divina misericordia y dispónese á renovar el mundo. A la penitencia de Adan sucede Jesús Salvador, y á las lágrimas de Eva la sonrisa de María. ¡Una fábula el Eden y una leyenda insípida! Yo entro en el Eden con Juan Milton, y canto el poema más sublime de la Inglaterra. ¡Qué digo! Entro en tiempo más vetusto con todas las humanas generaciones, tomando allí la edad del oro, lo bello de las teogonías y el primer hilo real, no fantástico, de la historia.

—»Frecuentemente, amigo mio, he considerado una cosa, que aquí someto á vuestro parecer.

—»Nosotros, ciudadanos del siglo XIX, tenemos un mal genio que nos arrastra; el genio de lo caprichoso, de lo horrible y de lo nefando. Quiero daros una prueba sacada de las bellas artes. Hace pocos meses visité las bibliotecas y los museos de Venecia, de Milán, de Bolonia, de Florencia y de Pisa. No hallé cuadros grandiosos y amables, pintando heroicas virtudes religiosas y patrias, ó describiendo la paz doméstica: encontré, por el contrario, pinturas y cuadros, si quereis, eminentemente artísticos y de gran valor; pero que representaban lo espantoso y lo feo: un Conde Hugolino, que muere de hambre con sus hijos en la maldita torre; un Alejandro de Médicis cosido á puñaladas, envuelto en su colcha empapada en su misma sangre; la barca de Caronte, episodio del infierno de Dante, que atraviesa el tenebroso lago; un Lippi, que se apodera de la jóven del monasterio; un Júdas, que ata en el árbol la cuerda y se ahorca; un Francisco Cenci, asesinado por su hija Beatriz y por su esposa, que sin embargo son ménos impías que él; un Baglioni Malafesta, traidor de Florencia; un Conde de Carmagnola, conducido al suplicio con la mordaza en la boca; pero con los ojos tan furibundos, que se le oía decir con ellos á Venecia: *¡Te maldigo!* Estas cosas que descubrí yo y que os recuerdo, son obras sin excepcion de pintores vivos. Yo pensé: ¿de dónde puede proceder que, abandonados los temas

de lo magnánimo, de lo gracioso y de lo inocente, nos plazcan tanto los asuntos deformes? ¿Por qué no nos conmueve ya el ejemplo de la virtud ni nos exalta? ¿Por qué poseemos el ingenio sólo para retratar el delito? Vine fácilmente á la conclusion esta; que libros, periódicos y enseñanzas de escuela, en gran parte informados hoy en las indecencias y en las atrocidades de los tiempos prehistóricos, apagan en nuestros pechos la llama de la verdadera hermosura, manchan nuestra fantasía, nos hacen, por último, idóneos para abrir museos más acomodados al gusto de los bárbaros que al de las personas civilizadas. Me parece natural: se retira Dios; se retiran los ángeles, Adán, mundo sobrenatural y celeste, penetrando los sicarios, las asesinos, los bestias y los demonios.

—»¡Ay de nuestra especie si el juego criminal no se interrumpe! Nosotros, si bien muy lejanos de los hombres primitivos, no podemos ser de aquellos sustancialmente diversos; no puede ser diverso el corazón. Ahora bien; los primeros hombres, según la pintura que nos han hecho, se acometían, se devastaban, y se comían unos á otros recíprocamente. ¿Qué será si la brutal enseñanza de los periódicos, de los libros y de las escuelas se trasfiere á la familia? Tendrá la torpeza por cosa esencial, y por el contrario, el bien por accidental, como fruto de condicion civilizada que desaparece. Quedará, por lo tanto, persuadida de doctrinas crueles. Por esto los afiliados á la *Commune* gritan ya en nuestro país: ¡Viva la anarquía! ¡Viva el amor libre! ¡Abajo la familia! Algunas veces miro á mi buena mujer, como también la sonrisa que brilla en la cara de mis hijitos, y digo: Vosotros, amados hijos, y tú, cara mujer, sólo sois flores en el desierto. Avanzan los hombres devoradores, ó los hombres prehistóricos, y vosotros desapareceis. Vosotros, José, Antonio, y tú, Cornelia mía, nada sabeis; pero os lo aseguro: el mundo no puede durar así. La «prehistoria» tiende á engullir la historia. O volver á Dios, ó hacernos antropófagos de alguna manera. ¡Qué inmensa desolacion!

—»Predican á los cuatro vientos que no sólo el Génesis, y no sólo la Biblia, sino el Evangelio con ella, es una fábula y una mentira.

—»¿De veras? El Evangelio quitó la servidumbre é introdujo la fraternidad, promoviendo la civilizacion. La verdad, que alegra los ánimos, se debe á ella. ¿Es que tales bienes emanaron de una fábula? ¿Es hija la verdad de la mentira? Explicadme cómo esto es. Vosotros, que me vais refiriendo extensamente la fábula y la mentira del Evangelio, ¿no resulta evidente que con el regalo de un embuste quereis hacer feliz la presente y la futura edad?

—»Ven, Adán, mi primer y único padre, primera criatura humana,

colocada en la tierra por Dios; ven á llevar nuevamente la fé á estos degenerados hijos tuyos que la perdieron; ven á contarnos las maravillas del Eterno, á librar de la duda, y á realzar del fango nuestras doctrinas, á curar las heridas de nuestros corazones, á desvanecer la mentira moderna de los pretendidos antepasados; ven á decirnos cómo principió el mundo, cómo siguió verdaderamente, cómo debe aún existir y puede durar; ven á enseñarnos tu alabanza matutina á Dios y tu alabanza de la tarde, en aquel dulce sonido que con Eva proferiste allí el primer día de tu creacion. ¡Oh, Adán, Adán creado inocente y bello! Por tí tuvo principio, y por tí, una vez bien comprendido, puede vivir de nuevo la humanidad. —

Ha llegado el problema á la segunda solucion, que, señores, iba buscando. ¿Se halla el hombre prehistórico? No, en las conclusiones ciertas de la paleontología, siendo esta una escuela á la cual preciso es atenerse.

Hice hoy, señores, una obra enorme. ¿He tenido frente, valor y aliento para intentarla? He gritado contra el hombre prehistórico. Empero, ¿no hablan hoy con honor del hombre prehistórico los periódicos, los libros, las cátedras y las discusiones académicas de los doctos? ¿No ha venido á ser tal hombre acaso el ídolo del siglo XIX? He roto, por consiguiente, una lanza contra la ciencia, y he renegado del presente siglo. Es grande mi delito, que hallará su pena en la pública indignacion.

Siento la necesidad de disculparme y me disculparé. Sí; contra el hombre prehistórico he recitado mi discurso; pero ¿qué cosa hice yo en sustancia? ¿Acaso he anatematizado dentro de sus justos confines las investigaciones históricas? ¿He proscrito los estudios de los eruditos relativamente á la antigüedad? ¿He procurado ahogar en el corazon de los modernos el amoroso trasporte, que sienten por nuestros primeros antepasados? No, no; hombre de Iglesia, y férvido amante de la ciencia, no me reconozco culpable de tal pecado. ¡Gracias á Dios puedo levantar la frente sin que se tiña de vergüenza! Puedo decir: miradme y comprendedme: no está en mí el hombre que os deshonra, sino el hermano que os ama y que defiende nuestras comunes glorias.

El hombre prehistórico es voz nueva, que tiene diversa y aún contraria significacion.

Si me dices: Pongámonos á estudiar los tiempos á que no llega nuestra historia civil ó poquísimo conocida; pongámonos á inquirir los

orígenes de los Chinos, de los Indios, de los de Mongolia, de los Cafres y otros semejantes, te sigo, placiéndome la indagacion histórica sobre los principios de las naciones: enciéndome yo en el fuego antropológico de Juan Bautista Vico, disertando sobre la edad de los dioses, dá los héroes y de los hombres. En virtud de las indagaciones llego á cosa probable y verosímil; hago un estudio que, precediendo á la historia escrita, puede llamarse verdaderamente prehistórico. ¿Os parece que así no amo ó que repelo la ciencia? No.

Hay otra manera de considerar al hombre prehistórico. La edad del mundo, según el cómputo vulgarmente admitido, es para la estirpe humana de seis mil años. ¿No se podría aumentar esta cifra? Estudio y procuro verdaderamente hacerla mayor, y la Iglesia católica, teniendo la Biblia en la mano, no me lo impide. Verdaderamente, para los tiempos anteriores á Abraham, las variaciones que hallamos en los tres textos canónicos de la Biblia, el *Hebráico*, el *Samaritano* y los *Setenta*, dieron lugar á tres diversas cronologías, entre las cuales hay una diferencia de quince siglos, respetadas por la Iglesia en su varia interpretacion, permitiéndonos trasportar la más amplia el origen del hombre á cerca de ocho mil años atrás. ¡Qué latitud! Con la Biblia y con la Iglesia puedo, pues, ampliar á ocho mil años la vida del hombre sobre la tierra. ¿Y qué me dice la ciencia? El naturalista Pfaff concluye así los estudios hechos en la materia: «Todas las cifras, sacadas de naturales medidas de tiempo para indicar la edad del género humano, resultan sumamente inciertas: las más seguras no pasan de los siete mil años (1).» ¡Ah! para este doctor, que ni siquiera es católico, los cómputos de la ciencia no llegan aún á los años de la Iglesia y de la Biblia. ¿Podeis quejaros de mí? Tengo tiempo larguísimo para componer crónicas con toda comodidad, discurrir hasta historias relativamente al hombre prehistórico, dictar poemas y novelas.

Mas el hombre prehistórico de que hoy se habla, siendo idolatrado, es de muy otra especie. Tenga el género humano cien mil años de vida ó solamente ocho mil, esto propiamente no significa nada; lo que más importa, y el hecho único que á ser viene necesario, es que tal hombre prehistórico celebrado, debe ser anterior á Adán, que vivió bajo el sol en una época, á la que no se refiere la Biblia: debe ser un producto de la naturaleza, no creado por Dios, ni sometido á las leyes sobrenaturales, ó teológicas. Si esto se le quita, cesa el hombre prehistórico, desvaneciéndose así el antiquísimo y extraordinario mundo que habitó.

(1) Pfaff, *Die neuesten Forschungen*,

Bien, señores; es verdad que yo he combatido este hombre prehistórico, y que lo combato; mas, haciéndolo así, no siento que pese sobre mi frente vergüenza de infamia; véome, por el contrario, soldado de una empresa santa y piadosa. El hombre prehistórico, según nos lo describen sus defensores, nace ceñido ó estrechado por las férreas leyes de la fatalidad, y no quiero yo el hado que me gobierne; viva los primeros años estúpido, inerte, y durante mucho tiempo mudo. Yo quiero que brille la inteligencia sobre mi faz, y quiero prontamente oírle hablar: el hombre prehistórico se abre camino entre sus semejantes con el bastón y las armas de piedra; yo quiero abrirme camino con el amor y la virtud; quiero abrazar y no estrangular á los vivientes: el hombre prehistórico es bárbaro, y no quiero yo serlo; es antropófago, que se come á los hermanos, y no quiero yo devorarles.

He combatido y combato este hombre prehistórico: es una gloria mía. Hé aquí lo que condeno; no condeno, señores, la ciencia; rechazo los abusos de la ciencia, los delirios de la ciencia, y las atrocidades de la ciencia. Advertidlo bien; combatiendo al hombre prehistórico, defendiendo al hombre histórico. ¿No tengo razón si por lo que hacen otros me duelo, me enardezco y me irrito? ¡Oh demencia de mi siglo! Con el hombre prehistórico llegan á oscurecerme y arrebatarme las verdaderas grandezas de la estirpe mía; con ignoro qué humos de ciencia en el cerebro y en los labios quieren poner sombras en mi razón y arrastrarme á su secta. ¿Deberé rendirme y seguirlos? No puedo: contra tanta maldad se rebela mi alma. ¡Ah! Primeramente se me arranque la lengua de la boca, si me olvido yo de tí, oh bella criatura de Dios, y te hago despreciar por el mundo!

Expliquémonos mejor con un ejemplo clásico.

En el tiempo en que Jesucristo asombraba más á la Palestina con sus milagros, y más conmovía para las virtudes á las turbas, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo reunieron estrepitosamente un congreso; mas hicieronlo á fin de condenar á Cristo y darle muerte, así escribiendo el Evangelista: *Consilium fecerunt ut Iesum... occiderent* (1).

Señores míos; á vivir yo en aquel terrible tiempo y entre aquel pueblo; á recibir por añadidura el billete de invitación [para el congreso, ¿hubiese podido unirme á los Fariseos y á los ancianos del pueblo al condenar á Jesús? ¡Cómo! ¿Dar yo mi voto para quitarle la vida? Conozco muy bien á Jesús y condenarlo no puedo. Hubiese dicho: le ví cuando era niño reclinar la cabeza sobre poca paja, circundado por la cas-

(1) San Mateo, cap. XXVI.

tividad de María y la inocencia de las pastores, enamorando mi pobre corazón por ser tan bello á pesar de ser tan débil; le ví perseguido por el hierro de Herodes, fugitivo en Egipto, bajo las alas protectoras del Viejo y de la Virgen, como una idea de candor que se aparta de lo abominable; vuelto á la patria le ví como hijo del carpintero cansar sus tiernos brazos en el trabajo del taller: ¿deberé condenar á este niño, á este garzon, donde se recogen los tesoros del paraíso? No puedo. Jesús me ha nutrido con el pan de su doctrina celeste, me ha hecho conocer á Dios, me ha santificado la conciencia, y me ha revelado la vida futura. ¡Ah! Jesús, amor y delicia de los infantes, salud de los enfermos, y esperanza de los pecadores; Jesús, que perdonó á la mujer adúltera; que hizo mudar á la Magdalena de vida; que á Lázaro resucitaba del sepulcro, mandando á los vientos y á las tempestades, siendo más tierno que el corazón de una madre, más amable que un hermano, en los prodigios muy potente y vencedor del infierno; Jesús es el pensamiento de mi mente, la palpación de mi alma y la pupila de mis ojos, mi salvador y mi Dios: ¿y quereis que yo lo condene? No puedo. Jueces inícuos, que os juntásteis con propósito deliberado, que respirais rabia y sangre así en vuestros pensamientos como en vuestras palabras, ¿quereis que sea cómplice yo en el deicidio? Temblad, separaos y desapareced: adoro á Jesús, y la increpación mía se lanza contra vuestra cabeza.

Mudemos los tiempos, como también los jueces: hé aquí que se junta en Italia otro congreso semejante al primero de Jerusalem (1). Los doctos, los sabios y especialmente los naturalistas, que son los nuevos jueces, acuden al congreso de todas partes: aún ellos cuestionan sobre la vida ó la muerte de un hombre aborrecido; tienen aún ellos el propósito ya decidido de condenar: *Consilium fecerunt ut Iesum... occiderent*. ¿Cuál es este Jesús? ¿Cuál es la víctima designada? Es el hombre, que afirma ser creado por Dios. En el congreso de Jerusalem la gran culpa que atribuían á Jesús era que reputábase Dios, por lo cual á los Fariseos parecíales supérfluo buscar falsos testimonios para acusarle; el príncipe de los sacerdotes sin más levantábase con furor gritando: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ha blasfemado y es reo de muerte: *Quid adhuc egemus testibus?... Audistis blasphemiam... Reus est mortis* (2). Pues bien: los naturalistas, para condenar al hombre según Moisés nos lo presenta, es decir, al hombre que se jacta de tener de Dios su propia derivación, aducen las pruebas de su delito: poco es presentar contra él los falsos testimonios de los esqueletos humanos prehistó-

(1) Se alude al «Congreso prehistórico» celebrado en Bolonia en 1871.

(2) San Mateo, cap. XXVI, v. 65, 66.

ricos, muchos siglos anteriores á su pretendida creacion divina: esto y otro viene á ser inútil: *Quid adhuc egemus testibus?* En la boca lleva su condenacion; declárase á sí mismo reo de muerte, porque sostiene que fué colocado en el mundo por Dios: *Au listis blasphemiam... Reus est mortis.* Alegando tal delito suyo, lo condenan.

Ahora bien, señores; ¿puedo unirme yo á los nuevos Fariseos, es decir, á los incrédulos, naturalistas, sentarme con ellos en el congreso pre-histórico, y echar en la urna mi voto, para condenar al hombre creado por Dios?

En la historia he visto á este hombre creado por Dios, y colmó mi mente de maravilla. Le ví en los tiempos antiguos «antidiluvianos» pasar como una sombra, si bien lleno de gloria y de poder, poblando la tierra; crear una civilizacion, que produce en el mundo un fausto superabundante, cuyas reliquias buscamos aún trémulos, conservándolas cual tesoros. Le ví sobre la tierra innovada dar principio á una nacion electa, enlazar la augusta cadena de los patriarcas, de los profetas y de los capitanes, dictar la ley con Moisés, plantar la vara del sacerdocio con Aaron, tocar las trompetas omnipotentes con Gedeon, aterrar con David á los gigantes, alzar con Salomon el prodigio del templo santo, y con los Macabeos dar el alma por la patria: fuera de la electa nacion, he visto al hombre creado por Dios fabricando á Menfis y á Babilonia, á Tiro y á Sidon; fabricar los imperios del Asia, los santuarios de Egipto, las ciudades de la Grecia, la monarquía de Alejandro y la república de los Romanos; por añadidura, he visto la era nueva ó el hombre creado por Dios tomar avances insólitos y grandes, embelleciéndose á sí mismo, y cambiando el mundo en su propia faz; lo he visto con la cruz en la mano dar golpes á la idolatría y desvanecerla; dar golpes á la tiranía latina y derribarla; dar golpes al mahometismo y vencerlo; dar golpes á las herejías teológicas y proscribirlas; dar golpes á la barbarie boreal y triunfar de ella: parecía en un principio estar con Cristo sepultado en la tumba; pero despues se levantó bello, glorioso y potente, trasfigurado con Cristo sobre el monte. Tales fueron mis visiones históricas y tal el hombre creado por Dios. Ciertamente este hombre antes y despues pecó: abusó de su gracia, y contradijo las grandezas de su creacion divina; mas lloró al mismo tiempo su pecado, haciéndolo amargamente: no hizo sólo penitencia con su padre Adan, sino con todos sus hijos mejores; lloró con el corazon de la mujer y con los ojos inocentes de los niños; desgarró sus carnes con los anacoretas y se lavó con la sangre de los mártires. ¡Qué afirmo! La sangre divina de Jesucristo fué su lavadura; en Cristo, rompió sus cadenas morales, viniendo á ser digno espectáculo de la tierra y del cielo.

¿Puedo yo condenar á este hombre, hechura de Dios? ¿Puedo en su virtud condenar á mi padre y á mi madre, que me engendraron con su sangre inmaculada? ¿Condenar á toda la generacion de mis hermanos, creyentes en Dios y en su ley? Si no condeno á tal hombre, respetándolo por el contrario y venerándole, ¿vengo á ser acaso el enemigo de la ciencia, y el mal genio contrario al progreso de la humanidad?

Me imagino arrastrado al congreso prehistórico sentado en fila con los ateos naturalistas. ¿Qué me dais, señores? Trozos ó viejos esqueletos que llamis humanos; pero que inmediatamente me decís fueron de hombres salvajes, bestiales y devoradores. Tú, venerable Moisés, ¿qué me das con tu descripción del *Génesis*? Adán y Eva, las dos más bellas criaturas que vió el sol jóven, con las sonrisas de la gracia de Dios.

Está bien: está tomado mi partido, y hé aquí por quién apresiúrome á votar. Tengo aquí por una parte un pequeño congreso de naturalistas, y tengo por el contrario delante el inmenso congreso de la familia humana, venciendo para mí éste sobre aquél. Presento mi voto delante del mundo entero. Yo, que no me creo degradado hasta el nivel de los brutos, sino que me siento razonable y con alma libre é inmortal, voto con Moisés, voto con los pueblos, y voto por Dios. Voto, pues, contra el hombre prehistórico para salvar al hombre histórico.

CONFERENCIA X.

SI SE DEBE ADMITIR LA PLURALIDAD

DEL ORÍGEN HUMANO.

En un diálogo suyo entre Apicio y Galilei, escribió estas sabias palabras Fontanelle: «Todas las ciencias tienen sus quimeras. La química tiene la piedra filosofal, la geometría la cuadratura del círculo, la astronomía la longitud, la moral el desinterés y la perfecta amistad, la mecánica el movimiento continuo.»

Tratándose de quimeras y aún de diversiones para templar con lo extravagante los estudios graves, la paleontología, al lado de las otras ciencias, no se ha dejado de ningún modo sojuzgar ni vencer. Ya varias veces dimos una prueba: es una quimera y un juego la materia eterna, por ninguno hecha; una quimera y un juego las partes maravillosas de la materia, la transformación de las especies, el hombre fósil ó mono, si os place llamarlo así: es una quimera y un juego últimamente aún el hombre prehistórico. Así ella, en cuanto es manejada por los intemperantes, no se para en el singular y se arroja en el plural, enriqueciéndose así con engaños científicos.

Ahora bien; hé aquí otro reciente.

Continuando leyendo en el libro de Moisés, de donde se saca que Adán es el primero y único padre de todos los hombres, muchos cultores de la paleontología, de tal modo son renegadores y arden de ira, que dar quieren el alma al enemigo. ¡Adán el único tronco de nuestra estirpe! No es verdad. La estirpe humana no descende de una sola pareja; tiene más centros en su origen y tiene más cabezas; sucede con los hombres como con los astros y las estrellas, que brotan diversamente de varias nebulosas.

Con esto plantean como teorema la originaria pluralidad del género humano.

Aquí está la otra quimera, señores, y el otro juego. Confesamos que tal burla de nuestros naturalistas y de nuestros paleontólogos, donde fuera escuchada, resultaría de veras y eficazísima, siendo tan potente cuanto es superlativa y grosera. Rechazado Adán, como único padre de los pueblos, admitidos otros troncos u otros padres en la familia humana, la doctrina bíblica caería rota enteramente. ¿Y quién sería el autor de tales troncos ó padres que de ninguna manera conocemos? ¿Qué diferentes efectos producirían en su prole? Apelando aún nosotros á los fenómenos celestes, recordamos que los astrónomos suponen, y ya en parte describen, un vértigo en los firmamentos. Pues bien; por un juego, un vértigo no inocente, sino muy horrible, padecería todo nuestro mundo real.

¡Qué juego! A los ojos de los paleontólogos incrédulos somos calumniadores: pensamos salir del atolladero acusándolos de testarudos y extraños; ellos se nos presentan delante y se adornan con traje de filósofos. Para sostener la pluralidad del origen humano, aducen pruebas de todas clases y firmísimas: tienen una primera clase de argumentos, que sacan del orden físico; tienen una segunda clase de argumentos, que sacan del orden moral; tienen una tercera clase, que sacan del orden civil ó político. Armados así, demandan nuestro respeto, y nuestro más formal debate.

Contentémoslos; finjamos dudar un instante de nosotros mismos, y planteemos el siguiente problema: ¿Es cosa creíble la multiplicidad de origen, la pluralidad del género humano?

Yo, señores, acepto la trina argumentación que me indican: contra los paleontólogos incrédulos, que han venido á ser hoy «poligenistas,» la dirijo: uso de los argumentos físicos, uso de los argumentos morales, y uso también de los argumentos civiles ó políticos, diciendo: La pluralidad del origen humano, que no nos parece teorema, sino una vana hipótesis y un juego, lleva tres odiables notas que la condenan.

Es capciosa, y abusa del hombre físico.

Es ciega, y no entiende el hombre psicológico.

Es cruel, y destruye el hombre social.

Nombrar al hombre físico equivale á decir y poner en medio un tesoro de cosas exquisitas.

Notemos algunas.

Hombre físico es el cerebro, donde se agita y hierve un fuego, que brilla más que la estrella y se agita más que un volcan. El cerebro,

que es su receptáculo, ó mejor su domicilio, no lo comprime con su volúmen, ni con sus cartilagos lo oscurece, ni lo apaga con sus humedades: el fuego, que en el cerebro arde, superior es al fuego del que se habla en los *Secretos maravillosos del Pequeño Alberto*, el cual quema en el agua, y hace arder cuanto á él se aplica. Hombre físico no es sólo la dimension y altura del cuerpo, sino el tejido con que aquél se cubre, ó sea la piel, encrespada con una especie de lana en la barba y floreciente sobre la cerviz con la cabel'era; tan lustrosa por lo demás y lucida, que deja transparentar los fenómenos que tapa, como el éter no nos esconde las luces que brillan en el firmamento. Hombre físico es el propio lenguaje que, si bien identificado con la idea, es absolutamente sensible por cuanto hace intervenir con sus vibraciones el órgano que habla: así, precisamente por ser físico el hombre que habla, en la lengua tiene la variedad de todos los sonidos; la aspereza del silbido, el retumbo del trueno y la melodía del arpa. Hombre físico es el que sale del vientre de la mujer: los hijos que llevan consigo las queridas semejanzas de los padres, y los pueblos que llevan el sello de sus fundadores; hombre físico, en suma, es el mundo habitado y la geografía histórica, siendo lícito afirmar que todas las cosas creadas se dirigen á la formación del hombre, á su tirocinio y á su progreso; para él soplan los céfros, verdea la yerba en el prado, el cordero da lana, el pajarillo empolla sus pequeñitos, y brilla el astro en el cielo.

Veamos cómo del hombre que os describo se sirven los paleontólogos incrédulos para dividirlo en su origen y hacerlo emanar de varios centros entre sí distintos. Es un pecado, señores; por tal cúmulo de rarezas y hermosuras debería alzarse un canto épico, y sobre todo un himno de alabanzas á Dios; ellos, por el contrario, se valen de la sofistería para oscurecer sus hermosuras y destruir las humanas rarezas; ¡escuela horrible y abyecta! Afirmando yo que la multiplicidad de origen asignada hoy por no sé cuántos al hombre, tiene una primera nota que la condena; es capciosa y hace que se abuse mucho del hombre físico.

La demostración que se proponen darnos [sobre la pluralidad de nuestra especie, la sacan los «poligenistas» de las variedades fisiológicas y mecánicas, que resultan en los diversos grupos de la familia humana. ¡Cuántas de tales variedades hay en los grandes y hasta en los pequeños pueblos! Por consiguiente, si desemejantes resultan en su constitución física, desemejante debe ser su origen.

No contradigo las variedades que, señores, son verdaderas; pero son verdaderas hasta cierto punto para demostrarnos que las estirpes humanas son formas diversas de una sola y misma especie: no son ver-

daderas sino hasta otro punto mucho más pronunciado, como si debiesen decirnos que descienden de diversas especies. Ocurre con estas variedades lo que con las fisonomías, en las que no hay dos que se respondan perfectamente; todas, sin embargo, incluso las que más se diferencian, os manifiestan que encarnan en sí el verdadero y único tipo de la faz humana.

Principia nuestra discusión sobre la forma del cráneo.

Existe el cráneo oval, que alárgase más á la elevación de la frente, y tiene un vértice esferoidal, un occipucio dirigido hácia arriba, pequeños arcos cigomáticos, pequeña dentadura vertical, y pequeña barba. Existe además el cráneo esférico ó cúbico, que tiene un contorno de cara circular, fuertes arcos cigomáticos, larga barba y una cúspide de vuelta chata. Existe por último el cráneo elíptico, que tiene una cara estrecha con baja é inclinada frente, barba que se mete hácia dentro y dentadura saliente. Tales son las tres principales formas de cráneos. La primera forma distingue á los del Cáucaso, la segunda á los de la Mongolia y la tercera á los de la Etiopía. Ahora bien; ¿os dan por ventura los tres cráneos estos, el óval, el esférico y el elíptico, tres distintas naturalezas de razas? ¿Os llevan á tres orígenes distintos, por los cuales los del Cáucaso, los de la Mongolia, y los de la Etiopía deban juzgarse vástagos de tres troncos separados? No teneis bastante prueba para pensarlo y ménos para deducirlo con seguridad: existe diferencia entre uno y otro cráneo, admitiéndolo yo como veis; pero es diferencia de grados y no es oposición.

Realmente, con toda su variedad, los tres nombrados cráneos se componen de los mismos elementos, tienen el mismo tejido, los propios vehículos de la sangre, los puntos de la misma sutura, muestran sus tres planos, y no tienen un hueso más ni menos comparativamente observándolos, teniendo los tres ocho huesos: el frontal, los dos parietales, el occipital, los temporales, el etmoides y el esferoides. Más aún; es cosa mal hecha distinguir en tres ó de otra manera las formas de los cráneos, por cuanto ni en esto, para decir verdad, se diferencian: el oval, el cúbico y el elíptico conservan en sustancia la misma forma, ó sea la de una *caja osuda*. Ahora bien; que la caja se incline un poco á lo largo, á lo curvo, ó á lo chato, no le hace, y la forma permanece. Pruébese así, por consecuencia, que entre los tres cráneos humanos no hay oposición, siendo preciso que se manifieste, á fin de que dos cuerpos naturales sean entre sí, como especie, distintos.

Invitamos á que hable Burmeister, ¡y no es decir poco! Escribe: «Ciertamente cabe indicar aun en los cráneos de los Negros y de los Europeos suficientes variedades; mas estas son de otra clase que las que

presentan el cráneo de un caballo y el de un burro; el que ha procurado una vez seguir las diferencias «osteológicas» específicas en los miembros de un género de animales, sabe bien que tales diferencias son siempre más pronunciadas y más grandes que las divergencias entre los pueblos más distintos de la tierra. El género humano está ceñido y atravesado por un vínculo común, que manifiesta exclusivamente la humanidad, no dejando duda jamás al observador perito de que tiene delante una especie única, ó solamente un género que despues se puede subdividir en centenares de especies. Tal es, por ahora, el resultado de la ciencia (1).»

No es cosa, pues, que aproveche á nuestros adversarios acogerse á los cráneos de los hombres, considerándolos desemejantes: mientras no prueben que con aquellas desemejanzas los unos se oponen á los otros, dejando de asemejarse, como el cerebro del caballo no se parece al del burro, ni el cerebro del toro al del búfalo, querer inferir de aquí la pluralidad del origen, es un juego y una quimera. Peor aún, ¡es abusar del hombre físico y recurrir á los engaños!

Nos place llevar la segunda cuestion al color de la piel.

Los hombres que sostienen la pluralidad del origen nuestro, se regocijan al encontrar aquí ó allá en la tierra las estirpes humanas con tintas ó colores diversos; ven en las unas el amarillo, en las otras el bronceado, y en las otras el bermejizo. ¡Qué fenómeno! Cosa enteramente resolutiva para ellos es la antítesis que hiere nuestros ojos entre las estirpes negras y las blancas. ¿Quereis más seguro indicio de que las unas brotan de un primer padre y las otras de otro primer padre?

El indicio que me alegan no es cosa segura: si es indicio, alude á todo menos á un origen diverso. ¿Cuál es la causa del color de la piel? Un depósito mayor ó menor de pigmento que se forma sobre el cuerpo mucoso de Malpigio. ¿Y de qué depende tal depósito de pigmento? De causas accidentales, entre las cuales ocupan un lugar principalísimo el suelo, la atmósfera y el sol.

A cada momento los naturalistas, para negar los prodigiosos efectos de la ley de Dios, ó para sustraer los espíritus á esta ley, nos hablan del poder que sobre los hombres ejerce sin duda el clima. Nos recomiendan á Hipócrates, á Fontanelle, á Chardin, á Bodino y á Montesquieu, que disertaron en este asunto con novedad de pensamientos. Es por consiguiente el nuestro un discurso que les debe parecer á maravilla, puesto que vamos á examinar el clima: espérennos, y entenderán fácilmente, por lo que digamos, la diversa coloracion de la piel.

(1) Burmeister, *Geol. Bilder*, I.

Ahora se necesita un comentario.

Es un hecho constantemente observado que, donde domina el frío, el color blanco domina; donde domina más el calor, el negro prevalece. Sin embargo, por el cruzamiento de las cosas entre sí, donde quiera existe una mezcla, ó más bien un cambio de los efectos. Existe una compensación en su virtud: ni los seres blancos aparecen privilegiados hasta tal punto, ni hasta tal punto aparecen degradadas las criaturas negras, que no pongan entre sí de realce su vínculo y su parentesco. Manifiestan este por el contrario con más valor en las variedades físicas.

Observo yo en la estación invernal nuestras villas, y entro en los campos, donde ha principiado el grano á despuntar, viendo que todo ha desaparecido bajo capas de nieve: interrogo al agricultor y me lamento de hallar abandonada una planta tan débil á la influencia del hielo y de las escarchas. El me responde, sonriendo, que Dios ha provisto y que asegurada está la mies: aquel tapete blanco sobre la tierra, no bien principian los primeros agravios del frío, es como una piel caliente, ó como un traje de invierno, bajo el cual la Providencia prepara los tesoros de todas las estaciones. Saco por consiguiente que donde hay el blanco se viene á engendrar el calor.

Empero las escarchas poco á poco se alejan, el frío se desvanece, y cede la primavera el puesto al estío; hé aquí que las flores vienen á ser más oscuras, ó vivamente toman un color encarnado, ó con otra tinta se condensan; en los grandes calores de julio las veo todas adornadas con espléndidas vestiduras. Refuerzo la primera observación hecha por mí con una nueva observación, y es la siguiente: donde quiera el blanco es opuesto al frío y á las escarchas; el bruno por el contrario, el rojo y el negro se oponen al calor.

¿Cómo puedes con certidumbre deducir esto? me gritan los naturalistas. Si has hecho el presente discurso para explicar ó defender á los hombres que tienen la piel de color negro, ves que obtienes lo contrario: el color negro atrae y condensa los rayos del sol. Ahora bien, los Negros que sufren el calor se encienden cada vez más.

Un poco de paciencia. El color negro atrae y condensa los rayos del sol, haciendo que aumente mucho el calor; mas el color negro deja un pasaje libre al calórico, mientras el blanco lo retiene: pasando el calórico adelante, suscita en el hombre negro un sudor grandísimo, el cual sirve de vestidura fría y refrigerante, puesta encima de la carne ardiente. Así el color negro viene á ser á su vez opuesto al calor.

No, pobres Africanos, y pobres Etiopas; á heriros no viene ninguna condenación de origen menos noble que el nuestro: si los naturalistas

extraviados os injurian, la naturaleza os protege y os honra: si fastidiosos sofismas os colocan en una excepcion horrible, la naturaleza os envuelve cual madre tierna en la universalidad de sus leyes.

¿Dónde p ues, está, relativamente al color blanco y al color negro, la multiplicidad del tronco humano? Esta es cuestion de física y no de otro género. ¡Altanera, pero justamente castigada está la escuela de los paleontólogos incrédulos! Abusan del hombre físico, y lo juntan; pero Dios y la naturaleza les hacen perder el cerebro con una pincelada.

Planteemos la tercera cuestion relativamente al lenguaje.

No hay parte donde sea más rica, ó esté, si os place, más embrollada la humanidad, que en esta de los diversos idiomas que tiene en los lábios. El demasiado conocido Beverley Randolph, que una cabeza es de humo, sostiene que hoy sobre la tierra no se hablan menos de cuatro mil quinientos idiomas; suponiendo que igual número de lenguas hayan muerto, tendremos á juicio suyo unas nueve mil hermosas y distintas. ¡Inquirid ahora y defended con estos nueve mil lenguajes la unidad del origen humano! Los «poligenistas,» esto es, los que defienden gritando la pluralidad de nuestra especie, muéstranse tan orgullosos con tal prueba que la suponen un triunfo.

Sin embargo, deberian ir con la frente baja. No es cosa que hable muy en favor de la pluralidad ver habladas en el mundo muchos y diversos idiomas: es lo importante ver si los muchos y diversos idiomas se pueden ó no reducir en su origen á unidad. Si se descubre por fin esta unidad á que acuden todas las lenguas, ¿qué importa su número, ó su actual semejanza? Es abundancia de sonidos alegremente impresos y diseminados en las formas, digámoslo así, locuaces, que por sí corren á componer de nuevo la armonía primigenia y hacerla más conspícua: entonces se descubre que los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos, sin excluir nuestros alemanes, ingleses, slavos, rusos, franceses, españoles é italianos, se expresan en sustancia de aquellos modos y casi con los mismos acentos que brotaron de la boca de Adan; entonces queda probado tambien lo que Dante Alighieri en sus prosas escribe relativamente al origen de la lengua madre: «ha existido una cierta forma de locucion creada por Dios al mismo tiempo con la primera de las almas humanas (1).»

Ahora bien, señores; la filología y la lingüística con sus continuos incrementos demuestran esto precisamente, que hiere de mortal modo á los «poligenistas:» cada lengua viene de la unidad y á la unidad retorna: los dialectos son los fragmentos de una lengua única. El famoso

(1) Dante, *De vulgari eloquio*, lib. I, cap. VI.

Shultens, en efecto, estudiando el hebreo en sus afinidades con el árabe, el siríaco, el copto y otros, conoció é hizo comprender que tales idiomas solo constituyen una familia. Mas notable progreso realizó en esta parte la *Sociedad asiática de Calcuta*, fundada en 1784, porque, ocupándose sus miembros en la *lengua perfecta*, promovieron la obra comparativa de los varios idiomas, y reunieron en una propia familia las lenguas sanscrita, griega, latina y sus derivadas, como el céltico, el slavo y todas las lenguas habladas, á partir del Ceylan hasta Islanda, ocupando una inmensa zona, que contiene pueblos de varias estirpes, colores, religiones y civilizacion. Bopp, siguiendo las huellas trazadas, y con él Pott, habiéndose aplicado á la comparacion del sistema de conjugaciones sanscritas, griegas, latinas, persas y alemanas, pusieron de realce que no consiste sólo en el parentesco de las raíces, sino en la organizacion de tales lenguas. Después Burnouf, Bergmann, Bréal, Chavée, Eichhoff y Pictet, los cuales continuaron con tal método, hicieron resplandecer del todo la fraternidad recíproca de todas las lenguas asiáticas y europeas, así como mayormente la estrecha afinidad del griego y del latin con el sanscrito. Más aún: Ewald, Riemer, Ascoli y Delitsch, poniendo de realce numerosas proximidades y relaciones entre las lenguas «arianas» y semíticas, nos llevaron á decir que todas las lenguas hoy vivas se refieren á esas tres grandes familias de lenguas: á la indo-europea, á la semítica y á la china. Era la rigurosa induccion á que llegó Maltebrun, el cual demostró que la semejanza del persiano con el gótico no es de ninguna manera más fuerte que la otra de la propia lengua con el sanscrito, y los demás antiguos idiomas del Indostan; preséntase tambien de la propia manera entre el sanscrito, el griego y el latin: áun el viejo slavo, cuya semejanza con el persa ya se conocia, presenta más afinidades con el alemán y el islandés, que los otros idiomas slavos modernos. En su virtud para Maltebrun aseméjense todas las lenguas: una no es verdadera madre de la otra, sino que se remontan á una fuente ignota. No es diversa la opinion del infatigable Max Müller, el cual en nuestros dias subió más que muchos otros en la lingüística, demostrando claramente que todas las lenguas conocidas en el mundo se remontan filológicamente á una sola, madre de las otras, que llama él *lengua primitiva* (1). Si deseais saber dónde se hallaba la primera y quién la usó, Humboldt os responde que, más bien que admitir en las lenguas un avance uniforme y mecánico, que las conduzca paso á paso del más tosco principio á su perfeccionamiento, hay que ir con los que refieren el origen de las lenguas á la inmediata revelacion

(1) Meignan, *Le monde et l'homme*.

de la Divinidad: «Estos, escribe, reconocen á lo menos la divina chispa que sale de todos los idiomas, sin excluir los más imperfectos y los ménos cultos (1).» Esto es volver de otra manera, con la voz de la filología moderna, á la locucion creada por Dios al mismo tiempo con la primera de las almas humanas segun la frase de Ali-ghieri.

Así hablan los eruditos profundos. A la verdad, puesto que la ciencia de las lenguas tuvo hasta aqui tal desarrollo que hizo aparecer cada vez mayor la comprension y amplitud de los grupos de lenguas que constituye una unidad, y cada vez más restringido su número, tenemos razon para esperar que ulteriores estudios, tal vez poco distantes, vengán á probarnos que áun grupos de lenguas no comprendidas todavía en la unidad, son únicamente variedades, históricamente producidas por una unidad suprema de lenguaje.

Se reduce á esto el discurso que nos corresponde sobre la multiplicidad de los idiomas. Lejos de hacernos inferir el principio de la pluralidad del origen nuestro, como quisieran los «poligenistas», nos lleva por el contrario á reconocer la unidad: obstinarse para no entender esto y afirmar lo contrario, equivale á contradecir la ciencia y abusar ante todo del hombre físico engañándole.

Ahora nos es imposible detenernos en disputas separadas. Realmente, áun cuando destruidos tres de los más fuertes argumentos que alegan nuestros impugnadores, no se determinan á permanecer quietos, volviendo á la carga con diversas objeciones jamás sentidas. Examinemos estas voces suyas reunidas; son voces, como las otras, sofisticas y vanas.

Exclaman: ¿cómo pretender que los hombres proceden de un tronco único, cuando casi en todo se desemejan entre sí? Deje mos apartelos cráneos, el color de la piel y la lengua: ¿qué os dicen las diversidades que muestran en los rudimentos personales, en el pelo, en la estatura, en la dimension del cuerpo y en otras partes?

Me dicen, señores «poligenistas,» que os engañais, y que tendeis á engañar. Vosotros en gran número os declarais «darwinistas.» Ahora bien: al mismo tiempo que observais cien variedades de perros, de caballos y de bueyes, con la doctrina del zoólogo inglés procurais demostrarme que todos los perros pueden derivarse de una sola pareja de perros, todos los caballos de una sola pareja de caballos, y así todos los bueyes de una sola pareja de bueyes. Perfectamente; mas, ¿por qué con la propia teoría no juzgáis las del hombre? ¿Por qué por el contrario las va-

(1) Humboldt, *Cosmos*, 2.

riedades que se hallan en nuestra estirpe deben indicar variedad de especie y pluralidad de origen? Sed lógicos.

Hallo otro defecto en vosotros. Teneis presentes las diferencias de poco valor, áun cuando explicáronse fácilmente como hijas del clima, de la educacion y de las leyes entre sí diversas; pero entretanto olvidais advertir aquellos puntos, en los cuales los hombres sustancialmente se asemejan y se igualan. Tales puntos son la misma estructura anatómica de los miembros, los mismos límites en la duracion de la vida, la misma disposicion á las enfermedades, la misma temperatura normal del cuerpo, la misma frecuencia media del pulso, la misma duracion del embarazo en las mujeres, y otras semejantes. Advertid que semejante identificacion en el reino animal nunca se encuentra en las especies diversas del mismo género, sino sólo en las variedades de una misma especie (1). ¿Os hace ser justos no divisar nada de esto? ¿Os hace ser razonables?

Otro defecto vuestro y otra condenacion. Siempre que advertis alguna variedad, por la que se distinguen las estirpes humanas, estais prontos á deducir variedad de troncos y de procedencias. Esto es considerar las cosas por un lado nada más, á medias é incompletamente, lo cual conduce al error. El hecho es que las señales características de las estirpes humanas no son tan absolutas que el movimiento de variacion no incluya tambien aquella estirpe ó aquel pueblo, que parece más ageno á él. Los cabellos rojos, verbigracia, son propios de la gente caucásica; pero no pocos individuos llevan cabellos rojos en todas las estirpes áun entre los Negros. Entre los Negros el pelo es lanudo y enrespado; mas no falta este pelo áun entre los Europeos. La forma de la faz y del cráneo, que propia es de los Negros, igualmente se halla en Europa, donde, además de la dominante forma oval del cráneo, se puede distinguir la prolongada y la cuadrada, como inclinaciones esporádicas al tipo negro ó mongólico. Dígase lo propio de la diferencia de la pelvis: á veces difiere mucho en Occidente del tipo de los orientales, sobre todo de los Negros y de los Bosquimanos; de todas maneras hay tambien en esta parte desviaciones del tipo *de la raza*, como demuestra Brolik. Por último, relativamente á la estatura, los Bosquimanos ponen de realce la estirpe humana más pequeña que se conoce, y los Patagones forman la más grande; no puede negarse sin embargo que en medio de nosotros, sin ser Patagones ni Bosquimanos, hay hombres pequeñitos y al mismo tiempo hay hombres gigantes. ¿Qué denota esto? Denota que si los caracteres distintivos de las humanas estirpes no se restringen de

(1) Delitzsch, *Génesis*.—Waitz, *Anthropol.*

ningun modo parcialmente, sino que se transmiten y viven juntos, no existe, ni cabe tampoco, entre una y otra raza esencial diferencia; si ésta existiese, y si de una diversa propagacion salieran las estirpes, sus caracteres peculiares no podrían venir á ser de pertenencia comun. ¿No aprobais este argumento?

Es la condenacion, que sobre vuestra frente se renueva, quedando convencidos otra vez de sofisticos y exclusivos. Hable Alejandro de Humboldt, el cual se nos ofrece para completar nuestras pruebas: «Mientras sólo se estudiaban los extremos de la variacion de las formas, y bajo la vivacidad de la primera impresion sensible, se podía ciertamente venir á considerar las estirpes, no como simples variedades, sino como familias de hombres originariamente diversas. Empero en favor de la unidad del género humano hablan, á mi modo de ver, los muchos grados intermedios en el color de la piel y en la forma del cráneo, que los rápidos progresos de la ciencia geográfica nos han hecho conocer en los tiempos modernos... La mayor parte de los contrastes que en un principio se creyó encontrar, quedó removida por los diligentes estudios de Tiedemann sobre el cerebro de los Negros y de los Europeos, así como por las indagaciones anatómicas de Weber sobre la forma de la pelvis. Si se abrazan en su conjunto las naciones africanas de color oscuro, sobre las cuales la obra profunda del capitán Prichard ha difundido tanta luz, parangonándose con las familias de los Archipiélagos al sur de la India y de la Australia, con los Papua, y con los Alfuru, se ve claramente que el color negro de la piel, el pelo lanudo y los lineamentos de negro no van de ninguna manera siempre juntos. Ora se siga la clasificacion antigua de Blumenbach en cinco razas, ora se admitan siete con Prichard, nunca se puede reconocer en tales agrupaciones alguna precision típica, ó algun principio de clasificacion fundado sobre la naturaleza (1).» Oís al maestro, del cual os dicen que no podeis separaros; ¿y os separais vosotros? Separais lo que constituye los extremos del color y de la forma; ¿y no os preocupais sin embargo de las renitentes familias, que no pueden entrar en aquellas clases separadas? ¡Esclavos del sofisma! ¡Capciosos!

Hemos oido, con los nombres de Blumenbach ó Prichard, la clasificacion en cinco estirpes ó en siete de todo el género humano. Poniéndonos á desflorar solamente un poco esta materia, se nos ofrece cosa de suprema importancia. Admítase, como más plazca, que son cinco ó siete los sellos más distinguidos de las prosapias humanas. Esto no importa: el número de los sellos puede aumentar todavía, porque la

(1) A. Humboldt, *Cosmos*, 1, 379.

sociedad de los racionales que viven juntos presenta variedades sobre toda ponderacion admirables: lo que poner de realce importa es si tales distintos sellos de las estirpes pueden entre tanto reducirse, sin destruir su especialidad, á un punto cardinal que las identifique, y forme de todos los pueblos una sola familia. Esto, señores, se puede hacer. En tal trabajo nos ayuda el mismo Blumenbach, quien despues de marcar cinco tipos de razas, restringe, sin embargo, los tipos principales á tres, es decir, á la estirpe caucásea, á la estirpe etiópica y á la estirpe mongólica. Estas tres estirpes, que primitivamente asoman en el Asia, difundándose desde allí por la tierra, recuérdannos á los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, por lo cual, en vez de los Caucáseos, de los Mongoles y de los Etiopes, se nos ocurre nombrar á los descendientes de Sem, de Cam y de Jafet. Empero Sem, Cam y Jafet tuvieron un padre único, como los hombres anteriores á Noé tuvieron todos, segun la Biblia, por único padre á Adan. ¿Se puede reducir de manera fisiológica la humanidad á esta unidad de padre, aun cuando no se suba con el pensamiento á los tiempos primitivos ó antediluvianos? Se puede, señores míos, y en tal síntesis brilla el célebre Quatrefages, quien nos demuestra que todas las estirpes humanas caminan á reunirse en un solo tipo; el de la gente caucásea, la cual ocupa la mitad occidental del Asia, casi toda la Europa y el Africa septentrional, porque la estirpe negra que se aleja más aproximase por la estirpe «malesa» y «bazanata;» así el linaje mongólico y aceitunado puede dar la mano á la familia blanca mediante la de América (1). De modo que ora se mire por la parte de la fisiología, ó bien por la de la geografía y de la historia, el estudio de las estirpes humanas nos lleva á inferir siempre la unidad del tronco y de la genealogía primitiva. Vosotros, paleontólogos incrédulos; vosotros, «poligenistas,» ¿no os rendís á nada? ¿Ni á la fisiología, ni á la historia? ¿Promulgais á todo trance la multiplicidad de vuestro origen? Abusais del hombre físico y seguís siendo sofistas.

¡Qué hice! Me referí á la genealogía primitiva y á la geografía histórica; vedme pues, condenado.

Relativamente á la genealogía, Cárlos Vogt, en una mezcla de beña y de furor tan natural en él, escribe: «Quien cree en la Biblia, debe creer en toda la Biblia; quien mira en Adan el único progenitor del género humano, debe reconocer asimismo esta dignidad en Noé, el cual despues del diluvio quedó solo sobre la tierra con sus tres hijos. Empero, ¡qué fecundidad debian tener estas tres razas de Sem, Cam y Jafet, para engendrar en quinientos años á lo más millones de descendientes sólo en

(1) Quatrefages; *Unité de l'espece humaine*.

Egipto, mientras los monumentos de Khorsabad y de Nínive dan igualmente testimonio de numerosísimos pueblos que fueron á poblar el Asia Menor algunos siglos despues del diluvio! Hasta los topos y los conejos debieron desesperar de tener en tan poco tiempo posteridad tan rica (1). Relativamente á la geografía, otros incrédulos que á lo ménos la befa, si no el furor, sacan de Vogt, nos observan que reunir á los Americanos para formar con los otros pueblos una sola trabazon de familia humana, es cosa muy cómoda, pero rara y graciosa, puesto que hasta el 1492 aquella gran tierra era desconocida para el resto de los hombres; por lo cual es más justo admitir la estirpe de América separada de las otras por su origen y padre diverso.

Cosa bella, como tambien fácil, es responder, señores, á estas dos objeciones, lo cual nos permite cerrar nuestra primera parte de una manera mejor, confirmando en los «poligenistas» el grave abuso que hacen y su pésimo engaño.

Cuánto se opone relativamente á la propagacion, advirtiéndonos que los hijos de Noé no podian en quinientos años á lo más engendrar millones de descendientes, explícate de golpe desvaneciéndose la dificultad aparente. Hagamos un breve cómputo, trasportándonos á los tiempos aquellos lejanos: suponiendo por término medio que cada pareja humana desde aquel año vigésimo quinto hasta el quincuagésimo engendrase seis hijos, el número de los hombres, cuatrocientos veinte y cinco años despues del diluvio, debia ser de ochocientos millones, lo cual no es por ningun concepto una ineptia. Hoy realmente la poblacion no aumenta en ningun país tanto; si de absoluta necesidad no era en aquel tiempo antiquísimo que creciera en tal proporcion, mucho más rápida de todas maneras se debia realizar entonces que ahora. Al presente no existe tanta necesidad, porque alcanzó la tierra el número de los habitantes que debe contener: antiguamente, por el contrario, el mundo era como una gran casa, pero sin adornos y vacía, haciendo hincapié la naturaleza con el fin de que penetraran habitantes en ella. Entraron, y vinieron á constituir aquellos millones de hombres que á Vogt, estúpido por incredulidad, han hecho arquear las cejas. Retire por merced su palabra incrédula relativamente á los conejos y á los topos: si se quisiera poner activamente á cultivar su propagacion, como con actividad la naturaleza cultivaba en los tiempos antiguos la propagacion humana, vería que sin esperar los quinientos años obtendría en breve tal abundancia de topos y de conejos que le aturdiría. El famoso Acosta, describiéndonos la historia natural de la *Nueva España* un siglo

(1) C. Vogt. *Kohlerglaube*, etc.

despues de su descubrimiento, nos cuenta que antes ya de su tiempo no faltaban allí propietarios, ricos hasta el punto de tener de setenta mil á cien mil ovejas: sin embargo, en aquel país, antes de que fuera descubierto por los Españoles, no habia ovejas, por lo cual toda la raza aquella descendía de las pocas ovejas que los Españoles habian conducido allí. Tenga la seguridad Cárlos Vogt de que él, fomentador de conejos y de topos, tendrá en pocos años más subditos que el emperador de todas las Rusias.

No sé persuadirme, por otra parte, de que sea preciso considerar á los Americanos como una prosapia aparte. Salvajes y numerosas tribus de isleños habitaban aquellas regiones trasatlánticas, ¿quereis dar á tales tribus un padre primero extraño á todo el resto del humano linaje? Mas esto, ¿por qué? ¿Acaso porque fuera imposible cosa el acceso á las orillas aquéllas? Lo decís; pero sois toscos: la ciencia y los hechos nos inducen á pensar lo contrario. Realmente una emigracion del antiguo mundo al nuevo pudo ante todo acaecer en el Norte por el estrecho de Beering, el cual, donde más angosto es, sólo cuenta diez millas de longitud. Fuera de que extiéndese del Asia meridional eh la direccion de la América del Sud una série de grupos de islas, que por una longitud de cien grados siguen en aglomeraciones próximas, mientas por otros cincuenta grados permanece una laguna. Que tal cintura de islas hasta las de Sandwich estuvo poblada por un avance gradual de gentes asiáticas, está demostrado por la conformidad que aquellos habitantes presentan en la estructura del cuerpo, en los idiomas y en las costumbres. Ahora bien: ¿hasta qué punto resultaba fácil un avance ulterior hácia la América! En tanto otras gentes, como son las familias mongólicas, podian trasmigrar allí por las islas Aleucias. Y que así sucedió lo refieren los documentos. Comparados los de América con los otros pueblos, se halla que muchos de estos corresponden fisiológicamente, como pasa entre los hermanos: por muchas señales se ve la estirpe de Cam en América. Hay más: se ven igualmente usos, costumbres, creencias religiosas pertenecientes á muchos otros pueblos.

¡Qué maravilla! La historia que se añade para poner en claro los fenómenos fisiológicos y las extensiones geográficas, no dice que entre nosotros y el continente americano queda rota del todo: ella nos muestra otros y más antiguos Colonos. El monje irlandés Dicuil, que escribia en el año 825, nos habla de san Brendano, quien emprendía ya un viaje para descubrir país hácia la América, donde permanecia desde el 552 hasta el 572; nos habla de sacerdotes irlandeses que, en los tiempos de Carlomagno, en el 793 propiamente, dirigíanse á Islanda con el fin de introducir allí el cristianismo entre sus habitantes, que habian llegado de

la América septentrional; despues, lanzados por los gentiles Normandos, se dirigían á la América, abandonando libros irlandeses, báculos y campanillas de misa. Así dice (1). Giebel, que no es monje ni escritor viejo, sino reciente, nos ofrece buena suma de documentos para mostrar una mezcla antigua de nuestro mundo con los Americanos: recuerda, entre otras, una tradicion que se conserva en Irlanda, y es que á fines del siglo VIII los Irlandeses visitaban ya regularmente la parte meridional de la América del Norte. De lo cual infiere lo que sigue: «Es muy posible que de modo semejante, y en la más alta antigüedad, América fué poblada por la Europa (2).

Debo ahora recoger los hilos esparcidos del discurso.

Quién á ponderar se mete los argumentos que aducen los defensores de la pluralidad del origen nuestro, evidentemente halla que se salen de su lugar propio: dicen y escriben que llevan al orden físico gran número de pruebas; despues, pronto examinándolas con detenimiento, tales pruebas van abajo; abajo va la forma diversa del cráneo, el diverso color de la piel, el diverso lenguaje, la pelvis, la estatura y la habitacion diversas entre sí; cien cosas más que diversas son, ó lo parecen, vienen abajo y se desvanecen: al desaparecer nos enseñan como una verdad el error y el engaño... La sociedad humana con todas sus estirpes y con todos sus pueblos corre á abrazarse en el orden mismo mecánico á la unidad, exclamando contra los «poligenistas.» Vuestra obra y vuestra doctrina es capciosa: abusa del hombre físico.

Incomparablemente más excelso que el hombre físico es el hombre psicológico.

En esta frase se os revela el alma humana. El alma que informa nuestros miembros, es lo mejor y lo más santo en las criaturas, así como lo ménos indigno de Dios, que vive debajo del sol. Posee el pensamiento. Escribe Plutarco en sus *Obras morales* que, segun algunos filósofos «la mente está en el alma como las imágenes están en los espejos reflejadas.» Yerran tales filósofos: no está el pensamiento en el alma de una manera superficial, sino identificado con ella; hemos dicho que lo posee por ser su vida: late por reflexion en ella la idea divina, por lo cual el pensamiento humano es una luz creada que toma color en la luz eterna, siendo llamado á disfrutar de las visiones más solemnes de la verdad. ¡Qué grandeza, señores! Como el hombre psicológico es rico en cuanto al pensamiento, tiene además el sentimiento íntimo,

(1) Dicuil, en su libro *De mensura terrarum*.

(2) Giebel, *Tagesfragen*.

advertencia anticipada del deber, y aviso del bien para librarse del mal; tiene la voluntad, fuerza indomable, superior á todas las potencias de la tierra; tiene además el afecto, aquel impulso repentino de amor de odio, de dolor y de ardimiento, el cual, segun la direccion que toma, hace del hombre un héroe y un ángel, ó bien un nuevo Satán.

Por consecuencia, en el órden moral, la maravilla de las maravillas es el hombre psicológico. ¿Admirais los poemas, las legislaciones y las filosofías por las que más honradas se juzgan las naciones? Las ha producido el hombre psicológico. ¿Os arrebatara la perfeccion que hay en las artes gentiles y graciosas, en las estatuas y en las pinturas? Está en ellas la estampa del hombre psicológico. ¿Llorais de ternura por los ejemplos magnánimos de la virtud, que subyuga con áspera penitencia la carne para dar el triunfo al espíritu? Es el mismo hombre psicológico.

Ahora debemos inquirir qué aprecio hacen de tal hombre los «poligenistas.» Paréceme, y á vosotros tambien, que debe ser tratado con respeto, y acorrido en el desenvolvimiento de sus facultades, á fin de que logre la excelencia propia de él segun su naturaleza. A fin de que así suceda, cierto es que ante todo se debe tener el debido conocimiento de él, debiéndose saber comprenderlo y apreciarlo; porque vosotros, maestros, ¿qué fruto obtendriais de los discípulos, si no conociérais su índole, sus tendencias y sus dotes? «Conócete á tí mismo si deseas mejorarte:» tal era el antiguo precepto pitagórico; «conoce á los demás si quieres hacerlos mejores y perfectos;» es el grande continuo aviso de la humanidad. Pues bien, señores: con los paleontólogos incrédulos, con nuestros «poligenistas» nuestro partido es horrible: la pluralidad del origen humano que promulgan tienen una segunda nota que la vitupera: es ciega, y no comprende al hombre psicológico.

A la verdad, suponiendo que los hombres han brotado de diversos troncos primitivos y ordenados en diferentes centros, en virtud de tal principio se ven constreñidos á juzgarlos de diversa condicion en sus ideas y en sus defectos; deben, en su virtud, procurar educarlos con método diverso á los unos de los otros, segun su origen diferente, porque, obrando de otra manera, vendrian á contrastar el impetu legítimo de su naturaleza. La cosa es clara, señores; pero es igualmente clarísimo que no se entienden, resultando su trabajo simple y funesto.

Yo les digo así: Vosotros, con la teoría sobre la multiplicidad del origen nuestro, suponeis por necesaria consecuencia el diverso sentir de los hombres, el diverso modo de entender, de querer y de amar; ahora bien: ¿no advertís que los mismos pueblos os desmienten? Estudiad bien á los pueblos: tienen idénticos sentimientos relativamente al bien

y al mal; engañáranse más ó ménos relativamente á la especie del bien; pero no en cuanto á la sustancia: tienen idénticos deseos é idénticas aspiraciones á la felicidad; en suma, el obrar humano, el razonar, el hablar, el comunicar las ideas, el abstraer, el componer y otros semejantes, vienen á ser cosas enteramente propias de todas las humanas estirpes, de donde deduzco que, lejos de tener origen distinto, tienen uno solo, por el cual constituyen una sola naturaleza, una especie y una familia. En esto opino como Juan Bautista Vico, afirmando cuanto en su axioma trigésimo escribe, á saber, que «ideas uniformes, nacidas en pueblos enteros entre sí no conocidos, deben tener un motivo comun de verdad (1).» Si es así, si los pueblos tienen ideas uniformes por tener un origen comun, vosotros que os haceis fuertes con el opuesto principio, encontrando la contrariedad y no la identidad moral en las humanas razas, ¿no sois necesariamente malos estimadores de las mismas y sus pésimos educadores? Vuestra doctrina es ciega; no entiendo al hombre psicológico.

Los «poligenistas» quieren llamarme á juicio. Se empeñan en sostener su propia opinion, hallando en su fávör estos dos fenómenos: el primero es que en las tribus groelandesas, australianas, africanas y en otras cien el hombre psicológico, cuanto se distingue por extrañezas y monstruosidades corpóreas, otro tanto es torvo, feo, sanguinario y brutal; mas en otras estirpes es decente por todos conceptos, generoso y gentil: el segundo fenómeno es que allá en medio de aquellas tribus y entre sus ferocidades, carece de las ideas que se juzgan más comunes y más trilladas, no presentándose susceptible de adquirirlas, cuando por el contrario bajo otro cielo y en otras regiones no escasea el saber, siendo fácil que todos aprendan. Por consecuencia la situacion del hombre psicológico es diversa por la naturaleza y segun las diversas estirpes; quien admite la pluralidad del origen humano está en lo cierto.

Demos luz á tales tinieblas principiando por el fenómeno de la salvajez.

El hombre psicológico en algunas tribus es cruel, sanguinario y ruin, resultando conformes sus dotes morales á sus extrañezas corpóreas. ¿Sabeis la razon? No me propongo hacer hincapié ya en el clima, que ciertamente no es bastante á explicármelo todo; os demuestro, por el contrario, que el hombre psicológico en muchas regiones es como se ha dicho, no porque tenga un origen diferente del nuestro, sino porque se le trasmiten por herencia insinuaciones y pasiones hórridas, hallándose educado para el mal. Es un asunto este ya desarrollado por el doctísi-

(1) J. Vico. *Primera ciencia nueva.*

mo Muller: «A producir y conservar al hombre salvaje contribuye en gran parte aquella perpetuidad comunicada del padre al hijo por la union constante de las formas similares.»

Entre las poblaciones bárbaras, como es sabido, existe la costumbre de deformar de propósito el cuerpo. En las tribus indias de América se oprime el cráneo de los recién nacidos, á fin de hacerles adquirir aquella estructura que considérase mejor; el aplanamiento del occipucio entre tales pueblos débese á la costumbre de tenerlos yacentes sobre duras tablas. Los Natchez oprimen los cráneos de los infantes á fin de que tomen la forma piramidal ó de punta. Los Choctaws colocan á los niños sobre una tabla con la frente al cielo dirigida, y acomodan sobre su frente un saquito de arena, consiguiendo así frentes altas y, por decirlo así, fugitivas. Entre los Colombianos Nootka el niño es puesto sobre una cuenca ó cuna guarnecida de musgo: se apoya el occipucio sobre una tabla sujeta á la parte superior de la cuna, y, ordenada de modo que penda sobre la frente hollándola, déjase así hasta que andar pueda el hombre pequeño. Los Newatecs fuerzan la cabeza del niño para que tome una forma cónica: á los del Perú les place, por el contrario, hacer tomar á los niños una frente chata y hácia atrás mediante vendas y ataduras. Los de Taiti aplastan desde la infancia la nariz de las niñas, porque para ellas la nariz oprimida y plana es la más bella: los isleños de Pasqua estiranse las orejas hasta que toquen las espaldas; los Chinoos, como las otras tribus de América, se deforman el cráneo, y los chinos echan á perder sus pies. Unos salvajes se cortan el dedo pequeño, otros se perforan el labio inferior, otros se agujerean el cartilago nasal, otros se sacan ó se rompen ciertos dientes como exige la costumbre del país (1). Hé aquí las extrañezas y las monstruosidades corpóreas, cuyo efecto es transmitido en aquellos pueblos mediante la generacion, viniendo á ser perpétuo: ¿quién podría negar que gallardamente contribuye á pervertir los ánimos y á corromper las costumbres? A las monstruosidades corpóreas enlázanse las morales unas veces como efecto y otras como causa: en su virtud, sin recurrir á un origen diverso humano, teneis al hombre salvaje.

Por lo demás, ciñéndonos á la horridez moral, ¿cómo ha de bastar esta para que dé testimonio de un origen diverso? En los pueblos salvajes hay el hombre «psicológico» cargado de sevicias y de sangre; ¿acaso falta este hombre cargado de sevicias y de sangre entre los pueblos civilizados?

(1) Véase el doctor MARCELINO VENTUROLI. *El hombre prehistórico*, parte primera, párrafo VI.

Tiberio, Neron, Caracalla, Diocleciano y otros de aquellos imperantes nadan en las delicias de la opulentísima civilización romana. Ahora bien; ¿son por ventura tiranos menos crueles y menos infames que los tiranos del bárbaro Egipto, de la bárbara Tracia y de la bárbara Numidia? Juzgadlo vosotros.

Ezzelin de Romano, Juan de Basilio, Enrique VIII, é Isabel surgen de la civilización cristiana, llenando con su nombre la historia de la Europa; ¿son ellos tiranos menos detestables que Mahoma, Gengiskam, Tamerlan y Bayaceto, los emperadores y caudillos de la nueva barbarie oriental? Juzgadlo vosotros.

Robespierre, Danton, Marat, con la cohorte de los otros franceses, se levantan en edad civilizadísima con el magnífico nombre de libertadores de los pueblos; ¿matan menos tales libertadores y ensangrientan menos el mundo de lo que lo hicieron en siglos remotos y paganos Spartaco, Crisso, Cinna, Oenomao, Jannico, Tacfarinata, famosos libertadores de esclavos? Juzgadlo vosotros.

Si el hombre psicológico cargado de sevicias y de sangre mancha en los pueblos civilizados nuestra especie, como entre los pueblos bárbaros la contamina, ¿cómo podeis presumir que sirve de prueba para un origen humano diferente?

En la primera familia del mundo, ó en la de Adan, dos hermanos se diferencian de un modo que sobresale: uno pío, religioso é inocente; otro, rabioso, maligno y homicida. ¿Acaso Abel y Caín tuvieron padre diferente? Del mismo modo Venceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, son dos hermanos: uno manso como un cordero y cándido como una paloma: el otro como un tigre cruelísimo. Insidia el tigre á la paloma y oprime al cordero. ¿Diríais en su virtud que Venceslao y Boleslao proceden de un origen diverso?

El argumento de la salvajez á la civilización ópuesta, empleado por los «poligenistas» para dar varios padres al género humano, no se puede sostener, quedando desmentidos.

Igualmente falla el otro fenómeno de hallar tribus y gentes destituidas de las ideas comunes, ignorantes de los principios más elementales y más obvios, é incapaces de comprenderlos. De modo que parece colocado por la naturaleza un muro de separación entre unos y otros pueblos, lo cual nos hace pensar en su origen diverso.

Ante todo, advertimos que nuestros disputadores están ofuscados, porque ven y exaltan un fenómeno que no existe. Se dice realmente y escriben que hay tribus, las cuales carecen de las más comunes ideas; mas ¿cuáles son estas tribus? En los indígenas de Australia, de la Tierra del Fuego y de la stirpe negra quieren algunos hallar el infi-

mo grado de la inteligencia; mas muchos testimonios de personas doctas y honradas que durante no poco tiempo visitaron la Australia y las regiones del Africa por los negros habitadas, aseguran que, aun cuando las señales de la degradacion aparecen en aquellas tribus, en su conjunto se forman de hombres que tienen las mismas facultades, y los mismos atributos de que se jactan los filósofos del mundo civilizado, lo que se debe reconocer en muchos individuos de tales razas que ponen de realce astucia, inteligencia y audacia maravillosa. Se difundió la voz de que los habitantes de las islas Andeman, de la Tierra de Van Diemen, los Esquimales, los Bachapins de Cafrería, y los Topinanbous del Brasil no conservan alguna idea de religion y de Dios. Empero sí, segun todos afirman, aquellas gentes de forma distinta temen á los espíritus malos, sepultan á sus muertos y creen en las brujerías ó en el diablo; si creen además en Moo-to-Ony, que de la nada sacó á Kanguro y las hierbas que lo alimentan, esto significa que profesan una fé suya en lo sobrenatural, no pudiendo reputarse incrédulos. Se metió mucho ruido sobre la estupidez de los Hotentotes. Con todo, trabajan el hierro, y erian bien los ganados; los que ocupan las tierras sometidas al gobierno del Cabo de Buena Esperanza, segun Cazalés, «pueden ser tenidos como logrados para la civilizacion,» prestando grandes servicios, así en la agricultura como en las artes, á la poblacion blanca. Brutales máculas se arrojaron á la faz del Cafre. Empero el Cafre tiene espíritu muy despierto, é ideas en su cabeza no todas atroces, distinguiéndose por su fortaleza, por su agilidad, por su valor y por la belleza de sus miembros. Cosas más deshonestas aún publicaron nuestros filántropos á son de trompeta sobre los Maores de la nueva Zelanda. ¡Aquellos Maores son asesinos, canibales y, por decirlo así, comedores de pueblos! ¡Y continuamente mentecatos! Empero quien vivió con ellos los presenta, por el contrario, como personas suaves, caritativas y hospitalarias: el capitán Drury, que recorrió las costas de la nueva Zelanda, perfeccionando el mapa marítimo de Cook, constreñido á tomar tierra en muchas tribus de Maori, atestigua que recibió de aquellos aborígenes gentilezas y acogidas benévolas, habiéndole tratado con pronta cordialidad y con respeto en todas sus *Kainghe*. Cosas no diversas, como fruto de sus lejanas exploraciones, nos cuenta en sus propios libros Sir Jorge Grey.

¡Oh veracidad de los presentes difamadores de los bárbaros! Cristóbal Colon, el inmortal «unificador» de la especie humana, no halló de ningun modo separados a los pueblos por un abismo moral y social. Llegado á ignotas orillas, escribió á Isabel en España: «Son estos pueblos tan amorosos, tan tratables, tan pacíficos, que yo juro á Vues-

tra Majestad que en el mundo no hay otro pueblo mejor, ni otro mejor país (1).

¿Qué no se gritó aún recientemente de los pobres esclavos de América, pertenecientes por punto general á la prosapia negra? Nos los representan borricos, avaros, sórdidos, despiadados, sin idea ninguna religiosa y benigna en su alma. ¿Qué sucede, por el contrario, señores? ¡Ah! Si debo yo revelaros quién está verdaderamente privado de ideas comunes, ¿á qué hombres debo herir más con mi acento? ¿A los pobres siervos americanos, ó á sus dominadores?

Aquella excelente mujer, llamada Enriqueta Becker Stowe, entre las trágicas y conmovedoras escenas que bosquejó en su *Relato del Tío Tomás*, una no se puede leer sin ira y sin lágrimas.

Veis allí en la nueva Orleans el mercado de los siervos. En un principio creeríais que se trataba de un lugar oscuro, tétrico, inmundo; un *Tartarus informis, ingens, cui lumen ademptum*. Mas no, porque hoy se ha encontrado el arte de hacer el mal con delicadeza y de buen modo, para no herir los ojos ni las orejas de la respetable sociedad civil. El lugar, pues, donde nos metemos, es limpio y tambien de buen gusto, si se mira.

Vamos inmediatamente á nuestro asunto. En aquel mercado, al frente de que se halla el señor Skeggs, hay un depósito flotante, y un monton de siervos, que aumenta de dia en dia, porque de continuo arriban más. Entre los últimos que llegan (porque mañana se verificará la venta de los infelices), está el Tío Tomás; lleva consigo una gran caja llena de ropa blanca, que á duras penas arrastra, consiguiendo su propósito con las puntas de los piés y de las manos: al comparecer, todos los de aquella chusma se ponen á reir de una manera loca, á soltar la carcajada y á proferir gritos: «¡Así va bien! ¡Valor, hijos míos!» exclama el señor Skeggs, custodio. «¡Siempre así, alegres! ¡Y tú, mi Sambo! ¡Bravo!» Esto último dice, dirigiéndose con aire de aprobacion á un negro gordo, que con sus gestos había suscitado al entrar el tío Tomás aquellas carcajadas. Entre tanto Tomás, que no tiene ganas de bromas, despues de impeler á un ángulo del salon la caja, se sienta encima y apoya la cabeza en la pared. ¡Pobre recién llegado! Piensa en el siguiente dia, en el terrible dia siguiente, cuando se resolverá su destino acaso para siempre. Apenas el señor Skeggs se marcha de allá, una voz atruena sus oídos del modo siguiente: *¿Qué haces tú aquí?* Sambo, el negro amigo de bataholas, entre mil bribonerías, tiene por añadidura no poco de bufon. *¿Estás ahí meditando?* Y espera de pié, con el dedo indice levantado.

(1) *The New Zealanders. Introduction.*

¿Qué hago? Mañana seré vendido en pública subasta, responde Tomás pausadamente. Al decir esto mana sangre de su corazón y vierten lágrimas sus ojos. Aquel añade: «¡Vendido en pública subasta! ¡Vaya un mal! ¡Quisiera yo igualmente hallar quien me comprase! ¿No ha de ser vendido también mañana este joven? pregunta Sambo, poniendo familiarmente la mano sobre la espalda del muchacho. ¡Os pido que me dejéis solo, dice altivamente Adolfo, desprendiéndose y afectando repugnancia. ¡Oh! ¡Oh! ¡Muchacho mío! ¡Mirad qué negro-blanco! ¡verdadero color de crema, y huele todo muy bien! añade Sambo, en actitud de olerlo. Bien estaría en una tienda de tabacos; bastaría él solo á perfumarla. Inclinase hacia el abatido, lo huele y estornuda. ¡Repito que os apartéis! dice gritando Adolfo con furia, y se levanta con el fin de dar puñadas al bufon. Entonces entre la chusma se deja oír un fuerte susurro: unos rien, otros gritan, y otros silban. ¿Qué pasa, muchachos? ¡Al orden! ¡Al orden! Es el custodio que comparece de nuevo á la puerta del salón, dejando ver en su mano una fusta larguísima.

Desde aquel sitio, á que vuelve un momento la calma y donde hay entre aquellos degradados también la estampa de algun esclavo magnánimo, dirijámonos, señores, á otra parte. Os invito allí donde, en el almacén del señor Skeggs, se alberga la porción de la humana especie, que más débil es y enferma; el dormitorio de las mujeres. Veamos si entre ellas, que pertenecen á la estirpe ínfima y despreciada, resulta que de veras faltan ideas comunes.

Aquel grupo de abandonadas se distingue por sus posturas diversas; pero angustian todas. Aquí está una negra vieja y consumida, cuyos brazos secos y cuyos dedos callosos dicen que ha soportado duras fatigas, esperando ser al día siguiente vendida entre los artículos de última clase; vése más arriba una joven con piel de ébano más tersa y casi brillante, agraciada, pero con las facciones descompuestas, que llora de manera desesperada, porque vendieron en el día precedente á su madre, quedando entonces allí sola sin la piadosa tutela: otras cuarenta ó cincuenta yacen aquí ó allá por tierra, llevando las sienes caprichosamente vendadas con pedazos de varias telas.

En un lado, separadas de la turba, se ven dos mujeres de no vulgar aspecto.

La más entrada en años, que ha pasado de los cuarenta, es mulata, decentemente vestida, de pupilas atentas y suaves, así como de fisonomía grata. Hace mayor impresion, por llevar en torno de la cabeza una especie de turbante enlazado á un pañuelo de Madras rojo, bellissimo; el vestido, de tejido compacto, se adhiere á su cuerpo graciosamente, poniendo de realce la mano industriosa y diligente que lo ha hecho.

Lo que impele sobre todo á mirar esta mujer es la circunstancia de apretar ansiosa grandemente á una jovencita de quince años que tiene á su lado. Es mulata esta igualmente, con lineamientos semejantes á los de la mujer, por cuanto es hija suya. Viste bien; sus manos blancas y delicadas anuncian que ocupánse poco en los trabajos serviles: al verla parece una criatura ideada por un pintor. Ambas deben ser vendidas al siguiente día, en un solo lote con los esclavos de Santa Clara; el *gentleman*, á quien pertenecen, y al cual se debe remitir el precio de la venta, es un individuo de la iglesia protestante de Nueva York, el cual recogerá el dinero, acercándose despues al altar del comun Padre y Señor, no pensando más en el asunto.

Susana, la madre que contemplamos, inclina sus ojos hácia Emmelina; la joven se dirige á la madre, y las dos se contemplan un rato mudas. Despues dejan de mirarse y lloran ambas, aunque ocultamente, temerosas de que la una vea los sollozos de la otra.

Viene la noche: aumentando la desolacion, rompen el silencio las dos desventuradas.

«Madre, coloca tu cabeza sobre mis rodillas y mira si encuentras la manera de dormir,» exclama la joven, procurando mostrarse tranquila.

«¡No tengo ganas de dormir, Emmelina! No puedo. Esta es la última noche que pasaremos reunidas.»

«¡Oh madre! ¿Qué dices? Acaso seremos vendidas juntas; ¿quién sabe?»

«Podría esperarlo, Emmelina, respondió su madre, si esto fuera fácil, y ocurriese á veces; pero es tal mi temor de perderte que únicamente descubro yo el peligro.»

«¡Por qué, mamá mía? El custodio dice que tenemos las dos buen semblante y que seremos vendidas juntas.»

Por estas frases Susana piensa en las miradas y en las palabras de aquel hombre, recordando que se fijó en las manos de Emmelina y que levantó las trenzas de sus cabellos, declarando á la joven «artículo de primera calidad.» Pensando esto, su corazón se le oprime por angustia desesperada.

Cobrando brío, dirígese á la hija, y dice: «Mañana por la mañana será bueno que suelte las trenzas de tus cabellos y te las ate detrás de la cabeza.»

«¿Por qué, mamá? Me parece que estoy bien así.»

«Si; pero serás vendida mejor. Familias respetables estarán más dispuestas á comprarte si te ven con aspecto humilde é ingenuo, y no con aire deliberado de aparecer bella. Conozco el mundo; créeme.»

«Haré como tú dices, mamá mía.»

Prosigue la madre diciendo: «Si mañana, Emmelina, nos debemos se-

perar para siempre; si yo fuese vendida en una plantacion y tú en otra, recuerda cómo has sido educada; recuerda lo que siempre se te enseñó. Teme á Dios; si eres fiel al Señor, el Señor te será igualmente fiel. Ora; en la oraciou el alma se hace celeste.»

Los dulces tranquilos rayos de la luna delínean entre tanto la sombra de la verja de hierro sobre aquellas infelices criaturas acurrucadas en el suelo. La madre y la hija se ponen á cantar un himno salvático y melancólico; parece una elegía fúnebre, que usan mucho los negros de la América Septentrional.—«¿Do está la Virgen doliente?—Entre la dichosa gente,—Tambien ella se marchó,—Y depuesto el frágil velo—A la gran patria del cielo,—La piadosa alma ascendió »

Estas frases, cantadas por voces de una dulzura tristísima, enteramente propia, de tal significacion que parecen el suspiro del dolor lanzado hácia la esperanza del cielo, resuenan con patética cadencia entre las oscuras paredes de la cárcel.

¡Cantad, pobres almas! La noche es breve, y la mañana os separará para siempre.

Os dí, señores, el retrato de no pocos siervos de América. ¡Os parece una raza extinguida? ¿Los negros de la Confederacion de Washington os parecen un rebaño tan caido y tan bestial de la sociedad civil para que debais afirmar que carecen de ideas comunes? ¿Los referiremos en su virtud á otro origen diferente del nuestro? ¿Daremos á la estirpe blanca, que los huella y los vende, por primer padre á un semidios ó á un héroe? ¡Tendrán por primer padre un mónstruo los negros misérrimos, porque son opresos por nosotros? ¡Oh, qué terrible juicio divino provocan sobre su frente los blancos que oprimen y además insultan! ¡Si, estirpe blanca, no mudas de costumbre, serás condenada por la negra en el día solemne de la cuenta!

Solo que igualmente nos afirman los «poligenistas» que hay tribus bárbaras, tan extrañas á nuestras costumbres, que no sólo carecen de las ideas comunes, sino que ni muestran la posibilidad de adquirirlas. Quiere decir que alegan la imposibilidad de su educacion.

¡Oh verídicos y honrados razonadores! Empero, ¿qué son los muchísimos salvajes de una y de otra orilla, que por obra de los misioneros y los portadores de la civilizacion aprenden los modos de los buenos ciudadanos? Sus mismas patrias, antes de que las visitase la cruz de Cristo, eran ordinariamente toscas, supersticiosas, oscurecidas; mas ellas poco despues trasformaron sus creencias y sus leyes: ¿qué os dice todo esto? ¿que los salvajes no son susceptibles de progreso?

Hágase, señores, otra observacion.

Tomad uno de la Etiopía, de la Australia, del Japon ó de la China;

tomadlo de buena edad y conducidlo para su educacion bajo vuestras casas, y para que sea instruido en vuestros colegios: si no tiene su cerebro perturbado, aprende como vuestros hijos, resultando culto, de finos modales y gentil. Válganos un ejemplo. En Roma existe, fundado por los Papas, el gran Colegio *De propaganda Fide*, donde son enseñados los idiomas principales hablados hoy en el mundo; educanse allí alumnos y novicios á fin de mandarlos como apóstoles á diversas remotas regiones. Napoleon I, «á quien, como escribe Botta, gustaba todo lo que agitar podía el universo, admiraba el Colegio de Propaganda, exaltándolo con grandes alabanzas. Ahora bien: en aquel Colegio son admitidos jóvenes de todos los países, incluso los más bárbaros. ¿Qué pruebas os dan de sí? Os traen sus idiomas y aprenden allá los desconocidos; así en la Propaganda, como en un nuevo Cenáculo, se hablan todas las lenguas: allí se habla el hebreo, el caldeo, el siríaco, el samaritano, el árabe, el armenio literario y el vulgar, el persa, el «mandaico,» el curdo, el turco, el chino, el griego literario y el vulgar, el latín, el italiano, el céltico, el escocés, el irlandés, el ilírico, el búlgaro, el polaco, el tudesco, el holandés, el inglés, el español, el portugués, el francés, el valaco, el cofto, y otros que dejo de nombrar. Esto es poco; aquellos jóvenes, aquellos apóstoles recientes del Cenáculo, además de hablar los diversos idiomas, inflámense por las virtudes apostólicas, imitan á Cristo ensus costumbres y de sí propios sacan el fuego que debe trasformar el mundo. La pluma de oro del Padre Antonio Bresciani nos describe algunas amadas vidas de aquellos santísimos jóvenes: ¡Leedlas, por ser un pasto mucho más delicioso que nuestras novelas! Leed lo de Mac-Isaac americanó, lo de Ballovich ilírico, y lo de Artarian armenio; leed ante todo lo de Abulcher Bisciarah, un vástago de la egipcia gente puesto para que despida fragancia como una flor en el jardín de la Santa Iglesia. ¿Y se dijo que los salvajes permanecen salvajes, no viniendo á ser de ningún modo susceptibles de las ideas comunes?

Ya que me hallo con el discurso sobre Roma, hago cuenta que me paro en beneficio vuestro; á fin de probar hasta qué punto los salvajes y los esclavos son idóneos para tomar lo bueno y nuestras creencias, subo á observarlos en los primitivos tiempos del cristianismo, cuando la fé y la virtud cristiana comprábanse á muy caro precio. Os amaestré ya con el relato de una protestante mujer; séame aquí lícito aduciros el trozo de un relato hecho por un sacerdote católico, Cardenal por añadidura, que me viene bien referir.

Imaginad que os hallais en el palacio de Fabiola, una gran matrona romana. Asistenla tres esclavas á ella, jóven hermosa y elocuente oradora. Una de las esclavas es negra, procedente de Abisinia, sabiendo

poco para conservar la salud y la hermosura de su dueña; la otra es una griega muy hábil para peinar; la tercera procede del Asia, y tiene maestría en el bordado. Debemos pararnos un poco en esta última esclava, que llámase Sira.

Si no lo sabeis, Sira, llevada por aventuras extrañas á Roma, oyó hablar allí de Cristo, de su religion y de la naciente Iglesia, de la cual enamórase, queriendo ser bautizada. Abrazó de tódo corazón la cruz, imitando inmediatamente al Salvador: en su virtud es casta, mansísima, no habladora, de ideas elevadas y despreciadora del siglo pagano. Las otras dos esclavas de Fabiola se dan á puntillos, á envidias, á rencores y á malas artes: Ella no. Las otras esclavas Graia y Afra delante de su ama se deshacen en adulaciones bajas y en elogios ridículos: Sira no.

Un día Fabiola, estando presentes Graia y Afra, de las cuales está contentísima, se vuelve con aire brusco á Sira, diciéndole:—«Se me figura, esclava, que no eres muy inclinada á elogiar, porque jamás se te oyen palabras lisonjeras.»

—«¿Y qué precio tendrían en boca de una pobre criada, y dirigidas á una ilustre dama, acostumbrada á oirlas todo el día de labios finos y elocuentes? ¿Las creéis cuando ellos os las dicen, y no las despreciáis, cuando salen de nosotras?»

Sus dos compañeras la miraron con despecho. La ira no le permitía á Fabiola reprenderla. ¡Un sentimiento elevado en una esclava!

—«¿Con que aún ignoras, contestó con altanero ademán, que eres mía, que te he comprado, pagando por tí una crecida suma, para que me sirvas como me plazca? Tengo el mismo derecho al servicio de tu lengua que al de tus manos; y si se me antoja ser alabada, adulada y cantada por tí, lo harás mal que te pese... ¡Sería una idea nueva y bien extraña á fé, que una esclava tuviera otra voluntad que la de su ama cuando ni aun su vida le pertenece!»

—«Es verdad, señora, repuso Sira con mansedumbre, pero con dignidad; mi vida os pertenece y además cuanto con mi existencia se acaba; mi tiempo, mi salud, mis fuerzas, mi cuerpo y mi aliento. Todo eso lo habeis comprado, y es propiedad vuestra. Pero, con todo, conservo una que todos los tesoros de un Emperador no pueden comprar, ni los hierros de la esclavitud encadenar, ni encerrar en límites de la vida.»

—«¿Y no me podrás decir que cosa es esta?»

—«Una alma.»

—«¿Una alma! exclamó Fabiola asombrada de oír por la primera vez á una esclava reclamar semejante propiedad. ¿Quieres explicarme lo que por esa palabra entiendes?»



—«Yo no sé componer frases filosóficas, respondió la esclava; pero por esa palabra entiendo aquel sentimiento interior que mora en mí, y me inspira la persuasión de que mi existencia está enlazada á la suya en medio de cosas mejores que las que me rodean; que huye con horror de la destruccion, y por instinto, de todo cuanto á ella se asocia, como la enfermedad se asocia á la muerte, y que por consiguiente aborrece la adulacion y detesta la mentira. Mientras yo posea ese invisible don, no me es posible ni adular ni mentir.»

Las otras dos que no comprendían, sino muy poco, lo que Sira expresaba, mostraban en sus gestos su estúpido asombro de la presuncion de su compañera. Fabiola misma estaba sorprendida; pero recobrando bien pronto su altivez, exclamó con visible enojo:

—«¿Dónde has aprendido esas demencias? ¿Quién te ha enseñado á charlar de ese modo? Yo que he estudiado muchos años, estoy persuadida de que todas esas ideas de una existencia espiritual, son sueños de poetas ó sofistas, y por tales las desprecio. ¿Y tú, esclava ignorante é iliterata, pretendes saber más que tu ama? ¿O crees, en efecto, que cuando tu cadáver vaya á aumentar el monton de los esclavos muertos por exceso de la embriaguez, ó de resultas de los azotes, para ser como los suyos convertido por una hoguera común é ignominiosa en cenizas que, mezcladas todas juntas, serán luego arrojadas en una zanja, tú resucitarás y volverás á gozar de una vida contenta y de entera libertad?

Non omnis moriar (1), como dice uno de vuestros poetas, replicó la esclava extranjera modestamente, pero con una expresiva y fervorosa mirada que desconcertó á su ama. Espero y me *propongo* sobrevivir á todo eso. Más aún; creo y sé que una mano recogerá de esa zanja, que tan al vivo habeis pintado, cada carbonizado pedazo de mi cuerpo, y que existe un Ser Todopoderoso que llamará á cuenta los cuatro vientos del cielo, y obligará á cada uno de ellos á restituir hasta el más imperceptible átomo de mi polvo que haya diseminado; y ese mismo cuerpo mio volverá á formarse, no ya para ser esclavo vuestro, ni de nadie, sino rejuvenecido, libre, gozoso, resplandeciente de gloria, amante y amado eternamente. Esta incontrastable esperanza está grabada en mi pecho.»

—«Esos delirios de tu imaginacion oriental te inutilizan para el buen desempeño de tus tareas, y es preciso curarte de ellos. ¿Pero en qué escuela has aprendido esas extravagancias, que nunca he leído en libro alguno griego ni romano?»

—«En una de mi tierra, en la cual no se conoce, ni se admite diferencia alguna entre griegos y bárbaros, libres y esclavos.»

(1) No moriré todo; no todo mi sér perecerá.

—«¡Qué es lo que estoy oyendo! exclamó exasperada la soberbia romana. ¿Con que, sin aguardar á esa soñada vida futura, tienes ya en la actualidad la osadía de suponerte igual á mí, si ya no superior? Ven acá; dime lisa y llanamente sin tergiversacion, si no es así.»

Incorporóse, mostrando en su actitud la impaciencia con que aguardaba la contestacion; y cada palabra aumentaba su agitacion, producida por las violentas pasiones con que pugnaba en su interior, en tanto que Sira dijo con sereno continente:

—«Noble señora, sois muy superior á mí en jerarquía, en autoridad, en instruccion, en ingenio, en todo cuanto hace apetecible, hermosa y placentera la vida. En gracia, en belleza, en elegancia de los movimientos y del lenguaje, os hallais muy sobrepuesta á toda rivalidad y á toda competencia, especialmente de parte de una criatura tan pequeña y tan insignificante como yo. Pero si os he de hablar con verdad, como me lo mandais...»

Interrumpióse aquí vacilando, pero obedeciendo á una señal imperiosa de su ama, continuó:

—«Dejo á vuestro buen juicio decidir si una pobre esclava, íntimamente convencida de que posee dentro de sí un espíritu inteligente y activo, cuya existencia no tiene otros límites que la eternidad, cuya habitación permanente está más allá del firmamento, y cuyo prototipo es la divinidad misma, debe considerarse inferior en dignidad moral y en elevacion de pensamientos, á quien, si bien adornada y favorecida por todos los dones de la naturaleza y la fortuna, proclama que no aspira á más sublime porvenir que el que aguarda á los lindos cantores que golpean sin esperanza de libertad, los dorados alambres de aquella jaula.»

Fabiola, que arrojaba centellas de cólera por los ojos, creyéndose reprendida y humillada por una esclava, por la primera vez de su vida, echó mano á la daga que tenia en la mano derecha, y la lanzó á ciegas sobre la impasible esclava. Sira adelantó el brazo, por instinto, para defender su pecho, y recibió en él la punta, que dirigida hácia más arriba desde el lecho, le abrió la herida más profunda de cuantas habia hasta entonces recibido.

Arrancóle lágrimas el agudo dolor, y principió á brotar abundantemente la sangre. Fabiola, avergonzada al momento de su crueldad, pues no habia sido su intencion llevarla tan lejos, se sintió más humillada aún en la presencia de sus siervas.

—«Anda, dijo á Sira, que estaba restañando la sangre con un pañuelo; ve á hacerte curar la herida por Eufrosina. No queria causarte tanto daño. Pero aguarda un instante, que voy á darte alguna compensacion.—Y revolviendo las alhajas diseminadas sobre la mesa, tomó de

entre ellas una sortija, y se la regaló, añadiendo:—No es necesario que vuelvas esta noche.»

Fabiola quedó con la conciencia tranquila, persuadida de haber subsanado ampliamente la injuria, con regalar un dije de valor á su criada; y el domingo inmediato, en la iglesia del Santo Pastor, situada no lejos de su casa, se encontró una sortija de esmeraldas de precio entre las limosnas recogidas para los pobres.

El buen cura Policarpo dió por supuesto que la habría depositado allí alguna rica dama romana; pero el que vigilaba con centellantes ojos el cofre de las limosnas de Jerusalem, y observó el óbolo de la viuda, fué el único que la vió introducir en el cepillo por el brazo vendado de una esclava extranjera (1).

Es tanta la elocuencia y la verdad que brilla en las frases de la magnánima esclava esta, que me libra de añadir otras. ¡De frente sin vergüenza, como tambien de ojos aplastados, son verdaderamente los «poligenistas!» Ni han sabido ver que son los pobres bárbaros, hijos de las tribus lejanas y salvajes, susceptibles de una educación. ¡Y osaron denunciarlos como tales! Ahora bien: allí está Sira, que aprende la sábia necesidad de la cruz, y confunde á la orgullosa patricia romana. ¿No la ven? ¿No la oyen? ¿No vislumbran en el modelo de Sira la parte acaso más bella del jóven cristianismo?

La teoría, segun la cual nos pregonan la pluralidad del origen humano, halla su condena en la observacion de los hechos: es ciega y no entiende al hombre «psicológico.»

Alcémonos á contemplar una tercera y última representacion, asumida por el hombre, mediante la que obtiene la plenitud de su vida: me reflero al hombre social.

El hombre social, señores, tiene de propio que, sin excluir ninguna de las facultades que primeramente descubrimos en el hombre físico, y por consecuencia es el hombre psicológico, se auxilia por el contrario con ellas, las ejercita y las dirige á un fin práctico de bien comun, enlazando así los modos y las relaciones de la vida civilizada.

En su virtud, es corona explícitamente del hombre físico y del hombre psicológico el hombre que vive en sociedad. En una parte poned cráneo, lengua, piel y estatura; en otra ideas, pensamientos, sentimientos y afectos: ¿á qué se reducirían todas estas dotes sin la sociedad civil? Imaginándolas sin un campo digno donde se puedan ejercitar,

(1) Card. Nicolás Wiseman. *Fabiola*, parte primera, cap. IV. Traducción del Excelentísimo. Sr. D. Angel Calderon de la Barca.

nuestra mente las vislumbra embrolladas y consumidas por impotencia y muerte. Abrimos, por el contrario, al hombre la sociedad civil: en todas partes brilla, florece y vive. No nos dá solamente ya los frutos del hombre físico, á saber, la fuerza, los colores y las armonías; no solamente los frutos del hombre psicológico, es decir, la inteligencia, el saber y la virtud, sino que nos dá tambien los gobiernos, los tráficcos, las empresas, los monumentos públicos, las glorias de la patria y la civilizacion. El sistema de Tolomeo se realiza en la tierra maravillosamente: todo gira, y por lo tanto áun el sol, en torno de un centro muy bajo, pero que á estar llega muy alto: este centro terrestre es el hombre social.

¿Qué hacen los «poligenistas» de tal hombre? Hallamos que su doctrina, capciosa como es, abusa del hombre físico; es ciega y no entiende el hombre psicológico. Ahora disponeos al asombro y á la ira: su doctrina es cruel asimismo, por destruir el hombre social.

A fin de iluminar el nuevo razonamiento, preciso es descubrir cuál es el fundamento de la sociedad civil. Yo, para decir inmediatamente cosa de todos conocida y apreciada, os afirmo que fundamento de la sociedad civil es la fraternidad.

Está bien; la fraternidad proporciona el eje de nuestra vida comun; el sentimiento que tenemos de la misma, más que los teoremas filosóficos y las leyes políticas, nos hace derramar nuestro corazon en el de otros; nos acerca mucho recíprocamente, nos vincula y emparenta. Empero señores, si es cosa tan válida y preciosa la fraternidad; si puede tanto en nosotros, porque cual un sentimiento nos visita y nos trasporta, preciso es buscar la razon de donde todo esto emana. ¿Por qué la fraternidad es precisamente un sentimiento de nuestro corazon? ¿Por qué á todos los hombres se nos presenta como cosa íntima, manifiesta y dulcísima, más bien que repugnante y extraña? Vedla; todos somos hermanos, porque descendemos todos del mismo padre.

¡Cuán crueles son los «poligenistas!» Dicen: El lapon viene de una estirpe suya propia, y el negro de la Guinea de otra estirpe suya propia; de otra estirpe suya propia el alfurús, el papuano y cien otros. Empero si existen cien estirpes, existen asimismo cien padres diversos; si hay cien padres diversos, no pueden faltar los hijos diversos tambien: entonces, con los hijos diversos, que nos dan igualmente los pueblos distintos, la unidad de la familia humana queda rota y el principio de la fraternidad es desterrado del mundo. Entonces nosotros los de la estirpe caucásea, por la paternidad contraria y por falta en su virtud de parentela, venimos á ser enteramente diversos de los Mongoles, de los Etiopes, de los Maleses y de los Americanos; éstos, á su vez,

por las mismas razones de paternidad diversa y de contraria familia, vienen á ser enteramente distintos entre sí, como también distintos de nosotros. ¿Dónde se halla entonces aquel vínculo afectuoso y santo, que nosotros aducimos como fundamento del orden civil? Lo aseguré; todo, señores, queda roto y disipado.

Crece la atrocidad. Disipado el principio de la fraternidad, es preciso fijarse mucho en el punto á que vamos.

Para los gentiles, fundamento de la esclavitud era la discrepancia de naturaleza: consideraban á ciertos hombres de más baja condición natural que á los otros. «¿No advertís, dijo Aristóteles, que en los esclavos es degradado el apetito é ínfima la naturaleza y las costumbres?» Con este modo de hablar los envilecían y los subyugaban.

¿Rompeis vosotros la unidad de la naturaleza? Volveis por consiguiendo á la discrepancia, legitimando así la enseñanza de la humana esclavitud. Hé aquí un dogma sustituido al otro; es abatido el dogma de la fraternidad y restaurado el de la esclavitud. ¿Es bello el cambio? El mundo sabe qué beneficios aportó el dogma de la esclavitud antigua. Ahora bien; ¿exaltaríais vosotros el dogma gentil, aborreciendo el cristianismo?

Escribió Vicente Gioberti: «¿Cuál es el dogma que informa toda nuestra vida social, que compenetra las leyes, las instituciones, las costumbres, las artes, las letras, y, destruida la esclavitud antigua, la servidumbre feudal de los pueblos, dió á muchos la igualdad civil, la libertad pública y la independencia nacional, prometiendo á todos los mismos bienes con augurio infalible?» Respondía: «Este gran dogma es la unidad de origen, la identidad de naturaleza, la conjunción de la sangre, la fraternidad doméstica y el común destino de todos los hombres creados y redimidos por Dios, descendidos de un mismo padre, sujetos á una ley única y ordenados á la misma beatitud (1).»

Nuestros «paleontólogos» incrédulos, nuestros «poligenistas», llamando los hombres á que sigan su doctrina, se dan á destruir este dogma importantísimo, y á una con este dogma destruyen los bienes supremos que produce. ¡Cruelles! ¡Cruelles!

Mirad, señores, cuánto Dios áun históricamente ha hecho para establecer la unidad de la familia humana.

En tres grandes edades se divide la vida del mundo moral. La primera es la infancia, en la cual predomina el estado de familia, y Dios hace que tal vida continúe hasta el diluvio. La segunda es la de la adolescencia, cuando surge la división de las humanas estirpes en na-

(1) V. Gioberti, *Prolegómenos*.

ciones; es un período de dirección en el que Dios hace que tal vida continúe hasta Jesucristo. La tercera es la de la edad madura: entonces se realiza la unidad de la Iglesia, en la cual todas las estirpes y todas las naciones son llamadas á reunirse; Dios hace que tal vida deba seguir hasta el fin.

Empero contra la obra de Dios se levanta la obra del pecado; así en el mismo comienzo de cada una de las tres grandes edades vemos una oposición horrible, ó sea el esfuerzo del genio del mal para dividir y echar á perder la humana familia: al lado de Adán, primer padre de los hombres, surge la sombra sanguinaria de Caín; al lado de Noé, segundo padre de los hombres, aparece la sombra mofadora de Cam; al lado de Jesucristo, tercer padre, ó más bien el sumo Redentor de los hombres, aparece la sombra traidora de Judas. Estas tres sombras empeoran cuanto más aumentan: Caín solamente de rechazo, con la muerte de Abel, ofende al padre Adán; Cam con la befa ofende á Noé de un modo directo; peor el Iscariote, el cual, con la traición trata de perder á Jesucristo. Ahora bien; ofendido y maltratado el padre, queda herida la filiación que de él desciende, y, conculcada ésta, queda conculcada la fraternidad.

No digo, señores, que con Caín, Cam y el Iscariote queda explicada toda la propagación del mal que se manifiesta en las tres edades diferentes del género humano: digo sí que las tres sombras maléficas están delante de nosotros como tipo, ó á lo ménos como indicio desventurado á fin de advertirnos que ha declarado la guerra Satanás al progreso de la fraternidad. ¡Pero qué importa! Dios no deja perecer su obra; y el que por medio de la fraternidad establecía la humana fraternidad, acude á salvar ésta en su misma raíz; detrás de Adán arrepentido está la promesa del Salvador, que conserva viva la infancia del hombre en la contaminación de la carne; detrás de Noé preservado del diluvio está la progenie de los Hebreos, que se conservan fieles á Dios en la perversión de las naciones; detrás de Jesucristo muerto y resucitado está la Iglesia que, aterrando las herejías, conserva en los hombres la unidad religiosa y social. En su virtud, por parte de Dios queda cumplido cuanto era necesario para que la fraternidad humana se salve.

¡Son crueles los «poligenistas,» que intentan echar por tierra este sublime ordenamiento de Dios! Necesitáronse todas las maravillas del cielo, todas las fatigas heroicas de los creyentes y de los santos para iniciarlo y conducirlo á término; necesitáronse las luchas de todos los siglos, todas las victorias del bien contra el mal para conservarlo; mas ellos levantan el pié y huellan. ¡Crueles, que han venido á separar á los hermanos de los hermanos!

Han venido á gritar á los hijos de la Europa: Vosotros tendéis los brazos al Asia, al Africa y á la América; mas, ¿á quién quereis estrechar al seno? A pueblos de otra estirpe que no es la vuestra; que no son vuestros, y que siempre, por natural impetu, os desdeñarán. Han venido á decir á los italianos: «Vosotros los unos descendéis de los Pelasgos, los otros de los Cananeos, los otros de los Teucros, y los otros de los Celtas: mirad bien vuestra cara y os distinguireis originariamente diversos, con padre y madre distintos. ¡Crueles y bárbaros! En ellos reviven Cain y Cam, no faltando el Iscariote.

Han venido á predicarnos la desunion y el cisma social cuando ciertamente no se necesitaba soplar en el fuego; porque nuestra edad, gloriosa por varios motivos, es por alguno de sus lados misérrima. Estamos llenos de orgullo, y el orgullo divide: somos hombres de negocios por interés ó ansia de oro; y la codicia cual el interés, quiérase ó no se quiera, dividen; han decaído nuestras creencias cristianas, abundando no poco los escépticos, y el escepticismo divide. Ahora bien, cuando el movimiento de la division es fuerte; cuando la obra más digna del filósofo y del ciudadano está en reconciliar ó unir nuevamente los ánimos, ellos nos dividen con la teoría sobre la pluralidad de nuestro origen. ¡Bárbaros!

Para mayor vergüenza y fastidio procuran rompernos, por decirlo así, las junturas del corazon, por cuanto los dementes intentan convertir todo el mundo en una especie de *Commune*. Primeramente para establecer la unidad nacional derramamos la sangre y el alma: ahora debemos verter el alma y la sangre para deshacerla. La Francia estará bien hilvanada en cien pequeños estados; España en cuarenta, y nuestra Italia en sesenta: tengan vida los municipios y el pueblo triunfará. Se quiere volver á las pequeñas repúblicas de la Edad Media; pero se desean no bautizadas y ateas, sin el Evangelio que ilumina á los ignorantes, y sin el clero que á todos protege con su sombra. Las antiguas repúblicas pequeñas conducian alguna vez, en el jefe del Imperio, á la unidad, que ahora se denomina una infamia. Ahora los pequeños Estados tendrán la unidad en la metrópoli, por un pacto fundamental: diré aquí de pasada, señores, que los pueblos ya emancipados en demasía, y no amantes ya de nada, considerarán una gloria quebrantar pronto esta unidad. Pues bien; en un tiempo en el que tanto se opone á la unidad, y con el cual se da en la separacion, los «poligenistas» nos anuncian la pluralidad del origen nuestro. Dad gracias á los generosos, por cuanto el servicio, que os prestan, es grande. ¡Oh ley de Dios, é Iglesia de Jesucristo, madres y maestras de la humana unidad! ¡Hasta qué punto apareceis benéficas delante de tales gramáticos y sofistas! Quien os rechaza, prescinde de la vida, y se pierde.

La escuela de los «paleontólogos» incrédulos está juzgada: por lo que hace á la cuestion del origen humano, tiene tres feas notas que la condenan. Capciosa, conduce al abuso del hombre físico; ciega, no entiende al hombre psicológico; cruel, destruye al hombre social.

Por tanto la pregunta hecha en un principio sobre si se debe admitir la multiplicidad original de nuestra estirpe, se halla en la debida contestacion, que dice: No.

Un grupo de Calvinistas armados, conducidos por el marqués de Curton, oprimió en 1562 á Villanova de Avignon, que invadía. Apenas vieron la tumba del Pontífice Clemente VI la destaparon y, sacando el cráneo, lo convirtieron en una copa, vanagloriándose de beber en la cabeza del Papa. Era para ellos beber á la invocada muerte de la Cristiandad.

Los «poligenistas,» señores, destapan otra tumba, y sacan fuera otro cráneo; el del padre Adan, que trasforman en copa, enviando á las estrellas mil vanaglorias por escarnecerlo; en él beben como vencedores, aunque son borrachos. Así han cortado la cabeza de Adan, y esto equivale para ellos á beber á la meditada muerte de la unidad humana.

Con tintas, por decirlo así, sucias y de muerte, queda resuelto el problema del presente día.

CONFERENCIA XI.

SI PUEDE ACEPTARSE LA RELACION DEL GÉNESIS

SOBRE LA CAIDA DEL HOMBRE.

Venid, escritores estéticos, que leéis la Biblia, y os maravillais de las bellezas que allí florecen: ven, Chateaubriand, que parangonas la Biblia con Homero, encontrando que le vence: ven, Newton, que lees de rodillas á Moisés, á los Profetas y á los Evangelistas: ven, Alfieri, que de las páginas santas deduces las más hermosas escenas trágicas de tu Saul: ven, Monti, que llamas á David el altísimo poeta, que sobre los demás vuela como águila: ven, Goethe, que por el libro de Job principias tu drama del Fausto: venid, sublimes ingenios, amantes de la verdad y de la belleza, enamorados por esto de la Biblia... Pues bien, vosotros sois extravagantes.

Los paleontólogos incrédulos examinan el Génesis, que en el principio está de la Biblia: despues de los primeros capítulos que inquieron, examinaron otros, y muestran asco: vosotros bendecís, y ellos maldicen.

Hé aquí la relacion del pecado y de la caida del hombre; es la parte donde pierden por completo la paciencia. Leerán las atrocidades referidas en las novelas de Walter Scott y de Federico Soulié, permaneciendo tranquilos: leerán el *Corsario*; el *Don Juan*, de Byron; las *Cartas de Santiago Ortis*, de Fóscolo; la *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo, sin conmoverse; leerán el *Antony*, de Dumas, y mudos; los *Misterios del pueblo*, de Sué, y mudos; el *Asno*, de Guerrazzi, y mudos; la *Voluptuosidad*, de Saint-Beuve, y siempre mudos, señores. Esto va por sus pasos conta-

dos. Empero, ¿quién puede soportar el relato sobre la tentacion y la caida del hombre? Al oirlo y al pensarlo, el alma entra, por decirlo así, en el abismo. ¡Oh estrellas, nublaos! ¡Oh tierra, cúbrete con fúnebre manto! Tu, primavera del mundo, huye y no reverdezas más, para que sonrían los mortales con tu dulce luz.

¡Cuánto maleficio segun ellos! En sustancia: ¿qué hay en este relato? Yo veo á Adan, que, dejándose seducir por su consorte, come la manzana prohibida, haciéndose con la culpa mísero, y haciendo mísera con él á la posteridad vendida. Veo á Dios, que se presenta delante del delincente, por quien fué despreciada la gracia celestial, anunciándole la pena de la muerte, con la cual háfale amenazado. Entre Dios ofendido y el hombre pecador, veo surgir el iris ansiado de la futura paz y del amor renovado, es decir, la promesa del pie de la mujer que, á fin de aplastar á la serpiente, se levantaría.

Esta vision, que penetra en mi alma con las palabras de Moisés, no me ofende con su luz: la comprendo por el contrario y se ajusta á mi sentir, porque advierte mi debilidad, y como hombre me humilla, elevándome como creyente. ¿Qué hallais vosotros en ella de repugnante y de feo?

¿Qué hay de reprochable en la narracion del Génesis? ¡Decídmelo, irritados espíritus que os lamentais!

¿Qué hay? Por parte del hombre hay el absurdo, no pudiéndose transmitir el pecado por el primer padre á sus descendientes: hay, por parte de Dios, la tiranía, hiriendo mortalmente á la generacion humana inconsciente; entre Dios y el hombre, por parte del remedio propuesto, está el ridículo, vaticinándose en vano el pie de la mujer que á la serpiente hollaría.

Han estallado los acentos de la maldicion, encerrada en el pecho de los paleontólogos incrédulos: semejan los antiguos silbidos de la serpiente, por los cuales se puso á dudar Eva, llevándola las dudas á prevaricar: así las murmuraciones de tales incrédulos inducen á dudar á los modernos. En su virtud, debemos resolver un problema grave, y es: ¿se debe admitir la relacion mosaica sobre la caida del hombre?

Si los rabiosos enemigos de Dios y de la Iglesia pueden aplacarse, considerarán firmísimas, despues del razonamiento, las tres cosas siguientes:

La primera, que la trasmision de la culpa del primer padre á sus descendientes nada tiene de absurdo, siendo un proceso moral y físico de todo punto creible.

La segunda, que herir Dios ofendido de muerte á la raza humana, nada tiene de tirano, siendo una pena justa y altamente saludable.

La tercera, que prometer el pie de la mujer que aplastaría á la serpiente, nada tiene de ridículo: es un remedio propio y realizado de edad en edad de una manera luminosa.

Entro triste á desenvolver el tema, sin embargo de que no vacila mi espíritu, porque hoy se trata de la inmensa catástrofe antigua que á todo el género humano envolvió, debiendo manifestaros cómo vino á realizarse.

Fácil me será este trabajo, poniendo de realce en qué consiste verdaderamente la catástrofe.

Hablan todos de la culpa primitiva, y todos conocen la caída de Adán; mas no todos tienen de ella un justo y adecuado concepto. Aclarar es preciso este punto; ¿qué cosa es el pecado de origen?

Considerado en su esencia, el pecado de origen está en la privación, ó sea en el repudio de la justicia original, del estado sobrenatural de la gracia divina. Había el Creador adornado el alma del primer hombre con la gracia santificante, y él, rebelándose contra Dios, la perdió. Empero este mismo acto, por el cual se rebeló contra Dios, produjo un desórden gravísimo en él, cuyo efecto inmediato, por parte del hombre, fué el desenfreno de la concupiscencia, y declararse la carne contra el espíritu. Si se considera su maldad intrínseca y formal, es esto el pecado original.

Si Adán no hubiera sido ordenado por Dios para tener descendencia; si por tanto él y su consorte hubieran sido dos criaturas aparecidas en la tierra y desaparecidas despues en la soledad de lo creado, la culpa horrible que contristó la faz de Dios hubiera tambien desaparecido muy presto; habiendo surgido en las dos primeras criaturas racionales, hubiera huido del mundo al huir ellas. Empero el pecado original fué de otra clase; precisamente se llama original por engendrar y tener prole infausta que debia durar en todas las edades. Adán vino al mundo para engendrar hijos y ser padre de todos los hombres: la privación de la gracia de Dios sucedida en su alma, y el desórden impreso en su ser, permanecieron allí, prontos á trasmitirse á sus vástagos.

Aquí principia lo árduo del discurso, y se presenta el misterio. ¿Cómo pueden los hombres que pecan hacer compartícipes de su pecado á los hijos?

Advertid que peca el primer hombre; no se debe olvidar nunca que hablamos ahora nosotros de un pecado de origen, cometido por el primer hombre que vino á la tierra. Aquel primer viviente, aquel comun progenitor, contenía en sí toda la naturaleza humana. Conteníala, si, en germen; pero la contenía toda, de modo que fuera de él no existía la

menor gota, por decirlo así, ni parte de ella. Conteniéndola toda en sí, la informó con sus mismos actos; si la hubiese conservado inmaculada y santa, según la recibió del Creador, intemerada y santa la hubiese transmitido á los hijos; como esto no fué, sino que por el contrario la dañó y adulteró, preciso fué que dañada y adulterada la recibiesen por él los hijos. Como perdió la gracia de Dios, los hijos debieron quedar concebidos y debieron nacer fuera de la gracia de Dios; rompió el freno á la concupiscencia, y engendrados debieron quedar sus hijos en la concupiscencia ruin.

Por consiguiente, presupuesta la trasmision de la culpa del primer padre á sus descendientes, todos los hombres nacen pecadores, es decir reos de un pecado que no han cometido. Esto enseña la Iglesia. ¿No es monstruoso pensarlo? ¿No es un absurdo que nos indigna?

Expliquemos más extensamente la doctrina católica.

Un escritor alemán, Nicolás Laforet, escribió estas palabras: «¿Qué transmitió á sus descendientes el primer hombre? ¿Qué se contrae por la generacion de los hijos, que nacen de la primera pareja prevaricadora? ¿Será por ventura el mismo pecado actual cometido por la violacion del precepto de Dios? Este acto es personal de Adán, y no lo cometimos nosotros. No cabe así en nosotros la culpa que constituye tal acto. No hay cuestion acerca del particular, porque, siendo cada uno de los actos pasajero por su naturaleza, y obra del que lo realiza, no puede transmitirse á nadie. En su virtud, la Iglesia nunca entendió enseñar que se transmite á los descendientes de Adán la culpa actual cometida por él al infringir el divino mandamiento, sino que siempre creyó lo contrario (1).

Somos instruidos útilmente. Entrando los hombres en el mundo, ¿vienen á él reos de un pecado que no han cometido, es decir, del propio pecado de Adán? No. No extendieron la mano al fruto prohibido, ni lo probaron; Dios no los acusa de aquel pecado, ni los condena. Os he manifestado, empero, que se contenía en Adán toda nuestra naturaleza, y que contenía en gérmen todos los hombres: os he manifestado que, introduciéndose en Adán el desórden, éste introduciase asimismo en la naturaleza humana: hé aquí, por tanto, de qué modo y por cuál razon nacen los hombres culpables. Vienen, señores, á la luz de la vida en pecado, no en el acto del pecado, sino en el estado de pecado; esto sucede porque antes ya de su concepcion nuestra naturaleza está corrupta. Dos cosas, según San Anselmo, se hallan en cada hombre; la naturaleza, por la cual es hombre; la personalidad que, individuando en él la naturaleza

(1) N. Laforet, *Les dogmes catholiques...* lib. IX, cap. II.

y determinándola, hace que sea aquel *hombre tal*, distinto de cualquiera otro (1). Bien; los hombres, naciendo, porque no llevan la personalidad de Adán, no son culpables de su personal vituperio; sólo que de Adán reciben la naturaleza, siendo, en su virtud, vituperados; llevan tal traje, porque nuestra naturaleza está en lucha con Dios, privada de la justicia y de la santidad, con la cual se unía El al hombre; en esta privación de la santidad y de la justicia consiste precisamente, como nosotros dijimos, el pecado.

Por esto no se grite más en adelante con maldita hiel: Nacen los hombres reos de un pecado que no cometieron. Esto no es verdad; cambien de clamor y digan por el contrario: Nacen reos de un pecado, del que inficionada está la misma naturaleza.

¿Es un absurdo afirmar esto? Comunicar naturalmente por medio de la generación el desorden y la maldad, ¿es acaso cosa contraria á la razón y que hiere nuestras fibras?

Damos una explicación difícil, porque nuestra inteligencia es corta, y las cosas enredadas van muy adentro; resulta, sin embargo, de todo punto creíble. Es un oscuro hecho que, aun á los ojos de los profanos, se ilumina con sensibles verosimilitudes.

Haced que la semilla de un árbol quede viciada: el vicio no se restringe sólo á la raíz, extendiéndose además al tronco; extiéndese á las ramas y á las hojas; sobre todo los frutos de un modo especial resultan defectuosos y ásperos. Esparcid átomos envenenados en un vaso de agua, y derramado; envenenadas quedan las gotas que caen. Imaginad una gran adulteración en la luz del sol: ocurra en lo alto lo que en los versos del Tasso hacia por encantamiento Ismeno, quemando la selva: la luz solar toma en su propio centro el color opaco y el sanguíneo, difundiendo sus rayos sanguíneos igualmente por la creación.

Digo antes que la transmisión de la culpa original es un misterio; si bien es un misterio que se ilumina más estrechamente comparándole con otro fenómeno referente á nosotros, interno y humano.

Es un hecho indudable que muchas cosas por herencia pasan de los padres á sus descendientes, heredándose enfermedades, no pocos defectos físicos, aires paternos y maternos, fisonomías, tipos, y semejanzas de la persona humana. Dejó escrito Müller: «Imagnese una unión de individuos tan semejantes como sea posible, y cuyos hijos de nuevo se compongan entre sí, quedando las mezclas siempre dentro de aquella familia: surgirá una educación, conservándose una estirpe, cuyos individuos mantendrán permanentemente todas las diferencias individua-

(1) San Anselmo. *De conceptu virginali et peccato originali*, cap. I.

les posibles deducidas del tipo de los primeros que engendraron. A veces, cuando el tipo se ha fijado una vez por una serie de generaciones, ni aún mezclas extrañas bastan á borrar aquel tipo de familia ya establecido, quedando el nuevo elemento absorbido por el anterior, el cual continúa por una larga cadena de individuos. A esto se debe sin duda el hecho de que en varias casas de príncipes, á pesar de todas sus uniones con otras casas, se repite de un modo hereditario el tipo de la casa original de maravillosa manera, lo cual vemos ocurrir en la casa de los Borbones y en varias otras de príncipes alemanes (1).

Empero la trasmision del pecado, á que nos referimos, es sobre todo cosa moral; y las comparaciones indicadas se refieren á hechos puramente físicos.

Sébase que aún en el orden moral se realiza la herencia, porque se hereda ordinariamente el carácter moral del individuo, y lo que se llama índole, incluso lo que penetra en las costumbres de los padres. Esto, señores, pasa en el bien lo mismo que en el mal. Blanca de Castilla es mujer magnánima y santa; su noble hijo inclinase á las preciosas dotes aquéllas. ¿No lo conoceis? Es Luis IX, el rey más santo y magnánimo de la Francia. Así la madre de Luis XII es mujer elementísima, y él corresponde á estas cualidades tan exactamente que lo llaman el *justo y el padre del pueblo*. Por el contrario, la madre de Luis XIII es muy débil, y el hijo es aún más débil que su madre; es la madre de Voltaire mofadora; el hijo más que su misma madre es mofador y cínico.

¿Qué me oponéis? ¿La trasmision de la culpa es cosa moral ante todo; y en el orden moral, no tiene lugar la herencia! Os contesto yo que, para la gloria y defensa de la sociedad civil, florece hoy el principio de la *solidaridad humana*, que promulga lo contrario.

No cesemos de observar las relaciones estrechas entre los padres y los hijos; no abandonemos la familia, y oigamos la voz ingeniosísima de Lacordaire: «Toda familia tiene como parte de su patrimonio el honor heredado de sus mayores, honor que adorna la frente del infante, aún antes de que pueda nombrar la gloria, nombrando á su padre. En vano movereis quejas y lamentaciones contra esta dispensacion del mérito; en vano la juzgareis una vana preocupacion de mentes vulgares; os sojuzgará esta preocupacion á vosotros mismos; cuando se trate de unir vuestra sangre á otra, vuestra estirpe á otra, nada tomareis tan á pecho como la herencia incomprensible del honor; como no habrá cosa, de la cual vuestro espíritu huya más, que de uniros á persona con

(1) Müller. *Physiologie*, cap. XI.

mancha hereditaria, aún siendo la persona más amada y más digna de honor. Poned una mano sobre vuestro corazón; ¿os casaríais con la hija de un hombre sin vergüenza? ¿Existiría en el mundo un amor que os persuadiese de que podíais hacer á vuestra posteridad un presente tan doloroso? Vosotros os casaríais con la desventura; pero jamás con la vergüenza. El alma vuestra no se equivoca; el hijo es la sangre, la vida, la imágen y la continuacion del padre; él perpetúa, aún cuando imperfectamente, la causa que ha hecho el mal y hallado en el mal el oprobio merecido (1).

El sentido íntimo habló con la lengua del elocuente fraile, y no debo temer ser redargüido. Existe una trasmision, no solamente física, sino moral entre los progenitores y los engendrados; además de las verosimilitudes que de esto hay en la naturaleza, nos lo demuestra el fenómeno fisiológico y psicológico de la herencia. El hecho oscuro, el misterio que tenemos en las manos ilumínase admirablemente. Debo, pues, admitir el vicio de origen, que de Adán se difunde por toda la especie humana.

¿Os obstináis en no creer? ¿Reputáis culpable al primer hombre y no contaminados á los hombres?

Entonces decidme qué sois vosotros mismos. Vosotros os declaráis leales y virtuosos: quereis el bien, y mostráis propósitos benévolos; mas despues os abandonáis en brazos del mal. ¿Qué contradiccion es esta? Si sois buenos integralmente, ¿por qué os sentís impelidos al mal siguiendo este impulso?

En mí aumenta el estupor. La religion viene á socorrer vuestra enfermedad comun, proporcionándoos preciosos sostenes; vosotros os aprovecháis de los auxilios sobrenaturales, os eleváis al cielo con la oracion, sois penitentes, formáis de nuevo propósitos magnánimos, y parece despues de todo que la perfeccion evangélica os deleita. ¿SI? Surge la tentacion, se desencadena la tormenta de la iniquidad, y vuestras almas fácilmente dan en tierra. Parecíais cedros del Líbano y quedáis más bajos que el hisopo en el valle, hollado por el granizo. ¿Por qué cedéis? ¿Por qué caisteis? ¿De dónde tanta languidez en vuestros huesos? Decidme qué sois: señores, os desconozco.

Napoleon I exclamaba un dia: «Rascad al Ruso y encontrareis debajo al Tártaro.» Perdonadme; yo me sirvo de las mismas palabras: Rascad al hombre nuevo que en vosotros está, y hallareis debajo al viejo; encontrareis á Adán.

Estaba en Roma en el siglo XVI una mujer, que aparecía con virtud

(1) Lacordaire, *Conférences*.

extrordinaria: algunas lenguas, que parecían de malignos, la mordían; otros abiertamente la celebraban. El vulgo de los ciudadanos llamábala santa.

El Papa, queriendo inquirir con certidumbre la cosa, llamó á Felipe Neri, diciéndole: «Haz tus pruebas y experimentos, informándome.»

Vino un día oscuro y tempestuoso, en que cayeron fuertes aguaceros, de manera que Roma se llenó de suciedad y de barro. Felipe, metido en un gran manteo, echando agua que caía de su sombrero y de toda su persona, corre derechamente á una puerta, llama y entra; sin ceremonias, como si fuera el señor de la casa, súcio y lleno de barro como estaba, se tumba sobre la cama cubierta con una blanca colcha.

¿Qué indiscrecion es esta? gritó la mujer, viendo al que había llegado, y su suciedad. ¿Le parece lo que hace cosa de un hombre de bien? ¡Bribon! ¡Tunantel! ¡La devota se irrita y enfurece! Grita y roge.

Felipe, vuelto al palacio del Papa, le dice: ¡Santo Padre; no es nada!

La mujer, que había conquistado gran renombre, había sido bien descubierta: bajo su aparente santidad de Cristo escondía con sus orgullos el antiquísimo Adán. Negadme vosotros, si podeis, que la corrupcion no pasa del primer padre á los hijos; ¡calificad de absurda tal propagacion! Os desmiente sin duda el hecho práctico.

Dos clases de hombres me miran aún con cólera.

Juan Reynaud, Laurent y algunos más, entre los cuales está Pedro Leroux, confiesan el decaimiento humano: ¿cómo negarlo? Es evidente y enorme. El mal se adhiere á la médula de los huesos, nos arrastra y nos postra. Empero, si el mal existe en nosotros, existe sólo por un vicio de origen trasmitido á nosotros por el primer hombre: «Nuestras almas tuvieron una vida anterior, pecaron, hicieron el mal de un modo diverso unas de las otras; y ahora diversamente pagan su merecido (1).» Hé aquí explicado por qué rebosa la infelicidad en el hombre y en el mundo.

Explicado no queda nada. ¡Qué necedades para suplir la desaparicion de un dogma cristiano! Ha vuelto á estar de moda la preexistencia de las almas, que, bajo el nombre de *metempsychosis*, enseñaban los sofistas griegos. No vale la pena de refutarla. Vivir, realizar actos morales, es tener conciencia de sí. Ahora bien: no he vivido yo anteriormente; no he cometido actos morales, porque nada, señores, sé.

Mejor es que me dirija yo á la otra clase de hombres, que son terminantes negadores, mucho más lógicos que los primeros. Refiérome á los satélites del progreso humano absoluto. No les puedo yo decir que sea

(1) Juan Reynaud, *Terre et Ciel*.—F. Laurent, *Le Christianisme*.

el mundo un destierro, y la tierra un valle de lágrimas; no les debo hablar ya de pecado ni original ni universal: Damiron, Jouffroy y hasta Cousin en parte, no sufren tal lenguaje. Ahora conseguimos con el progreso estar tan bien, que nos hallamos íntegros y perfectos, pudiendo ya reputar el presente siglo nuestro paraíso.

¡De veras que somos inocentísimos! ¡De veras que del pecado de origen se ha roto el molde, sin que sea indispensable ocuparnos más en él! Si miro al hombre, según hoy se me presenta, lleno de la luz de la civilización, deberé arrodillarme para venerar un ángel; pero la civilización frecuentemente, sobre todo cuando degenera, ¿no produce también demonios? Si, después de contemplado el rostro, examino la cabeza del hombre éste y encuentro algunas infaustas protuberancias, que mencionan los frenólogos, ¿deberé creer tales protuberancias (supuesto que sean positivas) un don primitivo y sumamente amable de la naturaleza?

Klopstock, en su *Mesiada*, describenos á Dios que se dirige á la tierra, donde debe asistir á Jesús, ya cercano al supremo sacrificio de sí propio. En aquel viaje suyo celeste, Dios, seguido por Eloa, fulgidísimo serafín, arriba cerca de un astro, que habitado está por seres iguales á nosotros; pero que, más felices que nosotros, no pecaron. ¡Bella y gloriosa es la sociedad de los vivientes, que en aquella estrella altísima vive! Está entre los hijos no corruptos el primer padre, el gran viejo, que no sufre ultraje de los años, y tiene pupilas por una joven luz deslumbradoras; á su lado está la madre anciana, todavía bella como el primer día en el cual el Creador la condujo al casto beso del esposo: al lado de los dos primeros padres hay una inmensa corona de hijos y nietos, todos obedientes, todos bellos, todos pacíficos y todos amantes. Ahora bien; al oír que pasa Dios, hay en la estrella una fiesta grandísima: los párvulos, más pensativos de lo que por su edad se podría suponer, se unen reverentes á las rodillas de sus padres; los jóvenes y los más entendidos empuñan las arpas y las cítaras: el padre anciano se postra en tierra adorando á Dios; con el primer padre se postra humilde toda aquella inocente generación, mientras de todos los labios elévase un himno de acción de gracias, no escuchándose otros más sublimes en ninguna otra parte fuera del paraíso. Al oír aquellos cantos, las colinas, los lagos, los jardines y todos los espacios de la estrella sonríen y resplandecen de purísimo gozo (1).

Graciosa é iluminada con tintas nuevas es esta fantasía de Klopstock: para mí es, señores, aún más rara, por encerrar á nuestro propósito una sábia ironía.

(1) F. A. Klopstock. *La Mesíada*, canto quinto.

Nosotros, si nos atenemos á los filósofos del progreso humano absoluto, no estamos de ninguna manera ¡infectados por ningún vicio de origen, hallándonos en nuestra naturaleza inmaculados y perfectos; toda la tierra es un Eden y un paraíso, debiendo estar satisfechos. Ahora bien; ¿florecen en nosotros las costumbres y los usos de los inocentes? Una mirada sólo á la estrella del vate alemán. ¿Se conservan los hijos obedientes y respetuosos con sus padres en medio de nosotros, como alrededor de aquel viejo celeste? ¿Resplandecen todos con amor virginal y se aman recíprocamente? ¿En nuestro mundo existe la paz? ¿La paz imperturbable y perpétua? ¿Qué decís, señores? Entre nosotros, como allí arriba en aquella estrella, al oír el nombre de Dios, ¿domina la veneración en nuestros pechos, y nos hace caer de rodillas? Nosotros tenemos más cítaras, arpas y laudes que los poseídos por aquellos habitantes sidéreos: tenemos también gargantas que cantan maravillosamente; pero ¿á quién van nuestros sonidos y nuestros cantos, empezando á juzgar por los filósofos progresistas? ¿Van á Dios óptimo y máximo, ó van más gustosamente á cualquiera diosa terrestre y frivolisísima, fabricada por nuestras pasiones? Hombres, hombres, que os considerais no corruptos, sino santos; vosotros, que negais el pecado de origen transmitido á los hijos, miraos en la estrella del vate alemán, y cubríos la frente de vergüenza.

Paréceme que basta el razonamiento precedente.

Ponderada la parte primera del relato bíblico, donde consta la culpa de Adán, y de donde también se saca el decaimiento de la estirpe humana, resulta evidente que no nos enseñan nada de absurdo: nada de absurdo, porque Adán verdaderamente peca, y en sí contiene la naturaleza humana, manchándola en sí misma. En su virtud, todos los hombres, porque nacen de su prole, nacen infectos, es decir, reos de un desorden no personal, sino de naturaleza. Donde para estar seguros de esto no se quiera juzgar á la fé suficiente, la sustituirá para persuadirnos la razón; donde ni aun ésta es escuchada, convencerá el hecho, con la realidad inexorable de nuestro vicio interno y externo. Véase ahora si la trasmisión de la culpa del primer padre á sus descendientes se puede tachar de repugnante: es un proceso moral y físico de todo punto creíble.

Me propuse referiros la catástrofe primitiva y daros de ella la debida inteligencia. Habiendo visto, pues, en qué consiste, y cómo se difunde, es para mí una ley explicárosela en sus peculiares accidentes.

Entre los cuales, hé aquí uno que sigue inmediatamente. Cometida la culpa mortal, por la que se oscureció el aspecto del cielo y de la tierra,

preséntase Dios irritado al padre Adán. Háblele dicho ya que moriría como infringiese sus preceptos: *Morte morieris*, y ahora le anuncia que ha incurrido en la pena de muerte, de manera que, siendo polvo, se convertirá en polvo nuevamente: *Pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Es cruel este Dios que hiere con la muerte; es un bárbaro. Tal es el juicio que forman los ateos y los incrédulos. ¡Condenar á la disolución y á la última muerte al padre Adán que peca! ¡Condenar á toda su descendencia, que nada sabe de aquel pecado, es una pena tal que pasa los límites de la justicia, acusando á Dios de tiranía!

Si el argumento que tenemos en las manos no fuese demasiado triste y consintiera la sátira, pudiéramos entretenernos con gran ventaja en herir la nulidad mental de tales murmuradores. El pecado de origen (ya lo advertimos), ante todo quita la gracia de Dios, descartando á las almas de la vida eterna. Mas esto ¿qué vale para los incrédulos? Gracia, vida eterna, goce de Dios son superfluidades para ellos; son las migajas caídas de la mesa de la felicidad: cosa peor aún, son fantasías. Por esto no se quejan de haber perdido la gracia divina: ¡son generosos! Lo relevante está sólo en lo sensible y en lo temporal, por lo que ven únicamente la pena temporal de la muerte lanzada contra el padre de la humana generación. ¡Paciencia! Nosotros, sin echarla de ciegos que guían á otros ciegos, ciñámonos al cerco angosto de su disputa.

¿Cómo acusar á Dios de cruel, porque, para castigar el pecado, condena temporalmente á muerte al padre Adán y á su progenie? Encuentro yo que no fué tal pena excesivamente dura, sino atemperada al delito.

¿Qué hizo, pecando, el hombre? Rompió la ley divina, volviendo las espaldas á Dios: ¿á dónde va quien de Dios se marcha, y se aleja? En la historia se ve que son dos las vías opuestas, en las cuales se puede meter el espíritu humano; la que conduce hácia el sér, es decir, hácia Dios, y otra que conduce á la nada. La primera es el camino del creyente y del verdadero filósofo; la segunda es la del incrédulo y del sofista. Empero, señores, áun históricamente se ve esto. Quien camina hácia el sér, esto es, hácia Dios, encuentra la vida; mas encuentra la muerte el que á la nada camina. Bien está. ¿Se alejó el hombre, con el pecado, de Dios? ¿Caminó hácia la nada? Echóse, pues, por sí mismo, en la muerte; como el primer hombre llevaba consigo toda la humana estirpe que debía salir de él, echaba además á su estirpe en brazos de la muerte; su condicion de padre universal hacia participantes á sus hijos del desastre. Así el hombre, y otros no, fué autor de su propia ruina, y llamó la muerte al mundo: *Per unum hominem peccatum intra-*

vit in mundum, et per peccatum mors (1). Si esto es positivo, si el hombre creó la muerte, ¿á qué fin increpar á Dios? ¿Qué hizo Dios, señores? Sencillamente anunció la muerte al hombre, si pecaba; como veis, no la creó, anunciándola únicamente. Sólo el hombre fué tan insipiente y tan mísero que la vino á crear. ¡Ah! si teneis iras y rencores en el pecho; si teneis un ansia irrefrenable de desahogaros, desahogaos en buen hora; pero no me toqueis á Dios, almas desdeñosas, y dejadlo, por decirlo así, aparte: ¡derramad contra el hombre vuestras iras y vuestros rencores. Es el criminal, el tirano de sí mismo, y el cruel; Dios es altamente justo y venerable.

Oigo un grito: Dios, dicen, podía perdonar, preceindir de su amenaza hecha, y ser con el hombre mucho más bondadoso.

Mil gracias, incrédulos, si no me decís que debía perdonar. Por lo demás, ni debía ni podía perdonar. ¿Con qué vínculos y con qué fuerzas Dios está por su naturaleza en contacto con el hombre? Con estos dos: la justicia y el amor. Empero Él es justo del siguiente modo; mientras juzga y da lo debido á las acciones humanas, no puede ménos de ser sumamente amoroso; asimismo manifiéstase así por amor, que mientras dá lugar á éste, hace feliz y bendice, no puede dejar de ser sumamente justo. Por consecuencia, como no puede dejar la virtud sin premio, no puede hacer que trascurra el pecado sin castigo. Es la doctrina de San Anselmo: «Á Dios no conviene perdonar el pecado por pura misericordia, porque perdonar así sólo sería dejar impune la propia injusticia que al pecado envuelve, lo cual supondría un desórden: ahora bien; á Dios no conviene dejar en su reino desórden alguno (2). ¿Hubiérais querido esto vosotros? ¿Quisiérais el desórden en las operaciones de Dios? Entendeos primeramente con la perfeccion metafísica de las cosas; formad en vuestra mente el concepto digno del sumo Sér, y despues me hablareis nuevamente.

¡Cruel y tirano Dios, por castigar al culpable Adan! ¡Por herir á la estirpe humana, en la cual subsiste aún el estado de la culpa!

Empero los pueblos de toda la tierra y de todas las edades sintieron que la ira de Dios pesaba sobre su frente; mientras no se podían librar de la muerte temporal, ni tampoco lo imaginaban, ¿qué hacian sin embargo delante de la divinidad? ¿Murmuraban ó proferían blasfemias? Voltaire, pasando en revista los cultos y las creencias de las naciones antiguas, dejó esta sentencia memorable: «Entre tantas y tan diversas religiones, no hay una que no tenga por fin principal la expiacion.

(1) San Pablo á los Romanos, cap. V, v. 12.

(2) San Anselmo, *Cur Deus homo*, cap. XII.

Siempre han conocido los hombres que tienen necesidad de clemencia (1). No han hecho, por consiguiente, como nuestros incrédulos, los cuales increparon á Dios como tirano, sino que, persuadidos de que necesitaban clemencia, doblaron su cabeza, se dieron á la obra de los sacrificios, y suplicaron á Dios.

Ved en los anales civiles y religiosos á los pueblos; obran en virtud de una costumbre uniforme y constante.

Los Indios, conocedores de la maldad que sin duda en la naturaleza humana existe, se entregan á rigores asperísimos; llevan unos collares de hierro; caminan otros con zancos en los piés llenos interiormente de puntas agudas, y hacen otros la dolorosa peregrinación de Benaré: dicen á voz en grito que son merecedores de suplicio; pero no imprecán.

Los Persas, á fin de honrar á Ormuz, y templar su cólera, tienen igualmente oblacones y holocaustos; á sus ojos la piedad especulativa es nada, ejercitándose así en purificaciones numerosas, á las cuales son constreñidos: esto hacen, declarándose merecedores de suplicio; pero no imprecán.

Los Griegos procuran purificarse con el agua, por ordenárselo así Orfeo; celebran las fiestas de Eleusis, como también otras fiestas y misterios: se declaran merecedores de suplicio; pero no imprecán.

Los Romanos, dirigidos religiosamente por Numa, poseen toda clase de ritos expiatorios: solemnísima entre otras es la expiación llamada *Primavera sagrada*: se declaran merecedores de suplicio; pero no imprecán.

Los Virginianos, los Canadenses, los Vitzliputzlos, los Peruanos, los Chinos, los Escandinavos, los Galos, tienen todos gran número de misterios y ceremonias de aplacación: todos se declaran merecedores de suplicio; pero ninguno imprecá.

Quien fieramente imprecá, quien á Dios moteja de bárbaro, quien no quiere inclinar al suelo la frente humillada, es el impío: son estos señores, que reputan el pecado del alma un embuste ó una nonada; que no ven á Dios herido y ultrajado por la culpa del hombre; que no creen ya en nada, y que no se prometen nada en el órden religioso y divino. «El rito entero de un sacrificio expiatorio, dice Guillermo Faber, debe considerarse como establecido sobre una nocion de la humana apostasía (2).» ¡Frase profunda! Dice á su vez Augusto Nicolás: «Es la primera consecuencia del hecho éste que todas las religiones declaran al género

(1) Voltaire, *Essai sur les mœurs*, cap. CXX.

(2) G. F. Faber, *Horae mosaicae*.

humano en deuda con Dios; deuda universal, como la universalidad de la misma expiacion lo atestigua, y por consiguiente deuda de origen, porque nada es universal que no haya sido original (1).» Pues bien, todo esto, para los incrédulos es cosa de chanza. Los pueblos, que se rinden á la ira de Dios y la reconocen, fueron en todas las edades y son estúpidos: Dios, que castiga con la muerte temporal á la humanidad, es un tirano.

¡Inculpar á Dios de tirano! Os probé que dicha pena temporal no es por parte de Dios fuerte con exceso, sino que, requerida por la gravedad del delito, es justa: añado ahora que asimismo es saludable.

Hasta tal punto amó el sumo Creador al hombre, que lo colocó en la tierra privilegiado por una cara y gloriosa excepcion. Las señales de la transmision de una á otra forma, y por consecuencia las señales de la disolucion y de la muerte aparecían y se hallaban ya en todos los séres que circundaban al hombre desde su principio, porque la creacion vegetal y animal fué ordenada de tal manera que de continuo se debiese reproducir, aniquilándose primeramente y desapareciendo, para despues crecer y desarrollarse, lo cual era morir para nacer. Solamente al hombre se le concedió reproducirse en su propia raza, sin someterse á la descomposicion y á la muerte. Empero el hombre pecó, queriendo por orgullo igualarse á Dios, y Dios dijo entonces al prevaricador: «Tú que intentaste usurpar el cielo, eres arrojado de nuevo á la tierra, y, equiparado á las condiciones de la tierra, morirás.» La muerte, así entrando á tomar el imperio del hombre, lo redujo á los límites de las leyes ordinarias de la naturaleza: el mundo, ya impreso, digámoslo así, para los fenómenos fúnebres, estaba preparado para recibirlo; él desde aquél mismo día, fué corruptible y mortal.

Hé aquí la primera leccion de alta utilidad que recita la muerte al hombre. A él, que viene á cada momento enardecándose mucho en el antiguo sueño de la orgullosa y malvada deificacion, recuerda que sometida está su vida temporal á las leyes naturales; recuerda que sólo puede ahora vivir aquí en el mundo, reproducirse disolviéndose en la carne y pasando velozmente como sombra. ¿Os quejais vosotros de morir? Mas ¡si esta pena suprema de los soberbios, es decir, la muerte, se trasforma en la ley de nuestra vida!

Un agudo ingenio francés escribe: «Abolir la muerte sobre la tierra sería establecer la nada en ella. Es preciso que las flores de la primavera se marchiten, á fin de que produzcan en otoño los frutos; es preciso que las generaciones pasen, á fin de que produzca el amor los su-

(1) A Nicolás. *Études philosophiques sur le Christianisme*, 1.^a part., lib. II, cap. IV.

yos. La vida y la muerte obran como una sola potencia; una está encargada de desocupar el sitio, y la otra de llenarlo... Caminan al mismo paso sin nunca excederse, ni alcanzarse; la vida siembra, y la muerte recoge, contrapesándose las reproducciones y las depredaciones. La suerte del globo depende de esto. No sabráis dar ventaja á la muerte sobre la vida, ó á la vida sobre la muerte sin anular la creacion, porque la creacion es obra de la muerte como de la vida... Nosotros, por consiguiente, circundamos á la muerte de ira porque no la conocemos. Es un delito en las manos del hombre que hiere al hombre (cuando á Dios no representa), por cuanto al hombre quita lo que no puede devolver; en las manos de Dios abre paso á la humanidad, llamando á las generaciones del mundo; si la muerte se para, esta ola inmensa concluye de correr (1). »

Empero un beneficio de más noble naturaleza proporciona la muerte al hombre.

¿Qué le da, señores míos? Le abre la vision del porvenir. Están los hombres delante de la muerte, como Cristóbal Colon en la nave hendida hallábase al borde de los abismos del Océano. A pesar de que le dicen que aquel océano no tiene orillas, se sumerge su mirada de águila en la inmensidad; penetra en ella él á través de la noche y de las tempestades, viendo un nuevo mundo y una gloria inmortal donde necio terror sólo ve la nada.

¿Existe una vida futura? ¿Nos abre la muerte la puerta de aquella vida grande y eterna? Hé aquí á Dios allá; hé aquí sobre la tierra, donde parece se halla el compendio de nuestras grandezas, comparecer la miseria, la fealdad y la vanidad. Entonces el hombre, avisado de su marcha, seguro de que á caer va en el seno de Dios, tan inexorable juez, como remunerador munífico, da el postrer saludo á la tierra por él demasiado y dolorosamente amada, dictando su testamento.

No pocos impíos, señores, que, durante largos años insultaron las creencias católicas, reputando cosa de juego la cruz y el Papa, aferrados por la muerte, los mencionaron en su testamento, gritando cada uno con voz grande: *Yo creo*.

Yo creo, grita Montaigne: él, que afirmaba en un libro suyo que morir quería incrédulo en toda forma, venido el gran día de los desengaños, hace decir la Misa en su habitacion y entrega su alma mientras procura con ahinco adorar la Hostia consagrada.

Yo creo, grita La Métrie, autor del *Hombre máquina*, el cual enseñaba

(1) Aimé Martin, *De la civilisation du genre humain*, lib. III, cap. XXXI.

que «para ser feliz es preciso sofocar los remordimientos:» afortunadamente no logra sofocar los remordimientos en el lecho del último dolor; llora y gime, queriendo ser fortalecido por los consuelos de la religión. Al amigo Rosembert, presente, le dice: «Recítame por merced las oraciones de los agonizantes.»

Yo creo, grita Montesquieu. No incrédulo verdaderamente, sino propagador de acusaciones y errores relativamente á la religión, llegado al punto supremo de la vida, cumple sus deberes de católico, y á su confesor, el abate Routh, declara que «la manía de lo nuevo y de lo singular, el deseo de ser celebrado por sus contemporáneos lo había fascinado é inducido á decir cosas, de las cuales no estaba intimamente persuadido.»

Yo creo, grita Bouguer. El cual, individuo de la *Academia de ciencias* en París, no se sabe si más conocido por sus libros ó por su desvergonzada incredulidad, exclama ya moribundo al sacerdote, que tiene á su lado: «Fuí yo incrédulo, por ser depravado. Vamos, pronto, confesadme. [Mucho más mi corazón, que mi espíritu, necesita ser curado.]»

Yo creo, grita el patriarca de los modernos panteístas, Benito Spinoza. Ha llegado al término de su vida, y cambia su sistema filosófico con el símbolo apostólico: dirígese al cielo suspirando: «¡Oh Dios! Sed propicio á mí, pecador.»

Yo creo, grita Boulanger. Sea ó no el *Cristianismo sin velo* una obra suya, cierto es que así en la vida privada como en la pública profería blasfemias contra Cristo y la Iglesia: ahora que siente la vida ceder á la muerte, con otro acento resulta elocuente, promulga lo mal hecho y protesta que «su mayor afán es no poder reparar bastante los daños que hizo por la manía de conquistarse celebridad.»

Yo creo, grita Toussaint, el autor famoso del libro *Las costumbres*. Cerca de la muerte, entre multitud de circunstantes, se dirige á su hijo muy amado y le dice con lágrimas estas palabras, que Thiébaulth ha consignado en sus *Recuerdos*: «Escucha, hijo mío, las tardías verdades que vengo á declararte yo en este momento. Olvida las lecciones, que ahora con punzante dolor del alma siento haberte dado. Arrodíllate; une tus oraciones á las de las personas que me ven y me oyen. Promete á Dios que te aprovecharás de mis últimos recuerdos, y conjúralo para que me perdone.»

Yo creo, grita Dumarsais, sintiendo en su carne ya la frialdad del sepulcro; y condena su volumen *El ensayo sobre las preocupaciones*, deseando recibir los sacramentos de la Iglesia: *Yo creo*, dice Deslandes, no sabiendo ir á la eternidad sin que antes arroje á las llamas un libro malo

suyo: *Yo creo*, dice Maupertuis; así, ya siendo inminente su defunción, gritan otros cien incrédulos: *Nosotros creemos*.

Por el eco de tales gritos resuena el mundo; cuanto los creyentes y los hombres de bien gozan, tanto los extraviados lo deploran. Escribe Voltaire al amigo D'Alembert: «Me duelen los melindres de Dumarsais al morir.» Escríbele otra vez: «¿Qué dices de Maupertuis, muerto entre dos capuchinos?»

Aquel ruin emperador prusiano, que se llamó Federico II, escandalizado por tanta luz de conversiones, á su vez escribe con agrio despecho al cínico de Ferney: «¿Ves? Casi todos estos campeones del filosofismo, al aproximarse la muerte, se tornan supersticiosos y espiran como capuchinos.» ¡Oh, el capuchino y el fraile, que vosotros impeleis con el codo y mandais con la túnica hecha girones, ¡cuán dulces son para los que mueren y para los que, muriendo, ansian las esperanzas eternas y Dios!

Así resulta, aún para los impíos, la utilidad de la muerte. ¡Y la maldécis? ¿Qué sucedería, señores, si la muerte no existiera? ¿Cuándo hombres cegados por las pasiones criminales, que oprimen á los inocentes, y que nunca, por decirlo así, vivieron, darían señales de arrepentimiento y de amor, si no viniera la muerte á echarlos del siglo? Porque recordado de continuo: «El momento de la muerte, dijo Voltaire, es aquél en que los que mienten dicen la verdad,»

Hablo de los ruines y de los malvados: ¿dónde dejo estar á los buenos? ¿Dónde estais vosotros, pobres que habeis vivido sobre la cruz, casi nuevos Cristos, llenos de fé divina y con virtudes llenas de fragancia? ¿Qué dulce y potente libertadora es la muerte!

Angelina y Margarita, católicas hermanas, fueron echadas por sus padres á la calle, á fin de que ganaran su pan sólo con sus dedos; viven cosiendo. En el mundo tienen á su hermano mayor, que ayudarlas podría; pero, hace muchos años soldado, ha venido á ser para ellas de todo punto extraño. «Se necesita paciencia, dicen; estamos solas; trabajemos.» Y trabajan.

Angelina tiene uno de aquellos semblantes prolongados, de nieve, vaporosos, parecidos á los que salian del pincel de Giotto, siendo admirados en las paredes del campo santo de Pisa; aunque delgada y débil, es sumamente lista para coser, saliendo de sus manos la mayor parte de las obras. Margarita, más gruesa, más encarnada y laboriosa, casi una Marta del Evangelio, divide su dia entre los servicios domésticos y el bordado. Así van viviendo.

«Cuando la abundancia visitaba nuestra casa; cuando teníamos parientes y posesiones, exclamaban alguna vez entre sí, ¡éramos acaso

mejores?» Angelina confesaba lo siguiente: «Yo recuerdo mis soberbias, y mi vanidad en el vestir, pareciéndome que, si un jóven hubiera llegado á ser esposo mio, hubiera querido meter gran ruido...» «Yo, contestaba Margarita, no tenia entonces amor á las privaciones; era charlatana y reprendía mucho al criado. Todo desapareció, y ha sido mejor. Es verdad que ahora ganamos el pan trabajosamente; pero ¿acaso nos dejó nunca la Providencia morir de hambre?»

Un día de fiesta, cuando las dos hermanas, vueltas del templo, están junto al hogar, preparan en el fuego un poco de leche, y el puchero hierve, la puerta de la casa, impelida por un gran golpe, se abre, y entra un soldado. Es Juan; Juan, el hermano, que terminó la carrera militar, y dejará el uniforme que lleva. ¡Qué alegría! ¡Cómo prorumpen Angelina y Margarita en amorosos saludos!

—¿Sí? ¡Ojalá que no hubiese llegado nunca el soldado!

Juan, apartado durante mucho tiempo de su país natal, enteramente olvidado de su familia, castigado en el ejército, no corregido, se ha echado á perder, y se distingue por sus modales bárbaros. No ha ido allí con el fin de abrazar á sus hermanas, sino de coger lo que pueda. Empero no halla un andrajo siquiera, que hubiese pertenecido al padre ó á la madre: «Vosotras, malditas mujeres, dice gritando á sus dos hermanas, lo devorásteis todo; lo habeis malgastado con vuestros amantes. Ahora estaré yo aquí para domaros: trabajad, para devolverme lo mio; lo mio, pías ladronas, que me quitásteis; ó para la una y la otra tendré bofetones.» Enseña el puño cerrado, llenando con sus furoros aquel nido de silencio y de paz.

Pasado un mes, se arroja Margarita á los piés de su hermano y dice: «Juan, ¿no ves que Angelina se muere? La clavaron en la cama tus violencias. Ten piedad de nosotras: tú nos matas.»

«¡Insufribles hermanas! dice Juan rugiendo. ¿Vivís aún?» Y repele á la suplicante.

En los momentos en que da vueltas el cruel por el campo, cosa triste, que hace verter lágrimas, es oír á Margarita, que consuela con santas frases á su hermana enferma: «Sufres mucho, ¿no es verdad, Angelina? Sufres; mas piensa entretanto en el buen Dios, que sufrió antes que nosotras por la salvacion de los hombres, y sufrió de los mismos hombres que amaba tanto. ¡Es más que sufrir de un hermano!»

«Tienes razon, exclama entonces Angelina. Mas yo siento que no pueden más mi carne y mi espíritu: los brutales tratamientos de Juan me han opreso, y al fin me matan. Yo me voy. Tal vez si Dios me hubiera enviado un marido que me defendiese, podría vivir en tierra de aquí dis-

tante, y vivirías también tú. ¡Empero, paciencia! Ahora me voy, y sola.»

«¿Tú te vas, amada mía? dice Margarita, interrumpiendo sus palabras el llanto. ¿Tú te vas sola? Consuélete morir, donde te meció la cuna y donde has vivido inocente. La mariposa cae cerca de la flor, sobre cuyo cáliz trabajaba; el pájaro al pie del arbusto, cuyos frutos amaba y con el que hacía su nido. Empero nosotras somos mucho más que la mariposa y el pájaro: el hombre solamente, cual símbolo de su propia inmortalidad, muere con la cabeza y con los ojos dirigidos al cielo. ¿No ves el cielo allí arriba? ¡Cuán fulgido y hermoso es! Pasarás tú, pues, de la inocencia á la gloria. En aquellas alturas hallarás al verdadero esposo en nuestro Padre celestial. Mas no; tú no irás, Angelina, tú no vas sola: ¿puedo acaso vivir sin tí? Yo te seguiré.»

Algunos días despues el sonido de una campanilla, que resonaba en la calle, atraía no pocos campesinos y hombres de la clase media: llevaban á la enferma el Santísimo Viático.

«¡Qué contenta estoy! dijo en aquel día por la noche Angelina á su hermana. Ahora que yo he recibido á mi Señor Jesucristo, me parecen mil años un momento que continúo aún sobre la tierra. No me puedo aficionar á nada de lo que vive. ¿Qué cosa es el mundo? Veo pasar delante de mí toda la creacion como un inmenso cortejo fúnebre: ella, que vive, muerta está. Para mí en la muerte se halla la vida. ¡Oh, hermana mía! Dí al desventurado aquél, á Juan, que le amo y le perdono: dile que se disponga igualmente á espirar así. Llamad al sacerdote, á fin de que me bendiga por la última vez. Adios.»

Quien hubiera ido un año despues al cementerio de aquella parroquia, hubiera leído, entre otros sencillos epitafios, el siguiente: «Duermen aquí en el Señor Angelina y Margarita, hermanas inocentísimas: fueron felices sólo al abandonar el mundo.»

Ya no debo dar oídos á frenesís, ni á imprecaciones. Está demostrada mi segunda parte contra los incrédulos. Por los golpes de muerte que da Dios ofendido á la humana estirpe, no tiene nada de tirano: es pena justa y altamente saludable.

En los dramas ordinariamente la circunstancia de aproximarse la catástrofe señala el fin; la conclusion está en la catástrofe misma, de modo que son despedidos los espectadores entre horror, grande desorden y oscuridad.

La historia del hombre primitivo referida por el Génesis procede de otra manera.

Es verdad que despues de las bellas y alegres operaciones de Dios se aproxima la catástrofe, producida por las máquinas infernales, siendo

el hombre la víctima; peca seducido por su compañera, como ésta es seducida por la serpiente: él, una vez pecador, mira en su presencia la sombra querellante de Dios, que le dice la pena capital que ha merecido. ¡Pero qué! ¿Morirá el hombre de modo desesperado? Si queda el cuerpo sometido á la muerte, debiendo caer en la tumba, ¿se verá el alma desprovista siempre de todo consuelo? ¿Llevará vida desolada y triste, no pudiendo prometerse ya nada del Creador?

San Ambrosio, explicando el «exameron» mosaico, debiendo hablar del sexto día, escribe: «Después Dios descansó. Gracias le sean rendidas: hecho habia una obra sobre la que descansar. Habia hecho el cielo, y no hallo que descansara. Habia hecho la tierra, y no hallo que descansara. Habia hecho el sol, la luna y las estrellas, y no hallo que descansara. Mas leo que hizo el hombre, y entonces descansó, teniendo á quien perdonar (1).»

Esta última palabra es de una ternura sublime, abriéndonos la verdad divina.

Dios, señores, templa la catástrofe primitiva, y la endulza con sus gracias; por decirlo así, la trasforma en bendición para los hombres. Presentándose en el paraíso terrenal, después de llamar á los dos delincuentes nuestros padres, y de reprocharlos, no se sabe alejar de ellos sin primeramente mezclar con la ira la piedad, y sin que al suplicio de su caída haga suceder el vaticinio de su levantamiento. En su virtud, al mismo tiempo que descarga su cólera contra la serpiente, le dice: *Enemistades pondré yo entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza* (2). En la promesa de tal mujer victoriosa está incluido el oráculo del Dios redentor.

Por este texto abundan las mofas, los gritos y el despilfarro de sales amarguísimas. Los mofadores parten de donde salían los que imprecaban: son los incrédulos. ¡Bello este calcañar de la mujer, que aplastar debe á la serpiente! ¡Bella es además esta misma serpiente, que articula voces humanas y hace traición á la mujer!

¡Despiadados! Llegamos ahora donde debemos contemplar la divina misericordia, y ver á Dios que de las obras creadas reposa para dedicarse á perdonar: llegamos al pasaje aquél feliz, en que se debería el hombre prosternar en el polvo para rendir gracias á Dios y alzar su júbilo sobre las estrellas; ¿os entregais vosotros en cambio á las risas, á las simplezas, á los escarnios? Ahora bien; ¿cómo hacerlo? Si Dios hiere con la pena capital el pecado, vosotros le acusais de bárbaro: si abun-

(1) San Ambrosio, *Hexameron*: lib. VI, cap. X, n. 75, 76.

(2) Gen. cap. III, v. 15.

da en clemencia y promete redimirnos, os reis. Dése á vuestros sarcasmos una generosa queja, como ya dada fué á vuestras ignorancias y á vuestras rabias. Apresúrome yo á probaros que prometer el pie que aplasta de la mujer, no tiene nada de ridículo; es remedio propio y luminosamente cumplido de edad en edad.

Ante todo, es, señores, remedio propio.

Examinad de nuevo el modo con que la desventura original envolvió al género humano. Es indudable: Adán, únicamente Adán, pervirtió, pecando, nuestra especie por ser el tronco de todos. Empero ¿por qué pasó a la culpa? Porque tentóle la mujer. Por consiguiente, así como Adán es el prevaricador que mancha nuestra especie, ocasion del gran pecado es la mujer. Más aún: seduce la mujer á su compañero, porque á la ruin accion es incitada por Satanás disfrazado de serpiente: si el fiero enemigo del hombre no la hubiera engañado, es de pensar que bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal no se hubiera corrupto. Por consecuencia nuevamente, señores, como Adán es el corruptor de la especie nuestra, y como es la mujer ocasion é instrumento de la humana corrupcion, así el envidioso Satanás es el estímulo y la primera sacerdotisa malvada. Ahora bien; ¿se quiere aportar el remedio del modo más correspondiente á nuestra depravacion? Tres cosas, á mi modo de ver, deben sobresalir en tal remedio: el instrumento ó el medio que nos da el Redentor, debe ser la mujer; el Redentor debe tener apariencia de hombre, ó sea de un nuevo Adán: el hollado bajo el peso de la redencion ha de ser la serpiente infernal, ó Satanás.

¡Alabemos á Dios! Ahondando en los designios eternos de nuestra regeneracion, hé aquí á la mujer que se contrapone inmediatamente á la mujer. Eva se rinde á las sugerencias de la serpiente y cae viciada; María, que es la mujer reparadora de la culpa de Eva, no cede á las sugerencias de la serpiente, conservándose intacta. Eva ríndese á la serpiente, por inclinarse á la soberbia; María no cede á la serpiente, por avalorarla la humildad. Eva ríndese por gritar: Me haré diosa, sin obedecer al Creador; no cede María, por decir en su lugar: Yo soy la esclava del Señor; hágase su voluntad: *Fiat*. En su virtud, Eva, rindiéndose, nos da pervertido en su pecado á nuestro primer padre; María, no cediendo, nos da salido de sus inmaculadas vísceras al verdadero padre, y sumo redentor de los hombres, Jesucristo. Es perfecta, por lo tanto, la antítesis entre la una y la otra mujer: la una nos pierde y la otra nos salva. De la propia manera Aquél; que viene á redimirnos, tiene apariencias de hombre, por tener la realidad de nuestra naturaleza. ¡Y no lo veis? Cristo gime infante, pena y llora cuando adulto, ensangrienta la ciudad y la montaña en su muerte. En virtud de la vida que

aporta, viene á ser nuestro segundo Adán. ¿Dónde se halla Satanás aplastado bajo el peso de la redencion? ¿No lo veis? Allí está, fulminado por la palabra de Cristo, que lo hace retroceder y huir. *Vade retro Satana.*

Es tal el concepto de la redencion en la mente de Dios. Por consecuencia el calcañar de la mujer que huella la serpiente nada contiene ridículo en sí, por mostrarnos el mal apropiado al remedio.

Empero dije además, parándome yo en el orden de los hechos, que se trata de un remedio luminosamente aportado de una en otra edad.

Los incrédulos se ríen á la faz de los católicos, los cuales en la Biblia encuentran á la serpiente que á la mujer habla engañándola; se ríen de esta mujer engañada y culpable; se ríen del pie femenino, que surgiría con el fin de aplastar aquella fiera cerviz. ¡Cuánta risa! Nos hallamos en el orden de los hechos: veamos si los hechos se alzan con el fin de aprobarlos.

Voltaire era el primero que se reía de la serpiente que habla. Empero ¿por ventura damos á la serpiente la palabra del hombre? No. Decimos sí con la Biblia que habló en la serpiente Satanás, el cual se sirvió de ella como de máscara. Ahora bien; demuéstrennos que Satanás, espíritu sutil y de alto poder, no se pudo servir de aquella máscara, ni expresar voces humanas con el movimiento de su lengua. A depender de nosotros, hubiéramos tenido otro gusto. Los Griegos en sus fábulas hacen hablar caballos y águilas; prestan la palabra los Arabes á los dromedarios y á los leones; los Persas á los ruiseñores; y la escuela itálica, menos poética en esta parte, daba por oyentes á Pitágoras un buey y un oso. Empero ¿cómo se pudo escoger á la serpiente, si la serpiente habladora fuese fábula, siendo entre los animales el que más horror produce á la mujer? Excusadnos: nosotros hubiéramos escogido á la paloma, ó mejor á la mona, que para vosotros es un animal muy próximo á la raza del hombre.

¡Ah! Oigo yo que se levanta la voz de todas las gentes antiguas gritándome: La serpiente es el diablo; en la serpiente, por consecuencia, está la traicion y la muerte. El nombre de Schein, dado á la serpiente del Génesis por los Indios, es el de Scheitan, ó Sathan, igualmente aplicado por los Arabes á la serpiente y al demonio. En los viejos caracteres chinos es la muerte representada por la serpiente, y ¡cosa notable! tal serpiente, como Satanás su fautor, aparece armada de cuernos. La ciencia religiosa del Norte preséntanos á la serpiente Midgard, que conserva relaciones con Angerbode, causa de nuestros males: así la serpiente Sciur lleva la palabra de la envidia. En breves palabras, en las naciones donde quiera es la serpiente simbolo de la mentira y del mal.

Hé aquí, oh incrédulos, lo que os responden los pueblos en nuestro lugar.

No basta. Estudiando en la antigüedad la historia de la serpiente, no podemos en esta nosotros descartar á la mujer por ser inseparable, digámoslo así. Leed las tradiciones vulgares, como tambien los analistas y los poetas. Un dios se trasforma en serpiente para seducir á una mujer; el encuentro de una serpiente es funesto para la compañera de Orfeo, príncipe de la lira; amenaza una serpiente á Andrómeda; una serpiente se oculta bajo el árbol maravilloso del jardin de las Hespérides; á una serpiente dan á guardar el Vellocoino de Oro; el seductor de Leda es una serpiente más que un cisne. Hé aquí, oh incrédulos, qué os contestan los pueblos en lugar de los católicos.

Mas, ¿por qué no me dirijo á los hechos para encontrar en ellos la planta femenina, digámoslo así, que oprime de siglo en siglo á la serpiente? ¿No es acaso esta mi conclusion?

Vuelvo á entrar en el cristianismo.

Los que se burlan de la mujer, que debía hollar la serpiente, consideran el curso de las nuevas edades. Esta mujer principió á hollar la criminal cerviz en el pesebre, donde alumbró á Jesucristo; desde allí subió al Calvario, uniéndose allí á la inmensa y divina Víctima; pasó despues al Cenáculo, donde presidió, por decirlo así, la santificacion de la Iglesia: con tales gloriosos principios hizo Dios que la obra entera se conformase.

Quien intérnase mucho en la ciencia cristiana forzoso es que admita esta doble afirmacion de San Agustin, segun la cual en toda herejía existe la inspiracion de Satanás, y toda herejía hiere más ó ménos la persona y la gloria de Dios redentor. Lo cual aceptado, debe admitir esta otra verdad: que abatir la herejía en la Iglesia es lo propio que hollar la serpiente. Con esto precisamente se os declaran de siglo en siglo los triunfos de María.

A la verdad, en todo gran error teológico María viene como por fuerza incluida, obligada siendo á que hable al alma de la Iglesia católica, realmente hablando.

¿Se levanta el error de Sabelio, que mezcla las tres divinas hipóstasis y las confunde? María se conturba, gritando á los doctores de la Iglesia: Combatid á Sabelio: la Trinidad divina no es confusa: entregué yo la carne á la segunda y no á otra de las tres divinas personas.

¿Se levanta el error de Arrio, que hace desaparecer el Verbo, á fin de que prevalezca el Padre? María se conturba y grita: Combatid á Arrio, y defendedme al hijo: él, Dios, como el Padre, descendió á mis entrañas.

¿Se levanta el error de Eunomio, segun el cual el Verbo no es más que una criatura? María se conturba y grita: Combatid á Eunomio: doy testimonio de la divinidad del hijo mío, que sentí posar sobre mí.

¿Se levanta el error de Apolinar, del cual se deduce que la divinidad en Cristo sufrió y murió? María se conturba y grita: Combatid á Apolinar: Cristo es Dios; mas en él sólo murió la carne que yo le presté.

¿Se levanta el error de Eutiques, que confunde las dos naturalezas divina y humana en Cristo? María se conturba y grita: Combatid á Eutiques: yo no concurrí á la divina naturaleza de Jesús: las dos naturalezas no se confunden, no, en él, sino que se hallan unidas.

¿Se levanta el error de Pelagio, que niega la necesidad de la gracia, inútil haciendo á Jesucristo? María se conturba, gritando á la Iglesia: Combatid á Pelagio: el mundo tuvo necesidad del hijo mío; si no hubiera existido él, ni yo propia sería pura y santa.

Estos gritos de María, que á la pugna impelen, indican otras tantas victorias.

¡Cosa que maravilla! No es posible que se conozca en el cristianismo bien ni se aprecie la persona de Jesús, no conociéndose ni apreciándose á la Madre divina. ¡Cosa que maravilla, señores! Entre los pueblos paganos y en la edad del decaimiento, hallamos nosotros esta conjuncion horrible: la serpiente y la mujer, siendo aquélla la instigadora y ésta la víctima. Por el contrario, entre los pueblos cristianos y en la edad de la restauracion, hallamos esta conjuncion feliz: el Redentor y la Virgen, siendo el uno el rey de la vida, y la otra su fiel escolta, como tambien su guirnalda. Cae la herejía deshecha de tal modo, y, siendo así, es aplastada la cabeza de la serpiente.

Un pensamiento mio aún.

Si promover en la Iglesia las victorias de Cristo supone aplastar la cabeza del dragon, cierto es que aplastado queda el dragon cuantas veces se consiguen los triunfos del Papa, por cuanto el Papa, señores, dejado es por Cristo, á fin de que haga en la tierra sus veces, siendo su representante visible, como la Iglesia católica, bajo cualquier aspecto, es únicamente Jesucristo encarnado. Vamos: ¿os place descubrir repedido de siglo en siglo el hecho de ser aplastada la serpiente? Mirad á los Papas y á la Virgen.

Ciñome á tres Pontífices, cada uno de los cuales asumió el nombre de Pío.

Mucha gente opresora, ya en edad distante de la nuestra, se dirige con ímpetu contra el catolicismo y contra Italia, donde la religion de

Cristo tiene la sede suprema. Las sucias masas del Islamismo, capitaneadas por un nuevo hijo de Abdalla, inundan nuestros mares, amenazando ahogarnos: entonces San Pío V, desde su celda del Vaticano, alza sus manos suplicantes al cielo invocando á María bajo el título del Rosario; va despues á bendecir á los Genoveses, á los Españoles y los Venecianos, confederados por la causa de Jesús: hé aquí en un gran día consagrado á la Virgen la célebre victoria de Lepanto. Es aplastada la cabeza de la serpiente.

En tiempos más inmediatos á nosotros, ó mejor en tiempos que se podrian llamar nuestros, otro aluvion de bárbaros, peores que los primeros, por haber salido de las vísceras deshechas de la civilizacion, y maniáticos por la incredulidad, cae sobre los creyentes: son los Volterrianos y los ateos franceses; detrás de los que va el candillo, que, si á los ateos hiere con su espada, extiende su otra mano audaz á fin de arrebatár al Pontífice de su sede. Entonces Pío VII, errante y cautivo, se arroja en Savona junto á la celeste Madre de la Misericordia y ruega; aquella oracion es oida en las alturas de los cielos: el terrible candillo de allí se aparta inmediatamente, desvaneciéndose, si vale la expresion, en las inmensidades del Océano; es de nuevo aplastada la cabeza de la serpiente.

El siglo presente camina casi á su fin: otras heridas y otros enemigos amargan al Cristo del Señor. Empero Pío IX, desde su cautiverio de Gaeta, piensa en la Inmaculada; vuelto á Roma, declara el dogma de la misma solemnemente. Vosotros preguntais: ¿Dónde la victoria está? Y respondo yo. No veo la victoria: veo solamente tempestades, veo frenéticos pueblos, oigo clamores insanos, y estruendo de vorágines que se abren por Europa; tiembla la tierra, el cielo es oscuro y la serpiente háse acomodado sobre las orillas del mar, que son las contempladas por Juan en el Apocalipsis: los padres, las madres y los hijos que aún creen, sufren terrible desaliento. ¿Qué ocurrirá? ¡Ah! Si no veo la victoria, veo que ha venido á manos de la Iglesia la señal divina que debe triunfar. La serpiente quedará otra vez aplastada. El siglo XIX es el siglo de Pío IX y de la Inmaculada; y tú, oh Virgen, nos salvarás.

He concluido, señores.

Al principiar hicimos esta pregunta: ¿Se debe admitir la relacion del Génesis sobre la caída del hombre? El razonamiento aducido nos asegura que sí.

Se debe admitir, porque la trasmision de la culpa del primer padre á sus descendientes, nada tiene de absurda: es un proceso moral y físico plenamente creíble.

Se debe admitir, por cuanto herir de muerte, como lo hace Dios, á la humana estirpe, no tiene nada de tirano: es pena justa y altamente saludable.

Se debe por último admitir, porque prometer el pié de la mujer que á la serpiente huella, nada tiene de ridículo: es remedio propio y de edad en edad luminosamente aportado.

No con colores sucios y sangrientos, como la otra vez, sino con bella luz resplandeciente queda hoy resuelto el problema.

CONFERENCIA XII.

SI SE DEBE CREER EN EL DILUVIO UNIVERSAL.

Estamos en el rompimiento de las catástrofes: peor aún; estamos en las imprecaciones humanas que se suceden.

Aún no se han enjugado la boca los incrédulos por sus necias furias contra el decaimiento del origen, pasando al sexto y al séptimo capítulo del Génesis: escuchándolos, horrorizan. Se ponen maniáticos y furiosos, echando gotas de sudor sobre la terrible página divina, cuando leen:

«El Señor dijo á Noé: Entra tú y toda tu casa en el arca, porque te he visto justo á tí delante de mí en esta generacion.

»De todos los animales limpios toma siete y siete, macho y hembra; mas de los animales inmundos dos y dos, macho y hembra.

»E igualmente de las aves del Cielo siete y siete, macho y hembra, para que se conserve la simiente sobre la haz de la tierra.

»Porque pasados aun siete dias yo lloveré sobre la tierra cuarenta dias y cuarenta noches, y horraré de la haz de la tierra toda substancia que yo hice.

»Hizo, pues, Noé todo lo que le habia mandado el Señor.

»Entró Noé en el arca con sus hijos; su mujer y las mujeres de sus hijos con él en el Arca.

»De los animales limpios é inmundos, de las aves y de todo lo que se mueve sobre la tierra, dos y dos entraron en el arca con Noé, macho y hembra, como el Señor lo habia ordenado.

»Y pasados siete dias las aguas del diluvio inundaron la tierra.»

Arrojan aquí el libro. ¡Qué volumen maravilloso el Génesis! Ha tomado el nombre de las varias creaciones de los séres, y mejor sería

llamarlo el libro de la muerte. Adán, apenas creado, mata, con el pecado, á todos sus hijos en el jardín del Eden; Noé, dentro del Arca, ve morir realmente á su alrededor toda la culpable generacion humana. Empero, ¿quién puede juzgar digna de fé la relacion bíblica del diluvio? Es documento de credulidad estúpida, salvaje y árido, que no contiene útil enseñanza, privado de todos los sostenes de la ciencia, y desmentido por las contradicciones, en virtud de las cuales es cojo. Lo rechazamos. Conservad vosotros, si quereis, el diluvio de la Biblia, y ahogaos, creyentes; nosotros preferimos estar en sitio enjuto, y alegremente vivir.

Señores míos, se cerraron las cataratas del cielo cuando cesó el diluvio; mas, al leer ahora lo referente al diluvio, ¿no se abren en su lugar las cataratas del infierno con estas blasfemias de los impíos?

¿Cuánta sabiduría se me revela, por el contrario, en tal relacion! ¿Y cómo claramente se despoja de todas las confusiones malas, en las cuales se quisiera envuelto!

Noto el hecho del diluvio, que es la superabundancia de las aguas; noto el medio empleado para librarse del diluvio, que es el arca; observo la causa moral del diluvio, que es la humana impiedad. Procedo, segun mi estilo, en forma de problema, y pregunto: ¿Es por ventura el diluvio, afirmado por Moisés, tal como suponen los incrédulos? ¿Es relacion científicamente absurda, salvaje y árida? No.

El hecho del diluvio, es decir, el agua que ahoga el mundo, no está en contradicción con la naturaleza. Entretanto nos ofrece una instruccion sublime referente al imperio de Dios en el universo.

El medio empleado para librarse del diluvio, es decir, el arca que contiene la familia de los electos, no está en contradicción con el arte. Entretanto nos ofrece una instruccion sublime referente al elemento regenerador de la sociedad civil.

La causa moral del diluvio, es decir, la impiedad humana que rompe todo camino, no está en contradicción con la marcha de los pueblos. Entretanto nos ofrece una instruccion sublime sobre la fuente de los exterminios de las naciones.

A la manera de Job, estoy echado en medio de la suciedad, entre los restos del mundo recorrido y vuelto á recorrer por el diluvio; en esto me conviene mucho estrechar á mis flancos la cuerda de la paciencia, porque me hacen los naturalistas incrédulos acerbos interrogaciones, como la mujer impertinente y los amigos indiscretos al de Idumea.

Así dicen á los creyentes: Llamad en buen hora á los ángeles de la

vida á la muerte; haced que truene la voz de Dios; abrid por encima las cataratas y por debajo las vorágines del abismo; no vemos de dónde pudo salir tal abundancia de agua y reunirse para subir quince codos sobre todas las crestas de los montes, haciendo de la tierra un lago y un océano bramador. ¿Es que Dios combinó por consiguiente hidrógeno y oxígeno para formar el agua del diluvio? A la verdad, indagando el estado presente de la atmósfera, una lluvia universal, que al mismo tiempo cae sobre toda la tierra, es imposible. Realmente hallamos grandes y remotas partes de nuestro mundo, que de ningún modo dan señales de haber sido tocadas por el diluvio de Noé. ¿Y quereis vosotros á todo trance el diluvio de Noé, ó el diluvio universal? Hariais mejor mostrándonos de qué manera y á tenor de qué leyes se pudo verificar el diluvio. Para nosotros es una crónica necia y cruel; tomado como fenómeno ó cataclismo contradice á la naturaleza.

No contradice, señores, á la naturaleza.

Los propios naturalistas, que nos dan el fastidio presente, persisten sin excepcion en afirmarnos con calor las antiguas y tempestuosas vicisitudes, á las cuales quedó la tierra sometida; nos hablan de una transformacion primitiva, de la cual, entre el choque de la luz y de las tinieblas, del agua y del fuego, salió llena de vida, joven y renovada; nos hablan de catástrofes sucesivas sin número, de hundimientos y elevaciones; de modo que los vivos solamente pasean sobre una corteza preñada por dentro y marcada exteriormente por devastaciones y ruinas: ¿por qué ahora, tratándose de la catástrofe de Noé ó del diluvio, nos hacen horribles muecas, persistiendo en su degeneracion? ¿Por qué nos maltratan con el reproche de popular leyenda, simple y cruel?

Precisamente las tradiciones de los pueblos, que tienen su legítimo valor para el que las juzga bien, concuerdan en esto admirablemente con el relato de Moisés, puesto que nosotros hallamos las creencias del diluvio entre los pueblos más distintos, desde la China y desde las Indias hasta el Méjico y el Perú, desde las islas del mar del Sud, hasta el país de Gales y la Laponia; todas estas creencias, si se quieren condensar juntas en los puntos más terminantes, admiten «un arca cerrada, la salvacion también de los animales, el hecho de tomar tierra sobre una montaña, un sacrificio después del diluvio, el arco iris» y otros semejantes. Quien de ellas desee tener conocimiento cabal lea, entre otros, á Lüken y á Stiefelhagen (1). Si en las tradiciones habla

(1) Lüken, *Las tradiciones del género humano*. — Stiefelhagen, *La teología del paganismo*.

el género humano, el cual es creíble cuando exprésase de modo unánime, ¿cómo poder rechazar tal voz? ¿Por qué, no mirando á los pueblos, caer sobre Moisés, acusándolo de salvaje y necia enseñanza? Decid á lo ménos, si os place lo necio y lo salvaje, que todo el género humano es un monstruo.

Por lo demás, deteniéndonos en el solo exámen de la naturaleza, tienen una intrepidez maravillosa los naturalistas incrédulos. No comprendiendo de dónde podía salir agua tanta é inundar á todos los vivientes; considerando para esto insuficientes las cataratas del cielo y las vorágines del abismo, reputan el acontecimiento del diluvio imposible.

Aquietemos pronto los reproches de tales airados, exponiendo en su propia sinceridad la enseñanza bíblica y católica.

Dios, señores, queriendo quitar las suciedades del mundo, determinó exterminar con el agua todos los hombres que lo habitaban, y todos los animales que al hombre servían. Debía ser universal, en su virtud, el diluvio, ejecutor del castigo de Dios: esto es de dogma. Empero ¿universal de qué modo? Ya lo he dicho. Extirpando, á excepcion de la familia de Noé, todos los hombres que vivían entonces debajo del sol, extirpando con los hombres tambien todos los animales, que al servicio estaban del hombre. Sólo que, en aquellas partes de la tierra, donde no se habian extendido aún los hombres, ni existía tampoco humana sociedad, ¿era necesario que se derramara el agua del diluvio? No; no llegaba la cólera de Dios á tales regiones, ni la Biblia nos impone la obligacion de creer tanto: bastaba que pereciese toda la culpable generacion humana, y que pereciesen al mismo tiempo los animales puestos en contacto con ella. Con esto era el diluvio universal, porque universal relativamente á los hombres era la ejecucion del castigo de Dios. Insignes sábios é intérpretes católicos de las sagradas letras, desde Quirini hasta Bellyack, lo entienden así (1), no disintiendo la Iglesia.

Aqui nos presentamos á los naturalistas incrédulos.

¡Cómo su ardor, al encuentro de una simple observacion nuestra, cae por el suelo quebrantado y roto! Era imposible tratar con estos doctos tan soberbios y atrevidos. Cuando nosotros decíamos que, para inundar la tierra, Dios abrió las cataratas del cielo elevando las vorágines del abismo, se divertían con burlas, dando á entender que consideraban una bagatela tales vorágines y tales cataratas. Cuando nosotros decía-

(1) Véase, además de otros, á MABILLON, *Sobre la opinion de Vossius*; á NICOLAI, *Discusiones y lecciones de Sagrada Escritura*; á LAMBERT, *El diluvio*; á MARCEL DE SERRES, *Cosmogonia*; á SORIGNET, *Cosmogonia*; á MICHAELIS, *Naturu offen*; á Veith, *Die Anfarage*; á PIANCIANI, *Cosmogonia natural comparada con el Génesis*; *Apéndices sobre el diluvio*; y á REUSCH, *La Biblia y la naturaleza*.

mos en alta voz que, á fin de atestiguar el diluvio, hállanse aquí ó allá en las alturas del globo las conchillas fósiles; cuando recordábamos que Humboldt encontró restos de plantas acuáticas terrestres en Guanaco de la meridional América, á una elevacion de trece mil pies, cerca de los límites actuales de las nieves perpétuas, y que se habian hallado huesos de Mastodonte á una elevacion de ocho mil pies, se burlaban de nosotros, afirmando que aquellos residuos de huesos y de plantas acuáticas no se relacionan con el diluvio de Noé, porque deben juzgarse de una época precedente y mucho más antigua. Cuando despues, estrechándonos, nos pedian indicios terminantes del diluvio, contestando nosotros que un diluvio pasajero y de corta duracion, como es representado el de Noé, no podia dejar donde quiera tales señales que viniesen á ser indelebles, chillaban ellos, bromeando más sabrosamente sobre nuestra pobreza de argumentos y de pruebas.

Pues bien; no necesitamos, por nuestra parte, tal estudio de pruebas, como sus sabrosas repulsas no nos hacen arrugar la frente.

¿Quieren que las fuentes del abismo y las cataratas del cielo no fuesen bastantes á enviar agua para que todo el mundo quedase anegado? ¿Quieren que muchas regiones á pesar del diluvio se conservaran bellas y enjutas? Son muy dueños; con tal que no nos supongan aquellas regiones habitadas por los hombres, lo que nunca podrán sostener, concedemos que no las bañó ni una gota de agua de Noé.

¿Sostienen que, segun el estado presente de la atmósfera, una lluvia universal que caiga sobre todo el mundo al mismo tiempo es imposible? Son muy dueños; puesto que ha probado la ciencia que otras eran un día sobre la tierra las condiciones climatéricas y atmosféricas, les dejamos encerrar en ésta su demostracion evidente; dénnos tanta perturbacion de atmósfera, cuanta es la que envolvía en la época de Noé al mundo poblado por los hombres, y estamos contentos.

¿Fantasean para burlarse de nosotros una extraña combinacion de hidrógeno y de oxígeno hecha por Dios para crear la inundacion del diluvio? ¿Empero á qué fin hacer que intervenga Dios en tal trabajo? ¿Por qué se toman ellos tanta fatiga cuando explican nuestras cosas? No nos fatigamos, amigos, cuando ninguna fatiga es necesaria. ¡Parece que habia de sobra hidrógeno y oxígeno en las tierras recorridas por el hombre!

En suma; por mucho que los incrédulos agiten tal cuestion, con un sólo rayo de luz que se nos abrió delante, viene á ser limpia, y á quedar descifrada: el hecho del diluvio, es decir, la superabundancia de las aguas que ahoga el mundo, no está en contradiccion con la naturaleza.

Sin embargo, aunque por nosotros se pondere la gran abundancia de la luz, el mismo hecho del diluvio en mucha parte continúa oscuro, porque, ¿cómo se realizó el diluvio? ¿De qué manera las cataratas se abrieron y se rompieron las fuentes del abismo, hasta el punto de poder inundar la humana generacion? Nada entienden de esto los naturalistas incrédulos; faltándoles la inteligencia, se obstinan en gritar hablando de las contradicciones naturales y físicas.

Persuádanse ante todo de que una cosa es que nosotros por nuestra parte no entendamos un hecho, y otra que tal hecho á ser venga repugnante por sí mismo. Fuera de que, si no lo comprenden, ¿cómo poder evidenciar la contradiccion? Empero esforcémonos por entender, señores míos: nos es permitido suponer cómo aconteció el diluvio, sin que delante de la naturaleza resulte absurdo lo que se diga, ó deba juzgarse imposible.

Algunos geólogos reputan verosímil que la tierra en un principio fué un globo, y que por una repentina elevacion en el Ecuador tomó su actual forma esférica: creen que de aquí surgió un gran cambio en la distribucion del mar y de la tierra, viniendo á ser continente así en las regiones tropicales el antiguo fondo del mar, como el desierto de Sahara, y por el contrario viniendo á ser fondo del mar en las regiones polares el continente. Ciertamente si tal cataclismo se reputa realizado en el tiempo de Noé, como muchos lo reputan, la consecuencia que sigue no es otra que una inundacion igual á la del diluvio.

Otros naturalistas, así antiguos como modernos, piensan que la posicion del eje de la tierra, por lo que hace á su órbita, no ha sido siempre la misma de ahora, infiriéndolo de las cambiadas condiciones telúricas: piensan en su virtud que en una época se verificó la inclinacion del eje de la tierra, no habiendo faltado una catástrofe de la grandeza del diluvio á ocurrir esto repentinamente.

Léonhard escribe: «Si se admite que haya sido universal, ó á lo menos difundido á muchas regiones, muy probablemente tal acontecimiento se unió á la elevacion de una gran cadena de montañas: acaso los Andes, debiéndose considerar un efecto de tal cataclismo. ¿Por qué una cosa que tantas veces ocurrió en la historia de la tierra no puede haber sucedido una vez desde que los hombres viven sobre la faz del planeta éste (1).»

Ugo Miller, por el contrario, haciendo hincapié en el hundimiento de la tierra, escribe de la siguiente manera: «Imaginémonos los hombres habitantes en la region extendida desde el monte Ararat, hacia Oriente

(1) Léonhard, *Géologie*, II.

hasta el lago de Aral, que contiene la primera Sede de la raza caucásica. Cuando hubo sonado la hora del castigo, la tierra poco á poco empezó á bajar: supongamos cuarenta dias cuatrocientos pies diariamente (no el doble de la velocidad que tiene la corriente en el estrecho de Magellan), y se sigue un gradual adelantamiento del mar.

¡El mar! ¡Estamos de nuevo en el mar? gritan los mofadores del diluvio, interrumpiendo al escritor inglés. Declaramos nuevamente que no tenemos por buena la competencia del mar en este asunto.

¡Paciencia si hablarse quisiera de un diluvio universal literalmentef Empero ahora, ya que nos tiran de los cabellos, digamos alguna cosa del mar. ¿Creeis propiamente que deba ser el mar una cosa de nada, y que no puede haber soportado peso en el diluvio? Dana calcula que la profundidad media del mar es de quince á veinte mil pies; la altura media de los continentes es de mil pies, segun ha declarado Humboldt. Segun esto, si se quisieran llenar los mares con los continentes y aplamar todas las desigualdades del globo, el mar sólo perdería trescientos setenta y cinco pies de su profundidad media, todos los continentes desaparecerían, y el agua se alzaría quince mil pies en todo el mundo (1). ¡Os parece, pues, que principiando á bajar la tierra, el mar que avanza sólo debe lamerle los pies ó besarle las manos colgantes?

Continúa Ugo Miller: «Al mismo tiempo que la tierra baja poco á poco y el mar gradualmente adelanta, cae una fuerte lluvia, la cual suponemos que no contribuyó mucho al aumento de la inundacion; solamente cinco pulgadas ó seis cada dia: parece, sin embargo, que debió ser una de las principales causas del desastre, y haber aumentado sus efectos terribles hinchando los rios y precipitándolos en torrentes desde las colinas. El hundimiento extiéndese desde el mar Negro y desde el golfo Pérsico por una parte hasta el golfo de Finlandia por otra, abriendo así en tres canales las fuentes del abismo (2).»

La fuerte lluvia que cae de lo alto y las fuentes del abismo que por debajo brotan echando agua, es nuevamente para los mofadores del diluvio de Noé tal absurdo, que no saben darse paz. Han determinado que ciertas significaciones no se deben usar. ¡Cómo! ¿Quisieran inundado el globo por una lluvia celestial de miel y de leche? ¿Quisieran para las fuentes del abismo los dulces rocíos? Lo peor es que no dejan hablar á los doctos. Bernardino di Saint Pierre, explicando el hecho del diluvio universal, demostraba como cosa muy probable que la lluvia caída cuarenta dias y cuarenta noches fuese producida por los vapores que se

(1) Fraas, *Vor der Sundfuth*.

(2) Ugo Miller, *Testimony*.

alzaban en los polos por los hielos así terrestres como marítimos que se deshacían, cual también por la zona de agua que por entonces el sol iba delante del meridiano. Consideraba suficientísimos aquellos hielos polares así deshechos para inundar á los hombres (1). Cerca de las fuentes del abismo, por añadidura, sin nada más decir del mar, sábese que la tierra misma contiene agua tanta en su seno, que no sólo podría lavar, sino hacer perder el cerebro de quien no tolera el diluvio, ni lo supone. Un físico moderno, Parrot, en su *Teoría de los terremotos*, representa de modo tan grandioso la profundidad y la extensión de los receptáculos de agua bajo tierra, que, como Schubert observa, podemos imaginar un receptáculo de masas acuáticas mayor aún de las que produjeron el diluvio, porque un vacío que apenas equivaldría á la doscienta sexagésima parte del interior del globo podría contener ya diez millones de millas cúbicas de agua. Tales cavidades serían entretanto para todo el orbe nuestro lo que las hendiduras y los huecos de una montaña calcárea son á su entera masa.

Despedido en fin por los incrédulos, y á lo más solicitado por nosotros, Ugo Miller concluye así su exposición ingeniosa relativamente al diluvio: «Después de cuarenta días de tanta inundación, el centro de la región habitada por los hombres bajó diez y ocho mil pies, siendo todo cubierto por las aguas. Después de ciento cincuenta días, el suelo elevábase lentamente; y cuando después de cinco meses toma el arca tierra sobre el monte Ararat, desde allí se ve un inmenso mar, cuyas ondas en tres direcciones vuelven á los lugares de los que habían primeramente venido (2).

¡Vive Dios! Puede hallarse por tanto, el modo de comprender y expresar el diluvio bíblico convenientemente: Sea que supongais una inclinación del eje de la tierra, ó que deis la elevación de grandes continentes, ó alguna cosa en aquellos tiempos antiguos que os parezca más conforme con las condiciones del globo y de la atmósfera, podeis pensar el diluvio sin que se os manifieste por ello el absurdo ó la imposibilidad natural. Ahora bien; lo que por parte del hombre se puede pensar naturalmente, preciso es que sea posible por parte de Dios, por cuanto repugna de veras que pueda menos Dios con la obra de lo que puede con su pensamiento el hombre. Hé aquí enteramente demostrado todo lo que había previsto. El hecho del diluvio, es decir, la superabundancia del agua que al mundo ahoga, no está en contradicción con la naturaleza. ¿Están contentos los naturalistas incrédulos? ¿Tienen

(1) Bernar lino de Saint-Pierre, *Pensées religieuses*.

(2) Ugo Miller, *Testimony*.



que meter más ruido, en el orden cósmico, contra el diluvio de Noé? ¿Qué digo? A pesar de lo manifestado, los incrédulos no se tranquilizan. ¿No tacharon asimismo el diluvio de leyenda toscas, y de una enseñanza estéril? ¿Qué hicimos nosotros que, para redargüirles, nos propusimos sacar del diluvio una instrucción sublime relativamente al imperio de Dios en el universo? Con esto nada demostramos, y hasta parece que nos han cortado el camino para la demostración. ¡Oh! ¿Acaso no nos aseguran que el diluvio es casi un hecho naturalmente ocurrido?

Tengan excelente memoria los que se burlan del diluvio de Noé, y empleen un poco de buen sentido al distinguir las opiniones. ¿Qué dijimos nosotros observando el diluvio ante la naturaleza? Esto, que no aparece absurdo ó imposible. Empero no dijimos de ningún modo que ocurriese por las fuerzas ordinarias de la sola naturaleza, lo cual es muy diverso. Declarándolo no imposible ni repugnante, dejamos abierta la vía para reputarlo un acto sobrenatural, como por cierto debe ser juzgado. Así, mientras aludimos á las cataratas del cielo abiertas y á las fuentes del abismo franqueadas, indicamos las unas y las otras examinadas por el dedo de Dios, que llevaba sobre la tierra la inundación del diluvio. Ahora bien; ¿no es dar á los hombres una gravísima enseñanza sostener esto, anunciando el diluvio como un hecho sobrenatural y milagroso? No es gritar desde los llanos y sobre las alturas: ¿Veis quién impera en las lluvias del cielo, en las olas del océano y en todos los elementos de la creación? Seguid bajos y humildes, pequeños mortales, que presumís levantar la cabeza sobre las altas nubes: Dios es el señor del universo y el rey de la naturaleza.

Empero vamos: suponed que casi naturalmente se realizó el diluvio; suponed que nuestro globo, llegado á una época muy terrible y á la última de sus antiguas vicisitudes, se inclinara sobre su propio eje, dando entrada entonces á los turbiones acuáticos para inundar: ¿creéis vosotros que Dios no debió entrar para nada en esta hipótesis? ¿Por quién fué, señores, plasmado nuestro globo? ¿Quién le ordenó á fin de que sufriera de cuándo en cuándo formidables catástrofes? ¿No fué acaso Dios? Ahora bien; si Dios lo predestinaba desde un principio al diluvio, el propio diluvio, aunque se quiera considerar como efecto natural, ¿no era sobrenatural y al mismo tiempo divina obra? Supuesto Dios creador del universo. ¿quién puede separar al artífice de su hechura?

Después de concluida la formación de las cosas, aunque sea Dios su autor, siguen obrando sólo las causas segundas.....

¡Las causas segundas! Empero tales causas que se denominan segundas, llaman á sí necesariamente la causa primera. Guillermo Leibnitz

definió á Dios: *Deum primum actum fontemque secundorum* (1). Si esto es verdad, siendo Dios el acto primero, y la fuente de los actos segundos, ¿cómo pueden subsistir no dependientes de su sér y de su potencia? Dependen, pues, y hallándose así constituidos, ¿podrías pensar que hicieran más de lo por Dios ordenado? No comprendo el segundo sin el primero, en el instante de su formacion; no comprendo tampoco, en una creacion siempre viva, cómo es el universo la separacion cotidiana del segundo del primero.

¡Ah! ¡Los incrédulos imaginan un Dios ocioso y dormido más allá del más elevado enlace de las estrellas y de los soles! Otorgan á veces por generosidad á Dios la composicion antiquísima del mundo; mas no se cura de él más adelante, corriendo el mundo por sí. ¿Es creible? Dante, mientras vive, no levanta sus ojos de la *Divina Comedia*. Virgilio vuelve sin cesar al exámen de su amada *Eneida*. Newton coge de nuevo en su mano con mucha frecuencia sus escritos, en los cuales medita durante la noche. Galileo Galilei se duele de que por haber perdido los ojos no pueda contemplar una vez más los cielos. ¡Dios es más desamorado que tales poetas y que tales astrónomos! ¿Brilla en el mundo un bellissimo sol de primavera? Está bien. ¿Viene despues el derrame de las aguas, que hace caer á los animales y á los hombres en sus abismos? Está bien.

¡Ciegos y tardos de corazon para creer! ¿Cuán diferente y más noble inteligencia de las cosas divinas nos proporciona el diluvio referido por el Génesis! Mira Dios la tierra, ve hasta qué punto es menospreciada su ley por el repudio de la virtud, y se arrepiente de haber creado al hombre: se dirige á Noé y le anuncia el diluvio; á los elementos llama con el fin de que lo produzcan, declarando ante cielo y tierra que obras de sus manos el terrible castigo. Es el rey de los vivos y de los muertos. ¡Arrodillaos, incrédulos, delante del Dios éste! Siempre se arrodillaron á El las bárbaras y las civiles generaciones de los hombres.

Ahora la demostracion es cabal. El hecho del diluvio, es decir, la superabundancia de las aguas que al mundo inunda, no está en contradiccion con la naturaleza. Entretanto nos ofrece una instruccion sublime relativamente al imperio de Dios en el universo.

A Job no le bastaba sostener una ó dos veces las fastidiosas recriminaciones de sus amigos: estas debian repetirse mucho más extensamente y reforzarse con acusaciones nuevas de continuo, probando maravillosamente del todo la paciencia de aquel varon tendido en el suelo,

(1) Leibnitz, *Disp. Metaph.*, *De princ. inditoid.* 1.

y por improvisas adversidades molestando: de su voz cansada y ronca debian á cada momento sacar una respuesta distinta y apremiante.

Si hoy me comparé á Job en la presente disputa, está bien que continúe representándomelo.

A la verdad, los despreciadores de la Biblia y del diluvio de Noé no se ciñen á las objeciones presentadas, y aducen otras más especiosas: despues de haber murmurado como incrédulos relativamente á las aguas que ahogan el suelo antiguo habitado, se ponen á considerar el medio adoptado por Noé para huir del diluvio. Estamos, señores, en el arca. Aquí, hablando del arca de Noé, de su familia y de los animales, hallan campo vastísimo para todavía desfogarse como incrédulos, malignar, escarnecer y destruir.

¿No lo oís? ¿Cómo podia el arca ser entre las aguas asilo de salvacion? ¿Cómo podia Noé introducir tantas bestias dentro del arca? ¿Cómo las podia ésta contener? Más aún; ¿cómo hubieran dejado al hombre vivir seguro y en paz? ¡A la verdad, para impedir todo insulto, un constructor y una construccion se necesitaban que hubieran desesperado á los más insignes ingenieros del presente siglo! Aun esta es una crónica ridícula y absurda; á no tener una significacion bárbara, se aceptaría voluntariamente para divertir el humor caprichoso de los niños.

Del hecho del diluvio pasamos, pues, al medio divinamente indicado, y por Noé puesto en práctica con el fin de salvarse; segun veremos en primer lugar el arca, donde los electos se preservan, es tal por todos conceptos que no resulta en contradiccion con el arte del hombre.

Imaginemos el arca, cuyo dibujo es trazado en los libros santos, considerándola precisamente segun tal dibujo: ¿nada debe oponer el arte á nosotros, que la juzgamos en el diluvio asilo de salvacion? No: se nos presenta como una casa cuadrangular, no muy alta, correspondiente á su altura con su forma larga, y con su fondo plano, que semeja una bien construida plataforma, á fin de que no sea posible caer en el agua. Los burladores dicen gritando que *segun la náutica era inservible*. Admitámoslo si dentro hubiera debido ir Cristobal Colon para marchar al descubrimiento de un nuevo mundo; mas Noé no trataba de tal cosa: en aquella no entró para descubrir extrañas gentes, sino para salvarse y salvar á su familia. En su virtud, el arca no era, ni debia ser, en el propio sentido de la palabra, una nave, no debiendo tampoco ser regida con el timon, ni velejar; no debia, durante aquel año del diluvio, hacer un viaje alrededor de la tierra, ni permanecer cerca de las sedes originarias del humano linaje; hé aquí por qué, hablando del arca, la Biblia no menciona el timon, ni los palos, ni las velas. En suma bastaba que fuese capaz de ir á flote y de sostener: ¿no consistía en esto verdade-

ramente para Noé el asilo de la salvacion? ¡El arca *segun la náutica inservible!* Pedro Jansen, anabaptista holandés, construyó en 1604 una nave de las mismas proporciones del arca. es decir, de ciento veinte pies de largura, de veinte de ancha y de doce de alta. Era poco buena ciertamente para navegar; pero era su continente una tercera parte mayor que la de Noé (1). Es una leccion práctica, un experimento que cruelmente impide la burla de los incrédulos.

Además Noé que debe introducir á los habitantes nuevos en el arca, es para nuestros burladores la figura de un hombre muy embarazado. Supongamos que le bastase un simple aviso ó una orden á fin de hacer penetrar á sus hijos, á sus nueras y á sus nietos en ella, mas ¡desgraciado! en tratándose de los animales, hubiese perdido la paciencia. Es preciso que manejara el látigo acá y allí; que fuera un geólogo y un zoólogo para encontrar de todos los animales limpios y no limpios las parejas prescritas; que luego, una vez encontradas, en la orilla del arca voceara malditamente á fin de hacerse oír, usando tambien de la fusta para compeler á los perezosos á que allí penetrasen. Esto es poco: aun antes de meter allí á la gaya familia, preciso es que dispusiera en el arca tantas cavidades y tantas estancias que la hicieran idónea á fin de albergar convenientemente las especies de los animales, para lo que resulta preciso un arte refinado estupendísimo. ¡Y cómo podía ser de otra manera! El arca, pequeña en sí, debía contener de modo conveniente todas las representaciones de las bestias del mundo.

Un monton de malezas nos han echado á los pies los incrédulos con su sarcasmo: librómonos de los inverecundos. Un solo salto nos basta.

No necesitaba Noé echarla de geólogo ni de zoólogo para escoger las parejas prescritas de los animales: no necesitaba tampoco fatigar su gaznate, ni coger el látigo, á fin de meterlos en el arca; todas chanzas que podría evitar quien no viera en todas partes borricos y dementes. ¿No demostramos, señores, que en el diluvio, aun cuando se quiera naturalmente ocurrido, brilla la sobrenatural accion? Pues bien; pensó Dios, si así lo quereis, en hacer de geólogo y de zoólogo: libró á Noé de las sutiles indagaciones y de las fatigas enojosas: supuesto el acto de su voluntad, los animales se movieron y entraron incontinenti: por esto en el relato que al diluvio precede, se leen las promesas que siguen en el Génesis: *dos de cada uno entrarán contigo para que puedan vivir.*

Sólo que, por lo que hace á la capacidad del arca (conviene una verdadera estimacion artística), es preciso tener en cuenta muchas cosas.

Así como creemos el diluvio universal de dicha manera, es decir, que

(1) Véase I. D. Michaelis, *Orient. und emiget-Bibliothek* (Frankf. 1782) XVIII.

inundó toda la tierra por los hombres habitada, sin que inundara simultáneamente toda la faz del globo, hay que decir lo mismo de los animales: entraron las parejas que se hallaban en relación con el hombre, ocupando las llanuras y los montes al alcance del horizonte de Noé. Ni aun parece prohibido pensar que Dios dejó morir especies de animales, por no ser utilísimas al hombre, de aquella guisa que varios escritores sostienen se anularon algunas de las mismas especies conservadas entonces. El hecho por nosotros defendido es el siguiente: el reino animal, en cuanto era conocido por Noé y por los suyos, estuvo representado en el arca plenamente.

Para recibir el número de los animales, el arca era capaz, y estaba bien dispuesta también á distribuirlos según sus varias dimensiones.

Juan Isaías Silberschlag, de Berlín, perteneciente al Consejo superior de la Edilicia, se puso á investigar todas las objeciones que se hacían al arca, doctamente haciéndolo en la segunda parte de su *Geogenia* publicada en 1780. Trazó un dibujo completo del arca, extendiéndose hasta los mínimos detalles, en que aparecen previstas todas las disposiciones necesarias. Es admirable que con suma facilidad encuentra puesto para cada especie animal, excluyendo los que viven en el agua, indicados en el sistema de Linneo. En el piso inferior coloca los animales mayores, ó los cuadrúpe los, con las provisiones precisas, ya para que no sea necesario llevarles la comida de otra parte menos cómoda, ya para que la parte inferior del arca sea bastante pesada, de modo que garantida quede contra las oscilaciones, y sobre todo contra el peligro de que á pique vaya. Las especies de animales más pequeñas están al lado de Noé en el piso intermedio, y los pájaros hallan asilo en el tercero. Así son vecinos del hombre los animales que sirven para su deleite, y están separadamente los que podrían proporcionarle peso ó fastidio: así los tres pisos del arca aparecen juiciosamente habitados. Tal disposición es de todas maneras explicada con sus correspondientes números en planos del arca, como asimismo en listas de brutos grandes y pequeños. En el escrito de Silberschlag figura también un ajustado y minucioso dibujo de la conveniente distribución entre los ocho hombres de la obra diaria para el alimento y el cuidado de los animales.

Otros sabios, así extranjeros como de nuestra nación, nos dieron demostraciones más internas todavía y más numerosas, probando por todos conceptos, no sólo la simple capacidad del arca de Noé, sino también su arquitectura buena con el fin de albergar sin confusión ni daño la familia de los animales (1). Bástanos esto para de-

(1) Véase José Brunati, *Disertaciones bíblicas* en el título *De la capacidad del arca de Noé*.

volver á los incrédulos su sarcasmo y su risa: el arca, considerada como edificio y extraordinario albergue, no está en contradicción con el arte.

¡Arte armonioso en verdad! ¡Arte raro y soberano! nos dicen replicando los mofadores. Era bello y deleitable para Noé permanecer allí dentro varios meses oyendo las pateaduras de los caballos, los gruñidos de los cerdos, y los mugidos de las vacas ó de los bueyes. ¡Concento estupendísimo para el monarca de la tierra!

Vicente Gioberti, airado un dia con los liberales, se puso á maltratar feamente todas sus cosas; entre otras, dijo una muy extraña sobre los Parlamentos, afirmando contra ellos «que algunos podrían divisar su emblema en el arca de los primeros individuos de Noé, que fué sin duda la asamblea representativa más antigua que se conoce (1).

El parangon está hecho, y perdonad si el decoro no resulta excesivo; mas yo siento la tentación de repetir en broma lo que redactó por rabia, que parece mal, el filósofo subalpino. Quiero decir: si los pueblos alguna vez son condenados, no meses, sino años, á tener delante ciertos diputados que meten ruido con los piés por los sitios parlamentarios, así como á oír los mugidos y los aullidos de ciertos oradores de la tribuna política, sufriendo en paz tales ingratas armonías aquéllos que son *los nuevos monarcas de la tierra*, ¿por qué se debe creer que á Noé y á su gente en el arca, *que fué la asamblea representativa más antigua que se conoce*, se les debió arrancar el alma del pecho por aquel ruido de los animales? Entre los mugidos de los bueyes y los relinchos de los caballos, Noé alguna vez sentía el canto de los dulces pajarillos, que dudo sientan de continuo los desventurados pueblos. ¿No veis de qué manera caemos nosotros en puerilidades de niños? ¿No veis como impeleis al hombre por el camino del insulto?

Fuera, señores, las necias informalidades y fuera también los insultos. Aun en esta segunda parte nos han dicho los incrédulos que la narración del diluvio es una leyenda árida, como también una crónica ridícula y necia. Ahora bien; alcémonos á contemplar la sabiduría que encierra. Os afirmaba que nos da una instrucción sublime relativamente al elemento regenerador de la sociedad civil.

Advertid de qué se trata.

Dios, enfurecido por el espectáculo de los crímenes de los hombres, los quiso poner en dispersión; mas si quiso esto, no quiso aniquilarlos: se propuso, por el contrario, con aquélla, una magnífica renovación de nuestra estirpe: abrirá ruinas y cubrirá las aguas de difuntos; pero so-

(1) V. Gioberti, *Del rinnovamento civile d' Italia*, libro II, cap. 6.

bre la tierra enjuta dispondrá más gallardo el convite de la vida. ¿Qué hace por consiguiente?

Los que inmoderadamente se dan á la democracia, procuran regenerar el mundo mediante las *masas populares*. Ahora, dicen, han desaparecido, y han quedado deshechas las poderosas individualidades: huyeron los héroes, y se adelantó en su lugar el pueblo formado con héroes y gigantes. En su virtud, el pueblo, ya dueño del campo donde domina, destruya los últimos restos de la tiranía, combata la miseria y el dolor, enarbole la bandera de la libertad y conquiste de nuevo la corona de la gloria: destinado á ser está el verdadero salvador de la tierra.

¡Engañados! Dios con el acontecimiento del diluvio nos prueba lo contrario, estando de su parte la razón y la historia. Dios, en el sentido moderno de la palabra, no es democrático: al poner en dispersión á los hombres, salva á Noé; mas le salva con el fin de restablecer la vida de los hombres y constituir de nuevo una sociedad civil más fuerte y más bella. Tal es la enseñanza divina: para redimir á la humanidad preciso es dirigirse, no á las *masas*, sino á los *individuos*.

¿Y quién podría inculpar á Dios?

Decidme, señores. ¿Cuáles son las dotes únicas que pueden y deben salvar á la sociedad civil? ¿Es acaso el nervio de los brazos y el ímpetu de las falanges armadas? Podríais tener más genio que Napoleón I y mayor pericia militar que los presentes prusianos: vosotros de tal manera venceríais; pero no salvaríais. ¿Es acaso la pasión política de las plebes? Podríais tener más ingenio que Machiavelli, á fin de adivinarla, y más elocuencia que Mirabeau para su fascinación: podríais vosotros, como también vuestros hijos y vuestros servidores, ser periodistas, diplomáticos, representantes de la nación: no poseyendo más, conseguiríais acaso de tal manera prevalecer; pero no salvar. Señores; las dotes que salvan son la justicia, la bondad, la fe religiosa y la virtud, todas las cuales son por su naturaleza y no pueden menos de ser cualidades personales. Quien dice *masa* ó *pueblo* dice reino exterior errante incierto; no dice cosa que con profunda raíz subsista. Consiste la raíz en el individuo: si prescindís del individuo; si no procuráis que sea justo, virtuoso, magnánimo y floreciente, por decirlo así, en la religión, podreis tener un gran pueblo desmesurado; mas en aquel pueblo no albergará la vida del mundo.

Por esto hallamos que no de los muchos, sino de los pocos, viene de continuo la restauración de los buenos órdenes civiles y la salvación común.

Sale Noé del arca con su familia, funda las nuevas naciones y reju-

venece la especie nuestra. Cuando aquellas nuevas naciones se corrompen del todo, cuando envejecen y huye de su pecho el espíritu de vida, se aproxima el personaje que debe fortalecerlas y salvarlas nuevamente: es el grandísimo de los personajes, por ser Dios y hombre al mismo tiempo. El solo vale más que todos los pueblos y que todas las gentes. La voz del oráculo ha gritado á las gentes ya: «Hé aquí que las gentes son apreciadas como una gota de agua de un cubo, y como un momento en la balanza: hé aquí las Islas como un granito de polvo (1).» El oráculo mismo dice del personaje: «Establecerme has cabeza de las gentes (2):» «las naciones serán heredadas por él,» como cosa que por muerte haya perdido el dueño, por lo cual necesite quien de ella disponga (3): «Acordarse han y convertirse han al Señor todos los términos de la tierra: y adorarán en su presencia todas las familias de las gentes (4).» «Conservará, restituirá la inteligencia en el mundo:» y «te puse para luz de las gentes, para que abrieras los ojos de los ciegos (5).» «las gentes caminarán en su luz, y los soberanos en el esplendor de su mañana (6).»

¡Ois este ruido de voces, que del oráculo divino se propagan y van repercutiendo sobre toda la tierra? Una cosa únicamente os anuncian: los pueblos se pierden y el individuo los salva.

¡Preciosa y terrible admonición, que se nos envía tan anticipada del acontecimiento del diluvio! El estruendo de las aguas y los gritos de los moribundos no pueden tanto que sofocarla logren, haciéndola por el contrario, más ruidosa. ¡Oh qué leyenda, dicen, tan árida, y qué erónica tan insípida y sin provecho el diluvio! Empero nos amaestra más que un Areópago, que un Peripato y que un Stoa, por contener una sabiduría que desconoció el mundo de los antiguos, é ignota siempre para el mundo de los profanos y de los incrédulos. Los pueblos se pierden y el individuo los salva.

Relato un hecho no publicado hoy, aunque dignísimo de la imprenta: compongamos con él, como hacen los autores dramáticos, una escena.

Ocurre la acción del drama en una deliciosa villa francesa, sobre la izquierda orilla del Garona, en donde hay una robusta colina, desde la

(1) Isaias, cap. XL, 15.

(2) Salmo XVII, 44.

(3) Salmo II.

(4) Salmo XXI.

(5) Isaias, cap. XLII, v. 6 y 7.

(6) Isaias.

cual se distingue á mucha distancia Burdeos con sus aguas aménfimas, y donde hay alrededor una vasta campiña, silencio y soledad. Ahora bien: sobre la colina está, como montándola, un castillo, el cual, por uno de sus lados, con los muros muy escarpados y enhiestos, con casitas de madera, coronadas de almenas, con troneras y torreones, os dice que se trata de una construcción gótica que perteneció en los tiempos pasados á señorones feudales: ahora embellecido por dentro con adornos de arabescos, y puesto en lo posible á la moderna, el castillo á que nos dirigimos es morada de habitantes muy diferentes.

Allí vive una familia muy elevada entre los patricios, muy religiosa y legitimista. Los dos viejos, el abuelo y la abuela, cargados de años y venerables como dos patriarcas de los Hebreos, abandonaron en su juventud la sociedad de París, de que se sintieron fastidiados, corriendo á encerrarse luego en su posesión de la Garona. Desde allí vieron muchas cosas, y todas para ellos espantables. Vieron en los primeros años caer á Carlos X del trono de Francia; vieron huir más tarde á Luis Felipe de Orleans; vieron la República, y vieron por último entrar el Imperio del tercer Napoleón. Su cuidado especialísimo y afanoso durante tanto tiempo fué no mezclarse jamás en ninguna de las cuestiones sociales, por las que son agitados los hombres. Son dos ermitaños nobles de inusitado cuño.

¿Que digo dos ermitaños? Ya os anuncié que los venerables viejos son abuelo y abuela. Es de saber ahora que hay en el castillo hijos, cuyo pelo blanquea ya; viven además los hijos de los hijos, nietos muy amados. Toda esta que os describo es familia de anacoretas. ¡Curiosa Tebaida trasplantada bajo un clementísimo cielo, y con mesa señorial! Raras veces salen los viejos; mas los hijos mayores gustan de ir á caballo y de cazar: los nietos, así los masculinos como femeninos, se dedican á su tiempo á los estudios, entreteniéndose además en juegos, en solazarse entre la verdura de los bosques, y en echar el anzuelo á los peces de la orilla de un estanque. ¡Qué rostro tan franco y bonachón tienen aquellas niñas! ¡Qué caras inocentes como los de José y de Tobias aquellos niños!

Un día llega una extraña visita á los señores ermitaños: es un capuchino alto, de talante noble y en el pleno vigor de la vida, bien que ya con algún hilo de plata en su barba espesísima. Se presenta y dice: «No me conocéis? Soy pariente vuestro cercano, á quien no habeis visto hace veinte años; Albaville.»

«¡Albaville!» exclaman los dos viejos y los hijos de los viejos. «¿Tú, nuestro sobrino? ¿Tú, nuestro primo? ¿Qué buena ventura te conduce aquí?»

«Me trae mi deber. No vengo para cumplimientos, sino para quejarme de vosotros.»

«¡Una queja tan cruda y desnuda!» pregunta el abuelo saliéndole los colores aún entre las arrugas espesas de su faz. «¿En qué somos pecadores, á pesar de vivir tan apartados del mundo?»

«En esto precisamente, contesta el fraile; ¡usted y sus hijos han vuelto inexorablemente las espaldas á la sociedad civil, habiendo olvidado á sus hermanos? ¿Por qué os manteneis tan esquivos? ¿Por qué alzais una barrera entre vosotros y el mundo?»

«Mi respetado padre Albaville, contesta el viejo; nosotros hicimos una resolucíon firmísima, que mantenemos, de no formar parte de una sociedad que condenada está á muerte. ¿No veis que hoy todo elemento social se dirige á lo peor y enferma? Están las familias echadas á perder; lo está el comercio, lo está la milicia y lo está la imprenta... Nos reputamos como en tiempo de peste y nos metimos aquí. Un poco de aire puro y algunas flores en el jardín, mirando encima todas las estrellas del firmamento: esto nos basta.»

«Por consiguiente, á juicio vuestro, añadió el Fraile, vivis en tiempo de pestilencia, en el cual mueren los hermanos. ¡Crueles! ¿Mueren los hermanos y no llora el alma vuestra en el pecho por dejarlos morir sin vuestro socorro? Os apartais, y no intervenis en la sociedad civil: ¡vida beatísima! ¡Cuántos extraviados podríais conducir al buen camino! ¡Cuántas penas disminuir! ¡Cuántas lágrimas enjugar! Y vosotros nada. Os apartais.»

Dicho esto, el capuchino pregunta. «Si á vuestros ojos todo está echado á perder en el mundo, decidme á lo ménos: ¿No conservais esperanza de remedio?»

«Ninguna, respondió el viejo; ninguna esperanza conservo yo. Están las muchedumbres seducidas, y el mundo corre al abismo.»

«Hé aquí el engaño, replica el capuchino. ¿Mueren seducidas las muchedumbres? Concedámoslo; mas, ¿son acaso las muchedumbres las que deben salvar el mundo? No: el mundo pagano estaba perdido; ¿cómo fué salvado por el cristianismo? Mediante pocos, que vencieron el paganismo y encaminaron á las muchedumbres. Mirad á Cristo; para convertir á la verdad toda la tierra, envía doce hombres. Los pocos conquistan á muchos: pocos creyentes jurisconsultos, entrados en el foro romano, bautizan á la ciencia legal; pocos servidores de los Césares, entrados en la Corte, preparan los tiempos de Constantino; pocos soldados, introducidos en los ejércitos del Imperio, crean por fin la milicia cristiana. Ahora es preciso que rehaga el catolicismo el trabajo hecho por el cristianismo entonces; es preciso que para salvarnos prin-

cipie la redención con pocos. Desengañaos á la luz de la historia. Vos, señor y padre mío, quejaos de lo que sucede y pacíficamente gozad el resto de vuestros honrosos días; pero en nombre de Dios que no continúen como poltronos estos hijos vuestros, estos jóvenes floridos que á la sombra del castillo pierden el tesoro de su vida, entre las claras aguas y las flores. ¡Oh buen anciano mío! Así como Cristo lanzó los apóstoles al mundo, lanzad fuera vos á estos jóvenes.»

El magnánimo Capuchino se levanta, se dirige á los jóvenes que lo circundan, y en alta voz dice: «Mañana partiré y me seguirán los que de vosotros prometeis más. Habeis oído la verdad. Dios lo quiere. Queda rota la infausta barrera del castillo, y queda desde aquí otra vez abierto el camino que conduce á la humanidad. Ignorantes hay que iluminar, enfermos que curar, culpables que reprender, y oprimidos que libertar. Corramos, jóvenes, corramos á la obra santa y pia. Los pueblos se pierden; mas el individuo los salva.»

Hé aquí la palabra, señores, que os dirigía con afecto tanto: es la enseñanza que yo deducía de la meditación del diluvio y del arca: en los pocos consiste la virtud, que regenera el consorcio social.

Amada juventud católica, que despuntas ahora en nuestro siglo, como flor en tierra pedregosa, y como albor del cielo en la tempestad; tú eres la tímida grey del Salvador: *Pusillus grex*. Si; apareces á mis ojos una pequeña compañía mientras la multitud es exuberante: de todas partes troncos y malezas se oponen á tu paso; pero no lo dudes: llena de vida es tu empresa noble, y Dios camina contigo. Los pueblos se pierden y el individuo los salva.

Lo anuncié y lo probé: el medio empleado para librarse del diluvio, es decir el arca que contiene á los electos, no está en contradicción con el arte. Nos ofrece una instrucción sublime relativamente al elemento regenerador de la sociedad civil.

¡Pobre Job! Su mujer se habia por fin tranquilizado: Elifaz, Baldad y Sofar, amigos suyos é impertinentes acusadores, callaban tambien: parecia que se habia extinguido aquella larguísima y enmarañada disputa. Todo lo contrario: despues de algunos minutos sólo de silencio, Eliu, que de los amigos era el cuarto, se pone asimismo á reprender y á cuestionar, inculcando por su parte á Job de atroz blasfemia. No existe modo, ni esperanza de paz: el Idumeo es condenado á un diálogo perpétuo de guerra.

Tambien yo estoy condenado á tal diálogo belicoso.

Cuestionaron los incrédulos relativamente al diluvio, es decir, al agua que inundó la tierra, habiéndoseles contestado; cuestionaron con

otras quejas y escarnios relativamente al medio empleado para librarse del diluvio, es decir, el arca, respondiéndoseles igualmente. En su virtud esperarían otros un arreglo amigable ó una concordia; mas esta no existe.

Persistiendo en ser escarnecedores, los incrédulos se dan á inquirir en la Biblia cuál fué la razon por la cual determinóse Dios á inundar el orbe con el diluvio. Ya lo indicamos nosotros; mas ellos han inquirido pronto la gran razon, ó por mejor decir hánla trastornado. Miró Dios á la generacion humana, viendo al hombre convertido en carne; vió que toda carne habia corrompido sus caminos: ofendido por el hedor universal que hasta el cielo subia, juró el exterminio de los hijos de Adán. Entonces dijo á Noé: «Entra tú y tu familia en el arca; todas cuantas cosas hay en la tierra perecerán.» Pues bien; á juicio de nuestros señores incrédulos, este juramento de exterminio y este real exterminio para castigar los pecados de la carne, es por parte de Dios, un exceso, una ferocidad y una estolidez que no tiene nombre: podia corregir viendo Dios bueno y clemente; mas no debia exterminar, como juez inexorable, la humana estirpe contaminada. Por consiguiente, hablando de la causa moral del diluvio, que es la carne del hombre desenfrenada y corrupta, se repiten las recriminaciones proferidas antes: el diluvio es un relato cruel y es una crónica nécia é impía, que nunca debiera recordarse á los pueblos civilizados.

Perdonadme, señores, si yo, sin licencia de los incrédulos, recuerdo á los pueblos civilizados tal crónica ó bien historia tan grande. La recuerdo precisamente para demostrar á los inteligentes hasta qué punto engañanse los incrédulos al juzgar así: la causa moral del diluvio, es decir, la impiedad humana que corrompe todos los caminos no está en contradiccion con la marcha de los pueblos, lo cual anunciaba yo como primer miembro de mi proposición tercera.

Apresurémonos á inquirir el principal gérmen maligno y criminal, porque se disuelve la vida de los pueblos.

Antonio Rósmini, con viveza de profundo metafísico dilucidó este asunto: trató «de la sumaria razon por la que subsisten y se arruinan las humanas sociedades.» Ahora bien; poniéndose á investigar la razon sumaria por la que se arruinan, observa que, perdido el sentimiento de la justicia, como tambien la religion, el pueblo va inmoderadamente detrás sólo de los bienes temporales, como el saber, el dinero, la potencia y la gloria: en un principio parece que con estos bienes se satisface; mas despues siente que no le bastan y busca otros. ¿Qué busca? El placer físico. «Poder, gloria, riqueza, fueron á sus ojos ilusiones infantiles; una vez descubiertas tales ilusiones terribles, ¿podiais por

ventura seguir engañando al hombre ya por otra parte voluptuoso? Hablad á un pueblo llegado á esta situacion, en la que no queda nada real á sus ojos en la gloria, en el poder y en la riqueza, de modo que únicamente le parezca bien efectivo el placer material; procurad infundir en él sentimientos generosos; excítadle á empresas magnánimas ó de pública utilidad; se ríe de vuestra sencillez; se juzga mucho más adelantado que vosotros, que no estais, por decirlo así, en el curso de las ideas. Todas bellas cosas, os responde cual filósofo consumado: todas bellas cosas para dichas, amado mio; pero demasiado añejas; la exagerada austeridad de la virtud que proponéis es una hermosa fantasía; mas el tiempo de la imaginación ha pasado: hoy se buscan cosas que se toquen y que se vean.»

¿A dónde va el que quiere tocar y ver; el que sólo busca el bien real, hallando que consiste sobre todo en el placer físico, es decir, en la carne? A la servidumbre y á la muerte. «Entonces cuando el pueblo corrupto hasta se quisiera sustraer á su esclavitud, no podría; está vinculado en ella con cepos más fuertes que todo su poder; disminuyendo, por otra parte, la fuerza de la inteligencia, va perdiendo á todas horas la fuerza que, sin embargo, debiera emplear para romperlos, sometién dose así á una ley necesaria de miserable progreso en el mal, que cada vez más lo fija y lo confirma en su estado infelicitísimo (1).»

Así cayeron las sociedades paganas antiguas; así cayeron ya no pocas de las modernas. El miserable progreso en el mal, á que son arrastrados los pueblos por el placer físico, viene á ser por fin tan absoluto que pide una disolucion: la misma causa que lo produjo lo termina; es la carne putrefacta que se trasforma en pedazos y se deshace, hallándose el diluvio en esta ruina. Es notable en la historia que todas las grandes impiedades, que brotaron de los pecados de la carne, ó se unieron á éstos, acabaron con un diluvio. La impiedad de la nacion egipcia concluyó con un diluvio de langostas; la de los Faraones con un diluvio de mar; la impiedad griega concluyó con un diluvio de sofistas en el interior y con otro de invasores armados fuera; la impiedad del impero latino concluyó con un diluvio de bárbaros; la impiedad de los emperadores de Constantinopla concluyó dentro con un diluvio de eunucos, y fuera con un diluvio de árabes. Sea de hierro, de fuego ó de agua, no importa; despues de las famosas culpas, y de las públicas contaminaciones de la carne un diluvio existe siempre; Alemania é Inglaterra, en el siglo XVI, antes de ser protestantes, están corrompidas, mostrándonos las dos dominando en sus propias tierras á la ramera de

(1) A. Rósmini. *La sociedad y su fin*, lib. tercero, cap. XV.

Babilonia. ¿Cómo termina el curso de su apostasía desdichada? Primeramente con un diluvio de teólogos predicantes; despues con un diluvio de verdugos y de soldados. En el pasado siglo la Francia se alegra inmoderadamente por su impiedad, presentando en feo maridaje el ateismo de las mentes y la suciedad de las costumbres. ¿Cómo concluye? Los enciclopedistas abrieron las cataratas y las fuentes de los abismos, no pudiendo faltar la inundacion de la tierra; hé aquí que viene primero el diluvio de los *septembristas*, y despues el diluvio «napoleónico.» ¡Espectáculo terrífico! Es diluvio de sangre.

Sí, pues, en el orden de los sucesos terrenales, cuando llega la impiedad á su colmo, es preciso que rebose y se difunda produciendo el diluvio necesariamente, ¿cómo dirigir reproches á Dios por el diluvio de Noé? ¿Produjo acaso el diluvio Él? No: lo envió; mas no lo produjo; únicamente lo produjo la impiedad humana dominante, y Dios por su parte lo debia enviar, por hallarse esto en la necesidad de las cosas. No vemos que pueda existir ningun otro medio de retemplar y conseguir la estirpe humana, extinguida por completo en la carne. No juramos malamente; adoramos los decretos de Dios, los cuales, áun á nuestra mirada, se manifiestan conformes con la más estricta conveniencia social. El diluvio, considerado en su causa moral que lo realizó, no se halla en contradiccion con la marcha de los pueblos.

¿No tenía yo, pues, razon para sostener que no se entienden los incrédulos expresándose como bufones relativamente á la causa del diluvio? ¿No tenía yo razon para decir que procede recordar á los civilizados esta no árida crónica ni atroz leyenda necia sino catástrofe verdaderísima? Esto es indudable porque, sí, por una parte, vemos que no surge aquí contradiccion alguna con la marcha histórica de los pueblos, por otra relativamente á los pueblos modernos que la necesitan, vemos presentarse una instruccion sublime relativamente al decaimiento y exterminio nacional.

He nombrado á los pueblos modernos; los he llamado necesitados de enseñanza. ¿Acaso los pueblos modernos, es decir, los del siglo XIX, están amenazados igualmente por el diluvio? Entre muchos escarnios, los incrédulos tienen la manía de saber esto.

Señores, recordad el diluvio á los hombres de mi edad; no me propongo echarlas de vidente, ni de profeta; mas anuncio de mi cuenta suplicios y desdichas: yo planteo principios, y noto sencillamente los hechos: sacad vosotros las conclusiones. ¿Estamos nosotros verdaderamente á cubierto de todo diluvio inundante? ¿Existen hoy ó no la causa que lo promueve, á saber, la corrupcion de la carne? Observad nuestras morales condiciones públicas y privadas. ¿Son cosa sóbria y

decente las novelas, y la amena literatura, que tanto pueden para informar las costumbres? ¿Respetan el pudor, el decoro y el honor? ¿No dan nunca en obscenidades? ¿No halagan con sus relatos, con sus episodios y con sus imágenes los estímulos de la carne? Decidlo vosotros. ¿Cómo estamos en materia de coliseos? ¿Mantienen la debida reserva, ó corren con desenfreno é ignominia las representaciones escénicas, los espectáculos populares, los pugilatos, los torneos que ahora deleitan extraordinariamente influyendo de una manera poderosa sobre los afectos y las acciones humanas? Decidlo vosotros. Decid si la fibra del individuo es sana y enjuta; si los modales del ciudadano se distinguen por su castidad; decidme si en nuestros burgueses, en nuestros nobles y en nuestra plebe la morigeracion es el pan de cada dia que los alimenta.

Hagamos, por añadidura, una moral comparacion.

En los tiempos «antidiluvianos,» cuando las culpas de los hombres se juntaban á fin de gritar á la ira de Dios *Despierta*, asi como al agua del cielo y de la tierra *Ven*, habia esto de singular y de abominable; que delante de los hijos de Dios acampaban las hijas de los hombres; el supremo de los agravios y la suprema de las ruinas fué que, vista la belleza de las hijas de los hombres, los hijos de Dios enamoráronse perdidamente de ellas, surgiendo entonces una horrible mezcla entre la estirpe de Seth y la estirpe de Cain: entonces se realizaron los matrimonios malditos, y las hembras pecaron con los gigantes.

Mis amados señores; ¿de qué manera estamos nosotros bajo el punto de vista de los matrimonios? ¿Son bendecidas por Dios y por la religion vuestras bodas y las bodas de vuestros hijos? Parece que no nos faltan los gigantes: ¿qué hacen en presencia de las mujeres los hombres membrudos y altaneros? Las mismas mujeres, las hijas de los hombres, ¿qué hacen? ¿Son verecundas y púdicas, negándose á las acciones malas?

Alejandro Dumas, hijo, en su prólogo á la obra *El Amigo de las mujeres*, dirige á estas hermanas suyas palabras severas y conmovedoras, que yo predicador no recuerdo sin espanto; mas las repito, porque son verdaderas: «Apenas los que piensan os vieron venir como sois, vislumbraron los síntomas precursores de la catástrofe, como por el pasaje prematuro de las cigüeñas se reconoce que será crudo el invierno próximo. Saben que toda sociedad donde domineis, ora os llaméis Thais, Popea ó Dubarry, es una sociedad que á punto está de venir al suelo y de ser sustituida por otra. Apenas inundais por decirlo así, los hombres y las cosas, señal es que las cosas están allí para deshacerse y que los hombres se envilecen. Sois el postrer culto del hombre degenerado, y la última fórmula estética de su ideal oscurecido. Despues de vosotros sólo existe la invasion de los bárbaros, del ex-

tranjero y de la plebe, ó sea un designio nuevo de preparacion y de reconstitucion por mano de los que han conservado el sentido de la dominacion, es decir, por mano del hombre religioso y del político.... Todo lo que no tiene valor, será destruido; todo lo que lo retiene, será llamado. En su virtud apresúrense las que han caido y quieran regenerarse, mientras el arrepentimiento sirve aún de virtud: las que se sientan por la corriente trasportadas, enamórense con toda su fuerza de lo que aún puede contenerlas. Los tiempos anunciados están cerca. Avisado ha Dios nuevamente á Noé. Será preciso estar con los hombres en el diluvio ó en el arca con Noé (1).»

El novelista de la Francia ve, por tanto, el diluvio, y lo vislumbra en la edad presente; en gran parte la carne es pecadora, y las mujeres pecan con los gigantes, siendo necesario por consiguiente que venga la inundacion. Avisado ha Dios nuevamente á Noé. Ahora—¡es cosa terrible decirlo!—preciso es hallarse con los hombres en el diluvio ó con el Hombre en el arca: la palabra hombre, indica todo el mundo; pero, ¿cuál es el Hombre que dentro está del arca, segun lo que dice Dumas?

¡Oh Pio IX, á quien se refieren las esperanzas de los hijos de la fé y á quien hieren las nuevas quejas de los extraviados! Pio IX, Vicario de Dios, segundo Noé nuestro, encerrado en el arca del Vaticano; ¡es verdad que nosotros nos hallamos en el diluvio? ¡Oh! ¿A qué punto de su período se refieren los cuarenta dias y las cuarenta noches? ¿Tardará tú aún mucho tiempo en abrir la ventana del arca y hacer salir fuera la paloma? Existieron y existen aluviones de aguas tempestuosas; ¿se requieren otros? ¿Cuándo soplará el viento fuerte que la tierra enjague? Empero nosotros estamos contigo; los católicos somos de tu familia; ¿no existe una certidumbre de que no pereceremos? Un profano nos lo grita ahora, despues de cuarenta siglos de habérselo gritado Dios: «O estar con los hombres en el diluvio para morir, ó estar con el Hombre en el arca para no perecer.»

Hé resuelto el problema.

Los naturalistas incrédulos hacian muecas relativamente al relato bíblico del diluvio. Considerado éste un hecho físico, lo juzgaban repugnante á las leyes naturales; observado el medio puesto en práctica por Noé para evitarlo, descubrian repugnancias artísticas; meditada la causa que lo produjo, veian algo que al progreso de la sociedad civil repugna. De aquí sus ironías, sus vilipendios y sus gritos, llamándo á la relacion árida crónica.

(1) Alejandro Dumas, hijo, *L'ami des femmes*. Prefacio.

Las razones por mí aducidas en el discurso nos persuaden de lo contrario. A la verdad:

El hecho del diluvio, es decir, el predominio de las aguas que ahogan á todos los séres del mundo, no está en contradicción con la naturaleza. Entretanto nos ofrece una instrucción sublime relativamente al imperio de Dios en el orbe.

El medio empleado para evitar el diluvio, esto es, el arca que á los electos contiene, no está en contradicción con el arte. Entretanto nos ofrece una instrucción sublime referente al elemento regenerador de la sociedad civil.

La causa moral del diluvio, es decir, la humana inmoralidad que corrompe todos los caminos, no está en contradicción con la marcha de los pueblos. Entretanto nos ofrece una instrucción sublime sobre las catástrofes nacionales.

El patriarca Noé, salido del arca sobre el monte Ararat, se arrodillaba con sus hijos dando gracias á Dios y adorando: en acto de predecir los nuevos destinos del mundo, ofrecía un sacrificio á Dios. Optimo y Máximo.

El iris (ó yo padezco error) el iris que señal es de la nueva alianza, principia de lejos á comparecer en el cielo nuevamente. Imagino al nuevo Noé que abre la portezuela, saliendo del arca. Levanta el altar. Acompañemos con nuestros actos, señores, sobre el monte santo de la Iglesia católica, el sacrificio de Noé: predigamos así los mejores destinos de los tiempos futuros.

CONFERENCIA XIII.

SI OCURRIRÁ UNA TRASFORMACION DE LA TIERRA.

No; no es verdad que nosotros los creyentes católicos nos mantengamos inexorablemente metidos en nuestros dogmas y en nuestras doctrinas; no es verdad que, á imitacion de los antiguos, profesemos una ciencia *acroamática*, esto es, propia solamente de algunos de nosotros, y á la inteligencia del pueblo escondida; no es verdad que no permitamos el exámen de nuestras cosas.

No pocos entre los falsos secuaces de la paleontología nos hicieron semejante cargo. Hemos ridiculizado, hecho trizas y arrojado al suelo disueltas sus teorías. Ellos gritaron: ¿qué sería de las vuestras, si nos permitiéseis hacer su crítica y juzgarlas? Empero vosotros os encerrais en vuestras fortalezas, escribiendo en el umbral católico: *Aquí no se penetra*. Pues bien; nosotros demostramos que la puerta está de par en par: vinieron y se arrojaron con furia sobre aquel volúmen, que fundamento es de nuestras creencias, ó sea la Biblia; examinaron y mordieron este volúmen, procurando hacerlo pedazos donde más les importaba, es decir, en la narracion de los séres primitivos, ó de los acontecimientos más antiguos del mundo. Ahora bien; ¿cuál éxito lograron?

Quando Demetrio, despues del saqueo de Megara, preguntó á Stipon el Megarés si había perdido mucho en el saqueo, «No, respondióle, nada he perdido, porque la guerra no puede saquear la virtud.»

Nosotros decimos lo mismo á los paleontólogos incrédulos: «Qué nos

quitásteis á nosotros, los que sometisteis á Moisés á duro saqueo? Nada, porque vuestra crítica no puede poner á saco la verdad. No nos quitásteis con los últimos descubrimientos de las ciencias la debida fé á la autoridad del escritor, divinamente inspirado, ni la reverencia que se debe á Dios creador, aunque algo monstruoso difundió entre sus bellas obras creadas: no nos quitásteis el hombre creado á imágen y semejanza de Dios, ni nos quitásteis la unidad del género humano, ni nos quitásteis el dogma del pecado original, ni nos quitásteis la creencia del diluvio de Noé. ¡Nada!»

Por consiguiente, habiendo sido inútil el asalto que nos dirigieron, continuamos gozando con pleno derecho las conquistas hechas antes, pudiendo confiadamente confirmarnos en la demostracion de la verdad. Tal es ahora el fruto que del presente curso de conferencias debemos sacar: la paleontología, ciencia jóven y de grande importancia, la cual en nuestro siglo crece vigorosa, no es, considerándola bien, lo que muchos creen: tomada verdaderamente como ciencia, y no como pasion de ingénios corruptos, no es la enemiga de la Iglesia católica, sino su amiga. No temamos, pues, ni obremos como los exploradores de los Hebreos, los cuales espantábanse al poner sus pies en la *Tierra prometida*: aquí no hay gigantes que nos devoren, alegrándonos más bien de que Dios en los presentes tiempos nos dé al gigante por confederado, y auxiliar externo de nuestra fé.

A fin de que resulte completo del todo el curso de las presentes conferencias, añadamos á estas un tratado.

Es una necesidad de nuestra mente, como parece ser propio de la misma índole de la ciencia, que, al ser examinados en su origen y en su principio los séres, débese pensar igualmente en el último destino, ó término á que van dirigidos. El principio contiene sin duda el fin: la paleontología es hermana legítima de la teleología.

Segun esto, nosotros que hicimos supremo objeto de nuestros estudios el mundo físico observado en su primera formacion, y en sus antiguas vicisitudes, nos vemos compelidos á preguntarnos á nosotros mismos: ¿Permanecerá de continuo este mundo como es actualmente, ó perderá, señores, finalmente su forma? ¿Será destruido? Y si queda destruido, ¿será renovado?

¡Grandísimo y afanoso problema se nos propone! La fé cristiana tiene sus declaraciones en el particular y sus fallos, teniéndolos igualmente la incredulidad: afirma la primera en algunas cosas y deja en otras libre la opinion de los creyentes: la segunda, es decir, la incredulidad difunde por todas partes la duda, el reproche y la ironía.

Ahora bien; ¿qué haré yo, que me resuelvo á discurrir sobre la trasformacion del mundo físico?

Divido en dos las cuestiones, llevando á entrambas el lenguaje de los creyentes y de los incrédulos.

Una cuestion es: ¿Será destruido el mundo presente?

Si: es verdad de certeza teológica, uniéndose á ella la aprobacion científica.

Empero ¿no son fábulas el antecristo, las estrellas cadentes del cielo, y el juicio universal de que habla la religion? No.

Esta es la otra cuestion: ¿Será renovado el mundo presente?—Acaso sí: es conjetura cristiana, á la cual se une la probabilidad racional.

¿No son sino otras tantas fábulas, ó peor aún ficciones de piedad, sus futuros habitantes, por ejemplo los infantes muertos sin bautismo, de que la religion tambien nos habla? No.

Principiemos como los valientes suelen comenzar: comencemos donde se presenta lo difícil y lo pavoroso: Hablemos de la destruccion del mundo.

La doctrina referente á Dios, ora nos eleve, amaestrándonos sobre su ser y sus operaciones, ora descienda, por decirlo así, para iluminarnos, no solo en lo referente á la naturaleza del ser externo, sino sobre los deberes ó vínculos que ligannos á Dios, es únicamente pura y verdadera teología. Del mismo modo cuanto se anuncia salido de la inteligencia divina, hallándose contenido en monumentos auténticos que llevan por añadidura el sello de la autoridad religiosa, encierra el carácter de la prueba absoluta y de lo inerrable. En esto consiste para los católicos la certidumbre teológica.

Establecido tal criterio, es evidente que con plena certidumbre teológica nos han dado la enseñanza sobre la destruccion del mundo, porque está contenida en los santos evangelios, y publicada por la misma boca del Salvador á fin de que resuene en nuestros oidos.

Recojámonos un momento, señores, en torno de Cristo: Hagámonos discípulos suyos y escuchemos. En esta ocasion muestra rostro severo, medita cosas distantes al par que terríficas, y habla revelando las calamidades de los últimos tiempos: «Porque como el relámpago sale del Oriente, y se deja ver en un instante hasta el Occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Y donde quiera que se hallare el cuerpo, allí se juntarán las águilas. Pero luego despues de la tribulacion de aquellos dias el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes ó los ángeles de los cielos temblarán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, á

cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes resplandecientes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará sus ángeles, que á voz de trompeta sonora congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Tomad esta comparacion sacada del árbol de la higuera: cuando sus ramas están ya tiernas, y brotan las hojas, conoceis que el verano está cerca: Pues así tambien, cuando vosotros viéreis todas estas cosas, tened por cierto que ya el Hijo del hombre está para llegar, que está ya á la puerta. Lo que os aseguro es que no se acabará esta generacion, hasta que se cumpla todo eso. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán (1).»

Por tanto el presente mundo, el cual acaso en nuestros sueños reputamos eterno, no puede durar siempre, y se derrumbará. Por lo tanto, el sitio de vuestras delicias, oh gozantes de la tierra; el teatro de vuestras empresas, oh poderosos; el campo de vuestros estudios y de vuestros laureles, oh doctos, quedará fuera de su sitio y roto. Pensásteis tener vuestro paraíso aquí en el siglo; pero el paraíso del siglo desaparecerá: «Pasarán el cielo y la tierra; pero no mi palabra,» exclama Señor.

Está bien; concédase que para nosotros los cristianos es de certidumbre teológica el fin del mundo: no se necesitan en el particular muchos razonamientos para el que vive de fé. Empero á quien se rige con los postulados de la ciencia más que con los dogmas divinos, muy diversamente se representa el hecho. Juzga el mundo dotado de vida perpetua. Así piensan los incrédulos.

Dije yo, y ahora me dispongo á demostrarlo, que la destruccion del mundo es de certeza teológica; pero de tal modo que á la certidumbre se une la aprobacion científica.

Desde la más remota antigüedad hubo filósofos, que sostuvieron que el mundo no puede quedar destruido, por cuanto eterno es por su naturaleza. Quien á todos precede por autoridad en tal afirmacion es Ocello de Lucania, el cual vivió unos ochenta años antes que Sócrates, y á quien se atribuye el libro famoso *De la naturaleza del universo*. Ahora bien; ¿qué dice Ocello evidente y de valor en la materia en que nos ocupamos? Oiganse algunas de sus razones filosóficas, viéndose con cuánta facilidad la verdadera ciencia las desvanece y destruye.

«El universo, escribe, no puede quedar destruido, por haber existido siempre; ha existido siempre, porque, si hubiese principiado, aún no existiría.»

(1) San Mateo, cap. XXIV, v. 27 y sig.

Es un procedimiento absurdo. Absurdo es asegurar que lo que principia no puede completar su obra. Vemos que sucede lo contrario. Atenas principia el Partenon, y lo concluye. Roma principia la destruccion de Cartago, y la concluye. Si es falso por consecuencia decir que todo cuanto principia existir no puede aún, cae de aquí la induccion de que haya existido el universo siempre. No se ha probado que de continuo existió el universo, y no se ha probado tampoco que no puede quedar destruido.

Escribe Ocello: «No hemos visto nacer el mundo, ni mejorar, ni crecer, ni deteriorarse, ni decrecer; continúa el mismo siempre, siempre de la misma manera, siempre igual, y siempre semejante á sí: es por lo tanto eterno.»

Es como si un campesino, sentado á la sombra del campanario de su parroquia, dijese: «Yo no ví nacer este campanario, ni subir: aún era niño, y tomaba ya la misma elevacion del firmamento: ahora soy viejo, vacilan mis piernas, y está del mismo modo. No veo que se deteriore, ni que disminuya: es eterno.» Empero ¿sabeis, señores, por qué nosotros los hombres no vimos la produccion del sol, de los astros y de los demás globos del universo? Esta no es cuestion de eternidad; es sólo cuestion de anterioridad. No presenciarnos tal produccion, porque fuimos puestos en el mundo un poco más tarde que el sol, los astros y las estrellas. Por consecuencia la produccion del universo no ha podido ser observada por los hombres, sin que por esto viniese á ser cosa eterna y fuese indestructible.

Escribe Ocello: «Si el universo pudiera quedar destruido, esto sucedería por una causa exterior más fuerte que él, ó por una causa interna; no puede ser destruido por una causa exterior, porque fuera de él sólo existe la nada, siendo él todo; ni puede tampoco ser destruido por un principio interno, porque se necesitaría que tal principio fuera más grande y más potente que el todo, lo cual viene á ser imposible.»

¿Y por qué, caro filósofo, es imposible que se deshaga el mundo? ¿No lo podría destruir precisamente una causa exterior más fuerte que el universo? Vosotros ni suponeis que esta gran causa existe, y os mostrais ignorantes hasta del nombre de Dios; pero ¿no habeis oido nunca hablar de ella á vuestro sumo maestro Pitágoras, así como á los hombres todos lejanos y presentes? Vosotros demostrais que no sabeis cómo puede haber, y como existen realmente, dos sustancias: una que es objeto, independiente de todo, increada, infinita y eterna, es decir, Dios: otra que es sujeto, dependiente, creada, mudable, es decir, la materia: ¿Os honra acaso este olvido de la ciencia?

Escribe además Ocello: «La figura del mundo es esférica. Ahora bien;

la esfera, siendo igual en todas partes y semejante á sí misma, no tiene, por esta razón, principio ni fin: la forma de su movimiento es circular, y no tiene, por la misma razón, término ni principio. Es eterna.»

¡Demostración ridícula! Se apoya en aquel sofisma que los lógicos llaman *transitus ab intellectu ad rem*. La esfera no tiene principio, porque ningún punto de la circunferencia de un círculo puede considerarse por sí el principio de la circunferencia; es verdad: la esfera no tiene fin, porque del mismo modo, ningún punto de la circunferencia de un círculo puede considerarse por sí el fin de la circunferencia; es verdad. Empero ¿es acaso lícito deducir que la esfera, careciendo de un fin y de un principio, es eterna, sin que pueda disolverse? ¿Quién no descubre que aquí los términos del principio y del fin son cosa, más que real, abstracta? Si tuviese vigor el argumento, seguiríase que no podría el hombre construir nunca una esfera, ni describir un círculo sobre un plano, porque hacer no podría cosa que no tiene principio, ni puede hallar fin: por el contrario, los físicos y los matemáticos fabrican esferas á cada momento, ó las deshacen á su gusto, describiendo también millares de círculos. Si con tal fuerza de argumentos se sostiene la eternidad del mundo, es preciso concluir que, como un mapa mundi de papel en manos de un niño, es capaz de destrucción.

El doctor Clarke se indignaba por la poca sabiduría de Ocello, juzgándola ridícula á los ojos de los eruditos (1). Robinet, si bien era un hombre demasiado atrevido, tildaba las argumentaciones de Ocello Lucano de *muy absurdas y muy frívolas* (2). Ahora bien; ¿pensarán de otra manera nuestros señores incrédulos? Imitándoles Dupuis, que se alegraba de los aforismos de Ocello, con los que adornaba su libro *Origine di tutti i Culti*, ¿se pondrán á gritarnos que el mundo no se puede destruir por esto, que es de forma esférica, que no tiene causa interior ni exterior que lo domine, y que no puede tampoco esconderse á nosotros, los cuales no lo vimos nacer, ni crecer, ni lo vemos deteriorarse ni disminuir? Guárdense de las feas sonrisas que les envía la ciencia.

Empero no hay que ir más adelante por simple negación. Se necesita demostrar abiertamente que la ciencia teológica, que nosotros tenemos sobre la destrucción del mundo, aprobada está por la ciencia.

Dirijámonos á la geología. Aun los más arriesgados de sus cultores, que dicen despropósitos sobre la materia eterna, declaran que no tomó

(1) Clarke. *De l'existence et des attributs de Dieu*, cap. IV.

(2) Robinet. *De la nature*, tomo 3, Pref. 7.

configuración, ni modo determinado de ser, sino muy tarde; declaran, en su virtud, que los grupos de las estrellas que nosotros vemos, el sol y los firmamentos luminosos no existieron desde toda la eternidad. Realmente, sobre todo en consideración á nuestro planeta, está probado que no lo habitaron siempre criaturas orgánicas, por lo cual confiesa Czolbe: «La aseerion de que han existido plantas y animales desde toda eternidad se opone á los resultados de los estudios geológicos, los cuales conducen con certidumbre á un primitivo estado de la tierra, en el cual no podían existir en ella séres orgánicos (1).» Lo mismo sostiene Frohschammer (2). La vida orgánica tuvo, pues, un principio: un principio tuvo el mundo al plasmarse y al constituirse; pero señores, lo que en el órden físico tiene principio, se ve precisado á encaminarse á su término. Nace el pájaro y muere; nace la flor y muere igualmente; ¿por qué no deberá morir asimismo el mundo? Nació, fué infante, y vino á ser adulto; ¿no quereis que tambien llegue á viejo, quedando sometido á su propia disolucion? Lo que tiene principio, tiene fin.

¿Acaso las señales de la devastación y de la ruina no aparecen en el globo que habitamos? Todas las criaturas, dice San Pablo, están suspirando (3): palabra elocuentísima, que debe ser tomada, no cual símbolo, sino literalmente, por la que se nos revela el cansancio, el dolor y la corrupcion por los que se hallan fatigados todos los átomos y todas las coyunturas del mundo. Nosotros vivimos en esta casa del mundo, la cual, segun la frase de David, envejece y se gasta cual un vestido. Santiago Moleschott, no con el ritmo del poeta, ni con la sublimidad del canto, sino con la fría y monotonía voz del físico, escribe así: «Las más altas montañas, atacadas incesantemente por el agua, por el ácido carbónico, y por el oxígeno, son continuamente presa de la disolucion (4).» La forma de las cosas se deshace por consiguiente, señores: ¿y qué quiere decir perder la forma? Esto significa morir. Muere por esto el mundo en su propia configuración. ¿No habeis leído en Lucrecio, á pesar de ser ateo y materialista, que «el mundo presente no siempre existió, y que no puede durar eternamente? (5)» ¿No habeis leído estas palabras en Nereo Boubée: «Nada eterno existe sobre la tierra; todo, así en las entrañas del globo como en su corteza, atestigua un principio é indica un fin (6)?» ¿No habeis leído estas otras en Cauchy: «Existe un

(1) Czolbe, *Neue Parstellung des sensualismus*, 1855.

(2) Frohschammer, *Das Christenthum*.

(3) San Pablo á los Romanos, cap. VIII, v. 19, 22.

(4) Moleschott, *La circolazione della vita*, carta III.

(5) Lucrecio, *De rerum natura*. l. V, vv. 307-332.

(6) N. Boubée, *Manuel de géologie*.

instante primitivo, en que apareció la tierra en el espacio, principiando el mismo mundo? ¿Tiene sus límites el mundo, así en el espacio como en el tiempo? (1)»

No renegéis incrédulos de aquella, de que os afanais por obtener grandes auxilios, á fin de llegar á ser caballeros de nuestro siglo; no renegéis de la geología: así como ella os hace admitir un tiempo en el cual séres inorgánicos vinieron á ser orgánicos, os hace admitir otro tiempo, en que los séres orgánicos perderán nuevamente su forma lo cual resulta necesario para todas las cosas que sufren las vicisitudes del tiempo, y con esto anuncia de antemano la muerte del mundo, ¿Morirá éste? ¿Nos induce á pensarlo la geología? Incrédulos; dad, pues, la razon á los creyentes, los cuales os afirman que será destruido el mundo presente. Tenemos la certidumbre teológica, á la cual se une la aprobacion científica.

La primera de las dos cuestiones que hoy nos fueron planteadas queda medio resuelta; es preciso mantener firmemente la disolucion del mundo. Sin embargo, la misma cuestion que nos ponemos á dilucidar, si por una parte se aclara, por otra sigue oscura, mostrando nudos y confusiones por las cuales enmarañase terriblemente. Aunque consigamos que los incrédulos nos admitan la destruccion del mundo, les irrita lo que nosotros los cristianos suponemos sucederá en aquella destruccion final. A la verdad, ¿no son fábulas el antecristo por nosotros predicado, las estrellas del cielo cadentes, y el juicio universal en el valle de Josafat?

No son fábulas, y lo demuestro.

Si hay alguna cosa que trastorne el cerebro de los incrédulos, es el antecristo. Dicen tantas cosas del maldito hombre del pecado, que no es posible las digamos nosotros peores. Hilvanan sobre él novelas, hacen burlas, dicen simplezas, y le aplican juegos de embaucadores. Ausonio Franchi, en su obra *Il razionalismo del popolo*, escribe mucho acerca del particular, contando brutales maridajes, brutales concepciones, é igualmente la educacion pésima del antecristo; ahora tenemos á Ernesto Renan, que hace nueva prueba de sus estudios orientales, de su estilo estético y de su critica sagacisima, reduciendo el antecristo á un beduino, á un gitano, y á un puro mucheco. ¿A qué fin tales burlas? ¿A qué fin tales gritos? ¿Es valor, ó miedo? Se diría que hacen como el muchacho, el cual, creyendo haber visto el cocó por la noche, se escapa tarareando ó diciendo una cancion á los bobos en metro vivo. Es miedo; pero quien teme cree.

(1) Cauchy, *Sept leçons de physique générale*.

Por lo demás, el antecristo debe ser tomado como un ente verídico, y no fabuloso. Principiemos á bosquejar el tipo.

Ordinariamente los grandes portadores de nuevas épocas al mundo, van precedidos, lo cual es visible cosa en la biografía de los insignes personajes, así como en la historia de las naciones. Ahora bien; entre los portadores de nuevas épocas y trasformadores de la tierra, Jesucristo es sumo, ó más bien único. Asumió el cometido de llevar á los hombres dos de tales épocas: una de misericordia y de mediación; otra de justicia y de retribucion: por esto dos son sus venidas indicadas en la Biblia: la primera que debía dárnoslo como Víctima, y la segunda que debía dárnoslo como Juez.

Pues bien; en ambas dos venidas suyas fué precedido.

En la primera, suscitados por el divino amor, tiene como precursores los patriarcas, los profetas y los capitanes hebreos: tiene por precursor último é inmediato al Bautista. En la segunda venida, suscitados por el odio de Satanás, le anuncian previamente los crueles perseguidores de la Iglesia, los herejes y los ateos: tienen como prenuncio inmediato el antecristo.

En su virtud, ¿de qué sirve, señores, el precursor?

Relativamente á la primera venida, sirve para decir á los electos: Disponed vuestros corazones, y alegraos, porque aquí está el Mesías deseado. Relativamente á la segunda venida, sirve para gritar á los impíos, agitándolos: Concluid vuestra obra, y temblad; ya el Juez está preso.

Si el antecristo está conservado para tal ministerio, es preciso que tenga notas personales correspondientes á él. Veamos estas notas, no como á cualquiera escritor eclesiástico se le ocurrió fantasearlas á su arbitrio, sino como se desprenden de la Santa Escritura. Servirán para concluir el tipo del hombre del pecado; nos servirán tambien para preguntar á los incrédulos: ¿Qué hallais de ridiculo é inexacto en las cualidades y en las condiciones que se atribuyen á la persona del antecristo? ¿Qué cosa encontráis nunca increíble?

La presentación del antecristo debe ir precedida próximamente de dos condiciones. Primera: que sea removido el impedimento que lo tiene como suspenso, con lo cual se indica el Imperio Romano. Segunda: que, despues de ser anunciado el evangelio á todos los pueblos, suceda un enfriamiento universal de la caridad, ó apostasía de las naciones. Quien confronta los varios pasajes bíblicos y evangélicos referentes al antecristo, desde Daniel profeta hasta San Juan en el Apocalipsis, es inducido con certidumbre á reconocer esto.

No veo cómo se pueden reputar de imposible realizacion estas dos

condiciones. ¿Acaso no se admitirá la caída del imperio romano? ¿Dónde está, señores, tal imperio? Una rama de la monarquía latina, es decir, el imperio oriental de Roma, desapareció en 1453, cuando Mahomed II apoderábase de Constantinopla: la otra gran rama, esto es, la occidental, pereció del todo, á principios del presente siglo, en 1806, cuando, destruidos los Electorados, Francisco II, forzado por las violencias de Napoleon, renunciaba solemnemente al título y á las prerogativas de rey de los Romanos, tomando el modesto título de Francisco I, emperador de Austria. Por consiguiente no existe ya imperio romano, habiendo desaparecido así el obstáculo para la presentacion del antecristo. En cuanto á la apostasía de las naciones, que debía suceder á la general predicacion evangélica, no aparece una cosa tan difícil de suceder que no deba ser creída. ¡Oh amados míos! El sonido del evangelio penetró en buen hora en todas las regiones del mundo. ¿Qué pasa entre tanto en la tierra? ¿Sigue creyendo en el evangelio? ¿Hacen acaso los gobiernos pública profesion de fé? ¿Florece por ventura en los pueblos la religion? ¡Ay! ¿Consideraremos imposible la apostasía de las naciones al fin de las edades, cuando la apostasía política y nacional contrista ya la faz del siglo XIX?

Contendrá el antecristo en su carne un misterio de maldad: el apóstol san Pablo lo llama por antonomasia *el inícuo*: alimentará un odio encarnizadísimo á Jesús Nazareno. Deberá decirse de él lo que Goethe hace decir en su drama del *Fausto* al mismo Satanás: «Es un compuesto de suciedad y de fango.»

¿Considerais imposible construir un hombre tan malvado? Empero quien conoce que hombres de temple ruin se levantan sobre las últimas capas de la sociedad civil; quien tiene la costumbre de levantar la cortina de ciertas apariencias doradas, y penetra dentro de la contaminacion; quien conoce los arcanos del corazon humano, unas veces generoso como un santo, y otras encendido en envidia como un réprobo; quien recoge las voces roncadas de imprecacion que profieren ciertas bocas contra la Iglesia, y los humildes siervos de Dios, gritará: No, el antecristo, el hombre inícuo por excelencia, no es imposible.

Hará prestigios y portentos; mas con el esplendor de sus prodigios engañará al mundo.

El evangelio, que predice los milagros del antecristo, advierte que serán milagros falsos y mentidos. Ninguno escandalízase de que deba ser así en los últimos tiempos. Aun á los incrédulos, que ven crecer de continuo la cultura y la civilizacion, preciso es recordar que la civilizacion no se preserva de los falsos milagros cuando se aparta de la fé cristiana. ¿No son ya para los incrédulos nuestros tiempos civilizadí-

simos? Bien: he visto yo á los civilizados de mi siglo correr en tropel á fin de presenciar reverentes los milagros del mesmerismo: les he visto aplaudir viendo cómo las mesas saltaban, tomar las cifras impresas en el papel por el movimiento de un trípode, considerar oráculos á los *mediums*, y creer en la voz de los muertos. Imaginad lo que sucederá cuando las fuerzas físicas hayan adelantado mucho más, siendo capaces de ofrecer fenómenos desusados propios de su índole. Los crédulos y los incrédulos de ahora serán los creyentes sin reserva del anticristo.

Dominará rápido como el relámpago del uno al otro confín, envolviendo á las gentes todas en las redes de su prepotencia. Todo, sin embargo, en cuarenta y dos meses.

El dominio de la fuerza, dominó enorme y gigantesco, es precisamente creíble si se piensa que el hombre del mal saldrá despues de los terribles abusos de la humana libertad. ¿Acaso no se levantan los dictadores más pesados y soberbios cuando los pueblos rompen todo freno y se corrompen? ¿Cuándo establécese la tiranía de los Treinta en Atenas? ¿Cuándo imperan en Roma Mario y Sila? ¿Cuándo en nuestros tiempos aparecen Danton y Robespierre? Cuando por el feo abuso es desconocida la libertad de los ciudadanos. Los excesos del fin verdaderamente serán el fruto desdichado del hombre libre. Está bien que sea despota el anticristo. ¿No quereis servir á Dios? Sed esclavos del hombre.

Lo subitáneo del acontecimiento que le favorecerá debe admitirse con facilidad. Antiguamente, para realizar empresas, necesitábanse siglos: ahora nos bastan pocos momentos. Nosotros conturbamos con nuestras máquinas el mundo, á fin de que al suspiro responda del alma nuestra inteligente, y á la pasion de lo subitáneo, que fatiga el pecho de todos nosotros, obreros sociales; ya nuestras comunicaciones vienen á ser tan fáciles; nuestros buques de vapor, nuestros caminos de hierro, nuestros telégrafos eléctricos, pueden tanto que han desaparecido las distancias, y gozamos de la ubicuidad civil. Poned alrededor del anticristo los telégrafos eléctricos, los buques de vapor, los caminos de hierro y los teléfonos; ¿acaso deberá él arrastrarse sobre la tierra á manera de Jerjes, el cual empleaba más de un año en dar dos pasos con su gente desde el último límite del Asia hácia el Helesponto?

¿Os asombrará que pueda estrechar en su mano el universal imperio de la tierra? Mirad que ya tiene demasiados elementos el mundo que lo disponen á esto para cualquier época: además de la centralizacion política de los gobiernos, y de la que llaman burocracia, disciplinada á

guisa de ejército, existe una secta que las raíces pésimas extiende por todas partes, desde los palacios reales hasta los pueblos, y desde la Europa hasta la América: una vez enseñoreados como hábiles jefes de tal secta, excitada y hacedla obrar, seguros de que la masonería os dará en el puño el universal dominio.

¡A qué demostraciones, señores, me arriesgué? ¿Acaso doy sólo pruebas de la posibilidad del anticristo? ¿No lo hago comparecer á la puerta ya de la edad nuestra?

¿Por qué me preguntais relativamente á esto?

A un hombre progresista de genio bello, decía un devoto: «Hermano, tranquilícese; ya el mundo es muy viejo.»

«¡Cómo viejo! contestó él: por el contrario, es tan jóven que apenas ha hecho la primera comunión.»

«¡Oh que bello jóven! añadía el devoto. Si se trata de comunión, yo creo que próximo propiamente está á la última, ó al santísimo Viático. Verdad que se trata de un impenitente, que á un lado deja los sacerdotes, no preocupándose de tales cosas.»

Entonces dijo el progresista: «¡Oh! ¿Qué decís? ¿Volveis á los humores melancólicos, que dominaron á los hombres del primer milenario? En el siglo sexto, y más en el año mil, se predicaba el fin del mundo, y como veis no fué nada. El mundo continuó teniendo piernas excelentes; así concluirá en paz el segundo milenario y el tercero.»

«Es verdad, observaba el devoto: se predicaba el fin del mundo, que no vino; mas ¿sabeis por qué se predicaba? Porque, á consecuencia de ciertas inducciones, sacadas de los libros santos, creían muchos que debía el mundo durar seis mil años y no más; segun las inducciones bíblicas estimábase este antiguo verso de Orfeo, mencionado por Platon: «En la sexta edad se parará la máquina del mundo (1).» En el año mil, la cronología de los Setenta, que hace más viejo al mundo que la Vulgata, estaba universalmente admitida: tomándola como punto de partida, venia el mil á ser poco más ó ménos el fin del sexto milenario. El cálculo era falso; mas no la creencia tradicional.»

«Por consecuencia, considerad seguro que lo que no acaeció al fin del primer milenario, ocurrirá al fin del segundo, porque ahora nos hallamos en la sexta edad.»

«¡Oh no! concluía diciendo el devoto; no juzgo esto indudable, porque recuerdo que nuestro Señor Jesucristo, interrogado para que dijese cuándo debía terminar el mundo, pronunció á fin de avisarnos estas

(1) *Etate in sexta cessabit machina mundi.*—In notis ad Lactant. *Divin instit.* lib. VII cap. XIV, p. 581, edic. Migne.

memorables palabras: *De die autem illa et hora nemo scit, neque angeli coelorum, nisi solus Pater* (1).

Hablado ha el devoto por mi, estando, señores, mi respuesta en su conclusion: nadie sabe cuándo llegará el día final: *De die illa nemo scit*. Hé aquí por qué no anuncio yo que tenemos ya el antecristo á las puerta del presente siglo; ni que llora en la cuna bajo cualquier techo deshonrado; ni os anuncio que los extraviados de nuestros días deben ser sus compañeros y sus servidores; sólo me urge demostraros que el antecristo viene á ser posible por todos conceptos y creible, pudiendo razonaros del asunto sin haceros creer llegados al último día del universo. *De die illa nemo scit*. Mas no me interrumpais.

Si al antecristo se atribuyen por el evangelio cualidades personales ó condiciones externas que nos lo hacen admitir sin oposicion como un dogma, ¿por qué se obstinan los incrédulos en presentarlo como una fábula?

¡Oh! ¡Atiendan á cosas serias, y á cosas dignas del hombre: procuren no hacer ellos mismos de antecristos! Vemos que tales odiosos enemigos de Jesús salvador principiaron muy pronto, desde la era apostólica *Et nunc antichristi multi facti sunt* (2); vemos que continúan y que no faltan jamás hasta que venga el último. Mas ¡cruels, cruels! ¡Mover guerra contra Jesús! Más excusables eran aquellos antiguos que venfan al reino cristiano y estaban casi enclavados en las tinieblas del paganismo; mas nosotros que nacimos de semilla católica, que como primer alimento logramos la evangélica doctrina, y que vemos desarrollándose en nuestra presencia la magnífica tela de la historia de la redención, ¿cómo tenemos ánimo para contra Cristo acamparnos y blasfemar? ¡Ah! ¡Se necesitaban diez y ocho siglos de beneficios religiosos y sociales, se necesitaba la idolatría disipada, la tiranía vencida, la libertad y la ciencia dadas á la sombra de la cruz, para que renegara el hombre del bautismo en pleno siglo XIX y se pusiera entre los antecristos! Incrédulos: no me habéis más de fábula en este lugar; ved de no ser despiadados, ni bárbaros. Hé aquí á quien debeis arrodillaros como hijos arrepentidos se arrodillan al Padre: á Jesús salvador.

Ahora vamos á las estrellas cadentes del cielo. Los evangelistas nos describen precisamente con tan téticos colores la final destruccion del mundo, diciendo que el sol y la luna no darán luz, y que las potestades del cielo quedarán conmovidas. A los incrédulos bástaes leer esto para insistir en sus improperios. ¿No se debe reputar esto, dicen, una fábula propiamente?

(1) San Mateo, cap. XXIV, v. 36.

(2) San Juan Ep. I, II, 18.

Las pruebas dadas por nosotros antes sobre la destruccion de las cosas lleváronnos á establecer que, así como los seres adquirieron una forma, se hallan encaminados á perderla. ¡Oh! ¿Quisieran que los seres, entre los cuales figura el mundo, debiendo salir de la forma propia, no pudiesen perderla sino uno á uno, por un exceso de languidez y debilidad? ¿Quisieran que muriera el mundo sólo de desmayo? ¿Por qué no ha de poder morir también por impetu violento y por castástrofe?

A cosas árduas y muy complejas nos vemos atraídos en el debate presente.

Nuestro mundo, considerado astronómicamente, no forma parte por sí: es un satélite del sol, y se mueve por ser movido, teniendo tantas relaciones ó parentescos cuantos son los cuerpos celestes y los planetas que hay en el orden nuestro sideral. Ahora bien; puede morir, esto es, se puede descomponer y acabar, por desórden propio, ó por fuerte choque que le provenga de otro cuerpo, viva en familia con él ó no. Paréceme la teoría exacta: ¿quién sostendrá la imposibilidad de su ejecucion? ¿Quién sostendrá que imaginar una gran perturbacion de los astros, entre los cuales nos hallamos metidos nosotros, es una cosa que huele á fábula?

Si alzo los ojos á las estrellas, la gran perturbacion se me declara posible, porque la encuentro ya en parte realizada. Señores; entre los grupos primarios de planetas del cielo, colocados como puntos intermedios entre la órbita de Marte y la de Júpiter, gravitan los asteróides: no hablo de los meteóricos, sino de los sidéreos. Son conquista de la moderna astronomía, ofreciendo espectáculos tan peculiares y ciertos, que, apenas se descubrieron, nació el pensamiento de formar con ellos una clase sola, siendo así que son verdaderos planetas, aunque imperceptibles, ó bien telescópicos. Procurando conocer la razon de tales asteróides, ¿cuál puede ser ésta? El astrónomo Olbers es el primero segun el cual los asteróides son únicamente fragmentos de un gran cuerpo planetario destruido, constreñidos á circular en aquellos mismos espacios que antes recorrian íntegros y fulgurantes. Nuevas indagaciones y nuevos estudios aprobaron la conjetura de Olbers, hasta el punto de que Daniel Kirkwood creyó poder intentar la ideal reedificacion del planeta demolido, como los «paleontógrafos» reconstruyen los animales «antidiluvianos;» él, entre otros, á este deshecho planeta, da un diámetro de 1.800 miriámetros más largo sólo que al de Marte, y una rotacion de 57 horas y media.

Probablemente, por lo tanto, existe un gran planeta destruido y deshecho: ¿por qué razon no es posible que nuestro mundo, planeta igualmente, quede sometido á un hecho semejante?

Mas ¿por qué me maravillo yo de esto grandemente, si todo el cielo, por decirlo así, vive de cambios y devastaciones? Una estrella vió Plinio ciento veinte y cinco años antes de Cristo, que pasó como una ráfaga de polvo: otra se vió en el año 389 de la era vulgar, que igualmente se anuló: otra fué observada por Ticon de Brahe; despunta en el cielo mientras el astrónomo danés muda los lentes de su telescopio, espléndida con tanta luz que supera primeramente á Sirio y despues á Júpiter, hasta el punto de contemplarse en medio del dia: otra es observada en el 1670 por Arthen en la cabeza del Cisne; es de tercera magnitud, se hace invisible y desaparece; pasa por una série de lucidas fluctuaciones y extinguese: otra observa Kepler, que arde por vivísima combustion, quedando sometida tal vez á terrible incendio; se apaga y queda destruida en el seno de la oscuridad. Tal destino sufre la estrella flamante descubierta en Lóndres en 1848, embellecida con un color rojizo amarillo, entonces de quinta magnitud, y solamente de undécima magnitud dos años despues, ó en el 1850; ahora está próxima tambien á extinguirse y á caer de nuevo en la nada.

Enciéndense pues en el cielo y se apagan nuevos y antiguos mundos, bellos por su juventud y vigor, ó decrepitos y vacíos: así entre las esferas reinan igualmente las alternativas de la vida y de la muerte, la renovacion enlazándose con la destruccion. Aquellos soles que brillan como fuegos fátuos se pierden en el espacio, y corren á encender nuevas antorchas: la cantidad de la vida no disminuye, pero se cambia: mueren globos luminosos; entretanto la cadena del movimiento no se rompe, y la corriente del calor y de la luz no se interrumpe: la armonía de antemano establecida prosigue; al ruido de un mundo que cae en los abismos, no turba sus perennes acordes, sino que, poderosamente enlazada, reúne sus notas y en el tiempo repite la música de la eternidad.

¡Oh amados míos! Tambien nosotros moriremos así. Nos anuncia Cristo que las potestades del cielo quedarán trastornadas, y vosotros, mirando cómo en el cielo se realizan los desastres, no me declarais imposible semejante subversion. Nosotros, pequeña y conmovida estrella, moriremos por causa de aquellos mismos planetas que ahora hacen llegar á nosotros, digámoslo así, el movimiento armonioso y la vida. Anuncia Cristo que dos especialmente serán formidables para nosotros entre los cuerpos celestiales: el sol y la luna. ¡Imaginad por consiguiente visicitudes! El sol fué siempre considerado una masa ígnea y espléndida. Ahora bien: se ha descubierto, que, por el contrario, en su masa es opaco; las dos camisas que lo envuelven y que tienen largos cortes, resplandecen, pudiendo así relativamente á su propio centro encaminarse á las tinieblas. Antiguamente decian los sábios que come y de-

vora el sol, dándole por vía de alimento cometas enormes y turbulentos. Más tarde se reían de tal opinion; mas ahora nuevamente, señores, con las teorías de los vivientes astrónomos, hemos venido al sol que come. Pues bien; que cese un momento el sol de alimentarse: hé aquí la ruina.

No es menos fácil suponer la caída del mundo por parte de la luna. Pues está probado que la luna cada día se aproxima más á nuestro globo, supóngase que se aproxime tanto en época determinada que produzca el choque. No bien fuera á suceder esto, el mar aun antes del choque se precipitaria, por efecto de la lunar atraccion, fuera de su lecho; un inmenso flujo cubriria los continentes; las materias ígneas y fundidas que constreñidas están por la ley del equilibrio bajo la corteza terráquea, prorrumpiendo en una tempestuosa erupcion volcánica, se lanzarian contra el astro fatal, y la tierra deformada y ébria fundiría quizás en sus propias vísceras los eternos hielos de su satélite.

¡Oh amados míos! No forméis con los incrédulos para gritar que esto es una fábula; nosotros, llegados al fin del mundo, moriremos así.

Mas, venido el antecristo, y trastornada la faz de la tierra, vendrá el juicio universal de las gentes. La religion nos lo promulga con las mismas palabras de Cristo. Solamente que, ¿no tiene algo de fabuloso el juicio universal?

¿Y por qué fabuloso? Mostradme en qué lo creéis fábula, y os mostraré yo á mi vez que debe reputarse altísima verdad.

Es fábula que todas las gentes se deban reunir en el valle de Josafat, que sólo tiene mil pasos de extension y trescientos de anchura.

¿Qué significa Josafat? Esto y esto únicamente: *juéz ó juicio*. ¿No será bastante á recibir todas las gentes aquel valle de los Hebreos? Cristo tomará campo más extenso; aquí se trata más de sitio simbólico que de geográfico. Recuerdo lo que una vez decía el abate Luis Tosti á Pío IX, conjurándole á no abandonar nuestra patria: «Si ocurriera esto, imperaría Dios los Alpes hasta los confines de la tierra, y entonces Italia sería todo el mundo.» Os digo yo con más fundamento á vosotros: «Si quereis á todo trance que continuemos en el lugar indicado, Dios imperará los lindes del valle aquél hasta los confines de la tierra, y entonces vendrá todo el mundo á ser Josafat.»

Es fábula que los hombres en alma y cuerpo deban comparecer en juicio; escarnecida es por la ciencia la resurreccion de la carne.

Gritaba Dante Alighieri á los soberbios cristianos:

¿Olvidais que gusanos sois del suelo,
Nacidos á formar la mariposa
Que marcha libre á Dios en rudo vuelo? (1)

(1) Dante. *Purgatorio*, canto X.

¡Oh! ¡Cree Alighieri en la resurrección de la carne! Nota que verdaderamente muere el hombre y renace, renaciendo del cuerpo, porque no puede renacer del alma, pareciéndose precisamente al gusano, que primero es crisálida y después mariposa. Así va él á la Justicia. Vosotros, que reís y negais, ¿teneis más ciencia que Alighieri?

Mas los últimos descubrimientos de la ciencia...

Los últimos descubrimientos de la ciencia no pueden, ni podrán nunca demostrar contradictorio ó imposible que Dios, el cual sacó del barro el cuerpo de nuestro antiguo padre, saque al fin de los tiempos nuevamente del barro el cuerpo de todos los mortales. Exclamaba el célebre Boerhaave: «La tierra es un caos de todos los cuerpos pasados, presentes y futuros, en que todos tuvieron origen, y al que todos á su vez retornarán. Si vuelven á él, ¿no tendría Dios poder para sacarlos de allí?»

Empero, según el dogma cristiano, todos los hombres al fin de los tiempos volverán á tomar el mismo idéntico cuerpo que tenían antes, y esto no puede ser, porque la materia, de que consta el cuerpo, continuamente cambia, no dejando sitio á la identidad.

No habeis, gracias críticos, aferrado lo vivo de la cuestión. Enseña el dogma cristiano que todos los hombres resucitarán con su mismo cuerpo idéntico. Es verdad; mas ¿en qué consiste semejante identidad? ¿Acaso en la pura materia? Lo decís; pero errais. No es la materia, ni son las moléculas, las únicas que constituyen el principio de la identidad del humano cuerpo, porque tales moléculas renuévanse sin descanso, no haciendo más que manifestarse y desaparecer. Si tal argumento valiese; si en la materia consistiese de veras toda la identidad del cuerpo, nosotros aun antes de morir no tendríamos el propio cuerpo idéntico, porque aun antes de morir nuestro cuerpo continuamente cambia. Por consecuencia el principio de identidad no puede ser y propiamente no es sino una fuerza *sui generis*, que persevera en medio de la incesante renovación de la materia, y tiene la virtud de asimilarse las moléculas materiales de tal manera, que les imprime una forma propia é individual. «Toda la materia, escribe Flourens, aparece y desaparece, se hace y se deshace: queda firme, sin embargo, una cosa en el humano individuo, es decir, lo que hace ó deshace, á saber: la fuerza que vive en medio de la materia y que la rige (1).» Por consecuencia el cuerpo resucitado volverá idéntico al cuerpo que ahora tenemos, principalmente porque á comparecer volverá en nosotros, por la voluntad de Dios, la misma fuerza que ahora lo sostiene, y que le imprime la forma especial

(1) Flourens. *De la vie et de l'intelligence*.

que tiene, produciendo la individualidad. De lo cual nos instruye la religión, diciéndonos que volveremos á tomar nuestros cuerpos: la resurrección de la carne no aparece fabulosa en nada, por ser posible divinamente y despues científicamente demostrable.

Es fábula el juicio universal sólo pensando en esto. ¿A qué fin un juicio público de las gentes?

Oid. Dios, por consideracion al mundo físico, como por consideracion al mundo moral, tiene un gobierno absoluto: él, omnipotente, infinito, que saca todo el imperio de su naturaleza eterna, no necesita de nuestros ordenamientos políticos hechos con arte, y los repudia; no se puede hacer llamar diputado del pueblo, ni rey por la voluntad de la nación, apartándose de tales costumbres nuestras. Es por consecuencia príncipe absoluto en el pleno sentido de la palabra; mas, siendo tal, nos muestra cómo en el gobierno absoluto ingiere la honradez y la publicidad. Llegando á cerrar su gobierno, que concluye al fin de los siglos, junta todos los pueblos delante de sí, manifestando las verdaderas cosas que le pertenecen en el gobierno: herir la iniquidad ejemplarmente, así como premiar la inocencia y el arrepentimiento en sus elegidos. Introducido en el juicio particular de Dios, el hombre no habia visto aun nada semejante; no habia visto tal espectáculo solemne de la justicia del Señor, y ahora lo contempla.

Sólo que, el juicio de los hombres, si miramos el Evangelio, corresponde á Jesucristo en cuanto es hijo del hombre (1). Ahora bien: Cristo, Dios y hombre al mismo tiempo, debe juzgar á los hombres en la integridad de su naturaleza, segun la conformacion de su alma y de su cuerpo. En el juicio particular sólo tuvo delante de sí el alma humana: conviene, pues, que venga el juicio universal, donde tendrá Cristo delante todo el hombre, premiando ó condenando las almas y los cuerpos.

¿A qué fin un juicio público y universal de las gentes?

Oid. Con frecuencia los justos eran opresos en la tierra, y eran, por decirlo así, estrangulados bajo el calcañar de los infieus: gritaban y gemian; más el cielo permanecía sordo y la tierra los devoraba, pareciendo que no existía la Providencia para tener cuidado de los míseros. Aun entre los cristianos, se repetía la blasfemia de Marco Bruto: «¡Oh virtud, tú no eres sino un vano nombre!» Y los infieus, dirigiéndose á sus víctimas, las escarnecian: «¿No dijimos ya que debéis gritar más fuertemente? ¿Qué debéis despertar á vuestro Dios el cual durmiendo está en la eterna beatitud? Aullad, creyentes; moved al que tiene sue-

(1) San Juan, cap. V, v. 27.

ño.» Ahora bien; preciso es que la escena del mundo se cambie por fin, y es necesario que la irrisión cese: indispensable cosa es que los inicuos dejen de hollar y los justos de ser estrangulados: es menester que todo el universo, que vió el suplicio de los buenos, vea tambien una vez su gloriosa vindicacion, á fin de que oiga exclamar á los pèrfidos: «Nosotros, insensatos, reputábamos su vida una insania, y su carrera sin honor; hé aquí que son computados entre los hijos de Dios, y que su felicidad está entre los bienaventurados.» No; no es un vano nombre la virtud, y aun en este siglo tiene sus triunfos. No; abandonado no está el que sirve á Cristo; es por el contrario predilecto y venturoso entre los hombres.

¿A qué fin un juicio público y universal de las gentes?

Oid. Miguel Angel Buonarroti, llamado un dia á dar su parecer sobre un nuevo cuadro, fué, observó atentamente y dijo. *Bello; pero mirese llegado el dia del juicio.* ¿Qué significar quería aquel austero intelecto? El cuadro era hermoso; mas estaba compuesto de piezas robadas, nada existiendo en él de original y de propio. Ahora bien; si en el dia solemne del juicio hubiese cada uno recogido su parte, hubiera quedado sin nada el pobre autor del cuadro. Apliquemos la opinion de Buonarroti. Muchos triunfan en la sociedad civil, siendo creidos poseedores legitimos de lo que ponen á la vista. Es un engaño y un fraude: á cada uno es preciso dar lo que le corresponde. *Unicuique suum.* Es necesario, por consecuencia, el dia formidable de la cuenta. Mahomet II robaba Constantinopla al Imperio romano y á la Iglesia de Cristo; Mahomet murió; mas el gran latrocinio quedó agregado á la nueva nacion de los Califas fundada por él. Malo, señores: necesario es restituir, y la nacion de los Califas depondrá tarde á lo más Constantinopla y la gran presa en el dia del juicio. Enrique VIII robaba lo de los presbíteros, y las propiedades religiosas; lo que más importa robaba las almas católicas al Vicario de Cristo. Enrique pasó, y la restitucion se dejó de hacer. Malo, señores; es forzoso que venga el dia del juicio. Lutero y Calvino robaban de un modo semejante; poco es nombrar cruces, casullas, cálices, altares y templos: robaban al catolicismo el uno gran parte de Alemania, y el otro gran parte de la Suiza. Lutero y Calvino no existen ya; pero las depredaciones continúan. Malo, señores; es forzoso que venga el dia del juicio. Robaba Voltaire á Dios, la mitad de la Francia, y casi la mitad del mundo cristiano; los ateos hicieron un escabel con las ruinas de los creyentes, y alzaron en ellas su Panteon. Es hace mucho tiempo Voltaire podredumbre y vano sonido; mas el Panteon de los ateos, de los escépticos y de los materialistas enriquecese aún con nuestras usurpaciones. Malo, señores; es forzoso que venga el dia del juicio.

Los incrédulos se juzgan ofendidos al oír tan horrible cantinela, y toman otro camino para encontrar la fábula en el juicio universal. ¡Oh! Aquellas trompetas tocadas por los ángeles, que sacan á los muertos de los sepulcros de la tierra, y los impelen allí, á los ojos del Juez, separados recíprocamente unos á la derecha y otros á la izquierda; aquellas trompetas y esta separacion, ¿no son cosas contrarias al buen sentido del hombre sério é inteligente?

Oid, señores, ante todo las trompetas en los clamores de la conciencia humana: ellas vienen á ser como su eco, y nos dicen que ha principiado ya la gran separacion del fin. ¡Cómo! Os maravillais de que los unos deban ser separados de los otros; mas, ¿no descubris á los hombres ya separados entre sí, en los siglos que preceden al Juicio? ¿Acaso no fueron dos personajes separados Neron, emperador, mónstruo de sangre, y san Pedro, el primer Papa? ¿No estuvieron igualmente separados Desiderio, rey de los Longobardos, y Carlomagno, rey de los Francos? ¿Acaso no fueron personajes desunidos Enrique IV y Gregorio VII? ¿Por ventura no fueron personajes separados Enrique IV y Gregorio VII? ¿No fueron personajes separados Arrio y Atanasio, Arnaldo de Brescia y Bernardo de Chiaravalle? ¿No descubris que se presentan en la historia separados el sangriento Cromwell y el longánimo Tomás Moro, la sucia Isabel y la engañada Catalina, Luis XVI y sus verdugos, José II y Pío VI? Se presenta históricamente la separacion en todos los órdenes de hombres célebres. Alejandro Farnese y Alberto de Waldstein son dos héroes separados; Baronio y Giannone son dos historiadores separados; Tasso y Marini son dos épicos separados; Filicaia y Hegel son dos metafísicos separados; De Maistre y La Mennais son dos filósofos separados; Goethe y Manzoni son dos novelistas divididos entre sí. La division, bajo todos conceptos, existe por tanto en el mundo; es anterior al fin de los siglos, porque vive desde que principió la sociedad civil. Esto equivale á decir que siempre hubo almas perdidas y almas rectas, pusilánimes y magnánimas, viciosas y virtuosas; ¿quereis vosotros que suprimiese Dios en el juicio esta separacion universal, que llevamos con nosotros de una manera palpable? No, no; el juicio universal queda hecho históricamente, y será divinamente consumado. Nuestra conciencia grita y nos advierte que no puede ser de otra manera: son las trompetas angélicas que resuenan desde los cuatro vientos: es el Juez divino que dice: «A la izquierda los réprobos, y á la derecha los escogidos.»

Entretanto para los incrédulos es tan verdad que el juicio universal resulta extraño si se piensa en él, teniendo de hiperbólico y de fabuloso, que allí donde su concepto se imprime vivo en la cabeza de los pue-

blos, estos desaliéntanse terriblemente, viniendo á ser la nacion como un sepulcro. ¡Ah! ¡El eterno adios, que se deben dar los hermanos separándose de los hermanos, es un concepto tal que arranca el alma del pecho!

Edgardo Quinet escribe: «Si la idea del dia final de la naturaleza y de la humanidad debia en alguna parte ser el fondo de un poema nacional y popular, era preciso que sucediera esto en Italia... Mientras todo el resto de la Europa olvida la época temida del mil, sólo Italia no está segura; los más nobles ingenios de la Toscana, de la Romaña y de la Calabria continúan de siglo en siglo, y de hora en hora citando la humanidad para el próximo dia del juicio. La secta de los Milenarios se apodera del corazon del país. Tal es la creencia de los principales santos, y tambien la de Cristóbal Colon, que concedia cincuenta años de duracion al universo, apresurándose á desplegar las velas al viento antes que las dos orillas se hundieran en los abismos. Cardano y los filósofos del Renacimiento como en presa se dan al pensamiento éste de la decrepitud de las cosas. Llega el siglo XVII, y anuncia Campanella en el 1600 que el cataclismo que debe cambiar la faz de la naturaleza y del hombre, tardará sólo algunas semanas á ocurrir (1)».

Quitamos lo que seguramente habia de excesivo en aquellos mayores nuestros y lo que pone de oscuro por demás y de romántico el escritor francés arbitrariamente: el hecho es este, siendo hermoso comparar las quejas de los incrédulos y los efectos del juicio universal.

¿Dicen que la idea del juicio universal es tan extraña y fea que oprime á los pueblos? Los italianos que la recibieron más fogosamente que otros no quedaron aplastados, ni extinguidos. Incitados á la pasion por los sentidos, ardientes como el sol de nuestra patria, sumidos en el error y con frecuencia culpables, por la idea del juicio se contenian, haciendo penitencia: aun cuando políticamente divididos, inclinados á las facciones, amigos los unos y adversarios los otros de los Papas, concluían por doblar la frente á la autoridad de la Sede Apostólica, porque la idea del eterno Señor, que juzgaríalos en el dia extremo, llevábales á buscar reverentes á Cristo en su Vicario. Conviene transcribir cuanto nota el mismo Edgardo Quinet: «Nunca olvideis aquella invasion de peregrinos, aquel jubileo del año 1300, que atrajo en torno de los monumentos de Roma cristiana más de dos millones de visitantes (2).»

(1) E. Quinet. *Les Révolutions en Italie*, cap. VII.

(2) E. Quinet. *ivi*. cap. VII, I.



Nosotros, italianos del siglo XIX, no tenemos ya los foscos pensamientos de la decrepitud del mundo; acaso en parte no creemos en el juicio: ¿somos por esto mejores? Aun nosotros tenemos culpas; tenemos las culpas que corresponden al temple débil del individuo y á la civilización degenerada: allí donde los antepasados lloraban sus culpas, nosotros vemos las nuestras con los ojos enjutos, y aún nos gloriamos de ellas. También nosotros suscitamos amarguras y guerras al Santo Padre, oprimiéndole con nuestras pasiones; mas, así como los antiguos se dolían por fin de combatirlo y cesaban de hacerlo, no así nosotros los modernos. ¡Ved cómo vamos á Roma con el bordon de peregrinos!

Nosotros, escarnecedores de la decrepitud del mundo, que también renegamos del valle de Josafat y de su Juez eterno, somos socialmente grandes y gloriosos; por el contrario, aquellos padres nuestros con las trompetas angélicas en los oídos, eran pequeños, estúpidos, ignorantes y débiles.

¡Callad! Aquellos padres nuestros pequeños, estúpidos, ignorantes y débiles, con su juicio edificaban los Municipios, las instituciones más bellas de la península itálica; formaban las memorables ligas de Legnano y de Pontida, combatían como leones alrededor del Corroccio; echaban de los Alpes al uno y al otro Federico; de aquellos padres nuestros, que vosotros llamáis pequeños, estúpidos, ignorantes y débiles, salía el himno del *Dies iræ*, la elegía más sublime cantada por el hombre; salía Colón con el descubrimiento de América; el de Aquino con las dos *Sumas*; Dante Alighieri, con la *Divina Comedia*; Miguel Ángel, con la Sixtina; la época del Renacimiento con sus literatos y con sus filósofos. Vosotros que os burláis del valle de Josafat y de su Juez eterno, ¿nos dais el descubrimiento de nuevos mundos? ¿Dónde teneis vuestra *Divina Comedia*?

Mas destroza el adios final; ¡destroza imaginar el valle del eterno adios!

¿Destroza, señores? Lo concedo; los hijos del propio padre, que para siempre se apartan, es un hecho tal que arráncanos lágrimas; mas ¿quién á todo trance hace violencia al alma para el adios eterno? ¿Son los buenos, ó son más bien los malos? ¿Los creyentes, ó más bien los incrédulos?

Juana es en el sexo femenino una flor de santidad y de fortaleza; si entre los cuidados domésticos se puede admitir el heroísmo, es una heroína. Vivió años treinta con un marido que siempre la maltrataba: siendo pobre; pero aún más extravagante y lunático, no le faltaron improperios ni golpes, aguantándolo todo con el corazón invicto y la

inocencia de su alma. Tuvo tres varones, los cuales, fuera del último, aún niño, faltaron á la buena educacion, creciendo como el padre; con el demonio del disgusto en el corazon, eran ruines y brutales. Juana, siendo tan tierna esposa como madre pía, lo soportaba todo; hacia como si no viese la menor cosa y callaba.

Ahora bien; en su casa ocurre un incidente, que causa un dolor y un espanto inexplicables.

Calientes aún las cenizas del padre, los dos hijos mayores se presentan á Juana y le dicen gritando: «¡No lo habeis advertido? ¿Por qué tardais tanto? Salid de la casa esta, que no es para vos: demasiado tiempo nos servisteis de peso. Fuera.»

¡Vosotros delirais! exclama la madre misérrima. ¡Qué yo me vaya! Que yo me aleje de aquí como una ruin mujer; echada como son arrojados los malhechores. ¡Oh inhumanos! Tengo para permanecer aquí el derecho de viuda, si no es bastante para vosotros el de madre.

¡Qué madre ni qué vida! dicen los dos furibundos pateando: por una cosa nos dais fastidio, y por la otra inspirais desprecio. Mujer, mirad cómo enciende la sangre nuestro rostro: no nos irriteis. Tres horas apenas ó cuatro: un lio con vuestras ropas bajo el brazo; esto solamente os permitimos, y fuera.

Aterrada la mujer, entra en su cuarto: se arrodilla delante de una imagen de la Dolorosa que pende al lado del lecho, y así ruega llorando: «¡Oh querida Madre! ¡Amada vírgen de los Dolores! Mirad mi consternacion, que nunca fué tan grande. Soy echada de aquí. Sin embargo, engendré yo aquí á los bárbaros en el tormento de mis entrañas; aquí nutriles con mi leche; aquí les hablé del cielo y de vos. ¡Todo en vano! Me rechazan. ¿A dónde voy yo, pobre mujer? Tengo piedad, no de mí misma, sino de mis hijos. ¡Cuán pésimos son! ¡Cuán bárbaros! ¡Oh Santa Vírgen! Vos seguisteis á vuestro hijo Divino entre los malvados de Jerusalem y del Calvario: haced que no sea yo separada de mis hijos. Son tambien ruines; pero los amo: son crueles; mas quiero que se conviertan...»

En el desfogue de tales gemidos, Andrés el segundogénito, más brutal aún que su hermano, entra con impetu en el cuarto, coge á su madre por el brazo, y dice gritando, alzándola con fuerza: «¿Por qué nos fastidiais con estas lágrimas de santurrona? ¿No lo entendeis? Allí está la puerta.» Y vibra un golpe á la imagen suplicada, rompiéndola.

Juana entonces dice: «¡Insensato! ¡Cuán cruel eres! ¡Oh ruines! ¿Queréis, pues, que me vaya?»

«Sí, responden furibundos los dos hermanos. Es nuestra voluntad; quitaos de nuestra presencia para siempre.»

«¡Oh! ¿Quereis que os deje, y os abandone así? exclama la madre prorrumpiendo en gran llanto. ¿Quedaremos absolutamente separados?»

«Absolutamente y para siempre.»

«¿No estaremos juntos más? ¿Nunca más podré yo recobraros como hijos?»

«Nunca más.»

«¡Anselmito! dice Juana entonces. ¡Pobre hijo mío! Tú lloras; ¿no es verdad? Tú no abandonas á tu madre; tú vienes conmigo.»

Anselmo, el hermano pequeño é inocente, hállase allí en un ángulo de la casa llorando, palidísimo y tembloroso. Juana lo coge por la mano y parte.

Cuando está en una calle de árboles y calladamente lleva consigo al único hijo que le queda, Juana se dirige por última vez á su casita, diciendo: «¡Oh casa, casa, donde tantas penas y amarguras sufrí, donde tantas ofensas de Dios contemplé! ¡Cuán enorme pecado aléjame de tí! Me desgarras el corazón con tus recuerdos; mas no volveré á ver tu solar, ni tus estancias. De tí me aparto para siempre; á otro lugar me lleva el cielo con este niño. ¡Ojalá que nunca me hubiesen nacido aquellos inhumanos! ¡Adios!»..

¿Oís el adios de Juana, incrédulos? Es precursor del adios final y eterno, que los buenos darán á los malos; los malos lo provocaron y lo quisieron, por lo que será dicho. Nosotros más arriba lamentamos la moral separacion de los hombres que ya en el mundo existe: hé aquí por fin el fruto. «Adios, esposo mío y no mío ya, dirá la mujer aquella. Adios, hijo mío, que ya no es mío, dirá la madre aquella, ó el padre aquél. Es ciertamente un dolor que traspasa el corazón ver así dividida la humana familia; mas, ¿de quién es la culpa? ¿Quién primeramente dijo adios al padre, á la madre, á las hermanas, á los hermanos, apartándose del cielo y de la comunión de los santos? Incrédulos; vosotros lo dijisteis; vosotros fuisteis los primeros en despedir á los hermanos; los acusásteis despues, tachándolos de que os abandonaban. ¿Es justicia? ¡Ah! Con la mano sobre la conciencia, no metais más ruido, ni griteis más que todo esto es una fábula: medidad.

Una de las dos cuestiones por nosotros promovidas en este día está resuelta en todas sus partes.

¿Quedaré destruido el mundo presente?—Sí; es de certidumbre teológica, á la cual se une la aprobacion científica.

Empero, ¿no son fábulas el antecristo, las estrellas cadentes del cielo y el juicio universal, de que habla la religion? No.

Alcémonos á razonamiento alegre.

El mundo, pues, será destruido; en su corteza se verá reducido á cenizas ó será pasto de las llamas. Ahora bien; ¿deberá siempre permanecer así, como humo de perenne inmenso volcan? No tengo en este lugar cosas ciertas que deciros; poseo, sin embargo, inferencias, indicios, ó rudimentos de fáciles demostraciones que abren mi corazon á esperanzas hermosas y á la grandeza, porque tengo lo que forma el nervio de la conjetura cristiana. Digo, pues: el mundo, por ventura, será renovado,

Ved, señores, dónde se forma en mí tal conjetura.

David, en la serena poesía de los salmos, donde dice que los «cielos vendrán á gastarse como un vestido,» dice y canta igualmente dirigiéndose á Dios: «Mudaráslos como quien muda una capa, y mudados quedarán (1).» El apóstol San Pedro, como si áun él fuese divino poeta. escribe: «Esperamos nuevos cielos y nueva tierra, segun la promesa del Señor (2).» San Juan, el águila de Patmos, principia del modo siguiente su descripción magnífica: «Ví un nuevo cielo y una tierra nueva, por cuanto el primer cielo y la primera tierra desaparecieron (3).»

Estas frases, que arrojan como ráfagas de luz de los libros santos, nos anuncian la renovacion de todas las cosas.

Realmente, sin que hagamos nosotros la conjetura con el propio juicio tomémosla de quien la estableció hace mucho tiempo y con autorizada voz. Imaginemos nuestro mundo sumergido en las ruinas de la catástrofe última, donde lo dejamos hace poco, y veamos lo que piensan los Santos Padres mientras referimos á ellos las conclusiones de la Biblia.

Afirma san Agustín en sus comentarios á san Juan evangelista: «Pasará la figura del mundo éste por medio de los fuegos mundanos... Este incendio consumirá la propiedad de los elementos corruptibles, que propios eran de nuestros cuerpos igualmente corruptibles; por un cambio maravilloso, la sustancia de los elementos estos tendrá nuevas propiedades propias de nuestros cuerpos inmortales, de modo que el mundo renovado y perfeccionado será puesto en armonía con el hombre también renovado y perfeccionado áun en su carne (4).»

Santo Tomás de Aquino lo entiende como el gran Obispo de Hipona, y habla del modo siguiente, apoyado en algun pasaje bíblico: «Acabado el juicio universal, la naturaleza humana quedará establecida del todo en su término. Y como las cosas corpóreas fueron en cierto modo creadas para el hombre... conviene que el estado de toda la creacion mate-

(1) Salmo CI, v. 28.

(2) 2.^a S. Pedro, cap. III, v. 10.

(3) S. Juan, *Apocalipsis*, cap. XXI, v. 1.

(4) S. Agustín, *De Civitate Dei*, lib. XX, 16.

rial sea mudado, á fin de que sea congruente al estado de los hombres que haya entonces. Empero como los hombres serán entonces incorruptibles, de todo el mundo creado se quitará el estado de generacion y de corrupcion, como el Apóstol dice; «áun el mundo creado quedará libre desde la servidumbre de la corrupcion á la libertad de la gloria con los hijos de Dios (*Rom. VIII, 21*)...» El pasaje, pues, del Apóstol: «Pasa la escena del mundo éste (*I Corintios, VII, 31*), debe ser entendido que cesará su actual forma, permaneciendo, sin embargo, la sustancia (1)»

No solamente la conjetura está hecha, sino fortalecida con explicaciones solemnes; por consiguiente, nuestro mundo será por ventura renovado.

El argumento se refuerza, porque la conjetura expuesta hasta el presente, además de ser cristiana, por sacarse de la palabra de Dios, viene á ser asimismo filosófica, en cuanto se apoya en las deducciones de la razon humana.

¿Qué dice nuestra razon, señores, sobre los futuros destinos del mundo? ¿Será restaurado, ó dejado en los espacios como astro semi extinguido y desierto?

No niego que la razon humana, sólo con que á Dios admita como creador de la materia y del universo, puede suponer y entender un aniquilamiento de tal materia; sin embargo, á juzgar por los modos que Dios emplea en la creacion, cuyas imágenes resultan visibles para nosotros, llevada es la razon á inferir, no un aniquilamiento, sino una trasformacion de la materia, y por consiguiente, una renovacion del mundo.

Realmente, sin hablar más del cielo, donde hay de continuo estrellas que se deshacen y estrellas que despuntan, hallamos que la materia se desarrolla mayormente aquí en la tierra bajo nuestras miradas, pero no se anula jamás: pierde la forma y muere; mas despues asume otra forma y renace.—Jorge Forster ha dicho: «En un sistema, donde todo reciprocamente es atraído y atrae, nada se puede perder. La cantidad de la materia continúa siempre la misma.» (2). Santiago Moleschott, que vanagloriase de tal teoría, ha repetido muchas veces las palabras siguientes que sin embargo admitimos: «Los elementos, propiamente dichos, no se trasforman; pero la materia sí; relativamente á esto, se realiza el cambio. El movimiento no se para; la destruccion es el fundamento de la construccion (3). Así la tierra es un inmenso cementerio,

(1) Santo Tomás. *Summa contra Gentes*, lib. IV, cap. 97.

(2) G Forster, *Ein Blick in das Gauze der Natur*.

(3) S. Moleschott. *La circolazione della vita*, carta III.

y es también una cuna desmesurada. Del esqueleto del pájaro brota en el jardín y coronase la flor; de los restos de la flor salta la mariposa. La materia no se aniquila, sino que se trasfigura; ¿se trasfigura? Después de arder, y de quedar el mundo destruido por consiguiente, tomará nueva forma, simbolizado por el ave fénix, que se levanta del fuego y se rejuvenece.

El primer miembro de la segunda cuestión que nosotros planteamos, queda con esto aclarado. Se renovará el mundo presente? Sí: es conjetura cristiana, y se une á ella la probabilidad racional.

He puesto en la tierra el pie, siendo á guisa de un descubridor: semejante al antiguo padre nuestro Adán, cuando abría por la vez primera sus pupilas y contemplaba el mundo como existe ahora, yo, joven Adán, contemplo en espíritu el futuro mundo transformado é innovado; el ansia mayor que agita mi pecho es conocer si mi ojo en aquel mundo se fija solitario, ó si más bien halla otros ojos de criaturas racionales. Señores míos, ¿tendrá el mundo aquél, ó no tendrá humanos habitantes?

Anuncio esto, y los incrédulos vuelven á los ataques. Han oído decir que, según la opinión de no pocos cristianos, el mundo rehecho habitado será por los niños que murieron sin bautismo. En su virtud, gritan que es una necesidad y una nueva fábula. Peor aún; que en la Iglesia es una ficción de piedad. ¡Poblar todo un mundo con aquellos cuerpos y aquellos espíritus pequeños! Dejadlos volar á Dios; ¿quién puede conformarse con vuestra opinión?

No nos levantemos para constreñir, ni atar los brazos de Dios: él pondrá en aquel mundo habitantes nuevos á su gusto, ó no los pondrá: de esto nada sabemos nosotros con seguridad. Estamos en el campo de las conjeturas, y debemos seguir en él. Sólo que díganos los incrédulos, para los cuales poner á vivir en aquel mundo los niños muertos sin bautismo es opinión necia, ó peor una ficción de piedad: ¿Qué ciudadanos suponen ellos en el mundo renovado?

Hoy, en la escuela de los materialistas, que ha vuelto á surgir para meter mucho ruido, se mete la enseñanza de la metempsicosis: el alma que se juzga material, y que sin embargo es considerada de una virtud suprema, sale al disolverse los miembros; pero sale para tornar: al mundo volverá con el fin de informar otros cuerpos. Pues bien; ¿llamarían los incrédulos al mundo restaurado á fin de que lo habitaran un poco más permanentemente las almas de los difuntos? ¿Llamarían á Sanconiatone, dándole mejores páginas de crónica? ¿A Sócrates, dándole más fieles discípulos? ¿A César, dándole un éxito más feliz? Incrédulos, no os refuto: admiro las partes maravillosas de vuestro cerebro.

Hoy que la compasion niégase á la Iglesia católica, los extraviados que nos combaten son compasivos hasta lasañas de su mano y los dientes de su boca. ¿Es por consecuencia que tienen idea de poner en paz y en gozo sobre la faz de nuestro planeta rehecho toda aquella gran parte de reos, de precitos, de condenados, que vimos ya rechazada por el Juez en el universal juicio de las naciones? Yo creo, incrédulos, y conmigo creen los pueblos, en los carbones encendidos por la ira de Dios: el mundo cree más en el dogma del infierno que en las jactancias de vuestra apostasía. El infierno, que tiene á los reos, no los cede á la tierra innovada, porque cuantos en el pecado mueren fijan para siempre la voluntad en el mal, así justamente resultando el infierno una pena inmortal.

Es una opinion nuestra, señores, la de los niños muertos sin bautismo, destinados á vivir en el mundo futuro: libres sois para recibirla. ó no. Empero importa establecer contra los incrédulos que en semejante opinion no aparece ficcion, ni simulacion de piedad en la Iglesia, resplandeciendo, por el contrario, su amor y su pensamiento maternal. Es doctrina evangélica que quien no tiene vínculo alguno con Jesús Salvador, quien por deseo, con agua ó con sangre (cada una de las tres cosas estas es bautismo), no le corresponde, no puede penetrar en el reino de los cielos (1). De la misma manera para nosotros es cierto que si el pecado de origen no tiene una maldad personal, viene, sin embargo, á ser una torpeza de natura, de manera que feo es quien encima lo tiene, no pudiendo entrar en el reino de los cielos porque nada manchado se sufre delante de Dios (2). Tales son los niños, que salieron de la presente vida sin haber sido lavados en la fuente bautismal: no contrajeron maldad por ser aún niños; pero en ellos está la torpeza original que les impide la vision de Dios. ¿Qué haremos de tales niños? Oigo calificar de madrastra ó de fingida madre á la Iglesia, á pesar de ser generosísima.

Santo Tomás (3), y otros doctores con él nos describen el mundo, despues de la catástrofe del Juicio, con tales colores que hacen nos apasionemos de él, y que se alegre nuestra fantasia: la tierra purgada por las llamas, toda diáfana como el cristal; el aire resplandeciente como el cielo, y el fuego vívido como el sol: allí flores, fragancias y goces inocentes de todas clases; no más rugidos de animales, ni más estruendos de tempestades. En el seno de tales bellezas colocan á los amadísimos niños, á fin de que allí vivan. Los cuales no ven la cara de Dios; mas,

(1) San Juan, cap. III, v. 5.

(2) Sabiduría, cap. VII, v. 25.

(3) Santo Tomás, *Suppl.* 3. p. qu. 91, n. 8.

CAIBERENAL

MONDA

LOS

OBLE

ENGLA

OMO

WADRID

1883

D-1
2257